El Decameron

Giovanni Boccaccio



Giovanni Boccaccio

El Decamerón

PROEMIO

Comienza el libro llamado Decamerón, apellidado príncipe Galeoto[1], en el que se contienen cien novelas contadas en diez días por siete mujeres y por tres hombres jóvenes.

HUMANA cosa es tener compasión de los afligidos, y aunque a todos conviene sentirla, más propio es que la sientan aquellos que ya han tenido menester de consuelo y lo han encontrado en otros: entre los cuales, si hubo alguien de él necesitado o le fue querido o ya de él recibió el contento, me cuento yo. Porque desde mi primera juventud hasta este tiempo habiendo estado sobremanera inflamado por altísimo y noble amor. Tal vez, por yo narrarlo, bastante más de lo que parecería conveniente a mi baja condición aunque por los discretos a cuya noticia llegó fuese alabado y reputado en mucho[2], no menos me fue grandísima fatiga sufrirlo: ciertamente no por crueldad de la mujer amada sino por el excesivo fuego concebido en la mente por el poco dominado apetito, el cual

porque con ningún razonable límite me dejaba estar contento, me hacía muchas veces sentir más dolor del que había necesidad. Y en aquella angustia tanto alivio me procuraron las afables razones de algún amigo y sus loables consuelos, que tengo la opinión firmísima de que por haberme sucedido así no estoy muerto. Pero cuando plugo[2a] a Aquél que, siendo infinito, dio por ley inconmovible a todas las cosas mundanas el tener fin, mi amor, más que cualquiera otro ardiente y al cual no había podido ni romper ni doblar ninguna fuerza de voluntad ni de consejo ni de vergüenza evidente ni ningún peligro que pudiera seguirse de ello, disminuyó con el tiempo, de tal guisa que sólo me ha dejado de sí mismo en la memoria aquel placer que acostumbra ofrecer a quien no se pone a navegar en sus más hondos piélagos, por lo que, habiendo desaparecido todos sus afanes, siento que ha permanecido deleitoso donde en mí solía doloroso estar. Pero, aunque haya cesado la pena, no por eso ha huido el recuerdo de los beneficios recibidos entonces de aquéllos a quienes, por benevolencia hacia mí, les eran graves mis fatigas; ni nunca se irá, tal como creo, sino con la muerte. Y porque la gratitud, según lo creo, es entre las demás virtudes sumamente de alabar y su contraria de maldecir, por no parecer ingrato me he

propuesto prestar algún alivio, en lo que puedo y a cambio de los que he recibido (ahora que puedo llamarme libre), si no a quienes me ayudaron, que por ventura no tienen necesidad de él por su cordura y por su buena suerte, al menos a quienes lo hayan menester. Y aunque mi apoyo, o consuelo si queremos llamarlo así, pueda ser y sea bastante poco para los necesitados, no deja de parecerme que deba ofrecerse primero allí donde la necesidad parezca mayor, tanto porque será más útil como porque será recibido con mayor deseo. ¿Y quién podrá negar que, por pequeño que sea, no convenga darlo mucho más a las amables mujeres que a los hombres? Ellas, dentro de los delicados pechos, temiendo y avergonzándose, tienen ocultas las amorosas llamas (que cuán mayor fuerza tienen que las manifiestas saben quienes lo han probado y lo prueban); y además, obligadas por los deseos, los gustos, los mandatos de los padres, de las madres, los hermanos y los maridos, pasan la mayor parte del tiempo confinadas en el pequeño circuito de sus alcobas, sentadas y ociosas, y queriendo y no queriendo en un punto, revuelven en sus cabezas diversos pensamientos que no es posible que todos sean alegres. Y si a causa de ellos, traída por algún fogoso deseo, les invade alguna tristeza, les es fuerza detenerse en ella con grave dolor

si nuevas razones no la remueven, sin contar con ellas son mucho menos fuertes que los hombres; lo que no sucede a los hombres enamorados, tal como podemos ver abiertamente nosotros. Ellos, si les aflige alguna tristeza o pensamiento grave, tienen muchos medios de aliviarse o de olvidarlo porque, si lo quieren, nada les impide pasear, oír y ver muchas cosas, darse a la cetrería, cazar o pescar, jugar y mercadear, por los cuales modos todos encuentran la fuerza de recobrar el ánimo, o en parte o en todo, y removerlo del doloroso pensamiento al menos por algún espacio de tiempo; después del cual, de un modo o de otro, o sobreviene el consuelo o el dolor disminuye. Por consiguiente, para que al menos por mi parte se enmiende el pecado de la fortuna que, donde menos obligado era, tal como vemos en las delicadas mujeres, fue más avara de ayuda, en socorro y refugio de las que aman (porque a las otras les es bastante la aguja, el huso y la devanadera) entiendo contar cien novelas, o fábulas o parábolas o historias, como las queramos llamar, narradas en diez días, como manifiestamente aparecerá, por una honrada compañía de siete mujeres y tres jóvenes, en los pestilentes tiempos de la pasada mortandad, y algunas canciones cantadas a su gusto por las dichas señoras. En las cuales

novelas se verán casos de amor placenteros y ásperos, así como otros azarosos acontecimientos sucedidos tanto en los modernos tiempos como en los antiguos; de los cuales, las ya dichas mujeres que los lean, a la par podrán tomar solaz en las cosas deleitosas mostradas y útil consejo, por lo que podrán conocer qué ha de ser huido e igualmente qué ha de ser seguido: cosas que sin que se les pase el dolor no creo que puedan suceder. Y si ello sucede, que quiera Dios que así sea, den gracias a Amor que, librándome de sus ligaduras, me ha concedido poder atender a sus placeres.





PRIMERA JORNADA

Comienza la primera jornada del Decamerón, en que, luego de la explicación dada por el autor sobre la razón porque acaeció que se reuniesen las personas que se muestran razonando entre sí, se razona bajo el gobierno de Pampínea sobre lo que más agrada a cada uno.

CUANDO más graciosísimas damas, pienso cuán piadosas sois por naturaleza, tanto más conozco que la presente obra tendrá a vuestro juicio un principio penoso y triste, tal como es el doloroso recuerdo de aquella pestífera mortandad pasada[3], universalmente funesta y digna de llanto para todos aquellos que la vivieron o de otro modo supieron de ella, con el que comienza. Pero no quiero que por ello os asuste seguir leyendo como si entre suspiros y lágrimas debieseis pasar la lectura. Este horroroso comienzo os sea no otra cosa que a los caminantes una montaña áspera y empinada después de la cual se halla

escondida una llanura hermosísima y deleitosa que les es más placentera cuanto mayor ha sido la dureza de la subida y la bajada. Y así como el final de la alegría suele ser el dolor, las miserias se terminan con el gozo que las sigue. A este breve disgusto (y digo breve porque se contiene en pocas palabras) seguirá prontamente la dulzura y el placer que os he prometido y que tal vez no sería esperado de tal comienzo si no lo hubiera hecho. Y en verdad si yo hubiera podido decorosamente llevaros por otra parte a donde deseo en lugar de por un sendero tan áspero como es éste, lo habría hecho de buena gana; pero ya que la razón por la que sucedieron las cosas que después se leerán no se podía manifestar sin este recuerdo, como empujado por la necesidad me dispongo a escribirlo.

Digo, pues, que ya habían los años de la fructífera Encarnación del Hijo de Dios[4] llegado al número de mil trescientos cuarenta y ocho cuando a la egregia ciudad de Florencia, nobilísima entre todas las otras ciudades de Italia, llegó la mortífera peste que o por obra de los cuerpos superiores[5] o por nuestras acciones inicuas fue enviada sobre los mortales por la justa ira de Dios para nuestra corrección que había comenzado algunos años antes en las partes orientales privándolas de gran

cantidad de vivientes, y, continuándose sin descanso de un lugar en otro, se había extendido miserablemente a Occidente. Y no valiendo contra ella ningún saber ni providencia humana (como la limpieza de la ciudad de muchas inmundicias ordenada por los encargados de ello y la prohibición de entrar en ella a todos los enfermos y los muchos consejos dados para conservar la salubridad) ni valiendo tampoco las humildes súplicas dirigidas a Dios por las personas devotas no una vez sino muchas ordenadas en procesiones o de otras maneras, casi al principio de la primavera del año antes dicho empezó horriblemente y en asombrosa manera a mostrar sus dolorosos efectos. Y no era como en Oriente, donde a quien salía sangre de la nariz le era manifiesto signo de muerte inevitable, sino que en su comienzo nacían a los varones y a las hembras semejantemente en las ingles o bajo las axilas, ciertas hinchazones que algunas crecían hasta el tamaño de una manzana y otras de un huevo, y algunas más y algunas menos, que eran llamadas bubas por el pueblo. Y de las dos dichas partes del cuerpo, en poco espacio de tiempo empezó la pestífera buba a extenderse a cualquiera de sus partes indiferentemente, e inmediatamente comenzó la calidad de la dicha enfermedad a cambiarse en manchas negras o

lívidas que aparecían a muchos en los brazos y por los muslos y en cualquier parte del cuerpo, a unos grandes y raras y a otros menudas y abundantes. Y así como la buba había sido y seguía siendo indicio certísimo de muerte futura, lo mismo eran éstas a quienes les sobrevenían. Y para curar tal enfermedad no parecía que valiese ni aprovechase consejo de médico o virtud de medicina alguna; así, o porque la naturaleza del mal no lo sufriese o porque la ignorancia de quienes lo medicaban (de los cuales, más allá de los entendidos había proliferado grandísimamente el número tanto de hombres como de mujeres que nunca habían tenido ningún conocimiento de medicina) no supiese por qué era movido y por consiguiente no tomase el debido remedio, no solamente eran pocos los que curaban sino que casi todos antes del tercer día de la aparición de las señales antes dichas, quién antes, quién después, y la mayoría sin alguna fiebre u otro accidente, morían. Y esta pestilencia tuvo mayor fuerza porque de los que estaban enfermos de ella se abalanzaban sobre los sanos con quienes se comunicaban, no de otro modo que como hace el fuego sobre las cosas secas y engrasadas cuando se le avecinan mucho. Y más allá llegó el mal: que no solamente el hablar y el tratar con los enfermos daba a los sanos enfermedad o

motivo de muerte común, sino también el tocar los paños o cualquier otra cosa que hubiera sido tocada o usada por aquellos enfermos, que parecía llevar consigo aquella tal enfermedad hasta el que tocaba. Y asombroso es escuchar lo que debo decir, que si por los ojos de muchos y por los míos propios no hubiese sido visto, apenas me atrevería a creerlo, y mucho menos a escribirlo por muy digna de fe que fuera la persona a quien lo hubiese oído. Digo que de tanta virulencia era la calidad de la pestilencia narrada que no solamente pasaba del hombre al hombre, sino lo que es mucho más (e hizo visiblemente otras muchas veces): que las cosas que habían sido del hombre, no solamente lo contaminaban con la enfermedad sino que en brevísimo espacio lo mataban. De lo cual mis ojos, como he dicho hace poco, fueron entre otras cosas testigos un día porque, estando los despojos de un pobre hombre muerto de tal enfermedad arrojados en la vía pública, y tropezando con ellos dos puercos, y como según su costumbre se agarrasen y le tirasen de las mejillas primero con el hocico y luego con los dientes, un momento más tarde, tras algunas contorsiones y como si hubieran tomado veneno, ambos a dos cayeron muertos en tierra sobre los maltratados despojos. De tales cosas, y de bastantes más semejantes a éstas y mayores,

nacieron miedos diversos e imaginaciones en los que quedaban vivos, y casi todos se inclinaban a un remedio muy cruel como era esquivar y huir a los enfermos y a sus cosas; y, haciéndolo, cada uno creía que conseguía la salud para sí mismo. Y había algunos que pensaban que vivir moderadamente y guardarse de todo lo superfluo debía ofrecer gran resistencia al dicho accidente y, reunida su compañía, vivían separados de todos los demás recogiéndose y encerrándose en aquellas casas donde no hubiera ningún enfermo y pudiera vivirse mejor, usando con gran templanza de comidas delicadísimas y de óptimos vinos y huyendo de todo exceso, sin dejarse hablar de ninguno ni querer oír noticia de fuera, ni de muertos ni de enfermos, con el tañer de los instrumentos y con los placeres que podían tener se entretenían. Otros, inclinados a la opinión contraria, afirmaban que la medicina certísima para tanto mal era el beber mucho y el gozar y andar cantando de paseo y divirtiéndose y satisfacer el apetito con todo aquello que se pudiese, y reírse y burlarse de todo lo que sucediese; y tal como lo decían, lo ponían en obra como podían yendo de día y de noche ora a esta taberna ora a la otra, bebiendo inmoderadamente y sin medida y mucho más haciendo en los demás casos solamente las cosas que entendían que les

servían de gusto o placer. Todo lo cual podían hacer fácilmente porque todo el mundo, como quien no va a seguir viviendo, había abandonado sus cosas tanto como a sí mismo, por lo que las más de las casas se habían hecho comunes y así las usaba el extraño, si se le ocurría, como las habría usado el propio dueño. Y con todo este comportamiento de fieras, huían de los enfermos cuanto podían. Y en tan gran aflicción y miseria de nuestra ciudad, estaba la reverenda autoridad de las leyes, de las divinas como de las humanas, toda caída y deshecha por sus ministros y ejecutores que, como los otros hombres, estaban enfermos o muertos o se habían quedado tan carentes de servidores que no podían hacer oficio alguno; por lo cual le era lícito a todo el mundo hacer lo que le pluguiese. Muchos otros observaban, entre las dos dichas más arriba, una vía intermedia: ni restringiéndose en las viandas como los primeros ni alargándose en el beber y en los otros libertinajes tanto como los segundos, sino suficientemente, según su apetito, usando de las cosas y sin encerrarse, saliendo a pasear llevando en las manos flores, hierbas odoríferas o diversas clases de especias, que se llevaban a la nariz con frecuencia por estimar que era óptima cosa confortar el cerebro con tales olores contra el aire

impregnado todo del hedor de los cuerpos muertos y cargado y hediondo por la enfermedad y las medicinas. Algunos eran de sentimientos más crueles (como si por ventura fuese más seguro) diciendo que ninguna medicina era mejor ni tan buena contra la peste que huir de ella; y movidos por este argumento, no cuidando de nada sino de sí mismos, muchos hombres y mujeres abandonaron la propia ciudad, las propias casas, sus posesiones y sus parientes y sus cosas, y buscaron las ajenas, o al menos el campo, como si la ira de Dios no fuese a seguirles para castigar la iniquidad de los hombres con aquella peste y solamente fuese a oprimir a aquellos que se encontrasen dentro de los muros de su ciudad como avisando de que ninguna persona debía quedar en ella y ser llegada su última hora. Y aunque estos que opinaban de diversas maneras no murieron todos, no por ello todos se salvaban, sino que, enfermándose muchos en cada una de ellas y en distintos lugares (habiendo dado ellos mismos ejemplo cuando estaban sanos a los que sanos quedaban) abandonados por todos, languidecían ahora. Y no digamos ya que un ciudadano esquivase al otro y que casi ningún vecino tuviese cuidado del otro, y que los parientes raras veces o nunca se visitasen, y de lejos: con tanto espanto había entrado esta

tribulación en el pecho de los hombres y de las mujeres, que un hermano abandonaba al otro y el tío al sobrino y la hermana al hermano, y muchas veces la mujer a su marido, y lo que mayor cosa es y casi increíble, los padres y las madres a los hijos, como si no fuesen suyos, evitaban visitar y atender. Por lo que a quienes enfermaban, que eran una multitud inestimable, tanto hombres como mujeres, ningún otro auxilio les quedaba que o la caridad de los amigos, de los que había pocos, o la avaricia de los criados que por gruesos salarios y abusivos contratos servían, aunque con todo ello no se encontrasen muchos y los que se encontraban fuesen hombres y mujeres de tosco ingenio, y además no acostumbrados a tal servicio, que casi no servían para otra cosa que para llevar a los enfermos algunas cosas que pidiesen o mirarlos cuando morían; y sirviendo en tal servicio, se perdían ellos muchas veces con lo ganado. Y de este ser abandonados los enfermos por los vecinos, los parientes y los amigos, y de haber escasez de sirvientes se siguió una costumbre no oída antes: que a ninguna mujer por bella o gallarda o noble que fuese, si enfermaba, le importaba tener a su servicio a un hombre, como fuese, joven o no, ni mostrarle sin ninguna vergüenza todas las partes de su cuerpo no de otra manera que hubiese hecho a otra mujer, si se

lo pedía la necesidad de su enfermedad; lo que en aquellas que se curaron fue razón de honestidad menor en el tiempo que sucedió. Y además, se siguió de ello la muerte de muchos que, por ventura, si hubieran sido ayudados se habrían salvado; de los que, entre el defecto de los necesarios servicios que los enfermos no podían tener y por la fuerza de la peste, era tanta en la ciudad la multitud de los que de día y de noche morían, que causaba estupor oírlo decir, cuanto más mirarlo. Por lo cual, casi por necesidad, cosas contrarias a las primeras costumbres de los ciudadanos nacieron entre quienes quedaban vivos. Era costumbre, así como ahora vemos hacer, que las mujeres parientes y vecinas se reuniesen en la casa del muerto, y allí, con aquellas que más le tocaban, lloraban; y por otra parte delante de la casa del muerto con sus parientes se reunían sus vecinos y muchos otros ciudadanos, y según la calidad del muerto allí venía el clero, y él en hombros de sus iguales, con funeral pompa de cera y cantos, a la iglesia elegida por él antes de la muerte era llevado. Las cuales cosas, luego que empezó a subir la ferocidad de la peste, o en todo o en su mayor parte cesaron casi y otras nuevas sobrevivieron en su lugar. Por lo que no solamente sin tener muchas mujeres alrededor se morían las gentes sino que eran muchos los que de esta vida pasaban

a la otra sin testigos; y poquísimos eran aquéllos a quienes los piadosos llantos y las amargas lágrimas de sus parientes fuesen concedidas, sino que en lugar de ellas eran por los más acostumbradas las risas y las agudezas y el festejar en compañía; la cual costumbre las mujeres, en gran parte pospuesta la femenina piedad a su salud, habían aprendido óptimamente. Y eran raros aquellos cuerpos que fuesen por más de diez o doce de sus vecinos acompañados a la iglesia; a los cuales no llevaban sobre los hombros los honrados y amados ciudadanos, sino una especie de sepultureros salidos de la gente baja que se hacían llamar *faquines* y hacían este servicio a sueldo poniéndose debajo del ataúd y, llevándolo con presurosos pasos, no a aquella iglesia que hubiese antes de la muerte dispuesto, sino a la más cercana la mayoría de las veces lo llevaban, detrás de cuatro o seis clérigos con pocas luces y a veces sin ninguna; los que, con la ayuda de los dichos *faquines*, sin cansarse en un oficio demasiado largo o solemne, en cualquier sepultura desocupada encontrada primero lo metían. De la gente baja, y tal vez de la mediana, el espectáculo estaba lleno de mucha mayor miseria, porque éstos, o por la esperanza o la pobreza retenidos la mayoría en sus casas, quedándose en sus barrios, enfermaban a millares por día, y no

siendo ni servidos ni ayudados por nadie, sin redención alguna morían todos. Y bastantes acababan en la vía pública, de día o de noche; y muchos, si morían en sus casas, antes con el hedor corrompido de sus cuerpos que de otra manera, hacían sentir a los vecinos que estaban muertos; y entre éstos y los otros que por toda parte morían, una muchedumbre. Era sobre todo observada una costumbre por los vecinos, movidos no menos por el temor de que la corrupción de los muertos no los ofendiese que por el amor que tuvieran a los finados. Ellos, o por sí mismos o con ayuda de algunos acarreadores cuando podían tenerla, sacaban de sus casas los cuerpos de los ya finados y los ponían delante de sus puertas (donde, especialmente por la mañana, hubiera podido ver un sinnúmero de ellos quien se hubiese paseado por allí) y allí hacían venir los ataúdes, y hubo tales a quienes por defecto de ellos pusieron sobre alguna tabla. Tampoco fue un solo ataúd el que se llevó juntas a dos o tres personas; ni sucedió una vez sola sino que se habrían podido contar bastantes de los que la mujer y el marido, los dos o tres hermanos, o el padre y el hijo, o así sucesivamente, contuvieron. Y muchas veces sucedió que, andando dos curas con una cruz a por alguno, se pusieron tres o cuatro ataúdes, llevados por acarreadores, detrás de ella; y donde los curas

creían tener un muerto para sepultar, tenían seis u ocho, o tal vez más. Tampoco eran éstos con lágrimas o luces o compañía honrados, sino que la cosa había llegado a tanto que no de otra manera se cuidaba de los hombres que morían que se cuidaría ahora de las cabras; por lo que apareció asaz manifiestamente que aquello que el curso natural de las cosas no había podido con sus pequeños y raros daños mostrar a los sabios que se debía soportar con paciencia, lo hacía la grandeza de los males aún con los simples, desaprensivos y despreocupados. A la gran multitud de muertos mostrada que a todas las iglesias, todos los días y casi todas las horas, era conducida, no bastando la tierra sagrada a las sepulturas (y máxime queriendo dar a cada uno un lugar propio según la antigua costumbre), se hacían por los cementerios de las iglesias, después que todas las partes estaban llenas, fosas grandísimas en las que se ponían a centenares los que llegaban, y en aquellas estibas, como se ponen las mercancías en las naves en capas apretadas, con poca tierra se recubrían hasta que se llegaba a ras de suelo. Y por no ir buscando por la ciudad todos los detalles de nuestras pasadas miserias en ella sucedidas, digo que con un tiempo tan enemigo que corrió ésta, no por ello se ahorró algo al campo circundante; en el cual, dejando los burgos, que

eran semejantes, en su pequeñez, a la ciudad, por las aldeas esparcidas por él y los campos, los labradores míseros y pobres y sus familias, sin trabajo de médico ni ayuda de servidores, por las calles y por los collados y por las casas, de día o de noche indiferentemente, no como hombres sino como bestias morían. Por lo cual, éstos, disolutas sus costumbres como las de los ciudadanos, no se ocupaban de ninguna de sus cosas o haciendas; y todos, como si esperasen ver venir la muerte en el mismo día, se esforzaban con todo su ingenio no en ayudar a los futuros frutos de los animales y de la tierra y de sus pasados trabajos, sino en consumir los que tenían a mano. Por lo que los bueyes, los asnos, las ovejas, las cabras, los cerdos, los pollos y hasta los mismos perros fidelísimos al hombre, sucedió que fueron expulsados de las propias casas y por los campos, donde las cosechas estaban abandonadas, sin ser no ya recogidas sino ni siquiera segadas, iban como más les placía; y muchos, como racionales, después que habían pastado bien durante el día, por la noche se volvían saciados a sus casas sin ninguna guía de pastor. ¿Qué más puede decirse, dejando el campo y volviendo a la ciudad, sino que tanta y tal fue la crueldad del cielo, y tal vez en parte la de los hombres, que entre la fuerza de la pestífera enfermedad y por ser muchos

enfermos mal servidos o abandonados en su necesidad por el miedo que tenían los sanos, a más de cien mil criaturas humanas, entre marzo y el julio siguiente, se tiene por cierto que dentro de los muros de Florencia les fue arrebatada la vida, que tal vez antes del accidente mortífero no se habría estimado haber dentro tantas? ¡Oh cuántos grandes palacios, cuántas bellas casas, cuántas nobles moradas llenas por dentro de gentes, de señores y de damas, quedaron vacías hasta del menor infante! ¡Oh cuántos memorables linajes, cuántas amplísimas herencias, cuántas famosas riquezas se vieron quedar sin sucesor legítimo! ¡Cuántos valerosos hombres, cuántas hermosas mujeres, cuántos jóvenes gallardos a quienes no otros que Galeno, Hipócrates o Esculapio hubiesen juzgado sanísimos, desayunaron con sus parientes, compañeros y amigos, y llegada la tarde cenaron con sus antepasados en el otro mundo!

A mí mismo me disgusta andar revolviéndome tanto entre tantas miserias; por lo que, queriendo dejar aquella parte de las que convenientemente puedo evitar, digo que, estando en estos términos nuestra ciudad de habitantes casi vacía, sucedió, así como yo después oí a una persona digna de fe, que en la venerable iglesia de Santa María la Nueva,

un martes de mañana, no habiendo casi ninguna otra persona, oídos los divinos oficios en hábitos de duelo, como pedían semejantes tiempos, se encontraron siete mujeres jóvenes, todas entre sí unidas o por amistad o por vecindad o por parentesco, de las cuales ninguna había pasado el vigésimo año ni era menor de dieciocho, discretas todas y de sangre noble y hermosas de figura y adornadas con ropas y honestidad gallarda. Sus nombres diría yo debidamente si una justa razón no me impidiese hacerlo, que es que no quiero que por las cosas contadas de ellas que se siguen, y por lo escuchado, ninguna pueda avergonzarse en el tiempo por venir, estando hoy un tanto restringidas las leyes del placer que entonces, por las razones antes dichas, eran no ya para su edad sino para otra mucho más madura amplísimas; ni tampoco dar materia a los envidiosos (prestos a mancillar toda vida loable), de disminuir en ningún modo la honestidad de las valerosas[6] mujeres en conversaciones desconsideradas. Pero, sin embargo, para que aquello que cada una dijese se pueda comprender pronto sin confusión, con nombres convenientes a la calidad de cada una, o en todo o en parte, entiendo llamarlas; de las cuales a la primera, y la que era de más edad, llamaremos Pampínea y a la segunda Fiameta, Filomena a la tercera y a la cuarta

Emilia, y después Laureta diremos a la quinta, y a la sexta Neifile, y a la última, no sin razón, llamaremos Elisa[7]. Las cuales, no ya movidas por algún propósito sino por el acaso, se reunieron en una de las partes de la iglesia como dispuestas a sentarse en corro, y luego de muchos suspiros, dejando de rezar padrenuestros, comenzaron a discurrir sobre la condición de los tiempos muchas y variadas cosas; y luego de algún espacio, callando las demás, así empezó a hablar Pampínea:

—Vosotras podéis, queridas señoras, tanto como yo haber oído muchas veces que a nadie ofende quien honestamente hace uso de su derecho. Natural derecho es de todos los que nacen ayudar a conservar y defender su propia vida tanto cuanto pueden, y concededme esto, puesto que alguna vez ya ha sucedido que, por conservarla, se hayan matado hombres sin ninguna culpa. Y si esto conceden las leyes, a cuya solicitud está el buen vivir de todos los mortales, ¡cuán mayormente es honesto que, sin ofender a nadie, nosotras y cualquiera otro, tomemos los remedios que podamos para la conservación de nuestra vida! Siempre que me pongo a considerar nuestras acciones de esta mañana y de las ya pasadas y pienso cuántos y cuáles son nuestros pensamientos, comprendo, y vosotras de igual modo lo podéis

comprender, que cada una de nosotras tema por sí misma; y no me maravillo por ello, sino que me maravillo de que sucediéndonos a todas tener sentimiento de mujer, no tomemos alguna compensación de aquello que fundadamente tememos. Estamos viviendo aquí, a mi parecer, no de otro modo que si quisiésemos y debiésemos ser testigos de cuantos cuerpos muertos se llevan a la sepultura, o escuchar si los frailes de aquí dentro (el número de los cuales casi ha llegado a cero) cantan sus oficios a las horas debidas, o mostrar a cualquiera que aparezca, por nuestros hábitos, la calidad y la cantidad de nuestras miserias. Y, si salimos de aquí, o vemos cuerpos muertos o enfermos llevados por las calles, o vemos aquéllos a quienes por sus delitos la autoridad de las públicas leyes condenó al exilio, escarneciéndolas porque oyeron que sus ejecutores estaban muertos o enfermos, y con descompensado ímpetu recorriendo la ciudad, o a las heces de nuestra ciudad, enardecidas con nuestra sangre, llamarse *faquines* y en ultraje nuestro andar cabalgando y discurriendo por todas partes, acusándonos de nuestros males con deshonestas canciones. Y no otra cosa oímos sino «los tales son muertos», y «los otros tales están muriéndose»; y si hubiera quien pudiese hacerlo, por todas partes oiríamos dolorosos

llantos. Y si a nuestras casas volvemos, no sé si a vosotras como a mí os sucede: yo, de mucha familia, no encontrando otra persona en ella que a mi criada, empavorezco y siento que se me erizan los cabellos, y me parece, dondequiera que voy o me quedo, ver la sombra de los que han fallecido, y no con aquellos rostros que solían sino con un aspecto horrible, no sé en dónde extrañamente adquirido, espantarme. Por todo lo cual, aquí y fuera de aquí, y en casa, me siento mal, y tanto más ahora cuando me parece que no hay persona que aún tenga pulso y lugar donde ir, como tenemos nosotras, que se haya quedado aquí salvo nosotras. Y he oído y visto muchas veces que si algunos quedan, aquéllos, sin hacer distinción alguna entre las cosas honestas y las que no lo son, sólo con que el apetito se lo pida, y solos y acompañados, de día o de noche, hacen lo que mejor se les ofrece; y no sólo las personas libres sino también las encerradas en monasterios, persuadiéndose de que les conviene aquello que en los otros no desdice, rotas las leyes de la obediencia, se dan a deleites carnales, de tal guisa pensando salvarse, y se han hecho lascivas y disolutas. Y si así es, como manifiestamente se ve, ¿qué hacemos aquí nosotras?, ¿qué esperamos?, ¿qué soñamos? ¿Por qué somos más perezosas y lentas en

nuestra salvación que todos los demás ciudadanos? ¿Nos reputamos de menor valor que todos los demás?, ¿o creemos que nuestra vida está atada con cadenas más fuertes a nuestro cuerpo que la de los otros, y así no debemos pensar que nada tenga fuerza para ofenderla? Estamos equivocadas, nos engañamos, qué brutalidad es la nuestra si lo creemos así, cuantas veces queramos recordar cuántos y cuáles han sido los jóvenes y las mujeres vencidos por esta cruel pestilencia, tendremos una demostración clarísima. Y por ello, a fin de que por repugnancia o presunción no caigamos en aquello de lo que por ventura, queriéndolo, podremos escapar de algún modo, no sé si os parecerá a vosotras lo que a mí me parece: yo juzgaría óptimamente que, tal como estamos, y así como muchos han hecho antes que nosotras y hacen, saliésemos de esta tierra, y huyendo como de la muerte los deshonestos ejemplos ajenos, honestamente fuésemos a estar en nuestras villas campestres (en que todas abundamos) y allí aquella fiesta, aquella alegría y aquel placer que pudiésemos sin traspasar en ningún punto el límite de lo razonable, lo tomásemos[8]. Allí se oye cantar los pajarillos, se ve verdear los collados y las llanuras, y a los campos llenos de mieses ondear no de otro modo que el mar y muchas clases de árboles, y el cielo más abiertamente;

el cual, por muy enojado que esté, no por ello nos niega sus bellezas eternas, que mucho más bellas son de admirar que los muros vacíos de nuestra ciudad. Y es allí, a más de esto, el aire asaz más fresco, y de las cosas que son necesarias a la vida en estos tiempos hay allí más abundancia, y es menor el número de las enojosas: porque allí, aunque también mueran los labradores como aquí los ciudadanos, el disgusto es tanto menor cuanto más raras son las casas y los habitantes que en la ciudad. Y aquí, por otra parte, si veo bien, no abandonamos a nadie, antes podemos con verdad decir que fuimos abandonadas: porque los nuestros, o muriendo o huyendo de la muerte, como si no fuésemos suyas nos han dejado en tanta aflicción. Ningún reproche puede hacerse, por consiguiente, a seguir tal consejo, mientras que el dolor y el disgusto, y tal vez la muerte, podrían acaecernos si no lo seguimos. Y por ello, si os parece, tomando nuestras criadas y haciéndonos seguir de las cosas oportunas, hoy en este sitio y mañana en aquél, la alegría y la fiesta que en estos tiempos se pueda creo que estará bien que gocemos; y que permanezcamos de esta guisa hasta que veamos (si primero la muerte no nos alcanza) qué fin reserva el cielo a estas cosas. Y recordad que no desdice de nosotras irnos honestamente cuando gran parte de los otros

deshonestamente se quedan.

Habiendo escuchado a Pampínea las otras mujeres, no solamente alabaron su razonamiento sino que, deseosas de seguirlo, habían ya entre sí empezado a considerar el modo de llevarlo a cabo, como si al levantarse de donde estaban sentadas inmediatamente debieran ponerse en camino. Pero Filomena, que era discretísima, dijo:

—Señoras, por muy óptimamente dicho que haya estado el razonamiento de Pampínea, no por ello es cosa de correr a hacerlo así como parece que queréis. Os recuerdo que somos todas mujeres y no hay ninguna tan moza que no pueda conocer bien cómo se saben gobernar las mujeres juntas y sin la providencia de algún hombre. Somos volubles, alborotadoras, suspicaces, pusilánimes y miedosas[9], cosas por las que mucho dudo que, si no tomamos otra guía más que la nuestra, no se disuelva esta compañía mucho antes y con menos honor para nosotras de lo que sería menester: y por ello bueno es tomar providencias antes de empezar.

Dijo entonces Elisa:

—En verdad los hombres son cabeza de la mujer y sin su dirección raras veces llega

alguna de nuestras obras a un fin loable: pero ¿cómo podemos encontrar esos hombres? Todas sabemos que de los nuestros están la mayoría muertos, y los otros que viven se han quedado uno aquí otro allá en distinta compañía, sin que sepamos dónde, huyéndole a aquello de que nosotras queremos huir, y el admitir a extraños no sería conveniente; por lo que, si queremos correr tras la salud, nos conviene encontrar el modo de organizarnos de tal manera que de aquello en lo que queremos encontrar deleite y reposo no se siga disgusto y escándalo.

Mientras entre las mujeres andaban estos razonamientos, he aquí que entran en la iglesia tres jóvenes, que no lo eran tanto que no fuese de menos de veinticinco años la edad del más joven: ni la calidad y perversidad de los tiempos, ni la pérdida de amigos y de parientes, ni el temor por sí mismos había podido no sólo extinguir el amor en ellos sino ni aun enfriarlos. De los cuales uno era llamado Pánfilo y Filostrato el segundo y el último Dioneo[10], todos afables y corteses; y andaban buscando, como su mayor consuelo en tanta perturbación de las cosas, ver a sus damas, las cuales estaban las tres por ventura entre las ya dichas siete, y de las demás eran parientes de alguno de ellos. Pero primero llegaron ellos a los ojos

de éstas que éstas fueron vistas por ellos; por lo que Pampínea, entonces, sonriéndose comenzó:

—He aquí que la fortuna es favorable a nuestros comienzos y nos ha puesto delante a estos jóvenes discretos y valerosos que nos harán con gusto de guías y servidores si no dejamos de tomarles para este oficio.

Neifile, entonces, que toda se había sonrojado de vergüenza porque era una de las amadas por los jóvenes, dijo:

—Pampínea, por Dios, mira lo que dices. Reconozco abiertamente que nada más que cosas todas buenas pueden decirse de cualquiera de ellos, y los creo capaces de muchas mayores cosas de las que son necesarias para éstas, y semejantemente creo que pueden ofrecer buena y honesta compañía no solamente a nosotras sino a otras mucho más hermosas y estimadas de lo que nosotras somos; pero como es cosa manifiesta que están enamorados de algunas de las que aquí están, temo que se siga difamación y reproches, sin nuestra culpa o la suya, si los llevamos con nosotras.

Dijo entonces Filomena:

—Eso poca monta; allá donde yo

honestamente viva y no me remuerda de nada la conciencia, hable quien quiera en contra: Dios y la verdad tomarán por mí las armas. Pues, si estuviesen dispuestos a venir podríamos decir en verdad, como Pampínea dijo, que la fortuna es favorable a nuestra partida.

Las demás, oyendo a éstas hablar así, no solamente se callaron sino que con sentimiento concorde dijeron todas que fuesen llamados y se les dijese su intención; y se les rogase que quisieran tenerlas compañía en el dicho viaje. Por lo que, sin más palabras, poniéndose en pie Pampínea, que por consanguinidad era pariente de uno de ellos, se dirigió hacia ellos, que estaban parados mirándolas y, saludándolos con alegre gesto, les hizo manifiesta su intención y les rogó en nombre de todas que con puro y fraternal ánimo se quisiesen disponer a tenerlas compañía. Los jóvenes creyeron primero que se burlaba, pero después que vieron que la dama hablaba en serio declararon alegremente que estaban prontos, y sin poner dilación al asunto, a fin de que partiesen, dieron órdenes de lo que había que hacer para disponer la partida. Y ordenadamente haciendo aparejar todas las cosas oportunas y mandadas ya a donde ellos querían ir, la mañana siguiente, esto es, el

miércoles, al clarear el día, las mujeres con algunas de sus criadas y los tres jóvenes con tres de sus sirvientes, saliendo de la ciudad, se pusieron en camino, y no más de dos pequeñas millas se habían alejado de ella cuando llegaron al lugar primeramente decidido.

Estaba tal lugar sobre una pequeña montaña, por todas partes alejado algo de nuestros caminos, con diversos arbustos y plantas todas pobladas de verdes frondas agradable de mirar; en su cima había una villa con un grande y hermoso patio en medio, y con galerías y con salas y con alcobas todas ellas bellísimas y adornadas con alegres pinturas dignas de ser miradas, con pradecillos en torno y con jardines maravillosos y con pozos de agua fresquísima y con bodegas llenas de preciosos vinos: cosas más apropiadas para los bebedores consumados que para las sobrias y honradas mujeres. La cual, bien barrida y con las alcobas y las camas hechas, y llena de cuantas flores se podían tener en la estación, y alfombrada con esparcidas ramas de juncos, halló la compañía que llegaba, con no poco placer por su parte. Y al reunirse por primera vez, dijo Dioneo, que más que ningún otro joven era agradable y lleno de agudeza:

—Señoras, vuestra discreción más que

nuestra previsión nos ha guiado aquí; yo no sé qué es lo que intentáis hacer de vuestros pensamientos: los míos los dejé yo dentro de las puertas de la ciudad cuando con vosotras hace poco me salí de ella, y por ello o vosotras os disponéis a solazaros y a reír y a cantar conmigo (tanto, digo, como conviene a vuestra dignidad) o me dais licencia para que a por mis pensamientos retorne y me quede en aquella ciudad atribulada.

A lo que Pampínea, no de otro modo que si semejantemente hubiese arrojado de sí todos los suyos, contestó alegre:

—Dioneo, óptimamente hablas: hemos de vivir festivamente pues no otra cosa que las tristezas nos han hecho huir. Pero como las cosas que no tienen orden no pueden durar largamente, yo que fui la iniciadora de los rozamientos por los que se ha formado esta buena compañía, pensando en la continuación de nuestra alegría, estimo que es de necesidad elegir entre nosotros a alguno como más principal a quien honremos y obedezcamos como a mayor, todos cuyos pensamientos se dirijan por el cuidado de hacernos vivir alegremente. Y para que todos prueben el peso de las preocupaciones junto con el placer de la autoridad, y por consiguiente, llevado de una parte a la otra, no pueda quien no lo prueba

sentir envidia alguna, digo que a cada uno por un día se atribuya el peso y con él el honor, y quien sea el primero de nosotros se deba a la elección de todos; los que le sucedan, al acercarse la hora del crepúsculo, sean aquel o aquella que plazca a quien aquel día haya tenido tal señorío, y este tal, según su arbitrio, durante el tiempo de su señorío, del lugar y el modo en el que hayamos de vivir, ordene y disponga.

Estas palabras agradaron grandemente y a una voz la eligieron por reina del primer día, y Filomena, corriendo prestamente hacia un laurel, porque muchas veces había oído hablar de cuán grande honor sus frondas eran dignas y cuán digno honor hacían a quien era con ellas meritoriamente coronado, cogiendo algunas ramas, hizo una guirnalda honrosa y bien arreglada que, poniéndosela en la cabeza, fue, mientras duró aquella compañía, manifiesto signo a todos los demás del real señorío y preeminencia.

Pampínea, hecha reina, mandó que todos callasen, habiendo hecho ya llamar allí a los servidores de los tres jóvenes y a sus criadas; y callando todos, dijo:

—Para dar primero ejemplo a todos vosotros para que, procediendo de bien en

mejor, nuestra compañía con orden y con placer y sin ningún deshonor viva y dure cuanto lo deseemos, nombro primeramente a Pármeno[11], criado de Dioneo, mi senescal, y a él encomiendo el cuidado y la solicitud por toda nuestra familia y lo que pertenece al servicio de la sala. Sirisco, criado de Pánfilo, quiero que sea administrador y tesorero y que siga las órdenes de Pármeno. Tíndaro, al servicio de Filostrato y de los otros dos, que se ocupe de sus alcobas cuando los otros, ocupados en sus oficios, no puedan ocuparse. Misia, mi criada, y Licisca, de Filomena, estarán continuamente en la cocina y aparejarán diligentemente las viandas que por Pármeno le sean ordenadas. Quimera, de Laureta, y Estratilia, de Fiameta, queremos que estén pendientes del gobierno de las alcobas de las damas y de la limpieza de los lugares donde estemos. Y a todos en general, por cuanto estimen nuestra gracia, queremos y les ordenamos que se guarden, dondequiera que vayan, de dondequiera que vuelvan, cualquier cosa que sea lo que oigan o vean, de traer de fuera ninguna noticia que no sea alegre. —Y dadas sumariamente estas órdenes, que fueron de todos encomiadas, enderezándose, alegres en pie, dijo—: Aquí hay jardines, aquí hay prados, aquí hay otros lugares muy deleitosos, por los cuales vaya cada uno a su gusto solazándose; y al oír el

toque de tercia, todos estén aquí para comer con la fresca.

Despedida, pues, por la reciente reina, la alegre compañía, los jóvenes junto con las bellas mujeres, hablando de cosas agradables, con lento paso, se fueron por un jardín haciéndose bellas guirnaldas de varias frondas y cantando amorosamente. Y luego de haberse demorado así cuanto espacio les había sido concedido por la reina, vueltos a casa, encontraron que Pármeno había dado diligentemente principio a su oficio, por lo que, al entrar en una sala de la planta baja, allí vieron las mesas puestas con manteles blanquísimos y con vasos que parecían de plata, y todas las cosas cubiertas de flores y de ramas de hiniesta; por lo que, dada el agua a las manos, como gustó a la reina, según el juicio de Pármeno, todos fueron a sentarse. Las viandas delicadamente hechas llegaron y fueron aprestados vinos finísimos, y sin más, en silencio los tres servidores sirvieron las mesas. Alegrados todos por estas cosas, que eran bellas y ordenadas, con placentero ingenio y con fiesta comieron; y levantadas las mesas, como sucedía que todas las damas sabían bailar las danzas de carola, y también los jóvenes, y parte de ellos tocar y cantar óptimamente, mandó la reina que viniesen los

instrumentos: y por su mandato, Dioneo tomó un laúd y Fiameta una viola, comenzando a tocar suavemente una danza. Por lo que la reina, con las otras damas, cogiéndose de la mano en corro con los jóvenes, con lento paso, mandados a comer los sirvientes, empezaron una carola: y cuando la terminaron, a cantar canciones amables y alegres. Y de este modo estuvieron tanto tiempo que a la reina le pareció que debían ir a dormir; por lo que, dando a todos licencia, los tres jóvenes a sus alcobas, separadas de las de las mujeres, se fueron; las cuales con las camas bien hechas y tan llenas de flores como la sala encontraron; y semejantemente las suyas las damas, por lo que, desnudándose se fueron a reposar.

No hacía mucho que había sonado nona cuando la reina, levantándose, hizo levantar a las demás y de igual modo a los jóvenes, afirmando que era nocivo dormir demasiado de día; y así se fueron a un pradecillo en que la hierba era verde y alta y el sol no podía entrar por ninguna parte; y allí, donde se sentía un suave vientecillo, todos se sentaron en corro sobre la verde hierba así como la reina quiso. Y ella les dijo:

—Como veis, el sol está alto y el calor es grande, y nada se oye sino las cigarras arriba en los olivos, por lo que ir ahora a cualquier

lugar sería sin duda necedad. Aquí es bueno y fresco estar y hay, como veis, tableros y piezas de ajedrez, y cada uno puede, según lo que a su ánimo le dé más placer, encontrar deleite. Pero si en esto se siguiera mi parecer, no jugando, en lo que el ánimo de una de las partes ha de turbarse sin demasiado placer de la otra o de quien está mirando, sino novelando (con lo que, hablando uno, toda la compañía que le escucha toma deleite) pasaríamos esta caliente parte del día. Cuando terminaseis cada uno de contar una historia, el sol habría declinado y disminuido el calor, y podríamos a donde más gusto nos diera ir a entretenernos; y por ello, si esto que he dicho os place (ya que estoy dispuesta a seguir vuestro gusto), hagámoslo; y si no os pluguiese, haga cada uno lo que más le guste hasta la hora de vísperas.

Las mujeres por igual y todos los hombres alabaron el novelar.

—Entonces —dijo la reina—, si ello os place, por esta primera jornada quiero que cada uno hable de lo que más le guste.

Y vuelta a Pánfilo, que se sentaba a su derecha, amablemente le dijo que con una de sus historias diese principio a las demás; y Pánfilo, oído el mandato, prestamente, y siendo

escuchado por todos, empezó así:

Novela primera

El seor Cepparello[12] engaña a un santo fraile con una falsa confesión y muere después, y habiendo sido un hombre malvado en vida, es, muerto, reputado por santo y llamado San Ciappelletto.

CONVIENE, carísimas señoras, que a todo lo que el hombre hace le dé principio con el nombre de Aquél que fue de todos hacedor; por lo que, debiendo yo el primero dar comienzo a nuestro novelar, entiendo comenzar con uno de sus maravillosos hechos para que, oyéndolo, nuestra esperanza en él como en cosa inmutable se afirme, y siempre sea por nosotros alabado su nombre.

Manifiesta cosa es que, como las cosas temporales son todas transitorias y mortales, están en sí y por fuera de sí llenas de dolor, de angustia y de fatiga, y sujetas a infinitos peligros; a los cuales no podremos nosotros sin algún error, los que vivimos mezclados con ellas y somos parte de ellas, resistir ni hacerles

frente, si la especial gracia de Dios no nos presta fuerza y prudencia. La cual, a nosotros y en nosotros no es de creer que descienda por mérito alguno nuestro, sino por su propia benignidad movida y por las plegarias impetradas de aquellos que, como lo somos nosotros, fueron mortales y, habiendo seguido bien sus gustos mientras tuvieron vida, ahora se han transformado con él en eternos y bienaventurados; a los cuales nosotros mismos, como a procuradores informados por experiencia de nuestra fragilidad, y tal vez no atreviéndonos a mostrar nuestras plegarias ante la vista de tan grande juez, les rogamos por las cosas que juzgamos oportunas. Y aún más en Él, lleno de piadosa liberalidad hacia nosotros, señalemos que, no pudiendo la agudeza de los ojos mortales traspasar en modo alguno el secreto de la divina mente, a veces sucede que, engañados por la opinión, hacemos procuradores ante su majestad a gentes que han sido arrojadas por Ella al eterno exilio; y no por ello Aquél a quien ninguna cosa es oculta (mirando más a la pureza del orante que a su ignorancia o al exilio de aquél a quien le ruega) como si fuese bienaventurado ante sus ojos, deja de escuchar a quienes le ruegan. Lo que podrá aparecer manifiestamente en la novela que entiendo contar: manifiestamente, digo, no el juicio de

Dios sino el seguido por los hombres.



Se dice, pues, que habiéndose Musciatto Franzesi[13] convertido, de riquísimo y gran mercader en Francia, en caballero, y debiendo venir a Toscana con micer Carlos Sin Tierra[14], hermano del rey de Francia, que fue llamado y solicitado por el papa Bonifacio, dándose cuenta de que sus negocios estaban, como muchas veces lo están los de los mercaderes, muy intrincados acá y allá, y que no se podían de ligero ni súbitamente desintrincar, pensó encomendarlos a varias personas, y para todos encontró cómo; fuera de que le quedó la duda de a quién dejar pudiese capaz de rescatar los créditos hechos a varios borgoñones.

Y la razón de la duda era saber que los borgoñones son litigiosos y de mala condición y desleales, y a él no le venía a la cabeza quién pudiese haber tan malvado en quien pudiera tener alguna confianza para que pudiese oponerse a su perversidad. Y después de haber estado pensando largamente en este asunto, le vino a la memoria un seor Cepparello de Prato que muchas veces se hospedaba en su casa de París, que porque era pequeño de persona y muy acicalado, no sabiendo los franceses qué quería decir Cepparello, y creyendo que vendría a decir *capelo*, es decir, *guirnalda*, como en su romance, porque era pequeño como decimos, no Chapelo, sino Ciappelletto le llamaban: y por Ciappelletto era conocido en todas partes, donde pocos como Cepparello le conocían. Era este Ciappelletto de esta vida: siendo notario, sentía grandísima vergüenza si alguno de sus instrumentos (aunque fuesen pocos) no fuera falso; de los cuales hubiera hecho tantos como le hubiesen pedido gratuitamente, y con mejor gana que alguno de otra clase muy bien pagado. Declaraba en falso con sumo gusto, tanto si se le pedía como si no; y dándose en aquellos tiempos en Francia grandísima fe a los juramentos, no preocupándose por hacerlos falsos, vencía malvadamente en tantas causas cuantas le pidiesen que jurara decir verdad por

su fe.

Tenía otra clase de placeres (y mucho se empeñaba en ello) en suscitar entre amigos y parientes y cualesquiera otras personas, males y enemistades y escándalos, de los cuales cuantos mayores males veía seguirse, tanta mayor alegría sentía. Si se le invitaba a algún homicidio o a cualquier otro acto criminal, sin negarse nunca, de buena gana iba y muchas veces se encontró gustosamente hiriendo y matando hombres con las propias manos. Gran blasfemador era contra Dios y los santos, y por cualquier cosa pequeña, como que era iracundo más que ningún otro. A la iglesia no iba jamás, y a todos sus sacramentos como a cosa vil escarnecía con abominables palabras; y por el contrario las tabernas y los otros lugares deshonestos visitaba de buena gana y los frecuentaba. A las mujeres era tan aficionado como lo son los perros al bastón, con su contrario más que ningún otro hombre flaco se deleitaba. Habría hurtado y robado con la misma conciencia con que oraría un santo varón. Golosísimo y gran bebedor hasta a veces sentir repugnantes náuseas; era solemne jugador con dados trucados.

Mas ¿por qué me alargo en tantas palabras? Era el peor hombre, tal vez, que nunca hubiese nacido. Y su maldad largo

tiempo la sostuvo el poder y la autoridad de micer Musciatto, por quien muchas veces no sólo de las personas privadas a quienes con frecuencia injuriaba sino también de la justicia, a la que siempre lo hacía, fue protegido.

Venido, pues, este seor Cepparello a la memoria de micer Musciatto, que conocía óptimamente su vida, pensó el dicho micer Musciatto que éste era el que necesitaba la maldad de los borgoñones; por lo que, llamándole, le dijo así:

—Seor Ciappelletto, como sabes, estoy por retirarme del todo de aquí y, teniendo entre otros que entenderme con los borgoñones, hombres llenos de engaño, no sé quién pueda dejar más apropiado que tú para rescatar de ellos mis bienes; y por ello, como tú al presente nada estás haciendo, si quieres ocuparte de esto entiendo conseguirte el favor de la corte y darte aquella parte de lo que rescates que sea conveniente.

Seor Cepparello, que se veía desocupado y mal provisto de bienes mundanos y veía que se iba quien su sostén y auxilio había sido durante mucho tiempo, sin ningún titubeo y como empujado por la necesidad se decidió sin dilación alguna, como obligado por la necesidad y dijo que quería hacerlo de buena

gana. Por lo que, puestos de acuerdo, recibidos por seor Ciappelletto los poderes y las cartas credenciales del rey, partido micer Musciatto, se fue a Borgoña donde casi nadie le conocía: y allí de modo extraño a su naturaleza, benigna y mansamente empezó a rescatar y hacer aquello a lo que había ido, como si reservase la ira para el final. Y haciéndolo así, hospedándose en la casa de dos hermanos florentinos que prestaban con usura y por amor de micer Musciatto le honraban mucho, sucedió que enfermó, con lo que los dos hermanos hicieron prestamente venir médicos y criados para que le sirviesen en cualquier cosa necesaria para recuperar la salud.

Pero toda ayuda era vana porque el buen hombre, que era ya viejo y había vivido desordenadamente, según decían los médicos iba de día en día de mal en peor como quien tiene un mal de muerte; de lo que los dos hermanos mucho se dolían y un día, muy cerca de la alcoba en que seor Ciappelletto yacía enfermo, comenzaron a razonar entre ellos.

—¿Qué haremos de éste? —decía el uno al otro—. Estamos por su causa en una situación pésima porque echarlo fuera de nuestra casa tan enfermo nos traería gran tacha y sería signo manifiesto de poco juicio al ver la gente que primero lo habíamos recibido y

después hecho servir y medicar tan solícitamente para ahora, sin que haya podido hacer nada que pudiera ofendernos, echarlo fuera de nuestra casa tan súbitamente, y enfermo de muerte. Por otra parte, ha sido un hombre tan malvado que no querrá confesarse ni recibir ningún sacramento de la Iglesia y, muriendo sin confesión, ninguna iglesia querrá recibir su cuerpo y será arrojado a los fosos como un perro. Y si por el contrario se confiesa, sus pecados son tantos y tan horribles que no los habrá semejantes y ningún fraile o cura querrá ni podrá absolverle; por lo que, no absuelto, será también arrojado a los fosos como un perro. Y si esto sucede, el pueblo de esta tierra, tanto por nuestro oficio (que les parece inicuo y al que todo el tiempo pasan maldiciendo) como por el deseo que tiene de robarnos, viéndolo, se amotinará y gritará: «Estos perros lombardos a los que la iglesia no quiere recibir no pueden sufrirse más», y correrán en busca de nuestras arcas y tal vez no solamente nos roben los haberes sino que pueden quitarnos también la vida; por lo que de cualquiera guisa estamos mal si éste se muere.

Seor Ciappelletto, que, decimos, yacía allí cerca de donde éstos estaban hablando, teniendo el oído fino, como la mayoría de las veces pasa a los enfermos, oyó lo que estaban

diciendo y los hizo llamar y les dijo:

—No quiero que temáis por mí ni tengáis miedo de recibir por mi causa algún daño; he oído lo que habéis estado hablando de mí y estoy certísimo de que sucedería como decís si así como pensáis anduvieran las cosas; pero andarán de otra manera. He hecho, viviendo, tantas injurias al Señor Dios que por hacerle una más a la hora de la muerte poco se dará. Y por ello, procurad hacer venir un fraile santo y valioso lo más que podáis, si hay alguno que lo sea, y dejadme hacer, que yo concertaré firmemente vuestros asuntos y los míos de tal manera que resulten bien y estéis contentos.

Los dos hermanos, aunque no sintieron por esto mucha esperanza, no dejaron de ir a un convento de frailes y pidieron que algún hombre santo y sabio escuchase la confesión de un lombardo que estaba enfermo en su casa; y les fue dado un fraile anciano de santa y de buena vida, y gran maestro de la Escritura y hombre muy venerable, a quien todos los ciudadanos tenían en grandísima y especial devoción, y lo llevaron con ellos. El cual, llegado a la cámara donde el seor Ciappelletto yacía, y sentándose a su lado empezó primero a confortarle benignamente y le preguntó luego que cuánto tiempo hacía que no se había confesado. A lo que el seor Ciappelletto, que

nunca se había confesado, respondió:

—Padre mío, mi costumbre es de confesarme todas las semanas al menos una vez; sin lo que son bastantes las que me confieso más; y la verdad es que, desde que he enfermado, que son casi ocho días, no me he confesado, tanto es el malestar que con la enfermedad he tenido.

Dijo entonces el fraile:

—Hijo mío, bien has hecho, y así debes hacer de ahora en adelante; y veo que si tan frecuentemente te confiesas, poco trabajo tendré en escucharte y preguntarte.

Dijo seor Ciappelletto:

—Señor fraile, no digáis eso; yo no me he confesado nunca tantas veces ni con tanta frecuencia que no quisiera hacer siempre confesión general de todos los pecados que pudiera recordar desde el día en que nací hasta el que me haya confesado; y por ello os ruego, mi buen padre, que me preguntéis tan menudamente de todas las cosas como si nunca me hubiera confesado, y no tengáis compasión porque esté enfermo, que más quiero disgustar a estas carnes mías que, excusándolas, hacer cosa que pudiese resultar en perdición de mi alma, que mi Salvador

rescató con su preciosa sangre.

Estas palabras gustaron mucho al santo varón y le parecieron señal de una mente bien dispuesta; y luego que al seor Ciappelletto hubo alabado mucho esta práctica, empezó a preguntarle si había alguna vez pecado lujuriosamente con alguna mujer. A lo que seor Ciappelletto respondió suspirando:

—Padre, en esto me avergüenzo de decir la verdad temiendo pecar de vanagloria.

A lo que el santo fraile dijo:

—Dila con tranquilidad, que por decir la verdad ni en la confesión ni en otro caso nunca se ha pecado.

Dijo entonces seor Ciappelletto:

—Ya que lo queréis así, os lo diré: soy tan virgen como salí del cuerpo de mi madre.

—¡Oh, bendito seas de Dios! —dijo el fraile—, ¡qué bien has hecho! Y al hacerlo has tenido tanto más mérito cuando, si hubieras querido, tenías más libertad de hacer lo contrario que tenemos nosotros y todos los otros que están constreñidos por alguna regla.

Y luego de esto, le preguntó si había desagradado a Dios con el pecado de la gula.

A lo que, suspirando mucho, seor Ciappelletto contestó que sí y muchas veces; porque, como fuese que él, además de los ayunos de la cuaresma que las personas devotas hacen durante el año, todas las semanas tuviera la costumbre de ayunar a pan y agua al menos tres días, se había bebido el agua con tanto deleite y tanto gusto y especialmente cuando había sufrido alguna fatiga por rezar o ir en peregrinación, como los grandes bebedores hacen con el vino. Y muchas veces había deseado comer aquellas ensaladas de hierbas que hacen las mujeres cuando van al campo, y algunas veces le había parecido mejor comer que le parecía que debiese parecerle a quien ayuna por devoción como él ayunaba. A lo que el fraile dijo:

—Hijo mío, estos pecados son naturales y son asaz leves, y por ello no quiero que te apesadumbres la conciencia más de lo necesario. A todos los hombres sucede que les parezca bueno comer después de largo ayuno, y, después del cansancio, beber.

—¡Oh! —dijo seor Ciappelletto—, padre mío, no me digáis esto por confortarme; bien sabéis que yo sé que las cosas que se hacen en servicio de Dios deben hacerse limpiamente y sin ninguna mancha en el ánimo: y quien lo hace de otra manera, peca.

El fraile, contentísimo, dijo:

—Y yo estoy contento de que así lo entiendas en tu ánimo, y mucho me place tu pura y buena conciencia. Pero dime, ¿has pecado de avaricia deseando más de lo conveniente y teniendo lo que no debieras tener?

A lo que seor Ciappelletto dijo:

—Padre mío, no querría que sospechaseis de mí porque estoy en casa de estos usureros: yo no tengo parte aquí sino que había venido con la intención de amonestarles y reprenderles y arrancarles a este abominable oficio; y creo que habría podido hacerlo si Dios no me hubiese visitado de esta manera. Pero debéis de saber que mi padre me dejó rico, y de sus haberes, cuando murió, di la mayor parte por Dios; y luego, por sustentar mi vida y poder ayudar a los pobres de Cristo, he hecho mis pequeños mercadeos y he deseado tener ganancias de ellos, y siempre con los pobres de Dios lo que he ganado lo he partido por medio, dedicando mi mitad a mis necesidades, dándole a ellos la otra mitad; y en ello me ha ayudado tan bien mi Creador que siempre de bien en mejor han ido mis negocios.

—Has hecho bien —dijo el fraile—, pero

¿con cuánta frecuencia te has dejado llevar por la ira?

—¡Oh! —dijo seor Ciappelletto—, eso os digo que muchas veces lo he hecho. ¿Y quién podría contenerse viendo todo el día a los hombres haciendo cosas sucias, no observar los mandamientos de Dios, no temer sus juicios? Han sido muchas veces al día las que he querido estar mejor muerto que vivo al ver a los jóvenes ir tras vanidades y oyéndolos jurar y perjurar, ir a las tabernas, no visitar las iglesias y seguir más las vías del mundo que las de Dios.

Dijo entonces el fraile:

—Hijo mío, ésta es una ira buena y yo en cuanto a mí no sabría imponerte por ella penitencia. Pero ¿por acaso no te habrá podido inducir la ira a cometer algún homicidio o a decir villanías de alguien o a hacer alguna otra injuria?

A lo que el seor Ciappelletto respondió:

—¡Ay de mí, señor!, vos que me parecéis hombre de Dios, ¿cómo decís estas palabras? Si yo hubiera podido tener aún un pequeño pensamiento de hacer alguna de estas cosas, ¿creéis que crea que Dios me hubiese sostenido tanto? Eso son cosas que hacen los

asesinos y los criminales, de los que, siempre que alguno he visto, he dicho siempre: «Ve con Dios que te convierta».

Entonces dijo el fraile:

—Ahora dime, hijo mío, que bendito seas de Dios, ¿alguna vez has dicho algún falso testimonio contra alguien, o dicho mal de alguien o quitado a alguien cosas sin consentimiento de su dueño?

—Ya, señor, sí —repuso seor Ciappelletto— que he dicho mal de otro, porque tuve un vecino que con la mayor sinrazón del mundo no hacía más que golpear a su mujer tanto que una vez hablé mal de él a los parientes de la mujer, tan gran piedad sentí por aquella pobrecilla que él, cada vez que había bebido de más, zurraba como Dios os diga.

Dijo entonces el fraile:

—Ahora bien, tú me has dicho que has sido mercader: ¿has engañado alguna vez a alguien como hacen los mercaderes?

—Por mi fe —dijo seor Ciappelletto—, señor, sí, pero no sé quiénes eran: sino que habiéndome dado uno dineros que me debía por un paño que le había vendido, y yo puéstolos en un cofre sin contarlos, vine a ver

después de un mes que eran cuatro reales más de lo que debía ser por lo que, no habiéndolo vuelto a ver y habiéndolos conservado un año para devolvérselos, los di por amor de Dios.

Dijo el fraile:

—Eso fue poca cosa e hiciste bien en hacer lo que hiciste.

Y después de esto preguntóle el santo fraile sobre muchas otras cosas, sobre las cuales dio respuesta en la misma manera. Y queriendo él proceder ya a la absolución, dijo seor Ciappelletto:

—Señor mío, tengo todavía algún pecado que aún no os he dicho; —el fraile le preguntó cuál—, y dijo: Me acuerdo que hice a mi criado, un sábado después de nona, barrer la casa y no tuve al santo día del domingo la reverencia que debía.

—¡Oh! —dijo el fraile—, hijo mío, ésa es cosa leve.

—No —dijo seor Ciappelletto—, no he dicho nada leve, que el domingo mucho hay que honrar porque en un día así resucitó de la muerte a la vida Nuestro Señor.

Dijo entonces el fraile:

—¿Alguna cosa más has hecho?

—Señor mío, sí —respondió seor Ciappelletto—, que yo, no dándome cuenta, escupí una vez en la iglesia de Dios.

El fraile se echó a reír, y dijo:

—Hijo mío, ésa no es cosa de preocupación: nosotros, que somos religiosos, todo el día escupimos en ella.

Dijo entonces seor Ciappelletto:

—Y hacéis gran villanía, porque nada conviene tener tan limpio como el santo templo, en el que se rinde sacrificio a Dios.

Y en breve, de tales hechos le dijo muchos, y por último empezó a suspirar y a llorar mucho, como quien lo sabía hacer demasiado bien cuando quería. Dijo el santo fraile:

—Hijo mío, ¿qué te pasa?

Repuso seor Ciappelletto:

—¡Ay de mí, señor! Que me ha quedado un pecado del que nunca me he confesado, tan grande vergüenza me da decirlo, y cada vez que lo recuerdo lloro como veis, y me parece muy cierto que Dios nunca tendrá misericordia de mí por este pecado.

Entonces el santo fraile dijo:

—¡Bah, hijo! ¿Qué estás diciendo? Si todos los pecados que han hecho todos los hombres del mundo, y que deban hacer todos los hombres mientras el mundo dure, fuesen todos en un hombre solo, y éste estuviese arrepentido y contrito como te veo, tanta es la benignidad y la misericordia de Dios que, confesándose éste, se los perdonaría liberalmente; así, dilo con confianza.

Dijo entonces seor Ciappelletto, todavía llorando mucho:

—¡Ay de mí, padre mío! El mío es demasiado grande pecado, y apenas puedo creer, si vuestras plegarias no me ayudan, que me pueda ser por Dios perdonado.

A lo que le dijo el fraile:

—Dilo con confianza, que yo te prometo pedir a Dios por ti.

Pero seor Ciappelletto lloraba y no lo decía y el fraile le animaba a decirlo. Pero luego de que seor Ciappelletto llorando un buen rato hubo tenido así suspenso al fraile, lanzó un gran suspiro y dijo:

—Padre mío, pues que me prometéis rogar a Dios por mí, os lo diré: sabed que, cuando

era pequeñito, maldije una vez a mi madre.

Y dicho esto, empezó de nuevo a llorar fuertemente. Dijo el fraile:

—¡Ah, hijo mío! ¿Y eso te parece tan gran pecado? Oh, los hombres blasfemamos contra Dios todo el día y si Él perdona de buen grado a quien se arrepiente de haber blasfemado, ¿no crees que vaya a perdonarte esto? No llores, consuélate, que por seguro si hubieses sido uno de aquellos que le pusieron en la cruz, teniendo la contrición que te veo, te perdonaría Él.

Dijo entonces seor Ciappelletto:

—¡Ay de mí, padre mío! ¿Qué decís? La dulce madre mía que me llevó en su cuerpo nueve meses día y noche, y me llevó en brazos más de cien veces. ¡Mucho mal hice al maldecirla, y pecado muy grande es; y si no rogáis a Dios por mí, no me será perdonado!

Viendo el fraile que nada le quedaba por decir al seor Ciappelletto, le dio la absolución y su bendición teniéndolo por hombre santísimo, como quien totalmente creía ser cierto lo que seor Ciappelletto había dicho: ¿y quién no lo hubiera creído viendo a un hombre en peligro de muerte confesándose decir tales cosas? Y después, luego de todo esto, le dijo:

—Señor Ciappelletto, con la ayuda de Dios estaréis pronto sano; pero si sucediese que Dios a vuestra bendita y bien dispuesta alma llamase a sí, ¿os placería que vuestro cuerpo fuese sepultado en nuestro convento?

A lo que seor Ciappelletto repuso:

—Señor, sí, que no querría estar en otro sitio, puesto que vos me habéis prometido rogar a Dios por mí, además de que yo he tenido siempre una especial devoción por vuestra orden; y por ello os ruego que, en cuanto estéis en vuestro convento, haced que venga a mí aquel veracísimo cuerpo de Cristo que vos por la mañana consagráis en el altar, porque aunque no sea digno, entiendo comulgarlo con vuestra licencia, y después la santa y última unción para que, si he vivido como pecador, al menos muera como cristiano.

El santo hombre dijo que mucho le agradaba y él decía bien, y que haría que de inmediato le fuese llevado; y así fue.

Los dos hermanos, que temían mucho que seor Ciappelletto les engañase, se habían puesto junto a un tabique que dividía la alcoba donde seor Ciappelletto yacía de otra y, escuchando, fácilmente oían y entendían lo que seor Ciappelletto al fraile decía; y sentían

algunas veces tales ganas de reír, al oír las cosas que le confesaba haber hecho, que casi estallaban, y se decían uno al otro: ¿qué hombre es éste, al que ni vejez ni enfermedad ni temor de la muerte a que se ve tan vecino, ni aún de Dios, ante cuyo juicio espera tener que estar de aquí a poco, han podido apartarle de su maldad, ni hacer que quiera dejar de morir como ha vivido? Pero viendo que había dicho que sí, que recibiría la sepultura en la iglesia, de nada de lo otro se preocuparon. Seor Ciappelletto comulgó poco después y, empeorando sin remedio, recibió la última unción; y poco después del crepúsculo, el mismo día que había hecho su buena confesión, murió.

Por lo que los dos hermanos, disponiendo de lo que era de él para que fuese honradamente sepultado y mandándolo decir al convento, y que viniesen por la noche a velarle según era costumbre y por la mañana a por el cuerpo, dispusieron todas las cosas oportunas para el caso. El santo fraile que lo había confesado, al oír que había finado, fue a buscar al prior del convento, y habiendo hecho tocar a capítulo, a los frailes reunidos mostró que seor Ciappelletto había sido un hombre santo según él lo había podido entender de su confesión; y esperando que por él el Señor Dios mostrase

muchos milagros, les persuadió a que con grandísima reverencia y devoción recibiesen aquel cuerpo. Con las cuales cosas el prior y los frailes, crédulos, estuvieron de acuerdo: y por la noche, yendo todos allí donde yacía el cuerpo de seor Ciappelletto, le hicieron una grande y solemne vigilia, y por la mañana, vestidos todos con albas y capas pluviales, con los libros en la mano y las cruces delante, cantando, fueron a por este cuerpo y con grandísima fiesta y solemnidad se lo llevaron a su iglesia, siguiéndoles el pueblo todo de la ciudad, hombres y mujeres; y, habiéndolo puesto en la iglesia, subiendo al púlpito, el santo fraile que lo había confesado empezó sobre él y su vida, sobre sus ayunos, su virginidad, su simplicidad e inocencia y santidad, a predicar maravillosas cosas, entre otras contando lo que seor Ciappelletto como su mayor pecado, llorando, le había confesado, y cómo él apenas le había podido meter en la cabeza que Dios quisiera perdonárselo, tras de lo que se volvió a reprender al pueblo que le escuchaba, diciendo:

—Y vosotros, malditos de Dios, por cualquier brizna de paja en que tropezáis, blasfemáis de Dios y de su Madre y de toda la corte celestial.

Y además de éstas, muchas otras cosas

dijo sobre su lealtad y su pureza, y, en breve, con sus palabras, a las que la gente de la comarca daba completa fe, hasta tal punto lo metió en la cabeza y en la devoción de todos los que allí estaban que, después de terminado el oficio, entre los mayores apretujones del mundo todos fueron a besarle los pies y las manos, y le desgarraron todos los paños que llevaba encima, teniéndose por bienaventurado quien al menos un poco de ellos pudiera tener: y convino que todo el día fuese conservado así, para que por todos pudiese ser visto y visitado.

Luego, la noche siguiente, en una urna de mármol fue honrosamente sepultado en una capilla, y enseguida al día siguiente empezaron las gentes a ir allí y a encender candelas y a venerarlo, y seguidamente a hacer promesas y a colgar exvotos de cera según la promesa hecha. Y tanto creció la fama de su santidad y la devoción en que se le tenía que no había nadie que estuviera en alguna adversidad que hiciese promesas a otro santo que a él, y lo llamaron y lo llaman San Ciappelletto, y afirman que Dios ha mostrado muchos milagros por él y los muestra todavía a quien devotamente se lo implora.

Así pues, vivió y murió el seor Cepparello de Prato y llegó a ser santo, como habéis oído; y no quiero negar que sea posible que sea un

bienaventurado en la presencia de Dios porque, aunque su vida fue criminal y malvada, pudo en su último extremo haber hecho un acto de contrición de manera que Dios tuviera misericordia de él y lo recibiese en su reino; pero como esto es cosa oculta, razono sobre lo que es aparente y digo que más debe encontrarse condenado entre las manos del diablo que en el paraíso. Y si así es, grandísima hemos de reconocer que es la benignidad de Dios para con nosotros, que no mira nuestro error sino la pureza de la fe, y al tomar nosotros de mediador a un enemigo suyo, creyéndolo amigo, nos escucha, como si a alguien verdaderamente santo recurriésemos como a mediador de su gracia. Y por ello, para que por su gracia en la adversidad presente y en esta compañía tan alegre seamos conservados sanos y salvos, alabando su nombre en el que la hemos comenzado, teniéndole reverencia, a él acudiremos en nuestras necesidades,ségurísimos de ser escuchados.

Y aquí, calló.

Novela segunda

El judío Abraham, animado por Giannotto de Civigní[15], va a la corte de Roma y, vista la maldad de los clérigos, vuelve a París y se hace cristiano.

LA novela de Pánfilo fue en parte reída y en todo celebrada por las mujeres, y habiendo sido atentamente escuchada y llegado a su fin, como estaba sentada junto a él Neifile, le mandó la reina que, contando una, siguiese el orden del comenzado entretenimiento. Y ella, como quien no menos de corteses maneras que de belleza estaba adornada, alegremente repuso que de buena gana, y comenzó de esta guisa:

Mostrado nos ha Pánfilo con su novelar la benignidad de Dios que no mira nuestros errores cuando proceden de algo que no nos es posible ver; y yo, con el mío, entiendo mostraros cuánto esta misma benignidad, soportando pacientemente los defectos de quienes deben dar de ella verdadero testimonio

con obras y palabras y hacen lo contrario, es por ello mismo argumento de infalible verdad para que los que creemos sigamos con más firmeza de ánimo.

Tal como yo, graciosas señoras, he oído decir, hubo en París un gran mercader y hombre bueno que fue llamado Giannotto de Civigní, lealísimo y recto y gran negociante en el rango de la pañería; y tenía íntima amistad con un riquísimo hombre judío llamado Abraham, que era también mercader y hombre harto recto y leal. Cuya rectitud y lealtad viendo Giannotto, empezó a tener gran lástima de que el alma de un hombre tan valioso y sabio y bueno fuese a su perdición por falta de fe, y por ello amistosamente le empezó a rogar que dejase los errores de la fe judaica y se volviese a la verdad cristiana, a la que como santa y buena podía ver siempre aumentar y prosperar, mientras la suya, por el contrario, podía distinguir cómo disminuía y se reducía a la nada. El judío contestaba que ninguna creía ni santa ni buena fuera de la judaica, y que en ella había nacido y en ella entendía vivir y morir; ni habría nada que nunca de aquello le hiciese moverse. Giannotto no cesó por esto de, pasados algunos días, repetirle semejantes palabras, mostrándole, tan burdamente como la mayoría de los mercaderes pueden hacerlo,

por qué razones nuestra religión era mejor que la judaica.

Y aunque el judío fuese en la ley judaica gran maestro, no obstante, ya que la amistad grande que tenía con Giannotto le moviese, o tal vez que las palabras que el Espíritu Santo ponía en la lengua del hombre simple lo hiciesen, al judío empezaron a agradarle mucho los argumentos de Giannotto; pero obstinado en sus creencias, no se dejaba cambiar. Y cuanto él seguía pertinaz, tanto no dejaba Giannotto de solicitarlo, hasta que el judío, vencido por tan continuas instancias, dijo:

—Ya, Giannotto, a ti te gusta que me haga cristiano; y yo estoy dispuesto a hacerlo, tan ciertamente que quiero primero ir a Roma y ver allí al que tú dices que es el vicario de Dios en la tierra, y considerar sus modos y sus costumbres, y lo mismo los de sus hermanos los cardenales; y si me parecen tales que pueda por tus palabras y por las de ellos comprender que vuestra fe sea mejor que la mía, como te has ingeniado en demostrarme, haré aquello que te he dicho: y si no fuese así, me quedaré siendo judío como soy.

Cuando Giannotto oyó esto, se puso en su interior desmedidamente triste, diciendo para sí mismo: «Perdido he los esfuerzos que me

parecía haber empleado óptimamente, creyéndome haber convertido a éste; porque si va a la corte de Roma y ve la vida criminal y sucia de los clérigos, no es que de judío vaya a hacerse cristiano, sino que si se hubiese hecho cristiano, sin falta volvería judío».

Y volviéndose a Abraham dijo:

—Ah, amigo mío, ¿por qué quieres pasar ese trabajo y tan grandes gastos como serán ir de aquí a Roma? Sin contar con que, tanto por mar como por tierra, para un hombre rico como eres tú todo está lleno de peligros. ¿No crees que encontrarás aquí quién te bautice? Y si por ventura tienes algunas dudas sobre la fe que te muestro, ¿hay mayores maestros y hombres más sabios allí que aquí para poderte esclarecer todo lo que quieras o preguntes? Por todo lo cual, en mi parecer esta idea tuya está de sobra. Piensa que tales son allí los prelados como aquí los has podido ver y los ves; y tanto mejores cuanto que aquéllos están más cerca del pastor principal. Y por ello esa fatiga, según mi consejo, te servirá en otra ocasión para obtener algún perdón, en lo que yo por ventura te haré compañía.

A lo que respondió el judío:

—Yo creo, Giannotto, que será como me

cuentas, pero por resumirte en una muchas palabras, estoy del todo dispuesto, si quieres que haga lo que me has rogado tanto, a irme, y de otro modo no haré nada nunca.

Giannotto, viendo su voluntad, dijo:

—¡Vete con buena ventura! —y pensó para sí que nunca se haría cristiano cuando hubiese visto la corte de Roma; pero como nada se perdía, se calló.

El judío montó a caballo y lo antes que pudo se fue a la corte de Roma, donde al llegar fue por sus judíos honradamente recibido; y viviendo allí, sin decir a ninguno por qué hubiese ido, cautamente empezó a fijarse en las maneras del papa y de los cardenales y de los otros prelados y de todos los cortesanos; y entre lo que él mismo observó, como hombre muy sagaz que era, y lo que también algunos le informaron, encontró que todos, del mayor al menor, generalmente pecaban deshonestísimamente de lujuria, y no sólo en la natural sino también en la sodomítica, sin ningún freno de remordimiento o de vergüenza, tanto que el poder de las meretrices y de los garzones[15a] al impetrar cualquier cosa grande no era poder pequeño. Además de esto, universalmente golosos, bebedores, borrachos y más servidores del vientre (a guisa de

animales brutos, además de la lujuria) que otros conoció abiertamente que eran; y mirando más allá, los vio tan avaros y deseosos de dinero que por igual la sangre humana (también la del cristiano) y las cosas divinas que perteneciesen a sacrificios o a beneficios, con dinero vendían y compraban haciendo con ellas más comercio y empleando a más corredores de mercancías que había en París en la pañería o ningún otro negocio, y habiendo a la simonía manifiesta puesto el nombre de «mediación» y a la gula el de «manutención», como si Dios, no ya el significado de los vocablos, sino la intención de los pésimos ánimos no conociese y a guisa de los hombres se dejase engañar por el nombre de las cosas.

Las cuales, junto con otras muchas que deben callarse, desagradaron sumamente al judío, como a hombre que era sobrio y modesto, y pareciéndole haber visto bastante, se propuso retornar a París; y así lo hizo. Adonde, al saber Giannotto que había venido, esperando cualquier cosa menos que se hiciese cristiano, vino a verle y se hicieron mutuamente grandes fiestas; y después que hubo reposado algunos días, Giannotto le preguntó lo que pensaba del santo padre y de los cardenales y de los otros cortesanos. A lo que el judío respondió prestamente:

—Me parecen mal, que Dios maldiga a todos; y te digo que, si yo sé bien entender, ninguna santidad, ninguna devoción, ninguna buena obra o ejemplo de vida o de alguna otra cosa me pareció ver en ningún clérigo, sino lujuria, avaricia y gula, fraude, envidia y soberbia y cosas semejantes y peores, si peores puede haberlas; me pareció ver en tanto favor de todos, que tengo aquélla por fragua más de operaciones diabólicas que divinas. Y según yo estimo, con toda solicitud y con todo ingenio y con todo arte me parece que vuestro pastor, y después todos los otros, se esfuerzan en reducir a la nada y expulsar del mundo a la religión cristiana, allí donde deberían ser su fundamento y sostén. Y porque veo que no sucede aquello en lo que se esfuerzan sino que vuestra religión aumenta y más luciente y clara se vuelve, me parece discernir justamente que el Espíritu Santo es su fundamento y sostén, como de más verdadera y más santa que ninguna otra; por lo que, tan rígido y duro como era yo a tus consejos y no quería hacerme cristiano, ahora te digo con toda franqueza que por nada dejaré de hacerme cristiano. Vamos, pues, a la iglesia; y allí según las costumbres debidas en vuestra santa fe me haré bautizar.

Giannotto, que esperaba una conclusión

exactamente contraria a ésta, al oírle decir esto fue el hombre más contento que ha habido jamás: y a Nuestra Señora de París yendo con él, pidió a los clérigos de allí dentro que diesen a Abraham el bautismo. Y ellos, oyendo que él lo demandaba, lo hicieron prontamente; y Giannotto lo llevó a la pila sacra y lo llamó Giovanni, y por hombres de valer lo hizo adoctrinar cumplidamente en nuestra fe, la que aprendió prontamente; y fue luego hombre bueno y valioso y de santa vida.

Novela tercera

El judío Melquisidech con una historia sobre tres anillos se salva de una peligrosa trampa que le había tendido Saladino[16].

DESPUÉS de que, alabada por todos la historia de Neifile, calló ésta, como gustó a la reina, Filomena empezó a hablar así:

La historia contada por Neifile me trae a la memoria un peligroso caso sucedido a un judío; y porque ya se ha hablado tan bien de Dios y de la verdad de nuestra fe, descender ahora a los sucesos y los actos de los hombres no se deberá hallar mal, y vendré a narrárosla para que, oída, tal vez más cautas os volváis en las respuestas a las preguntas que puedan haceros.

Debéis saber, amorosas compañeras, que así como la necedad muchas veces aparta a alguien de un feliz estado y lo pone en grandísima miseria, así aparta la prudencia al sabio de peligros gravísimos y lo pone en

grande y seguro reposo. Y cuán verdad sea que la necedad conduce del buen estado a la miseria, se ve en muchos ejemplos que no está ahora en nuestro ánimo contar, considerando que todo el día aparecen mil ejemplos manifiestos; pero que la prudencia sea ocasión de consuelo, como he dicho, os mostraré brevemente con un cuentecillo.



Saladino, cuyo valer fue tanto que no solamente le hizo llegar de hombre humilde a sultán de Babilonia[17], sino también lograr muchas victorias sobre los reyes sarracenos y

cristianos, habiendo en diversas guerras y en grandísimas magnificencias suyas gastado todo su tesoro, y necesitando, por algún accidente que le sobrevino, una buena cantidad de dineros, no viendo cómo tan prestamente como los necesitaba pudiese tenerlos, le vino a la memoria un rico judío cuyo nombre era Melquisidech, que prestaba con usura en Alejandría; y pensó que éste tenía con qué poderlo servir, si quería, pero era tan avaro que por voluntad propia no lo hubiera hecho nunca, y no quería obligarlo por la fuerza; por lo que, apretándole la necesidad se dedicó por completo a encontrar el modo como el judío le sirviese, y se le ocurrió obligarle con algún argumento verosímil. Y haciéndolo llamar y recibiéndole familiarmente, le hizo sentar con él y después le dijo:

—Hombre honrado, he oído a muchas personas que eras sapientísimo y muy avezado en las cosas de Dios; y por ello querría saber cuál de las tres leyes reputas por verdadera: la judaica, la sarracena o la cristiana.

El judío, que verdaderamente era un hombre sabio, advirtió demasiado bien que Saladino buscaba cogerlo en sus palabras para moverle alguna cuestión, y pensó que no podía alabar a una de las tres más que a las otras sin que Saladino saliese con su empeño; por lo

que, como a quien le parecía tener necesidad de una respuesta por la que no pudiesen llevarle preso, aguzado el ingenio, le vino pronto a la mente lo que debía decir; y dijo:

—Señor mío, la cuestión que me proponéis es fina, y para poder deciros lo que pienso de ella querría contaros el cuentecillo que vais a oír. Si no me equivoco, me acuerdo de haber oído decir muchas veces que hubo una vez un hombre grande y rico que, entre las otras joyas más caras que tenía en su tesoro, tenía un anillo bellísimo y precioso al que, queriendo hace honor por su valor y su belleza y dejarlo perpetuamente a sus descendientes ordenó que aquel de sus hijos a quien, habiéndoselo dejado él, le fuese encontrado aquel anillo, que se entendiese que él era su heredero y debiese ser por todos los demás honrado y reverenciado como a mayorazgo, ya que a quien fue dejado por éste guardó el mismo orden con sus descendiente e hizo tal como había hecho su predecesor. Y, en resumen, este anillo anduvo de mano en mano de muchos sucesores y últimamente llegó a las mano de uno que tenía tres hijos hermosos y virtuosos y muy obedientes al padre por lo que amaba a los tres por igual. Y los jóvenes, que conocían la costumbre del anillo, deseoso cada uno de ser el más honrado entre los suyos,

cada uno por sí, como mejor sabían, rogaban al padre, que era ya viejo, que cuando sintiese llegar la muerte, a él le dejase el anillo. El honrado hombre, que por igual amaba a todos, no sabía él mismo elegir a cuál debiese dejárselo y pensó, habiéndoselo prometido a todos, en satisfacer a los tres: y secretamente a un buen orfebre le encargó otros dos, los cuales fueron tan semejantes al primero que el mismo que los había hecho hacer apenas distinguía cuál fuese el verdadero; y sintiendo llegar la muerte, secretamente dio el suyo a cada uno de sus hijos. Los cuales, después de la muerte del padre, queriendo cada uno posesionarse de la herencia y el honor, y negándoselo el uno al otro, como testimonio de hacerlo con todo derecho, cada uno mostró su anillo; y encontrados los anillos tan iguales el uno al otro que cuál fuese el verdadero no sabía distinguirse, se quedó pendiente la cuestión de quién fuese el verdadero heredero del padre, y sigue pendiente todavía. Y lo mismo os digo, señor mío, de las tres leyes dadas a los tres pueblos por Dios padre sobre las que me propusisteis una cuestión: cada uno su herencia, su verdadera ley y sus mandamientos cree rectamente tener y cumplir, pero de quién la tenga, como de los anillos, todavía está pendiente la cuestión.

Conoció Saladino que éste había sabido salir óptimamente del lazo que le había tendido y por ello se dispuso a manifestarle sus necesidades y ver si quería servirle; y así lo hizo, manifestándole lo que había tenido en el ánimo hacerle si él tan discretamente como lo había hecho no le hubiera respondido. El judío le sirvió libremente con toda la cantidad que Saladino le pidió y luego Saladino se la restituyó enteramente, y además de ello le dio grandísimos dones y siempre por amigo suyo lo tuvo y en grande y honrado estado lo conservó junto a él.

Novela cuarta

Un monje, caído en pecado digno de castigo gravísimo, se libra de la pena reprendiendo discretamente a su abad de aquella misma culpa[18].

YA se calla Filomena, liberada de su historia, cuando Dioneo, que junto a ella estaba sentado, sin esperar de la reina otro mandato, conociendo ya por el orden comenzado que a él le tocaba tener que hablar, de tal guisa comenzó a decir:

Amorosas señoras, si he entendido bien la intención de todas, estamos aquí para complacernos a nosotros mismos novelando, y por ello, tan sólo porque contra esto no se vaya, estimo que a cada uno debe serle lícito (y así dijo nuestra reina, hace poco, que era) contar aquella historia que más crea que pueda divertir; por lo que, habiendo escuchado cómo por los buenos consejos de Giannotto de Civigní salvó su alma el judío Abraham y cómo por su prudencia defendió Melquisidech sus

riquezas de las asechanzas de Saladino, sin esperar que me reprendáis, entiendo contar brevemente con qué destreza libró su cuerpo un monje de gravísimo castigo.

Hubo en Lunigiana, pueblo no muy lejano de éste, un monasterio más copioso en santidad y en monjes de lo que lo es hoy, en el que, entre otros, había un monje joven cuyo vigor y vivacidad ni los ayunos ni las vigilias podían macerar. El cual, por acaso, un día hacia el mediodía, cuando los otros monjes dormían todos, habiendo salido solo por los alrededores de su iglesia, que estaba en un lugar asaz solitario, alcanzó a ver a una jovencita harto hermosa, hija tal vez de alguno de los labradores de la comarca, que andaba por los campos cogiendo ciertas hierbas: no bien la había visto cuando fue fieramente asaltado por la concupiscencia carnal.



Por lo que, avecinándose, con ella trabó conversación y tanto anduvo de una palabra en otra que se puso de acuerdo con ella y se la llevó a su celda sin que nadie se apercibiese. Y mientras él, transportado por el excesivo deseo, menos cautamente jugueteaba con ella, sucedió que el abad, levantándose de dormir y pasando silenciosamente por delante de su celda, oyó el alboroto que hacían los dos juntos; y para conocer mejor las voces se acercó quedamente a la puerta de la celda a escuchar y claramente conoció que dentro había una mujer, y estuvo tentado a hacerse abrir; luego pensó que convendría tratar aquello de otra manera y, vuelto a su alcoba, esperó a que el monje saliera fuera.

El monje, aunque con grandísimo placer y deleite estuviera ocupado con aquella joven, no dejaba sin embargo de estar temeroso y, pareciéndole haber oído algún arrastrar de pies por el dormitorio, acercó el ojo a un pequeño agujero y vio clarísimamente al abad escuchándole y comprendió muy bien que el abad había podido oír que la joven estaba en su celda. De lo que, sabiendo que de ello debía seguirle un gran castigo, se sintió desmesuradamente pesaroso; pero sin querer mostrar a la joven nada de su desazón,

rápidamente imaginó muchas cosas buscando hallar alguna que le fuera salutífera. Y se le ocurrió una nueva malicia (que el fin imaginado por él consiguió certeramente) y fingiendo que le parecía haber estado bastante con aquella joven le dijo:

—Voy a salir a buscar la manera en que salgas de aquí dentro sin ser vista, y para ello quédate en silencio hasta que vuelva.

Y saliendo y cerrando la celda con llave, se fue directamente a la cámara del abad, y dándosela, tal como todos los monjes hacían cuando salían, le dijo con rostro tranquilo:

—Señor, yo no pude esta mañana traer toda la leña que había cortado, y por ello, con vuestra licencia, quiero ir al bosque y traerla.

El abad, para poder informarse más plenamente de la falta cometida por él, pensando que no se había dado cuenta de que había sido visto, se alegró con tal ocasión y de buena gana tomó la llave y semejantemente le dio licencia. Y después de verlo irse empezó a pensar qué era mejor hacer: o en presencia de todos los monjes abrir la celda de aquél y hacerles ver su falta para que no hubiese ocasión de que murmurasen contra él cuando castigase al monje, o primero oír de él cómo

había sido aquel asunto. Y pensando para sí que aquélla podría ser tal mujer o hija de tal hombre a quien él no quisiera hacer pasar la vergüenza de mostrarla a todos los monjes, pensó que primero vería quién era y tomaría después partido; y quedamente yendo a la celda, la abrió, entró dentro, y volvió a cerrar la puerta.

La joven, viendo venir al abad, palideció toda, y temblando empezó a llorar de vergüenza. El señor abad, que le había echado la vista encima y la veía hermosa y fresca, aunque él fuese viejo, sintió súbitamente no menos abrasadores los estímulos de la carne que los había sentido su joven monje, y para sí empezó a decir:

«Bah, ¿por qué no tomar yo del placer cuanto pueda, si el desagrado y el dolor aunque no los quiera, me están esperando? Ésta es una hermosa joven, y está aquí donde nadie en el mundo lo sabe; si la puedo traer a hacer mi gusto no sé por qué no habría de hacerlo. ¿Quién va a saberlo? Nadie lo sabrá nunca, y el pecado tapado está medio perdonado. Un caso así no me sucederá tal vez nunca más. Pienso que es de sabios tomar el bien que Dios nos manda».

Y así diciendo, y habiendo del todo

cambiado el propósito que allí le había llevado, acercándose más a la joven, suavemente comenzó a consolarla y a rogarle que no llorase; y de una palabra en otra yendo, llegó a manifestarle su deseo. La joven, que no era de hierro ni de diamante, con bastante facilidad se plegó a los gustos del abad: el cual, después de abrazarla y besarla muchas veces, subiéndose a la cama del monje, y en consideración tal vez del grave peso de su dignidad y la tierna edad de la joven, temiendo tal vez ofenderla con demasiada gravedad, no se puso sobre el pecho de ella sino que la puso a ella sobre su pecho y por largo espacio se solazó con ella.

El monje, que había fingido irse al bosque, habiéndose ocultado en el dormitorio, como vio al abad solo entrar en su celda, casi por completo tranquilizado, juzgó que su estratagema debía surtir efecto; y, viéndole encerrarse dentro, lo tuvo por certísimo. Y saliendo de donde estaba, calladamente fue hasta un agujero por donde lo que el abad hizo o dijo lo oyó y lo vio.

Pareciéndole al abad que se había demorado bastante con la jovencita, encerrándola en la celda, se volvió a su alcoba; y luego de algún tiempo, oyendo al monje y creyendo que volvía del bosque, pensó en

reprenderlo duramente y hacerlo encarcelar para poseer él solo la ganada presa; y haciéndolo llamar, duramente y con mala cara le reprendió, y mandó que lo llevaran a la cárcel. El monje prestísimamente respondió:

—Señor, yo no he estado todavía tanto en la orden de San Benito que pueda haber aprendido todas sus reglas; y vos aún no me habíais mostrado que los monjes deben acordar tanta preeminencia a las mujeres como a los ayunos y las vigilias; pero ahora que me lo habéis mostrado, os prometo, si me perdonáis esta vez, no pecar más por esto y hacer siempre como os he visto a vos.

El abad, que era hombre avisado, entendió prestamente que aquél no sólo sabía su hecho sino que lo había visto, por lo que, sintiendo remordimientos de su misma culpa, se avergonzó de hacerle al monje lo que él también había merecido; y perdonándole e imponiéndole silencio sobre lo que había visto, con toda discreción sacaron a la jovencita de allí, y aún debe creerse que más veces la hicieron volver.

Novela quinta

La marquesa de Monferrato con una invitación a comer gallinas y con unas discretas palabras reprime el loco amor del rey de Francia.

LA historia contada por Dioneo hirió primero de alguna vergüenza el corazón de las damas que la escuchaban y dio de ello señal el honesto rubor que apareció en sus rostros; mas luego, mirándose unas a otras, pudiendo apenas contener la risa, la escucharon sonriendo. Y llegado el final, después de haberle reprendido con algunas dulces palabras, queriendo mostrar que historias semejantes no debían contarse delante de mujeres, la reina, vuelta hacia Fiameta (que junto a él estaba sentada en la hierba), le mandó que continuase el orden establecido, y ella galanamente y con alegre rostro, mirándola, comenzó:

Tanto porque me complace que hayamos entrado a demostrar con las historias cuánta es la fuerza de las respuestas agudas y prontas,

como porque tan gran cordura es en el hombre amar siempre a mujeres de linaje más alto que el suyo como es en las mujeres grandísima precaución saber guardarse de caer en el amor de un hombre de mayor posición que la suya, me ha venido al ánimo, hermosas señoras, mostraros, en la historia que me toca contar, cómo una noble dueña supo con palabras y obras guardarse de esto y evitar otras cosas.

Había el marqués de Monferrato, hombre de alto valor, gonfalonero[18a] de la Iglesia, pasado a ultramar en una expedición general hecha por los cristianos a mano armada[19]; y hablándose de su valor en la corte de Felipe el Tuerto[20], que se preparaba a ir desde Francia en aquella misma expedición, fue dicho por un caballero que no había bajo las estrellas otra pareja semejante a la del marqués y su mujer: porque cuanto destacaba en todas las virtudes el marqués entre los caballeros, tanto era la mujer entre las demás mujeres hermosísima y valerosa. Las cuales palabras entraron de tal modo en el ánimo del rey de Francia que, sin haberla visto nunca, comenzó a amarla ardientemente, y se propuso no hacerse a la mar, en la expedición en que iba, sino en Génova para que, yendo por tierra, pudiese tener un motivo razonable para ir a ver a la marquesa, pensando que, no estando el

marqués, podría suceder que viniese a tener efecto su deseo. Y según lo había pensado mandó que fuese puesto en ejecución; por lo que, enviando delante a todos los hombres, él con poca compañía y de hombres nobles, se puso en camino, y acercándose a la tierra del marqués, mandó decir a la señora con anticipación de un día que a la mañana siguiente le esperase a almorzar. La señora, sabia y precavida, repuso alegremente que aquél era un favor superior a cualquier otro y que fuese bien venido.

Y enseguida se puso a pensar qué querría decir que un tal rey, no estando su marido, viniese a visitarla; y no la engañó en esto la sospecha de que la fama de su hermosura lo atrajese. Pero no menos como mujer de pro se dispuso a honrarlo, y haciendo llamar a todos los hombres buenos que allí habían quedado, dio con su consejo las órdenes oportunas para todos los preparativos: pero la comida y los manjares quiso prepararlos ella misma. Y sin demora hizo reunir cuantas gallinas había en la comarca, y tan sólo con ellas indicó a sus cocineros que preparasen varios platos para el convite real.

Vino, pues, el rey el día dicho y fue recibido por la señora con gran fiesta y honor; y a él, más de lo que había imaginado por las

palabras del caballero, al mirarla le pareció hermosa y valerosa y cortés, y se maravilló grandemente y mucho la estimó, encendiéndose tanto más en su deseo cuanto más sobrepasaba la señora la estima que él había tenido de ella. Y luego de algún reposo tomado en cámaras adornadísimas con todo lo que es necesario para recibir a tal rey, venida la hora del almuerzo, el rey y la marquesa se sentaron a una mesa, y los demás según su condición fueron en otras mesas honrados.

Aquí, siendo el rey servido sucesivamente con muchos platos y vinos óptimos y preciosos, y además de ello mirando de vez en cuando con deleite a la hermosísima marquesa, gran placer tenía. Pero llegando un plato tras el otro, comenzó el rey a maravillarse un tanto advirtiendo que, por muy diversos que fueran los guisos, no lo eran tanto que no fuesen todos hechos de gallina. Y como supiese el rey que el lugar donde estaba era tal que debía haber abundancia de variados animales salvajes, y que con haberle avisado de su venida había dado a la señora espacio suficiente para poder mandar a cazarlos, como mucho de esto se maravillase, no quiso tomar ocasión de hacerla hablar de otra cosa sino de sus gallinas; y con alegre rostro se volvió hacia ella y le dijo:

—Dama, ¿nacen en este país solamente gallinas sin ningún gallo?

La marquesa, que entendió óptimamente la pregunta, pareciéndole que según su deseo Nuestro Señor la había mandado momento oportuno para poder mostrar su intención, hacia el rey que le preguntaba resueltamente vuelta, repuso:

—No, monseñor; pero las mujeres, aunque en vestidos y en honores algo varíen de las otras, todas sin embargo son igual aquí que en cualquier parte.

El rey, oídas estas palabras, bien entendió la razón de la invitación a gallinas y la virtud que escondían aquellas palabras y comprendió que en vano se gastarían las palabras con tal mujer y que no era el caso de usar la fuerza; por lo que, así como imprudentemente se había encendido en su amor, así era sabio apagar por su honor el mal concebido fuego. Y sin bromear más, temeroso de sus respuestas, almorzó fuera de toda esperanza, y terminado el almuerzo, le pareció que con el pronto partir disimularía su deshonesta venida, y agradeciéndole por haberle honrado, encomendándolo ella a Dios, se fue a Génova.

Novela sexta

Confunde un buen hombre con un dicho ingenioso la malvada hipocresía de los religiosos.

EMILIA, que estaba sentada junto a Fiameta, habiendo sido ya alabado por todas el valor y la cortés reprensión hecha por la marquesa al rey de Francia, como agradó a su reina, comenzó a decir con animosa franqueza:

Yo tampoco callaré una lección que dio un buen hombre laico a un religioso avaro con una agudeza no menos divertida que digna de loa.

Hubo, pues, queridos jóvenes, no hace mucho tiempo, en nuestra ciudad, un fraile menor, inquisidor de la depravación herética que, por mucho que se ingeniase en parecer santo y tierno amante de la fe cristiana (como todos hacen), no era menos buen investigador de quien tenía la bolsa llena que de quien sintiera tibieza en la fe. Y llevado por su solicitud encontró por acaso un buen hombre,

bastante más rico en dineros que en juicio, el cual no ya por falta de fe sino hablando simplemente, tal vez con el vino o por la alegría de la abundancia calentado, había llegado a decir un día a la compañía con quien estaba que tenía un vino tan bueno que de él bebería Cristo. Lo que, siéndole contado al inquisidor y entendiendo éste que sus haberes eran grandes y que tenía bien abultada la bolsa, *cum gladiis et fustibus*[21] corrió impetuosísimamente a echarle encima una gravísima acusación, entendiendo no que de ella debiese resultar un alivio a la incredulidad del procesado sino una afluencia de florines a su mano, como sucedió. Y, haciéndolo llamar, le preguntó si era verdad lo que le había dicho contra él. El buen hombre contestó que sí, y le dijo el modo. A lo que el inquisidor santísimo y devoto de San Juán Barba de Oro[22] dijo:

—¿De modo que has hecho a Cristo bebedor y aficionado a los buenos vinos?, como si fuese Cinciglione[23] o algún otro de vosotros, bebedores borrachos y tabernarios, y ahora, hablando humildemente, ¿quieres hacer ver que es una cosa sin importancia? No es como te parece; has merecido el fuego por ello, si es que queremos comportarnos contigo como debemos.

Y con éstas y con otras bastantes palabras,

con rostro amenazador, como si aquél hubiese sido un epicúreo[23a] negando la eternidad del alma, le hablaba; y, en resumen, tanto lo asustó, que el buen hombre, por algunos intermediarios, le hizo con una buena cantidad de la grasa de San Juan Barba de Oro ungir las manos (lo que mucho mejora la enfermedad de la pestilente avaricia de los clérigos, y especialmente de los frailes menores que no osan tocar el dinero) para que se condujese con él misericordiosamente. La cual unción, aunque Galeno no habla de ella como muy eficaz en ninguna parte de sus libros, tanto le aprovechó, que el fuego que le amenazaba se permutó en una cruz: y como si hubiera de ir a la expedición de ultramar, para hacer una bella bandera, se la puso amarilla sobre lo negro. Y además de esto, recibidos ya los dineros, le retuvo junto a sí unos días más, poniéndole por penitencia que todas las mañanas oyese una misa en Santa Cruz y que a la hora de comer se presentase delante de él, y que lo restante del día podía hacer lo que más le gustase.

Y, haciendo el dicho hombre estas cosas diligentemente, sucedió que una de las mañanas oyó en misa un evangelio en el que se cantaban estas palabras: «Recibiréis ciento por uno y recibiréis la vida eterna», que retuvo firmemente en la memoria; y según la

obligación impuesta, viniendo a la hora de comer ante el inquisidor, lo encontró almorzando. El inquisidor le preguntó si había oído misa aquella mañana y él, prontamente, le respondió:

—Sí, señor mío.

A lo que el inquisidor dijo:

—¿Has oído, en ella, alguna cosa de la que dudes o quieras preguntarme?

—En verdad —repuso el buen hombre— de nada de lo que he oído dudo, y todo firmemente lo creo verdadero; y algo he oído que me ha hecho y me hace tener de vos y de los otros frailes grandísima compasión, pensando en el mal estado en que vais a estar allá en la otra vida.

Dijo entonces el inquisidor:

—¿Y qué es lo que te ha movido a tener esta compasión de nosotros?

El buen hombre respondió:

—Señor mío, fueron aquellas palabras del Evangelio que dicen: «Recibiréis el ciento por uno».

A lo que el inquisidor dijo:

—Así es; pero ¿por qué te han conmovido estas palabras?

—Señor mío —dijo el buen hombre—, yo os lo diré. Desde que vengo aquí, he visto todos los días dar aquí afuera a muchos pobres a veces uno y otras dos calderos de sopa, que se os quita a vos y a los frailes de vuestro convento como superflua; por lo que si por cada uno os van a dar ciento en el más allá tanta tendréis que allí dentro todos vais a ahogaros.

Y como todos los que estaban sentados a la mesa del inquisidor se echaran a reír, el inquisidor, sintiendo que se transparentaba la hipocresía de sus sopicaldos, se enojó todo, y si no fuese porque ya se le reprochaba lo que le había hecho, otra acusación le habría echado encima por lo que con aquel chiste había reprobado a él y a sus holgazanes invitados; y, con ira, le ordenó que hiciese lo que más le gustara sin ponérsele más delante.

Novela séptima

Bergamino, con una historia sobre Primasso y el abad de Cligny, reprende donosamente[24a] la rara avaricia en que cayó el señor Cane della Scala[24].

MOVIÓ la donosura de Emilia y su novela a la reina y a todos los demás a reír y encomiar la insólita amonestación hecha al cruzado, pero después de que las risas se apaciguaron y se tranquilizaron todos, Filostrato, a quien tocaba novelar, empezó a hablar de esta guisa:

Buena cosa es, valerosas señoras, acertar en un blanco que nunca se mueve; pero raya en lo maravilloso cuando un arquero da súbitamente en alguna cosa no usada que aparece de pronto. La viciosa y sucia vida de los clérigos, en muchas cosas firme blanco de maldad, sin demasiada dificultad da que hablar, que amonestar y que reprender a quienquiera que desee hacerlo: y por ello, aunque bien hizo el hombre valiente que la hipócrita caridad de los frailes que dan a los pobres lo que

convendría dar a los puercos o tirarlo, echó en cara al inquisidor, bastante más estimo que ha de alabarse aquel del cual debo hablar (llevándome a ello la precedente historia), quien al señor Cane della Scala, magnífico señor, de una súbita y desusada avaricia aparecida en él, reprendió con una ingeniosa historia, representando en otros lo que sobre él y sobre sí mismo quería decir; la cual es ésta:



Así como lo extiende su fama por todo el mundo, el señor Cane della Scala, a quien en hartas cosas fue favorable la fortuna, fue uno de los más notables y magníficos señores del emperador Federico II[25] de los que se tuviese noticia en Italia. El cual, habiendo dispuesto hacer una notable y maravillosa fiesta en Verona, a la que muchas gentes y de diversas partes habían venido, y sobre todo hombres de corte de toda clase, de súbito, fuese cual fuese la razón, se retrajo de ello y recompensó con algo a los que habían venido y les dio licencia. Sólo uno llamado Bergamino[26], hablador agudo y florido más de lo que puede creer quien no lo ha oído, como no se le había dado nada ni se le había despedido, se quedó, esperando que no sin alguna utilidad futura para él se había hecho aquello. Pero se le había puesto en el pensamiento al señor Cane que cualquier cosa que diese a éste era peor que perderla o que arrojarla al fuego: y no por ello le decía o hacía decir cosa alguna. Bergamino, después de algunos días, viendo que no le llamaban ni le solicitaban para nada que fuese propio de su oficio, y además de ello que se estaba arruinando en el albergue con sus caballos y sus criados, empezó a desazonarse; pero sin embargo esperaba, no

pareciéndole bien irse.

Y habiendo llevado consigo tres trajes buenos y ricos que le habían sido dados por otros señores, para comparecer honradamente en la fiesta, queriendo pagar a su huésped, primeramente le dio uno y luego, demorándose todavía mucho más, se vio en necesidad, si quería estar más con su huésped, de darle el segundo; y empezó a comer del tercero, dispuesto a quedarse a ver qué pasaba cuanto le durase aquél, e irse luego. Ahora, mientras comía del tercer traje sucedió que, estando almorzando el señor Cane[27], llegó un día ante él con aspecto muy entristecido; lo que al ver el señor Cane, más por escarnecerlo que por tomar deleite de algún dicho suyo, dijo:

—Bergamino, ¿qué te pasa? ¡Estás tan triste! Cuéntanos alguna cosa.

Bergamino, entonces, sin pararse un punto a pensar, como si mucho tiempo pensado lo hubiera, súbitamente acomodándola a su caso, contó esta historia:

—Señor mío, debéis saber que Primasso[28] fue un gran entendido en gramática, y fue, más que cualquier otro, grande e improvisado versificador; las cuales cosas le hicieron tan notable y tan famoso que, aunque en persona

no fuese conocido en todas partes, por nombre y por fama no había casi nadie que no supiese quién era Primasso. Ahora bien, sucedió que encontrándose él una vez en París en pobre estado, como lo estaba la mayor parte del tiempo, porque su mérito poco era estimado por los que son poderosos, oyó hablar de un abad de Cligny, que se cree que sea el prelado más rico en riquezas propias que tenga la Iglesia de Dios, del papa para abajo; y oyó decir de él maravillosas y magníficas cosas de que siempre tenía reunida su corte y nunca había negado, a cualquiera que anduviese allá donde él estaba ni de comer ni de beber, si llegaba a pedirlo cuando el abad estaba comiendo. Lo que, oyendo Primasso, como hombre que se complacía en ver a los hombres y señores valiosos, deliberó ir a ver la magnificencia de este abad y preguntó cuán cerca de París vivía. A lo que le fue contestado que a unas seis millas en una de sus posesiones; adonde Primasso pensó poder llegar, poniéndose en camino de mañana a buena hora, a la hora de comer.

Haciéndose, pues, enseñar el camino, no encontrando a nadie que fuese allí, temió que por desgracia pudiera extraviarse e ir a parar en parte donde no encontraría de comer tan pronto; por lo que, por si ello ocurriera, para no

padecer penuria de comida, pensó en llevar tres panes, considerando que agua, que le gustaba poco, encontraría de beber en cualquier parte. Y metiéndoselos en el seno, tomó el camino y tuvo tanta suerte que antes de la hora de comer llegó a donde estaba el abad. Y, entrado dentro, estuvo mirando por todas partes y vista la gran multitud de las mesas puestas y el gran aparato de la cocina y las demás cosas preparadas para almorzar, se dijo a sí mismo: «Verdaderamente éste es tan magnífico como se dice».

Y estando a todas estas cosas atento, el senescal del abad, porque era hora de comer mandó que se diese agua a las manos; Y, dada el agua, sentó a todos a la mesa. Y sucedió por ventura que Primasso fue puesto precisamente enfrente de la puerta de la cámara por donde el abad debía salir para venir al comedor. Era costumbre en aquella corte que sobre las mesas ni vino, ni pan, ni nada de comer o de beber se ponía nunca si primero no había venido el abad a sentarse a la mesa.

Habiendo, pues, el senescal puesto las mesas, hizo decir al abad que, cuando le pluguiese, la comida estaba presta. El abad hizo abrir la cámara para venir a la sala, y al venir miró hacia adelante, y por ventura el primer hombre en quien puso los ojos fue

Primasso, que bastante pobre estaba de arreos y a quien él no conocía en persona; y al verlo, incontinenti[28a] le vino al ánimo un pensamiento mezquino y que nunca había tenido, y se dijo: «¡Mira a quién doy a comer lo mío!».

Y, volviéndose dentro, mandó que cerrasen la cámara y preguntó a los que estaban con él si alguno de ellos conocía a aquel bellaco que frente a la puerta de su cámara se sentaba a la mesa. Todos contestaron que no. Primasso, que tenía ganas de comer como quien había caminado y no estaba acostumbrado a ayunar, habiendo ya esperado un rato y viendo que el abad no venía, se sacó del seno uno de los tres panes que había llevado y empezó a comérselo. El abad, después que pasó algún tanto, mandó a uno de sus familiares que mirase si se había ido este Primasso. El familiar respondió:

—No, mi señor, sino que come pan, lo que muestra que lo ha traído consigo.

Dijo entonces el abad:

—Pues que coma de lo suyo, si tiene, que del nuestro no comerá hoy.

Habría querido el abad que Primasso se hubiese ido por sí mismo, porque despedirlo no le parecía bien. Primasso, como se había

comido un pan y el abad no venía, empezó a comer el segundo, lo que igualmente fue dicho al abad, que había mandado mirar si se había ido. Por último, no viniendo el abad, Primasso, comido el segundo, empezó a comer el tercero, lo que también dijeron al abad. El cual empezó a pensar y a decirse:

«Ah, ¿qué novedad es esta que me ha venido hoy al ánimo?, ¿qué avaricia?, ¿qué encono?, ¿y por causa de quién? Yo he dado de comer de lo mío, desde hace muchos años, a quien lo ha querido comer, sin mirar si gentilhombre o villano, pobre o rico, mercader o tendero, haya sido; y con mis ojos lo he visto despedazar a infinitos bellacos y nunca al ánimo me vino este pensamiento que por éste me ha venido hoy; no me debe de haber atacado tan firmemente la avaricia por un hombre de poco: algún gran personaje debe ser este que me parece bellaco, pues que así se me ha embotado el ánimo para honrarlo».

Y, dicho así, quiso saber quién era: y vino a saber que era Primasso, que había venido aquí a ver lo que había oído de su magnificencia. Y como el abad le conocía por su fama hacía mucho tiempo como hombre sabio, se avergonzó y, deseoso de enmienda, de muchas maneras se ingenió en honrarlo. Y después de comer, como convenía al valor de

Primasso, le hizo vestir noblemente, y dándole dineros y un palafrén, dejó a su arbitrio irse o quedarse; de lo que, contento Primasso, habiéndole dado las gracias mayores que pudo, a París, de donde había salido a pie, volvió a caballo.

El señor Cane, que era buen entendedor, sin ninguna otra explicación entendió óptimamente lo que quería decir Bergamino, y sonriendo le dijo:

—Bergamino, asaz finamente has mostrado tus agravios, tu virtud y mi avaricia y lo que de mí deseas; y en verdad nunca sino ahora contigo he sido asaltado por la avaricia, pero la arrojaré de mí con aquel bastón que tú mismo has inventado.

Y haciendo pagar al huésped de Bergamino, le hizo restituir los tres trajes, y a él, vestido nobilísimamente con un rico traje suyo, dándole dineros y un palafrén, dejó por aquella vez en libertad de quedarse o de irse.

Novela octava

Guiglielmo Borsiere, con discretas palabras, reprende la avaricia del señor Herminio de los Grimaldi.

SE sentaba junto a Filostrato Laureta, la cual, después de que hubo oído alabar el ingenio de Bergamino y advirtiendo que le correspondía a ella contar alguna cosa, sin esperar ningún mandato, placenteramente empezó a hablar así.

La novela precedente, queridas compañeras, me induce a contar cómo un hombre bueno, también cortesano y no sin fruto, reprendió la codicia de un mercader riquísimo; y ésta, aunque se asemeje al argumento de la pasada, no deberá por eso seros menos gustosa, pensando que va a acabar bien.

Hubo, pues, en Génova, ya hace mucho tiempo, un gentilhombre llamado señor Herminio de los Grimaldi[29] que, según era

estimado por todos, por sus grandísimas posesiones y dineros superaba con mucho la riqueza de cualquier otro ciudadano riquísimo de quien entonces se supiera en Italia; y tanto como superaba en riqueza a cualquier itálico que fuese, tanto en avaricia y miseria sobresalía sobre cualquier miserable y avaro que hubiese en el mundo[30]: por lo que no solamente para honrar a otros tenía la bolsa cerrada, sino en las cosas necesarias a su propia persona, contra la costumbre general de los genoveses que acostumbran a vestir noblemente, mantenía él, por no gastar, privaciones grandísimas, y del mismo modo en el comer y el beber. Por lo que merecidamente su apellido de Grimaldi le había sido quitado y nadie le llamaba otra cosa que Herminio Avaricia.

Sucedió que en este tiempo en que él, no gastando, multiplicaba lo suyo, llegó a Génova un valeroso hombre de corte[31], cortés y buen decidor, llamado Guiglielmo Borsiere[32], en nada semejante a los de hoy que, no sin gran vergüenza de las corruptas y vituperables costumbres de quienes quieren hoy ser llamados y reputados por nobles y por señores, parecen más bien asnos educados en la torpeza de toda la maldad de los hombres más viles que en las cortes. Y mientras en otros

tiempos solía ser su ocupación y consagrarse su cuidado a concertar paces donde la guerra o las ofensas hubiesen nacido entre hombres nobles, o a concertar matrimonios, parentescos y amistad, y con palabras buenas y discretas recrear los ánimos de los fatigados y solazar las cortes, y con agrias reprensiones, como si fuesen padres, corregir los defectos de los malos, y todo esto por premios asaz ligeros; hoy en contar mal de unos a otros, en sembrar cizaña, en decir maldades e ignominias y, lo que es peor, en hacerlas en presencia de los hombres, en echarse en cara los males, las vergüenzas y las tristezas, verdaderas y no verdaderas, unos a otros, y con falsos halagos hacer volver los ánimos nobles a las cosas viles y malvadas, se ingenian en consumir su tiempo.

Y más es tenido en amor y más honrado y exaltado con premios altísimos por los señores miserables y descorteses aquel que más abominables palabras dice o acciones comete: gran vergüenza y digna de reprobación del mundo presente y prueba muy evidente de que las virtudes, volando de aquí abajo, nos han abandonado en las heces del vicio a los míseros vivientes.

Pero, volviendo a lo que comenzado había, de lo que el justo enojo me ha apartado más de

lo que pensaba, digo que el ya dicho Guiglielmo fue honrado y de buena gana recibido por todos los hombres nobles de Génova y que, habiéndose quedado algunos días en la ciudad y habiendo oído muchas cosas sobre la miseria y la avaricia del señor Herminio, lo quiso ver. El señor Herminio había ya oído que este Guiglielmo Borsiere era hombre honrado y habiendo aún en él, por avaro que fuese, alguna chispita de cortesía, con palabras asaz amistosas y con alegre gesto le recibió y entró con él en muchos y variados razonamientos, y conversando le llevó consigo, junto con otros genoveses que con él estaban, a una casa nueva suya que había mandado hacer muy hermosa; y después de habérsela mostrado toda, dijo:

—Ah, señor Guiglielmo, vos que habéis visto y oído tantas cosas, ¿me sabríais mostrar alguna cosa que nunca haya sido vista, que yo pudiese mandar pintar en la sala de esta casa mía?

A lo que Guiglielmo, oyendo su modo de hablar poco discreto, repuso:

—Señor, algo que nunca se haya visto no creeréis que yo pueda mostraros, si no son estornudos y otras cosas semejantes; pero si os place, bien os enseñaré una cosa que vos

no creo que hayáis visto nunca.

El señor Herminio dijo:

—Ah, os lo ruego, decidme cuál es —no esperando que él iba a contestarle lo que le contestó.

A lo que Guiglielmo entonces contestó prestamente:

—Mandad pintar la Cortesía.

Al oír el señor Herminio estas palabras se sintió invadido por una vergüenza tan grande que tuvo fuerza para hacerle cambiar el ánimo a todo lo contrario de lo que hasta aquel momento había sido, y dijo:

—Señor Guiglielmo, la haré pintar de manera que nunca ni vos ni otro con razón podáis decirme que no la haya visto y conocido.

Y de entonces en adelante (con tal virtud fueron dichas las palabras de Guiglielmo) fue el más liberal y más generoso gentilhombre[33] y el que honró a los forasteros y a los ciudadanos más que ningún otro que hubiera en Génova en su tiempo.

Novela novena

El rey de Chipre[34], reprendido por una dama de Gascuña, de cobarde se transforma en valeroso.

PARA Elisa quedaba el último mandato de la reina; y ella, sin esperarlo, festivamente comenzó:

Jóvenes señoras, ha sucedido muchas veces que aquello que varias reprensiones y muchos castigos impuestos a alguno no han podido enseñarle, unas palabras (muchas veces dichas por acaso), no *expropósito*, lo han logrado. Lo que bien aparece en la novela contada por Laureta, y yo, además, con otra muy breve entiendo demostraros porque, como sea que las cosas buenas siempre pueden servir de algo, deben seguirse con ánimo atento, sea quien sea quien las dice.

Digo, pues, que en tiempos del primer rey de Chipre, después de la conquista de los Santos Lugares hecha por Godofredo de

Bouillón[35], sucedió que una noble señora de Gascuña fue en peregrinación al Sepulcro, y volviendo de allí, llegada a Chipre, por algunos hombres criminales fue villanamente ultrajada; de lo que ella, doliéndose sin hallar consuelo, pensó ir a reclamar al rey; pero alguien le dijo que se cansaría en balde porque él era de una vida tan abúlica y tan apocada que, no es que no vengase con su justicia los ultrajes de otros, sino que soportaba infinitos a él hechos con vituperable vileza, mientras que quien sufría algún agravio lo desahogaba haciéndole alguna afrenta o vergüenza. Oyendo lo cual la dama, desesperando de la venganza, para tener algún consuelo en su dolor, se propuso reprender la miseria del dicho rey; y yéndose llorando ante él, dijo:

—Señor, no vengo a tu presencia porque espere venganza de la injuria que me ha sido hecha; sino que en satisfacción de ella te ruego que me enseñes cómo sufres las que entiendo te son hechas, para que, aprendiendo de ti, pueda soportar la mía pacientemente, la cual, sábelo Dios de buena gana te daría puesto que eres tan buen portador de ellas.

El rey, que hasta entonces había sido lento y perezoso, como si se despertase de un sueño, empezando por la injuria hecha a aquella señora, que vengó duramente, se hizo

severísimo de allí en adelante persecutor de cualquiera que cometiese alguna cosa contra el honor de su corona.

Novela décima

El maestro Alberto de Bolonia hace discretamente avergonzar a una señora que quería avergonzarle a él por estar enamorado de ella.

QUEDABA, al callarse Elisa, el último trabajo del novelar a la reina, la cual, con femenina gracia empezando a hablar, dijo: Nobles jóvenes, como en las claras noches son las estrellas adorno del cielo y en la primavera las flores de los verdes prados, así lo son las frases ingeniosas de las loables costumbres y las conversaciones placenteras; las cuales, porque son breves, convienen mucho más a las mujeres que a los hombres, porque más de las mujeres que de los hombres desdice el hablar mucho y largo (cuando pueda pasarse sin ello), a pesar de que hoy pocas o ninguna mujer puede que se entienda en agudezas o que, si las oyese, supiera contestarlas: y vergüenza general es para nosotras y para cuantas están vivas. Porque aquella virtud que estuvo en el

ánimo de nuestras antepasadas, las modernas la han convertido en adornos del cuerpo, y la que se ve sobre las espaldas los paños más abigarrados y variegados[36a] y con más adornos, se cree que debe ser tenida en mucho más y mucho más que otras honrada, no pensando que si en lugar de sobre las espaldas sobre los lomos los llevase, un asno llevaría más que alguna de ellas: y no por ello habría que honrarle más que a un asno.



Me avergüenza decirlo porque no puedo

nada decir de las demás que contra mí no diga: ésas tan aderezadas, tan pintadas, tan abigarradas, o como estatuas de mármol mudas e insensibles están o, así responden, si se les dirige la palabra, que mucho mejor fuera que se hubiesen callado; y nos hacen creer que de pureza de ánimo proceda el no saber conversar entre señoras y con los hombres corteses, y a su gazmoñería le han dado nombre de honestidad como si ninguna señora honesta hubiera sino aquella que con la camarera o con la lavandera o con su cocinera hable; porque si la naturaleza lo hubiera querido como ellas quieren hacerlo creer, de otra manera les hubiera limitado la charla. La verdad es que, como en las demás cosas, en ésta hay que mirar el tiempo y el modo y con quién se habla, porque a veces sucede que, creyendo alguna mujer o algún hombre con alguna frasécula aguda hacer sonrojar a otro, no habiendo bien medido sus fuerzas con las de quien sea, aquel rubor que sobre otro ha querido arrojar contra sí mismo lo ha sentido volverse.

Por lo cual, para que sepáis guardaros y para que no se os pueda aplicar a vosotras aquel proverbio que comúnmente se dice por todas partes de que las mujeres en todo cogen lo peor siempre, esta última novela de las de

hoy, que me toca decir, quiero que os adiestre, para que así como en nobleza de ánimo estáis separadas de las demás, así también por la excelencia de las maneras separadas de las demás os mostréis.

No han pasado todavía muchos años desde que en Bolonia hubo un grandísimo médico y de clara fama en todo el mundo, y tal vez vive todavía, cuyo nombre fue maestro Alberto[36]; el cual, siendo ya viejo de cerca de setenta años, tanta fue la nobleza de su espíritu que, habiéndosele ya del cuerpo partido casi todo el calor natural, no se rehusó a recibir las amorosas llamas habiendo visto en una fiesta a una bellísima señora viuda llamada, según dicen algunos, doña Malgherida de los Ghisolieri; y agradándole sobremanera, no de otro modo que un jovencillo las recibió en su maduro pecho, hasta tal punto que no le parecía bien descansar de noche si el día anterior no hubiese visto el hermoso y delicado rostro de la bella señora. Y por ello, empezó a frecuentar, a pie o a caballo según lo que más a mano le venía, la calle donde estaba la casa de esta señora.

Por lo cual, ella y muchas otras señoras se apercibieron de la razón de su pasar y muchas veces hicieron bromas entre ellas al ver a un hombre tan viejo, de años y de juicio,

enamorado, como si creyeran que esta pasión tan placentera del amor solamente en los necios ánimos de los jóvenes y no en otra parte entrase y permaneciese. Por lo que, continuando el pasar del maestro Alberto, sucedió que un día de fiesta, estando esta señora con otras muchas señoras sentada delante de su puerta, y habiendo visto de lejos venir al maestro Alberto hacia ellas, todas con ella se propusieron recibirlo y honrarle y luego gastarle bromas por éste su enamoramiento; y así lo hicieron.

Por lo que, levantándose todas e invitado él, le condujeron a un fresco patio donde mandaron traer finísimos vinos y dulces; y al final, con palabras ingeniosas y corteses le preguntaron cómo podía ser aquello de estar él enamorado de esta hermosa señora sabiendo que era amada de muchos hermosos, nobles y corteses jóvenes.

El maestro, sintiéndose gentilmente embromado, puso alegre gesto y respondió: —Señora, que yo ame no debe maravillar a ningún sabio, y especialmente a vos, porque os lo merecéis. Y aunque a los hombres viejos les haya quitado la naturaleza las fuerzas que se requieren para los ejercicios amorosos, no les ha quitado la buena voluntad ni el conocer lo que deba ser amado, sino que naturalmente lo

conocen mejor porque tienen más conocimiento que los jóvenes. La esperanza que me mueve a amaros, yo viejo a vos amada de muchos jóvenes, es ésta: muchas veces he estado en sitios donde he visto a las mujeres merendando y comiendo altramuces y puerros; y aunque en los puerros nada es bueno, es menos malo y más agradable a la boca la cabeza, pero vosotras, generalmente guiadas por equivocado gusto, os quedáis con la cabeza en la mano y os coméis las hojas, que no sólo no valen nada sino que son de mal sabor. ¿Y qué sé yo, señora, si al elegir los amantes no hacéis lo mismo? Y si lo hicieseis, yo sería el que sería elegido por vos, y los otros despedidos.

La noble señora, juntamente con las otras, avergonzándose un tanto, dijo: —Maestro, asaz bien y cortésmente nos habéis reprendido de nuestra presuntuosa empresa; con todo, vuestro amor me es caro, como de hombre sabio y de pro debe serlo, y por ello, salvaguardando mi honestidad, como a cosa vuestra mandadme todos vuestros gustos con confianza.

El maestro, levantándose con sus compañeros, agradeció a la señora y despidiéndose de ella riendo y con fiesta, se fue. Así, la señora, no mirando de quién se

chanceaba, creyendo vencer fue vencida; de lo que vosotras, si sois prudentes, óptimamente os guardaréis.

Ya estaba el sol inclinado hacia el ocaso y disminuido en gran parte el calor, cuando las narraciones de las jóvenes y de los jóvenes llegaron a su fin; por lo cual, su reina placenteramente dijo: —Ahora ya, queridas compañeras, nada queda a mi gobierno durante la presente jornada sino daros una nueva reina que, en la venidera, según su juicio, su vida y la nuestra disponga para una honesta recreación, y mientras el día dure de aquí hasta la noche (porque quien no se toma algún tiempo por delante no parece que bien pueda prepararse para el porvenir) y para que aquello que la nueva reina delibere que sea oportuno para mañana pueda disponerse, a esta hora me parece que deben empezar las jornadas siguientes. Y por ello, en reverencia a Aquél por quien todas las cosas viven y es nuestro consuelo, en esta segunda jornada Filomena, joven discretísima, como reina guiará nuestro reino.

Y dicho esto, poniéndose en pie y quitándose la guirnalda de laurel, con reverencia a ella se la puso, y ella primero y después todas las demás y semejantemente los jóvenes la saludaron como a reina, y a su

señorío con complacencia se sometieron. Filomena, un tanto sonrojada de vergüenza, viéndose coronada en aquel reino y acordándose de las palabras poco antes dichas por Pampínea, para no parecer gazmoña, recobrada la osadía, primeramente confirmó los cargos dados por Pampínea y dispuso lo que para la mañana siguiente y para la futura cena debía hacerse y quedándose aquí donde estaban, empezó a hablar así.

—Carísimas compañeras[37], aunque Pampínea, por su cortesía más que por mi virtud, me haya hecho reina de todos vosotros, no me siento yo dispuesta a seguir solamente mi juicio sobre la forma de nuestro vivir, sino el vuestro junto con el mío, y para que lo que a mí me parece hacer sepáis, y por consiguiente añadir y disminuir podáis a vuestro gusto, con pocas palabras entiendo mostrároslo. Si hoy he reparado bien, los modos seguidos por Pampínea me parece que han sido todos igualmente loables y deleitosos; y por ello, hasta que, o por demasiada repetición o por otra razón, no nos causen tedio, no pienso cambiarlos. Habiendo ya, pues, comenzado las órdenes de lo que hayamos de hacer, levantándonos de aquí, nos iremos a pasear un rato, y cuando el sol esté poniéndose cenaremos con la fresca y, luego de algunas

cancioncillas y otros entretenimientos, bien será que nos vayamos a dormir. Mañana, levantándonos con la fresca, semejantemente iremos a solazarnos a alguna parte como a cada uno le sea más agradable hacer, y como hoy hemos hecho, igual a la hora debida volveremos a comer; bailaremos, y cuando nos levantemos de la siesta, aquí donde hoy hemos estado volveremos a novelar, en lo que me parece haber grandísimo placer y utilidad a un tiempo. Y lo que Pampínea no ha podido hacer, por haber sido ya tarde elegida para el gobierno, quiero comenzar a hacerlo, es decir, a restringir dentro de algunos límites aquello sobre lo cual debamos novelar y decíroslo anticipadamente para que cada uno tenga tiempo de poder pensar en alguna buena historia sobre el asunto propuesto para poderla contar; el cual, si os place, sea esta vez que, puesto que desde el principio del mundo los hombres han sido empujados por la fortuna a casos diversos, y lo serán hasta el fin, todos debemos contar algo sobre ello: sobre alguien que, perseguido por diversas contrariedades, haya llegado contra toda esperanza a buen fin.

Las mujeres y los hombres, todos por igual, alabaron esta orden y aprobaron que se siguiese; solamente Dioneo, todos los otros habiendo callado ya, dijo: —Señora mía, como

todos éstos han dicho, también digo yo que es sumamente placentera y encomiable la orden por vos dada; pero como gracia especial os pido un don, que quiero que me sea confirmado mientras nuestra compañía dure, y es éste: que yo no sea obligado por esta ley de tener que contar una historia según un asunto propuesto si no quiero, sino sobre aquello que más me guste contarlo. Y para que nadie piense que quiero esta gracia como hombre que no tenga a mano historias, desde ahora me contentaré con ser él último que la cuente.

La reina, que lo conocía como hombre divertido y festivo, comprendió justamente que no lo pedía sino por poder a la compañía alegrar con alguna historia divertida si estuviesen cansados de tanta narración, y con consentimiento de los demás, alegremente le concedió la gracia; y levantándose todos, hacia un arroyo de agua clarísima que de un montecillo descendía a un valle sombreado con muchos árboles, entre piedras lisas y verdes hierbecillas, con despacioso paso se fueron. Allí descalzos y metiendo los brazos desnudos en el agua, empezaron a divertirse entre ellos de varias maneras.

Y al acercarse la hora de la cena volvieron hacia la villa y cenaron con gusto; después de la cena, hechos traer los instrumentos, mandó

la reina que se iniciase una danza, y conduciéndola Laureta, que Emilia cantase una canción, acompañada por el laúd de Dioneo. Por cuya orden, Laureta, prestamente, comenzó una danza y la dirigió, cantando Emilia amorosamente la siguiente canción:

Tanto me satisface mi hermosura

que en otro amor jamás

ni pensaré ni buscaré ternura.

En ella veo siempre en el espejo

el bien que satisface el intelecto[38]

y ni accidente nuevo o pensar viejo

el bien me quitará que me es dilecto pues ¿qué otro amable objeto

podré mirar jamás

que dé a mi corazón nueva ternura?

No se escapa este bien cuando deseo, por sentir un consuelo, contemplarlo, pues mi placer secunda, y mi recreo

de tan suave manera, que expresarlo

no podría, ni podría experimentarlo

ningún mortal jamás

que no hubiese abrasado tal ternura.

Y yo, que a cada instante más me enciendo, cuanto más en él fijo la mirada,

toda me doy a él, toda me ofrendo

gustando ya de su promesa amada;

y tanto gozo espero a mi llegada

junto a él, que jamás

ha sentido aquí nadie tal ternura.

Terminada esta balada, que todos habían coreado alegremente, aunque a muchos les hiciese cavilar su letra, luego de algunas carolas, habiendo pasado ya una partecilla de la breve noche, plugo a la reina dar fin a la primera jornada, y mandando encender las antorchas, ordenó que todos se fuesen a descansar hasta la mañana siguiente; por lo que, cada uno, volviéndose a su cámara, así hizo.

TERMINA LA primera JORNADA

SEGUNDA JORNADA

Comienza la segunda jornada del Decamerón, en la que, bajo el gobierno de Filomena, se razona sobre quienes, perseguidos por diversas contrariedades, han llegado, contra toda esperanza, a buen fin.

YA había el sol llevado a todas partes el nuevo día con su luz y los pájaros daban de ello testimonio a los oídos cantando placenteros versos sobre las verdes ramas, cuando todas las jóvenes y los tres jóvenes, habiéndose levantado, se entraron por los jardines y, hollando con lento paso las hierbas húmedas de rocío, haciéndose bellas guirnaldas acá y allá, recreándose durante largo rato estuvieron. Y tal como habían hecho el día anterior hicieron el presente: habiendo comido con la fresca, luego de haber bailado alguna danza se fueron a descansar y, levantándose de la siesta después de la hora de nona, como le plugo a su reina, venidos al fresco pradecillo, se sentaron en torno a ella. Y

ella, que era hermosa y de muy amable aspecto, coronada con su guirnalda de laurel, después de estar callada un poco y de mirar a la cara a toda su compañía, mandó a Neifile que a las futuras historias diese, con una, principio; y ella, sin poner ninguna excusa, así, alegre, empezó a hablar:

Novela primera

Martellino, fingiéndose tullido, simula curarse sobre la tumba de San Arrigo y, conocido su engaño, es apaleado; y después de ser apresado y estar en peligro de ser colgado, logra por fin escaparse.

MUCHAS veces sucede, carísimas señoras, que aquel que se ingenia en burlarse de otro, y máximamente de las cosas que deben reverenciarse, se ha encontrado sólo con las burlas y a veces con daño de sí mismo; por lo que, para obedecer el mandato de la reina y dar principio con una historia mía al asunto propuesto, entiendo contaros lo que, primero desdichadamente y después (fuera de toda su esperanza) muy felizmente, sucedió a un conciudadano nuestro.

Había, no hace todavía mucho tiempo, un tudesco en Treviso llamado Arrigo que, siendo hombre pobre, servía como porteador a sueldo a quien se lo solicitaba y, a pesar de ello, era tenido por todos como hombre de santísima y

buena vida. Por lo cual, fuese verdad o no, sucedió al morir él, según afirman los trevisanos, que a la hora de su muerte, todas las campanas de la iglesia mayor de Treviso empezaron a sonar sin que nadie las tocase. Lo que, tenido por milagro, todos decían que este Arrigo era santo[39]; y corriendo toda la gente de la ciudad a la casa en que yacía su cuerpo, lo llevaron a guisa de cuerpo santo a la iglesia mayor, llevando allí *cojos*, tullidos y ciegos y demás impedidos de cualquiera enfermedad o defecto, como si todos debieran sanar al tocar aquel cuerpo.

En tanto tumulto y movimiento de gente sucedió que a Treviso llegaron tres de nuestros conciudadanos, de los cuales uno se llamaba Stecchi, otro Martellino y el tercero Marchese[40], hombres que, yendo por las cortes de los señores, divertían a la concurrencia distorsionándose y remedando a cualquiera con muecas extrañas. Los cuales, no habiendo estado nunca allí, se maravillaron de ver correr a todos y, oído el motivo de aquello, sintieron deseos de ir a ver y, dejadas sus cosas en un albergue, dijo Marchese:

—Queremos ir a ver este santo, pero en cuanto a mí, no veo cómo podamos llegar hasta él, porque he oído que la plaza está llena de tudescos y de otra gente armada que el

señor de esta tierra, para que no haya alboroto, hace estar allí, y además de esto, la iglesia, por lo que se dice, está tan llena de gente que nadie más puede entrar.

Martellino, entonces, que deseaba ver aquello, dijo:

—Que no se quede por eso, que de llegar hasta el cuerpo santo yo encontraré bien el modo.

Dijo Marchese:

—¿Cómo?

Repuso Martellino:

—Te lo diré: yo me contorsionaré como un tullido y tú por un lado y Stecchi por el otro, como si no pudiese andar, me vendréis sosteniendo, haciendo como que me queréis llevar allí para que el santo me cure: no habrá nadie que, al vernos, no nos haga sitio y nos deje pasar.

A Marchese y a Stecchi les gustó el truco y, sin tardanza, saliendo del albergue, llegados los tres a un lugar solitario, Martellino se retorció las manos de tal manera, los dedos y los brazos y las piernas, y además de ello la boca y los ojos y todo el rostro, que era cosa horrible de ver; no habría habido nadie que lo

hubiese visto que no hubiese pensado que estaba paralítico y tullido. Y sujetado de esta manera, entre Marchese y Stecchi, se enderezaron hacia la iglesia, con aspecto lleno de piedad, pidiendo humildemente y por amor de Dios a todos los que estaban delante de ellos que les hiciesen sitio, lo que fácilmente obtenían; y en breve, respetados por todos y todo el mundo gritando: «¡Haced sitio, haced sitio!», llegaron allí donde estaba el cuerpo de San Arrigo y, por algunos gentileshombres que estaban a su alrededor, fue Martellino prestamente alzado y puesto sobre el cuerpo para que mediante aquello pudiera alcanzar la gracia de la salud.

Martellino, como toda la gente estaba mirando lo que pasaba con él, comenzó, como quien lo sabía hacer muy bien, a fingir que uno de sus dedos se estiraba, y luego la mano, y luego el brazo, y así todo entero llegar a estirarse. Lo que, viéndolo la gente, tan gran ruido en alabanza de San Arrigo hacían que un trueno no habría podido oírse. Había por acaso un florentino cerca que conocía muy bien a Martellino, pero que por estar así contorsionado cuando fue llevado allí no lo había reconocido. El cual, viéndolo enderezado, lo reconoció y súbitamente empezó a reírse y a decir:

—¡Señor, haz que le duela! ¿Quién no

hubiera creído al verlo venir que de verdad fuese un lisiado?

Oyeron estas palabras unos trevisanos que, incontinenti, le preguntaron:

—¡Cómo! ¿No era éste tullido?

A lo que el florentino repuso:

—¡No lo quiera Dios! Siempre ha sido tan derecho como nosotros, pero sabe mejor que nadie, como habéis podido ver, hacer estas burlas de contorsionarse en las posturas que quiere.

Como hubieron oído esto, no necesitaron otra cosa: por la fuerza se abrieron paso y empezaron a gritar:

—¡Coged preso a ese traidor que se burla de Dios y de los santos, que no siendo tullido ha venido aquí para escarnecer a nuestro santo y a nosotros haciéndose el tullido!

Y, diciendo esto, le echaron las manos encima y lo hicieron bajar de donde estaba, y cogiéndole por los pelos y desgarrándole todos los vestidos empezaron a darle puñetazos y puntapiés, y no se consideraba hombre quien no corría a hacer lo mismo. Martellino gritaba:

—¡Piedad, por Dios!

Y se defendía cuanto podía, pero no le servía de nada: las patadas que le daban se multiplicaban a cada momento. Viendo lo cual, Stecchi y Marchese empezaron a decirse que la cosa se ponía mal; y temiendo por sí mismos, no se atrevían a ayudarlo, gritando junto con los otros que le matasen, aunque pensando sin embargo cómo podrían arrancarlo de manos del pueblo. Que le hubiera matado con toda certeza si no hubiera habido un expediente que Marchese tomó súbitamente: que, estando allí fuera toda la guardia de la señoría, Marchese, lo antes que pudo se fue al que estaba en representación del corregidor y le dijo:

—¡Piedad, por Dios! Hay aquí algún malvado que me ha quitado la bolsa con sus buenos cien florines de oro; os ruego que lo prendáis para que pueda recuperar lo mío.

Súbitamente, al oír esto, una docena de soldados corrieron a donde el mísero Martellino era trasquilado sin tijeras y, abriéndose paso entre la muchedumbre con las mayores fatigas del mundo, todo apaleado y todo roto se lo quitaron de entre las manos y lo llevaron al palacio del corregidor, adonde, siguiéndole muchos que se sentían escarnecidos por él, y habiendo oído que había sido preso por descuidero, no pareciéndoles hallar más justo

título para traerle desgracia, empezaron a decir todos que les había dado el tirón también a sus bolsas. Oyendo todo lo cual, el juez del corregidor, que era un hombre rudo, llevándoselo prestamente aparte le empezó a interrogar.

Pero Martellino contestaba bromeando, como si nada fuese aquella prisión; por lo que el juez, alterado, haciéndolo atar con la cuerda[41] le hizo dar unos buenos saltos, con ánimo de hacerle confesar lo que decían para después ahorcarlo. Pero luego que se vio con los pies en el suelo, preguntándole el juez si era verdad lo que contra él decían, no valiéndole decir no, dijo:

—Señor mío, estoy presto a confesaros la verdad, pero haced que cada uno de los que me acusan diga dónde y cuándo les he quitado la bolsa, y os diré lo que yo he hecho y lo que no.

Dijo el juez:

—Que me place.

Y haciendo llamar a unos cuantos, uno decía que se la había quitado hace ocho días, el otro que seis, el otro que cuatro, y algunos decían que aquel mismo día. Oyendo lo cual, Martellino dijo:

—Señor mío, todos estos mienten con toda su boca: y de que yo digo la verdad os puedo dar esta prueba, que nunca había estado en esta ciudad y que no estoy en ella sino desde hace poco; y al llegar, por mi desventura, fui a ver a este cuerpo santo, donde me han trasquilado todo cuanto veis; y que esto que digo es cierto os lo puede aclarar el oficial del señor que registró mi entrada, y su libro[42] y también mi posadero. Por lo que, si halláis cierto lo que os digo, no queráis a ejemplo de esos hombres malvados destrozarme y matarme.

Mientras las cosas estaban en estos términos, Marchese y Stecchi, que habían oído que el juez del corregidor procedía contra él sañudamente, y que ya le había dado tortura, temieron mucho, diciéndose:

—Mal nos hemos industriado; le hemos sacado de la sartén para echarlo en el fuego.

Por lo que, moviéndose con toda presteza, buscando a su posadero, le contaron todo lo que les había sucedido; de lo que, riéndose éste, les llevó a ver a un Sandro Agolanti[43] que vivía en Treviso y tenía gran influencia con el señor, y contándole todo por su orden, le rogó que con ellos interviniera en las hazañas de Martellino, y así se hizo. Y los que fueron a

buscarlo le encontraron todavía en camisa delante del juez y todo desmayado y muy temeroso porque el juez no quería oír nada en su descargo, sino que, como por acaso tuviese algún odio contra los florentinos, estaba completamente dispuesto a hacerlo ahorcar y en ninguna guisa quería devolverlo al señor, hasta que fue obligado a hacerlo contra su voluntad.

Y cuando estuvo ante él, y le hubo dicho todas las cosas por su orden, pidió que como suma gracia le dejase irse porque, hasta que en Florencia no estuviese, siempre le parecería tener la soga al cuello. El señor rió grandemente de semejante aventura y, dándoles un traje por hombre, sobrepasando la esperanza que los tres tenían de salir con bien de tal peligro, sanos y salvos se volvieron a su casa.

Novela segunda

Rinaldo de Asti, robado, va a parar a Castel Guiglielmo y es albergado por una señora viuda, y, desagraviado de sus males, sano y salvo vuelve a su casa.

DE las desventuras de Martellino contadas por Neifile rieron las damas desmedidamente, y sobre todo entre los jóvenes Filostrato, a quien, como estaba sentado junto a Neifile, mandó la reina que la siguiese en el novelar; y sin esperar, comenzó:

Bellas señoras, me siento inclinado a contaros una historia sobre cosas católicas[44] entremezcladas con calamidades y con amores, la cual será por ventura útil haberla oído, especialmente a quienes por los peligrosos caminos del amor son caminantes, de los cuales quien no haya rezado el padrenuestro de San Julián[45] muchas veces, aunque tenga buena cama, se hospeda mal.

Había, pues, en tiempos del marqués Azzo

de Ferrara[46] un mercader llamado Rinaldo de Asti que, por sus negocios, había ido a Bolonia; a los que habiendo provisto y volviendo a casa, le sucedió que, habiendo salido de Ferrara y caminando hacia Verona, se topó con unos que parecían mercaderes y eran unos malhechores y hombres de mala vida y condición y, discurriendo con ellos, siguió incautamente en su compañía.

Éstos, viéndole mercader y juzgando que debía llevar dineros, deliberaron entre sí que a la primera ocasión le robarían, y por ello, para que no sintiera ninguna sospecha, como hombres humildes y de buena condición, sólo de cosas honradas y de lealtad iban hablando con él, haciéndose todo lo que podían y sabían humildes y benignos a sus ojos, por lo que él reputaba por gran ventura haberlos encontrado ya que iba solo con su criado y su caballo. Y así caminando, de una cosa en otra, como suele pasar en las conversaciones, llegaron a discurrir sobre las oraciones que los hombres dirigen a Dios. Y uno de los malhechores, que eran tres, dijo a Rinaldo:

—Y vos, gentilhombre, ¿qué oración acostumbráis a rezar cuando vais de camino?

A lo que Rinaldo repuso:

—En verdad yo soy hombre asaz ignorante y rústico, y pocas oraciones tengo a mano como que vivo a la antigua y cuento dos sueldos por veinticuatro dineros[47], pero no por ello he dejado de tener por costumbre al ir de camino rezar por la mañana, cuando salgo del albergue, un padrenuestro y un avemaría por el alma del padre y de la madre de San Julián, después de lo que pido a Dios y a él que la noche siguiente me deparen buen albergue. Y ya muchas veces me he visto, yendo de camino, en grandes peligros, y escapando a todos los cuales, he estado la noche siguiente en un buen lugar y bien albergado; por lo que tengo firme fe en que San Julián, en cuyo honor lo digo, me haya conseguido de Dios esta gracia; no me parece que podría andar bien el día, ni llegar bien la noche siguiente, si no lo hubiese rezado por la mañana.

A lo cual, el que le había preguntado dijo:

—Y hoy de mañana, ¿lo habéis dicho?

A lo que Rinaldo respondió:

—Ciertamente.

Entonces aquél, que ya sabía lo que iba a sucederle, dijo para si: «Falta te hará, porque, si no fallamos, vas a albergarte mal según me parece». Y luego le dijo:

—Yo también he viajado mucho y nunca lo he rezado, aunque lo haya oído a muchos recomendar, y nunca me ha sucedido que por ello dejase de albergarme bien; y esta noche por ventura podréis ver quién se albergará mejor, o vos que lo habéis dicho o yo que no lo he dicho. Bien es verdad que yo en su lugar digo el *Dirupisti* o la *Intemerata* o el *De Profundis*[48] que son, según una abuela mía solía decirme, de grandísima virtud.

Y hablando así de varias cosas y continuando su camino, y esperando lugar y ocasión para su mal propósito, sucedió que, siendo ya tarde, del otro lado de Castel Guiglielmo, al vadear un río aquellos tres, viendo la hora tardía y el lugar solitario y oculto, lo asaltaron y lo robaron, y dejándolo a pie y en camisa, yéndose, le dijeron:

—Anda y mira a ver si tu San Julián te da esta noche buen albergue, que el nuestro bien nos lo dará.

Y, vadeando el río, se fueron. El criado de Rinaldo, viendo que lo asaltaban, como vil, no hizo nada por ayudarle, sino que dando la vuelta al caballo sobre el que estaba, no se detuvo hasta estar en Castel Guiglielmo, y entrando allí, siendo ya tarde, sin ninguna dificultad encontró albergue.

Rinaldo, que se había quedado en camisa y descalzo, siendo grande el frío y nevando todavía mucho, no sabiendo qué hacerse, viendo llegada ya la noche, temblando y castañeteándole los dientes, empezó a mirar alrededor en busca de algún refugio donde pudiese estar durante la noche sin morirse de frío; pero no viendo ninguno porque no hacía mucho que había habido guerra en aquella comarca y todo había ardido, empujado por el frío, se enderezó, trotando, hacia Castel Guiglielmo, no sabiendo sin embargo que su criado hubiese huido allí o a ningún otro sitio, y pensando que si pudiera entrar allí, algún socorro le mandaría Dios.

Pero la noche cerrada le cogió cerca de una milla alejado del burgo, por lo que llegó allí tan tarde que, estando las puertas cerradas y los puentes levantados, no pudo entrar dentro. Por lo cual, llorando doliente y desconsoladamente, miraba alrededor dónde podría ponerse que al menos no le nevase encima; y por azar vio una casa sobre las murallas del burgo algo saliente hacia afuera, bajo cuyo saledizo pensó quedarse hasta que fuese de día; y yéndose allí y habiendo encontrado una puerta bajo aquel saledizo, como estaba cerrada, reuniendo a su pie alguna paja que por allí cerca había, triste y

doliente se quedó, muchas veces quejándose a San Julián, diciéndole que no era digno de la fe que había puesto en él.

Pero San Julián, que le quería bien, sin mucha tardanza le deparó un buen albergue. Había en este burgo una señora viuda, bellísima de cuerpo como la que más, a quien el marqués Azzo amaba tanto como a su vida y aquí a su disposición la hacía estar. Y vivía la dicha señora en aquella casa bajo cuyo saledizo Rinaldo se habla ido a refugiar. Y el día anterior por acaso había el marqués venido aquí para yacer por la noche con ella, y en su casa misma secretamente había mandado prepararle un baño y suntuosamente una cena.

Y estando todo presto, y nada sino la llegada del marqués esperando ella, sucedió que un criado llegó a la puerta que traía nuevas al marqués por las cuales tuvo que ponerse en camino súbitamente; por lo cual, mandando decir a la señora que no lo esperase, se marchó prestamente. Con lo que la mujer, un tanto desconsolada, no sabiendo qué hacer, deliberó meterse en el baño preparado para el marqués y después cenar e irse a la cama; y así, se metió en el baño. Estaba este baño cerca de la puerta donde el pobre Rinaldo estaba acostado fuera de la ciudad; por lo que, estando la señora en el baño, sintió el llanto y

la tiritona de Rinaldo, que parecía haberse convertido en cigüeña. Y llamando a su criada, le dijo:

—Vete abajo y mira fuera de los muros al pie de esa puerta quién hay allí, y quién es y lo que hace.

La criada fue y, ayudándola la claridad del aire, vio al que en camisa y descalzo estaba allí, como se ha dicho, y todo tiritando; por lo que le preguntó quién era. Y Rinaldo, temblando tanto que apenas podía articular palabra, quién fuese y cómo y por qué estaba allí, lo más breve que pudo le dijo y luego lastímeramente comenzó a rogarle que, si fuese posible, no lo dejase allí morirse de frío durante la noche. La criada, sintiéndose compadecida, volvió a la señora y todo le dijo; y ella, también sintiendo piedad, se acordó que tenía la llave de aquella puerta, que algunas veces servía a las ocultas entradas del marqués, y dijo:

—Ve y ábrele sin hacer ruido; aquí está esta cena que no habría quien la comiese, y para poderlo albergar hay de sobra.

La criada, habiendo alabado mucho la humanidad de la señora, fue y le abrió; y habiéndolo hecho entrar, viéndolo casi yerto, le

dijo la señora:

—Pronto, buen hombre, entra en aquel baño, que todavía está caliente.

Y él, sin esperar más invitaciones, lo hizo de buena gana, y todo reconfortado con aquel calor, de la muerte a la vida le pareció haber vuelto. La señora le hizo preparar ropas que habían sido de su marido, muerto poco tiempo antes, y cuando las hubo vestido parecían hechas a su medida; y esperando qué le mandaba la señora, empezó a dar gracias a Dios y a San Julián que de una noche tan mala como la que le esperaba le habían librado y a buen albergue, por lo que parecía, conducido. Después de esto, la señora, algo descansada, habiendo ordenado hacer un grandísimo fuego en la chimenea de uno de sus salones, se vino allí y preguntó qué era de aquel buen hombre. A lo que la criada respondió:

—Señora mía, se ha vestido y es un buen mozo y parece persona de bien y de buenas maneras.

—Ve, entonces —dijo la señora—, y llámalo, y dile que se venga aquí al fuego, y así cenará, que sé que no ha cenado.

Rinaldo, entrando en el salón y viendo a la señora y pareciéndole principal, la saludó

reverentemente y las mayores gracias que supo le dio por el beneficio que le había hecho. La señora lo vio y lo escuchó, y pareciéndole lo que la criada le había dicho, lo recibió alegremente y con ella familiarmente le hizo sentarse al fuego y le preguntó sobre la desventura que le había conducido allí, y Rinaldo le narró todas las cosas por su orden. Había la señora, por la llegada del criado de Rinaldo al castillo, oído algo de ello por lo que enteramente creyó en lo que él le contaba, y también le dijo lo que de su criado sabía y cómo fácilmente podría encontrarlo a la mañana siguiente.

Pero luego que la mesa fue puesta como la señora quiso, Rinaldo con ella, lavadas las manos, se puso a cenar. Él era alto de estatura, y hermoso y agradable de rostro y de maneras asaz loables y graciosas, y joven de mediana edad; y la señora, habiéndole ya muchas veces puesto los ojos encima y apreciándolo mucho, y ya, por el marqués que con ella debía venir a acostarse teniendo el apetito concupiscente despierto en la mente, después de la cena, levantándose de la mesa, con su criada se aconsejó si le parecía bien que ella, puesto que el marqués la había burlado, usase de aquel bien que la fortuna le había enviado. La criada, conociendo el deseo

de su señora, cuanto supo y pudo la animó a seguirlo; por lo que la señora, volviendo al fuego donde había dejado solo a Rinaldo, empezando a mirarlo amorosamente, le dijo:

—¡Ah, Rinaldo!, ¿por qué estáis tan pensativo? ¿No creéis poder resarciros de un caballo y de unos cuantos paños que habéis perdido? Confortaos, poneos alegre, estáis en vuestra casa; y más quiero deciros: que, viéndoos con esas ropas encima, que fueron de mi difunto marido, pareciéndome vos él mismo, me han venido esta noche más de cien veces deseos de abrazaros y de besaros, y si no hubiera temido desagradaros por cierto que lo habría hecho.

Rinaldo, oyendo estas palabras y viendo el relampaguear de los ojos de la mujer, como quien no era un mentecato, se fue a su encuentro con los brazos abiertos y dijo:

—Señora mía, pensando que por vos puedo siempre decir que estoy vivo, y mirando aquello de donde me sacasteis, gran vileza sería la mía si yo todo lo que pudiera seros agradable no me ingeniase en hacer; y así, contentad vuestro deseo de abrazarme y besarme, que yo os abrazaré y os besaré más que a gusto.

Después de esto no necesitaron más palabras. La mujer, que ardía toda en amoroso deseo, prestamente se le echó en los brazos; y después que mil veces, estrechándolo deseosamente, le hubo besado y otras tantas fue besada por él, levantándose de allí se fueron a la alcoba y sin esperar, acostándose, plenamente y muchas veces, hasta que vino el día, sus deseos cumplieron.

Pero luego que empezó a salir la aurora, como plugo a la señora, levantándose, para que aquello no pudiera ser sospechado por nadie, dándole algunas ropas asaz mezquinas y llenándole la bolsa de dineros, rogándole que todo aquello tuviese secreto, habiéndole enseñado primero qué camino debiese seguir para llegar dentro a buscar a su criado, por aquella portezuela por donde había entrado le hizo salir.

Él, al aclararse el día, dando muestras de venir de más lejos, abiertas las puertas, entró en aquel burgo y encontró a su criado; por lo que, vistiéndose con ropas suyas que en el equipaje tenía, y pensando en montarse en el caballo del criado, casi por milagro divino sucedió que los tres malhechores que la noche anterior le habían robado, por otra maldad hecha después, apresados, fueron llevados a aquel castillo y, por su misma confesión, le fue

restituido el caballo, los paños y los dineros y no perdió más que un par de ligas de las medías de las que no sabían los malhechores qué habían hecho.

Por lo cual Rinaldo, dándole gracias a Dios y a San Julián, montó a caballo, y sano y salvo volvió a su casa; y a los tres malhechores, al día siguiente, los llevaron a agitar los pies en el aire.

Novela tercera

Tres jóvenes, malgastando sus bienes, se empobrecen; y un sobrino suyo, que al volver a casa desesperado tiene como compañero de camino a un abad, encuentra que éste es la hija del rey de Inglaterra, la cual le toma por marido y repara los descalabros de sus tíos restituyéndoles en su buen estado.

FUERON oídas con admiración las aventuras de Rinaldo de Asti por las señoras y los jóvenes y alabada su devoción, y dadas gracias a Dios y a San Julián que le habían prestado socorro en su mayor necesidad, y no fue por ello (aunque esto se dijese medio a escondidas) reputada por necia la señora que había sabido coger el bien que Dios le había mandado a casa. Y mientras que sobre la buena noche que aquél había pasado se razonaba entre sonrisas maliciosas, Pampínea, que se veía al lado de Filostrato, apercibiéndose, así como sucedió, que a ella le tocaba la vez, recogiéndose en sí misma,

empezó a pensar en lo que debía contar; y luego del mandato de la reina, no menos atrevida que alegre empezó a hablar así:

Valerosas señoras, cuanto más se habla de los hechos de la fortuna, tanto más, a quien quiere bien mirar sus casos, queda por contar; y de ello nadie debe maravillarse si discretamente piensa que todas las cosas que nosotros neciamente nuestras llamamos están en sus manos y por consiguiente, por ella, según su oculto juicio, sin ninguna pausa, de uno en otro y de otro en uno sucesivamente sin ningún orden conocido por nosotros son cambiadas. Lo que, aunque con plena fidelidad, en todas las cosas y todo el día se muestre, y además haya sido antes mostrado en algunas historias, no dejaré (ya que place a nuestra reina que de ello se hable), tal vez no sin utilidad de los oyentes, de añadir a las contadas una historia más, que pienso que deberá agradaros.

Hubo en nuestra ciudad un caballero cuyo nombre era micer Tebaldo, el cual, según quieren algunos, fue de los Lamberti y otros afirman haber sido de los Agolanti, fundándose tal vez, más que en otra cosa, en el oficio que sus hijos después de él han hecho, conforme al que siempre los Agolanti han hecho y hacen[49]. Pero dejando a un lado a cuál de las dos casas

perteneciese, digo que fue éste en sus tiempos riquísimo caballero y tuvo tres hijos, el primero de los cuales tuvo por nombre Lamberto, el segundo Tebaldo y el tercero Agolante, ya hermosos y corteses jóvenes, aunque el mayor no llegase a dieciocho años, cuando este riquísimo micer Tebaldo vino a morir, y a ellos, como a sus herederos legítimos, todos sus bienes muebles e inmuebles dejó.

Los cuales, viéndose quedar riquísimos en campesinos y en posesiones, sin ningún otro gobierno sino su propio placer, sin ningún freno ni contención empezaron a gastar teniendo numerosísimos criados y muchos y buenos caballos y perros y aves y continuamente huéspedes, dando y justando y haciendo no solamente lo que a gentileshombres corresponde, sino también aquello que en su apetito juvenil les venía en gana hacer. Y no habían llevado mucho tiempo tal vida cuando el tesoro dejado por el padre disminuyó y no bastándoles para los comenzados gastos sus rentas, comenzaron a empeñar y a vender las posesiones; y hoy una, mañana otra vendiendo, apenas se dieron cuenta cuando se vieron venidos a la nada y se abrieron a la pobreza sus ojos, que la riqueza había tenido cerrados.

Por lo cual Lamberto, llamando un día a los

otros dos, les dijo cuán grande había sido la honorabilidad del padre y cuánta la suya, y cuánta su riqueza y cuál la pobreza a la que por su desordenado gastar habían venido; y lo mejor que supo, antes de que más aparente fuese su miseria, les animó a vender con él mismo lo poco que les quedaba y a irse; y así lo hicieron.

Y sin despedirse ni hacer ninguna pompa, salidos de Florencia, no se detuvieron hasta que estuvieron en Inglaterra, y allí, tomando una casita en Londres, haciendo pequeñísimos gastos, duramente comenzaron a prestar a usura; y tan favorable les fue la fortuna en este lugar que en pocos años una grandísima cantidad de dineros ganaron. Por lo cual, con ellos, sucesivamente uno u otro volviendo a Florencia, gran parte de sus posesiones volvieron a comprar y muchas otras compraron además de aquéllas, y tomaron mujer; y, para continuar prestando en Inglaterra, a atender sus negocios mandaron a un joven sobrino suyo que tenía por nombre Alessandro, y ellos tres en Florencia, habiendo olvidado a qué partido les había llevado el desmedido gasto otras veces, a pesar de que con familia todos habían venido, más que nunca excesivamente gastaban y tenían sumo crédito con todos los mercaderes y por cualquier cantidad grande de

dinero.

Los cuales gastos unos cuantos años ayudó a sostener la moneda que les mandaba Alessandro, que se había puesto a prestar a barones sobre sus castillos y otras rentas suyas, los cuales con grandes rendimientos bien le respondían. Y mientras así los tres hermanos abundantemente gastaban y cuando les faltaba dinero lo tomaban en préstamo, teniendo siempre su esperanza en Inglaterra, sucedió que, contra la opinión de todos, comenzó en Inglaterra una guerra entre el rey y un hijo suyo por la cual se dividió toda la isla[50], y quién apoyaba a uno y quién al otro: por la cual cosa fueron todos los castillos de los barones quitados a Alessandro y no había ninguna otra renta que de algo le respondiese. Y esperándose que cualquier día entre el hijo y el padre debía hacerse la paz y por consiguiente todas las cosas restituidas a Alessandro, rendimientos y capital, Alessandro de la isla no se iba, y los tres hermanos, que en Florencia estaban, en nada sus gastos grandísimos limitaban, tomando prestado más cada día. Pero luego de que en muchos años ningún efecto se vio seguir a la esperanza tenida, los tres hermanos no sólo el crédito perdieron sino que, queriendo aquéllos a quienes debían ser pagados, fueron

súbitamente presos; y no bastando sus posesiones para pagar, por lo que faltaba quedaron en prisión, y de sus mujeres y los hijos pequeños quién se fue al campo y quién aquí y quién allá con bastante pobres avíos, no sabiendo ya qué debiesen esperar sino mísera vida siempre.

Alessandro, que en Inglaterra la paz muchos años esperado había, viendo que no llegaba y pareciéndole que se quedaba allí no menos con peligro de su vida que en vano, habiendo deliberado volver a Italia solo, se puso en camino. Y por acaso, al salir de Brujas, vio que salía igualmente un abad blanco[51] acompañado de muchos monjes y con muchos criados y precedido de gran equipaje; junto al cual venían dos caballeros viejos y parientes del rey, a los cuales; como a conocidos, acercándose Alessandro, por ellos en su compañía fue de buena gana recibido. Caminando, pues, Alessandro con ellos, graciosamente les preguntó quiénes fuesen los monjes que con tanto séquito cabalgaban delante y a dónde iban. A lo que uno de los caballeros repuso:

—Este que cabalga delante es un joven pariente nuestro, recientemente elegido abad de una de las mayores abadías de Inglaterra; y porque es más joven de lo que las leyes

mandan para tal dignidad, vamos nosotros con él a Roma a impetrar del santo padre que, a pesar de su tierna edad, lo dispense y luego en la dignidad lo confirme: porque esto no se puede tratar con nadie más.

Caminando, pues, el novel abad ora delante de sus criados ora junto a ellos, así como vemos que hacen todos los días por los caminos los señores, le sucedió ver a Alessandro junto a él al caminar, el cual era asaz joven, en la persona y en el rostro hermosísimo y, cuanto cualquiera podía serlo, cortés y agradable y de buenas maneras; el cual maravillosamente le gustó a primera vista más que nada le había gustado nunca, y llamándolo junto a sí, con él empezó a conversar placenteramente y a preguntarle quién era, de dónde venía y adónde iba. A lo cual Alessandro todo sobre su condición francamente dijo y satisfizo sus preguntas, y él mismo a su servicio, aunque poco pudiese, se ofreció. El abad, oyendo su conversar bello y ordenado y más detalladamente considerando sus maneras, y pensando para sí que a pesar de que su oficio había sido servil, era gentilhombre, más en su agrado se encendió; y ya lleno de compasión por sus desgracias, asaz familiarmente le confortó y le dijo que tuviera buena esperanza porque, si hombre de

pro era, aún Dios le repondría en donde la fortuna le había arrojado y aún más arriba; y le rogó que, puesto que hacia Toscana iba, quisiera quedarse en su compañía, como fuese que él también allí iba. Alessandro le dio gracias por el consuelo y le dijo que estaba pronto a todos sus mandatos. Caminando, pues, el abad, en cuyo pecho se revolvían extrañas cosas sobre el visto Alessandro, sucedió que después de algunos días llegaron a una villa que no estaba demasiado ricamente provista de albergues, y queriendo allí albergar al abad, Alessandro en casa de un posadero que le era muy conocido le hizo desmontar y le hizo preparar una alcoba en el lugar menos incómodo de la casa. Y, convertido ya casi en mayordomo del abad, como quien estaba muy avezado a ello, como mejor pudo alojando por la villa a todo el séquito, quién aquí y quién allí, habiendo ya cenado el abad y ya siendo noche cerrada, y todos los hombres idos a dormir, Alessandro preguntó al posadero dónde podría dormir él. A lo que el posadero le respondió:

—En verdad que no lo sé; ves que todo está lleno, y puedes ver a mis criados dormir en los bancos, pero en la alcoba del abad hay unos arcones a los que te puedo llevar y poner encima algún colchón y allí, si te parece bien, como mejor puedas acuéstate esta noche.

A lo que Alessandro dijo:

—¿Cómo voy a ir a la alcoba del abad, que sabes que es pequeña y por su estrechez no ha podido acostarse allí ninguno de sus monjes? Si yo me hubiera dado cuenta de ello cuando se corrieron las cortinas habría hecho dormir sobre los arcones a sus monjes y yo me habría quedado donde los monjes duermen.

A lo que el posadero dijo:

—Pero así está el asunto, y puedes, si quieres, estar allí lo mejor del mundo; el abad duerme y las cortinas están corridas, yo te traeré sin hacer ruido una manta, ve a dormir.

Alessandro viendo que esto podía hacerse sin ninguna molestia para el abad, dio su acuerdo, y lo más calladamente que pudo se acomodó allí. El abad, que no dormía, sino que pensaba vehementemente en sus extraños deseos, oía lo que el posadero y Alessandro hablaban, y también había oído dónde se había acostado Alessandro; por lo que entre sí, muy contento, empezó a decir:

—Dios ha mandado ocasión a mis deseos; si no la aprovecho, por acaso no volverá en mucho tiempo.

Y decidiéndose del todo a aprovecharla,

pareciéndole todo reposado en el albergue, con baja voz llamó a Alessandro y le dijo que se acostase junto a él; el cual, luego de muchas negativas, desnudándose se acostó allí. El abad, poniéndole la mano en el pecho le empezó a tocar no de otra manera que suelen hacer las deseosas jóvenes a sus amantes; de lo que Alessandro se maravilló mucho, y dudó si el abad, impulsado por deshonesto amor, se movía a tocarlo de aquella manera. La cual duda, o por presumirla[51a] o por algún gesto que Alessandro hiciese, súbitamente conoció el abad, y sonrió: y prontamente quitándose una camisa que llevaba encima tomó la mano de Alessandro y se la puso sobre el pecho diciéndole:

—Alessandro, arroja fuera tus pensamientos necios, y buscando aquí, conoce lo que escondo.

Alessandro, puesta la mano sobre el pecho del abad, encontró dos teticas redondas y firmes y delicadas, no de otro modo que si hubieran sido de marfil; encontradas las cuales y conocido en seguida que éste era mujer, sin esperar otra invitación, abrazándola prontamente la quería besar, cuando ella le dijo:

—Antes de que te acerques, escucha lo

que quiero decirte. Como puedes conocer, soy mujer y no hombre; y, doncella, me partí de mi casa y al papa iba a que me diera marido: o por tu ventura o por mi desdicha, al verte el otro día, así me hizo arder por ti Amor como mujer no hubo nunca que tanto amase a un hombre; y por ello he deliberado quererte por marido antes que a ningún otro. Si no me quieres por mujer, salte de aquí en seguida y vuelve a tu sitio.

Alessandro, aunque no la conocía, considerando la compañía que llevaba, estimó que debía ser noble y rica, y hermosísima la veía; por lo que, sin demasiado largo pensamiento, repuso que, si le placía aquello, a él mucho le agradaba. Ella entonces, levantándose y sentándose sobre la cama, delante de una tablilla donde estaba la efigie de Nuestro Señor, poniéndole en la mano un anillo, se hizo desposar por él y después, abrazados juntos, con gran placer de cada una de las partes, cuanto quedaba de aquella noche se solazaron.

Y conviniendo entre ellos el modo y la manera para los hechos futuros, al venir el día, Alessandro por el mismo lugar de la alcoba saliendo que había entrado, sin saber ninguno dónde hubiese dormido durante la noche, alegre sobremanera, con el abad y con su

compañía se puso en camino, y luego de muchas jornadas llegaron a Roma. Y allí, después de que algunos días se hubieron quedado, el abad con los dos caballeros y con Alessandro, sin nadie más, entraron a ver al papa; y hecha la debida reverencia, así comenzó a hablar el abad:

—Santo padre, así como vos mejor que nadie debéis saber, todos los que iban y honestamente quieren vivir deben, en cuanto pueden, huir toda ocasión que a obrar de otro modo pudiese conducirles; lo cual para que yo, que honestamente vivir deseo, pudiese hacer cumplidamente, en el hábito en que me veis escapada secretamente con grandísima parte de los tesoros del rey de Inglaterra, mi padre, el cual al rey de Escocia, señor viejísimo, siendo yo joven como me veis, me quería dar por mujer, para venir aquí, a fin de que vuestra santidad me diese marido, me puse en camino. Y no me hizo tanto huir la vejez del rey de Escocia cuanto el temor de hacer, por la fragilidad de mi juventud, si con él fuese casada, algo que fuese contra las divinas leyes y contra el honor de la sangre real de mi padre. Y así dispuesta viniendo, Dios, el cual sólo óptimamente conoce lo que cada uno ha menester, creo que por su misericordia, a aquél a quien a Él placía que fuese mi marido me

puso delante de los ojos: y aquél fue este joven —y mostró a Alessandro que vos veis junto a mí, cuyas costumbres y mérito son dignos de cualquier gran señora, aunque quizá la nobleza de su sangre no sea tan clara como es la real. A él, pues, he tomado y a él quiero, y no tendré nunca a nadie más, parézcale lo que le parezca de ello a mi padre o a los demás, por lo que la principal razón que me movió ha desaparecido; pero me complació completar el camino, tanto por visitar los santos lugares y dignos de reverencia, de los cuales está llena esta ciudad, como a vuestra santidad, y también para que por vos el matrimonio contraído entre Alessandro y yo solamente en la presencia de Dios, hiciera yo público ante la vuestra y consiguientemente ante la presencia de los demás hombres. Por lo que humildemente os ruego que aquello que a Dios y a mí ha placido os sea grato y que me deis vuestra bendición, para que con ella, como con mayor certidumbre del placer de Aquel del cual sois vicario, podamos juntos, a honor de Dios y vuestro, vivir y finalmente morir.

Maravillóse Alessandro oyendo que su mujer era hija del rey de Inglaterra, y se llenó de extraordinaria alegría oculta; pero más se maravillaron los dos caballeros y tanto se enojaron que si en otra parte y no delante del

papa hubieran estado, habrían a Alessandro y tal vez a la mujer hecho alguna villanía.

Por otra parte, el papa se maravilló mucho tanto del hábito de la mujer como de su elección; pero sabiendo que no se podía dar vuelta atrás, quiso satisfacer su ruego y primeramente consolando a los caballeros, a quienes sabía airados, y poniéndolos en buena paz con la señora y con Alessandro, dio órdenes para hacer lo que hubiera menester. Y el día fijado por él siendo llegado, ante todos los cardenales y otros muchos grandes hombres de pro, los cuales invitados a una grandísima fiesta preparada por él habían venido, hizo venir a la señora regiamente vestida, la cual tan hermosa y atrayente parecía que merecidamente era por todos alabada, y del mismo modo Alessandro espléndidamente vestido, en apariencia y en modales nada parecía un joven que a usura hubiese prestado sino más bien de sangre real, y por los dos caballeros muy honrado; y aquí de nuevo hizo celebrar solemnemente los esponsales, y luego, hechas bien y magníficamente las bodas, con su bendición los despidió.

Plugo a Alessandro, y también a la señora, al partir de Roma venir a Florencia donde ya había llegado la fama de la noticia; y allí,

recibidos por los ciudadanos con sumo honor, hizo la señora liberar a los tres hermanos, habiendo hecho primero pagar a todo el mundo y devolverles sus posesiones a ellos y sus mujeres. Por lo cual, con buenos deseos de todos, Alessandro con su mujer, llevándose consigo a Agolante, se fue de Florencia y llegados a París, honorablemente fueron recibidos por el rey. De allí se fueron los dos caballeros a Inglaterra, y tanto se afanaron con el rey que les devolvió su gracia y con grandísima fiesta recibió a ella y a su yerno; al cual poco después hizo caballero y le dio el condado de Cornualles.

Y él fue tan capaz, y tanto supo hacer que reconcilió al hijo con el padre, de lo que se siguió gran bien a la isla y se ganó el amor y la gracia de todos los del país y Agolante recobró todo lo que le debían enteramente, y rico sobremanera se volvió a Florencia, habiéndolo primero armado caballero el conde Alessandro. El conde, luego, con su mujer gloriosamente vivió, y según lo que algunos dicen, con su juicio y valor y la ayuda del suegro conquistó luego Escocia de la que fue coronado rey.

Novela cuarta

Landolfo Rúfolo, empobrecido, se hace corsario y, preso por los genoveses, naufraga y se salva sobre una arqueta llena de joyas preciosísimas, y recogido en Corfú por una mujer, rico vuelve a su casa.

LAURETA estaba sentada junto a Pampínea; y viéndola llegar al triunfal final de su historia, sin esperar otra cosa empezó a hablar de esta guisa:

Graciosísimas damas, ninguna obra de la fortuna, según mi juicio, puede verse mayor que ver a alguien desde la extrema miseria al estado real elevarse, como la historia de Pampínea nos ha mostrado que sucedió a su Alessandro. Y por ello, a cualquiera que sobre la propuesta materia de aquí en adelante novelare, le será necesario contar algo más acá de estos límites y no me avergonzaré yo de contar una historia que, aunque contenga mayores miserias, no tenga tan espléndido desenlace. Bien sé que, teniendo aquélla

presente, será la mía escuchada con menor diligencia; pero como no puedo hacer de otro modo, seré disculpada por ello.

Se cree que el litoral desde Reggio a Caeta es la parte más deleitosa de Italia; en la cual, junto a Salerno hay un acantilado que avanza sobre el mar al que los habitantes llaman la costa de Amalfi, llena de pequeñas ciudades, de jardines y de fuentes, y de hombres ricos y emprendedores en empresas mercantiles tanto como ningunos otros. Entre las cuales ciudadecillas hay una llamada Ravello en la que, si hoy hay hombres ricos, había hace tiempo uno que fue riquísimo, llamado Landolfo Rúfolo; al cual, no bastándole su riqueza, deseando duplicarla, estuvo a punto de perderse con toda ella a sí mismo. Éste, pues, así como suele ser el uso de los mercaderes, hechos sus cálculos, compró un grandísimo barco y con sus dineros lo cargó todo de varias mercancías y anduvo con él a Chipre.

Allí, con aquella misma calidad de mercancías que él había llevado, encontró que habían llegado otros barcos; por la cual razón no solamente tuvo que vender a bajo precio aquello que llevado había, sino que, para colocar sus cosas, tuvo casi que tirar algunas; con lo que cerca estuvo de arruinarse. Y sintiendo por ello grandísima pesadumbre, no

sabiendo qué hacerse y viéndose de hombre riquísimo en breve tiempo convertido en casi pobre, decidió o morir o robando resarcirse de sus males, para que allí de donde rico había partido no fuese a volver pobre.

Y encontrando un comprador de su gran barco, con aquellos dineros y con los otros que le había valido su mercancía, compró un barquito ligero para piratear, y con todas las cosas necesarias a tal servicio lo armó y lo guarneció óptimamente, y se dio a apropiarse las cosas de los demás, y máximamente de los turcos. En cuya tarea le fue la fortuna mucho más benévola que le había sido en comerciar. Quizás en un solo año robó y prendió tantos barcos de turcos que se encontró con que no sólo había vuelto a ganar lo suyo que había perdido en el comercio, sino que con mucho lo había duplicado.



Por lo cual, enseñado por el dolor de la primera pérdida, conociendo que tenía bastante, para no caer en la segunda, se aconsejó a sí mismo que aquello que tenía, sin querer más, debía bastarle, y por ello se dispuso a volver con ello a su casa: y temeroso del comercio no se molestó en invertir de otra manera sus dineros sino que en aquel barquito con el cual los había ganado, haciendo los remos a la mar, emprendió el regreso.

Y ya al Archipiélago[52] llegado, levantóse por la noche un siroco que no solamente era contrario a su ruta sino que hacía una mar

gruesísima y su pequeño barco no hubiera podido soportarlo, y en un entrante del mar que tenía una islita, de aquel viento al cubierto se recogió, proponiéndose allí esperarlo mejor.

En la cual caleta, estando poco rato, dos grandes cocas[53] de genoveses que venían de Constantinopla, para huir de lo mismo que Landolfo huido había, llegaron con trabajo; y sus gentes, visto el barquichuelo y cortándole el camino para poder irse, oyendo de quién era y ya por la fama sabiéndole riquísimo, como hombres que eran naturalmente deseosos de pecunia y rapaces, a tomarlo se dispusieron.

Y, haciendo bajar a tierra parte de sus gentes, con ballestas y bien armadas, las hicieron ir a lugar tal que del barquichuelo ninguna persona, si no quería ser asaeteada, podía descender; y ellos haciéndose remolcar por las chalupas y ayudados por el mar, se acostaron al pequeño barco de Landolfo, y con poco trabajo en poco tiempo, con toda su chusma y sin perder un solo hombre, se apoderaron de él a mansalva; y haciendo venir a Landolfo sobre una de las dos cocas y cogiendo todo lo que había en el barquichuelo, lo hundieron, apresándole a él, cubierto sólo de un pobre justillo.

Al día siguiente, habiendo mudado el

viento, las naves viniendo hacia Poniente, izaron las velas, y todo aquel día prósperamente vinieron su camino; pero al caer la tarde se levantó un viento tempestuoso, que haciendo las olas altísimas separó a una coca de la otra. Y por la fuerza de este viento sucedió que aquélla en que iba el mísero y pobre Landolfo, con grandísimo ímpetu cerca de la isla de Cefalonia chocó contra un arrecife y no de otra manera que un vidrio golpeado contra un muro se abrió toda y se hizo pedazos; por lo que los desdichados miserables que en ella estaban, estando ya el mar todo lleno de mercancías que flotaban y de cajones y de tablas, como en casos semejantes suele suceder, aun cuando oscurísima la noche estuviese y el mar gruesísimo e hinchado, nadando quienes sabían nadar, empezaron a asirse a las cosas que por azar se les paraban delante.

Entre los cuales el mísero Landolfo, aun cuando el día anterior había llamado a la muerte muchas veces, prefiriendo quererla mejor que retornar a casa pobre como se veía, al verla cerca tuvo miedo de ella; y como los demás, al venirle a las manos una tabla se asió a ella, por si Dios, retardando él el ahogarse, le mandase alguna ayuda en su salvación: y a caballo de aquélla como mejor podía, viéndose

arrastrado por el mar y el viento ora acá ora allá se sostuvo hasta el clarear del día. Venido el cual, mirando en torno, ninguna cosa sino nubes y mar veía y un cofre que, flotando sobre las olas del mar, a veces con grandísimo temor suyo se le acercaba: temiendo que aquel cofre le golpease de modo que lo ahogara, y siempre que junto a él venía, cuanto podía, con la mano, aunque pocas fuerzas le quedaran, lo alejaba.

Pero como quiera que fuesen las cosas sucedió que, desencadenándose de súbito en el aire un nudo de viento y habiendo penetrado en el mar, en aquel cofre un golpe tan fuerte dio, y el cofre en la tabla sobre la que Landolfo estaba, que, volcada por la fuerza, soltándola Landolfo fue bajo las olas y volvió arriba nadando, más por el miedo que por las fuerzas ayudado, y vio muy alejada de él la tabla; por lo que, temiendo no poder llegar a ella, se acercó al cofre, que estaba bastante cerca, y puesto el pecho sobre su tapa, como mejor podía con los brazos la conducía derecha.

Y de esta manera, arrojado por el mar ora aquí ora allí, sin comer, como quien no tiene qué, y bebiendo más de lo que habría querido, sin saber dónde estuviese ni ver otra cosa que olas, permaneció todo aquel día y noche siguiente. Y al día siguiente, o por placer de

Dios o porque la fuerza del viento así lo hiciera, éste, convertido en una esponja, agarrándose fuerte con ambas manos a los bordillos del cofre a guisa de lo que vemos hacer a quienes están por ahogarse cuando cogen alguna cosa, llegó a la playa de la isla de Corfú, donde una pobre mujercita lavaba y pulía por acaso sus cacharros con la arena y el agua salada. La cual, al verle avecinarse, no distinguiendo en él forma alguna, temiendo y gritando retrocedió.

Él no podía hablar y poco veía, y por ello nada le dijo; pero mandándolo hacia la tierra el mar, ella apercibió la forma del cofre, y mirando después más fijamente y viendo distinguió primeramente los mismos brazos sobre el cofre, y luego reconoció la cara y ser lo que era se imaginó. Por lo que, a compasión movida, adentróse un tanto por el mar que estaba ya tranquilo y, agarrándolo por los cabellos, con todo el cofre lo arrastró a tierra, y allí con trabajo las manos del cofre desenganchándole, y puesto éste al cuidado de una hija suya que con ella estaba, lo llevó a tierra como a un niño pequeño y, poniéndolo en un baño caliente, tanto lo refregó y lavó con el agua caliente, que volvió a él el perdido calor y algunas de las fuerzas desaparecidas; y cuando le pareció oportuno le atendió y con algo de buen vino y de confituras le reconfortó, y algunos días lo

tuvo lo mejor que pudo hasta que él, recuperadas las fuerzas, se dio cuenta de dónde estaba.

Por lo que a la buena mujer le pareció deber devolverle su cofre, que ella había salvado, y decirle que en adelante se buscase su ventura; y así lo hizo. Él, que de ningún cofre se acordaba, lo cogió sin embargo, visto que se lo daba la buena mujer, pensando que no debía valer tan poco que no le sirviese para los gastos de algún día; y al encontrarlo muy ligero, asaz menguó su esperanza. Pero no por ello, no estando en casa la buena mujer, dejó de desclavarlo para ver lo que habla dentro, y encontró en el muchas piedras preciosas, engarzadas y sueltas, de las que algo entendía. Y viendo las cuales y conociéndolas de gran valor, alabando a Dios que aún no había querido abandonarle, todo se reconfortó; pero como quien en poco tiempo había sido fieramente asaeteado por la fortuna dos veces, temiendo la tercera, pensó que le convenía tener mucha cautela para poder llevar aquellas cosas a su casa; por lo que en algunos harapos, como mejor pudo, envolviéndolas, dijo a la buena mujer que no necesitaba ya el cofre, pero que, si le placía, le diera un saco y se quedase con él.

La buena mujer lo hizo de buena gana; y él,

dándole las mayores gracias que podía por el beneficio recibido de ella, guardándose el saco en el regazo, de ella se separó; y subido a una barca, pasó a Brindisi y desde allí, de costa en costa se dirigió a Trani, donde, encontrando a unos ciudadanos suyos que eran pañeros, como por amor de Dios le vistieron, habiéndoles contado antes todas sus aventuras, salvo la del cofre; y además prestándole caballo y dándole compañía hasta Ravello donde para siempre decía querer volver, le enviaron.

Aquí, pareciéndole estar seguro, dándole gracias a Dios que lo había guiado allí, desató su saquito, y con más diligencia buscando todo que nunca había hecho antes, se encontró que tenía tantas y tales piedras que, vendiéndolas a su precio y aún a menos, era dos veces más rico que cuando se había ido. Y encontrando el modo de despachar sus piedras, hasta Corfú mandó una buena cantidad de dineros, por valerlos el servicio recibido, a la buena mujer que lo había sacado del mar; y lo mismo hizo a Trani a quienes le habían dado de vestir; y lo restante, sin querer comerciar ya más, lo retuvo y honorablemente vivió hasta el fin.

Novela quinta

A Andreuccio de Perusa, llegado a Nápoles a comprar caballos, le suceden en una noche tres graves desventuras, y salvándose de todas, se vuelve a casa con un rubí.

LAS piedras preciosas encontradas por Landolfo —empezó Fiameta, a quien le tocaba la vez de novelar— me han traído a la memoria una historia que no contiene menos peligros que la narrada por Laureta, pero es diferente de ella en que aquéllos tal vez en varios años y éstos en el espacio de una noche se sucedieron, como vais a oír.

Hubo, según he oído, en Perusa, un joven cuyo nombre era Andreuccio de Prieto, tratante en caballos, el cual, habiendo oído que en Nápoles se compraban caballos a buen precio, metiéndose en la bolsa quinientos florines de oro, no habiendo nunca salido de su tierra, con otros mercaderes allá se fue; donde, llegado un domingo al atardecer e informado por su posadero, a la mañana siguiente bajó al

mercado, y muchos vio y muchos le pluguieron y entró en tratos sobre muchos, pero no pudiendo concertarse sobre ninguno, para mostrar que a comprar había ido, como rudo y poco cauto, muchas veces en presencia de quien iba y de quien venía sacó fuera la bolsa donde tenía los florines.

Y estando en estos tratos, habiendo mostrado su bolsa, sucedió que una joven siciliana bellísima, pero dispuesta por pequeño precio a complacer a cualquier hombre, sin que él la viera pasó cerca de él y vio su bolsa, y súbitamente se dijo:

—¿Quién estaría mejor que yo si aquellos dineros fuesen míos? —y siguió adelante.

Y estaba con esta joven una vieja igualmente siciliana la cual, al ver a Andreuccio, dejando seguir la joven, afectuosamente corrió a abrazarlo; lo que viendo la joven, sin decir nada, aparte la empezó a esperar. Andreuccio volviéndose hacia la vieja la conoció y le hizo grandes fiestas prometiéndole ella venir a su posada, y sin quedarse allí más, se fue, y Andreuccio volvió a sus tratos; pero nada compró por la mañana.

La joven, que primero la bolsa de

Andreuccio y luego la familiaridad de su vieja con él había visto, por probar si había modo de que ella pudiese hacerse con aquellos dineros, o todos o en parte, cautamente empezó a preguntarle quién fuese él y de dónde, y qué hacía aquí y cómo le conocía. Y ella, todo con todo detalle de los asuntos de Andreuccio le dijo, como con poca diferencia lo hubiera dicho él mismo, como quien largamente en Sicilia con el padre de éste y luego en Perusa había estado, e igualmente le contó dónde paraba y por qué había venido.

La joven, plenamente informada del linaje de él y de los nombres, para proveer a su apetito, con aguda malicia, fundó sobre ello su plan; y, volviéndose a casa, dio a la vieja trabajo para todo el día para que no pudiese volver a Andreuccio; y tomando una criadita suya a quien había enseñado muy bien a tales servicios, hacia el anochecer la mandó a la posada donde Andreuccio paraba. Y llegada allí, por acaso a él mismo, y solo, encontró a la puerta, y le preguntó por él mismo; a lo cual, diciéndole él que él era, ella llevándolo aparte, le dijo:

—Señor mío, una noble dama de esta tierra, si os pluguiese, querría hablar con vos.

Y él, al oírla, considerándose bien y

pareciéndole ser un buen mozo, pensó que aquella tal dama debía estar enamorada de él, como si otro mejor mozo que él no se encontrase entonces en Nápoles, y prontamente repuso que estaba dispuesto y le preguntó dónde y cuándo aquella dama quería hablarle. A lo que la criadita respondió:

—Señor, cuando os plaza venir, os espera en su casa.

Andreuccio, prestamente y sin decir nada en la posada, dijo:

—Pues vamos, ve delante; yo iré tras de ti.

Con lo que la criadita a casa de aquélla le condujo, que vivía en un barrio llamado Malpertuggio que cuán honesto barrio era, su nombre mismo lo demuestra. Pero él, no sabiéndolo ni sospechándolo, creyéndose que iba a un honestísimo lugar y a una señora honrada, sin precauciones, entrada la criadita delante, entró en su casa; y al subir las escaleras, habiendo ya la criadita a su señora llamado y dicho: «¡Aquí está Andreuccio!», la vio arriba de la escalera asomarse y esperarlo.

Y ella era todavía bastante joven, alta de estatura y con hermosísimo rostro, vestida y adornada asaz honradamente. Y al aproximarse a ella Andreuccio, bajó tres

escalones a su encuentro con los brazos abiertos y echándosele al cuello un rato lo estuvo abrazando sin decir nada, como si una invencible ternura le impidiese hacerlo; después, derramando lágrimas le besó en la frente, y con voz algo rota dijo:

—¡Oh, Andreuccio mío, sé bien venido!

Éste, maravillándose de caricias tan tiernas, todo estupefacto repuso:

—¡Señora, bien hallada seáis!

Ella, después, tomándole de la mano le llevó abajo a su salón y desde allí, sin nada más decir, con él entró en su cámara, la cual a rosas, a flores de azahar y a otros olores olía toda, y allí vio un bellísimo lecho encortinado y muchos paños colgados de los travesaños según la costumbre de allí, y otros muy bellos y ricos arreos; por las cuales cosas, como inexperto que era, firmemente creyó que ella no era menos que gran señora. Y sentándose sobre un arca que estaba al pie de su lecho, así empezó a hablarle:

—Andreuccio, estoy segura de que te maravillas de las caricias que te hago y de mis lágrimas, como quien no me conoce y por ventura nunca me oíste recordar: pero pronto oirás algo que tal vez te haga maravillarte más,

como es que yo soy tu hermana; y te digo que, pues que Dios me ha hecho tan grande gracia que antes de mi muerte haya visto a alguno de mis hermanos, aunque deseo veros a todos, no me moriré en hora que, consolada, no muera. Y si esto tal vez nunca lo has oído, te lo voy a decir. Pietro, padre mío y tuyo, como creo que habrás podido saber, vivió largamente en Palermo, y por su bondad y agrado fue y todavía es por quienes le conocieron amado; pero entre otros que mucho le amaron, mi madre, que fue una mujer noble y entonces era viuda, fue quien más le amó, tanto, que depuesto el temor a su padre, a sus hermanos y su honor, de tal guisa se familiarizó con él que nací yo, y estoy aquí como me ves. Después, llegada la ocasión a Pietro de irse de Palermo y volver a Perusa, a mi, siendo muy niña, me dejó con mi madre, y nunca más, por lo que yo sé, ni de mí ni de ella se acordó: por lo que yo, si mi padre no fuera, mucho le reprobaría, teniendo en cuenta la ingratitud suya hacia mi madre mostrada, y no menos el amor que a mí, como a su hija no nacida de criada ni de vil mujer, debía tener; y que ella, sin saber de otra manera quién fuese él, movida por fidelísimo amor puso sus cosas y ella misma en sus manos. Pero ¿qué? Las cosas mal hechas y pasadas ha mucho tiempo son más fáciles de reprochar que de enmendar;

así fueron las cosas sin embargo. Él me dejó en Palermo siendo niña donde, crecida casi como soy, mi madre, que era muy rica, me dio por mujer a uno de Agrigento, gentilhombre y honrado, que por amor de mi madre y de mí vino a vivir en Palermo; y allí, como muy güelfo[53a], comenzó a concertar algún trato con nuestro rey Carlos[54]. Lo que, sabido del rey Federico[55], antes de que pudiese llevarse a cabo, fue motivo de hacerle huir de Sicilia cuando yo esperaba ser la mayor señora que hubiera en aquella isla donde, tomadas las pocas cosas que podíamos tomar (digo pocas con respecto a las muchas que teníamos), dejadas las tierras y los palacios en esta tierra nos refugiamos, donde al rey Carlos hacia nosotros encontramos tan agradecido que, reparados en parte los daños que por él recibido habíamos, nos ha dado posesiones y casas, y da continuamente a mi marido, y a tu cuñado que es, buenos gajes, tal como podrás ver: y de esta manera estoy aquí donde yo, por la buena gracia de Dios y no tuya, dulce hermano mío, te veo.

Y dicho así, empezó a abrazarlo otra vez, y otra vez llorando tiernamente, le besó en la frente. Andreuccio, oyendo esta fábula tan ordenada y tan compuestamente contada por aquélla a la que en ningún momento moría la

palabra entre los dientes ni le balbuceaba la lengua, acordándose ser verdad que su padre había estado en Palermo, y por sí mismo conociendo las costumbres de los jóvenes, que de buen agrado aman en la juventud, y viendo las tiernas lágrimas, el abrazarle y los honestos besos, tuvo aquello que ésta decía por más que verdadero. Y después que calló, le repuso:

—Señora, no os debe parecer gran cosa que me maraville; porque en verdad, sea que mi padre, por lo que lo hiciese, de vuestra madre y de vos no hablase nunca, o sea que, si habló de ello a mi conocimiento no haya venido, yo por mí tal conocimiento tenía de vos como si no hubieseis existido; y me es tanto más grato aquí haber encontrado a mi hermana cuanto más solo estoy aquí y menos lo esperaba. Y en verdad no conozco a nadie de tan alta posición a quien no debieseis ser querida, y menos a mí que soy un pequeño mercader. Pero una cosa quiero que me aclaréis: ¿cómo supisteis que estaba aquí?

A lo que respondió ella:

—Esta mañana me lo hizo saber una pobre mujer que mucho me visita porque con nuestro padre, por lo que ella me dice, largamente en Palermo y en Perusa estuvo: y si no fuera que me parecía más honesto que tú vinieses a mí a

tu casa que no yo fuese a ti a la de otros, hace mucho rato que yo hubiera ido a ti.

Después de estas palabras, empezó ella a preguntar separadamente sobre todos los parientes, por su nombre; y sobre todos le contestó Andreuccio, creyendo por esto más todavía lo que menos le convenía creer. Habiendo sido la conversación larga y el calor grande, hizo ella venir vino de Grecia y dulces e hizo dar de beber a Andreuccio; el cual, luego de esto, queriéndose ir porque era la hora de la cena, en ninguna guisa lo sufrió ella, sino que poniendo semblante de enojarse mucho, abrazándole le dijo:

—¡Ay, triste de mí!, que asaz claro conozco que te soy poco querida. ¿Cómo va a pensarse que estés con una hermana tuya nunca vista por ti, y en su casa, dónde al venir aquí debías haberte albergado, y quieras salir de ella para ir a cenar a la posada? En verdad que cenarás conmigo: y aunque mi marido no esté aquí, de lo que mucho me pesa, yo sabré bien, como mujer, hacerte los honores.

A lo que Andreuccio, no sabiendo qué otra cosa responder, dijo:

—Vos me sois querida como debe serlo una hermana, pero si no me voy seré esperado

durante toda la noche para cenar y cometeré una villanía.

Y ella entonces dijo:

—Alabado sea Dios, ¿no tengo yo en casa por quién mandar a decir que no seas esperado? Y aún harías mayor cortesía, y tu deber, en mandar a decir a tus compañeros que viniesen a cenar, y luego, si quisieras irte, podríais todos iros en compañía.

Andreuccio respondió que de sus compañeros no quería nada por aquella noche, pero que, pues ello le agradaba, dispusiese de él a su gusto. Ella entonces hizo semblante de mandar a decir a la posada que no le esperasen para la cena; y luego, después de muchos otros razonamientos, sentándose a cenar y espléndidamente servidos de muchos manjares, astutamente la hizo durar hasta la noche cerrada: y habiéndose levantado de la mesa, y Andreuccio queriéndose ir, ella dijo que en ninguna guisa lo sufriría porque Nápoles no era una ciudad para andar por la calle de noche, y máxime un forastero, y que lo mismo que había mandado a decir que no le esperasen a cenar, lo mismo había hecho con el albergue.

Él, creyendo esto, y agradándole,

engañado por la falsa confianza, quedarse con ella, se quedó. Fue, pues, después de la cena, la conversación mucha y larga, y no mantenida sin razón: y habiendo ya pasado parte de la noche, ella, dejando a Andreuccio dormir en su alcoba con un muchachito que le ayudase si necesitaba algo, con sus mujeres se fue a otra cámara. Y era el calor grande; por lo cual Andreuccio, al ver que se quedaba solo, prontamente se quedó en justillo y se quitó las calzas y las puso en la cabecera de la cama; y siéndole menester la natural costumbre de tener que disponer del superfluo peso del vientre, dónde se hacía aquello preguntó al muchachito, quien en un rincón de la alcoba le mostró una puerta, y dijo:

—Id ahí adentro.

Andreuccio, que había pasado dentro con seguridad, fue por acaso a poner el pie sobre una tabla la cual, de la parte opuesta desclavada de la viga sobre la que estaba, volcándose esta tabla, junto a él se fue de allí para abajo: y tanto lo amó Dios que ningún mal se hizo en la caída, aun cayendo de bastante altura; pero todo en la porquería de la cual estaba lleno el lugar se ensució. El cual lugar, para que mejor entendáis lo que se ha dicho y lo que sigue, cómo era os lo diré. Era un callejón estrecho como muchas veces lo vemos

entre dos casas: sobre dos pequeños travesaños, tendidos de una a la otra casa, se habían clavado algunas tablas y puesto el sitio donde sentarse; de las cuales tablas, aquélla con la que él cayó era una.

Encontrándose, pues, allá abajo en el callejón Andreuccio, quejándose del caso comenzó a llamar al muchacho: pero el muchacho, al sentirlo caer corrió a decirlo a su señora, la cual, corriendo a su alcoba, prontamente miró si sus ropas estaban allí y encontradas las ropas y con ellas los dineros, los cuales, por desconfianza tontamente llevaba encima, teniendo ya aquello a lo que ella, de Palermo, haciéndose la hermana de un perusino, había tendido la trampa, no preocupándose de él, prontamente fue a cerrar la puerta por la que él había salido cuando cayó.

Andreuccio, no respondiéndole el muchacho, comenzó a llamar más fuerte, pero sin servir de nada; por lo que, ya sospechando y tarde empezando a darse cuenta del engaño, súbito subiéndose sobre una pared baja que aquel callejón separaba de la calle y bajando a la calle, a la puerta de la casa, que muy bien reconoció, se fue y allí en vano llamó largamente, y mucho la sacudió y golpeó. Sobre lo que, llorando como quien clara veía su

desventura, empezó a decir:

—¡Ay de mí, triste!, ¡en qué poco tiempo he perdido quinientos florines y una hermana!

Y después de muchas otras palabras, de nuevo comenzó a golpear la puerta y a gritar; y tanto lo hizo que muchos de los vecinos circundantes, habiéndose despertado, no pudiendo sufrir la molestia, se levantaron, y una de las domésticas de la mujer, que parecía medio dormida, asomándose a la ventana, reprobatoriamente dijo:

—¿Quién da golpes abajo?

—¡Oh! —dijo Andreuccio—, ¿y no me conoces? Soy Andreuccio, hermano de la señora Flordelís.

A lo que ella respondió:

—Buen hombre, si has bebido de más ve a dormirte y vuelve por la mañana; no sé qué Andreuccio ni qué burlas son esas que dices: vete en buena hora y déjame dormir, si te place.

—¿Cómo? —dijo Andreuccio—, ¿no sabes lo que digo? Sí lo sabes bien; pero si así son los parentescos de Sicilia, que en tan poco tiempo se olvidan, devuélveme al menos mis ropas que he dejado ahí, y me iré con Dios de

buena gana.

A lo que ella, casi riéndose, dijo:

—Buen hombre, me parece que estás soñando.

Y el decir esto y el meterse dentro y cerrar la ventana fue todo uno. Por lo que la gran ira de Andreuccio, ya segurísimo de sus males, con la aflicción estuvo a punto de convertirse en furor, y con la fuerza se propuso reclamar aquello que con las palabras recuperar no podía, por lo que, para empezar, cogiendo una gran piedra, con mucho mayores golpes que antes, furiosamente comenzó a golpear la puerta. Por lo cual, muchos de los vecinos antes despertados y levantados, creyendo que fuese algún importuno que aquellas palabras fingiese para molestar a aquella buena mujer[56], fastidiados por el golpear que armaba, asomados a la ventana no de otra manera que a un perro forastero todos los del barrio le ladran detrás, empezaron a decir:

—Es gran villanía venir a estas horas a casa de las buenas mujeres a decir estas burlas; ¡bah!, vete con Dios, buen hombre; déjanos dormir si te place; y si algo tienes que tratar con ella vuelve mañana y no nos des este fastidio esta noche.

Con las cuales palabras tal vez tranquilizado uno que había dentro de la casa, alcahuete de la buena mujer, y a quien él no había visto ni oído, se asomó a la ventana y con una gran voz gruesa, horrible y fiera dijo:

—¿Quién está ahí abajo?

Andreuccio, levantando la cabeza a aquella voz, vio uno que, por lo poco que pudo comprender, parecía tener que ser un pez gordo, con una barba negra y espesa en la cara, y como si de la cama o de un profundo sueño se levantase, bostezaba y refregaba los ojos. A lo que él, no sin miedo, repuso:

—Yo soy un hermano de la señora de ahí dentro.

Pero aquél no esperó a que Andreuccio terminase la respuesta sino que, más recio que antes, dijo:

—¡No sé qué me detiene que no bajo y te doy de bastonazos mientras vea que te estás moviendo, asno molesto y borracho que debes ser, que esta noche no nos vas a dejar dormir a nadie!

Y volviéndose adentro, cerró la ventana. Algunos de los vecinos, que mejor conocían la condición de aquél, en voz baja decían a

Andreuccio:

—Por Dios, buen hombre, ve con Dios; no quieras que esta noche te mate éste; vete por tu bien.

Por lo que Andreuccio, espantado de la voz de aquél y de la vista, y empujado por los consejos de aquéllos, que le parecía que hablaban movidos por la caridad, afligido cuanto más pudo estarlo nadie y desesperando de recuperar sus dineros, hacia aquella parte por donde de día había seguido a la criadita, sin saber dónde ir, tomó el camino para volver a la posada.

Y disgustándose a sí mismo por el mal olor que de él mismo le llegaba, deseoso de llegar hasta el mar para lavarse, torció a mano izquierda y se puso a bajar por una calle llamada la Ruga Catalana; y andando hacia lo alto de la ciudad, vio que por acaso venían hacia él dos con una linterna en la mano, los cuales, temiendo que fuesen de la guardia de la corte u otros hombres a hacer el mal dispuestos, por huirlos, en una casucha de la cual se vio cerca, cautamente se escondió. Pero éstos, como si a aquel mismo lugar fuesen enviados, dejando en el suelo algunas herramientas que traía, con el otro empezó a mirarlas, hablando de varias cosas sobre ellas.

Y mientras hablaban dijo uno:

—¿Qué quiere decir esto? Siento el mayor hedor que me parece haber sentido nunca.

Y esto dicho, alzando un tanto la linterna, vieron al desdichado de Andreuccio y estupefactos preguntaron:

—¿Quién está ahí?

Andreuccio se callaba; pero ellos, acercándose con la luz, le preguntaron que qué cosa tan asquerosa estaba haciendo allí, a los que Andreuccio, lo que le había sucedido les contó por entero. Ellos, imaginándose dónde le podía haber pasado aquello, dijeron entre sí:

—Verdaderamente en casa del matón de Buottafuoco[57] ha sido eso.

Y volviéndose a él, le dijo uno:

—Buen hombre, aunque hayas perdido tus dineros, tienes mucho que dar gracias a Dios de que te sucediera caerte y no poder volver a entrar en la casa; porque, si no te hubieras caído, está seguro de que, al haberte dormido, te habrían matado y habrías perdido la vida con los dineros. ¿Pero de qué sirve ya lamentarse? No podrías recuperar un dinero como que hay estrellas en el cielo: y bien podrían matarte si aquél oye que dices una palabra de todo esto.

Y dicho esto, hablando entre sí un momento, le dijeron:

—Mira, nos ha dado compasión de ti, y por ello, si quieres venir con nosotros a hacer una cosa que vamos a hacer, parece muy cierto que la parte que te toque será del valor de mucho más de lo que has perdido.

Andreuccio, como desesperado, repuso que estaba pronto. Había sido sepultado aquel día un arzobispo de Nápoles, llamado micer Filippo Minútolo[58], y había sido sepultado con riquísimos ornamentos y con un rubí en el dedo que valía más de quinientos florines de oro, y que éstos querían ir a robar; y así se lo dijeron a Andreuccio, con lo que Andreuccio, más codicioso que bien aconsejado, con ellos se puso en camino. Y andando hacia la iglesia mayor, y Andreuccio hediendo muchísimo, dijo uno:

—¿No podríamos hallar el modo de que éste se lavase un poco dónde sea, para que no hediese tan fieramente?

Dijo el otro:

—Sí, estamos cerca de un pozo en el que siempre suele estar la polea y un gran cubo; vamos allá y lo lavaremos en un momento.

Llegados a este pozo, encontraron que la soga estaba, pero que se habían llevado el cubo; por lo que juntos deliberaron atarlo a la cuerda y bajarlo al pozo, y que él allí abajo se lavase, y cuando estuviese lavado tirase de la soga y ellos le subirían; y así lo hicieron. Sucedió que, habiéndolo bajado al pozo, algunos de los guardias de la señoría (o por el calor o porque habían corrido detrás de alguien) teniendo sed, a aquel pozo vinieron a beber; los que, al ver a aquellos dos incontinenti se dieron a la fuga, no habiéndolos visto los guardias que venían a beber.

Y estando ya en el fondo del pozo Andreuccio lavado, meneó la soga. Ellos, con sed, dejando en el suelo sus escudos y sus armas y sus túnicas, empezaron a tirar de la cuerda, creyendo que estaba colgado de ella el cubo lleno de agua. Cuando Andreuccio se vio del brocal del pozo cerca, soltando la soga, con las manos se echó sobre aquél; lo cual, viéndolo aquéllos, cogidos de miedo súbito, sin más soltaron la soga y se dieron a huir lo más deprisa que podían. De lo que Andreuccio se maravilló mucho, y si no se hubiera sujetado bien, habría otra vez caído al fondo, tal vez no sin gran daño suyo o muerte: pero salió de allí y, encontradas aquellas armas que sabía que sus compañeros no habían llevado, todavía

más comenzó a maravillarse.

Pero temeroso y no sabiendo de qué, lamentándose de su fortuna, sin nada tocar, deliberó irse; y andaba sin saber adónde. Andando así, vino a toparse con aquellos sus dos compañeros, que venían a sacarlo del pozo; y, al verle, maravillándose mucho, le preguntaron quién del pozo le había sacado. Andreuccio respondió que no lo sabía y les contó ordenadamente cómo había sucedido y lo que había encontrado fuera del pozo. Por lo que ellos, dándose cuenta de lo que había sido, riendo le contaron por qué habían huido y quiénes eran aquellos que le habían sacado.

Y sin más palabras, siendo ya medianoche, se fueron a la iglesia mayor, y en ella muy fácilmente entraron, y fueron al sepulcro, el cual era de mármol y muy grande; y con un hierro que llevaba la losa, que era pesadísima, la levantaron tanto cuanto era necesario para que un hombre pudiese entrar dentro, y la apuntalaron. Y hecho esto, empezó uno a decir:

—¿Quién entrará dentro?

A lo que el otro respondió:

—Yo no.

—Ni yo —dijo aquél—, pero que entre Andreuccio.

—Eso no lo haré yo —dijo Andreuccio.

Hacia el cual aquéllos, ambos a dos vueltos, dijeron:

—¿Cómo que no entrarás? A fe de Dios, si no entras te daremos tantos golpes con uno de estos hierros en la cabeza que te haremos caer muerto.

Andreuccio, sintiendo miedo, entró, y al entrar pensó:

«Ésos me hacen entrar para engañarme porque cuando les haya dado todo, mientras esté tratando de salir de la sepultura se irán a sus asuntos y me quedaré sin nada».

Y por ello pensó quedarse ya con su parte; y acordándose del precioso anillo del que les había oído hablar, cuando ya hubo bajado se lo sacó del dedo al arzobispo y se lo puso él; y luego, dándoles el báculo y la mitra y los guantes, y quitándole hasta la camisa, todo se lo dio, diciendo que no había nada más.

Ellos, afirmando que debía estar el anillo, le dijeron que buscase por todas partes; pero él, respondiendo que no lo encontraba y fingiendo buscarlo, un rato les tuvo esperando. Ellos que,

por otra parte, eran tan maliciosos como él, diciéndole que siguiera buscando bien, en el momento oportuno, quitaron el puntal que sostenía la losa y, huyendo, a él dentro del sepulcro lo dejaron encerrado. Oyendo lo cual lo que sintió Andreuccio cualquiera puede imaginarlo. Trató muchas veces con la cabeza y con los hombros de ver si podía alzar la losa, pero se cansaba en vano; por lo que, de gran valor vencido, perdiendo el conocimiento, cayó sobre el muerto cuerpo del arzobispo; y quien lo hubiese visto entonces malamente hubiera sabido quién estaba más muerto, el arzobispo o él.

Pero luego que hubo vuelto en sí, empezó a llorar sin tino, viéndose allí sin duda a uno de dos fines tener que llegar: o en aquel sepulcro, no viniendo nadie a abrirlo, de hambre y de hedores entre los gusanos del cuerpo muerto tener que morir, o viniendo alguien y encontrándolo dentro, tener que ser colgado como ladrón. Y en tales pensamientos y muy acongojado estando, sintió por la iglesia andar gentes y hablar muchas personas, las cuales, como pensaba, andaban a hacer lo que él con sus compañeros habían ya hecho; por lo que mucho le aumentó el miedo.

Pero luego de que aquéllos tuvieron el sepulcro abierto y apuntalado, cayeron en la

discusión de quién debiese entrar, y ninguno quería hacerlo; pero luego de larga disputa un cura dijo:

—¿Qué miedo tenéis? ¿Creéis que va a comeros? Los muertos no se comen a los hombres; yo entraré dentro, yo.

Y así dicho, puesto el pecho sobre el borde del sepulcro, volvió la cabeza hacia afuera y echó dentro las piernas para tirarse al fondo.

Andreuccio, viendo esto, poniéndose en pie, cogió al cura por una de las piernas y fingió querer tirar de él hacia abajo. Lo que sintiendo el cura, dio un grito grandísimo y rápidamente del arca se tiró afuera: de lo cual, espantados todos los otros, dejando el sepulcro abierto, no de otra manera se dieron a la fuga que si fuesen perseguidos por cien mil diablos. Lo que viendo Andreuccio, alegre contra lo que esperaba, súbitamente se arrojó fuera y por donde había venido salió de la iglesia.

Y aproximándose ya el día, con aquel anillo en el dedo andando a la aventura, llegó al mar y de allí se enderezó a su posada, donde a sus compañeros y al posadero encontró, que habían estado toda la noche preocupados por lo que podría haber sido de él. A los cuales contándoles lo que le había sucedido, pareció

por el consejo de su posadero que él incontinenti debía irse de Nápoles; la cual cosa hizo prestamente y se volvió a Perusa, habiendo invertido lo suyo en un anillo cuando a lo que había ido era a comprar caballos.

Novela sexta

Madama Beritola, con dos cabritillos en una isla encontrada, habiendo perdido dos hijos, se va de allí a Lunigiana, allí uno de los hijos va a servir a su señor y con la hija de éste se acuesta, y es puesto en prisión; Sicilia rebelada contra el rey Carlos, y reconocido el hijo por la madre, se casa con la hija de su señor y encuentra a su hermano, y vuelven a tener una alta posición[59]*.*

HABÍAN las señoras al igual que los jóvenes reído mucho de los casos de Andreuccio por Fiameta narrados, cuando Emilia, advirtiendo la historia terminada, por mandato de la reina así comenzó:

Graves cosas y dolorosas son los movimientos varios de la fortuna, sobre los cuales (porque cuantas veces alguna cosa se dice, tantas hay un despertar de nuestras mentes, que fácilmente se adormecen con sus halagos) juzgo que no desagrade tener que oír tanto a los felices como a los desgraciados, por

cuanto a los primeros hace precavidos y a los segundos consuela. Y por ello, aunque grandes cosas hayan sido dichas antes, entiendo contaros una historia no menos verdadera que piadosa, la cual, aunque alegre fin tuviese, fue tanta y tan larga su amargura, que apenas puedo creer que alguna vez la dulcificase la alegría que la siguió:

Carísimas señoras, debéis saber que después de la muerte de Federico II el emperador, fue coronado rey de Sicilia Manfredo[60], junto al cual en grandísima privanza estuvo un hombre noble de Nápoles llamado Arrighetto Capece, el cual tenía por mujer a una hermosa y noble dama igualmente napolitana llamada madama Beritola Caracciola[61]. El cual Arrighetto, teniendo el gobierno de la isla en las manos, oyendo que el rey Carlos primero había vencido en Benevento y matado a Manfredo, y que todo el reino se volvía a él, teniendo poca confianza en la escasa lealtad de los sicilianos no queriendo convertirse en súbdito del enemigo de su señor, se preparaba huir. Pero conocido esto por los sicilianos, súbitamente él y muchos otro amigos y servidores del rey Manfredo fueron entregados como prisionero al rey Carlos, y el dominio de la isla después.

Madama Beritola, en tan gran mudanza de

las cosas, no sabiendo que fuese de Arrighetto y siempre temiendo lo que había sucedido, por temor a ser ultrajada, dejadas todas sus cosas, con un hijo suyo de edad de unos ocho años llamado Giuffredi, y preñada y pobre, montando en una barquichuela, huyó a Lípari, y allí parió otro hijo varón al que llamó el Expulsado; y tomada una nodriza, con todos en un barquichuelo montó para volverse a Nápoles con sus parientes. Pero de otra manera sucedió que como pensaba; porque por la fuerza del viento el barco, que a Nápoles ir debía, fue transportado a la isla de Ponza, donde, entrados en una pequeña caleta, se pusieron a esperar oportunidad para su viaje. Madama Beritola, tomando tierra en la isla como los demás, y en ella un lugar solitario y remoto encontrado, allí a dolerse por su Arrighetto se retiró sola. Y haciendo lo mismo todos los días, sucedió que, estando ella ocupada en su aflicción, sin que nadie, ni marinero ni otro, se diese cuenta, llegó una galera de corsarios, quienes a todos capturaron a mansalva y se fueron.

Madama Beritola, terminado su diario lamento, volviendo a la playa para ver de nuevo a sus hijos, como acostumbraba hacer, a nadie encontró allí, de lo que se maravilló primero, y luego, súbitamente sospechando lo que había

sucedido, los ojos hacia el mar dirigió y vio la galera, todavía no muy alejada, que remolcaba al barquichuelo, por lo que óptimamente conoció que, al igual que al marido, había perdido a los hijos; y pobre y sola y abandonada, sin saber dónde a nadie pudiese encontrar jamás, viéndose allí, desmayada, llamando al marido y a los hijos, cayó sobre la playa.

No había aquí quien con agua fría o con otro medio a las desmayadas fuerzas llamase, por lo que a su albedrío pudieron los espíritus andar vagando por donde quisieron[62]; pero después de que en el mísero cuerpo las partidas fuerzas junto con las lágrimas y el llanto volvieron, largamente llamó a los hijos y mucho por todas las cavernas los anduvo buscando. Pero luego que conoció que se fatigaba inútilmente y vio caer la noche, esperando y no sabiendo qué, por sí misma se preocupó un tanto y, yéndose de la playa, a aquella caverna donde acostumbraba a llorar y a dolerse volvió.

Y luego de que la noche con mucho miedo y con incalculable dolor fue pasada y el nuevo día venido, y ya pasada la hora de tercia, como la noche antes cenado no había, obligada por el hambre, se dio a pacer la hierba; y paciendo como pudo, llorando, a diversos pensamientos

sobre su futura vida se entregó. Y mientras estaba en ellos, vio venir una cabrilla y entrar allí cerca en una caverna, y luego de un poco salir de ella e irse por el bosque; por lo que, levantándose, allí entró donde había salido la cabrilla, y vio dos cabritillos tal vez nacidos el mismo día, los cuales le parecieron la cosa más dulce del mundo y la más graciosa; y no habiéndosele todavía del reciente parto retirado la leche del pecho, los cogió tiernamente y se los puso al pecho.

Los cuales, no rehusando el servicio, así mamaban de ella como hubiesen hecho de su madre, y de entonces en adelante entre la madre y ella ninguna distinción hicieron; por lo que, pareciéndole a la noble señora haber en el desierto lugar alguna compañía encontrado, pastando hierbas y bebiendo agua y tantas veces llorando cuantas del marido y de los hijos y de su pretérita vida se acordaba, allí a vivir y a morir se había dispuesto, no menos familiar con la cabrilla vuelta que con los hijos. Y, viviendo así, la noble señora en fiera convertida, sucedió que, después de algunos meses, por fortuna llegó también un barquito de pisanos allí donde ella había llegado antes, y se quedó varios días.

Había en aquel barco un hombre noble llamado Currado de los marqueses de

Malaspina[63] con una mujer suya valerosa y santa; y venían en peregrinación de todos los santos lugares que hay en el reino de Apulia[64] y a su casa volvían. El cual, por entretener el aburrimiento, junto con su mujer y con algunos servidores y con sus perros, un día a bajar a la isla se puso; y no muy lejano del lugar donde estaba madama Beritola, empezaron los perros de Currado a seguir a los dos cabritillos, los cuales, ya grandecitos, andaban paciendo; los cuales cabritillos, perseguidos por los perros, a ninguna parte huyeron sino a la caverna donde estaba madama Beritola. La cual, viendo esto, poniéndose en pie y cogiendo un bastón, hizo retroceder a los perros; y allí Currado y su mujer, que a sus perros seguían, llegando, viéndola morena y delgada y peluda como se había puesto, se maravillaron, y ella mucho más que ellos.

Pero luego de que a sus ruegos hubo Currado sujetado a sus perros, después de muchas súplicas le hicieron que dijese quién era y qué hacía aquí, la cual enteramente toda su condición y todas sus desventuras y su rigurosa resolución les comunicó. Lo que, oyendo Currado, que muy bien a Arrighetto Capece conocido había, lloró de compasión y con muchas palabras se ingenió en apartarla de decisión tan rigurosa, ofreciéndola llevarla a

su casa o tenerla consigo con el mismo honor que a su hermana, y que allí se quedase hasta que Dios más alegre fortuna le deparara. A cuyas ofertas no plegándose la señora, Currado dejó con ella a su mujer y le dijo que mandase traer aquí de qué comer, y a ella, que estaba en harapos, con alguno de sus vestidos vistiese, e hiciese todo para llevarla con ellos.

Quedándose con ella la noble señora, habiendo primero con madama Beritola llorado mucho de sus infortunios, hechos venir vestidos y viandas, con la mayor fatiga del mundo a tomarlos y a comer la indujo: y por fin, luego de muchos ruegos, afirmando ella nunca querer ir a donde conocida fuera, la indujo a irse con ellos a Lunigiana junto con los dos cabritillos y con la cabrilla, la que en aquel entretanto había vuelto y no sin gran maravilla de la noble señora le había hecho grandísimas fiestas. Y así, venido el buen tiempo, madama Beritola con Currado y con su mujer en su barco montó, y junto con ellos la cabrilla y los dos cabritillos; por los cuales no sabiendo todos su nombre, fue Cabrilla llamada; y, con buen viento, pronto llegaron hasta la desembocadura del Magra, donde bajándose, a sus castillos subieron.

Allí, junto a la mujer de Currado, madama Beritola, en trajes de viuda, como una damisela

suya, honesta y humilde y obediente estuvo, siempre a sus cabritillos teniendo amor y haciéndoles alimentar.

Los corsarios que habían en Ponza tomado el barco en que madama Beritola había venido dejándola a ella como a quien no habían visto, con toda la demás gente se fueron a Génova; y allí dividida la presa entre los amos de la galera, tocó por ventura, entre otras cosas, en suerte a un micer Guasparrino de Oria la nodriza de madama Beritola y los dos niños con ella; el cual, a ella junto con los dos niños mandó a su casa para tenerlos como siervos en los trabajos de la casa.

La nodriza, sobremanera afligida por la pérdida de su ama y por la mísera fortuna en la que veía haber caído a los dos niños, lloró amargamente; pero después que vio que las lágrimas de nada servían y que ella era sierva junto con ellos, aunque pobre mujer fuese, era sin embargo sabia y sagaz; por lo que, consolándose lo mejor que pudo, y mirando a donde habían llegado, pensó que si los dos niños eran reconocidos, por acaso podrían con facilidad recibir molestias[65], y además de ello, esperando que, cuando fuese podría cambiar la fortuna y ellos podrían, si vivos estuvieran, al perdido estado volver, pensó no descubrir a nadie quiénes fueran, si no veía que fuese

oportuno: y a todos decía (los que le habían preguntado por ello) que eran sus hijos. Y al mayor, no Giuffredi, sino Giannotto de Prócida llamaba; al menor no se preocupó de cambiarle el nombre; y con suma diligencia enseñó a Giuffredi por qué le había cambiado el nombre y en qué peligro podía estar si fuera reconocido, y esto no una vez sino muchas y con frecuencia le recordaba: lo que el muchacho, que era buen entendedor, según la enseñanza de la sabia nodriza óptimamente hacía.

Se quedaron, pues, mal vestidos y peor calzados, ocupados en todos los trabajos viles, junto con la nodriza, pacientemente muchos años los dos muchachos en casa de micer Guasparrino. Pero Giannotto, ya de edad de dieciséis años, teniendo mayor ánimo del que pertenecía a un siervo, desdeñando la vileza de la condición servil, subiendo a unas galeras que iban a Alejandría, del servicio de micer Guasparrino se fue y anduvo en muchos lugares, sin poder mejorar en nada. Al final después de unos tres o cuatro años de haberse ido de casa de micer Guasparrino, siendo un buen mozo y habiéndose hecho grande de estatura, y habiendo oído que su padre, al que creía muerto, estaba todavía vivo aunque en cautividad tenido por el rey Carlos, casi

desesperando de la fortuna, andando vagabundo, llegó a Lunigiana, y allí entró por acaso como criado de Currado Malaspina sirviéndole con diligencia y agrado.

Y como raras veces a su madre, que con la señora de Currado estaba, viese, ninguna la conoció, ni ella a él: tanto la edad al uno y al otro, de lo que solían ser cuando se vieron por última vez, había transformado.

Estando, pues, Giannotto al servicio de Currado, sucedió que una hija de Currado cuyo nombre era Spina, que había enviudado de Niccolb de Grignano, volvió a casa del padre; la cual, siendo muy bella y agradable y joven de poco más de dieciséis años, por ventura le echó los ojos encima a Giannotto y él a ella, y ardentísimamente el uno del otro se enamoraron. El cual amor no estuvo largamente sin efecto, y muchos meses pasaron antes de que nadie se apercibiese; por lo cual, ellos, demasiado seguros, comenzaron a actuar de manera menos discreta que la que para tales hechos se requería.

Y yendo un día por un hermoso bosque de muchos árboles, la joven junto con Giannotto, dejando a toda la demás compañía, se fueron delante, y pareciéndoles que habían dejado muy lejos a los demás, en un lugar deleitoso y

lleno de hierbas y flores, y rodeado de árboles, descansando, a tomar el amoroso placer el uno del otro empezaron. Y cuando ya habían estado juntos largo tiempo, que el gran deleite les hizo encontrar muy breve, en esto por la madre de la joven primero, y luego por Currado, fueron alcanzados. El cual, afligido sobremanera al ver esto, sin nada decir del porqué, a los dos hizo coger por tres de sus servidores y a un castillo suyo llevarlos atados; y de ira y de disgusto gimiendo andaba, dispuesto a hacerles vilmente morir.

La madre de la joven, aunque muy enojada estuviese y digna reputase a su hija por su falta de cualquier cruel penitencia, habiendo por algunas palabras de Currado comprendido cuál era su intención respecto a los culpables, no pudiendo soportar aquello, apresurándose alcanzó al airado marido y comenzó a rogarle que quisiese agradarla no corriendo furiosamente a convertirse en su vejez en homicida de su hija y a mancharse las manos con la sangre de un criado suyo, y que encontrase otra manera de satisfacer su ira, así como hacerles encarcelar y en la prisión penar y llorar por el pecado cometido. Y tanto estas y otras palabras le estuvo diciendo la santa mujer que apartó de su ánimo el propósito de matarlos; y mandó que en distintos lugares

cada uno de ellos fuese encarcelado, y allí guardado bien, y con poca comida y muchas incomodidades mantenidos hasta que decidiese hacer otra cosa de ellos; y así se hizo.

Y cuál fuese su vida en cautiverio y en continuas lágrimas y en más largos ayunos de los que serían menester, cualquiera puede pensarlo. Llevando, pues, Giannotto y Spina una vida tan dolorosa, y habiendo ya un año sin acordarse Currado de ellos pasado, sucedió que el rey Pedro de Aragón, por un acuerdo con micer Gian de Prócida, sublevó a la isla de Sicilia y la quitó al rey Carlos[66]; por lo que Currado, como gibelino[66a], hizo una gran fiesta. De la que oyendo hablar Giannotto a alguno de aquellos que le custodiaban, dio un gran suspiro y dijo:

—¡Ay, triste de mí!, ¡qué hace hoy ya catorce años que ando arrastrándome por el mundo, no esperando otra cosa que ésta, y ahora que es venida, y para que ya no espere tener ningún bien, me ha encontrado en prisión, de la que nunca sino muerto espero salir!

—¿Y qué? —dijo el carcelero—. ¿Qué te importa a ti lo que hagan los altísimos reyes? ¿Qué tienes tú que hacer en Sicilia?

A lo que Giannotto dijo:

—Parece que se me rompe el corazón acordándome de lo que mi padre tuvo que hacer allí, el cual, aunque yo niño chico era cuando huí de allí, aún me acuerdo que lo vi señor en vida del rey Manfredo.

Siguió el carcelero:

—¿Y quién fue tu padre?

—Mi padre —dijo Giannotto— puedo ya asaz seguramente manifestarlo pues que me veo a cubierto del peligro que temía descubriéndolo, se llamó y se llama aún, si vive, Arrighetto Capece, y yo no Giannotto sino Giuffredi me llamo; y nada dudo, si de aquí saliera, que volviendo a Sicilia, no tuviese allí todavía una altísima posición.

El buen hombre, sin más decir, en cuanto hubo lugar todo se lo contó a Currado. Lo que oyendo Currado, aunque mostró no preocuparse del prisionero, se fue a ver a madama Beritola y placenteramente le preguntó si había tenido algún hijo de Arrighetto que se llamase Giuffredi. La señora, llorando, respondió que, si el mayor de los dos suyos que había tenido estuviera vivo, así se llamaría y sería de edad de veintidós años. Oyendo esto, Currado pensó que podía de una

vez hacer una gran misericordia y borrar su vergüenza y la de su hija dándosela a aquél por mujer; y por ello, haciendo venir secretamente a Giannotto, le examinó detalladamente sobre toda su pasada vida. Y hallando abundancia de indicios manifiestos de que verdaderamente era Giuffredi, hijo de Arrighetto, le dijo:

—Giannotto, sabes cuán grande y cuál ha sido la ofensa que me has hecho en mi propia hija cuando, habiéndote yo tratado bien y amistosamente, como debe hacerse con los servidores, debías mi honor y el de mis cosas siempre buscar y servir; y muchos serían los que si tú les hubieras hecho lo que a mí me hiciste, con vituperio te habrían hecho morir, lo que mi piedad no sufrió. Ahora, puesto que así como me dices eres hijo de un hombre noble y de una noble señora, quiero a tus angustias, si tú lo quieres, poner fin y quitarte de la miseria y del cautiverio en los que estás, y al mismo tiempo tu honor y el mío reintegrar a su debido sitio. Como sabes, Spina, a quien con amorosa (aunque poco conveniente para ti y para ella) amistad tomaste, es viuda, y su dote es grande y buena; cuáles sean las costumbres de su padre y de su madre las conoces, de tu presente estado nada digo. Por lo que, cuando quieras, estoy dispuesto a que, ya que deshonestamente fue tu amiga se convierta

honestamente en tu mujer, y que a guisa de hijo mío aquí conmigo y con ella cuanto te plazca vivas.

Había la prisión macerado las carnes de Giannotto, pero el generoso ánimo propio de su origen no había disminuido nada en él, ni tampoco el verdadero amor que tenía a su mujer; y aunque fervientemente desease lo que Currado le ofrecía y lo viese a su alcance, en nada atenuó lo que la grandeza de su ánimo le mostraba tener que decir, y repuso:

—Currado, ni avidez de señorío ni deseo de dineros ni alguna otra razón me hizo nunca contra tu vida y tus cosas obrar como traidor. Amé a tu hija y la amo y la amaré siempre, porque la reputo digna de mi amor; y si yo con ella me conduje menos que honestamente según la opinión de los vulgares, aquel pecado cometí que siempre lleva aparejada la juventud, y que si se quisiera hacer desaparecer habría que hacer desaparecer a la juventud, y éste, si los viejos se quisieran acordar de haber sido jóvenes y los defectos de los demás midiesen con los suyos, no sería tenido por grave como lo es por ti y por otros muchos; y como amigo, no como enemigo, lo cometí. Lo que me ofreces hacer, siempre lo deseé, y si hubiera creído que me habría podido ser concedido, largo tiempo hace que lo habría pedido; y tanto

más caro me será ahora cuando la esperanza de ello es menor. Si no tienes en el ánimo lo que tus palabras demuestran, no me alimentes con vanas esperanzas; hazme volver a la prisión, y hazme allí afligir cuanto te plazca, que mientras ame a Spina te amaré a ti por amor suyo, hagas lo que hagas, y te tendré reverencia.

Currado, habiéndole oído, se maravilló y le tuvo por de gran ánimo y reputó a su amor como ardiente, y más lo quiso: por ello, poniéndose en pie, lo abrazó y lo besó, y sin poner más dilación a la cosa, mandó que aquí fuese Spina traída secretamente. Ella en la prisión se había puesto delgada y pálida y débil, y otra mujer distinta de la que solía y parecía ser, y del mismo modo Giannotto otro hombre; los cuales, en presencia de Currado, con consentimiento mutuo contrajeron los esponsales según nuestra costumbre. Y luego que pasaron algunos días sin que nadie se enterase de lo que pasado había y les hubo proporcionado todo aquello que necesitaban y les placía, pareciéndole tiempo de hacer alegrarse a las dos madres, llamando a su mujer y a la Cabrilla así les dijo:

—¿Qué diríais, señora, si yo os devolviera a vuestro hijo mayor casado con una de mis hijas?

A lo que la Cabrilla respondió:

—No podría deciros sino que, si pudiese estaros más obligada de lo que os estoy, tanto más os estaría cuanto vos una cosa que me es querida más que yo misma me devolveríais; y devolviéndomela en la guisa que decís, algo haríais de volver a mí mi perdida esperanza.

Y llorando, se calló. Entonces dijo Currado a su mujer:

—¿Y a ti qué te parecería, mujer, si te diese un tal yerno?

A lo que la señora respondió:

—No uno de ellos, que son nobles, sino cualquier miserable si a vos os pluguiese, me placería.

Entonces dijo Currado:

—Espero dentro de pocos días haceros alegrar por ello.

Y viendo ya a los dos jóvenes vueltos a su anterior aspecto, vistiéndolos honradamente, preguntó a Giuffredi:

—¿Qué te gustaría más, además de la alegría que tienes, si vieses aquí a tu madre?

A lo que Giuffredi respondió:

—No me es posible creer que los dolores de sus desventurados accidentes la hayan dejado viva: pero si así fuese, sumamente me gustaría, como a quien aún, con su consejo, creería que podría recobrar en Sicilia gran parte de mis bienes.

Entonces Currado hizo venir allí a la una y la otra señora. Las dos hicieron maravillosas fiestas a la recién casada, maravillándose no poco de la inspiración a que podía deberse que Currado hubiese llegado a ser tan benigno que hubiese hecho su pariente a Giannotto; al cual, madama Beritola, por las palabras oídas a Currado, empezó a mirar, y, por oculta virtud, se despertó en ella algún recuerdo de las pueriles facciones del rostro de su hijo, sin esperar otra demostración, con los brazos abiertos se le echó al cuello, ni el desbordante amor y la alegría materna le permitieron poder decir palabra alguna, sino que la privaron de toda virtud sensitiva hasta tal punto que como muerta cayó en los brazos del hijo.

El cual, aunque mucho se maravillase de haberla visto muchas veces antes en aquel mismo castillo sin nunca reconocerla, no dejó de conocer incontinenti el aroma materno[67] y reprochándose su pretérito descuido, recibiéndola en sus brazos llorando, tiernamente la besó. Pero luego de que

madama Beritola, piadosamente ayudada por la mujer de Currado y por Spina y con agua fría y con otras artes suyas le devolvieron las desmayadas fuerzas empezó de nuevo a abrazar al hijo con muchas lágrimas y muchas dulces palabras; y llena de piedad materna mil veces más le besó, y él y a ella reverentemente mucho la miró y la abrazó. Pero después de que los honestos y alegres agasajos se repitieron tres o cuatro veces, no sin contento y placer de los circunstantes, y el uno hubo al otro narrado sus desventuras, habiendo ya Currado a sus amigos comunicado, con gran placer de todos, el nuevo parentesco por él contraído, y ordenando una hermosa y magnífica fiesta le dijo Giuffredi:

—Currado, me habéis contentado con muchas cosas y largamente habéis honrado a mi madre: ahora, para que nada, en lo que podáis, quede por hacer, os ruego que a mi madre, a mis invitados y a mí alegréis con la presencia de mi hermano, que como siervo tiene en su casa micer Guasparrino de Oria, quien, como ya os he dicho, de él y de mí se apoderó pirateando y luego, que mandéis a Sicilia para que se informe plenamente de las condiciones y del estado del país, y averigüe lo que ha sido de Arrighetto, mi padre, si está vivo o muerto, y si está vivo, en qué estado; y

plenamente informado de todo, vuelva a nosotros.

Plugo a Currado la petición de Giuffredi, y sin tardanza alguna a discretísimas personas mandó a Génova y a Sicilia. El que fue a Génova, hallado micer Guasparrino, de parte de Currado le rogó vehementemente que al Expulsado y a su nodriza le enviase, contándole lo que Currado había hecho con Giuffredi y con su madre. A lo que Micer Guasparrino se maravilló mucho oyéndolo, y dijo:

—Es verdad que haré por Currado cualquier cosa que esté en mi poder que le agrade; y ciertamente he tenido en casa, desde hace catorce años, al muchacho que me pides y a su madre, los cuales te enviaré de buena gana; pero le dirás de mi parte que cuide de no haber creído demasiado o de no creer las fábulas de Giannotto, que dices que hoy se hace llamar Giuffredi, porque es mucho más malo de lo que él piensa.

Y dicho esto, haciendo honrar al valiente hombre, hizo llamar a la nodriza en secreto, y cautamente la interrogó sobre aquel asunto. La cual, habiendo oído la rebelión de Sicilia y oyendo que Arrighetto estaba vivo, desechando el miedo que hasta entonces había tenido,

ordenadamente le contó todo y le mostró las razones por las que aquella manera de conducirse había seguido. Micer Guasparrino, viendo que las cosas dichas por la nodriza con las del embajador de Currado se convenían óptimamente, empezó a dar fe a las palabras; y de una manera y de otra, como hombre astutísimo que era, haciendo averiguaciones sobre este asunto y cada vez encontrando más cosas que más le hacían creer en ello, avergonzándose del vil trato que le había dado al muchacho, para enmendarlo, teniendo una bella hija de once años de edad, sabiendo quién Arrighetto había sido y era, con una gran dote se la dio por mujer, y luego de una gran fiesta, con el muchacho y con la hija y con el embajador de Currado y con la nodriza, subiendo a una galera bien armada, se vino a Lérici; donde recibido por Currado, con toda su compañía se fue a un castillo de Currado no muy alejado de allí, donde estaba preparada una gran fiesta.

Qué fiestas hizo la madre al volver a ver a su hijo, cuáles las de los dos hermanos, cuál la de los tres a la fiel nodriza, cuál la hecha por todos a micer Guasparrino y a su hija, y por él a todos, y de todos juntos con Currado y su mujer y con sus hijos y sus amigos, no se podría explicar con palabras, ni con pluma escribir; por

lo que a vosotras, señoras, os dejo que lo imaginéis. Para lo cual, para que fuese completa, quiso Dios, generosísimo donante cuando empieza, hacer llegar las alegres nuevas de la vida y el buen estado de Arrighetto Capece.

Por lo que, siendo grande la fiesta y los convidados, las mujeres y los hombres estando a la mesa todavía al primer plato, llegó aquel que había sido enviado a Sicilia, y entre otras cosas contó de Arrighetto, que, estando en Catania encarcelado por el rey Carlos, cuando se levantó contra el rey la revuelta en aquella tierra, el pueblo enfurecido corrió a la cárcel y, matando a los guardias, le habían sacado de allí, y como a capital enemigo del rey Carlos lo habían hecho su capitán y le habían seguido en expulsar y matar a los franceses; por la cual cosa, se había hecho sumamente grato al rey Pedro, quien todos sus bienes y todo su honor le había restituido, por lo que estaba en grande y buena posición; añadiendo que a él le había recibido con sumo honor y había hecho indecibles fiestas por las noticias de su mujer y del hijo, de los cuales después de su prisión nada había sabido, y además de ello, mandaba a por ellos una saetía[68] con algunos gentileshombres, que venían detrás.

Fue con gran alegría y fiesta éste recibido;

y prontamente Currado con algunos de sus amigos salieron al encuentro de los gentileshombres que a por madama Beritola y por Giuffredi venían, y recibidos alegremente, a su banquete, que todavía no estaba mediado, les introdujo. Allí a la señora y a Giuffredi y además de a ellos a todos los otros con tanta alegría los vieron, que nunca mayor fue oída; y ellos, antes de sentarse a comer, de parte de Arrighetto saludaron y agradecieron como mejor supieron y pudieron a Currado y a su mujer por el honor hecho a su mujer y a su hijo, y a Arrighetto y a cualquier cosa que por medio de él se pudiese hacer pusieron a su disposición. Luego, volviéndose a micer Guasparrino, cuyos favores eran inesperados, dijeron que estaban certísimos de que, en cuanto lo que habían hecho por el Expulsado supiese Arrighetto, gracias semejantes y mayores le daría. Después de lo cual, muy contentos, en el banquete de las recién casadas y con los recién casados comieron.

Y no sólo aquel día festejó Currado al yerno y a sus otros parientes amigos, sino muchos otros; y después que hubieron cesado los festejos, pareciéndole a madama Beritola y a Giuffredi y a los demás que tenían que irse, con muchas lágrimas de Currado y de su mujer y de micer Guasparrino subiendo a la saetía,

llevándose consigo a Spina, se fueron. Y teniendo próspero el viento, pronto llegaron a Sicilia, donde con tan gran fiesta por Arrighetto (todos por igual, los hijos y las mujeres) fueron en Palermo recibidos que decir no se podría; y allí se cree que mucho tiempo todos vivieron feliz mente, y reconocidos por el beneficio recibido, en amistad con Dios Nuestro Señor.

Novela séptima

El sultán de Babilonia manda a una hija suya como mujer al rey del Algarbe, la cual, por diversas desventuras, en el espacio de cuatro años llega a las manos de nueve hombres en diversos lugares, por último, restituida al padre como doncella, vuelve de su lado al rey del Algarbe como mujer, como primero iba[69].

TAL vez no se habría extendido mucho más la historia de Emilia sin que la compasión sentida por las jóvenes por los casos de madama Beritola no les hubiera conducido a derramar lágrimas. Pero luego de que a aquélla se puso fin, plugo a la reina que Pánfilo siguiera, contando la suya; por lo cual él, que obedientísimo era, comenzó:

Difícilmente, amables señoras, puede ser conocido por nosotros lo que nos conviene, por lo que, como muchas veces se ha podido ver, ha habido muchos que, estimando que si se hicieran ricos podrían vivir sin preocupación y seguros, lo pidieron a Dios no sólo con

oraciones sino con obras, no rehusando ningún trabajo ni peligro para buscar conseguirlo: y cuando lo hubieron logrado, encontraron que por deseo de tan gran herencia fueron a matarles quienes antes de que se hubieran enriquecido deseaban su vida. Otros, de bajo estado subidos a las alturas de los reinos por medio de mil peligrosas batallas, por medio de la sangre de sus hermanos y de sus amigos, creyendo estar en ellas la suma felicidad, además de los infinitos cuidados y temores de que llenas las vieron y sintieron, conocieron (no sin su muerte) que en el oro de las mesas reales se bebía el veneno[70]. Muchos hubo que la fuerza corporal y la belleza, y ciertos ornamentos con apetito ardentísimo desearon, y no se percataron de haber deseado mal hasta que aquellas cosas no les fueron ocasión de muerte o de dolorosa vida.



Y para no hablar por separado de todos los humanos deseos, afirmo que ninguno hay que

con completa precaución, como por seguro de los azares de la fortuna pueda ser elegido por los vivos; por lo que, si queremos obrar rectamente, a tomar y poseer deberíamos disponernos lo que nos diese Aquél que sólo lo que nos hace falta conoce y nos puede dar. Pero si los hombres pecan por desear varias cosas, vosotras, graciosas señoras, sobremanera pecáis por una, que es por desear ser hermosas, hasta el punto de que, no bastándoos los encantos que por la naturaleza os son concedidos, aún con maravilloso arte buscáis acrecentarlos, y me place contaros cuán desventuradamente fue hermosa una sarracena que, en unos cuatro años, tuvo, por su hermosura, que contraer nuevas bodas nueve veces.



Ya ha pasado mucho tiempo desde que hubo un sultán en Babilonia que tuvo por nombre Beminedab, al que en sus días bastantes cosas de acuerdo con su gusto sucedieron. Tenía éste, entre sus muchos hijos varones y hembras, una hija llamada Alatiel que, por lo que todos los que la veían decían, era la mujer más hermosa que se viera en aquellos tiempos en el mundo; y porque en una gran derrota que había causado a una gran multitud de árabes que le habían caído encima,

le había maravillosamente ayudado el rey del Algarbe[71], a éste, habiéndosela pedido él como gracia especial, la había dado por mujer; y con honrada compañía de hombres y de mujeres y con muchos nobles y ricos arneses la hizo montar en una nave bien armada y bien provista, y mandándosela, la encomendó a Dios. Los marineros, cuando vieron el tiempo propicio, dieron al viento las velas y del puerto de Alejandría partieron y muchos días navegaron felizmente; y ya habiendo pasado Cerdeña, pareciéndoles que estaban cerca del fin de su camino, se levantaron súbitamente un día contrarios vientos, los cuales, siendo todos sobremanera impetuosos, tanto azotaron a la nave donde iba la señora y los marineros que muchas veces se tuvieron por perdidos.

Pero, como hombres valientes, poniendo en obra toda arte y toda fuerza, siendo combatidos por el infinito mar, resistieron durante dos días; y empezando ya la tercera noche desde que la tempestad había comenzado, y no cesando ésta sino creciendo continuamente, no sabiendo dónde estaban ni pudiendo por cálculo marinesco comprenderlo ni por la vista, porque oscurísimo de nubes y de tenebrosa noche estaba el cielo, estando no mucho más allá de Mallorca, sintieron que se resquebrajaba la nave. Por lo cual, no viendo

remedio para su salvación, teniendo en el pensamiento cada cual a sí mismo y no a los demás, arrojaron a la mar una chalupa, y confiando más en ella que en la resquebrajada nave, allí se arrojaron los patrones, y después de ellos unos y otros de cuantos hombres había en la nave (aunque los que primero habían bajado a la chalupa con los cuchillos en la mano trataron de impedírselo) se arrojaron, y creyendo huir de la muerte dieron con ella de cabeza: porque no pudiendo con aquel mal tiempo bastar para tantos, hundiéndose la chalupa, todos perecieron.

Y la nave, que por impetuoso viento era empujada, aunque resquebrajada estuviese y ya casi llena de agua —no habiéndose quedado en ella nadie más que la señora y sus mujeres, y todas por la tempestad del mar y por el miedo vencidas, yacían en ella como muertas— corriendo velocísimamente, fue a vararse en una playa de la isla de Mallorca, con tanto y tan gran ímpetu que se hundió casi entera en la arena, a un tiro de piedra de la orilla aproximadamente; y allí, batida por el mar, sin poder ser movida por el viento, se quedó durante la noche. Llegado el día claro y algo apaciguada la tempestad, la señora, que estaba medio muerta, alzó la cabeza y, tan débilmente como estaba empezó a llamar ora a

uno ora a otro de su servidumbre, pero en vano llamaba: los llamados estaban demasiado lejos.

Por lo que, no oyéndose responder por nadie ni viendo a nadie, se maravilló mucho y empezó a tener grandísimo miedo; y como mejor pudo levantándose, a las damas que eran de su compañía y a las otras mujeres vio yacer, y a una ahora y a otra después sacudiendo, luego de mucho llamar a pocas encontró que tuvieran vida, como que por graves angustias de estómago y por miedo se habían muerto: por lo que el miedo de la señora se hizo mayor. Pero no obstante, apretándole la necesidad de decidir algo, puesto que allí sola se veía (no conociendo ni sabiendo dónde estuviera), tanto animó a las que vivas estaban que las hizo levantarse; y encontrando que ellas no sabían dónde los hombres se hubiesen ido, y viendo la nave varada en tierra y llena de agua, junto con ellas dolorosamente comenzó a llorar. Y llegó la hora de nona antes de que a nadie vieran, por la orilla o en otra parte, a quien pudiesen provocar piedad y les diese ayuda.

Llegada nona, por azar volviendo de una tierra suya pasó por allí un gentilhombre cuyo nombre era Pericón de Visalgo, con muchos servidores a caballo; el cual, viendo la nave, súbitamente se imaginó lo que era y mandó a

uno de los sirvientes que sin tardanza procurase subir a ella y le contase lo que hubiera. El sirviente, aunque haciéndolo con dificultad, allí subió y encontró a la noble joven, con aquella poca compañía que tenía, bajo el pico de la proa de la nave, toda tímida escondida. Y ellas, al verlo, llorando pidieron misericordia muchas veces, pero apercibiéndose de que no eran entendidas y de que ellas no le entendían, por señas se ingeniaron en demostrarle su desgracia. El sirviente, como mejor pudo mirando todas las cosas, contó a Pericón lo que allí había, el cual prontamente hizo traer a las mujeres y las más preciosas cosas que allí había y que pudieron coger, y con ellas se fue a un castillo suyo; y allí con víveres y con reposo reconfortadas las señoras, comprendió, por los ricos arneses, que la mujer que había encontrado debía ser una grande y noble señora, y a ella la conoció prestamente al ver los honores que veía a las otras hacerle a ella sola. Y aunque pálida y asaz desarreglada en su persona por las fatigas del mar estuviese entonces la mujer, sin embargo sus facciones le parecieron bellísimas a Pericón, por lo cual deliberó súbitamente que si no tuviera marido la querría por mujer, y si por mujer no pudiese tenerla, la querría tener por amiga.

Era Pericón hombre de fiero aspecto y muy robusto; y habiendo durante algunos días a la señora hecho servir óptimamente, y por ello estando ésta toda reconfortada, viéndola él sobremanera hermosísima, afligido desmedidamente por no poder entenderla ni ella a él, y así no poder saber quién fuera, pero no por ello menos desmesuradamente prendado de su belleza, con obras amables y amorosas se ingenió en inducirla a cumplir su placer sin oponerse. Pero era en vano: ella rehusaba del todo sus familiaridades, y mientras tanto más se inflamaba el ardor de Pericón. Lo que, viéndolo la mujer, y ya durante algunos días estando allí y dándose cuenta por las costumbres de que entre cristianos estaba, y en lugar donde, si hubiera sabido hacerlo, el darse a conocer de poca cosa le servía, pensando que a la larga o por la fuerza o por amor tendría que llegar a satisfacer los gustos de Pericón, se propuso con grandeza de ánimo hollar la miseria de su fortuna, y a sus mujeres, que más de tres no le habían quedado, mandó que a nadie manifestasen quiénes eran, salvo si en algún lugar se encontrasen donde conocieran que podrían encontrar una ayuda manifiesta a su libertad; además de esto, animándolas sumamente a conservar su castidad, afirmando haberse ella propuesto que nunca nadie gozaría de ella sino su marido.

Sus mujeres la alabaron por ello, y le dijeron que observarían en lo que pudieran su mandato.

Pericón, inflamándose más de día en día, y tanto más cuanto más cerca veía la cosa deseada y muchas veces negada, y viendo que sus lisonjas no le valían, preparó el ingenio y el arte, reservándose la fuerza para el final. Y habiéndose dado cuenta alguna vez que a la señora le gustaba el vino, como a quien no estaba acostumbrada a beber, porque su ley se lo vedaba, con él, como ministro de Venus pensó que podía conseguirla, y, aparentando no preocuparse de que ella se mostrase esquiva, hizo una noche a modo de solemne fiesta una magnífica cena, a la que vino la señora; y en ella, siendo por muchas cosas alegrada la cena, ordenó al que la servía que con varios vinos mezclados le diese de beber. Lo que él hizo óptimamente; y ella, que de aquello no se guardaba, atraída por el agrado de la bebida, más tomó de lo que habría requerido su honestidad; por lo que, olvidando todas las advertencias pasadas, se puso alegre, y viendo a algunas mujeres bailar a la moda de Mallorca, ella a la manera alejandrina bailó.

Lo que, viendo Pericón, estar cerca le pareció de lo que deseaba, y continuando la

cena con más abundancia de comidas y de bebidas, por gran espacio durante la noche la prolongó. Por último, partiendo los convidados, solo con la señora entró en su alcoba; la cual, más caliente por el vino que templada por la honestidad, como si Pericón hubiese sido una de sus mujeres, sin ninguna contención de vergüenza desnudándose en presencia de él, se metió en la cama. Pericón no dudó en seguirla sino que, apagando todas las luces, prestamente de la otra parte se echó junto a ella, y cogiéndola en brazos sin ninguna resistencia, con ella empezó amorosamente a solazarse. Lo que cuando ella lo hubo probado, no habiendo sabido nunca antes con qué cuerpo embisten los hombres, casi arrepentida de no haber accedido antes a las lisonjas de Pericón, sin esperar a ser invitada a tan dulces noches, muchas veces se invitaba ella misma, no con palabras, con las que no se sabía hacer entender, sino con obras. A este gran placer de Pericón y de ella, no estando la fortuna contenta con haberla hecho de mujer de un rey convertirse en amiga de un castellano, opuso una amistad más cruel.

Tenía Pericón un hermano de veinticinco años de edad, bello y fresco como una rosa, cuyo nombre era Marato; el cual, habiéndola visto y habiéndole agradado sumamente,

pareciéndole, según por sus actos podía comprender, que gozaba de su gracia, y estimando que lo que él deseaba nada se lo vedaba sino la continua guardia que de ella hacía Pericón, dio en un cruel pensamiento: y al pensamiento siguió sin tregua el criminal efecto. Estaba entonces, por acaso, en el puerto de la ciudad, una nave cargada de mercancía para ir a Clarentza, en Romania[72], de la que eran patrones dos jóvenes genoveses, y tenía ya la vela izada para irse en cuanto buen viento soplase; con los cuales concertándose Marato, arregló cómo la siguiente noche fuese recibido con la mujer. Y hecho esto, al hacerse de noche, a casa de Pericón, quien de él nada se guardaba, secretamente fue con algunos de sus fidelísimos compañeros, a los cuales había pedido ayuda para lo que pensaba hacer, y en la casa, según lo que habían acordado, se escondió. Y luego que fue pasada parte de la noche, habiendo abierto a sus compañeros, allá donde Pericón con la mujer dormía se fue, y abriéndola, a Pericón mataron mientras dormía y a la mujer, despierta y gimiente, amenazándola con la muerte si hacía algún ruido, se llevaron; y con gran cantidad de las cosas más preciosas de Pericón, sin que nadie les hubiera oído, prestamente se fueron al puerto, y allí sin tardanza subieron a la nave

Marato y la mujer, y sus compañeros se dieron la vuelta.

Los marineros, teniendo viento favorable y fresco, se hicieron a la mar. La mujer, amargamente de su primera desgracia y de ésta se dolió mucho; pero Marato, con el *San-Crescencio-en-mano*[73] que Dios le había dado empezó a consolarla de tal manera que ella, ya familiarizándose con él, olvidó a Pericón; y ya le parecía hallarse bien cuando la fortuna le aparejó nuevas tristezas, como si no estuviese contenta con las pasadas. Porque, siendo ella hermosísima de aspecto, como ya hemos dicho muchas veces, y de maneras muy dignas de alabanza, tan ardientemente de ella los dos patrones de la nave se enamoraron que, olvidándose de cualquier otra cosa, solamente a servirla y a agradarla se aplicaban, teniendo cuidado siempre de que Marato no se apercibiese de su intención. Y habiéndose dado cuenta el uno de aquel amor del otro, sobre aquello tuvieron juntos una secreta conversación y convinieron en adquirir aquel amor común, como si Amor debiese sufrir lo mismo que se hace con las mercancías y las ganancias.

Y viéndola muy guardada por Marato, y por ello impedido su propósito, yendo un día la nave con vela velocísima, y Marato estando

sobre la popa y mirando al mar, no sospechando nada de ellos, se fueron a él de común acuerdo y, cogiéndolo prestamente por detrás lo arrojaron al mar; y estuvieron más de una milla alejados antes de que nadie se hubiera dado cuenta de que Marato había caído al mar; lo que oyendo la mujer y no viendo manera de poderlo recobrar, nuevo duelo empezó a hacer en la nave. Y a su consuelo los dos amantes vinieron incontinenti, y con dulces palabras y grandísimas promesas, aunque ella poco los entendiese, a ella, que no tanto por el perdido Marato como por su desventura lloraba, se ingeniaban en tranquilizar. Y luego de largas consideraciones una y otra vez dirigidas a ella, pareciéndoles que la habían consolado, vino la hora de discutir entre sí cuál de ellos la fuera a llevar primero a la cama.

Y queriendo cada uno ser el primero y no pudiendo en aquello llegar a ningún acuerdo entre ambos, primero con palabras graves y duras empezaron un altercado y encendiéndose en ira con ellas, echando mano a los cuchillos, furiosamente se echaron uno sobre el otro; y muchos golpes, no pudiendo los que en la nave estaban separarlos, se dieron uno al otro, de los que uno cayó muerto incontinenti, y el otro en muchas partes de su

cuerpo gravemente herido, quedó con vida; lo que desagradó mucho a la mujer, como a quien allí sola, sin ayuda ni consejo alguno se veía, y mucho temía que contra ella se volviese la ira de los parientes y de los amigos de los dos patrones; pero los ruegos del herido y la pronta llegada a Clarentza del peligro de muerte la libraron. Donde junto con el herido descendió a tierra, y estando con él en un albergue, súbitamente corrió la fama de su gran belleza por la ciudad, y a los oídos del príncipe de Morea[74], que entonces estaba en Clarentza, llegó: por lo que quiso verla, y viéndola, y más de lo que la fama decía pareciéndole hermosa, tan ardientemente se enamoró de ella que en otra cosa no podía pensar.

Y habiendo oído en qué guisa había llegado allí, se propuso conseguirla para él, y buscándole las vueltas y sabiéndolo los parientes del herido, sin esperar más se la mandaron prestamente; lo que al príncipe fue sumamente grato y otro tanto a la mujer, porque fuera de un gran peligro le pareció estar. El príncipe, viéndola además de por la belleza adornada con trajes reales, no pudiendo de otra manera saber quién fuese ella, estimó que sería noble señora, y por lo tanto su amor por ella se redobló; y teniéndola muy honradamente, no a guisa de amiga sino

como a su propia mujer la trataba. Lo que, considerando la mujer los pasados males y pareciéndole bastante bien estar, tan consolada y alegre estaba mientras sus encantos florecían que de nada más parecía que hubiera que hablar en Romania.

Por lo cual, al duque de Atenas, joven y bello y arrogante en su persona, amigo y pariente del príncipe, le dieron ganas de verla: y haciendo como que venía a visitarle, como acostumbraba a hacer de vez en cuando, con buena y honorable compañía se vino a Clarentza, donde fue honradamente recibido con gran fiesta. Después, luego de algunos días, venidos a hablar de los encantos de aquella mujer, preguntó al duque si eran cosa tan admirable como se decía; a lo que el príncipe respondió:

—Mucho más; pero de ello no mis palabras sino tus ojos quiero que den fe.

A lo que, invitando al duque el príncipe, juntos fueron allá donde ella estaba; la cual, muy cortésmente y con alegre rostro, habiendo antes sabido su venida, les recibió. Y habiéndola hecho sentar entre ellos, no se pudo de hablar con ella tomar ningún agrado porque poco o nada de aquella lengua entendía; por lo que cada uno la miraba como a

cosa maravillosa, y mayormente el duque, el cual apenas podía creer que fuese cosa mortal, y sin darse cuenta, al mirarla, con el amoroso veneno que con los ojos bebía, creyendo que su gusto satisfacía mirándola, se enviscó a sí mismo, enamorándose de ella ardentísimamente.

Y luego que de ella, junto con el príncipe, se hubo partido y tuvo espacio de poder pensar por sí solo, juzgaba al príncipe más feliz que a nadie teniendo una cosa tan bella a su disposición; y luego de muchos y diversos pensamientos, pesando más su fogoso amor que su honra, determinó, sucediera lo que fuese, privar al príncipe de aquella felicidad y hacerse feliz con ella a sí mismo si pudiese. Y, teniendo en el ánimo apresurarse, dejando toda razón y toda justicia aparte, a los engaños dispuso todo su pensamiento; y un día, según el malvado plan establecido por él, junto con un secretísimo camarero del príncipe que tenía por nombre Ciuriaci, secretísimamente todos sus caballos y sus cosas hizo preparar para irse, y viniendo la noche, junto con un compañero, todos armados, llevado fue por el dicho Ciuriaci a la alcoba del príncipe silenciosamente. Al que vio que, por el gran calor que hacía, mientras dormía la mujer, él todo desnudo estaba a una ventana abierta al puerto, tomando un

vientecillo que de aquella parte venía; por la cual cosa, habiendo a su compañero antes informado de lo que tenía que hacer, silenciosamente fue por la cámara hasta la ventana, y allí con un cuchillo hiriendo al príncipe en los riñones, lo traspasó de una a otra parte, y cogiéndolo prestamente, lo arrojó por la ventana abajo.

Estaba el palacio sobre el mar y muy alto, y aquella ventana a la que estaba entonces el príncipe daba sobre algunas casas que habían sido derribadas por el ímpetu del mar, a las cuales raras veces o nunca alguien iba; por lo que sucedió, tal como el duque lo había previsto, que la caída del cuerpo del príncipe ni fue ni pudo ser oída por nadie. El compañero del duque, viendo que aquello estaba hecho, rápidamente un cabestro que llevaba para aquello, fingiendo hacer caricias a Ciuriaci, se lo echó a la garganta y tiró de manera que Ciuriaci no pudo hacer ningún ruido; y reuniéndose con él el duque, lo estrangularon, y adonde el príncipe arrojado había, lo arrojaron. Y hecho esto, manifiestamente conociendo que no habían sido oídos ni por la mujer ni por nadie, tomó el duque una luz en la mano y la levantó sobre la cama, y silenciosamente a la mujer toda, que profundamente dormía, descubrió; y mirándola

entera la apreció sumamente, y si vestida le había gustado sobre toda comparación le gustó desnuda. Por lo que, inflamándose en mayor deseo, no espantado por el reciente pecado por él cometido, con las manos todavía sangrientas, junto a ella se acostó y con ella toda soñolienta, y creyendo que el príncipe fuese, yació.

Pero luego de que algún tiempo con grandísimo placer estuvo con ella, levantándose y haciendo venir allí a algunos de sus compañeros, hizo coger a la mujer de manera que no pudiera hacer ruido, y por una puerta falsa, por donde entrado había él, llevándola y poniéndola a caballo, lo más silenciosamente que pudo, con todos los suyos se puso en camino y se volvió a Atenas. Pero como tenía mujer, no en Atenas sino en un bellísimo lugar suyo que un poco a las afueras de la ciudad tenía junto al mar, dejó a la más dolorosa de las mujeres, teniéndola allí ocultamente y haciéndola honradamente, de cuanto necesitaba, servir.

Habían a la mañana siguiente los cortesanos del príncipe esperado hasta la hora de nona a que el príncipe se levantase; pero no oyendo nada, empujando las puertas de la cámara que solamente estaban entornadas, y no encontrando allí a nadie, pensando que

ocultamente se hubiera ido a alguna parte para estarse algunos días a su gusto con aquélla su hermosa mujer, más no se preocuparon. Y así las cosas, sucedió que al día siguiente, un loco, entrando entre las ruinas donde estaban el cuerpo del príncipe y el de Ciuriaci, por el cabestro arrastró afuera a Ciuriaci, y lo iba arrastrando tras él. El cual, no sin maravilla fue reconocido por muchos, que con lisonjas haciéndose llevar por el loco allí de donde lo había arrastrado, allí, con grandísimo dolor de toda la ciudad, encontraron el del príncipe, y honrosamente lo sepultaron; e investigando sobre los autores de tan grande delito, y viendo que el duque de Atenas no estaba, sino que se había ido furtivamente, estimaron, como era, que él debía haber hecho aquello y llevádose a la mujer.

Por lo que prestamente sustituyendo a su príncipe con un hermano del muerto, le incitaron con todo su poder a la venganza; el cual, por muchas otras cosas confirmado después haber sido tal como lo habían imaginado, llamando en su ayuda a amigos y parientes y servidores de diversas partes, prontamente reunió una grande y buena y poderosa hueste, y a hacer la guerra al duque de Atenas se enderezó.

El duque, oyendo estas cosas, en su

defensa semejantemente aparejó todo su ejército, y vinieron en su ayuda muchos señores, entre los cuales, enviados por el emperador de Constantinopla, estaban Costanzo su hijo y Manovello su sobrino con buenas y grandes gentes, los cuales fueron recibidos honradamente por el duque, y más por la duquesa, porque era su hermana. Aprestándose las cosas para la guerra más de día en día, la duquesa, en tiempo oportuno, a ambos a dos hizo venir a su cámara, y allí con lágrimas bastantes y con muchas palabras toda la historia les contó, mostrándoles las razones de la guerra y la ofensa hecha contra ella por el duque con la mujer a la que creía tener ocultamente; y doliéndose mucho de aquello, les rogó que al honor del duque y al consuelo de ella ofreciesen la reparación que pensasen mejor. Sabían los jóvenes cómo había sido todo aquel hecho y, por ello, sin preguntar demasiado, confortaron a la duquesa lo mejor que supieron y la llenaron de buena esperanza, e informados por ella de dónde estaba la mujer, se fueron.

Y habiendo muchas veces oído hablar de la mujer como maravillosa, desearon verla y al duque pidieron que se la enseñase; el cual, mal recordando lo que al príncipe había sucedido por habérsela enseñado a él, prometió hacerlo:

y hecho aparejar en un bellísimo jardín, en el lugar donde estaba la mujer, un magnífico almuerzo, a la mañana siguiente, a ellos con algunos otros compañeros a comer con ella los llevó. Y estando sentado Costanzo con ella, la comenzó a mirar lleno de maravilla, diciéndose que nunca había visto nada tan hermoso, y que ciertamente por excusado podía tenerse al duque y a cualquiera que para tener una cosa tan hermosa cometiese traición o cualquier otra acción deshonesta: y una vez y otra mirándola, y celebrándola cada vez más, no de otra manera le sucedió a él lo que le había sucedido al duque. Por lo que, yéndose enamorado de ella, abandonado todo el pensamiento de guerra, se dio a pensar cómo se la podría quitar al duque, óptimamente a todos celando su amor. Pero mientras él se inflamaba en este fuego, llegó el tiempo de salir contra el príncipe que ya a las tierras del duque se acercaba; por lo que el duque y Costanzo y todos los otros, según el plan hecho en Atenas saliendo, fueron a contender a ciertas fronteras, para que más adelante no pudiera venir el príncipe.

Y deteniéndose allí muchos días, teniendo siempre Costanzo en el ánimo y en el pensamiento a aquella mujer, imaginando que, ahora que el duque no estaba junto a ella, muy bien podría venir a cabo de su placer, por tener

una razón para volver a Atenas se fingió muy indispuesto en su persona; por lo que, con permiso del duque, delegado todo su poder en Manovello, a Atenas se vino junto a la hermana, y allí, luego de algunos días, haciéndola hablar sobre la ofensa que del duque le parecía recibir por la mujer que tenía, le dijo que, si ella quería, él la ayudaría bien en aquello, haciendo de allí donde estaba sacarla y llevársela. La duquesa, juzgando que Costanzo por su amor y no por el de la mujer lo hacía, dijo que le placía mucho siempre que se hiciese de manera que el duque nunca supiese que ella hubiera consentido en esto. Lo que Costanzo plenamente le prometió; por lo que la duquesa consintió en que él como mejor le pareciese hiciera.

Costanzo, ocultamente, hizo armar una barca ligera, y aquella noche la mandó cerca del jardín donde vivía la mujer, informados los suyos que en ella estaban de lo que habían de hacer, y junto con otros fue al palacio donde estaba la mujer, donde por aquellos que allí al servicio de ella estaban fue alegremente recibido, y también por la mujer; y con ésta, acompañada por sus servidores y por los compañeros de Costanzo, como quisieron, fueron al jardín. Y como si a la mujer de parte del duque quisiera hablarle, con ella, hacia una

puerta que salía al mar, solo se fue; a la cual, estando ya abierta por uno de sus compañeros, y allí con la señal convenida llamada la barca, haciéndola coger prestamente y poner en la barca, volviéndose a sus criados, les dijo:

—Nadie se mueva ni diga palabra, si no quiere morir, porque entiendo no robar al duque su mujer sino llevarme la vergüenza que le hace a mi hermana.

A esto nadie se atrevió a responder; por lo que Costanzo, con los suyos en la barca montado y acercándose a la mujer que lloraba, mandó que diesen los remos al agua y se fueran; los cuales, no bogando sino volando, casi al alba del día siguiente llegaron a Egina. Bajando aquí a tierra y descansando Costanzo con la mujer, que su desventurada hermosura lloraba, se solazó; y luego, volviéndose a subir a la barca, en pocos días llegaron a Quíos, y allí, por temor a la reprensión de su padre y para que la mujer robada no le fuese quitada, plugo a Costanzo como en seguro lugar quedarse; donde muchos días la mujer lloró su desventura, pero luego, consolada por Costanzo, como las otras veces había hecho, empezó a tomar el gusto a lo que la fortuna le deparaba.

Mientras estas cosas andaban de tal guisa,

Osbech, entonces rey de los turcos, que estaba en continua guerra con el emperador, en aquel tiempo vino por acaso a Esmirna, y oyendo allí cómo Costanzo en lasciva vida, con una mujer suya a quien robado había, sin ninguna precaución estaba en Quíos, yendo allí con unos barquichuelos armados una noche y ocultamente con su gente entrando en la ciudad, a muchos cogió en sus camas antes de que se diesen cuenta de que los enemigos habían llegado; y por último a algunos que, despertándose, habían corrido a las armas, los mataron, y, prendiendo fuego a toda la ciudad, el botín y los prisioneros puestos en las naves, hacia Esmirna se volvieron.

Llegados allí, encontrando Osbech, que era hombre joven, al revisar el botín, a la hermosa mujer, y conociendo que aquélla era la que con Costanzo había sido cogida durmiendo en la cama, se puso sumamente contento al verla; y sin tardanza la hizo su mujer y celebró las bodas, y con ella se acostó contento muchos meses.

El emperador, que antes de que estas cosas sucedieran había tenido tratos con Basano, rey de Capadocia, para que contra Osbech bajase por una parte con sus fuerzas y él con las suyas le asaltara por la otra, y no había podido cumplirlo aún plenamente porque

algunas cosas que Basano pedía, como menos convenientes no había podido hacerlas, oyendo lo que a su hijo había sucedido, triste se puso sobremanera y sin tardanza lo que el rey de Capadocia le pedía hizo, y él cuanto más pudo solicitó que descendiese contra Osbech, aparejándose él de la otra parte a irle encima. Osbech, al saber esto, reunido su ejército, antes de ser cogido en medio por los dos poderosísimos señores, fue contra el rey de Capadocia, dejando en Esmirna al cuidado de un fiel familiar y amigo a su bella mujer; y con el rey de Capadocia enfrentándose después de algún tiempo combatió y fue muerto en la batalla y su ejército vencido y dispersado.

Por lo que Basano, victorioso, se puso libremente a venir hacia Esmirna; y al venir, toda la gente como a vencedor le obedecía. El familiar de Osbech, cuyo nombre era Antíoco, a cargo de quien había quedado la hermosa mujer, por templado que fuese, viéndola tan bella, sin observar a su amigo y señor lealtad, de ella se enamoró; y sabiendo su lengua (lo que mucho le agradaba, como a quien varios años a guisa de sorda y de muda había tenido que vivir, por no haberla entendido nadie y ella no haber entendido a nadie), incitado por el amor, comenzó a tomar tanta familiaridad con ella en pocos días que, no después de mucho,

no teniendo consideración a su señor que en armas y en guerra estaba, hicieron su trato no solamente en amistoso sino en amoroso transformarse, tomando el uno del otro bajo las sábanas maravilloso placer.

Pero oyendo que Osbech estaba vencido y muerto, y que Basano venía pillando todo, tomaron juntos por partido no esperarlo allí sino que cogiendo grandísima parte de las cosas más preciosas que allí tenía Osbech, juntos y escondidamente, se fueron a Rodas; y no habían vivido allí mucho tiempo cuando Antíoco enfermó de muerte. Estando con el cual por acaso un mercader chipriota muy amado por él y sumamente su amigo, sintiéndose llegar a su fin, pensó que le dejaría a él sus cosas y su querida mujer. Y ya próximo a la muerte, a ambos llamó, diciéndoles así:

—Veo que desfallezco sin remedio; lo que me duele, porque nunca tanto me gustó vivir como ahora me gustaba. Y cierto es que de una cosa muero contentísimo, porque, teniendo que morir, me veo morir en los brazos de las dos personas a quienes amo más que a ninguna otra que haya en el mundo, esto es en los tuyos, carísimo amigo, y en los de esta mujer a quien más que a mí mismo he amado desde que la conocí. Es verdad que doloroso me es saber que se queda forastera y sin

ayuda ni consejo, al morirme yo; y más doloroso me sería todavía si no te viese a ti que creo que cuidado de ella tendrás por mi amor como lo tendrías de mi mismo; y por ello, cuanto más puedo te ruego que, si me muero, que mis cosas y ella queden a tu cuidado, y de las unas y de la otra haz lo que creas que sirva de consuelo a mi alma. Y a ti, queridísima mujer, te ruego que después de mi muerte no me olvides, para que yo allá pueda envanecerme de que soy amado aquí por la más hermosa mujer que nunca fue formada por la naturaleza. Si de estas dos cosas me dieseis segura esperanza, sin ninguna duda me iré consolado.

El amigo mercader y semejantemente la mujer, al oír estas palabras, lloraban; y habiendo callado él, le confortaron y le prometieron por su honor hacer lo que les pedía, si sucediera que él muriese; y poco después murió y por ellos fue hecho sepultar honorablemente. Después, luego de pocos días, habiendo el mercader chipriota todos sus negocios en Rodas despachado y queriendo volverse a Chipre en una coca de catalanes que allí había, preguntó a la hermosa mujer que qué quería hacer, como fuera que a él le convenía volverse a Chipre.

La mujer repuso que con él, si le pluguiera,

iría de buena gana, esperando que por el amor de Antíoco sería tratada y mirada por él como una hermana. El mercader repuso que de lo que a ella gustase estaría contento: y, para de cualquier ofensa que pudiese sobrevenirle antes de que a Chipre llegasen, defenderla, dijo que era su mujer. Y subido a la nave, habiéndoles dado un camarote en la popa, para que las obras no pareciesen contrarias a las palabras, con ella en una litera bastante pequeña dormía. Por lo que sucedió lo que ni por el uno ni por el otro había sido acordado al partir de Rodas; es decir que, incitándoles la oscuridad y la comodidad y el calor de la cama, cuyas fuerzas no son pequeñas, olvidada la amistad y el amor por Antíoco muerto, atraídos por igual apetito, empezando a hurgonearse el uno al otro, antes de que a Pafos llegasen, de donde era el chipriota, se habían hecho parientes; y llegados a Pafos, mucho tiempo estuvo con el mercader.

Sucedió por acaso que a Pafos llegó por algún asunto suyo un gentilhombre cuyo nombre era Antígono, cuyos años eran muchos pero cuyo juicio era mayor, y pocas las riquezas, porque habiéndose en muchas cosas mezclado al servicio del rey de Chipre, la fortuna le había sido contraria. El cual, pasando un día por delante de la casa donde la hermosa

mujer vivía, habiendo el mercader chipriota ido con su mercancía a Armenia, le sucedió por ventura ver a una ventana de su casa a esta mujer; a quien, como era hermosísima, empezó a mirar fijamente, y empezó a querer acordarse de haberla visto otras veces, pero dónde de ninguna manera acordarse podía.

La hermosa mujer, que mucho tiempo habla sido juguete de la fortuna, acercándose al término en que sus males debían hallar fin, al ver a Antígono se acordó de haberlo visto en Alejandría al servicio de su padre, en no baja condición; por lo cual, concibiendo súbita esperanza de poder aún volver al estado real con sus consejos, no sintiendo a su mercader, lo antes que pudo hizo llamar a Antígono. Al cual, venido a ella, tímidamente preguntó si él fuese Antígono de Famagusta, como creía. Antígono repuso que sí, y además de ello dijo:

—Señora, a mí me parece conoceros, pero por nada puedo acordarme de dónde; por lo que os ruego, si no os es enojoso, que a la memoria me traigáis quién sois.

La mujer, oyendo que era él, llorando fuertemente le echó los brazos al cuello, y, luego de un poco, a él, que mucho se maravillaba, le preguntó si nunca en Alejandría la había visto. Cuya pregunta oyendo Antígono

reconoció incontinenti que era aquélla Alatiel la hija del sultán que muerta en el mar se creía que había sido, y quiso hacerle la reverencia debida; pero ella no lo sufrió, y le rogó que con ella se sentase un poco. Lo que, hecho por Antígono, le preguntó reverentemente cómo y cuándo y de dónde había venido aquí, como fuera que en toda la tierra de Egipto se tuviese por cierto que se había ahogado en el mar, hacía ya algunos años. A lo que dijo la mujer:

—Bien querría que hubiera sido así más que haber tenido la vida que he tenido, y creo que mi padre querría lo mismo, si alguna vez lo supiera.

Y dicho así, volvió a llorar maravillosamente; por lo que Antígono le dijo:

—Señora, no os desconsoléis antes que sea necesario; si os place, contadme vuestras desventuras y qué vida habéis tenido; por ventura vuestros asuntos podrán encaminarse de manera que les encontremos, con ayuda de Dios, buena solución.

—Antígono —dijo la hermosa mujer—, me pareció al verte ver a mi padre, y movida por el amor y la ternura que a él le he tenido, pudiéndome ocultar me manifesté a ti, y a pocas personas me habría podido suceder

haber visto de que tan contenta fuese cuanto estoy de haberte, antes que a ningún otro, visto y reconocido; y por ello, lo que en mi mala fortuna siempre he tenido escondido, a ti como a padre te lo descubriré. Si ves, después de que oído lo hayas, que puedas de algún modo a mi debida condición hacerme volver, te ruego que lo pongas en obra; si no lo ves, te ruego que jamás a nadie digas que me has visto o que nada has oído de mí.

Y dicho esto, siempre llorando, lo que sucedido le había desde que naufragó en Mallorca hasta aquel punto le contó; de lo que Antígono, movido a piedad, empezó a llorar, y luego de que por un rato hubo pensado, dijo:

—Señora, puesto que oculto ha estado en vuestros infortunios quién seáis, sin falta os devolveré más querida que nunca a vuestro padre, y luego como mujer al rey del Algarbe.

Y preguntado por ella que cómo, ordenadamente lo que había de hacer le enseñó; y para que ninguna otra fuese a sobrevenir si se demoraba, en el mismo momento volvió Antígono a Famagusta y se fue al rey, al que dijo:

—Señor mío, si os place, podéis al mismo tiempo haceros grandísimo honor a vos, y a mí

(que soy pobre por vos) gran provecho sin que os cueste mucho.

El rey le preguntó cómo. Antígono entonces dijo:

—A Pafos ha llegado la hermosa joven hija del sultán, de la que ha corrido tanto la fama de que se había ahogado; y, por preservar su honestidad, grandísimas privaciones ha sufrido largamente, y al presente se encuentra en pobre estado y desea volver a su padre. Si a vos os pluguiera mandársela bajo mi custodia, sería un gran honor para vos, y un gran bien para mí; y no creo que nunca tal servicio se le olvidase al sultán.

El rey, movido por real magnanimidad, súbitamente repuso que le placía: y honrosamente enviando a por ella, a Famagusta la hizo venir, donde por él y por la reina con indecible fiesta y con magnífico honor fue recibida; a la cual, después, por el rey y la reina siéndole preguntadas sus desventuras, según los consejos dados por Antígono repuso y contó todo. Y pocos días después, pidiéndolo ella, el rey, con buena y honorable compañía de hombres y de mujeres, bajo la custodia de Antígono la devolvió al sultán; por el cual si fue celebrada su vuelta nadie lo pregunte, y lo mismo la de Antígono con toda su compañía.

La que, luego de que reposó algo, quiso el sultán saber cómo estaba viva, y dónde se había detenido tanto tiempo sin nunca haberle hecho nada saber sobre su condición.

La joven, que óptimamente las enseñanzas de Antígono había aprendido, a su padre así comenzó a hablar:

—Padre mío, sería el vigésimo día después que partí de vuestro lado cuando, por fiera tempestad nuestra nave resquebrajada, encalló en ciertas playas allá en Occidente, cerca de un lugar llamado Aguasmuertas, una noche, y lo que de los hombres que en nuestra nave iban sucediese no lo sé ni lo supe nunca; de cuanto me acuerdo es de que, llegado el día y yo casi de la muerte a la vida volviendo, habiendo sido ya la rota nave vista por los campesinos, corrieron a robarla de toda la comarca, y yo con dos de mis mujeres primero sobre la orilla puestas fuimos, e incontinenti cogidas por los jóvenes que, quién por aquí con una y quién por ahí con otra, empezaron a huir. Qué fue de ellas no lo supe nunca; pero habiéndome a mí, que me resistía, cogido entre dos jóvenes y arrastrándome por los cabellos, llorando yo fuertemente, sucedió que, pasando los que me arrastraban un camino para entrar en un grandísimo bosque, cuatro hombres en aquel momento pasaban por allí a caballo, a los

cuales, como vieron los que me arrastraban, soltándome, prestamente se dieron a la fuga. Los cuatro hombres, que por su semblante me parecían de autoridad, visto aquello, corrieron a donde yo estaba y mucho me preguntaron, y yo mucho dije, pero ni por ellos fui entendida ni a ellos los entendí. Ellos, luego de larga consulta, subiéndome a uno de sus caballos, me llevaron a un monasterio de mujeres según su ley religiosa, y yo, por lo que les dijeran, fui allí benignísimamente recibida y siempre honrada, y con gran devoción junto con ellas he servido desde entonces a *San Crescencio-en-la-cueva*, a quien las mujeres de aquel país mucho aman. Pero luego de que algún tiempo estuve con ellas, y ya habiendo algo aprendido de su lengua, preguntándome quién yo fuese y de dónde, y sabiendo yo dónde estaba y temiendo, si dijese la verdad, ser perseguida como enemiga de su ley, repuse que era hija de un gran gentilhombre de Chipre, el cual habiéndome mandado a Creta para casarme, por azar allí habíamos sido llevados y naufragamos. Y muchas veces en muchas cosas, por miedo a lo peor, observé sus costumbres; y preguntándome la mayor de aquellas señoras, a la que llamaban «abadesa», si a Chipre me gustaría volver, contesté que nada deseaba tanto; pero ella, solícita de mi honor, nunca me quiso confiar a

nadie que hacia Chipre viniera sino, hace unos dos meses, cuando llegados allí ciertos hombres buenos de Francia con sus mujeres, entre los cuales algún pariente tenía la abadesa, y oyendo ella que a Jerusalén iban a visitar el sepulcro donde aquél a quien tienen por Dios fue enterrado después de que fue matado por los judíos, a ellos me encomendó, y les rogó que en Chipre quisieran entregarme a mi padre. Cuánto estos gentileshombres me honraron y alegremente me recibieron junto con sus mujeres, larga historia sería de contar. Subidos, pues, en una nave, luego de muchos días llegamos a Pafos; y allí viéndome llegar, sin conocerme nadie ni sabiendo qué debía decir a los gentileshombres que a mi padre me querían entregar, según les había sido impuesto por la venerable señora, me aparejó Dios, a quien tal vez daba lástima de mí, sobre la orilla a Antígono en la misma hora que nosotros en Pafos bajábamos; al que llamé prestamente y en nuestra lengua, para no ser entendida por los gentileshombres ni las señoras, le dije que como hija me recibiera. Él me entendió enseguida; y haciéndome gran fiesta, a aquellos gentileshombres y a aquellas señoras según sus pobres posibilidades honró, y me llevó al rey de Chipre, el cual con qué honor me recibió y aquí a vos me ha enviado nunca podría yo contar. Si algo por decir

queda, Antígono, que muchas veces me ha oído esta mi peripecia, lo cuente.

Antígono, entonces, volviéndose al sultán, dijo:

—Señor mío, ordenadísimamente, tal como me lo ha contado muchas veces y como aquellos gentileshombres con los que vino me contaron, os lo ha contado; solamente una parte ha dejado por deciros, que estimo que, porque bien no le está decirlo a ella, lo haya hecho: y ello es cuánto aquellos gentileshombres y señoras con quienes vino hablaron de la honesta vida que con las señoras religiosas había llevado y de su virtud y de sus loables costumbres, y de las lágrimas y del llanto que hicieron las señoras y los gentileshombres cuando, restituyéndola a mí, se separaron de ella. De las cuales cosas si yo quisiera enteramente decir lo que ellos me dijeron, no el presente día sino la noche siguiente no nos bastaría; tanto solamente creo que basta que, según sus palabras mostraban y aun aquello que yo he podido ver, os podéis gloriar de tener la más hermosa hija y la más honrada y la más valerosa que ningún otro señor que hoy lleve corona.

Estas cosas celebró el sultán maravillosamente y muchas veces rogó a Dios

que le concediese gracia para poder dignas recompensas conceder a cualquiera que hubiera honrado a su hija, y máximamente al rey de Chipre por quien honradamente le había sido devuelta; y luego de algunos días, habiendo hecho preparar grandísimos dones para Antígono, le dio licencia de volverse a Chipre, dándole al rey con cartas y con embajadores especiales grandísimas gracias por lo que había hecho a la hija. Y después de esto, queriendo que lo que comenzado había sido tuviese lugar, es decir, que ella fuese la mujer del rey del Algarbe, a éste todo hizo saber enteramente, escribiéndole además de ello que, si le pluguiera tenerla, a por ella mandase.

Mucho celebró esto el rey del Algarbe y, mandando honorablemente a por ella, alegremente la recibió. Y ella, que con otros ocho hombres unas diez mil veces se había acostado, a su lado se acostó como doncella, y le hizo creer que lo era, y, reina, con él alegremente mucho tiempo vivió después. Y por ello se dice: «Boca besada no pierde fortuna, que se renueva como la luna».



Novela octava

El conde de Amberes, acusado en falso, va al exilio; deja a dos hijos suyos en diversos lugares de Inglaterra y él, al volver de Escocia[75], sin ser conocido, los encuentra en buen estado; entra como palafrenero en el ejército del rey de Francia y, reconocida su inocencia, es restablecido en su primer estado.

MUCHO suspiraron las señoras por las diversas desventuras de la hermosa mujer: pero ¿quién sabe qué razón movía los suspiros? Tal vez las había que no menos por anhelo de tan frecuentes nupcias que por lástima de ella suspiraban. Pero dejando esto por el momento presente, habiéndose alguna reído por las últimas palabras dichas por Pánfilo, y viendo por ellas la reina que su novela había terminado, vuelta hacia Elisa, le impuso que continuara el orden con una de las suyas; la cual, alegremente haciéndolo, comenzó:

Amplísimo campo es éste por el cual hoy

nos estamos paseando, y no hay nadie que, no una justa sino diez pudiese contender en él asaz fácilmente pues tan abundante lo ha hecho la fortuna en sus extraños y dolorosos casos; y por ello, viniendo de ellos, que infinitos son, a contar alguno, digo que:

Al ser el imperio de Roma de los franceses a los tudescos transportado[76], nació entre una nación y la otra grandísima enemistad y acerba y continua guerra, por la cual, tanto para defender su país como para atacar a los otros, el rey de Francia y un hijo suyo, con toda la fuerza de su reino y junto con los amigos y parientes con quienes hacer lo pudieron, organizaron un grandísimo ejército para ir contra los enemigos; y antes de que a ello procedieran, para no dejar el reino sin gobierno, sabiendo que Gualterio, conde de Amberes, era un hombre noble y sabio y muy fiel amigo y servidor suyo, y que aunque también era conocedor del arte de la guerra les parecía a ellos más apto para las cosas delicadas que para las fatigosas, a él en el lugar de ellos dejaron como vicario general sobre todo el gobierno del reino de Francia, y se fueron a sus campañas.

Comenzó, pues, Gualterio con juicio y con orden el oficio encomendado, siempre en todas las cosas con la reina y con su nuera

consultando; y aunque bajo su custodia y jurisdicción hubiesen sido dejadas, no menos como a sus señoras y principales en lo que podía las honraba. Era el dicho Gualterio hermosísimo de cuerpo y de edad de unos cuarenta años, y tan amable y cortés cuanto más pudiese serlo hombre noble, y además de todo esto, era el más galante y el más delicado caballero que en aquel tiempo se conociese, y el que más adornado iba.

Ahora, sucedió que, estando el rey de Francia y su hijo en la guerra ya dicha, habiendo muerto la mujer de Gualterio y habiéndole dejado con un hijo varón y una hija, niños pequeños, y sin nadie más, frecuentando él la corte de las dichas señoras y hablando con ellas frecuentemente de las necesidades del reino, la mujer del hijo del rey puso en él sus ojos y con grandísimo afecto considerando su persona y sus costumbres, con oculto amor fervientemente se inflamó por él; y viéndose joven y fresca y a él sin mujer, pensó que sería fácil realizar su deseo. Y pensando que ninguna cosa se oponía a aquello sino la vergüenza de manifestárselo, se dispuso del todo a desecharla de sí, y estando un día sola y pareciéndole oportuno, como si otras cosas con él hablar quisiese, mandó a por él. El conde, cuyo pensamiento estaba muy lejos del de la

señora, sin ninguna dilación se fue a donde ella; y sentándose, como ella quiso, con ella sobre una cama, en una cámara los dos solos, habiéndola ya el conde preguntado sobre la razón por la que le hubiese hecho venir, y ella callando, finalmente, empujada por el amor, toda roja de vergüenza, casi llorando y temblando toda, con palabras entrecortadas, así comenzó a decir:

—Carísimo y dulce amigo y señor mío, vos podéis, como hombre sabio, fácilmente conocer cuánta sea la fragilidad de los hombres y de las mujeres, y por diversas razones más en una que en otra; por lo que debidamente, ante un justo juez, un mismo pecado en diversa cualidad de personas no debe recibir la misma pena. ¿Y quién sería quién dijese que no debiese ser mucho más reprensible un pobre hombre o una pobre mujer que con su trabajo tuviesen que ganar lo que necesitasen para vivir, si fuesen por el amor estimulados y lo siguiesen, que una señora rica y ociosa y a quien nada que agradase a sus deseos faltara? Creo ciertamente que nadie. Por la razón que juzgo que grandísima parte de excusa deban prestar las dichas cosas de aquella que las posee, si por ventura se deja llevar a amar; y lo restante debe tenerlo el haber elegido a un sabio y valeroso amador, si lo ha hecho así

aquella que ama. Las cuales cosas, como quiera que ambas según mi parecer, se dan en mí, y además de ellas otras más que a amar deben inducirme, como es mi juventud y el alejamiento de mi marido, deben ahora venir en mi ayuda a la defensa de mi fogoso amor ante vuestra consideración; y si pueden lo que en la presencia de los sabios deben poder, os ruego que consejo y ayuda en lo que os pida me prestéis. Es verdad que, por el alejamiento de mi marido no pudiendo yo a los estímulos de la carne ni a la fuerza del amor oponerme (los cuales son de tanto poder, que a los fortísimos hombres, no ya a las tiernas mujeres, han vencido muchas veces y vencen todos los días), estando yo en las comodidades y los ocios en que me veis, a secundar los placeres de amor y a enamorarme me he dejado llevar: y como tal cosa, si sabida fuese, yo sepa que no es honesta, no menos, siendo y estando escondida en nada la juzgo ser deshonesta, pues me ha sido Amor tan complaciente que no solamente no me ha quitado el debido juicio al elegir el amante sino que mucho me ha dado, mostrándome que sois digno vos de ser amado por una mujer tal como yo; que, si no me engaño, os reputo por el más hermoso, el más amable y más galante y el más sabio caballero que en el reino de Francia pueda encontrarse; y tal como yo puedo decir que sin marido me

veo, vos también sin mujer. Por lo que yo os ruego, por tan grande amor como es el que os tengo, que no me neguéis el vuestro y que se acreciente con mi juventud, la cual verdaderamente, como el hielo al fuego, se consume por vos.

Al llegar a estas palabras le acometieron tan abundantemente las lágrimas que ella, que todavía más ruegos intentaba interponer, no tuvo más poder para hablar, sino que bajado el rostro y abatida, llorando, en el seno del conde dejó caer la cabeza. El conde, que lealísimo caballero era, con gravísima reprimenda empezó a reprender un tan loco amor y a rechazarla porque ya al cuello quería echársele, y con juramentos a afirmar que primero sufriría él ser descuartizado que tal cosa contra el honor de su señor ni en sí mismo ni en otro consintiera. Lo que oyendo la señora, súbitamente olvidado el amor y en fiero furor encendida dijo:

—¿Será, pues, ruin caballero, de esta guisa escarnecido por vos mi deseo? No plazca a Dios, puesto que queréis hacerme morir, que yo morir arrojar del mundo no os haga.

Y diciendo así, al punto se echó las manos a los cabellos, enmarañándoselos y descomponiéndoselos todos, y después de

haberse desgarrado las vestiduras en el pecho, comenzó a gritar fuerte:

—¡Ayuda, ayuda, que el conde de Amberes quiere forzarme!

El conde, viendo esto, y temiendo mucho más la envidia de los cortesanos que a su conciencia, y temiendo que aquélla fuese a dar más fe a la maldad de la señora que a su inocencia, se levantó y lo más aprisa que pudo, de la cámara y del palacio salió y escapó a su casa, donde, sin tomar otro consejo, puso a sus hijos a caballo y montándose él también, lo más aprisa que pudo se fue hacia Calais. Al ruido de la señora corrieron muchos, los cuales, viéndola y oyendo la razón de sus gritos, no solamente por aquello dieron fe a sus palabras, sino que añadieron que la galanura y la adornada manera del conde había sido por él largamente buscada para poder llegar a aquello. Se corrió, pues, con furia a los palacios del conde para arrestarlo; pero no encontrándole a él, primero los saquearon todos y luego hasta los cimientos los hicieron derribar.

La noticia, tan torpe como se contaba, llegó en las huestes al rey y al hijo, los cuales, muy airados, a perpetuo exilio a él y a sus descendientes condenaron, grandísimos dones

prometiendo a quien vivo o muerto se lo llevase. El conde, pesaroso de que, de inocente, al huir, se había hecho culpable, llegado sin darse a conocer o ser conocido, con sus hijos a Calais, prestamente pasó a Inglaterra y en pobres vestidos fue hacia Londres, donde antes de entrar, con muchas palabras adoctrinó a los dos pequeños hijos suyos, y máximamente en dos cosas: primera, que pacientemente soportasen el estado pobre al que sin culpa de ellos la fortuna, junto con él, les había llevado, y luego que con toda prudencia se guardasen de manifestar a nadie de dónde eran ni hijos de quién, si amaban la vida.

Era el hijo, llamado Luigi, de unos nueve años, y la hija, que tenía por nombre Violante[77], tenía unos siete, los cuales, según lo que permitía su tierna edad, muy bien comprendieron la lección del padre, y en las obras lo mostraron después. Y para que aquello mejor pudiese hacerse le pareció deber cambiarles los nombres; y lo hizo así, y llamó al varón Perotto y Giannetta a la niña; y llegados a Londres con pobres vestidos, del modo que vemos hacer a los pordioseros franceses, se dieron a andar pidiendo limosna.

Y estando por acaso en tal ocupación una mañana en una iglesia, sucedió que una gran

dama, que era mujer de uno de los mariscales del rey de Inglaterra, al salir de la iglesia, vio al conde y a sus dos hijitos que limosna pedían, al que preguntó de dónde era y si suyos eran aquellos dos niños. A quien repuso que él era de Picardía y que, por un delito de un hijo mayor, había tenido que hacerse vagabundo con aquellos dos, que suyos eran. La dama, que era piadosa, puso los ojos en la muchacha y le gustó mucho porque hermosa y gentil y agraciada era, y dijo:

—Buen hombre, si te contentase dejar aquí conmigo a esta hijita tuya, porque buen aspecto tiene, la enseñaré de buena gana, y si se hace mujer virtuosa la casaré en el tiempo que sea conveniente de manera que estará bien.

Al conde mucho le plugo esta petición, y prestamente repuso que sí, y con lágrimas se la dio y recomendó mucho. Y habiendo así colocado a la hija y sabiendo bien a quién, deliberó no quedarse allí, y pidiendo limosna atravesó la isla y con Perotto llegó a Gales no sin gran fatiga, como quien a andar a pie no está acostumbrado. Allí había otro de los mariscales del rey, que gran estado y muchos servidores tenía, en cuya corte el conde alguna vez, él y el hijo, para tener de qué comer, mucho se detenían. Y estando en ella algún hijo del dicho mariscal y otros muchachos de

gente noble, y jugando a algunos juegos de muchachos como de correr y de saltar, Perotto comenzó a mezclarse con ellos y a hacerlo tan diestramente, o más, que cualquiera de los otros hiciese alguna de las pruebas que entre ellos se hacían. Lo que viendo alguna vez el mariscal, y gustándole mucho la manera y los modos del muchacho, preguntó que quién fuese. Le fue dicho que era hijo de un pobre hombre que alguna vez por limosna venía allá adentro.

Al cual el mariscal se lo hizo pedir y el conde, como quien a Dios otra cosa no rogaba, libremente se lo concedió, por mucho disgusto que le causase separarse de él. Teniendo, pues, el conde el hijo y la hija colocados, pensó que más no quería quedarse en Inglaterra sino que como mejor pudo se pasó a Irlanda, y llegado a Stanford, con un caballero de un conde campesino se colocó como criado, todas aquellas cosas haciendo que a un criado o a un palafrenero pueden convenir; y allí sin ser nunca por nadie conocido, con asaz disgusto y fatiga se quedó largo tiempo.

Violante, llamada Giannetta, con la noble señora en Londres fue creciendo en años y en persona y en belleza, y en tanto favor de la señora y de su marido y de cualquiera otro de la casa y de quienquiera que la conociese, que

era cosa maravillosa de ver; y no había nadie que sus costumbres y sus maneras mirase que no dijese que debía ser digna de todo grandísimo bien y honor. Por la cual cosa, la noble señora que la había recibido de su padre, sin haber podido nunca saber quién era él de otra manera que por lo que él decía, se había propuesto casarla honradamente según la condición de que estimaba que era. Pero Dios, justo protector de los méritos de los demás, sabiendo que era mujer noble, y llevaba sin culpa la penitencia del pecado ajeno, lo dispuso de otra manera: y para que a manos de un hombre vil no viniese la noble joven, debe creerse que, lo que sucedió, Él por su misericordia lo permitió. Tenía la noble señora con la que Giannetta vivía un único hijo de su marido a quien ella y el padre sumamente amaban, tanto porque era su hijo como porque por virtud y méritos lo valía, como quien más que nadie cortés y valeroso y arrogante y hermoso de cuerpo era. El cual, teniendo unos seis años más que Giannetta y viéndola hermosísima y graciosa, tanto se enamoró de ella que más allá de ella nada veía.

Y porque imaginaba que debía ser de baja condición, no solamente no osaba pedirla a su padre y a su madre por mujer, sino que temiendo ser reprendido por haberse puesto a

amar bajamente, cuanto podía su amor tenía escondido. Por la cual cosa, mucho más que si descubierto lo hubiera, lo estimulaba; y ocurrió que por exceso de angustia enfermó, y gravemente. Habiendo sido llamados varios médicos a su cuidado, y habiendo un signo y otro observado en él y no pudiendo su enfermedad conocer, todos juntos desesperaban de su salvación; por lo que el padre y la madre del joven tenían tanto dolor y melancolía que mayor no habría podido tenerse; y muchas veces con piadosos ruegos le preguntaban la razón de su mal, a los que o suspiros por respuesta daba o que todo se sentía desfallecer.

Sucedió un día que, estando sentado junto a él un médico asaz joven, pero en ciencia muy profundo, y teniéndole cogido por el brazo en aquella parte donde buscan el pulso, Giannetta, que, por respeto por la madre, solícitamente le servía, por alguna razón entró en la cámara en la que el joven estaba echado. A la cual, cuando el joven vio, sin ninguna palabra o ademán hacer, sintió con más fuerza en el corazón el amoroso ardor, por lo que el pulso más fuerte comenzó a latirle de lo acostumbrado; lo que el médico sintió incontinenti y maravillóse, y estuvo quedo por ver cuánto aquel latir durase[78]. Al salir

Giannetta de la cámara el latir se calmó: por lo que le pareció al médico haber entendido algo de la razón de la enfermedad del joven; y poco después, como si algo quisiera preguntar a Giannetta, siempre teniendo al enfermo por el brazo, la hizo llamar. A lo que ella vino incontinenti; no había entrado en la cámara cuando el latir del pulso volvió al joven, y partida ella, cesó. Con lo que, pareciendo al médico tener plena certeza, levantóse y llevando aparte al padre y a la madre del joven, les dijo:

—La salud de vuestro hijo no en los remedios de los médicos sino en las manos de Giannetta está, a la cual, tal como he conocido manifiestamente por ciertos signos, el joven ama ardientemente aunque ella no se haya dado cuenta por lo que yo veo. Sabéis ya lo que tenéis que hacer si su vida os es querida.

El noble señor y su mujer, oyendo esto, se pusieron contentos en cuanto algún modo se encontraba para su salvación, aunque mucho les pesase que lo que temían fuera aquello, esto es, tener que dar a Giannetta a su hijo por esposa. Ellos, pues, partido el médico, se fueron al enfermo, y díjole la señora así:

—Hijo mío, no habría yo creído nunca que me escondieses algún deseo tuyo, y

especialmente viéndote, por no tenerlo, desfallecer, por lo que debías estar cierto, y debes, que nada hay que por contentarte hacer pudiese, aunque menos que honesto fuera, que como por mí misma no lo hiciese; pero pues que lo has hecho así ha sucedido que Nuestro Señor se ha compadecido de ti más que tú mismo, y para que de esta enfermedad no te mueras me ha mostrado la razón de tu mal, que no es otra cosa que un excesivo amor que sientes por alguna joven, sea quien sea ella. Y en verdad, de manifestar esto no deberías avergonzarte porque tu edad lo pide, y si no estuvieras enamorado yo te tendría en bastante poco. Por lo que, hijo mío, no te escondas de mí sino que con confianza descúbreme todo tu deseo, y la melancolía y el pensamiento que tienes y del que esta enfermedad procede, arrójalos fuera, y consuélate y persuádete de que nada habrá por satisfacción tuya, que tú me impongas, que yo no haga si está en mi poder, como quien más te ama que a la vida mía. Desecha la vergüenza y el temor, y dime si puedo por tu amor hacer algo; y si no encuentras que sea solícita en ello y logre tal efecto tenme por la más cruel madre que ha parido un hijo.

El joven, oyendo las palabras de la madre, primero se avergonzó; luego, pensando que

nadie mejor que ella podría satisfacer su placer, desechada la vergüenza, le dijo así:

—Madama, nada me ha hecho teneros escondido mi amor sino haberme apercibido de que la mayoría de las personas, después de que entran en años, de haber sido jóvenes no quieren acordarse. Pero pues que en esto os veo discreta, no solamente no negaré que es verdad aquello de que os habéis apercibido, sino que os haré manifiesto de quién; con tal condición de que el efecto siga a vuestra promesa en todo cuanto esté en vuestro poder y así podréis sanarme.

A lo que la señora, confiando demasiado en que debía suceder en la forma en que ella misma pensaba, libremente repuso que con confianza su pecho le abriese, que ella sin tardanza alguna se pondría a actuar para que él su placer tuviera.

—Madama —dijo entonces el joven—, la alta hermosura y las loables maneras de nuestra Giannetta y el no poder manifestárselo ni hacerla apiadarse de mi amor y el no haber osado jamás manifestarlo a nadie me han conducido donde me veis: y si lo que me habéis prometido de un modo u otro no se sigue, estaos por segura de que mi vida será breve.

La señora, a quien más parecía momento aquel de consuelo que de reprensiones, sonriendo dijo:

—¡Ay, hijo mío!, ¿así que por esto te has dejado enfermar? Consuélate y déjame a mí hacer, pues curado serás.

El joven, lleno de esperanza, en brevísimo tiempo mostró signos de grandísima mejoría, por lo que la señora, muy contenta, se dispuso a intentar el modo en que pudiera cumplirse lo que prometido le había; y llamando un día a Giannetta, con bromas y asaz discretamente le preguntó si tenía algún amador. Giannetta, toda colorada, repuso:

—Madama, a una doncella pobre y echada de su casa, como soy yo, y que está al servicio ajeno, como hago yo, no se le pide ni le está bien servir a Amor.

A lo que la señora dijo:

—Pues si no lo tenéis, queremos daros uno, con el que contenta viváis y más os deleitéis con vuestra beldad, porque no es conveniente que tan hermosa damisela como vos sois esté sin amante.

A lo que Giannetta repuso:

—Madama, vos sacándome de la pobreza

de mi padre, me habéis criado como hija, y por ello debo hacer todo vuestro gusto; pero no os complaceré en esto, creyendo que me hago bien. Si os place darme marido, a él entiendo amar pero no a otro; porque si de la herencia de mis abuelos nada me ha quedado sino la honra, entiendo guardarla y observarla cuanto mi vida dure.

Estas palabras parecieron a la señora muy contrarias a lo que quería conseguir para cumplir la promesa hecha a su hijo, aunque, como mujer discreta, mucho estimase en su interior a la doncella; y dijo:

—Cómo, Giannetta, si monseñor el rey, que es joven caballero, y tú eres hermosísima doncella, buscase en tu amor algún placer, ¿se lo negarías?

Y ella súbitamente le respondió:

—Forzarme podría el rey, pero nunca con mi consentimiento, sino lo que fuera honesto, podría tener.

La dama, comprendiendo cuál fuese su ánimo, dejó de hablar y pensó ponerla a prueba; y le dijo a su hijo que, en cuanto estuviera curado, la haría ir con él a una cámara y que él se ingeniase en conseguir de ella su placer, diciendo que le parecía

deshonesto, a guisa de alcahueta, hablar por el hijo y rogar a su doncella. Con lo que el joven no estuvo contento en ninguna guisa y de súbito empeoró gravemente; lo que viendo la señora, manifestó su intención a Giannetta pero, encontrándola más constante que nunca, contando a su marido lo que había hecho, aunque duro les pareciese, de mutuo consentimiento deliberaron dársela por esposa, queriendo mejor a su hijo vivo con mujer que no le correspondía que muerto sin ninguna; y así, luego de muchas historias, lo hicieron. Con lo que Giannetta estuvo muy contenta y con piadoso corazón agradeció a Dios que no la había olvidado; pero, con todo, no dijo nunca que era sino hija de un picardo. El joven curó y celebró las nupcias más contento que ningún otro hombre, y empezó a darse buena vida con ella.

Perotto, que se había quedado en Gales con el mariscal del rey de Inglaterra, igualmente creciendo halló la gracia de su señor y se hizo hermosísimo de persona y gallardo cuanto cualquiera otro que hubiese en la isla, tanto que ni en los torneos ni en las justas ni en cualquier otro hecho de armas había nadie en el país que valiese lo que él; por lo que por todos, que le llamaban Perotto el picardo, era conocido y famoso. Y así como

Dios no había olvidado a su hermana, así demostró igualmente tenerlo a él en el pensamiento; porque, sobrevenida en aquella comarca una pestilente mortandad, a la mitad de la gente se llevó consigo, sin contar que grandísima parte de los que quedaron huyeron, por miedo, a otras comarcas, por lo que el país todo parecía abandonado.

En la cual mortandad el mariscal su señor y su mujer y un hijo suyo y otros muchos hermanos y sobrinos y parientes todos murieron, y no quedó sino una doncella ya en edad de casarse, y con algunos otros servidores Perotto. Al cual, cesada un tanto la pestilencia, la doncella, porque era hombre honrado y valeroso, con placer y con el consejo de algunos campesinos que habían quedado vivos, por marido lo tomó, y de todo aquello que a ella por herencia le había correspondido, le hizo señor; y poco tiempo pasó hasta que, enterándose el rey de Inglaterra de que el mariscal había muerto, y conociendo el valor de Perotto el picardo, en el lugar del que muerto había lo puso y lo hizo mariscal suyo. Y así, en breve, fue de los dos hijos del conde de Amberes, dejados por él como perdidos.

Ya había pasado el año decimoctavo desde que el conde de Amberes, huyendo, se había ido de París cuando, habitante de Irlanda él,

habiendo, en una vida asaz mísera, sufrido muchas cosas, viéndose ya viejo, le vino el deseo de saber, si pudiese, lo que hubiera sucedido con sus hijos. Por lo que, por completo en el aspecto que soler tenía viéndose cambiado, y sintiéndose por el mucho ejercicio más fuerte de cuerpo de lo que era cuando joven viviendo en el ocio, partió, asaz pobre y mal vestido, de donde largamente había estado y se fue a Inglaterra y allá donde a Perotto había dejado se fue, y encontró que éste era mariscal y gran señor, y lo vio sano y fuerte y hermoso en su aspecto; lo que le agradó mucho, pero no quiso darse a conocer hasta que hubiera sabido qué había sido de Giannetta.

Por lo que, poniéndose en camino, no descansó hasta llegar a Londres; y allí preguntando cautamente por la señora a quien había dejado su hija por su estado, encontró a Giannetta mujer del hijo, lo que mucho le plugo; y todas sus adversidades pretéritas reputó por pequeñas puesto que vivos había encontrado a sus hijos y en buen estado. Y deseoso de poderla ver empezó, como pobre, a acercarse junto a su casa, donde, viéndole un día Giachetto Lamiens, que así se llamaba el marido de Giannetta, teniendo compasión de él porque pobre y viejo lo vio, mandó a uno de los

sirvientes que a su casa lo llevase y le hiciera dar de comer por Dios; lo que el sirviente hizo de buena gana.

Había Giannetta tenido ya de Giachetto varios hijos, de los que el mayor no tenía más de ocho años, y eran los más hermosos y los más graciosos niños del mundo; los cuales, como vieron comer al conde, todos juntos se le pusieron en derredor y empezaron a hacerle fiestas, como si por oculta virtud hubiesen conocido que aquél era su abuelo. El cual, sabiendo que eran sus nietos, empezó a demostrarles amor y a hacerles caricias; por lo que los niños de él no querían separarse, por mucho que quien atienda a su vigilancia les llamase. Por lo que Giannetta, oyéndolo, salió de una cámara y vino allí donde el conde, amenazándoles con pegarlos si lo que su maestro quería no hiciesen. Los niños empezaron a llorar y a decir que querían quedarse con aquel hombre honrado, que les quería más que su maestro; de lo que la señora y el conde se rieron. Se había levantado el conde, no a guisa de padre sino de mendigo, para saludar a la hija como a señora y un maravilloso placer al verla había sentido en el alma.

Pero ella ni entonces ni después le conoció en nada, porque sobremanera estaba

cambiado de lo que ser solía, como quien viejo y canoso y barbudo estaba, y magro y moreno vuelto, y más otra persona parecía que el conde. Y viendo la señora que los niños no querían separarse de él, sino que al quererlos separar lloraban, dijo al maestro que un rato los dejase quedarse. Estando, pues, los niños con el hombre honrado, sucedió que el padre de Giachetto volvió, y por el maestro se enteró de aquello; por lo que, como despreciaba a Giannetta, dijo:

—Dejadlos con la mala ventura que Dios les dé, que son imagen de donde han nacido: por su madre descienden de vagabundos y no hay que maravillarse si con los vagabundos les gusta estar.

Estas palabras escuchó el conde, y mucho le dolieron; pero encogiéndose de hombros sufrió aquella injuria como muchas otras había sufrido. Giachetto, que oído había las fiestas que los hijos hacían al hombre honrado, es decir al conde, aunque le desagradó, tanto les amaba que, antes de verlos llorar mandó que si el hombre honrado quisiera quedarse para hacer algún servicio, que fuese recibido. El cual respondió que se quedaba de buena gana pero que otra cosa no sabía hacer sino cuidar caballos, a lo que toda su vida estaba acostumbrado. Dándole, pues, un caballo,

cuando lo había atendido, se ponía a jugar con los niños.

Mientras la fortuna de esta guisa que se ha contado conducía al conde de Amberes y a sus hijos, sucedió que el rey de Francia, concertadas muchas treguas con los alemanes, murió, y en su lugar fue coronado el hijo de quien era mujer aquélla por quien el conde había sido perseguido. Éste, habiendo expirado la última tregua con los tudescos, comenzó de nuevo muy cruda guerra; en cuya ayuda, como de nuevo pariente, el rey de Inglaterra mandó mucha gente bajo las órdenes de Perotto su mariscal y de Giachetto Lamiens, hijo del otro mariscal: con el cual, el hombre honrado, es decir el conde, fue, y sin ser reconocido por nadie se quedó en el ejército por largo espacio como palafrenero, y allí, como hombre de pro, con consejos y obras, más de lo que le correspondía prestó ayuda.

Sucedió durante la guerra que la reina de Francia enfermó gravemente; y conociendo ella misma que iba a morir, arrepentida de todos sus pecados se confesó devotamente con el arzobispo de Rouen, que por todos era tenido por hombre bueno y santísimo, y entre los demás pecados le contó el gran daño que por su culpa había sufrido el conde de Amberes. Y no solamente se contentó con decirlo, sino que

delante de muchos otros hombres de pro contó todo como había sucedido, rogándoles que con el rey intercediesen para que al conde, si estaba vivo, y si no a alguno de sus hijos se les restituyese en su estado; y mucho después, ya finada su vida, honrosamente fue sepultada.

Y contándole al rey su confesión, después de algunos dolorosos suspiros por las injurias hechas sin razón al valeroso hombre, le movió a hacer publicar por todo el ejército, y además en otras muchas partes, el bando de que a quien sobre el conde de Amberes o alguno de sus hijos le diese noticias, maravillosamente por cada uno sería recompensado, porque él lo tenía por inocente de aquello que le había hecho expatriarse por la confesión hecha por la reina y entendía restituirle en el estado que tenía y aún en mayor. Las cuales cosas oyendo el conde transformado en palafrenero y comprendiendo que eran verdad, súbitamente fue a Giachetto y le rogó que con él y con Perotto fuese porque quería mostrarles lo que el rey andaba buscando. Reunidos, pues, los tres, dijo el conde a Perotto, que ya tenía el pensamiento en descubrirse:

—Perotto, Giachetto que aquí está tiene a tu hermana por mujer; y nunca tuvo ninguna dote; y por ello, para que tu hermana no esté sin dote, entiendo que sea él y no otro quien

obtenga el beneficio que el rey promete que es tan grande, por ti, y te declare como hijo del conde de Amberes, y por Violante, tu hermana y su mujer, y por mi, que el conde de Amberes y vuestro padre soy.

Perotto, oyendo esto y mirándole fijamente, enseguida lo reconoció, y llorando se arrojó a sus pies y lo abrazó diciendo:

—¡Padre mío, seáis muy bien venido!

Giachetto, oyendo primero lo que había dicho el conde y viendo luego lo que Perotto hacía, fue acometido en un punto por tanta maravilla y tanta alegría que apenas sabía qué se debía hacer; pero dando fe a las palabras y avergonzándose mucho de las palabras injuriosas que había usado con el conde palafrenero, llorando se dejó caer a sus pies y humildemente de todas las ofensas pasadas le pidió perdón; lo que el conde, muy benignamente, levantándolo en pie, le concedió. Y luego de que los varios casos de cada uno se hubieron contado los tres, y habiendo llorado y habiéndose regocijado mucho juntos, queriendo Perotto y Giachetto vestir al conde, de ninguna manera lo sufrió, sino que quiso que, teniendo primero Giachetto la seguridad de obtener la recompensa prometida, tal como estaba y en aquel hábito

de palafrenero, para hacerlo más avergonzarse, se lo llevase.

Giachetto, pues, con el conde y con Perotto se presentó al rey y ofreció llevarle al conde y a su hijo si, según el bando publicado, quisiera recompensarle. El rey prestamente hizo traer una maravillosa recompensa ante los ojos de Giachetto y mandó que se la llevase si con verdad le mostraba, como prometía, al conde y a sus hijos. Giachetto entonces, retrocediendo y haciendo poner delante de él al conde su palafrenero y a Perotto dijo:

—Monseñor, he aquí al padre y al hijo; la hija, que es mi mujer y no está aquí, pronto vendrá con la ayuda de Dios.

El rey, oyendo aquello, miró al conde, y por muy cambiado que estuviera de lo que ser solía, sin embargo luego de haberlo mirado un tanto lo reconoció, y con lágrimas en los ojos a él, que arrodillado estaba, le hizo poner en pie y lo abrazó y lo besó, y amigablemente recibió a Perotto; y mandó que incontinenti el conde con vestidos, servidores y caballos y arneses fuese convenientemente provisto, según requería su nobleza; la cual cosa inmediatamente fue hecha. Además de esto, mucho honró el rey a Giachetto y quiso saber todo sobre sus aventuras pretéritas. Y cuando

Giachetto tomó las altas recompensas por haber mostrado al conde y a sus hijos, le dijo el conde:

—Toma estos dones de la magnificencia de monseñor el rey, y acuérdate de decir a tu padre que tus hijos, nietos suyos y míos, no son por su madre nacidos de vagabundo.

Giachetto tomó los dones e hizo venir a París a su mujer y a su suegra; vino la mujer de Perotto; y allí en grandísima fiesta estuvieron con el conde, al cual el rey había restituido todos sus bienes y le había hecho más de lo que antes fuese; después, cada uno con su venia se volvió a su casa, y él hasta la muerte vivió en París con más honor que nunca.

Novela novena

Bernabó de Génova, engañado por Ambruogiuolo, pierde lo suyo y manda matar a su mujer, inocente; ésta se salva y, en hábito de hombre, sirve al sultán; encuentra al engañador y conduce a Bernabó a Alejandría donde, castigado el engañador, volviendo a tomar hábito de mujer, con el marido y ricos vuelven a Génova[79]*.*

HABIENDO Elisa con su lastímera historia cumplido su deber, la reina Filomena, que hermosa y alta de estatura era, más que ninguna otra amable y sonriente de rostro, recogiéndose en sí misma dijo:

—El pacto hecho con Dioneo debe ser respetado y, así, no quedando más que él y que yo por novelar, diré yo mi historia primero y él, como lo pidió por merced, será el último que la diga.

Y dicho esto, así comenzó:

Se suele decir frecuentemente entre la gente común el proverbio de que el burlador es a su vez burlado; lo que no parece que pueda demostrarse que es verdad mediante ninguna explicación sino por los casos que suceden. Y por ello, sin abandonar el asunto propuesto, me ha venido el deseo de demostraros al mismo tiempo que esto es tal como se dice; y no os será desagradable haberlo oído, para que de los engañadores os sepáis guardar.



Había en París, en un albergue, unos cuantos importantísimos mercaderes italianos, cuál por un asunto cuál por otro, según lo que es su costumbre; y habiendo cenado una noche todos alegremente, empezaron a hablar de distintas cosas, y pasando de una conversación en otra, llegaron a hablar de sus

mujeres, a quienes en sus casas habían dejado; y bromeando comenzó a decir uno:

—Yo no sé lo que hará la mía, pero sí sé bien que, cuando aquí se me pone por delante alguna jovencilla que me plazca, dejo a un lado el amor que tengo a mi mujer y gozo de ella el placer que puedo.

Otro repuso:

—Y yo lo mismo hago, porque si creo que mi mujer alguna aventura tiene, la tiene, y si no lo creo, también la tiene; y por ello, lo que se hace que se haga: lo que el burro da contra la pared, eso recibe.

El tercero llegó, hablando, a la mismísima opinión: y, en breve, todos parecía que estuviesen de acuerdo en que las mujeres por ellos dejadas no perdían el tiempo. Uno solamente, que tenía por nombre Bernabó Lomellin de Génova, dijo lo contrario, afirmando que él, por especial gracia de Dios, tenía por esposa a la mujer más cumplida en todas aquellas virtudes que mujer o aun caballero, en gran parte, o doncella puede tener, que tal vez en Italia no hubiera otra igual: porque era hermosa de cuerpo y todavía bastante joven, y diestra y fuerte, y nada había que fuese propio de mujer, como bordar labores de seda y cosas

semejantes, que no hiciese mejor que ninguna. Además de esto no había escudero, o servidor si queremos llamarlo así, que pudiera encontrarse que mejor o más diestramente sirviese a la mesa de un señor de lo que ella servía, como que era muy cortés, muy sabía y discreta. Junto a esto, alabó que sabía montar a caballo, gobernar un halcón, leer y escribir y contar una historia mejor que si fuese un mercader; y de esto, luego de otras muchas alabanzas, llegó a lo que se hablaba allí, afirmando con juramento que ninguna más honesta ni más casta se podía encontrar que ella; por lo cual creía él que, si diez años o siempre estuviese fuera de casa, ella no se entendería con otro hombre en tales asuntos.

Había entre estos mercaderes que así hablaban un joven mercader llamado Ambruogiuolo de Piacenza, el cual a esta última alabanza que Bernabó había hecho de su mujer empezó a dar las mayores risotadas del mundo, y jactándose le preguntó si el emperador le había concedido aquel privilegio sobre todos los demás hombres. Bernabó, un tanto airadillo, dijo que no el emperador sino Dios, quien tenía algo más de poder que el emperador, le había concedido aquella gracia. Entonces dijo Ambruogiuolo:

—Bernabó, yo no dudo que no creas decir

verdad, pero a lo que me parece, has mirado poco la naturaleza de las cosas, porque si la hubieses mirado, no te creo de tan torpe ingenio que no hubieses conocido en ella cosas que te harían hablar más cautamente sobre este asunto. Y para que no creas que nosotros, que muy libremente hemos hablado de nuestras mujeres, creamos tener otra mujer o hecha de otra manera que tú, sino que hemos hablado así movidos por una natural sagacidad, quiero hablar un poco contigo sobre esta materia. Siempre he entendido que el hombre es el animal más noble que fue creado por Dios entre los mortales, y luego la mujer; pero el hombre, tal como generalmente se cree y ve en las obras, es más perfecto y teniendo más perfección, sin falta debe tener mayor firmeza, y la tiene por lo que universalmente las mujeres son más volubles, y el porqué se podría por muchas razones naturales demostrar; que al presente entiendo dejar a un lado. Si el hombre, que es de mayor firmeza, no puede ser que no condescienda, no digamos a una que se lo ruegue, sino a no desear a alguna que a él le plazca, y además de desearla a hacer todo lo que pueda para poder estar con ella, y ello no una vez al mes sino mil al día le sucede, ¿qué esperas que una mujer, naturalmente voluble, pueda hacer ante los ruegos, las adulaciones y mil otras maneras

que use un hombre entendido que la ame? ¿Crees que pueda contenerse? Ciertamente, aunque lo afirmes no creo que lo creas; y tú mismo dices que tu esposa es mujer y que es de carne y hueso como son las otras. Por lo que, si es así, aquellos mismos deseos deben ser los suyos y las mismas fuerzas que tienen las otras para resistir a los naturales apetitos; por lo que es posible, aunque sea honestísima, que haga lo que hacen las demás: y no es posible negar nada tan absolutamente ni afirmar su contrario como tú lo haces.

A lo que Bernabó repuso y dijo:

—Yo soy mercader y no filósofo, y como mercader responderé; y digo que sé que lo que dices les puede suceder a las necias, en las que no hay ningún pudor; pero que aquellas que sabias son tienen tanta solicitud por su honor que se hacen más fuertes que los hombres, que no se preocupan de él, para guardarlo, y de éstas es la mía.

Dijo entonces Ambruogiuolo:

—Verdaderamente si por cada vez que cediesen en tales asuntos les creciese un cuerno en la frente, que diese testimonio de lo que habían hecho creo yo que pocas habría que cediesen, pero como el cuerno no nace, no

se les nota a las que son discretas ni pisada ni huella y la vergüenza y en deshonor no están sino en las cosas manifiestas; por lo que, cuando pueden ocultamente las hacen, o las dejan por necedad. Y ten esto por cierto; que sólo es casta la que no fue por nadie rogada, o si rogó ella, la que no fue escuchada. Y aunque yo conozca por naturales y diversas razones que las cosas son así, no hablaría tan cumplidamente como lo hago si no hubiese muchas veces y a muchas puesto a prueba; y te digo que si yo estuviese junto a esa tu santísima esposa, creo que en poco espacio de tiempo la llevaría a lo que ya he llevado a otras.

Bernabó, airado, repuso:

—El contender con palabras podría extenderse demasiado: tú dirías y yo diría, y al final no serviría de nada. Pero puesto que dices que todas son tan plegables y que tu ingenio es tanto, para que te asegures de la honestidad de mi mujer estoy dispuesto a que me corten la cabeza si jamás a algo que te plazca en tal asunto puedas conducirla; y si no puedes no quiero sino que pierdas mil florines de oro.

Ambruogiuolo, ya calentado sobre el asunto, repuso:

—Bernabó, no sé qué iba a hacer con tu

sangre si te ganase; pero si quieres tener una prueba de lo que te he explicado, apuesta cinco mil florines de oro de los tuyos, que deben serte menos queridos que la cabeza, contra mil de los míos, y aunque no pongas ningún límite, quiero obligarme a ir a Génova y antes de tres meses luego de que me haya ido, haber hecho mi voluntad con tu mujer, y en señal de ello traer conmigo algunas de sus cosas más queridas, y tales y tantos indicios que tú mismo confieses que es verdad, a condición de que me des tu palabra de no venir a Génova antes de este límite ni escribirle nada sobre este asunto.

Bernabó dijo que le placía mucho; y aunque los otros mercaderes que allí estaban se ingeniasen en estorbar aquel hecho, conociendo que gran mal podía nacer de él, estaban sin embargo tan encendidos los ánimos de los dos mercaderes que, contra la voluntad de los otros, por buenos escritos con sus propias manos se comprometieron el uno con el otro. Y hecho el compromiso, Bernabó se quedó y Ambruogiuolo lo antes que pudo se vino a Génova.

Y quedándose allí algunos días y con mucha cautela informándose del nombre del barrio y de las costumbres de la señora, aquello y más oyó que le había oído a Bernabó;

por lo que le pareció haber emprendido necia empresa. Pero sin embargo, habiendo conocido a una pobre mujer que mucho iba a su casa y a la que la señora quería mucho, no pudiéndola inducir a otra cosa, la corrompió con dineros y por ella, dentro de un arca construida para su propósito, se hizo llevar no solamente a la casa sino también a la alcoba de la noble señora: y allí, como si a alguna parte quisiese irse la buena mujer, según las órdenes dadas por Ambruogiuolo, le pidió que la guardase algunos días.

Quedándose, pues, el arca en la cámara y llegada la noche, cuando Ambruogiuolo pensó que la señora dormía, abriéndola con ciertos instrumentos que llevaba, salió a la alcoba silenciosamente, en la que había una luz encendida; por lo cual la situación de la cámara, las pinturas y todas las demás cosas notables que en ella había empezó a mirar y a guardar en su memoria. Luego, aproximándose a la cama y viendo que la señora y una muchachita que con ella estaba dormían profundamente, despacio la descubrió toda y vio que era tan hermosa desnuda como vestida, y ninguna señal para poder contarla le vio fuera de una que tenía en la teta izquierda, que era un lunar alrededor del cual había algunos pelillos rubios como el oro; y visto esto,

calladamente la volvió a tapar, aunque, viéndola tan hermosa, las ganas le dieron de aventurar su vida y acostársele al lado.

Pero como había oído que era tan rigurosa y agreste en aquellos asuntos no se arriesgó y, quedándose la mayor parte de la noche por la alcoba a su gusto, una bolsa y una saya sacó de un cofre suyo, y unos anillos y un cinturón, y poniendo todo aquello en su arca, él también se metió en ella, y la cerró como estaba antes: y lo mismo hizo dos noches sin que la señora se diera cuenta de nada. Llegado el tercer día, según la orden dada, la buena mujer volvió a por su arca, y se la llevó allí de donde la había traído; saliendo de la cual Ambruogiuolo y contentando a la mujer según le había prometido, lo antes que pudo con aquellas cosas se volvió a París antes del término que se había puesto.

Allí, llamando a los mercaderes que habían estado presentes a las palabras y a las apuestas, estando presente Bernabó dijo que había ganado la apuesta que había hecho, puesto que había logrado aquello de lo que se había gloriado: y de que ello era verdad, primeramente dibujó la forma de la alcoba y las pinturas que en ella había, y luego mostró las cosas de ella que se había llevado consigo, afirmando que se las había dado. Confesó

Bernabó que tal era la cámara como decía y que, además, reconocía que aquellas cosas verdaderamente habían sido de su mujer; pero dijo que había podido por algunos de los criados de la casa saber las características de la alcoba y del mismo modo haber conseguido las cosas; por lo que, si no decía nada más, no le parecía que aquello bastase para darse por ganador. Por lo que Ambruogiuolo dijo:

—En verdad que esto debía bastar; pero como quieres que diga algo más, lo diré. Te digo que la señora Zinevra, tu mujer, tiene debajo de la teta izquierda un lunar grandecillo, alrededor del cual hay unos pelillos rubios como el oro.

Cuando Bernabó oyó esto, le pareció que le habían hundido un cuchillo en el corazón, tal dolor sintió, y con el rostro demudado, aún sin decir palabra, dio señales asaz manifiestas de ser verdad lo que Ambruogiuolo decía; y después de un poco dijo:

—Señores, lo que dice Ambruogiuolo es verdad, y por ello, habiendo ganado, que venga cuando le plazca y será pagado.

Y así fue al día siguiente Ambruogiuolo enteramente pagado: y Bernabó, saliendo de París, con crueles designios contra su mujer,

hacia Génova se vino. Y acercándose allí, no quiso entrar en ella sino que se quedó a unas veinte millas en una de sus posesiones; y a un servidor suyo, de quien mucho se fiaba, con dos caballos y con sus cartas mandó a Génova, escribiéndole a la señora que había vuelto y que viniera a su encuentro: al cual servidor secretamente le ordenó que, cuando estuviese con la señora en el lugar que mejor le pareciese, sin falta la matase y volviese a donde estaba él.

Llegado, pues, el servidor a Génova y entregadas las cartas y hecha su embajada, fue por la señora con gran fiesta recibido; y ella a la mañana siguiente, montando con el servidor a caballo, hacia su posesión se puso en camino; y caminando juntos y hablando de diversas cosas, llegaron a un valle muy profundo y solitario y rodeado por altas rocas y árboles; el cual, pareciéndole al servidor un lugar donde podía con seguridad cumplir el mandato de su señor, sacando fuera el cuchillo y cogiendo a la señora por el brazo dijo:

—Señora, encomendad vuestra alma a Dios, que, sin proseguir adelante, es necesario que muráis.

La señora, viendo el cuchillo y oyendo las palabras, toda espantada, dijo:

—¡Merced, por Dios! Antes de que me mates dime en qué te he ofendido para que debas matarme.

—Señora —dijo el servidor—, a mí no me habéis ofendido en nada: pero en qué hayáis ofendido a vuestro marido yo no lo sé, sino que él me mandó que, sin teneros ninguna misericordia, en este camino os matase: y si no lo hiciera me amenazó con hacerme colgar. Sabéis bien qué obligado le estoy y que a cualquier cosa que él me ordene no puedo decirle que no: sabe Dios que por vos siento compasión, pero no puedo hacer otra cosa.

A lo que la señora, llorando, dijo:

—¡Ay, merced por Dios!, no quieras convertirte en homicida de quien no te ofendió por servir a otro. Dios, que todo lo sabe, sabe que no hice nunca nada por lo cual deba recibir tal pago de mi marido. Pero dejemos ahora esto; puedes, si quieres, a la vez agradar a Dios, a tu señor y a mí de esta manera: que cojas estas ropas mías, y dame solamente tu jubón y una capa, y con ellas vuelve a tu señor y el mío y dile que me has matado; y te juro por la salvación que me hayas dado que me alejaré y me iré a algún lugar donde nunca ni a ti ni a él en estas comarcas llegará noticia de mí.

El servidor, que contra su gusto la mataba, fácilmente se compadeció; por lo que, tomando sus paños y dándole un juboncillo[79a] suyo y una capa con capuchón, y dejándole algunos dineros que ella tenía, rogándole que de aquellas comarcas se alejase, la dejó en el valle a pie y se fue a donde su señor, al que dijo que no solamente su orden había sido cumplida sino que el cuerpo de ella muerto había arrojado a algunos lobos. Bernabó, luego de algún tiempo, se volvió a Génova y, cuando se supo lo que había hecho, muy recriminado fue.

La señora, quedándose sola y desconsolada, al venir la noche, disimulándose lo mejor que pudo fue a una aldehuela vecina de allí, y allí, comprándole a una vieja lo que necesitaba, arregló el jubón a su medida, y lo acortó, y se hizo con su camisa un par de calzas y cortándose los cabellos y disfrazándose toda de marinero, hacia el mar se fue, donde por ventura encontró a un noble catalán cuyo nombre era *señer*[80] en Cararh, que de una nave suya, que estaba algo alejada de allí, había bajado a Alba a refrescarse en una fuente; con el cual, entrando en conversación, se contrató por servidor, y subió con él a la nave, haciéndose llamar Sicurán de Finale. Allí, con mejores paños vestido con

atavío de gentilhombre, lo empezó a servir tan bien y tan capazmente que sobremanera le agradó.

Sucedió a no mucho tiempo de entonces que este catalán con su carga navegó a Alejandría y llevó al sultán ciertos halcones peregrinos, y se los regaló; y habiéndole el sultán invitado a comer alguna vez y vistas las maneras de Sicurán que siempre a atenderle iba, y agradándole, se lo pidió al catalán, y éste, aunque duro le pareció, se lo dejó. Sicurán en poco tiempo no menos la gracia y el amor del sultán conquistó, con su esmero, que lo había hecho los del catalán; por lo que con el paso del tiempo sucedió que, debiéndose hacer en cierta época del año una gran reunión de mercaderes cristianos y sarracenos, a manera de feria, en Acre[81], que estaba bajo la señoría del sultán, y para que los mercaderes y las mercancías seguras estuvieran, siempre había acostumbrado el sultán a mandar allí, además de sus otros oficiales, algunos de sus dignatarios con gente que atendiese a la guardia; para cuya necesidad, llegado el tiempo, deliberó mandar a Sicurán, el cual ya sabía la lengua óptimamente, y así lo hizo.

Venido, pues, Sicurán a Acre como señor y capitán de la guardia de los mercaderes y las mercancías, y desempeñando allí bien y

solícitamente lo que pertenecía a su oficio, y andando dando vueltas vigilando, y viendo a muchos mercaderes sicilianos y pisanos y genoveses y venecianos y otros italianos, con ellos de buen grado se entretenía, recordando su tierra. Ahora, sucedió una vez que, habiendo él un día descabalgado en un depósito de mercaderes venecianos, vio entre otras joyas una bolsa y un cinturón que enseguida reconoció como que habían sido suyos, y se maravilló; pero sin hacer ningún gesto, amablemente preguntó de quién eran y si se vendían. Había venido allí Ambruogiuolo de Piacenza con muchas mercancías en una nave de venecianos; el cual, al oír que el capitán de la guardia preguntaba de quién eran, dio unos pasos adelante y, riendo, dijo:

—Micer, las cosas son mías, y no las vendo, pero si os agradan os las daré con gusto.

Sicurán, viéndole reír, sospechó que le hubiese reconocido en algún gesto; pero, poniendo serio rostro, dijo:

—Te ríes tal vez porque me ves a mí, hombre de armas, andar preguntando sobre estas cosas femeninas.

Dijo Ambruogiuolo:

—Micer, no me río de eso sino que me río del modo en que las conseguí.

A lo que Sicurán dijo:

—¡Ah, así Dios te dé buena ventura, si no te desagrada, di cómo las conseguiste!

—Micer —dijo Ambruogiuolo—, me las dio con alguna otra cosa una noble señora de Génova llamada señora Zinevra, mujer de Bernabó Lomellin, una noche que me acosté con ella, y me rogó que por su amor las guardase. Ahora, me río porque me he acordado de la necedad de Bernabó, que fue de tanta locura que apostó cinco mil florines de oro contra mil a que su mujer no se rendía a mi voluntad; lo que hice yo y vencí la apuesta; y él, a quien más por su brutalidad debía castigarse que a ella por haber hecho lo que todas las mujeres hacen, volviendo de París a Génova, según lo he oído, la hizo matar.

Sicurán, al oír esto, pronto comprendió cuál había sido la razón de la ira de Bernabó contra ella y claramente conoció que éste era el causante de todo su mal; y determinó en su interior no dejarlo seguir impune. Hizo ver, pues, Sicurán haber gustado mucho de esta historia y arteramente trabó con él una estrecha familiaridad, tanto que, por sus consejos,

Ambruogiuolo, terminada la feria, con él y con todas sus cosas se fue a Alejandría, donde Sicurán le hizo hacer un depósito y le entregó bastantes de sus dineros; por lo que él, viéndose sacar gran provecho, se quedaba de buena gana.

Sicurán, preocupado por demostrar su inocencia a Bernabó, no descansó hasta que, con ayuda de algunos grandes mercaderes genoveses que en Alejandría estaban, encontrando raras razones, le hizo venir; y estando éste en asaz pobre estado, por algún amigo suyo le hizo recibir ocultamente hasta el momento que le pareciese oportuno para hacer lo que hacer entendía. Había ya Sicurán hecho contar a Ambruogiuolo la historia delante del sultán, y hecho que el sultán gustase de ella; pero luego que vio aquí a Bernabó, pensando que no había que dar largas a la tarea, buscando el momento oportuno, pidió al sultán que llamase a Ambruogiuolo y a Bernabó, y que en presencia de Bernabó, si no podía hacerse fácilmente, con severidad se arrancase a Ambruogiuolo la verdad de cómo había sido aquello de lo que él se jactaba de la mujer de Bernabó.

Por la cual cosa, Ambruogiuolo y Bernabó venidos, el sultán en presencia de muchos, con severo rostro, a Ambruogiuolo mandó que

dijese la verdad de cómo había ganado a Bernabó cinco mil florines de oro; y estaba presente allí Sicurán, en el que Ambruogiuolo más confiaba, y él con rostro mucho más airado le amenazaba con gravísimos tormentos si no la decía. Por lo que Ambruogiuolo, espantado por una parte y otra, y obligado, en presencia de Bernabó y de muchos otros, no esperando más castigo que la devolución de los cinco mil florines de oro y de las cosas, claramente cómo había sido el asunto todo lo contó. Y habiéndolo contado Ambruogiuolo, Sicurán, como delegado del sultán en aquello, volviéndose a Bernabó dijo:

—¿Y tú, qué le hiciste por esta mentira a tu mujer?

A lo que Bernabó repuso:

—Yo, llevado de la ira por la pérdida de mis dineros y de la vergüenza por el deshonor que me parecía haber recibido de mi mujer, hice que un servidor mío la matara, y según lo que él me contó, pronto fue devorada por muchos lobos.

Dichas todas estas cosas en presencia del sultán y por él oídas y entendidas todas, no sabiendo él todavía a dónde Sicurán (que esto le había pedido y ordenado) quisiese llegar, le

dijo Sicurán:

—Señor mío, asaz claramente podéis conocer cuánto aquella buena señora pueda gloriarse del amante y del marido; porque el amante en un punto la priva del honor manchando con mentiras su fama y aparta de ella al marido; y el marido, más crédulo de las falsedades ajenas que de la verdad que él por larga experiencia podía conocer, la hace matar y comer por los lobos y además de esto, es tanto el cariño y el amor que el amigo y el marido le tienen que, estando largo tiempo con ella, ninguno la conoce. Pero porque vos óptimamente conocéis lo que cada uno de éstos ha merecido, si queréis por una especial gracia, concederme que castiguéis al engañador y perdonéis al engañado, la haré que venga ante vuestra presencia.

El sultán, dispuesto en este asunto a complacer a Sicurán en todo, dijo que le placía y que hiciese venir a la mujer. Se maravillaba mucho Bernabó, que firmemente la creía muerta; y Ambruogiuolo, ya adivino de su mal, de más tenía miedo que de pagar dineros y no sabía si esperar o si temer más que la señora viniese, pero con gran maravilla su venida esperaba. Hecha, pues, la concesión por el sultán a Sicurán, éste, llorando y arrojándose de rodillas ante el sultán, en un punto

abandonó la masculina voz y el querer parecer varón, y dijo:

—Señor mío, yo soy la mísera y desventurada Zinevra, que seis años llevo rodando disfrazada de hombre por el mundo, por este traidor Ambruogiuolo falsamente y criminalmente infamada, y por este cruel e inicuo hombre entregada a la muerte a manos de su criado y a ser comida por los lobos.

Y rasgándose los vestidos y mostrando el pecho, que era mujer al sultán y a todos los demás hizo evidente; volviéndose luego a Ambruogiuolo, preguntándole con injurias cuándo, según se jactaba, se había acostado con ella. El cual, ya reconociéndola y mudo de vergüenza, no decía nada.

El sultán, que siempre por hombre la había tenido, viendo y oyendo esto, tanto se maravilló que más creía ser sueño que verdad aquello que oía y veía. Pero después que el asombro pasó, conociendo la verdad, con suma alabanza la vida y la constancia y las costumbres y la virtud de Zinevra, hasta entonces llamada Sicurán, loó. Y haciéndole traer riquísimas vestiduras femeninas y damas que le hicieran compañía según la petición hecha por ella, a Bernabó perdonó la merecida muerte; el cual, reconociéndola, a los pies se le

arrojó llorando y le pidió perdón, lo que ella, aunque mal fuese digno de él, benignamente le concedió, y le hizo levantarse tiernamente abrazándolo como a su marido.

El sultán después mandó que incontinenti Ambruogiuolo en algún lugar de la ciudad fuese atado al sol a un palo y untado de miel, y que de allí nunca, hasta que por sí mismo cayese, fuese quitado; y así se hizo. Después de esto, mandó que lo que había sido de Ambruogiuolo fuese dado a la señora, que no era tan poco que no valiera más de diez mil doblas[82]: y él, haciendo preparar una hermosísima fiesta, en ella a Bernabó como a marido de la señora Zinevra, y a la señora Zinevra como valerosísima mujer honró, y le dio, tanto en joyas como en vajilla de oro y de plata como en dineros, tanto que valió más de otras diez mil doblas.

Y haciendo preparar un barco para ellos, luego que terminó la fiesta que les hacía, les dio licencia para poder volver a Génova si quisieran; adonde riquísimos y con gran alegría volvieron, y con sumo honor fueron recibidos y especialmente la señora Zinevra, a quien todos creían muerta; y siempre de gran virtud y en mucho, mientras vivió, fue reputada. Ambruogiuolo, el mismo día que fue atado al palo y untado de miel, con grandísima angustia

suya por las moscas y por las avispas y por los tábanos, en los que aquel país es muy abundante, fue no solamente muerto sino devorado hasta los huesos; los que, blancos y colgando de sus tendones, por mucho tiempo después, sin ser movidos de allí, de su maldad fueron testimonio a cualquiera que los veía. Y así el burlador fue burlado.

Novela décima

Paganín de Mónaco roba la mujer a micer Ricciardo de Chínzica, el cual, sabiendo dónde está ella, va y se hace amigo de Paganín; le pide que se la devuelva y él, si ella quiere, se lo concede, ella no quiere volver con él, y muerto micer Ricciardo, se casa con Paganín.

TODOS los de la honrada compañía alabaron por buena la historia contada por su reina, y mayormente Dioneo, el único a quien faltaba novelar por la presente jornada; el cual, luego de hacer muchas alabanzas de ella, dijo: Hermosas señoras, una parte de la historia de la reina me ha hecho mudar la opinión de contar una que tenía en el ánimo a decir otra: y es la bestialidad de Bernabó (aunque terminase bien) y de todos los demás que se dan a creer lo que él mostraba que creía: es decir, que ellos, yendo por el mundo con ésta y con aquélla ahora una vez y ahora otra solazándose, se imaginan que las mujeres dejadas en casa se estén de brazos cruzados,

como si no supiésemos, quienes entre ellas nacemos y crecemos y estamos, qué es lo que les gusta. Y contándola os mostraré cuál sea la estupidez de estos tales, y cuánto mayor sea la de quienes, estimándose más poderosos que la naturaleza, se persuaden (con fantásticos razonamientos) de poder hacer lo que no pueden y se esfuerzan por traer a otro a lo que ellos son, no sufriéndolo la naturaleza de quien es arrastrado.



Hubo, pues, un juez en Pisa, más que de fuerza corporal dotado de ingenio, cuyo nombre fue micer Ricciardo de Chínzica, el cual, creyendo tal vez satisfacer a su mujer con las mismas obras que hacía para sus estudios, siendo muy rico, con no poca solicitud buscó a una mujer hermosa y joven por esposa, cuando

de lo uno y lo otro, si hubiese sabido aconsejarse él mismo como hacía a los demás, debía huir. Y lo consiguió, porque micer Lotto Gualandi[83] le dio por mujer a una hija suya cuyo nombre era Bartolomea, una de las más hermosas y vanidosas jóvenes de Pisa, aun cuando allí haya pocas que no parezcan lagartijas gusaneras[84]. A la cual, el juez, llevándola con grandísima fiesta a su casa, y celebrando unas bodas hermosas y magníficas, acertó la primera noche a tocarla una vez para consumar el matrimonio, y poco faltó para que hiciera tablas; el cual, luego por la mañana, como quien era magro y seco y de poco espíritu, tuvo que confortarse con garnacha y con dulces, y con otros remedios volverse a la vida.

Pues este señor juez, habiendo aprendido a estimar mejor sus fuerzas que antes, empezó a enseñarle a ella un calendario bueno para los niños que aprenden a leer, y quizás hecho en Rávena[85]; porque, según le enseñaba, no había día en que no tan sólo una fiesta sino muchas se celebrasen; en reverencia de las cuales, por diversas razones le enseñaba que el hombre y la mujer debían abstenerse de tales ayuntamientos, añadiendo a ellos los ayunos y las cuatro témporas[85a] y vigilias de los apóstoles y de mil otros santos, y viernes y

sábados, y el domingo del Señor, y toda la Cuaresma, y ciertas fases de la luna y otras muchas excepciones, pensando tal vez que tanto convenía descansar de las mujeres en la cama como descansos él se tomaba al pleitear sus causas. Y esta costumbre, no sin gran melancolía de la mujer, a quien tal vez tocaba una vez al mes, y apenas, por mucho tiempo mantuvo; siempre guardándola mucho, para que ningún otro fuera a enseñarle los días laborables tan bien como él le había enseñado las fiestas.

Sucedió que, haciendo mucho calor, a micer Ricciardo le dieron ganas de ir a recrearse a una posesión suya muy hermosa cercana a Montenero, y allí, para tomar el aire, quedarse algunos días. Y llevó consigo a su hermosa mujer, y estando allí, por entretenerla un poco, mandó un día salir de pesca; y en dos barquillas, él en una con los pescadores y ella en otra con las otras mujeres, fueron a mirar y, sintiéndose a gusto, se adentraron en el mar unas cuantas millas casi sin darse cuenta. Y mientras estaban atentos mirando, de improviso una galera de Paganín de Mónaco, entonces muy famoso corsario, apareció, y vistas las barcas, se enderezó a ellas; y no pudieron tan pronto huir que Paganín no llegase a aquélla en que iban las mujeres, en la

cual viendo a la hermosa señora, sin querer otra cosa, viéndolo micer Ricciardo que estaba ya en tierra, subiéndola a ella a su galera, se fue. Viendo lo cual micer el juez, que era tan celoso que temía al aire mismo, no hay que preguntar si le pesó. Sin provecho se quejó, en Pisa y en otras partes, de la maldad de los corsarios, sin saber quién le había quitado a la mujer o dónde la había llevado.

A Paganín, al verla tan hermosa, le pareció que había hecho un buen negocio; y no teniendo mujer pensó quedarse con ella siempre, y como lloraba mucho empezó a consolarla dulcemente. Y, venida la noche, habiéndosele a él el calendario caído de las manos y salido de la memoria cualquier fiesta o feria, empezó a consolarla con los hechos, pareciéndole que de poco habían servido las palabras durante el día; y de tal modo la consoló que, antes de que llegasen a Mónaco, el juez y sus leyes se le habían ido de la memoria y empezó a vivir con Paganín lo más alegremente del mundo; el cual, llevándola a Mónaco, además de los consuelos que de día y de noche le daba, honradamente como a su mujer la tenía.

Después de cierto tiempo, llegando a los oídos de micer Ricciardo dónde estaba su mujer, con ardentísimo deseo, pensando que

nadie sabía verdaderamente hacer lo que se necesitaba para aquello, se dispuso a ir él mismo, dispuesto a gastar en el rescate cualquier cantidad de dineros; y haciéndose a la mar, se fue a Mónaco, y allí la vio y ella a él, la cual por la tarde se lo dijo a Paganín e informó de sus intenciones. A la mañana siguiente, micer Ricciardo, viendo a Paganín, se acercó a él y estableció con él en un momento gran familiaridad y amistad, fingiendo Paganín no reconocerlo y esperando a ver a dónde quería llegar. Por lo que, cuando pareció oportuno a micer Ricciardo, como mejor supo y del modo más amable, descubrió la razón por la que había venido, rogándole que tomase lo que pluguiera y le devolviese a la mujer. A quien Paganín, con alegre rostro, repuso: —Micer, sois bien venido; y respondiéndoos brevemente, os digo: es verdad que tengo en casa a una joven que no sé si es vuestra mujer o de algún otro, porque a vos no os conozco, ni a ella tampoco sino en tanto en cuanto, conmigo ha estado algún tiempo. Si sois vos su marido, como decís, yo, como parecéis gentilhombre amable, os llevaré donde ella, y estoy seguro de que os reconocerá. Si ella dice que es como decís, y quiere irse con vos, por amor de vuestra amabilidad, me daréis de rescate por ella lo que vos mismo queráis; si no fuera así, haríais una villanía en querérmela

quitar porque yo soy joven y puedo tanto como otro tener una mujer, y especialmente ella que es la más agradable que he visto nunca.

Dijo entonces micer Ricciardo:

—Por cierto que es mi mujer, y si me llevas donde ella esté, lo verás pronto: se me echará al cuello incontinenti; y por ello te pido que no sea de otra manera que como tú has pensado.

—Pues entonces —dijo Paganín— vamos.

Fueron, pues, a la casa de Paganín y, estando ella en una cámara suya, Paganín la hizo llamar; y ella, vestida y dispuesta, salió de una cámara y vino a donde micer Ricciardo con Paganín estaba, e hizo tanto caso a micer Ricciardo como lo hubiera hecho a cualquier otro forastero que con Paganín hubiera venido a su casa. Lo que viendo el juez, que esperaba ser recibido por ella con grandísima fiesta, se maravilló fuertemente, y empezó a decirse: «Tal vez la melancolía y el largo dolor que he pasado desde que la perdí me ha desfigurado tanto que no me reconoce».

Por lo que le dijo:

—Señora, caro me cuesta haberte llevado a pescar, porque un dolor semejante no sentí nunca al que he tenido desde que te perdí, y tú

no pareces reconocerme, pues tan hurañamente me diriges la palabra. ¿No ves que soy tu micer Ricciardo, venido aquí a pagarle lo que quiera a este gentilhombre en cuya casa estamos, para recuperarte y llevarte conmigo; y él, su merced, por lo que quiera darle te devuelve a mí?

La mujer, volviéndose a él, sonriéndose una pizquita, dijo: —Micer, ¿me lo decís a mí? Mirad que no me hayáis tomado por otra porque yo no me acuerdo de haberos visto nunca.

Dijo micer Ricciardo:

—Mira lo que dices: mírame bien; si bien te acuerdas bien verás que soy tu micer Ricciardo de Chínzica.

La señora dijo:

—Micer, perdonadme: puede que no sea a mí tan honesto miraros mucho como os imagináis, pero os he mirado lo bastante para saber que nunca jamás os he visto.

Imaginóse micer Ricciardo que hacía esto de no querer confesar en su presencia reconocerlo por temor a Paganín por lo que, luego de algún tanto, pidió por merced a Paganín que le dejase hablar en una cámara a

solas con ella. Paganín dijo que le placía a cambio de que no la besase contra su voluntad, y mandó a la mujer que fuese con él a la alcoba y escuchase lo que quisiera decirle, y le respondiera como quisiese. Yéndose, pues, a la alcoba solos la señora y micer Ricciardo, en cuanto se sentaron, empezó micer Ricciardo a decir: —¡Ah!, corazón de mi cuerpo, dulce alma mía, esperanza mía, ¿no reconoces a tu Ricciardo que te ama más que a sí mismo? ¿Cómo puede ser? ¿Estoy tan desfigurado? ¡Ah!, bellos ojos míos, mírame un poco.

La mujer se echó a reír y sin dejarlo seguir, dijo: —Bien sabéis que no soy tan desmemoriada que no sepa que sois micer Ricciardo de Chínzica, mi marido; pero mientras estuve con vos mostrasteis conocerme muy mal, porque si erais sabio o lo sois, como queréis que de vos se piense, debíais haber tenido el conocimiento de ver que yo era joven y fresca y gallarda, y saber por consiguiente lo que las mujeres jóvenes piden (aunque no lo digan por vergüenza) además de vestir y comer; y lo que hacíais en eso bien lo sabéis. Y si os gustaba más el estudio de las leyes que la mujer, no debíais haberla tomado; aunque a mí me parezca que nunca fuisteis juez sino un pregonero de ferias y fiestas, tan bien os las sabíais, y de ayunos y

de vigilias. Y os digo que si tantas fiestas hubierais hecho guardar a los labradores que labraban vuestras tierras como hacíais guardar al que tenía que labrar mi pequeño huertecillo, nunca hubieseis recogido un grano de trigo. Me he doblegado a quien Dios ha querido, como piadoso defensor de mi juventud, con quien me quedo en esta alcoba, donde no se sabe lo que son las fiestas, digo aquellas que vos, más devoto de Dios que de servir a las damas, tantas celebrabais; y nunca por esta puerta entraron sábados ni domingos ni vigilia ni cuatro témporas ni cuaresma, que es tan larga, sino que de día y de noche se trabaja y se bate la lana; y desde que esta noche tocaron maitines, bien sé cómo anduvo el asunto más de una vez. Y, así, entiendo quedarme con él y trabajar mientras sea joven, y las fiestas y las peregrinaciones y los ayunos esperar a hacerlos cuando sea vieja; y vos idos con buena ventura lo más pronto que podáis y, sin mí, guardad cuantas fiestas gustéis.

Micer Ricciardo, oyendo estas palabras, sufría un dolor insoportable, dijo, luego que vio que callaba: —¡Ah, dulce alma mía!, ¿qué palabras son las que me has dicho? ¿Pues no miras el honor de tus parientes y el tuyo? ¿Quieres de ahora en adelante quedarte aquí de barragana con éste, y en pecado mortal, en

lugar de en Pisa ser mi mujer? Éste, cuando le hayas hartado, con gran vituperio tuyo te echará a la calle; yo te tendré siempre amor y siempre, aunque yo no lo quisiera, serías el ama de mi casa. ¿Debes por este apetito desordenado y deshonesto abandonar tu honor y a mí que te amo más que a mi vida? ¡Ah, esperanza mía!, no digáis eso, dignaos venir conmigo: yo de aquí en adelante, puesto que conozco tu deseo, me esforzaré; pero, dulce bien mío, cambia de opinión y vente conmigo, que no he tenido ningún bien desde que me fuiste arrebatada.

Y la mujer le respondió:

—Por mi honor no creo que nadie, ahora que ya nada puede hacerse, se preocupe más que yo: ¡ojalá se hubieran preocupado mis parientes cuando me entregaron a vos! Y si ellos no lo hicieron por el mío, no entiendo yo hacerlo ahora por el de ellos; y si ahora estoy en pecado mortero, alguna vez estaré en pecado macero: no os preocupéis más por mí. Y os digo más, que aquí me parece ser la mujer de Paganín y en Pisa me parecía ser vuestra barragana, pensando que según las fases de la luna y las escuadras geométricas debíamos vos y yo ayuntar[86a] los planetas, mientras que Paganín toda la noche me tiene en brazos y me aprieta y me muerde, ¡y cómo

me cuida dígalo Dios por mí! Decís aún que os esforzaréis: ¿y en qué?, ¿en empatar en tres bazas y levantarla a palos[86]? ¡Ya veo que os habéis hecho un caballero de pro desde que no os he visto! Andad y esforzaos por vivir: que me parece que estáis a pensión, tan flacucho y delgado me parecéis. Y aún os digo más: que cuando éste me deje, a lo que no me parece dispuesto, sea donde sea donde tenga que estar, no entiendo volver nunca con vos que, exprimiéndoos todo no podría hacerse con vos ni una escudilla de salsa, porque con grandísimo daño mío e interés y réditos allí estuve una vez; por lo que en otra parte buscaré mi pitanza. Lo que os digo es que no habrá fiesta ni vigilia donde entiendo quedarme; y por ello, lo antes que podáis, andaos con Dios, si no, gritaré que queréis forzarme.

Micer Ricciardo, viéndose en mal trance y aun conociendo entonces su locura al elegir mujer joven estando desmadejado, doliente y triste, salió de la alcoba y dijo a Paganín muchas palabras que de nada le valieron. Y por último, sin haber conseguido nada, dejada la mujer, se volvió a Pisa, y en tal locura dio por el dolor que, yendo por Pisa, a quien le saludaba o le preguntaba algo, no respondía nada más que: —¡El mal foro no quiere fiestas[87]!

Y luego de no mucho tiempo murió; de lo que enterándose Paganín, y sabiendo el amor que la mujer le tenía, la desposó como su legítima esposa, y sin nunca guardar fiestas ni vigilias o hacer ayunos, trabajaron mientras las piernas les sostuvieron y bien se divirtieron. Por lo cual, queridas señoras mías, me parece que el señor Bernabó disputando con Ambruogiuolo quisiese apartar la cabra del monte.

Esta historia hizo reír tanto a toda la compañía que no había nadie a quien no le doliesen las mandíbulas; y de común consentimiento todas las mujeres dijeron que Dioneo llevaba razón y que Bernabó había sido un animal. Pero luego que terminó la historia y las risas callaron, habiendo mirado la reina que la hora era ya tardía y que todos habían novelado, y el fin de su señorío había llegado, según el orden comenzado, quitándose la guirnalda de la cabeza, sobre la cabeza la puso de Neifile, diciendo con alegre gesto: —Ya, cara compañera, sea tuyo el gobierno de este pequeño pueblo —y volvió a sentarse.

Neifile se ruborizó un poco con el recibido honor, y su rostro parecía una fresca rosa de abril o de mayo tal como se muestra al clarear el día, con los ojos anhelantes y chispeantes (no de otro modo que una matutina estrella) un poco bajos. Pero luego que el cortés murmullo

de los circunstantes (en el que su disposición favorable a la reina mostraban alegremente) se reposó y que ella recuperó el ánimo, sentándose un poco más alto de lo que acostumbraba, dijo: —Puesto que así es que vuestra reina soy, no alejándome de la costumbre seguida por aquellas que antes de mí lo han sido, cuyo gobierno habéis alabado obedeciéndolo, os haré manifiesto en pocas palabras mi parecer; que si por vuestra opinión es estimado, seguiremos. Como sabéis, mañana es viernes y el día siguiente sábado, días que, por las comidas que se acostumbran en ellos, son un tanto enojosos a la mayoría de la gente; sin decir que, el viernes, atendiendo a que en él Aquel que por nuestra vida murió, sufrió pasión, es digno de reverencia; por lo que justa cosa y muy honesta reputaría que, en honor de Dios, más con oraciones que con historias nos entretuviésemos. Y el sábado es costumbre de las mujeres lavarse la cabeza y quitarse todo el polvo, toda la suciedad que por el trabajo de la semana anterior se hubiese cogido; y también muchos acostumbran a ayunar en reverencia a la Virgen madre del Hijo de Dios, y de ahí en adelante, en honor del domingo siguiente, descansar de cualquier trabajo; por lo que, no pudiendo tan plenamente en esos días seguir el orden en el vivir que hemos adoptado, también estimo que

estaría bien que esos días depongamos las historias. Luego, como habremos estado aquí cuatro días, si queremos evitar que llegue la gente nueva, juzgo oportuno mudarnos de aquí e irnos a otra parte; y dónde ya lo he pensado y provisto. Allí, cuando estemos reunidos el domingo después de dormir, como hemos tenido hoy mucho tiempo para razonar conversando, tanto porque tendréis más tiempo para pensar como porque será mejor que se limite un poco la libertad en novelar y que se hable de uno de los muchos casos de la fortuna, he pensado que sea sobre quien alguna cosa muy deseada haya conseguido con industria o una pérdida recuperado. Sobre lo cual, piense cada uno en decir algo que a la compañía pueda ser útil o al menos deleitable, siempre con la salvedad del privilegio de Dioneo.

Todo el mundo alabó lo dicho y lo imaginado por la reina, y así establecieron que fuese. La cual, después de esto, haciendo llamar a su senescal, dónde debía poner la mesa por la tarde le dijo, y todo lo que luego debía hacer en todo el tiempo de su señorío plenamente le expuso; y hecho así, poniéndose en pie con su compañía, les dio licencia para hacer lo que a cada uno más gustase.

Tomaron, pues, las señoras y los hombres

el camino de un jardincillo, y allí, luego de que un tanto se hubieron entretenido, venida la hora de la cena, con fiesta y con placer cenaron; y levantándose de allí, según plugo a la reina, conduciendo Emilia la carola, la siguiente canción de Pampínea, que los demás coreaban, se cantó:

¿Quién podría cantar en lugar mío

que tengo y gozo todo cuanto ansío?

Ven, pues, Amor, razón de mi ventura,

de la esperanza y de toda alegría,

ven conmigo a cantar

no de suspiros, penas y amargura,

que ahora me es dulce lo que fue agonía,

sino de este brillar

del fuego en cuyas llamas quiero estar

adorándote a ti como a dios mío.

Tú ante los ojos me trajiste, Amor, cuando en tu fuego ardí por vez primera,

a uno de tal talante

que en beldad y osadía, y en valor,

otro mejor jamás se encontraría,

ni aún otro semejante;

y tanto me inflamó que en este instante

feliz te estoy cantando, señor mío.

Y este que es para mí sumo placer y que me quiere cuanto yo le quiero

Amor, por tu merced,

por lo que en este mundo mi querer

tengo y gozar de paz en otro espero;

y pues le guardo fe

que aun a su reino Dios, que esto lo ve,

por su bondad nos llevará confío[88].

Después de ésta, otras muchas se cantaron y se bailaron muchas danzas y se tocaron distintas músicas; pero juzgando la reina que era tiempo de tener que irse a descansar, con las antorchas por delante cada uno a su cámara se fueron, y durante los dos días siguientes atendiendo a aquellas cosa que la reina había hablado, esperando con deseo la llegada del domingo.

TERMINA LA segunda JORNADA

TERCERA JORNADA

Comienza la tercera jornada del Decamerón, en la que se habla, bajo el gobierno de Neifile, sobre alguien que hubiera conseguido con industria alguna cosa muy deseada o alguna perdida recuperase.

LA aurora empezaba ya a convertirse de bermeja en anaranjada por la aproximación del sol cuando el domingo, levantada la reina y hecho levantar a su compañía, y habiendo mandado ya el senescal buen espacio por delante al lugar donde debían ir muchas de las cosas oportunas y quien allí preparase lo que era necesario, viendo ya a la reina en camino, prestamente haciendo cargar todas las demás cosas, como si de allí levantasen el campo, se fue con los bagajes, dejando a los sirvientes junto a las señoras y los señores. La reina, pues, con lento paso, acompañada y seguida por sus damas y los tres jóvenes, guiada por el canto de quién sabe si veinte ruiseñores y otros tantos pájaros, por un sendero no muy

frecuentado mas lleno de verdes hierbecillas y de flores que al sol que llegaba todas empezaban a abrirse, tomó el camino hacia occidente, y charlando y bromeando y riendo con su compañía, sin haber andado más de dos mil pasos, bastante antes de que mediada la hora de tercia estuviese, a una hermosísima y rica mansión que un tanto levantada sobre el suelo en un cerro estaba, les hubo conducido[89].

Entrados en la cual y andando por todas partes, y habiendo visto las grandes salas, las limpias y adornadas alcobas debidamente abastecidas de todo lo que a una alcoba corresponde, sumamente la alabaron y reputaron a su dueño por magnífico; después, bajando abajo, y viendo el amplísimo y alegre patio, las bodegas llenas de óptimos vinos y el agua fresquísima y abundante que de allí manaba, más aún lo alabaron. De allí, como deseosos de reposo en una galería desde donde todo el patio se señoreaba, estando todas las cosas llenas de las flores que el tiempo daba y de ramas, sentándose, vino el discreto senescal y con exquisitos dulces y óptimos vinos los recibió y confortó. Después de lo cual, haciendo abrir un jardín contiguo al palacio, allí, que estaba todo cercado por un muro, entraron; y pareciéndoles a primera vista

de maravillosa belleza todo el conjunto, más atentamente empezaron a mirar sus partes.

Tenía a su alrededor y por la mitad en bastantes partes paseos amplísimos, rectos como caminos y cubiertos por un emparrado que gran aspecto tenía de ir aquel año a dar muchas uvas; y todo florido entonces esparcía tan gran olor que, mezclado con el de muchas otras cosas que por el jardín olían, les parecía estar entre todos los aromas nacidos en el oriente. Los lados de los cuales paseos todos por rosales blancos y bermejos y por jazmines estaban casi cubiertos; por las cuales cosas, no ya de mañana sino cuando el sol estuviese más alto, bajo olorosas y deleitables sombras, sin ser tocado por él, se podía andar por ellos. Cuántas y cuáles y cómo estaban ordenadas las plantas que había en aquel lugar sería largo de contar; pero no hay ninguna estimable que en nuestro clima se dé, que no hubiese allí abundantemente. En mitad del cual, lo que no es menos digno de lo que otra cosa que allí hubiera sino mucho más, había un prado de menudísima hierba y tan verde que casi parecía negra, pintado todo de mil variedades de flores, cercado en torno por verdísimos y erguidos naranjos y por cedros, los cuales, teniendo frutos, los viejos y los nuevos, flores todavía, no solamente con sombra amable a

los ojos sino también al olfato lisonjeaban.

En medio del tal prado había una fuente de mármol blanquísimo y con maravillosas figuras esculpidas; allí dentro, no sé si natural o artificiosa, por una estatua que sobre una columna en el medio de aquélla estaba en pie, arrojaba tanta agua y tan alta hacia el cielo (que luego no sin deleitable sonido sobre la clarísima fuente volvía a caer) que hubiera hecho mover al menos un molino. La que después (aquélla, digo, que sobrepasaba el borde de la fuente) por vía oculta salía del pradecillo y por canalillos asaz bellos y artificiosamente hechos, fuera de aquello haciéndose ya manifiesta, todo lo rodeaba; y allí por canalillos semejantes por todas las partes del jardín discurría, recogiéndose últimamente en una parte por donde había salido del hermoso jardín y de allí, descendiendo clarísima hacia el llano antes de llegar a él, con grandísima fuerza y con no poca utilidad para su dueño, hacía dar vueltas a dos molinos.

Al ver este jardín, su bello orden, las plantas y la fuente con los arroyuelos procedentes de ella, tanto agradó a todas las mujeres y a los tres jóvenes, que todos comenzaron a afirmar que, si se pudiera hacer un paraíso en la tierra, no sabrían qué otra

forma sino aquella del jardín pudiera dársele, ni pensar, además de aquéllas, qué belleza podría añadírsele. Paseando, pues, contentísimos por allí, haciéndose bellísimas guirnaldas de varias ramas de árboles, oyendo siempre unos veinte modos de cantos de pájaros como si contendiesen el uno con el otro en el cantar, se apercibieron de una deleitosa belleza de que, sorprendidos por las demás, no se habían todavía apercibido: vieron que el jardín estaba lleno de cien especies de hermosos animales, y enseñándoselos uno al otro, de una parte salir conejos, por otra correr liebres, y dónde yacer cabritillos, y en algunas estar paciendo cervatillos vieron; y además de éstos, otras muchas clases de animales inofensivos, cada uno a su agrado, como domesticados, ir recreándose; las cuales cosas, a los otros placeres, mucho mayor placer sumaron.

Pero luego de que mucho hubieron andado, viendo ora esta cosa ora aquélla, habiendo hecho poner las mesas alrededor de la hermosa fuente, y cantando allí primero seis cancioncillas y danzando algunos bailes, cuando agradó a la reina se pusieron a comer, y servidos con grandísimo y bueno y reposado orden, y con buenas y delicadas viandas, más alegres se levantaron y a las tonadas y a los

cantos y a los bailes volvieron a darse hasta que a la reina, por el calor que había sobrevenido, pareció hora de que a quien le agradase, se fuera a acostar. Y algunos se fueron y algunos, vencidos por la belleza del lugar, irse no quisieron; sino que quedándose allí, quién a leer libros de caballerías, quién a jugar al ajedrez y quién a las tablas[90], mientras los otros dormían, se dedicaron.

Pero luego de que pasó la hora de nona, todos se levantaron y, habiéndose refrescado el rostro con la fresca agua, en el prado, como plugo a la reina, viniendo cerca de la fuente, y en él según la manera acostumbrada sentándose, se pusieron a esperar contar sus historias sobre la materia propuesta por la reina. De los que el primero a quien la reina dio el encargo fue a Filostrato, que comenzó de esta guisa:

Novela primera

Masetto de Lamporecchio se hace el mudo y entra como hortelano en un monasterio de mujeres, que porfían en acostarse con él.

HERMOSÍSIMAS señoras, bastantes hombres y mujeres hay que son tan necios que creen demasiado confiadamente que cuando a una joven se le ponen en la cabeza las tocas blancas y sobre los hombros se le echa la cogulla negra, que deja de ser mujer y ya no siente los femeninos apetitos, como si se la hubiese convertido en piedra al hacerla monja; y si por acaso algo oyen contra esa creencia suya, tanto se enojan cuanto si se hubiera cometido un grandísimo y criminal pecado contra natura, no pensando ni teniéndose en consideración a sí mismos, a quienes la plena libertad de hacer lo que quieran no puede saciar, ni tampoco al gran poder del ocio y la soledad. Y semejantemente hay todavía muchos que creen demasiado confiadamente que la azada y la pala y las comidas bastas y

las incomodidades quitan por completo a los labradores los apetitos concupiscentes y los hacen bastísimos de inteligencia y astucia. Pero cuán engañados están cuantos así creen me complace (puesto que la reina me lo ha mandado, sin salirme de lo propuesto por ella) demostraros más claramente con una pequeña historieta.

En esta comarca nuestra hubo y todavía hay un monasterio de mujeres, muy famoso por su santidad, que no nombraré por no disminuir en nada su fama; en el cual, no hace mucho tiempo, no habiendo entonces más que ocho señoras con una abadesa, y todas jóvenes, había un buen hombrecillo hortelano de un hermosísimo jardín suyo que, no contentándose con el salario, pidiendo la cuenta al mayordomo de las monjas, a Lamporecchio, de donde era, se volvió. Allí, entre los demás que alegremente le recibieron, había un joven labrador fuerte y robusto, y para villano hermoso en su persona, cuyo nombre era Masetto; y le preguntó dónde había estado tanto tiempo. El buen hombre, que se llamaba Nuto, se lo dijo; al cual, Masetto le preguntó a qué atendía en el monasterio. Al que Nuto repuso:

—Yo trabajaba en un jardín suyo hermoso y grande, y además de esto, iba alguna vez al

bosque por leña, traía agua y hacía otros tales servicios; pero las señoras me daban tan poco salario que apenas podía pagarme los zapatos. Y además de esto, son todas jóvenes y parece que tienen el diablo en el cuerpo, que no se hace nada a su gusto; así, cuando yo trabajaba alguna vez en el huerto, una decía: «Pon esto aquí», y la otra: «Pon aquí aquello» y otra me quitaba la azada de la mano y decía: «Esto no está bien»; y me daba tanto coraje que dejaba el laboreo y me iba del huerto, así que, entre por una cosa y la otra, no quise estarme más y me he venido. Y me pidió su mayordomo, cuando me vine, que si tenía alguien a mano que entendiera en aquello, que se lo mandase, y se lo prometí, pero así le guarde Dios los riñones que ni buscaré ni le mandaré a nadie.



A Masetto, oyendo las palabras de Nuto, le vino al ánimo un deseo tan grande de estar con estas monjas que todo se derretía comprendiendo por las palabras de Nuto que podría conseguir algo de lo que deseaba. Y considerando que no lo conseguiría si decía algo a Nuto, le dijo:

—¡Ah, qué bien has hecho en venirte! ¿Qué es un hombre entre mujeres? Mejor estaría con diablos: de siete veces seis no saben lo que ellas mismas quieren.

Pero luego, terminada su conversación, empezó Masetto a pensar qué camino debía seguir para poder estar con ellas; y conociendo que sabía hacer bien los trabajos que Nuto hacía, no temió perderlo por aquello, pero temió no ser admitido porque era demasiado joven y aparente. Por lo que, dando vueltas a muchas cosas, pensó:

«El lugar es bastante alejado de aquí y nadie me conoce allí, si sé fingir que soy mudo, por cierto que me admitirán».

Y deteniéndose en aquel pensamiento, con una segur al hombro, sin decir a nadie adónde fuese, a guisa de un hombre pobre se fue al monasterio; donde, llegado, entró dentro y por ventura encontró al mayordomo en el patio, a

quien, haciendo gestos como hacen los mudos, mostró que le pedía de comer por amor de Dios y que él, si lo necesitaba, le partiría la leña. El mayordomo le dio de comer de buena gana; y luego de ello le puso delante de algunos troncos que Nuto no había podido partir, los que éste, que era fortísimo, en un momento hizo pedazos. El mayordomo, que necesitaba ir al bosque, lo llevó consigo y allí le hizo cortar leña; después de lo que, poniéndole el asno delante, por señas le dio a entender que lo llevase a casa. Él lo hizo muy bien, por lo que el mayordomo, haciéndole hacer ciertos trabajos que le eran necesarios, más días quiso tenerlo; de los cuales sucedió que un día la abadesa lo vio, y preguntó al mayordomo quién era. El cual le dijo:

—Señora, es un pobre hombre mudo y sordo, que vino uno de estos días a por limosna, así que le he hecho un favor y le he hecho hacer bastantes cosas de que había necesidad. Si supiese labrar un huerto y quisiera quedarse, creo estaríamos bien servidos, porque él lo necesita y es fuerte y se podría hacer de él lo que se quisiera; y además de esto no tendríais que preocuparos de que gastase bromas a vuestras jóvenes.

Al que dijo la abadesa:

—Por Dios que dices verdad: entérate si sabe labrar e ingéniate en retenerlo; dale unos pares de escarpines[90a], algún capisayo[90b] viejo, y halágalo, hazle mimos, dale bien de comer.

El mayordomo dijo que lo haría. Masetto no estaba muy lejos, pero fingiendo barrer el patio oía todas estas palabras y se decía:

«Si me metéis ahí dentro, os labraré el huerto tan bien como nunca os fue labrado».

Ahora, habiendo el mayordomo visto que sabía óptimamente labrar y preguntándole por señas si quería quedarse aquí, y éste por señas respondiéndole que quería hacer lo que él quisiese, habiéndolo admitido, le mandó que labrase el huerto y le enseñó lo que tenía que hacer; luego se fue a otros asuntos del monasterio y lo dejó. El cual, labrando un día tras otro, las monjas empezaron a molestarle y a ponerlo en canciones, como muchas veces sucede que otros hacen a los mudos, y le decían las palabras más malvadas del mundo no creyendo ser oídas por él; y la abadesa que tal vez juzgaba que él tan sin cola estaba como sin habla, de ello poco o nada se preocupaba. Pero sucedió que habiendo trabajado un día mucho y estando descansando, dos monjas que andaban por el jardín se acercaron a

donde estaba, y empezaron a mirarle mientras él fingía dormir. Por lo que una de ellas, que era algo más decidida, dijo a la otra:

—Si creyese que me guardabas el secreto te diría un pensamiento que he tenido muchas veces, que tal vez a ti también podría agradarte.

La otra repuso:

—Habla con confianza, que por cierto no lo diré nunca a nadie.

Entonces la decidida comenzó:

—No sé si has pensado cuán estrictamente vivimos y que aquí nunca ha entrado un hombre sino el mayordomo, que es viejo, y este mudo: y muchas veces he oído decir a muchas mujeres que han venido a vernos que todas las dulzuras del mundo son una broma con relación a aquella de unirse la mujer al hombre. Por lo que muchas veces me ha venido al ánimo, puesto que con otro no puedo, probar con este mudo si es así, y éste es lo mejor del mundo para ello porque, aunque quisiera, no podría ni sabría contarlo; ya ves que es un mozo tonto, más crecido que con juicio. Con gusto oiré lo que te parece de esto.

—¡Ay! —dijo la otra—, ¿qué es lo que

dices? ¿No sabes que hemos prometido nuestra virginidad a Dios?

—¡Oh! —dijo ella—, ¡cuántas cosas se le prometen todos los días de las que no se cumple ninguna! ¡Si se lo hemos prometido, que sea otra u otras quienes cumplan la promesa!

A lo que la compañera dijo:

—Y si nos quedásemos grávidas, ¿qué iba a pasar?

Entonces aquélla dijo:

—Empiezas a pensar en el mal antes de que te llegue; si sucediere, entonces pensaremos en ello: podrían hacerse mil cosas de manera que nunca se sepa, siempre que nosotras mismas no lo digamos.

Ésta, oyendo esto, teniendo más ganas que la otra de probar qué animal era el hombre, dijo:

—Pues bien, ¿qué haremos?

A quien aquélla repuso:

—Ves que va a ser nona; creo que las sores están todas durmiendo menos nosotras; miremos por el huerto a ver si hay alguien, y si

no hay nadie, ¿qué vamos a hacer sino cogerlo de la mano y llevarlo a la cabaña dónde se refugia cuando llueve, y allí una se queda dentro con él y la otra hace guardia? Es tan tonto que se acomodará a lo que queremos.

Masetto oía todo este razonamiento, y dispuesto a obedecer, no esperaba sino ser tomado por una de ellas. Ellas, mirando bien por todas partes y viendo que desde ninguna podían ser vistas, aproximándose la que había iniciado la conversación a Masetto, le despertó y él incontinenti se puso en pie; por lo que ella con gestos halagadores le cogió de la mano, y él dando sus tontas risotadas, lo llevó a la cabaña, donde Masetto, sin hacerse mucho rogar hizo lo que ella quería. La cual, como leal compañera, habiendo obtenido lo que quería, dejó el lugar a la otra, y Masetto, siempre mostrándose simple, hacía lo que ellas querían; por lo que antes de irse de allí, más de una vez quiso cada una probar cómo cabalgaba el mudo, y luego, hablando entre ellas muchas veces, decían que en verdad aquello era tan dulce cosa, y más, como habían oído; y buscando los momentos oportunos, con el mudo iban a juguetear.

Sucedió un día que una compañera suya, desde una ventana de su celda se apercibió del tejemaneje y se lo enseñó a otras dos; y

primero tomaron la decisión de acusarlas a la abadesa, pero después, cambiando de parecer y puestas de acuerdo con aquéllas, en participantes con ellas se convirtieron del poder de Masetto; a las cuales, las otras tres, por diversos accidentes, hicieron compañía en varias ocasiones. Por último, la abadesa, que todavía no se había dado cuenta de estas cosas, paseando un día sola por el jardín, siendo grande el calor, se encontró a Masetto (el cual con poco trabajo se cansaba durante el día por el demasiado cabalgar de la noche) que se había dormido echado a la sombra de un almendro, y habiéndole el viento levantado las ropas, todo al descubierto estaba. Lo cual mirando la señora y viéndose sola, cayó en aquel mismo apetito en que habían caído sus monjitas; y despertando a Masetto, a su alcoba se lo llevó, donde varios días, con gran quejumbre de las monjas porque el hortelano no venía a labrar el huerto, lo tuvo, probando y volviendo a probar aquella dulzura que antes solía censurar ante las otras.

Por último, mandándole de su alcoba a la habitación de él y requiriéndole con mucha frecuencia y queriendo de él más de una parte, no pudiendo Masetto satisfacer a tantas, pensó que de su mudez si duraba más podría venirle gran daño; y por ello una noche, estando con la

abadesa, roto el frenillo, empezó a decir:

—Señora, he oído que un gallo basta a diez gallinas, pero que diez hombres pueden mal y con trabajo satisfacer a una mujer, y yo que tengo que servir a nueve; en lo que por nada del mundo podré aguantarlo, pues que he venido a tal, por lo que hasta ahora he hecho, que no puedo hacer ni poco ni mucho; y por ello, o me dejáis irme con Dios o le encontráis un arreglo a esto.

La señora, oyendo hablar a éste a quien tenía por mudo, toda se pasmó, y dijo:

—¿Qué es esto? Creía que eras mudo.

—Señora —dijo Masetto—, sí lo era pero no de nacimiento, sino por una enfermedad que me quitó el habla, y por primera vez esta noche siento que me ha sido restituida, por lo que alabo a Dios cuanto puedo.

La señora lo creyó y le preguntó qué quería decir aquello de que a nueve tenía que servir. Masetto le dijo lo que pasaba, lo que oyendo la abadesa, se dio cuenta de que no había monja que no fuese mucho más sabia que ella; por lo que, como discreta, sin dejar irse a Masetto, se dispuso a llegar con sus monjas a un entendimiento en estos asuntos, para que por Masetto no fuese vituperado el monasterio.

Y habiendo por aquellos días muerto el mayordomo, de común acuerdo, haciéndose manifiesto en todas lo que a espaldas de todas se había estado haciendo, con placer de Masetto hicieron de manera que las gentes de los alrededores creyeran que por sus oraciones y por los méritos del santo a quien estaba dedicado el monasterio, a Masetto, que había sido mudo largo tiempo, le había sido restituida el habla, y le hicieron mayordomo; y de tal modo se repartieron sus trabajos que pudo soportarlos. Y en ellos bastantes monaguillos engendró pero con tal discreción se procedió en esto que nada llegó a saberse hasta después de la muerte de la abadesa, estando ya Masetto viejo y deseoso de volver rico a su casa; lo que, cuando se supo, fácilmente lo consiguió. Así, pues, Masetto, viejo, padre y rico, sin tener el trabajo de alimentar a sus hijos ni pagar sus gastos, por su astucia habiendo sabido bien proveer a su juventud, al lugar de donde había salido con una segur al hombro, volvió, afirmando que así trataba Cristo a quien le ponía los cuernos sobre la guirnalda.

Novela segunda

Un palafrenero yace con la mujer del rey Agilulfo, de lo que Agilulfo sin decir nada se apercibe, lo encuentra y le corta el pelo; el tonsurado a todos los demás tonsura y así se salva de lo que le amenaza.

HABIENDO llegado el fin de la historia de Filostrato, con la que algún veces se habían sonrojado un poco las señoras y algunas otras se habían reído, plugo a la reina que Pampínea siguiese novelando; la cual, comenzando con sonriente gesto, dijo:

Hay algunos tan poco discretos al querer mostrar que conocen y sienten lo que no les conviene saber, que algunas veces con esto, al castigar las desapercibidas faltas de otros, creen que su vergüenza menguan cuando por el contrario la acrecientan infinitamente; y que esto es verdad, por medio de su contrario, mostrándoos la astucia de alguien quizá tenido por de menos valor que Masetto contra la prudencia de un valeroso rey, lindas señoras,

entiendo que será demostrado por mí.

Agilulfo, rey de los longobardos, así como sus predecesores habían hecho, en Pavia, ciudad de la Lombardía, estableció la sede de su reino, habiendo tomado por mujer a Teudelinga, que había quedado viuda de Auttari, que también había sido rey de los longobardos, la cual era hermosísima mujer, muy sabía y honesta, pero desventurada en amores[91]. Y estando por el valor y el juicio de este rey Agilulfo las cosas de los longobardos prósperas y en paz, sucedió que un palafrenero de dicha reina, hombre de vilísima condición por su nacimiento pero por otras cosas mucho mejor de lo que correspondía a tal vil menester, y en su persona hermoso y alto como era el rey, se enamoró desmesuradamente de la reina; y porque su bajo estado no le quitaba la comprensión de que este amor suyo estaba fuera de toda conveniencia, como sabio, a nadie lo descubría, ni aun en la mirada se atrevía a descubrirlo.

Y aunque sin ninguna esperanza viviese de poder agradarla nunca, se gloriaba consigo sin embargo de haber puesto sus pensamientos en alta parte; y como quien todo ardía en amoroso fuego, diligentemente hacía, más que cualquier otro de sus compañeros, todas las cosas que debían agradar a la reina. Por lo que sucedía

que la reina, cuando tenía que montar a caballo, con más gusto cabalgaba en el palafrén cuidado por éste que por algún otro; lo que, cuando sucedía, éste se lo tomaba como grandísimo favor, y nunca del estribo se le apartaba, teniéndose por feliz sólo con poder tocarle las ropas. Pero como vemos suceder con mucha frecuencia que cuanto disminuye la esperanza, tanto se hace mayor el amor, así sucedía con el pobre palafrenero, mientras dolorosísimo le era poder soportar el gran deseo tan ocultamente como lo hacía, no siendo ayudado por ninguna esperanza; y muchas veces, no pudiendo desligarse de este amor, deliberó morir.

Y pensando de este modo, tomó el partido de querer recibir esta muerte por alguna cosa por la que le pareciese que moría por el amor que a la reina había tenido y tenía; y esta cosa se propuso que fuera tal que en ella tentase la fortuna de poder en todo o en parte conseguir su deseo. Y no se dio a decir palabras a la reina o a por cartas hacerle saber su amor, que sabía que en vano diría o escribiría, sino a querer probar si con astucia podría acostarse con la reina; y no otra astucia ni vía había sino encontrar el modo de que, como si fuese el rey, que sabía que no se acostaba con ella de continuo, pudiera llegar a ella y entrar en su

cámara. Por lo que, para ver en qué manera y qué hábito el rey, cuando iba a estar con ella, iba, muchas veces por la noche en una gran sala del palacio del rey, que estaba en medio entre la cámara del rey y de la reina, se escondió; y una noche entre otras, vio al rey salir de su cámara envuelto en un gran manto y tener en una mano una pequeña antorcha encendida y en la otra una varita, e ir a la cámara de la reina y, sin decir nada, golpear una vez o dos la puerta de la cámara con aquella varita, e incontinenti serle abierto y quitarle de la mano la antorcha. La cual cosa vista, y semejantemente viéndolo retornar, pensó que debía hacer él otro tanto; y encontrando modo de tener un manto semejante a aquel que había visto al rey y una antorcha y estaca, y lavándose primero bien en un caldero, para que no fuese a molestar a la reina el olor del estiércol y la hiciese darse cuenta del engaño, con estas cosas, como acostumbraba, en la gran sala se escondió.

Y sintiendo que ya en todas partes dormían, y pareciéndole tiempo o de dar efecto a su deseo o de hacer camino con alta razón a la deseada muerte, haciendo con la piedra y el eslabón que había llevado consigo un poco de fuego, encendió su antorcha, y oculto y envuelto en el manto se fue a la puerta de la

cámara y dos veces la golpeó con la varita. La cámara por una camarera toda somnolienta fue abierta y la luz cogida y ocultada; donde él, sin decir cosa alguna, pasado dentro de la cortina y dejado el manto, se metió en la cama donde la reina dormía. Y tomándola deseosamente en brazos, mostrándose airado porque sabía que era costumbre del rey que no quería oír ninguna cosa cuando airado estaba, muchas veces carnalmente conoció a la reina.

Y aunque doloroso le pareciese partir, temiendo que la demasiada demora le fuese ocasión de convertir en tristeza el deleite tenido, se levantó y tomando su manto y la luz, sin decir nada se fue, y lo antes que pudo se volvió a su cama. Y apenas podía estar en ella cuando el rey, levantándose, se fue la cámara de la reina, de lo que ella se maravilló mucho; y habiendo él entrado en el lecho y saludándola alegremente, ella, de su alegría tomando valor, dijo:

—Oh, señor mío, ¿qué novedad hay esta noche? Os habéis partido de muy poco ha, y más de lo acostumbrado habéis tomado placer de mí, ¿y tan pronto volvéis a empezar? Cuidaos de lo que hacéis.

El rey, al oír estas palabras, súbitamente presumió que la reina, por la semejanza de las

costumbres y de la persona había sido engañada, pero, como sabio, súbitamente pensó (pues vio que la reina no se había dado cuenta ni nadie más) que no quería hacerla caer en la cuenta; lo que muchos necios no hubieran hecho, sino que habrían dicho: «No he sido yo; ¿quién fue quién estuvo aquí?, ¿cómo fue?, ¿quién ha venido?». De lo que habrían nacido muchas cosas por las que sin razón habrían contristado a la señora y dado materia de desear otra vez lo que ya había sentido; y aquello, que callándolo no podía traerle ninguna vergüenza, diciéndolo le habría traído vituperio Le contestó entonces el rey, más en el pensamiento que en el rostro o las palabras airado:

—Señora, ¿no os parezco hombre de poder haber estado otra vez y volver además ésta?

A lo que la dama contestó:

—Señor mío, sí, pero yo os ruego que miréis por vuestra salud.

Entonces el rey dijo:

—Y que me place seguir vuestro consejo, y esta vez sin daros más empacho voy a volverme.

Y teniendo ya el ánimo lleno de ira y de rencor por lo que veía que le habían hecho, volviendo a tomar su manto se fue de la cámara y quiso encontrar silenciosamente quién había hecho aquello, imaginando que debía ser de la casa, y que cualquiera que fuese no habría podido salir de ella. Cogiendo, pues, una pequeñísima luz en una linternilla se fue a una larguísima habitación que en su palacio había sobre las cuadras de los caballos, en la cual casi toda su servidumbre dormía en diversas camas; y juzgando que a quienquiera que hubiese hecho aquello que la dama decía, no se le habría podido todavía reposar el pulso y el latido del corazón por el prolongado afán, empezando por uno de los extremos de la habitación, empezó a ir tocándoles el pecho a todos, para saber si les latía el corazón con fuerza.

Como sucediese que todos dormían profundamente, el que con la reina había estado no dormía todavía; por la cual cosa, viendo venir al rey y dándose cuenta de lo que andaba buscando, fuertemente empezó a temblar, tanto que el golpear del pecho que tenía por el cansancio fue aumentado por el miedo; y dándose cuenta firmemente de que, si el rey se apercibía de aquello, sin tardanza le haría morir. Y aunque varias cosas que podría

hacer le pasaron por la cabeza, viendo sin embargo al rey sin ninguna arma, deliberó hacerse el dormido y esperar lo que el rey hiciese. Habiendo, pues, el rey a muchos buscado y no encontrando a ninguno a quien juzgase haber sido aquél, llegó a éste, y notando que le latía fuertemente el corazón, se dijo: «Éste es aquél».

Pero como quien nada de lo que quería hacer entendía que se supiese, no le hizo otra cosa sino que, con un par de tijerillas que había llevado, le cortó un poco de uno de los lados los cabellos, que en aquel tiempo se llevaban larguísimos, para por aquella señal reconocerlo la mañana siguiente; y hecho esto, se volvió a su cámara. Éste, que todo aquello había sentido, como quien era malicioso, claramente se dio cuenta de por qué había sido señalado; por lo que, sin esperar un momento, se levantó, y encontrando un par de tijerillas, de las que por ventura había un par en la cuadra para el servicio de los caballos, cautamente dirigiéndose a cuantos en aquella habitación dormían, a todos de manera igual sobre las orejas les cortó el pelo; y hecho esto, sin que le oyeran, se volvió a dormir.

El rey, levantado por la mañana, mandó que, antes que las puertas del palacio se abriesen, toda su servidumbre viniese ante él; y

así se hizo. A todos los cuales, estando delante de él sin nada en la cabeza, empezó a mirar para reconocer al que él había tonsurado; y viendo a la mayoría de ellos con los cabellos de un mismo modo cortados, se maravilló, y se dijo:

«Aquél a quien estoy buscando, aunque de baja condición sea, bien muestra ser hombre de alto ingenio».

Luego, viendo que sin divulgarlo no podía encontrar al que buscaba, dispuesto a no querer por una pequeña venganza cubrirse de gran vergüenza, sólo con unas palabras le plugo amonestarlo y mostrarle que se había dado cuenta de lo ocurrido; y volviéndose a todos, dijo:

—Quien lo hizo que no lo haga más, e idos con Dios.

Otro habría querido darle suplicio, martirizarlo, interrogarle y preguntarle y al hacerlo habría descubierto lo que cualquiera debe tratar de ocultar; y al ponerse al descubierto, aunque se hubiera vengado cumplidamente, no menguado sino mucho habría aumentado su vergüenza y manchado el honor de su mujer. Los que aquellas palabras oyeron se maravillaron y largamente

dilucidaron entre sí qué habría querido decir el rey con aquello, pero no hubo ninguno que lo entendiese sino sólo aquél a quien tocaba. El cual, como sabio, nunca, en vida del rey lo descubrió, ni nunca más su vida con tal acción fió a la fortuna.

Novela tercera

Bajo especie de confesión y de purísima conciencia una señora enamorada de un joven induce a un grave fraile, sin darse él cuenta, a hallar la manera de que el placer de ella tuviese entero cumplimiento.

CALLABA ya Pampínea, y ya la osadía y la cautela del palafrenero había sido alabada por muchos de ellos, y semejantemente el buen juicio del rey, cuando la reina, volviéndose hacia Filomena, le ordenó continuar; por lo cual Filomena, graciosamente comenzó a, hablar así:

Yo entiendo contaros una burla que fue muy justamente hecha por una hermosa señora a un grave fraile, que tanto más a todo seglar agrada cuanto que éstos (la mayoría estupidísimos y hombres de extrañas maneras y costumbres) se creen que más que los otros en todas las cosas valen y saben, cuando son de mucho menor valor, como quienes por vileza de ánimo, no teniendo inventiva para

sustentarse como los demás hombres, se refugian donde puedan tener qué comer, como el puerco. La que, oh amables señoras, os contaré no sólo por obedecer la orden impuesta sino también para advertiros de que también los religiosos (a quienes nosotras, sobremanera crédulas, demasiada fe prestamos) pueden ser y son algunas veces, no ya por los hombres sino por algunas de nosotras, sagazmente burlados.



En nuestra ciudad, más llena de engaños que de amor o lealtad, no hace todavía muchos años, hubo una noble señora adornada de belleza y de costumbres, con alteza de ánimo y con sutiles agudezas tan dotada como la que más por la naturaleza, cuyo nombre (ni

tampoco ninguno otro que pertenezca a la presente historia) aunque yo lo sepa, no entiendo descubrir porque todavía viven algunos que se llenarían por ello de indignación cuando con risa se debe hablar de ello. Ésta, pues, viéndose nacida de alto linaje y casada con un artesano lanero porque era riquísimo, no pudiendo deponer el desdén de su ánimo según el cual estimaba que ningún hombre de baja condición, por riquísimo que fuese, era digno de mujer noble; y viéndole a él además, con todas sus riquezas, no ser capaz de nada sino de saber distinguir una mezcla o hacer urdir una tela o una hilandera disputar sobre lo hilado, se propuso no querer de ninguna manera sus abrazos sino cuando no pudiera negárselos, sino encontrar alguien a su gusto que le pareciese más digno de ellos que el lanero.

Y enamoróse de un muy valeroso hombre y de mediana edad tanto que, el día que no lo veía no podía pasar la noche siguiente sin sentimiento; pero el hombre de pro, no dándose cuenta de aquello, nada se preocupaba, y ella, que muy cauta era, ni por embajada de ninguna mujer ni por carta osaba hacérselo saber, temiendo que podrían sobrevenir posibles peligros. Y dándose cuenta que aquél frecuentaba mucho a un religioso

que, aunque fuera zopenco y obtuso, no dejaba de tener fama entre todos de hombre de mucha valía porque era de santísima vida, juzgó que aquél podía ser óptimo intermediario entre ella y su amante. Y habiendo pensado qué le convenía hacer, se fue a una hora oportuna a la iglesia donde él iba y, haciéndole llamar, dijo que cuando le placiera, con él quería confesarse. El fraile, viéndola y estimándola mujer de linaje, la escuchó de buena gana, y ella después de la confesión dijo:

—Padre mío, necesito recurrir a vos por ayuda y por consejo en lo que vais a oír. Yo sé, porque os lo he dicho, que conocéis a mis parientes y a mi marido, por el cual soy amada más que su vida, y ninguna cosa deseo que él, como hombre que es riquísimo y que puede bien hacerlo, no lo adquiera incontinenti; por las cuales cosas más que a mí misma le amo; y dejemos aparte que lo hiciese, pero si siquiera pensase alguna cosa que contra su honor o gusto fuera, ninguna mujer culpable sería más digna del fuego que yo. Ahora, uno de quien en verdad no sé el nombre, pero que me parece persona de bien, y si no estoy engañada os frecuenta mucho, apuesto y alto en la persona, vestido de paños oscuros muy honrados[92], tal vez no percatándose de que mi intención era tal como es, parece que me ha puesto sitio y no

puedo asomarme a puerta ni ventana ni salir de casa sin que él incontinenti no se ponga delante; y me maravillo de que no esté aquí ahora; de lo que mucho me duele, porque tales maneras hacen con frecuencia a las damas honestas ser censuradas sin culpa. He tenido en el ánimo hacérselo decir alguna vez a mis hermanos, pero luego he pensado que los hombres hacen algunas veces las embajadas de manera que las respuestas que se siguen son malas, de lo que nacen palabras, y de las palabras se llega a las obras; por lo que, para que daño y escándalo no se provocasen de ello, me lo he callado, y deliberé decíroslo antes a vos que a otros, tanto porque me parece que su amigo sois como también porque a vos os está bien de tales cosas no ya a los amigos sino a los extraños reprender. Por lo que os ruego en nombre de Dios que le reprendáis y roguéis que no siga con estas costumbres. Hay bastantes mujeres que por ventura estarán dispuestas a estas cosas y les agradará ser miradas y deseadas por él, mientras a mí me es gravísima molestia, como que de ningún modo tengo el ánimo dispuesto a tal materia.

Y dicho esto, como si lagrimear quisiese, bajó la cabeza. El santo fraile comprendió en seguida que hablaba de aquel de quien

verdaderamente hablaba, y alabando mucho a la señora por ésta su buena disposición firmemente creyendo ser verdad lo que decía, le prometió actuar así y de tal manera que por aquel tal no sería molestada, y sabiendo que era muy rica, le alabó las obras de caridad y las limosnas, contándole sus necesidades. A lo que la señora dijo:

—Os lo ruego por Dios; y si lo negase, decidle con firmeza que soy yo quien os ha dicho esto y a vos me he dolido.

Y luego, hecha la confesión e impuesta la penitencia, acordándose de los encomios hechos por el fraile a las limosnas, llenándole ocultamente la mano de dineros, le rogó que dijese misas por el alma de sus muertos; y levantándose de junto a sus pies, se volvió a casa.

A ver al santo fraile no después de mucho tiempo, como acostumbraba vino el hombre de pro; al cual, luego de que de una cosa y de otra hubieran hablado juntos durante algún tiempo, llevándole aparte, con modos muy corteses le reprendió la atención y las miradas que creía que dedicaba a aquella señora, tal como ella le había explicado. El hombre de pro se maravilló, como quien nunca la había mirado y rarísimas veces acostumbraba a pasar por delante de su

casa, y empezó a querer excusarse; pero el fraile no le dejó hablar, sino que le dijo:

—Ahora, no finjas maravillarte ni gastes palabras en negarlo, porque no puedes; no he sabido estas cosas por los vecinos: ella misma, mucho quejándose de ti, me las ha dicho. Y si a ti estas chanzas ya no te están bien, de ella te digo esto: que, si jamás he encontrado alguna esquiva a estas tonterías, ella es; y por ello, por tu honor y por tu tranquilidad, te ruego que te retraigas y déjala estar en paz.

El hombre de pro, más agudo que el santo fraile, sin demasiada tardanza la argucia de la mujer comprendió, y mostrando avergonzarse un tanto, dijo que no se entrometería en aquello de allí en adelante; y separándose del fraile, de su casa fue a la de la señora, la cual siempre estaba asomada a una pequeña ventana por verlo si pasaba. Y viéndolo venir, tan alegre y tan graciosa se le mostró que él asaz bien pudo comprender que había la verdad entendido por las palabras del fraile; y de aquel día en adelante, asaz cautamente, con placer suyo y con grandísimo deleite y consuelo de la señora fingiendo que otro asunto fuese el motivo, continuó pasando por aquel barrio.

Pero la señora después de algún tiempo, ya convencida de que le gustaba tanto como él

a ella, deseosa de inflamarlo más y asegurarle del amor que le tenía, buscando el lugar y el momento, al santo fraile volvió, y echándosele a los pies en la iglesia, empezó a llorar. El fraile, viendo esto, le preguntó compasivamente que qué novedad traía. La señora repuso:

—Padre mío, las noticias que traigo no son sino de aquel maldito de Dios amigo vuestro de quien me he quejado a vos hace unos días, porque creo que haya nacido para irritarme grandemente y para hacerme hacer algo por lo que nunca podré ya estar contenta ni me atreveré a ponerme aquí a vuestros pies.

—¡Cómo! —dijo el fraile—, ¿no ha dejado de molestarte?

—Cierto que no —dijo la señora—, pues desde que me quejé a vos de ello, como por despecho, habiendo tomado sin duda a mal que me haya quejado a vos, por una vez que pasaba, creo que después ha pasado siete por allí. Y quisiera Dios que el pasar y el mirarme le hubiera bastado; pero ha sido tan atrevido y tan descarado que hasta ayer me mandó a una mujer a casa con noticias suyas y con sus vanidades, y como si yo no tuviese escarcelas o cintos me mandó una escarcela y un cinto, lo que he tomado y tomo tan a mal que creo que si no hubiera pensado en el escándalo, y

también por vuestro amor, habría armado un zipizape; pero al fin me he serenado y no he querido hacer ni decir nada sin hacéroslo saber antes. Y además de esto, habiendo ya devuelto la escarcela y el cinto a la mujercilla que los había traído, para que se los devolviese, y habiéndola despedido de malos modos, temiendo que se fuera a quedar con ellos y le dijera que yo los había aceptado, como entiendo que hacen algunas veces, la volví a llamar y llena de enojo se los quité de la mano y os los he traído a vos, para que se los deis y le digáis que no tengo necesidad de sus cosas, porque, por merced de Dios, y de mi marido, tengo tantas escarcelas y tantos cintos que podría enterrarle con ellos. Y luego de esto, como ante su padre me excuso ante vos de que si no se corrige, lo diré a mi marido y a mis hermanos, y que suceda lo que sea; que más quiero que él reciba injurias si debe recibirlas que ser difamada por su culpa; ¡y hermano, así está ello!

Y dicho esto, siempre llorando fuertemente, se sacó de debajo de la saya una preciosísima y rica escarcela con un valioso y elegante cintillo y se la echó al fraile en el regazo; el cual, totalmente creyendo lo que la señora le decía, airado desmesuradamente lo tomó y dijo:

—Hija, si de estas cosas te enojas no me maravillo ni te reprendo por ello; sino que mucho te alabo que sigas en esto mis consejos. Yo le reprendí el otro día, y él mal ha cumplido lo que me prometió; por lo que, entre aquello y esto que acaba de hacer entiendo tirarle de las orejas de tal manera que no te moleste más; y tú, con la bendición de Dios, no te dejes vencer tanto por la ira que vayas a decírselo a alguno de los tuyos, que podría seguirse de ello mucho mal. Y no pienses que de esto te va a venir ninguna calumnia, que yo seré siempre, ante Dios y ante los hombres, firmísimo testigo de tu honestidad.

La señora fingió consolarse un tanto, y dejando esta conversación, como quien su avaricia y la de los demás conocía, dijo:

—Señor, estas noches se me han aparecido mucho mis padres en sueños y me parece que están en grandísimas penas y lo que piden es limosnas, especialmente mi mamá, que me parece tan afligida e infeliz que es una lástima verla; creo que esté pasando grandísimos sufrimientos al verme en esta tribulación a causa de ese enemigo de Dios, y por ello querría que me dijeseis por sus almas las cuarenta misas gregorianas y vuestras oraciones, a fin de que Dios los saque de aquel fuego atormentador.

Y dicho esto, le puso en la mano un florín. El santo fraile lo tomó alegremente, y con buenas palabras y con muchos ejemplos alentó su devoción y dándole su bendición la dejó irse. Y cuando se fue la señora, no dándose cuenta que le había tomado el pelo, mandó a por su amigo; el cual, venido y viéndole airado, se apercibió incontinenti de que había noticias de la mujer, y esperó a ver qué decía el fraile. El cual, repitiéndole las palabras que le había dicho otras veces y hablándole ahora insultantemente y enojado, le reprendió mucho por lo que le había dicho la señora que había hecho. El hombre de pro, que todavía no veía adónde el fraile quería llegar, negaba con bastante blandura que le hubiera mandado la escarcela y el cinto, para que el padre no lo creyese, si por acaso la mujer se la hubiera dado. Pero el padre, muy enfadado, dijo:

—¿Cómo puedes negarlo, mal hombre? Ahí lo tienes, que ella misma llorando me lo ha traído: ¡mira a ver si lo conoces!

El hombre de pro, haciendo como que se avergonzaba mucho, dijo:

—Claro que lo conozco, y os confieso que he hecho mal; y os juro que, pues que en esa disposición la veo, que nunca más oiréis una palabra de esto.

Ahora, las palabras fueron muchas: al final, el borrego del fraile le dio la escarcela y el cintillo a su amigo, y luego de mucho haberle adoctrinado y rogado que no se ocupase más de aquellas cosas, y habiéndoselo él prometido, le dio licencia. El hombre de pro, contentísimo de la certeza que tener le parecía del amor de la mujer y del hermoso presente, cuando se separó del fraile se fue a un lugar de donde cautamente hizo a su señora ver que tenía la una y la otra cosa; de lo que la señora estuvo muy contenta, y más aún porque le parecía que su invención iba de bien en mejor.

Y no esperando nada más ya, sino a que su marido se fuese a cualquier parte, para finalizar su obra, sucedió que, por alguna razón, no mucho después de esto tuvo el marido que ir hasta Génova. Y en cuanto se hubo montado a caballo por la mañana y puesto en camino, se fue la señora a donde el santo fraile, y luego de muchas quejumbres, llorando, le dijo:

—Padre mío, ahora sí os digo que no puedo aguantar más; pero porque el otro día os prometí que no haría nada que antes no os dijese, he venido a excusarme con vos; y para que creáis que tengo razón en llorar y quejarme, quiero deciros lo que vuestro amigo, o diablo del infierno, me hizo esta mañana poco

antes de maitines. No sé qué mala suerte le hizo saber que mi marido se fue ayer por la mañana a Génova; pero esta mañana, a la hora que os he dicho, entró en un jardín mío y por un árbol subió hasta la ventana de mi cámara, que da sobre el jardín; y ya había abierto la ventana y quería entrar en la cámara cuando yo, despertándome, me levanté de repente y me había dispuesto a gritar, y habría gritado a no ser que él, que todavía dentro no estaba, me pidió merced por Dios y por vos, diciéndome quién era; con lo que, al oírlo, por amor vuestro me callé, y desnuda como nací corrí a cerrarle la ventana en la cara, y él en mala hora creo que se fue, porque no lo sentí más. Ahora, si esto es cosa que pueda aguantarse, decídmelo; en cuanto a mí, no entiendo soportarle más pues por amor de vos ya le he sufrido demasiadas.

El fraile al oír esto se sintió lo más irritado del mundo y no sabía qué decir sino que muchas veces le preguntó si había visto bien que fuese él y no otro. A lo que la señora repuso:

—¡Alabado sea Dios, si no voy a distinguirle a él de cualquiera otro! Digo que vi que fue él, y aunque lo negase él, no se lo creáis.

Dijo entonces el fraile:

—Hija mía, no hay más que hablar, que esto ha sido demasiado atrevimiento y una cosa demasiado mal hecha, e hiciste lo que debías al echarlo de allí como hiciste. Pero te ruego, puesto que Dios te libró del deshonor, que, así como has seguido mi consejo dos veces seguidas, lo hagas esta vez, es decir, que sin quejarte de ello a ninguno de tus parientes me dejes hacer a mí, y ver si puedo ponerle freno a ese demonio desenfrenado que yo creía que era un santo; y si puedo llegar a apartarle de esta bestialidad, bien; y si no pudiera, desde ahora te doy permiso y mi bendición para que hagas lo que en tu ánimo juzgues por bueno.

—Pues bien —dijo la señora—, por esta vez no quiero enfadaros ni desobedeceros, pero haced de manera que se guarde de molestarme más, y os prometo no volver a venir más por este asunto.

Y sin decir más, como enojada, se fue de donde el fraile. Y apenas había salido de la iglesia la señora, cuando el hombre de pro llegó, y fue llamado por el fraile; y llevándole aparte, le dijo los mayores insultos que nunca se han dicho a un hombre, desleal y perjuro y traidor llamándolo. Éste, que ya otras dos

veces había visto lo que querían decir los reproches de este fraile, escuchándole con atención e ingeniándose con respuestas perplejas en hacerle hablar, primeramente le dijo:

—¿A qué viene este enojo, señor mío? ¿He crucificado a Cristo?

A lo que el fraile repuso:

—¡Mirad el desvergonzado, oíd lo que dice! Habla ni más ni menos como si hubieran pasado un año o dos y el tiempo le hubiera hecho olvidar sus ignominias y deshonestidad. ¿En los instantes que han pasado desde los maitines de esta mañana se te han ido de la cabeza las injurias que has hecho al prójimo? ¿Dónde has estado poco antes del amanecer?

Respondió el hombre de pro:

—No sé dónde he estado; muy pronto os llega el recadero.

—Es la verdad —dijo el fraile— que el recadero ha venido: pienso que creíste que porque el marido no estaba la noble señora iba a abrirte sus brazos incontinenti. ¡Ah, qué lindo, qué hombre honrado! ¡Se ha hecho caminante nocturno, abridor de jardines y escalador de árboles! ¿Crees que con tu osadía vas a

vencer la santidad de esta mujer que de noche te le subes a las ventanas por los árboles? Nada hay en el mundo que la desagrade tanto como tú; y tú no cejas. En verdad, dejemos que ella te lo ha demostrado muchas veces, pero también con mis correcciones te has enmendado mucho. Pero voy a decirte una cosa: hasta ahora, no por el amor que te tenga, sino a instancias de mis ruegos ha callado lo que le has hecho; pero no va a callarse más: le he dado permiso para que, si la desagradas en algo más, haga lo que le parezca. ¿Y qué harás si se lo dice a sus hermanos?

El hombre de pro, habiendo comprendido suficientemente lo que le convenía, como mejor supo y pudo, con muchas promesas tranquilizó al fraile; y despidiéndose de él, al llegar maitines de la noche siguiente, entrando en el jardín y subiendo por el árbol y hallando la ventana abierta, se metió en la alcoba, y lo más pronto que pudo se echó en los brazos de su hermosa señora. La cual, con grandísimo deseo habiéndolo esperado, alegremente le recibió diciendo:

—Gracias sean dadas al señor fraile que tan bien te enseñó el modo de venir.

Y después, tomando placer el uno del otro, hablando y riéndose mucho de la simplicidad

del bruto fraile, injuriando los copos de lana y los peines y las cardenchas[92a], juntos se solazaron con deleite. Y poniendo en orden sus asuntos, de tal manera hicieron que, sin tener que recurrir de nuevo al señor fraile, muchas otras noches con igual contento se reunieron; al que pido a Dios por su santa misericordia que me lleve pronto a mí y a todas las almas cristianas que lo deseen.

Novela cuarta

Don Felice enseña al hermano Puccio cómo ganar la bienaventuranza haciendo una penitencia que él conoce; la que el hermano Puccio hace, y don Felice, mientras tanto, con la mujer del hermano se divierte[93].

LUEGO de que Filomena, terminada su historia, se calló, habiendo Dioneo con dulces palabras mucho alabado el ingenio de la señora y también la plegaria hecha por Filomena al terminar, la reina miró hacia Pánfilo sonriéndose y dijo:

—Pues ahora, Pánfilo, alarga con alguna cosilla placentera nuestro entretenimiento.

Pánfilo prontamente repuso que de buen grado, y comenzó:

Señora, bastantes personas hay que, mientras se esfuerzan en ir al paraíso, sin darse cuenta a quien mandan allí es a otro; lo que a una vecina nuestra, no hace todavía

mucho tiempo, tal como podréis oír, le sucedió.

Según he oído decir, vecino de San Brancazio[94] vivía un hombre bueno y rico que era llamado Puccio de Rinieri, que luego, habiéndose entregado por completo a las cosas espirituales, se hizo beato de esos de San Francisco[95] y tomó el nombre de hermano Puccio; y siguiendo su vida espiritual, como otra familia no tenía sino su mujer y una criada, y no necesitaba ocuparse en ningún oficio, iba mucho a la iglesia. Y porque era hombre simple y de ruda índole, decía sus padrenuestros, iba a los sermones, iba a las misas y nunca faltaba a las laúdes que cantaban los seglares; y ayunaba y se disciplinaba, y se había corrido la voz de que era de los flagelantes. La mujer, a quien llamaban señora Isabetta, joven de sólo veintiocho o treinta años, fresca y hermosa y redondita que parecía una manzana casolana[96], por la santidad del marido y tal vez por la vejez estaba con mucha frecuencia a dietas mucho más largas de lo que hubiera querido; y cuando hubiera querido dormirse, o tal vez juguetear con él, él le contaba la vida de Cristo o los sermones de fray Anastasio o el llanto de la Magdalena u otras cosas semejantes.

Volvió en estos tiempos de París un monje llamado don Felice, del convento de San

Brancazio, el cual bastante joven y hermoso en su persona era, y de agudo ingenio y de profunda ciencia, con el cual fray Puccio se ligó con estrecha amistad. Y porque él todas sus dudas se las resolvía, y además, habiendo conocido su condición, se le mostraba santísimo, empezó el hermano Puccio a llevárselo algunas veces a casa y a darle de almorzar y cenar, según venía al caso; y la mujer también, por amor de fray Puccio, se había hecho a su compañía y de buen grado le hacía los honores. Continuando, pues, el monje las visitas a casa de fray Puccio y viendo a la mujer tan fresca y redondita, se dio cuenta de cuál era la cosa de que más carecía; y pensó si no podría, por quitarle trabajos a fray Puccio, suplírsela él. Y echándole miradas una y otra vez, bien astutamente, tanto hizo que encendió en su mente aquel mismo deseo que él tenía; de lo que habiéndose apercibido el monje, lo antes que pudo habló con ella de sus deseos.

Pero aunque bien la encontrase dispuesta a rematar el asunto, no se podía encontrar el modo, porque ella de ningún lugar del mundo se fiaba para estar con el monje sino de su casa; y en su casa no se podía porque el hermano Puccio no salía nunca de la ciudad. Por lo que el monje tenía gran pesar; y luego de mucho se le ocurrió un modo de poder estar

con la mujer en su casa sin sospechas, aunque el hermano Puccio allí estuviera. Y habiendo un día ido a estar con él el hermano Puccio, le dijo así.

—Ya me he dado cuenta muchas veces, hermano Puccio, de que tu mayor deseo es llegar a ser santo, a lo que me parece que vas por un camino demasiado largo cuando hay uno que es muy corto, que el papa y sus otros prelados mayores, que lo saben y lo ponen en práctica, no quieren que se divulgue porque el orden clerical, que la mayoría vive de limosna, incontinenti sería deshecho, como que los seglares dejarían de atenderle con limosnas y otras cosas. Pero como eres amigo mío y me has honrado mucho, si yo creyera que no vas a decírselo a nadie en el mundo, y quisieras seguirlo, te lo enseñaría.

El hermano Puccio, deseando aquella cosa, primero empezó a rogarle con grandísimas instancias que se la enseñase y luego a jurarle que jamás, sino cuando él quisiera, a nadie lo diría, afirmando que si tal cosa era que pudiera seguirla, se pondría a ello.

—Puesto que así me lo prometes —dijo el monje— te la explicaré. Debes saber que los santos Doctores sostienen que quien quiere llegar a bienaventurado debe hacer la

penitencia que vas a oír; pero entiéndelo bien: no digo que después de la penitencia no seas tan pecador como eres, pero sucederá que los pecados que has hecho hasta la hora de la penitencia estarán purgados y mediante ella perdonados y los que hagas después no se escribirán para tu condenación sino que se irán con el agua bendita como ahora hacen los veniales. Debe, pues, el hombre con gran diligencia confesarse de sus pecados cuando va a comenzar la penitencia, y luego de ello debe comenzar un ayuno y una abstinencia grandísima, que conviene que dure cuarenta días, en los que no ya de otra mujer sino de tocar la suya propia debe abstenerse. Y además de esto, tienes que tener en tu propia casa algún sitio donde por la noche puedas ver el cielo, y hacia la hora de completas irte a este lugar; y tener allí una tabla muy ancha colocada de guisa que, estando en pie, puedas apoyar los riñones en ella y, con los pies en tierra, extender los brazos a guisa de crucifijo; y si los quieres apoyar en alguna clavija puedes hacerlo; y de esta manera mirando el cielo, estar sin moverte un punto hasta maitines. Y si fueses letrado te convendría en este tiempo decir ciertas oraciones que voy a darte; pero como no lo eres debes rezar trescientos padrenuestros con trescientas avemarías y alabanzas a la Trinidad, y mirando al cielo tener

siempre en la memoria que Dios ha sido el creador del cielo y de la tierra, y la pasión de Cristo estando de la misma manera en que estuvo él en la cruz. Luego, al tocar maitines, puedes si quieres irte, y así vestido echarte en la cama y dormir; y a la mañana siguiente debes ir a la iglesia y oír allí por lo menos tres misas y decir cincuenta padrenuestros con otras tantas avemarías y, después de esto, con sencillez hacer algunos de tus negocios si tienes alguno que hacer, y luego almorzar e ir después de vísperas a la iglesia y decir ciertas oraciones que te daré escritas, sin las que no se puede pasar, y luego a completas volver a lo antes dicho. Y haciendo esto, como yo he hecho, espero que al terminar la penitencia sentirás la maravillosa sensación de la beatitud eterna, si la has hecho con devoción.

El hermano Puccio dijo entonces:

—Esto no es cosa demasiado pesada ni demasiado larga, y debe poderse hacer bastante bien; y por ello quiero empezar el domingo en nombre de Dios.

Y separándose de él y yéndose a casa, ordenadamente, con su licencia para hacerlo, a su mujer contó todo. La mujer entendió demasiado bien, por aquello de estarse quieto hasta la mañana sin moverse, lo que quería

decir el monje, por lo que, pareciéndole buen invento, le dijo que de esto y de cualquiera otro bien que hiciese a su alma, estaba ella contenta; y que, para que Dios hiciera su penitencia provechosa, quería con él ayunar, pero hacer lo demás no.

Habiendo quedado, pues, de acuerdo, llegado el domingo, el hermano Puccio empezó su penitencia, y el señor fraile, habiéndose puesto de acuerdo con la mujer, a una hora en que ser visto no podía, la mayoría de las noches venía a cenar con ella, trayendo siempre con él buenos manjares y bebidas; luego, se acostaba con ella hasta la hora de maitines, a la cual, levantándose, se iba, y el hermano Puccio volvía a la cama. Estaba el lugar que el hermano Puccio había elegido para cumplir su penitencia junto a la alcoba donde se acostaba la mujer, y nada más estaba separado de ella por una pared delgadísima; por lo que, retozando el señor monje demasiado desbocadamente con la mujer y ella con él, le pareció al hermano Puccio sentir un temblor del suelo de la casa; por lo que, habiendo ya dicho cien de sus padrenuestros, haciendo una pausa, llamó a la mujer sin moverse, y le preguntó qué hacía. La mujer, que era ingeniosa, tal vez cabalgando entonces en la bestia de San Benito o la de

San Juan Gualberto[97], respondió:

—¡A fe, marido, que me meneo todo lo que puedo!

Dijo entonces el hermano Puccio:

—¿Cómo que te meneas? ¿Qué quiere decir eso de menearte?

La mujer, riéndose, porque aguda y valerosa era, y porque tal vez tenía motivo de reírse, respondió:

—¿Cómo no sabéis lo que quiero decir? Pues yo lo he oído decir mil veces: «Quien por la noche no cena, toda la noche se menea».

Se creyó el hermano Puccio que el ayuno, que con él fingía hacer, fuese la razón de no poder dormir, y que por ello se meneaba en la cama; por lo que, de buena fe, dijo:

—Mujer, ya te lo he dicho: «No ayunes»; pero puesto que lo has querido hacer no pienses en ello; piensa en descansar; que das tales vueltas en la cama que haces moverse todo.

Dijo entonces la mujer:

—No os preocupéis, no; bien sé lo que me hago; haced bien lo vuestro que yo haré bien lo

mío si puedo.

Se calló entonces, pues, el hermano Puccio y volvió a sus padrenuestros, y la mujer y el señor monje desde aquella noche en adelante, haciendo colocar una cama en otra parte de la casa, allí mientras duraba el tiempo de la penitencia del hermano Puccio con grandísima fiesta se estaban; y a un tiempo se iba el monje y la mujer volvía a su cama, y a los pocos instantes de su penitencia venía a ella el hermano Puccio. Continuando, pues, en tal manera el hermano la penitencia y la mujer con el monje su deleite, muchas veces bromeando le dijo:

—Tú haces hacer una penitencia al hermano Puccio que nos ha ganado a nosotros el paraíso.

Y pareciéndole a la mujer que le iba bien, tanto se aficionó a las comidas del monje, que habiendo sido por el marido largamente tenida a dieta, aunque se terminase la penitencia del hermano Puccio, encontró el modo de alimentarse con él en otra parte, y con discreción mucho tiempo en él tomó su placer. Por lo que, para que las últimas palabras no sean discordantes de las primeras, sucedió que, con lo que el hermano Puccio creyó que ganaba el paraíso haciendo penitencia, mandó

allí al monje (que antes le había enseñado el camino de ir) y a la mujer que vivía con él en gran penuria de lo que el señor monje, como misericordioso, le dio abundantemente.

Novela quinta

El Acicalado regala a micer Francesco Vergellesi un palafrén suyo, y por ello habla a su mujer con su permiso; y como ella calla, él se contesta como si fuera ella, y a su respuesta le sigue el efecto consiguiente.

HABÍA Pánfilo terminado la historia del hermano Puccio, no sin risas de las señoras, cuando señorialmente la reina mandó a Elisa que continuase; la cual, un sí es no es desdeñosa no por malicia sino por hábito antiguo, así empezó a hablar:

Muchos que mucho saben, se creen que otros no saben nada, y ellos, muchas veces, mientras creen engañar a otros, después conocen que han sido los engañados; por la cual cosa reputo gran locura la de quien se pone sin necesidad de probar las fuerzas del ingenio ajeno. Pero porque tal vez todos no serían de mi opinión, lo que sucedió a un caballero pistoyés, siguiendo el orden de los razonamientos, me place contaros:

Hubo en Pistoya en la familia de los Vergellesi un caballero llamado micer Francesco[98], hombre muy rico y sabio y precavido además, pero avarísimo sin mesura; el cual, debiendo ir a Milán como podestá[98a], de todas las cosas oportunas para ir honradamente se había provisto, salvo de un palafrén que fuese adecuadamente bueno para su rango; y no encontrando ninguno que le agradase, estaba preocupado por ello. Había entonces un joven en Pistoya cuyo nombre era Ricciardo, de bajo nacimiento pero muy rico, que tan adornado y pulido iba en su persona, que era generalmente llamado el Acicalado; y durante mucho tiempo había amado y cortejado en vano a la mujer de micer Francesco, la cual era hermosísima y muy honesta.

Pues éste tenía uno de los más bellos palafrenes de Toscana, y lo tenía en mucho aprecio por su belleza; y siendo público a todo el mundo que cortejaba a la mujer de micer Francesco, hubo quien le dijo que si él se lo pidiese lo obtendría por el amor que el tal Acicalado tenía a su mujer. Micer Francesco, llevado por la avaricia, haciendo llamar al Acicalado le pidió que vendiese su palafrén, para que el Acicalado se lo ofreciese como presente. El Acicalado, al oír aquello, se puso contento, y respondió al caballero:

—Micer, si me dieseis todo lo que tenéis en el mundo no podríais comprarme mi palafrén; pero como don podríais tenerlo cuando gustaseis con esta condición: que yo, antes de que lo toméis, pueda, con vuestra venia y en vuestra presencia, decir algunas palabras a vuestra mujer tan apartado de toda persona que no sea oído más que por ella.

El caballero, llevado por la avaricia y esperando poder burlarle, repuso que le placía, y que cuanto él quisiese; y dejándolo en la sala de su palacio, se fue a la cámara de la señora, y cuando le hubo dicho qué fácilmente podía ganar el palafrén, le ordenó que viniera a oír al Acicalado, pero que se guardase de contestarle poco ni mucho a nada que él le dijera. La señora reprobó mucho aquello, pero como le convenía dar gusto al marido, dijo que lo haría, y detrás del marido se fue a la sala a oír lo que el Acicalado quisiera decirle. El cual habiendo confirmado su pacto con el caballero, en una parte de la sala bastante alejada de cualquier persona se sentó junto a la señora y comenzó a hablar así:

—Honrada señora, me parece ser cierto que sois tan sabía, que muy bien, hace mucho tiempo, habréis podido comprender a cuán grande amor me ha llevado a teneros vuestra hermosura, que sin falta sobrepasa cualquiera

otra que me haya parecido ver. Dejo a un lado las costumbres loables y las singulares virtudes que en vos hay, las cuales tendrían fuerza para apresar cualquier alto ánimo de cualquier hombre; y por ello no es necesario que os muestre con palabras que aquél ha sido el mayor y más ferviente que jamás hombre alguno sintió hacia alguna mujer, y así será sin falta mientras mi mísera vida sostenga estos miembros, y más aún, que, si allí como aquí se ama, perpetuamente os amaré. Y por ello podéis estar segura que nada tenéis, sea precioso o de poco valor, que más vuestro podáis tener y en todo momento disponer de ello como de mí, por lo que yo valga, y semejantemente de mis cosas. Y para que tengáis certísima prueba de esto, os digo que reputaré como la mayor gracia que cualquiera cosa que yo pudiera hacer y que os pluguiese me mandaseis, que nada habrá que, mandándolo yo, todos prestísimamente no me obedecieran. Por lo cual, si soy tan vuestro como oís que lo soy, no osaré inmerecidamente elevar mis ruegos a vuestra alteza, de la cual tan sólo toda mi paz, todo mi bien y mi salud puede venirme, y no de otra parte: y así como humildísimo servidor os ruego, caro bien mío y única esperanza de mi alma, que esperando que el amoroso fuego en vos se alimente, que vuestra benignidad sea

tanta, y así ablande vuestra pasada dureza mostrada hacia mí (que vuestro soy) que yo, reconfortado con vuestra piedad, pueda decir que como de vuestra hermosura me he enamorado, por ella he de tener la vida; la cual, si a mis ruegos el altanero ánimo vuestro no se inclina, sin falta desfallecerá, y me moriré, y podréis ser llamada homicida mía. Y dejemos que mi muerte no os hiciese honor, no dejo de creer que, remordiéndoos alguna vez la conciencia no os dolería haberlo hecho, y tal vez, mejor dispuesta, con vos misma diríais: «¡Ah!, ¡qué mal hice al no tener misericordia de mi Acicalado!». Y no sirviendo de nada este arrepentiros os sería ocasión de mayor sufrimiento; por lo que, para que no suceda, ahora que socorrerme podéis, tenedme lástima, y antes de que muera moveos a tener misericordia de mí, porque en vos sola está el hacerme el más feliz y el más doliente hombre que vive. Espero que sea tanta vuestra cortesía que no sufráis que por tanto y tal amor reciba la muerte por galardón, sino con alegre respuesta y llena de gracia reconfortéis mis espíritus que todos espantados tiemblan ante vuestra presencia.

Y callándose aquí, algunas lágrimas, después de profundísimos suspiros, vertidas, se puso a esperar lo que la noble señora le

respondiera. La señora, a la cual el largo cortejar, el justar, las serenatas y las demás cosas semejantes a éstas hechas por amor suyo por el Acicalado no habían podido conmover, conmovieron las afectuosas palabras dichas por el ferventísimo amante, y comenzó a sentir lo que antes nunca había sentido, esto es, qué era amor. Y aunque, por obedecer la orden dada por el marido, callase, no pudo por ello dejar de esconder con algún suspirillo lo que de buena gana, respondiendo al Acicalado, hubiera puesto de manifiesto.

El Acicalado, habiendo esperado un tanto y viendo que ninguna respuesta le seguía, se maravilló, y enseguida empezó a darse cuenta del arte usada por el caballero; pero sin embargo, mirándola a la cara y viendo algún fulgurar de sus ojos hacia él algunas veces vueltos, y además de ello sintiendo los suspiros que con toda la fuerza de su pecho dejaba salir, cobró alguna esperanza y, ayudado por ella, tuvo una rara idea; y comenzó como si fuera la señora, oyéndolo ella, a responderse a sí mismo de tal guisa:

—Acicalado mío, sin duda ha gran tiempo que me he apercibido de que tu amor hacia mí es grandísimo y perfecto, y ahora por tus palabras mayormente lo conozco, y estoy contenta, como debo. Empero, si dura y cruel

te he parecido, no quiero que creas que en mi ánimo he sido como he mostrado en el gesto; pues siempre te he amado y querido más que a cualquier hombre, pero me ha convenido hacerlo así por miedo de los demás y por preservar mi fama de honestidad. Pero ahora viene el tiempo en que podré claramente mostrarte si te amo y concederte el galardón del amor que me has tenido y me tienes; y por ello consuélate y ten esperanza porque micer Francesco está por irse dentro de pocos días a Milán como podestá, como sabes tú, que por amor mío le has donado tu hermoso palafrén; y cuando se haya ido, sin falta te doy palabra, por el buen amor que te tengo, que no pasarán muchos días sin que te reúnas conmigo y a nuestro amor demos placentero y entero cumplimiento. Y para que no te tenga otra vez que hablar de esta materia, desde ahora te digo que el día en que veas dos paños de manos tendidos en la ventana de mi alcoba, que da sobre nuestro jardín, aquella noche, cuidando bien de no ser visto, ven a mí por la puerta del jardín: me encontrarás allí esperándote y juntos tendremos toda la noche fiesta y placer el uno con el otro tanto como deseemos.

Apenas había el Acicalado hablado así como si fuera él la señora, cuando empezó a

hablar por sí mismo, y respondió así:

—Carísima señora, está por la superabundante alegría de vuestra favorable respuesta tan colmada toda mi virtud que apenas puedo formular la respuesta para rendiros las debidas gracias, pero si pudiese hablar como deseo, ningún término es tan largo que me bastase a poder agradeceros plenamente como querría y como me convendría hacer; y por ello a vuestra discreta consideración atañe conocer lo que yo, aunque lo desee, no puedo explicar con palabras. Sólo os digo que lo que me habéis ordenado pensaré en hacer sin falta, y tal vez entonces, más tranquilizado con tan gran don como me habéis concedido, me imaginaré cuanto pueda en daros las gracias mayores que pueda. Y pues aquí no queda, al presente, nada que decir, carísima señora mía, Dios os dé aquella alegría y bien que deseéis mayor, y a Dios os encomiendo.

A todo esto no dijo la señora una sola palabra; con lo que el Acicalado se puso en pie y empezó a andar hacia el caballero, el cual, viéndolo en pie, le salió al encuentro, y riendo le dijo:

—¿Qué te parece? ¿He cumplido bien mi promesa?

—Micer, no —repuso el Acicalado—, que me prometisteis dejarme hablar con vuestra mujer y me habéis dejado hablar con una estatua de mármol. Estas palabras agradaron mucho al caballero, el cual, aunque ya tenía buena opinión de su mujer, todavía la tuvo mejor por ellas; y dijo:

—Ahora es bien mío el palafrén que fue tuyo.

A lo que el Acicalado respondió:

—Micer, sí, pero si yo hubiera creído sacar de esta gracia recibida de vos tal fruto como he sacado, sin pedírosla os lo habría dado; y quisiera Dios que lo hubiera hecho, porque vos habéis comprado el palafrén y yo no lo he vendido.

El caballero se rió de esto, y ya provisto de palafrén, de allí a pocos días se puso en camino y hacia Milán se fue como podestá. La mujer, quedándose libre en su casa, dándole vueltas a las palabras del Acicalado y al amor que le tenía y al palafrén que por su amor había regalado, y viéndolo desde su casa pasar con mucha frecuencia, se dijo:

«¿Qué es lo que hago?, ¿por qué pierdo mi juventud? Éste se ha ido a Milán y no volverá hasta dentro de seis meses; ¿y cuándo me los

devolverá?, ¿cuando sea vieja? Y además de esto, ¿cuándo volveré a encontrar un amante como el Acicalado? Estoy sola, de nadie tengo que temer; no sé porque no cojo el goce mientras puedo; no siempre tendré la ocasión como la tengo ahora: esto no lo sabrá nunca nadie, y si tuviera que saberse, mejor es hacer algo y arrepentirse que no hacerlo y arrepentirse».

Y así aconsejándose a sí misma, un día puso dos paños de manos en la ventana del jardín, como le había dicho el Acicalado; los cuales siendo vistos por el Acicalado, contentísimo, al venir la noche, secretamente y solo se fue a la puerta del jardín de la señora y lo encontró abierto; y de aquí se fue a otra puerta que daba a la entrada de la casa, donde encontró a la noble señora que lo esperaba. La cual, viéndole venir, levantándose a su encuentro, con grandísima fiesta le recibió, y él, abrazándola y besándola cien mil veces, por la escalera arriba la siguió; y sin ninguna tardanza acostándose, los últimos términos del amor conocieron. Y no fue esta vez la última, aunque fuese la primera: porque mientras el caballero estuvo en Milán, y también después de su vuelta, volvió allí, con grandísimo placer de cada una de las partes, el Acicalado muchas otras veces.

Novela sexta

Ricciardo Minútolo ama a la mujer de Filippello Sighinolfo, a la que advirtiendo celosa y diciéndole que Filippello al día siguiente va a reunirse con su mujer en unos baños, la hace ir allí y, creyendo que ha estado con el marido se encuentra con que con Ricciardo ha estado.

NADA más quedaba por decir a Elisa cuando, alabada la sagacidad de Acicalado, la reina impuso a Fiameta que prodediese con una, y ella, toda sonriente, repuso:

—Señora, de buen grado.

Y comenzó:

Algo conviene salir de nuestra ciudad, que tanto como es copiosa en otras cosas lo es en ejemplos de toda clase, y como Elisa ha hecho, algo de las cosas que por el mundo han sucedido contar, y por ello, pasando a Nápoles, cómo una de estas beatas que se muestran tan esquivas al amor fue por el ingenio de su

amante llevada a sentir los frutos del amor antes de que hubiese conocido las flores[99]; lo que a un tiempo os recomendará cautela en las cosas que puedan sobreveniros y os deleitará con las sucedidas.

En Nápoles, ciudad antiquísima y tal vez tan deleitable, o más, que alguna otra en Italia, hubo un joven preclaro por la nobleza de su sangre y espléndido por sus muchas riquezas, cuyo nombre fue Ricciardo Minútolo[100], el cual, a pesar de que por mujer tenía a una hermosísima y graciosa joven, se enamoró de una que, según la opinión de todos, en mucho sobrepasaba en hermosura a todas las demás damas napolitanas, y era llamada Catella[101], mujer de un joven igualmente noble llamado Filippello Sighinolfo[102], al Cual ella, honestísima, más que a nada amaba y tenía en aprecio. Amando, pues, Ricciardo Minútolo a esta Catella y poniendo en obra todas aquellas cosas por las cuales la gracia y el amor de una mujer deben poder conquistarse, y con todo ello no pudiendo llegar a nada de lo que deseaba, se desesperaba, y del amor no sabiendo o no pudiendo desenlazarse, ni sabía morir ni le aprovechaba vivir.

Y en tal disposición estando, sucedió que por las mujeres que eran sus parientes fue un día bastante alentado para que se deshiciese

de tal amor, por el que en vano se cansaba, como fuera que Catella no tenía otro bien que Filippello, del que era tan celosa que los pájaros que por el aire volaban temía que se lo quitasen. Ricciardo, oídos los celos de Catella, súbitamente imaginó una manera de satisfacer sus deseos y comenzó a mostrarse desesperado del amor de Catella y a haberlo puesto en otra noble señora, y por amor suyo comenzó a mostrarse justando y contendiendo y a hacer todas aquellas cosas que por Catella solía hacer. Y no lo había hecho mucho tiempo cuando en el ánimo de todos los napolitanos, y también de Catella, estaba que ya no a Catella sino a esta segunda señora amaba sumamente, y tanto en esto perseveró que tan por cierto por todos era tenido ello que hasta Catella abandonó la esquivez que con él usaba por el amor que tenerla solía, y familiarmente, como vecino, al ir y al venir le saludaba como hacía a los otros.

Ahora, sucedió que, estando caluroso el tiempo, muchas compañías de damas y caballeros, según la costumbre de los napolitanos, fueron a recrearse a la orilla del mar y a almorzar allí y a cenar allí; sabiendo Ricciardo que Catella con su compañía había ido, también él con sus amigos fue, y en la compañía de las damas de Catella fue recibido,

haciéndose primero rogar mucho, como si no estuviese muy deseoso de quedarse allí. Allí las señoras, y Catella con ellas, empezaron a gastarle bromas sobre su nuevo amor, en el que mostrándose muy inflamado, más les daba materia para hablar.

Al cabo, habiéndose ido una de las señoras acá y la otra allá, como se hace en aquellos lugares, habiéndose quedado Catella con pocas allí donde Ricciardo estaba, dejó caer Ricciardo mirándola a ella una alusión a cierto amor de Filippello su marido, por lo que ella sintió súbitos celos y por dentro comenzó toda a arder en deseos de saber lo que Ricciardo quería decir. Y luego de contenerse un poco, no pudiendo más contenerse, rogó a Ricciardo que, por el amor de la señora a quien él más amaba, le pluguiese aclararle lo que dicho había de Filippello. El cual le dijo:

—Me habéis conjurado por alguien por quien no os oso negar nada que me pidáis, y por ello estoy pronto a decíroslo, con que me prometáis que ni una palabra diréis a él ni a otro, sino cuando veáis por los hechos que es verdad lo que voy a contaros, que si lo queréis os enseñaré cómo podéis verlo.

A la señora le agradó lo que le pedía, y más creyó que era verdad, y le juró no decirlo

nunca. Retirados, pues, aparte, para no ser oídos por los demás, Ricciardo comenzó a decirle así:

—Señora, si yo os amase como os amé, no osaría deciros nada que creyese que iba a doleros, pero porque aquel amor ha pasado me cuidaré menos de deciros la verdad de todo. No sé si Filippello alguna vez tomó a ultraje el amor que yo os tenía, o si ha tenido el pensamiento de que alguna vez fui amado por vos, pero haya sido esto o no, a mí nunca me demostró nada. Pero tal vez esperando el momento oportuno en que ha creído que yo menos sospechaba, muestra querer hacerme a mí lo que me temo que piensa que le haya hecho yo, es decir, querer tener a mi mujer para placer suyo, y a lo que me parece la ha solicitado desde hace no mucho tiempo hasta ahora con muchas embajadas, que todas he sabido por ella, y ella le ha dado respuesta según yo lo he ordenado. Pero esta mañana, antes de venir aquí, encontré con mi mujer en casa a una mujer en secreto conciliábulo, que enseguida me pareció que fuese lo que era; por lo que llamé a mi mujer y le pregunté qué quería aquélla. Me dijo: «Es ese aguijón de Filippello, al que con ese darle respuestas y esperanzas tú me has echado encima, y dice que del todo quiere saber lo que entiendo

hacer, y que, si yo quisiera, haría que yo pudiera ir secretamente a una casa de baños de esta ciudad y con esto me ruega y me cansa, y si no fuese porque me has hecho, no sé por qué, tener estos tratos, me lo habría quitado de encima de tal manera que jamás habría puesto los ojos donde yo hubiera estado». Ahora me parece que ha ido demasiado lejos y que ya no se le puede sufrir más, y decíroslo para que conozcáis qué recompensa recibe vuestra fiel lealtad por la que yo estuve a punto de morir. Y para que no creáis que son cuentos y fábulas, sino que podáis, si os dan ganas de ello, abiertamente verlo y tocarlo, hice que mi mujer diese a aquella que esperaba esta respuesta: que estaba pronta a estar mañana hacia nona, cuando la gente duerme, en esa casa de baños, con lo que la mujer se fue contentísima. Ahora, no creo que creáis que iba a mandarla allí, pero si yo estuviese en vuestro lugar haría que él me encontrase allí en lugar de aquélla con quien piensa encontrarse, y cuando hubiera estado un tanto con él, le haría ver con quién había estado, y el honor que le conviene se lo haría; y haciendo esto creo que se le pondría en tanta vergüenza que en el mismo punto la injuria que a vos y a mí quiere hacer sería vengada.

Catella, al oír esto, sin tener en consideración quién era quien se lo decía ni sus engaños, según la costumbre de los celosos, dio súbitamente fe a aquellas palabras, y ciertas cosas pasadas antes comenzó a encajar con este hecho; y encendiéndose con súbita ira, repuso que ciertamente ella haría aquello, que no era tan gran trabajo hacerlo y que ciertamente si él iba allí le haría pasar tal vergüenza que siempre que viera a alguna mujer después se le vendría a la memoria. Ricciardo, contento con esto y pareciéndole que su invento había sido bueno y daba resultado, con otras muchas palabras la confirmó en ello y acrecentó su credulidad, rogándole, no obstante, que no dijese jamás que se lo había dicho él; lo que ella le prometió por su honor.

A la mañana siguiente, Ricciardo se fue a una buena mujer que dirigía aquellos baños que le había dicho a Catella, y le dijo lo que entendía hacer, y le rogó que en aquello le ayudase cuanto pudiera. La buena mujer, que muy obligada le estaba, le dijo que lo haría de grado, y con él concertó lo que había de hacer o decir. Tenía ésta, en la casa donde estaban los baños, una alcoba muy oscura, como que en ella ninguna ventana por la que entrase la luz había. Aquélla, según las indicaciones de

Ricciardo, preparó la buena mujer e hizo dentro una cama lo mejor que pudo, en la que Ricciardo, como lo había planeado, se metió y se puso a esperar a Catella.

La señora, oídas las palabras de Ricciardo y habiéndoles dado más fe de lo que merecían, llena de indignación, volvió por la noche a casa, adonde por acaso Filippello embebido en otro pensamiento también volvió y no le hizo tal vez la acogida que acostumbraba a hacerle. Lo que, viéndolo ella, tuvo mayores sospechas de las que tenía, diciéndose a sí misma:

«En verdad, éste tiene el ánimo puesto en la mujer con quien mañana cree que va a darse placer y gusto, pero ciertamente esto no sucederá».

Y con tal pensamiento, e imaginando qué debía decirle cuando hubiera estado con él, pasó toda la noche. Pero ¿a qué más? Venida nona, Catella tomó su compañía y sin mudar de propósito se fue a aquellos baños que Ricciardo le había enseñado; y encontrando allí a la buena mujer le preguntó si Filippello había estado allí aquel día. A lo que la buena mujer, adoctrinada por Ricciardo, dijo:

—¿Sois la señora que debe venir a hablar con él?

Respondió Catella:

—Sí soy.

—Pues —dijo la buena mujer—, andad con él.

Catella, que andaba buscando lo que no habría querido encontrar, haciéndose llevar a la alcoba donde estaba Ricciardo, con la cabeza cubierta entró en ella y cerró por dentro. Ricciardo, viéndola venir, alegre se puso en pie y recibiéndola en sus brazos dijo quedamente:

—¡Bien venida sea el alma mía!

Catella, para mostrar que era otra de la que era, lo abrazó y lo besó le hizo grandes fiestas sin decir una palabra, temiendo que si hablaba fuese por él reconocida. La alcoba era oscurísima, con lo que cada una de las partes estaba contenta; y no por estar allí mucho tiempo cobraban los ojos mayor poder. Ricciardo la condujo a la cama y allí, sin hablar para que no pudiese distinguirse la voz, por grandísimo espacio con mayor placer y deleite de una de las partes que de la otra estuvieron; pero luego de que a Catella le pareció tiempo de dejar salir la concebida indignación, encendida por ardiente ira, comenzó a hablar así.

—¡Ay!, ¡qué mísera es la fortuna de las mujeres y que mal se emplea el amor de muchas en sus maridos! Yo, mísera de mí, hace ocho años ya que te amo más que a mi vida, y tú, como lo he sentido, ardes todo y te consumes en el amor de una mujer extraña, hombre culpable y malvado. ¿Pues con quién te crees que has estado? Has estado con aquella que se ha acostado a tu lado durante ocho años; has estado con aquélla a quien con falsas lisonjas has, tiempo ha, engañado mostrándole amor y estando enamorado de otra. Soy Catella, no soy la mujer de Ricciardo, traidor desleal: escucha a ver si reconoces mi voz, que soy ella; y se me hacen mil años hasta que a la luz estemos para avergonzarte como lo mereces, perro asqueroso y deshonrado. ¡Ah, mísera de mí!, ¿a quién le he dedicado tanto amor tantos años? A este perro desleal que, creyéndose tener en brazos a una mujer extraña, me ha hecho más caricias y ternuras en este poco tiempo que he estado aquí con él que en todo el restante que he sido suya. ¡Hoy has estado gallardo, perro renegado, cuando en casa sueles mostrarte tan débil y cansado y sin fuerza! Pero alabado sea Dios que tu huerto has labrado, no el de otro, como te creías. No me maravilla que esta noche no te me acercases; esperabas descargar la carga en otra parte y querías llegar muy fresco caballero

a la batalla: ¡pero gracias a Dios y mi artimaña, el agua por fin ha bajado por dónde debía! ¿Por qué no contestas, hombre culpable? ¡Por Dios que no sé por qué no te meto los dedos en los ojos y te los saco! Te creíste que muy ocultamente podías hacer esta traición. ¡Por Dios, tanto sabe uno como otro; no has podido: mejores sabuesos te he tenido detrás de lo que creías!

Ricciardo gozaba para sí mismo con estas palabras y, sin responder nada la abrazaba y la besaba y más que nunca le hacía grandes caricias. Por lo que ella, que seguía hablando, decía:

—Sí, te crees que ahora me halagas con tus caricias fingidas, perro fastidioso, y me quieres tranquilizar y consolar; estás equivocado: nunca me consolaré de esto hasta que no te haya puesto en vergüenza en presencia de cuantos parientes y amigos y vecinos tenemos. ¿Pues no soy yo, malvado, tan hermosa como lo sea la mujer de Ricciardo Minútolo?, ¿no soy igual en nobleza a ella? ¿No dices nada, perro sarnoso? ¿Qué tiene ella más que yo? Apártate, no me toques, que por hoy ya bastante has combatido. Bien sé que ya, puesto que sabes quién soy, lo que hicieses lo harías a la fuerza: pero así Dios me dé su gracia como te haré pasar carencia, y no

sé por qué no mando a por Ricciardo, que me ha amado más que a sí mismo y nunca pudo gloriarse de que lo mirase una vez; y no sé qué mal hubiera habido en hacerlo. Tú has creído tener aquí a su mujer y es como si la hubieras tenido, porque por ti no ha quedado; pues si yo lo tuviera a él no me lo podrías reprochar con razón.

Así, las palabras fueron muchas y la amargura de la señora grande; pero al final Ricciardo, pensando que si la dejaba irse con esta creencia a mucho mal podría dar lugar, deliberó descubrirse y sacarla del engaño en que estaba; y cogiéndola en brazos y apretándola bien, de modo que no pudiera irse, dijo:

—Alma mía dulce, no os enojéis; lo que con tan sólo amar no podía tener, Amor me ha enseñado a conseguir con engaño, y soy vuestro Ricciardo.

Lo que oyendo Catella, y conociéndolo en la voz, súbitamente quiso arrojarse de la cama, pero no pudo; entonces quiso gritar, pero Ricciardo le tapó la boca con una de las manos, y dijo:

—Señora, ya no puede ser que lo que ha sido no haya sido; aunque gritaseis durante

todo el tiempo de vuestra vida, y si gritáis o de alguna manera hacéis que esto sea sabido alguna vez por alguien, sucederán dos cosas. La una será (que no poco debe importaros) que vuestro honor y vuestra fama se empañarán, porque aunque digáis que yo os he hecho venir aquí con engaños yo diré que no es verdad, sino que os he hecho venir aquí con dinero y presentes que os he prometido y que como no os los he dado tan cumplidamente como esperabais os habéis enojado, y por eso habláis y gritáis, y sabéis que la gente está más dispuesta a creer lo malo que lo bueno y me creerá antes a mí que a vos. Además de esto, se seguirá entre vuestro marido y yo una mortal enemistad y podrían ponerse las cosas de modo que o yo le matase a él antes o él a mí, por lo que nunca podríais estar después alegre ni contenta. Y por ello, corazón mío, no queráis en un mismo punto infamaros y poner en peligro y buscar pelea entre vuestro marido y yo. No sois la primera ni seréis la última que es engañada, y yo no os he engañado por quitaros nada vuestro sino por el excesivo amor que os tengo y estoy dispuesto siempre a teneros, y a ser vuestro humildísimo servidor. Y si hace mucho tiempo que yo y mis cosas y lo que puedo y valgo han sido vuestras y están a vuestro servicio, entiendo que lo sean más que nunca de aquí en adelante. Ahora, vos sois

prudente en las otras cosas, y estoy cierto que también lo seréis en ésta.

Catella, mientras Ricciardo decía estas palabras, lloraba mucho, y aunque muy enojada estuviera y mucho se lamentase, no dejó de oír la razón en las verdaderas palabras de Ricciardo, que no conociese que era posible que sucediera lo que Ricciardo decía; por lo que dijo:

—Ricciardo, yo no sé cómo Dios me permitirá soportar la ofensa y el engaño que me has hecho. No quiero gritar aquí, donde mi simpleza y excesivos celos me han conducido, pero estate seguro de esto, de que no estaré nunca contenta si de un modo o de otro no me veo vengada de lo que me has hecho; por ello déjame, no me toques más; has tenido lo que has deseado y me has vejado cuanto te ha placido; tiempo es de que me dejes: déjame, te lo ruego.

Ricciardo, que se daba cuenta de que su ánimo estaba aún demasiado airado, se había propuesto no dejarla hasta conseguir que se calmara; por lo que, comenzando con dulcísimas palabras a ablandarla, tanto dijo, y tanto rogó y tanto juró que ella, vencida, hizo las paces con él, y con igual deseo de cada uno de ellos por gran espacio, después, con

grandísimo deleite, se quedaron juntos. Y conociendo entonces la señora cuánto más sabrosos eran los besos del amante que los del marido, transformada su dureza en dulce amor a Ricciardo, desde aquel día en adelante tiernísimamente lo amó y, prudentísimamente obrando, muchas veces gozaron de su amor. Que Dios nos haga gozar del nuestro.

Novela séptima

Tedaldo, enojado con una amante suya, se va de Florencia; vuelve allí después de algún tiempo disfrazado de peregrino; habla con la dama y le hace reconocer su error y libra de la muerte a su marido, a quien se le había acusado de haberle dado muerte a él, y lo reconcilia con los hermanos; y luego, discretamente, con su amante goza.

YA alabada por todos se calla Fiameta, cuando la reina, para no perder tiempo, prestamente a Emilia encomendó la narración; y ella empezó:

A mí me place volver a nuestra ciudad, de donde a las dos anteriores les plugo apartarse, y contaros cómo un ciudadano nuestro reconquistó a su perdida señora.

Hubo, pues, en Florencia, un noble joven cuyo nombre era Tedaldo de los Elisei[103], que enamorado sobremanera de una señora, llamada doña Ermelina y mujer de un

Aldobrandino Palermini, por sus loables costumbres mereció disfrutar de su deseo; placer al cual la Fortuna, enemiga de los dichosos, se opuso; por lo cual, fuera cual fuese la razón, la señora, habiendo complacido a Tedaldo durante un tiempo, por completo se apartó de querer complacerlo y de querer no ya escuchar ninguna embajada suya, sino tampoco verle de manera ninguna. Por lo que él se dejó ir a una tristeza fiera y aborrecible, mas tenía de tal manera celado su amor que nadie creía que éste era la razón de su melancolía; y luego de que de diversas maneras se hubo ingeniado mucho en reconquistar el amor que sin culpa suya le parecía haber perdido, y encontrando vana toda fatiga, a alejarse del mundo (para no alegrar al verlo consumirse a aquella que de su mal era ocasión) se dispuso.

Y cogiendo los dineros que pudo conseguir, secretamente, sin decir palabra a amigo ni a pariente fuera de un compañero suyo que todo sabía, se fue y llegó hasta Ancona, haciéndose llamar Filippo de San Lodeccio, y trabando allí conocimiento con un rico mercader, entró a su servicio y en un barco junto con él se fue a Chipre. Sus costumbres y sus maneras agradaron tanto al mercader que no solamente le asignó un buen salario, sino que le hizo su

socio en parte y además gran parte de sus negocios le puso entre las manos, los cuales llevó tan bien y con tanta solicitud que en pocos años se hizo bueno y rico mercader y famoso. En los cuales negocios, aunque muchas veces se acordase de la cruel señora y fieramente fuese de amor traspasado y mucho desease volver a verla, fue de tanta constancia que durante siete años venció aquella batalla. Pero sucedió que, oyendo un día en Chipre cantar una canción que hacía tiempo él había compuesto, en la que el amor que tenía a su señora y ella a él y el placer que de ella gozaba se contaba, pensando que no podía ser que ella le hubiera olvidado, en tanto deseo de volver a verla se inflamó que, no pudiendo sufrirlo más, se dispuso a volver a Florencia.



Y puestos en orden todos sus asuntos, se vino tan sólo con un sirviente suyo a Ancona, adonde habiendo llegado sus cosas, las mandó a Florencia a un amigo del anconés socio suyo, y él ocultamente, como un peregrino que viniera del Santo Sepulcro, con su criado se vino detrás; y llegados a Florencia, se fue a una posadita que dos hermanos tenían cerca de la casa de su señora. Y donde primero fue no fue a otra parte sino a la puerta de su casa por verla si podía; pero vio las ventanas y las puertas y todo cerrado, por lo que mucho temió que hubiera muerto o que se hubiese mudado

de allí. Por lo que, muy pensativo, se fue a la casa de sus hermanos, a quienes vio todos vestidos de negro, de lo que se maravilló mucho, y sabiéndose tan cambiado en el vestido y la persona de lo que ser solía cuando se fue de allí, que no podría ser reconocido fácilmente, confiadamente se acercó a un zapatero y le preguntó por qué aquéllos iban vestidos de negro. A lo que el zapatero respondió:

—Van vestidos de negro porque no hace quince días que un hermano suyo que hacía mucho tiempo que no estaba aquí, que tenía por nombre Tedaldo, fue muerto; y me parece entender que han probado a la justicia que uno que tiene por nombre Aldobrandino Palermini, que está preso, lo mató porque estaba enamorado de la mujer y había vuelto disfrazado para estar con ella.

Maravillóse mucho Tedaldo de que tanto se le asemejase alguno que fuese tomado por él y le dolió la desgracia de Aldobrandin, y habiendo oído que la señora estaba sana y salva, siendo ya de noche, lleno de diversos pensamientos, se volvió a la posada, y luego de que cenado hubo con su criado, en lo más alto de la casa fue puesto a dormir. Allí, tanto por los muchos pensamientos que le asaltaban como por la dureza de la cama y tal vez por la

cena, que había sido escasa, ya era medianoche y todavía Tedaldo no había podido dormirse, por lo que, estando despierto, le pareció hacia la medianoche sentir que desde el tejado de la casa bajaba gente a la casa, y luego por las rendijas de la puerta de la cámara vio hacia allí venir una luz.

Por lo que, calladamente acercándose a las rendijas, empezó a mirar qué significaba aquello y vio a una joven muy hermosa tener en mano esta luz y venir hacia ella tres hombres, que habían bajado del tejado, y luego de hacerse algunas fiestas unos a otros, dijo uno de ellos a la joven:

—Ya podemos, Dios sea loado, estar seguros, porque sabemos ciertamente que la muerte de Tedaldo Elisei ha sido achacada por sus hermanos a Aldobrandín Palermini, y él ha confesado y ya está escrita la sentencia, pero debemos seguir callando porque si alguna vez se sabe que hemos sido nosotros estaremos en el mismo peligro que está Aldobrandino.

Y dicho esto, con la mujer, que muy contenta se mostró con esto, bajaron y se fueron a dormir.

Tedaldo, oído esto, empezó a considerar cuántos y cuáles eran los errores en que podía

caer la mente de los hombres, pensando primero en sus hermanos, que a un extraño habían llorado y sepultado en su lugar, y luego acusado a un inocente por falsas sospechas, y con testigos no verdaderos haberlo llevado a la muerte, y además de ello en la severidad ciega de las leyes y de sus rectores, los cuales muchas veces, como solícitos investigadores de la verdad, con crueldades hacen probar lo falso y se llaman ministros de la justicia y de Dios cuando son ejecutores de la iniquidad y del diablo. Después de esto, a la salvación de Aldobrandino dirigió sus pensamientos y consideró consigo mismo lo que debía hacer. Y en cuanto se levantó por la mañana, dejando al criado, cuando le pareció oportuno se fue él solo a la casa de su señora y, encontrando por acaso abierta la puerta, entró dentro y vio a su señora sentada por tierra en una salita que allí en la planta baja había; y estaba llena de llanto y de amargura; y casi se puso a llorar de compasión; y acercándose le dijo:

—Señora, no os atribuléis; vuestra paz está cerca.

La señora, al oírle, levantó el rostro y, llorando, dijo:

—Buen hombre, me pareces un peregrino forastero; ¿qué sabes tú de la paz ni de mi

aflicción?

Repuso entonces el peregrino:

—Señora, soy de Constantinopla y poco ha he llegado aquí mandado por Dios a convertir vuestras lágrimas en risa y a librar de la muerte a vuestro marido.

—¿Cómo —dijo la señora— si eres de Constantinopla y recién llegado aquí sabes quiénes mi marido y yo somos?

El peregrino, empezando desde el principio, toda la historia de la angustia de Aldobrandino le contó y le dijo quién era ella, cuánto tiempo hacía que estaba casada y otras muchas cosas que él muy bien sabía de sus asuntos, por lo que la señora se maravilló mucho y teniéndolo por un profeta se arrodilló a sus pies, rogándole por Dios que, si había venido a salvar a Aldobrandino que se apresurase porque el tiempo era poco. El peregrino, mostrándose como un muy santo varón, dijo:

—Señora, levantaos y no lloréis, y escuchad bien lo que voy a deciros, y guardaos de decirlo nunca a nadie. Por lo que Dios me ha revelado que la tribulación en la que estáis os ha sobrevenido por un gran pecado que cometisteis hace tiempo, que Dios ha querido que purguéis en parte con esta angustia y del

que quiere que os enmendéis: si no, por ello recaeréis en una aflicción mucho mayor.

Dijo entonces la señora:

—Señor, he pecado mucho y no sé de qué Dios querrá que me enmiende entre todos, y por ello, si lo sabéis, decídmelo y haré todo cuanto pueda por enmendarlo.

—Señora —dijo entonces el peregrino—, bien sé cuál es y no voy a preguntároslo para saberlo mejor, sino para que diciéndolo vos misma tengáis más remordimiento. Pero vengamos al asunto. Decidme, ¿os acordáis de haber tenido algún amante?

La señora, al oír esto, dio un gran suspiro y se maravilló mucho, no creyendo que nadie nunca lo hubiera sabido, a no ser que desde que había sido muerto aquel que fue enterrado como Tedaldo se hubiese propalado algo por algunas palabras indiscretamente dichas por un amigo de Tedaldo, que sabía de ello; y respondió:

—Bien veo que Dios os muestra todos los secretos de los hombres, y por ello estoy dispuesta a no ocultaros los míos. Es verdad que en mi juventud amé sumamente al desventurado joven de cuya muerte se culpa a mi marido, cuya muerte tanto he llorado cuanto

me duele, por lo que, por muy rígida y agreste que me mostrase con él antes de su partida, ni su partida ni su larga ausencia ni aun su desventurada muerte han podido nunca arrancármelo del corazón.

A lo que dijo el peregrino:

—Al desventurado joven que ha sido muerto no amasteis vos, sino a Tedaldo Elisei. Pero decidme, ¿cuál fue la razón por la que os enojasteis con él? ¿Os ofendió en algo?

Y la señora le respondió:

—Ciertamente que no, nunca me ofendió, pero la razón del enfado fueron las palabras de un maldito fraile con el que me confesé una vez, porque cuando le hablé del amor que a aquél tenía y de la intimidad que tenía con él, me levantó tal quebradero de cabeza que todavía me espanta, diciéndome que si no me abstenía de ello iría a dar a la boca del diablo en lo profundo de los infiernos y sería condenada al fuego eterno. De lo que me entró tal pavor que por completo me dispuse a no querer ya su intimidad; y para quitar la ocasión, ni su carta ni su embajada quise recibir; aunque creo que si hubiese perseverado más (porque por lo que presumo se fue desesperado y lo vi consumirse como hace la nieve al sol), mi dura

decisión se hubiese doblegado porque un deseo mayor no tenía en el mundo.

Dijo entonces el peregrino:

—Señora, éste es el único pecado que ahora os atribula. Sé firmemente que Tedaldo no os forzó en nada; cuando os enamorasteis de él por vuestra propia voluntad lo hicisteis, y como os placía, y cuando vos misma quisisteis vino a vos y gozó de vuestra intimidad, en la cual con palabras y con obras tanto agrado le mostrasteis que, si primero os amaba, más de mil veces hicisteis redoblar su amor. Y si así fue, como sé que fue, ¿qué razón podía moveros a apartarlo tan rígidamente? Esas cosas debían pensarse antes de hacerse y si creyeseis que debíais arrepentiros como de algo mal hecho, no hacerlas. Tal como él se hizo vuestro, vos os hicisteis suya. Si él no hubiera sido vuestro, podríais haber hecho en todo lo que quisieseis, como dueña, pero querer arrebatarle a vos que erais suya era un robo y cosa reprobable si aquélla no era la voluntad de él. Pues debéis saber que yo soy fraile y por ello conozco todas sus costumbres; y si hablo de ellas un tanto libremente para vuestro provecho no estará mal en mí como estaría en otros; y me place hablar de ellas para que de ahora en adelante mejor los conozcáis de lo que parece que habéis hecho

hasta ahora. Hubo antes frailes santísimos y hombres de valor, pero los que hoy se llaman frailes, y por ello quieren ser tenidos, nada tienen de fraile, sino la capa, y ni siquiera ésta es de fraile porque si por los fundadores de los frailes fueron elegidas delgadas y míseras y de telas groseras y manifestadoras del espíritu que había despreciado las cosas temporales cuando se envolvía el cuerpo en tan vil vestido, hoy se las hacen anchas y forradas y satinadas y de telas finísimas y les han dado forma cortesana y pontifical para no avergonzarse de pavonearse con ellos en las iglesias y en las plazas como con sus vestidos hacen los seglares; y como con el esparavel el pescador se ingenia en coger en los ríos muchos peces de una vez, así éstos, con las amplísimas fimbrias envolviéndose, a muchas santurronas, muchas viudas, a muchas otras mujeres necias y hombres se ingenian en coger debajo, y de ello se ocupan con mayor solicitud que de otro ejercicio. Y por ello, para decirlo con más verdad, no las capas de los frailes llevan éstos sino solamente el color de las capas. Y mientras los antiguos deseaban la salvación de los hombres, éstos desean las mujeres y las riquezas, y todo su empeño han puesto y ponen en asustar con palabrería y con pinturas las mentes de los necios y en enseñarles que con las limosnas se purgan los pecados y con

misas, para que a aquellos que por cobardía (no por devoción) se han acogido a hacerse frailes, y para no pasar trabajos, éste les mande el pan, aquél les mande el vino, aquel otro les dé la pitanza por el alma de sus muertos. Y ciertamente es verdad que las limosnas y las oraciones purgan los pecados, pero si quienes las hacen viesen a quién las hacen o les conocieran, antes las guardarían para sí o mejor a otros tantos puercos las arrojarían. Y porque saben que cuanto menor es el número de los poseedores de una gran riqueza, a tanto más tocan, todos con charlas y con espantos se ingenian en quitarles a los demás aquello que desean para ellos solos. Reprueban a los hombres la lujuria para que, apartándose de ella los reprobados, para los reprobadores se queden las mujeres; condenan la usura y las ganancias injustas para que, siéndoles restituidas a ellos, puedan hacerse las capas más amplias, comprar obispados y las otras prelaturas mayores con aquello que han enseñado que llevaría a la condenación a quien lo tuviera. Y cuando de estas cosas y de otras muchas que causan escándalo se les reprende, con responder «Haced lo que decimos y no lo que hacemos» creen que tienen digna descarga de tanto peso grave, como si fuese más posible a las ovejas ser constantes y de hierro que a los pastores. Y

cuántos son aquéllos a quienes dan tal respuesta que no la entienden en el modo que la dicen, muchos lo saben. Quieren los frailes de hoy que hagáis lo que dicen, esto es que llenéis sus bolsas de dineros, les confiéis vuestros secretos, observéis castidad, perdonéis las injurias, os guardéis de hablar mal de nadie: cosas todas buenas, todas honestas, todas santas; ¿pero para qué? Para poder hacer ellos lo que, si los seglares lo hacen, no podrán hacer. ¿Quién no sabe que sin dineros la vagancia no puede durar? Si en tus gustos te gastas el dinero, el fraile no podrá haraganear en la orden; si te vas con las mujeres de alrededor les quitarás el sitio a los frailes; si no eres paciente y perdonas las injurias, el fraile no se atreverá a venir a tu casa y contaminar a tu familia. ¿Por qué sigo? Se acusan ellos mismos tantas veces como antes los oyentes se excusan de aquella manera. ¿Por qué no se quedan en casa si no creen poder ser abstinentes y santos? O si quieren dedicarse a esto, ¿por qué no siguen aquellas santas palabras del Evangelio: «Empezó Cristo a hacer y a enseñar»? Hagan esto primero y enseñen luego a los demás. He visto en mi vida galanteadores, amadores, visitantes no sólo de las mujeres seglares sino de las monjas y de aquellos que más escándalo arman desde sus púlpitos. ¿Y a los tales vamos a seguir? Quien

así hace, hace lo que quiere pero Dios sabe si lo hace prudentemente. Pero aun si hubiéramos de conceder lo que el fraile que os reprendió dijo, esto es, que gravísimo pecado sea romper la fe matrimonial, ¿no lo es mucho mayor robar a un hombre?, ¿no lo es mucho mayor matarlo o enviarlo al exilio rodando por el mundo? Esto lo concederá cualquiera. El tener intimidad un hombre con una mujer es un pecado natural; robarlo o matarlo o expulsarlo procede de maldad del espíritu. Que robasteis a Tedaldo ya antes os lo he demostrado, arrebatándoos a él cuando os habíais hecho suya por vuestra espontánea voluntad. Además, os digo que, por lo que a vos respecta, lo matasteis por haber hecho todo lo necesario (mostrándoos cada vez más cruel) para que se matase con sus propias manos; y quiere la ley que quien es ocasión del mal tenga la misma culpa que quien lo hace. Y que vos de su exilio y de que haya andado rodando por el mundo siete años sois la ocasión, no se puede negar. Así que mucho mayor pecado habéis cometido con cualquiera de estas tres cosas dichas que cometíais con concederle vuestra intimidad. Pero veamos, ¿es que Tedaldo mereció estas cosas? Ciertamente que no: vos misma lo habéis confesado; sin contar con que sé que más que a sí mismo os ama. Nada fue tan honrado, tan exaltado, tan

magnificado como erais vos sobre cualquiera otra mujer por él, si se encontraba en parte donde honestamente y sin engendrar sospechas sobre vos podía de vos hablar. Todo su bien, todo su honor, toda su libertad en vuestras manos era puesta por él. ¿No era un noble joven?, ¿no era más apuesto que todos sus conciudadanos?, ¿no era valeroso en las cosas que son propias de los jóvenes?, ¿no era amado, tenido en aprecio, visto con agrado por todos? A nada de esto diréis que no. Entonces ¿cómo, por lo que dijese un frailecillo maniático, brutal y envidioso, pudisteis tomar contra él una resolución cruel? No sé qué error debe de ser el de las mujeres que a los hombres desprecian y estiman en poco que, pensando en lo que ellas son y en cuánta y cuál sea la nobleza dada por Dios al hombre sobre todos los demás animales, deberían gloriarse cuando son amadas por alguno y tenerle sumamente en aprecio y con toda solicitud ingeniarse en complacerlo para que de amarla nunca se apartase. Y que lo hicisteis vos, movida por las palabras de un fraile, que con certeza debía de ser algún *tragasopas manducador* de tortas, ya lo sabéis, y tal vez lo que él deseaba era ocupar el lugar de donde se esforzaba en echar a otro. Este pecado es aquel que la divina justicia que con justa balanza lleva a efecto todas sus operaciones,

no ha querido dejar sin castigo; y así como vos sin ninguna razón os ingeniasteis en quitaros vos misma a Tedaldo, así vuestro marido sin razón ha estado y todavía está en peligro, y vos en tribulación. De la cual si deseáis ser librada, lo que os conviene prometer y, sobre todo hacer, es esto: si sucede alguna vez que Tedaldo de su largo destierro vuelva, vuestra gracia, vuestro amor y vuestra benevolencia e intimidad le devolveréis y le responderéis en aquel estado en que estaba antes de que vos tontamente creyeseis al loco fraile.

Había el peregrino terminado sus palabras cuando la señora, que atentísimamente le escuchaba porque veracísimas le parecían sus razones, y se es timaba con seguridad castigada por aquel pecado, al oírselo a él decir, dijo:

—Amigo de Dios, bastante conozco que son ciertas las cosas que decís y en gran parte conozco por vuestra enseñanza quiénes son los frailes, que hasta ahora han sido tenidos por mí como santos; y sin duda conozco que mi culpa ha sido grande en lo que hice contra Tedaldo, y si pudiera con gusto la enmendaría de la manera que me habéis dicho: pero ¿cómo puede ser? Tedaldo no podrá nunca volver: está muerto, y por ello lo que no puede hacerse no sé para qué voy a prometéroslo.

El peregrino le dijo:

—Señora, Tedaldo no está muerto, según Dios me revela, sino que está vivo y sano y en buen estado si tuviese vuestra gracia.

Dijo entonces la señora.

—Mirad lo que decís; que yo lo he visto muerto delante de mi casa de muchas cuchilladas, y lo tuve en estos brazos y con muchas lágrimas bañé su muerto rostro, las cuales dieron ocasión de hacer que se dijese lo que deshonestamente se ha dicho.

Entonces dijo el peregrino:

—Señora, digáis lo que digáis os aseguro que Tedaldo está vivo; y si queréis prometer aquello con la intención de cumplirlo, espero que lo veáis pronto.

La señora dijo entonces:

—Lo hago y lo haré de buen grado; y nada podría suceder que me diese tanta alegría sino ver a mi marido libre y sin daño y a Tedaldo vivo.

Pareció entonces a Tedaldo tiempo de descubrirse y de consolar a la señora con más cierta esperanza de su marido, y dijo:

—Señora, para que pueda consolaros con relación a vuestro marido, un gran secreto necesito deciros, que cuidaréis de que nunca mientras viváis manifestéis a nadie.

Estaban en un lugar asaz alejado, y solos, habiendo tomado gran confianza la señora en la santidad que le parecía tener el peregrino; por lo que Tedaldo, sacando un anillo guardado por él con sumo cuidado, que la señora le había dado la última noche que había estado con ella, y mostrándoselo dijo:

—Señora, ¿conocéis esto?

En cuanto la señora lo vio lo reconoció y dijo:

—Señor, sí, yo se lo di a Tedaldo ha tiempo.

El peregrino, entonces, poniéndose en pie y prestamente quitándose de encima la esclavina y de la cabeza el capelo, y hablando en florentino, dijo:

—¿Y a mí, me conocéis?

Cuando lo vio la señora, conociendo que era Tedaldo, toda se pasmó, temiéndole como a los cuerpos muertos, si se les ve andar como vivos, se teme: y no como a Tedaldo que regresaba de Chipre fue a su encuentro a

recibirlo, sino como de Tedaldo que volvía desde la tumba quiso huir temerosa. Y Tedaldo le dijo:

—Señora, no temáis, soy vuestro Tedaldo vivo y sano y nunca me he muerto ni me mataron, creáis lo que creáis mis hermanos y vos.

La señora, tranquilizada un tanto, y bajando la voz, y mirándolo más y asegurándose de que aquél era Tedaldo, llorando se le echó al cuello y lo besó, diciendo:

—Dulce Tedaldo mío, ¡seas bien venido!

Tedaldo, besándola y abrazándola, dijo:

—Señora, no es ahora tiempo de hacernos más estrechos saludos; quiero ir a hacer que Aldobrandino os sea devuelto sano y salvo, sobre lo cual espero que antes de mañana por la noche tengáis nuevas que os agraden; que, si tengo suerte como espero, sobre su salvación quiero poder venir esta noche a dároslas con más espacio que puedo hacerlo al presente.

Y volviéndose a poner la esclavina y el sombrero, besando otra vez a la señora y confortándola con buena esperanza, se separó de ella y allá se fue donde Aldobrandino estaba

en prisión, más embebido en pensamientos de temor de la inminente muerte que de esperanza de futura salud; y a guisa de consolador, con la venia de los carceleros, entró donde él estaba y sentándose junto a él, le dijo:

—Aldobrandino, soy un amigo tuyo que Dios te manda para salvarte, quien por tu inocencia ha sentido piedad de ti; y por ello, si en honor suyo quieres concederme un pequeño don que voy a pedirte, sin falta antes de que mañana sea de noche, en lugar de la sentencia de muerte que esperas, oirás absolución.

Al que Aldobrandín repuso:

—Buen hombre, puesto que de mi salvación te preocupas, aunque no te conozco ni me acuerde de haberte visto nunca, debes ser amigo, como dices. Y en verdad el pecado por el cual se dice que debo ser condenado a muerte, nunca lo he cometido; muchos otros he hecho, que tal vez a esto me hayan conducido. Pero te digo por el temor de Dios esto: si él ahora tiene misericordia de mí, grandes cosas, no una pequeña, haría de buena gana, aunque no lo prometiese; así que lo que te plazca pide, que sin falta, si llego a escapar de ésta, lo cumpliré ciertamente.

El peregrino entonces dijo:

—Lo que quiero no es otra cosa sino que perdones a los cuatro hermanos de Tedaldo el haberte conducido a este punto, creyéndote culpable de la muerte de su hermano, y que los tengas por hermanos y por amigos si te piden perdón.

Al que Aldobrandín repuso:

—No sabes cuán dulce cosa es la venganza ni con cuánto ardor se desea sino quien recibe las ofensas; pero aun así, para que Dios de mi salvación se ocupe, de buen grado les perdonaré y ahora les perdono, y si de aquí salgo vivo y me salvo, para hacerlo seguiré el modo que te sea grato.

Esto le plugo al peregrino, y sin querer decirle más, encarecidamente le rogó que tuviese buen ánimo, que con seguridad antes de que terminase el siguiente día tendría noticia certísima de su salud. Y separándose de él se fue a la señoría y en secreto a un caballero que la gobernaba dijo así.

—Señor mío, todos sabemos de buen grado empeñarnos en hacer que la verdad de las cosas se conozca, y máximamente aquellos que tienen el puesto que vos tenéis, para que no sufran los castigos los que no han cometido

el pecado y sean castigados los pecadores. Y para que ello suceda en honor vuestro y para mal de quien lo ha merecido, he venido a vos. Como sabéis, habéis procedido severamente contra Aldobrandín Palermini y parece que habéis tenido por cierto que él ha sido quien mató a Tedaldo Elisei, y vais a condenarlo, lo que segurísimamente es falso, como creo que antes de la medianoche, trayendo a vuestras manos al matador de aquel joven, os habré demostrado.

El valeroso hombre, que tenía lástima de Aldobrandino, prestó gustosamente oídos a las palabras del peregrino, y explicándole muchas cosas sobre esto, siendo su guía, cuando estaban en el primer sueño, a los dos hermanos posaderos y a su criado apresó a mansalva, y queriéndoles dar tortura para descubrir cómo había sido la cosa, no lo sufrieron sino que cada uno separadamente y luego todos juntos abiertamente confesaron haber sido quienes mataron a Tedaldo Elisei, sin reconocerlo. Preguntados por la razón, dijeron que porque éste a la mujer de uno de ellos, no estando ellos en la posada, había molestado mucho y querido forzar a que hiciese su voluntad.

El peregrino, enterado de esto, con licencia del gentilhombre se fue y secretamente se vino

a casa de la señora Ermelina, y a ella sola (habiéndose ido a dormir todos los demás de la casa) la encontró esperándole, igualmente deseosa de tener buenas noticias del marido y de reconciliarse plenamente con su Tedaldo; a la cual acercándose, con alegre gesto, dijo:

—Carísima señora mía, alégrate, que por cierto recuperarás mañana aquí sano y salvo a tu Aldobrandino.

Y para asegurarle de esto más, lo que había hecho le contó plenamente. La señora, de los dos accidentes tales y tan súbitos, esto es, de recuperar a Tedaldo vivo, al cual firmemente creía haber llorado muerto, y de ver libre de peligro a Aldobrandino, a quien se creía tener que llorar por muerto unos pocos días después, tan alegre como nunca lo estuvo nadie, afectuosamente abrazó y besó a su Tedaldo; y yéndose juntos a la cama de buena gana firmaron graciosas y alegres paces, tomando el uno del otro deleitable gozo. Y al acercarse el día, Tedaldo, levantándose, habiendo ya explicado a la señora lo que hacer entendía y rogándole que ocultísimo lo tuviese, de nuevo en hábito de peregrino salió de casa de la señora para poder, cuando fuese el momento, ocuparse de los asuntos de Aldobrandino. La señoría, llegado el día y pareciéndole tener completa información del

asunto, prestamente liberó a Aldobrandino y pocos días después a los malhechores hizo cortar la cabeza donde habían cometido el homicidio.

Estando, pues, libre Aldobrandino, con gran regocijo suyo y de su mujer y de todos sus amigos y parientes, y conociendo manifiestamente que aquello había sido obra del peregrino, le condujeron a su casa por tanto tiempo cuanto le pluguiera estar en la ciudad; y allí, de hacerle honores y fiestas que no se saciaban, y especialmente la mujer, que sabía a quién se los hacía Pero pareciéndole, luego de algunos días, tiempo de reconciliar a sus hermanos con Aldobrandino, a quienes sabía no sólo desacreditados por su absolución, sino también armados por miedo, pidió a Aldobrandino que cumpliese su promesa. Aldobrandino espontáneamente contestó que estaba dispuesto.

El peregrino le hizo preparar un hermoso convite para el día siguiente, al que dijo que quería que él con sus parientes y con sus mujeres invitase a los cuatro hermanos y a sus mujeres, añadiendo que él mismo iría incontinenti a invitarles a su perdón y a su convite de su parte. Y estando Aldobrandino contento con cuanto placía al peregrino, el peregrino enseguida se fue a casa de los

cuatro hermanos, y dirigiéndoles las palabras que para tal asunto se requerían, al final, con razones irrebatibles fácilmente les condujo a querer reconquistar, solicitando el perdón, la amistad de Aldobrandino, y hecho esto, a ellos y a sus mujeres a almorzar con Aldobrandino la mañana siguiente les invitó, y ellos, de buen grado, creyendo su palabra, aceptaron el convite.

Así, pues, la mañana siguiente, a la hora de comer, primeramente los cuatro hermanos de Tedaldo, tan vestidos de negro como iban, con algunos amigos suyos vinieron a casa de Aldobrandino, que les esperaba; y allí, delante de todos aquellos que para acompañarles habían sido invitados por Aldobrandino, arrojadas las armas en tierra, se pusieron en manos de Aldobrandino, pidiéndole perdón de lo que contra él habían hecho. Aldobrandino, llorando compasivamente, los recibió y besando a todos en la boca, gastando pocas palabras, todas las injurias recibidas perdonó. Después de ellos, sus hermanas y sus mujeres todas vestidas de luto vinieron, y por la señora Ermelina y las otras grandes señoras graciosamente recibidas fueron.

Y habiendo sido magníficamente servidos en el convite tanto los hombres como las mujeres, no había habido en él nada más que

cosas dignas de encomio, a no ser la taciturnidad por el reciente dolor que estaba representado en los vestidos oscuros de los parientes de Tedaldo (por lo cual la invención y la invitación del peregrino había sido censurada por muchos, y él se había apercibido de ello); pero como lo había decidido, venido el tiempo de disiparla, se puso en pie, todavía comiendo los demás la fruta, y dijo:

—Nada ha faltado a este convite para que fuese alegre sino Tedaldo, a quien, pues habiéndole tenido continuamente con vosotros no lo habéis conocido, quiero mostráároslo.

Y quitándose de encima la esclavina y toda la ropa de peregrino se quedó en jubón de tafetán verde, y no sin grandísima maravilla fue por todos mirado y examinado largamente antes de que alguien se atreviese a creer que era él. Lo que viendo Tedaldo, mucho les habló de sus parientes, de las cosas sucedidas entre ellos, de sus accidentes; por lo que sus hermanos y los demás hombres, todos llenos de lágrimas de alegría, a abrazarle corrieron, y lo mismo después hicieron las mujeres, tanto las parientes como las no parientes, salvo doña Ermelina. Lo que viendo Aldobrandín, dijo:

—¿Qué es esto, Ermelina? ¿Cómo no celebras tú como las otras mujeres a Tedaldo?

Y, oyéndola todos, la señora le respondió:

—Ninguna hay que con más agrado le haya hecho fiestas o se las haga que se las haré yo, como quien más que ninguna otra le está obligada, considerando que por su medio te he recuperado; pero las deshonestas habladurías de los días en que llorábamos a quien creíamos Tedaldo, hacen que me retenga.

Aldobrandino le dijo:

—¡Vamos, vamos!, ¿crees que yo creo a los que ladran? Procurando mi salvación bastante ha demostrado que aquello eran falsedades, sin contar con que nunca lo creí: levántate enseguida, ve a abrazarlo.

La señora, que otra cosa no deseaba, no fue lenta en obedecer en ello al marido; por lo que, levantándose como habían hecho los demás, abrazándolo ella, le hizo alegres fiestas. Esta liberalidad de Aldobrandino mucho plugo a los hermanos de Tedaldo y a todos los hombres y mujeres que allí estaban, y cualquier barrunto que hubiera nacido en algunos por las habladurías que había habido, con esto desapareció. Habiendo, pues, celebrado todos a Tedaldo, él mismo rasgó las vestiduras negras que llevaban sus hermanos y las oscuras de las hermanas y las cuñadas, y

quiso que otras ropas se trajesen y después de que vestidas fueron, muchos cantos y bailes se hicieron y otros pasatiempos; por las cuales cosas, el convite, que había tenido silencioso principio, tuvo un fin sonoro.

Y con grandísima alegría, así como estaban, se fueron a casa de Tedaldo y allí cenaron por la noche, y muchos días después, siguiendo del mismo modo, continuaron la fiesta. Los florentinos durante muchos días como a hombre resucitado y asombrosa cosa miraron a Tedaldo; y muchos, y aun los hermanos, tenían cierta ligera duda en el ánimo sobre si era él o no, y no lo creían todavía firmemente ni tal vez lo hubieran creído en mucho tiempo si un caso que sucedió no hubiera llegado a aclararles quién había sido el muerto; que fue esto. Pasaban un día unos soldados de Lunigiana delante de su casa y, viendo a Tedaldo, fueron a su encuentro, diciéndole:

—¡Buenos los tenga Faziuolo!

A quienes Tedaldo, en presencia de sus hermanos, respondió:

—Me habéis tomado por otro.

Ellos, al oírle hablar, se avergonzaron y le pidieron perdón, diciendo:

—En verdad que os parecéis, más que nunca hemos visto parecerse nadie a otro, a un camarada nuestro que se llama Faziuolo de Pontriémoli, que vino aquí hace unos quince días o poco más y nunca hemos podido saber qué fue de él. Bien es verdad que nos maravillábamos del vestido porque él era, como lo somos nosotros, mesnadero.

El hermano mayor de Tedaldo, al oír esto, fue hacia ellos y les preguntó qué vestido llevaba aquel Faziuolo. Ellos se lo dijeron y se encontró que precisamente así iba como decían ellos; por lo que, entre esto y otras señales, conocido fue que el que había sido muerto había sido Faziuolo y no Tedaldo, por lo que se desvanecieron las sospechas de sus hermanos y de cualquier otro. Tedaldo, pues, que había vuelto riquísimo, perseveró en su amor y sin que la señora se enojase más con él, discretamente obrando, largamente gozaron de su amor. Dios nos haga gozar del nuestro.

Novela octava

Ferondo, tomados ciertos polvos, es enterrado como muerto y por el abad, que su mujer se disfruta, hecho sacar de la tumba y puesto en prisión y persuadido de que está en el purgatorio, y luego, resucitado, como suyo cría a un hijo engendrado por el abad en su mujer.

LLEGANDO el fin de la larga historia de Emilia, que a nadie había desagradado por su extensión, sino considerada por todos como narrada brevemente teniendo en cuenta la cantidad y la variedad de los casos contados en ella; la reina, a Laureta mostrando con un solo gesto su deseo, le dio ocasión de comenzar así:



Carísimas señoras, se me pone delante como digna de ser contada una verdad que tiene, mucho más de lo que fue, aspecto de mentira, y me ha venido a la cabeza al oír contar que uno por otro fue llorado y sepultado. Contaré, pues, cómo un vivo fue sepultado por muerto y cómo después, resucitado y no vivo, él mismo y otros muchos creyeron que había salido de la tumba, siendo por ello venerado como santo quien más bien como culpable debía ser condenado.

Hubo, pues, en Toscana, una abadía (y

todavía hay) situada, como vemos muchas, en un lugar no demasiado frecuentado por las gentes, de la que fue abad un monje que en todas las cosas era santísimo, salvo en los asuntos de mujeres, y éstos los sabía hacer tan cautamente que casi nadie no sólo no los conocía, sino que ni los sospechaba; por lo que santísimo y justo se pensaba que era en todo. Ahora, sucedió que, habiendo hecho gran amistad con el abad un riquísimo villano que tenía por nombre Ferondo, hombre ignorante y obtuso fuera de toda ponderación (y no por otra cosa gustaba el abad de su trato sino por la diversión que a veces le causaba su simpleza), en esta amistad se apercibió el abad de que Ferondo tenía por esposa a una mujer hermosísima, de la que se enamoró tan ardientemente que en otra cosa no pensaba ni de día ni de noche; pero oyendo que, por muy simple y necio que fuese en todas las demás cosas, era sapientísimo en amar y proteger a ésta su mujer, casi desesperaba.

Pero, como muy astuto, domesticó tanto a Ferondo que éste con su mujer venían alguna vez a pasearse por el jardín de su abadía; y allí, con él, sobre la felicidad de la vida eterna y sobre las santísimas acciones de muchos hombres y mujeres ya muertos les hablaba con gran modestia, tanto que a la señora le dieron

deseos de confesarse con él y le pidió licencia a Ferondo y la obtuvo. Venida, pues, a confesarse con el abad con grandísimo placer de éste y poniéndose a sus pies como si otra cosa viniese a decir, comenzó:

—Señor, si Dios me hubiese dado marido o no me lo hubiese dado, tal vez me sería más fácil con vuestra enseñanza entrar en el camino de que me habéis hablado, que lleva a otros a la vida eterna, pero yo, considerando quién sea Ferondo y su estulticia, me puedo considerar viuda y, sin embargo, soy casada en tanto que, viviendo él, otro marido no puedo tomar, y él, aun necio como es, es tan fuera de toda medida y sin ninguna razón tan celoso que por ello no puedo vivir con él más que en tribulación y en desgracia. Por la cual cosa, antes de venir a otra confesión, lo más humildemente que puedo os ruego que sobre esto queráis darme algún consejo, porque si desde ahora no empiezo a procurar ocasión de mi bien, confesarme o hacer alguna otra buena obra de poco me servirá.

Este discurso proporcionó gran placer al alma del abad, y le pareció que la fortuna hubiera abierto el camino a su mayor deseo; y dijo:

—Hija mía, creo que gran fastidio debe ser

para una hermosa y delicada mujer como sois vos, tener por marido a un mentecato, pero mucho mayor creo que sea tener a un celoso; por lo que, teniendo vos uno y otro, fácilmente os creo lo que de vuestra tribulación me decís. Pero en ello, por decirlo en pocas palabras, no veo consejo ni remedio fuera de uno, que es que Ferondo se cure de estos celos. La medicina para curarlo sé yo muy bien cómo hacerla, siempre que vos tengáis la voluntad de guardar en secreto lo que voy a deciros.

La mujer dijo:

—Padre mío, no dudéis de ello, porque me dejaré antes morir que decir a nadie algo que vos me dijerais que no dijese, ¿pero cómo se podrá hacer?

Repuso el abad:

—Es necesario que muera, y así sucederá, y cuando haya sufrido tantos castigos que esté castigado de estos celos suyos, nosotros, con ciertas oraciones, rogaremos a Dios que lo devuelva a esta vida, y así lo hará.

—Pues —dijo la mujer—, ¿he de quedarme viuda?

—Sí —repuso el abad—, durante algún tiempo, que mucho debéis guardaros de que

nadie se case con vos, porque a Dios le parecería mal, y al volver Ferondo tendríais que volver con él y sería más celoso que nunca.

La mujer dijo:

—Siempre que se cure de esta desgracia, que no tenga que estar yo siempre en prisión, estoy contenta; haced como gustéis.

Dijo entonces el abad:

—Así lo haré: pero ¿qué galardón tendré de vos por tal servicio?

—Padre mío —dijo la señora—, lo que deseéis si puedo hacerlo, pero ¿qué puede alguien como yo que sea apropiado a tal hombre como vos sois?

El abad le dijo:

—Señora, vos podéis hacer por mí no menos que lo que yo me empeño en hacer por vos porque así como me dispongo a hacer aquello que debe ser bien y consuelo vuestro, así podéis hacer vos lo que será salud y salvación de mi vida.

Dijo entonces la señora:

—Sí es así, estoy dispuesta.

—Pues —dijo el abad—, me daréis vuestro

amor y me daréis el placer de teneros, porque por vos ardo y me consumo.

La mujer, al oír esto, toda pasmada, repuso:

—¡Ay, padre mío!, ¿qué es lo que me pedís? Yo creía que erais un santo: ¿y les cuadra a los santos requerir a las mujeres que les piden consejo a tales asuntos?

El abad le dijo:

—Alma mía bella, no os maravilléis, que por esto la santidad no disminuye, porque está en el alma y lo que yo os pido es un pecado del cuerpo. Pero sea como sea, tanta fuerza ha tenido vuestra atrayente belleza que Amor me obliga a hacer esto, y os digo que de vuestra hermosura más que otras mujeres podéis gloriaros al pensar que agrada a los santos, que están tan acostumbrados a las del cielo; y además de esto, aunque sea yo abad sigo siendo un hombre como los demás y, como veis, todavía no soy viejo. Y esto no debe seros penoso de hacer, sino que debéis desearlo porque mientras Ferondo esté en el purgatorio, yo os daré, haciéndoos compañía por la noche, el consuelo que debería daros él, y nadie se dará cuenta de ello, creyendo todos de mí aquello, y más, que vos creíais hace poco. No

rehuséis la gracia que Dios os manda, que muchas son las que desean lo que vos podéis tener y tendréis, si como prudente seguís mi consejo. Además, tengo hermosas joyas valiosas, que entiendo no sean de otra persona sino vuestras. Haced, pues, dulce esperanza mía, lo que yo hago por vos de buen grado.

La mujer tenía el rostro inclinado, y no sabía cómo negárselo, y concedérselo no le parecía bien, por lo que el abad, viendo que le había escuchado y daba largas a la respuesta, pareciéndole haberla convencido a medias, con muchas otras palabras continuando las primeras, antes de que callase le había metido en la cabeza que aquello estaba bien hecho; por lo que dijo vergonzosamente que estaba dispuesta a lo que mandase, pero que antes de que Ferondo hubiese ido al purgatorio no podía ser. El abad contentísimo le dijo:

—Y haremos que allí vaya incontinenti; haced de manera que mañana o al día siguiente venga a estar aquí conmigo.

Y dicho esto, habiéndole puesto ocultamente en la mano un bellísimo anillo, la despidió. La mujer, alegre con el regalo y esperando tener otros, volviendo con sus compañeras, maravillosas cosas empezó a decir sobre la santidad del abad. De allí a

pocos días se fue Ferondo a la abadía, y en cuanto lo vio el abad pensó en mandarlo al purgatorio; y encontrados unos polvos de maravillosa virtud que en tierras de Levante había obtenido de un gran príncipe que afirmaba que solía usarlos el Viejo de la Montaña cuando quería mandar a alguien (haciéndole dormir) a su paraíso o traerlo de allí, y que, en mayor o menor cantidad dados, sin ninguna lesión hacían de tal manera dormir más o menos a quien los tomaba que, mientras duraba su poder no se habría dicho que tenía vida, y habiendo tomado de ellos cuantos fuesen suficientes para hacer dormir tres días, en un vaso de vino todavía un poco turbio, en su celda, sin que Ferondo se diese cuenta, se los dio a beber; y con él lo llevó al claustro y con otros de sus monjes empezaron a reírse de él y de sus tonterías.

Lo que no duró mucho porque, obrando los polvos, se le subió a éste un sueño tan súbito y fiero a la cabeza que estando todavía en pie se durmió, y cayó dormido. El abad, mostrándose perturbado por el accidente, haciéndolo desceñir y haciendo traer agua fría y echándosela en la cara, y haciéndole aplicar muchos otros remedios cómo si de alguna flatulencia de estómago o de otra cosa que tomado le hubiera quisiera recuperarle la

desmayada vida y el sentido, viendo el abad y los monjes que con todo aquello no recobraba el sentido, tomándole el pulso y no encontrándolo, todos tuvieron por cierto que estuviese muerto; por lo que, mandándolo a decir a la mujer y a sus parientes, todos los cuales aquí vinieron prontamente, y habiéndolo la mujer con sus parientes llorado un tanto, vestido como estaba lo hizo el abad poner en una sepultura.

La mujer volvió a su casa, y de un pequeño muchachito que tenía de él dijo que no entendía separarse nunca; y así quedándose en casa, el hijo la riqueza que había sido de Ferondo empezó a administrar. El abad, con un monje boloñés de quien mucho se fiaba y que aquel día había venido aquí desde Bolonia, levantándose por la noche calladamente, a Ferondo sacaron de la sepultura y a un subterráneo, en el que ninguna luz entraba y que para prisión de los monjes que cometiesen faltas había sido hecho, lo llevaron y, quitándole sus vestidos, vistiéndole a guisa de monje, sobre un haz de paja lo pusieron, y lo dejaron hasta que recobrase el sentido. Entretanto, el monje boloñés, por el abad informado de lo que tenía que hacer, sin saber de ello nadie más, se puso a esperar que Ferondo volviese en sí.

El abad, al día siguiente, con algunos de sus monjes a modo de hacer una visita, se fue a casa de la mujer, a la cual de negro vestida y atribulada encontró, y consolándola algún tanto, en voz baja le pidió que cumpliera su promesa. La mujer, viéndose libre y sin el empacho de Ferondo ni de nadie, habiéndole visto en el dedo otro hermoso anillo, dijo que estaba pronta y acordó con él que la noche siguiente fuese. Por lo que, llegada la noche, el abad, disfrazado con las ropas de Ferondo y acompañado por su monje, fue, y con ella hasta la mañana, con grandísimo deleite y placer, se acostó, y luego se volvió a la abadía, haciendo aquel camino asaz frecuentemente para dicho servicio; y siendo encontrado por algunos al ir o al venir, se creyó que era Ferondo que andaba por aquel barrio haciendo penitencia, y sobre ello muchas historias entre la gente vulgar de la villa nacieron, y hasta a la mujer, que bien sabía lo que pasaba, se las contaron muchas veces.

El monje boloñés, vuelto en sí Ferondo y hallándose allí sin saber dónde estaba, entrando dentro, dando una voz horrible, con algunas varas en la mano, cogiéndolo, le dio una gran paliza. Ferondo, llorando y gritando, no hacía otra cosa que preguntar:

—¿Dónde estoy?

El monje le repuso:

—Estás en el purgatorio.

—¿Cómo? —dijo Ferondo—. ¿Es que me he muerto?

Dijo el monje:

—Ciertamente.

Por lo que Ferondo por sí mismo y por su mujer y por su hijo empezó a llorar, diciendo las más extrañas cosas del mundo. El monje le llevó algo de comer y de beber, lo que viendo Ferondo dijo:

—¿Así que los muertos comen?

Dijo el monje:

—Si, y esto que te traigo es lo que la mujer que fue tuya mandó esta mañana a la iglesia para hacer decir misas por tu alma, lo que Dios quiere que te sea ofrecido.

Dijo entonces Ferondo:

—¡*Dómine, bendícela*! Yo mucho la quería antes que muriese, tanto que la tenía toda la noche en brazos y no hacía más que besarla, y también otra cosa hacía cuando me daba la gana.

Y luego, teniendo mucha hambre, comenzó a comer y a beber, y no pareciéndole el vino muy bueno, dijo:

—¡Dómine, házselo pagar, que no le dio al cura del vino de la cuba de junto al muro!

Pero luego que hubo comido, el monje le cogió de nuevo y con las mismas varas le dio una gran paliza. Ferondo, habiendo gritado mucho, dijo:

—¡Ah!, ¿por qué me haces esto?

Dijo el monje:

—Porque así ha mandado Dios Nuestro Señor que cada día te sea hecho dos veces.

—¿Y por qué razón? —dijo Ferondo.

Dijo el monje:

—Porque fuiste celoso teniendo por esposa a la mejor mujer que hubiera en tu ciudad.

—¡Ay! —dijo Ferondo—, dices verdad, y la más dulce; era más melosa que el caramelo, pero no sabía yo que Dios Nuestro Señor tuviera a mal que el hombre fuese celoso, porque no lo habría sido.

Dijo el monje:

—De eso debías haberte dado cuenta mientras estabas allí, y enmendarte, y si sucede que alguna vez allí vuelvas, haz que tengas tan presente lo que ahora te hago que nunca seas celoso.

Dijo Ferondo:

—¿Pues vuelve alguna vez quién se muere?

Dijo el monje:

—Sí, quien Dios quiere.

—¡Oh! —dijo Ferondo—, si alguna vez vuelvo, seré el mejor marido del mundo; no le pegaré nunca, nunca le diré injurias sino por causa del vino que ha mandado esta mañana: y tampoco ha mandado vela ninguna, y he tenido que comer a oscuras.

Dijo el monje:

—Sí lo hizo, pero se consumieron en las misas.

—¡Oh! —dijo Ferondo—, será verdad, y ten por seguro que si allí vuelvo la dejaré hacer lo que quiera. Pero dime: ¿quién eres tú que me haces esto?

Dijo el monje:

—También estoy muerto, y fui de Cerdeña, y porque alabé mucho a un señor mío el ser celoso me ha condenado Dios a esta pena, a que tenga que darte de comer y de beber y estas palizas hasta que Dios disponga otra cosa de ti y de mí.

Dijo Ferondo:

—¿No hay aquí nadie más que nosotros dos?

Dijo el monje:

—Sí, millones, pero tú no los puedes ver ni oír, ni ellos a ti.

Dijo entonces Ferondo:

—¿Pues a qué distancia estamos de nuestra tierra?

—¡Ojojú! —dijo el monje—, estamos a millas de más *bien-la-cagueremos*[104]

—¡Recontra, eso es mucho! —dijo Ferondo—, y a lo que me parece debemos estar fuera del mundo, de tan lejos.

Ahora, en tales conversaciones y otras semejantes, con comida y con palizas, fue tenido Ferondo cerca de diez meses, en los cuales con mucha frecuencia el abad muy

felizmente visitó a su hermosa mujer y con ella se dio la mejor vida del mundo. Pero como suceden las desgracias, la mujer quedó preñada, y dándose cuenta enseguida lo dijo al abad; por lo que a los dos les pareció que sin demora Ferondo tenía que ser traído del purgatorio a la vida y volver con ella, y decir ella que estaba grávida de él.

El abad, pues, la noche siguiente hizo con una voz fingida llamar a Ferondo en su prisión y decirle:

—Ferondo, consuélate, que place a Dios que vuelvas al mundo; adonde, vuelto, tendrás un hijo de tu mujer, al que llamarás Benedetto porque por las oraciones de tu santo abad y de tu mujer y por amor de San Benito te concede esta gracia.

Ferondo, al oír esto, se puso muy alegre, y dijo:

—Mucho me place: Dios bendiga a Nuestro Señor y al abad y a San Benito y a mi mujer tan dulcecita, tan melosita, tan sabrosita.

El abad, habiéndole hecho dar en el vino que le mandaba tantos polvos de aquellos que le hicieran dormir unas cuatro horas, volviéndole a poner sus vestidos, junto con su monje silenciosamente lo volvieron a la

sepultura donde había sido enterrado. Por la mañana al hacerse de día, Ferondo volvió en sí y vio por alguna rendija de la sepultura luz, lo que no veía hacía diez meses, por lo que pareciéndole estar vivo, empezó a gritar:

—¡Abridme, abridme! —y a golpear él mismo con la cabeza contra la tapa del sepulcro, tan fuerte que removiéndola, porque con poco se removía, empezaba a abrirse cuando los monjes, que habían rezado maitines, corrieron allí y conocieron la voz de Ferondo y lo vieron ya salir del sepulcro, por lo que, espantados todos ante la extrañeza del hecho, comenzaron a huir y se fueron al abad. El cual, haciendo semblante de levantarse de la oración, dijo:

—Hijos, no temáis; tomad la cruz y el agua bendita y venid detrás de mi, y veamos lo que el poder de Dios nos quiere mostrar —y así lo hizo.

Estaba Ferondo tan pálido como quien ha estado tanto tiempo sin ver el cielo, fuera del ataúd; el cual, al ver al abad, corrió a sus pies y le dijo:

—Padre mío, vuestras oraciones, según me ha sido revelado, y las de San Benito y las de mi mujer me han sacado de las penas del

purgatorio y traído a la vida de nuevo; por lo que os ruego a Dios que tengáis buenos días y buenas calendas[105], hoy y siempre.

El abad dijo:

—Alabado sea el poder de Dios. Ve, pues, hijo, pues que Dios aquí te ha devuelto, y consuela a tu mujer, que siempre, desde que te fuiste, ha estado llorando, y sé de aquí en adelante amigo y servidor de Dios.

Dijo Ferondo:

—Señor, así ha sido dicho; dejadme hacer a mí, que en cuanto la encuentre, tanto la besaré cuanto la quiero.

El abad, quedándose con sus monjes, mostró sentir por esta cosa una gran admiración e hizo cantar devotamente el miserere. Ferondo tornó a su villa, donde, quien lo veía huía de él como suele hacerse de las cosas horribles, pero él, llamándole, afirmaba que había resucitado. La mujer también tenía miedo de él, pero después de que la gente fue tomando confianza con él, y, viendo que estaba vivo, le preguntaban sobre muchas cosas; convertido en sabio, a todos respondía y daba noticias de las almas de sus parientes, y hacía por sí mismo las más bellas fábulas del mundo sobre los hechos del purgatorio, y delante de

todo el pueblo contó la revelación que había sido hecha por boca de Arañuelo Grabiel[106] antes de que resucitase.

Por la cual cosa, volviéndose a casa con la mujer y entrado en posesión de sus bienes, la preñó a su parecer, y sucedió por ventura que llegado el tiempo oportuno en opinión de los tontos, que creen que la mujer lleva a los hijos precisamente nueve meses, la mujer parió un hijo varón, que fue llamado Benedetto Ferondo. La vuelta de Ferondo y sus palabras, al creer casi todo el mundo que había resucitado, acrecentaron sin límites la fama de la santidad del abad; y Ferondo, que por sus celos había recibido muchas palizas, según la promesa que el abad había hecho a la mujer, dejó de ser celoso de allí en adelante, con lo que, contenta la mujer, honestamente como solía con él vivió aunque, cuando convenientemente podía, de buen grado se encontraba con el santo abad que bien y diligentemente en sus mayores necesidades la había servido.

Novela novena

Giletta de Narbona cura al rey de Francia de una fístula; le pide por marido a Beltramo de Rosellón, el cual, desposándose con ella contra su voluntad, a Florencia se va enojado; donde, cortejando a una joven, en lugar de ella, Giletta se acuesta con él y tiene de él dos hijos, por lo que él, después, sintiendo amor por ella, la tuvo como mujer[107].

QUEDABA, al no querer negar su privilegio a Dioneo, solamente la reina por contar su historia (como fuera que ya había terminado la novela de Laureta); por lo cual, ésta, sin esperar a ser solicitada por los suyos, así, toda amorosa, comenzó a hablar:

¿Quién contará ahora ya una historia que parezca buena, habiendo escuchado la de Laureta? Alguna ventaja ha sido que ella no fuese la primera, que luego pocas de las otras nos hubieran gustado, y así espero que suceda con las que esta jornada quedan por contar. Pero sea como sea, aquella que sobre el

presente asunto se me ocurre os contaré.

En el reino de Francia hubo un gentilhombre que era llamado Isnardo, conde del Rosellón, el cual, porque poca salud tenía, siempre tenía a su lado a un médico llamado maestro Gerardo de Narbona. Tenía el dicho conde un solo hijo pequeño, llamado Beltramo, el cual era hermosísimo y amable, y con él otros niños de su edad se educaban, entre los cuales estaba una niña del dicho médico llamada Giletta, la cual infinito amor, y más allá de lo que convenía a su tierna edad ardiente, puso en este Beltramo. El cual, muerto el conde y confiado él a las manos del rey, tuvo que irse a París, de lo que la jovencilla quedó vehementemente desconsolada; y habiendo muerto el padre de ella no mucho después, si alguna razón honesta hubiera tenido, de buen grado a París para ver a Beltramo habría ido; pero estando muy guardada, porque rica y sola había quedado, no encontraba ningún camino honesto. Y siendo ella ya de edad de tomar marido, no habiendo podido nunca olvidar a Beltramo, a muchos con quienes sus parientes habían querido casarla había rechazado sin manifestar la razón.

Ahora, sucedió que, inflamada ella en el amor de Beltramo más que nunca, porque hermosísimo joven oía que se había hecho,

vino a oír una noticia, de cómo al rey de Francia, de un nacido que había tenido en el pecho y le había sido curado mal, le había quedado una fístula que grandísima molestia y grandísimo dolor le ocasionaba, y no se había podido todavía encontrar un médico (aunque muchos lo hubiesen intentado) que lo hubiera podido curar de aquello, sino que todos lo habían empeorado; por la cual cosa el rey, desesperándose, ya de ninguno quería consejo ni ayuda. De lo que la joven se puso sobremanera contenta y pensó no solamente por aquello tener una razón legítima para ir a París, sino que, si fuese la enfermedad que ella creía, que fácilmente podría tener a Beltramo por marido.

Con lo que, como quien en el pasado del padre había aprendido muchas cosas, hechos sus polvos con ciertas hierbas útiles para la enfermedad que pensaba que era, montó a caballo y a París se fue. Y antes de haber hecho nada se ingenió para ver a Beltramo, y luego, venida delante del rey, de gracia le pidió que su enfermedad le mostrase. El rey, viéndola joven hermosa y agradable, no se lo supo negar, y se la mostró. En cuanto la hubo visto, incontinenti sintió esperanzas de poder curarlo, y dijo:

—Monseñor, si os place, sin ninguna

molestia o trabajo vuestro, espero en Dios que en ocho días os sanaré de esta enfermedad.

El rey, para sí mismo, se burló de sus palabras diciendo:

—¿Lo que los mayores médicos del mundo no han podido ni sabido, una mujer joven cómo podrá saberlo?

Pero le agradeció su buena voluntad y repuso que se había propuesto no seguir ya ningún consejo de médico. La joven le dijo:

—Monseñor, desprecias mi arte porque joven soy y mujer, pero os recuerdo que yo no curo con mi ciencia, sino con la ayuda de Dios y con la ciencia del maestro Gerardo narbonense, que fue mi padre y famoso médico mientras vivió.

El rey, entonces se dijo: «Tal vez me ha mandado Dios a ésta; ¿por qué no pruebo lo que sabe hacer, pues dice que sin sufrir molestias me curará en poco tiempo?», y habiendo decidido probarlo, dijo:

—Damisela, y si no me curáis, después de hacernos romper nuestra decisión, ¿qué queréis que se os haga?

—Monseñor —repuso la joven—, vigiladme, y si antes de ocho días no os curo,

hacedme quemar; pero si os curo, ¿qué premio me daréis?

El rey le respondió:

—Me parecéis aún sin marido; si lo hacéis, os casaremos bien y altamente.

La joven le dijo:

—Monseñor, verdaderamente me place que vos me caséis, pero quiero a un marido tal cual yo os lo pida, entendiendo que no os debo pedir ninguno de vuestros hijos ni de la familia real.

El rey enseguida le prometió hacerlo. La joven comenzó su cura y, en breve, antes del tiempo fijado, le devolvió la salud, por lo que el rey, sintiéndose curado, dijo:

—Damisela, os habéis ganado bien el marido.

Ella le contestó:

—Pues, monseñor, he ganado a Beltramo de Rosellón, a quien infinitamente en mi infancia comencé a amar y desde entonces siempre he amado sumamente.

Fuerte cosa pareció al rey tenérselo que dar, pero como prometido lo había, no

queriendo faltar a su palabra, lo hizo llamar y así le dijo:

—Beltramo, sois ya maduro y fornido: queremos que volváis a gobernar vuestro condado y que con vos llevéis a una damisela que os hemos dado por mujer.

Dijo Beltramo:

—¿Y quién es la damisela, monseñor?

El rey le repuso:

—Es aquella que con sus medicinas me ha devuelto la salud.

Beltramo, que la conocía y la había visto, aunque muy bella le pareciese, conociendo que no era de linaje que a su nobleza correspondiera, todo ofendido dijo:

—Monseñor, ¿pues me queréis dar por mujer a una mendiga? No plazca a Dios que tal mujer tome jamás.

El rey le dijo:

—¿Pues queréis vos que no cumplamos nuestra palabra, que para recobrar la salud dimos a la damisela que os ha pedido por marido en galardón?

—Monseñor —dijo Beltramo—, podéis

quitarme cuanto tengo, y darme, como vuestro hombre que soy, a quien os place: pero estad seguro de esto, que nunca estaré contento con tal matrimonio.

—Sí lo estaréis —dijo el rey—, porque la damisela es hermosa y prudente y os ama mucho, por lo que esperamos que mucho más feliz vida tengáis con ella que tendríais con una dama de más alto linaje.

Beltramo se calló y el rey hizo preparar con gran aparato la fiesta de las bodas; y llegado el día para ello determinado, por muy de mala gana que lo hiciera Beltramo, en presencia del rey la damisela se casó con quien más que a ella misma amaba. Y hecho esto, como quien ya pensado tenía lo que debía hacer, diciendo que a su condado volver quería y consumar allí el matrimonio, pidió licencia al rey; y, montado a caballo, no a su condado se fue, sino que se vino a Toscana.

Y sabiendo que los florentinos peleaban con los sieneses, a ponerse a su lado se dispuso, donde alegremente recibido y con honor, hecho capitán de cierta cantidad de gente y recibiendo de ellos buen salario, a su servicio se quedó y estuvo mucho tiempo. La recién casada, poco contenta de tal suerte, esperando poder con sus sabias obras hacerlo

volver a su condado se fue al Rosellón, donde por todos como su señora fue recibida. Encontrando allí, por el largo tiempo que sin conde había estado, todas las cosas descompuestas y estragadas, como señora prudente con gran diligencia y solicitud todas las cosas puso en orden, por lo que los súbditos mucho contento tuvieron y la tuvieron en mucha estima y le tomaron gran amor, reprochando mucho al conde que con ella no se contentara. Habiendo la señora recompuesto todo el país, por dos caballeros se lo comunicó al conde, rogándole que, si por ella no quería venir a su condado, se lo comunicase, y ella, por complacerle, se iría; a los cuales él, durísimamente, dijo:

—Que haga lo que le plazca: en cuanto a mí, volveré allí a estar con ella cuando tenga este anillo en su dedo, y en los brazos un hijo engendrado por mí.

Tenía el anillo en gran aprecio y nunca se separaba de él, por cierto poder que le habían dado a entender que tenía. Los caballeros oyeron la dura condición puesta con aquellas dos cosas casi imposibles, y viendo que con sus palabras de su intención no podían moverle, volvieron a la señora y su respuesta le contaron. La cual, muy dolorida, después de pensarlo mucho, deliberó querer saber si

aquellas dos cosas podían ocurrir y dónde, para que como resultado pudiera recobrar a su marido. Y habiendo pensado lo que debía hacer, reunidos una parte de los mayores y mejores hombres de su condado, les contó ordenadamente y con palabras dignas de compasión lo que antes había hecho por amor del conde, y mostró lo que había sucedido por aquello, y finalmente les dijo que su intención no era que por su estancia allí el conde estuviera en perpetuo exilio, por lo que entendía consumir lo que le quedase de vida en peregrinaciones y en obras de misericordia por la salvación de su alma; y les rogó que la protección y el gobierno del condado tomasen y se lo significasen al conde, que ella vacía y libre le había dejado su posesión y se había alejado con intención de nunca volver al Rosellón.

Aquí, mientras ella hablaba, fueron derramadas lágrimas por muchos de aquellos hombres buenos y le hicieron muchos ruegos de que le pluguiese cambiar de opinión y quedarse; pero de nada sirvieron. Ella, encomendándolos a Dios, con un primo suyo y una camarera, en hábito de peregrinos, bien surtidos de dineros y valiosas joyas, sin que nadie supiese dónde iba, se puso en camino y no se detuvo hasta que llegó a Florencia; y

llegada allí por acaso a una posadita que tenía una buena mujer viuda, simplemente y a guisa de pobre peregrina estaba, deseosa de oír noticias de su señor.

Sucedió, pues, que al día siguiente vio pasar a Beltramo por delante de la posada, a caballo con su compañía, y aunque muy bien lo conoció no dejó de preguntar a la buena mujer de la posada quién era. La posadera le respondió:

—Es un gentilhombre forastero que se llama el conde Beltramo, amable y cortés y muy amado en esta ciudad; y lo más enamorado del mundo de una vecina nuestra, que es mujer noble, pero pobre. Verdad es que honestísima joven es, y por pobreza no se ha casado aún, sino que con su madre, prudentísima y buena señora, vive; y tal vez, si no fuese por ésta su madre, habría ella hecho ya lo que este conde hubiera querido.

La condesa, oyendo estas palabras, las retuvo bien; y más menudamente examinando y viniendo a todos los detalles, y bien comprendidas todas las cosas, tomó su decisión, y aprendida la casa y el nombre de la señora y de su hija amada por el conde, un día, ocultamente, en hábito de peregrina, allí se fue, y a la señora y a su hija encontrando muy

pobremente, saludándolas, dijo a la señora que cuando le placiese quería hablarle. La honrada señora, levantándose, dijo que estaba pronta a escucharla; y entrando solas en una alcoba suya, y tomando asiento, comenzó la condesa:

—Señora, me parece que os contáis entre las enemigas de la fortuna como me cuento yo, pero si quisierais, por ventura podríais a vos y a mí consolarnos.

La señora respondió que nada deseaba tanto cuanto consolarse honestamente. Siguió la condesa:

—Me es necesaria vuestra palabra, en la que si confío y vos me engañaseis, echaríais a perder vuestros asuntos y los míos.

—Con confianza —dijo la noble señora—, decid todo lo que gustéis, que nunca por mí seréis engañada.

Entonces la condesa, comenzando con su primer enamoramiento, quién era ella y lo que hasta aquel día le había sucedido le contó, de tal manera que la noble señora, como quien ya en parte lo había oído a otros, comenzó de ella a sentir compasión. Y la condesa, contadas sus aventuras, siguió:

—Ya habéis oído, entre mis otras

angustias, cuáles son las dos cosas que necesito tener si quiero tener a mi marido, las cuales a nadie más conozco que pueda ayudarme a adquirirlas sino a vos, si es verdad lo que entiendo, esto es, que el conde mi marido sumamente a vuestra hija ama.

La noble señora le dijo:

—Señora, si el conde ama a mi hija no lo sé, pero mucho lo aparenta; ¿pero qué puedo yo por ello lograr de lo que vos deseáis?

—Señora —repuso la condesa—, os lo diré, pero primeramente os quiero mostrar lo que quiero daros si me ayudáis. Veo que vuestra hija es hermosa y en edad de darle marido, y por lo que he entendido y me parece comprender, no tener dote para darle os la hace tener en casa. Entiendo, en recompensa del servicio que me hagáis, darle prestamente de mis dineros la dote que vos misma estiméis que para casarla honradamente sea necesaria.

A la señora, como a quien estaba en necesidad, le plugo la oferta, pero como tenía el ánimo noble, dijo:

—Señora, decidme lo que puedo hacer por vos, y si es honesto para mí lo haré con gusto, y vos luego haréis lo que os plazca.

Dijo entonces la condesa:

—Necesito que vos, por alguien de quien os fiéis, hagáis decir al conde mi marido que vuestra hija está dispuesta a hacer lo que él guste si puede cerciorarse de que la ama como aparenta, lo que nunca creerá si no le envía el anillo que lleva en la mano y que ella ha oído que él ama tanto; el cual si se lo manda, vos me lo daréis; y luego le mandaréis decir que vuestra hija está dispuesta a hacer su gusto, y le haréis venir aquí ocultamente y escondidamente a mí, en lugar de a vuestra hija, me pondréis a su lado. Tal vez me conceda Dios la gracia de quedar preñada; y así luego, teniendo su anillo en el dedo y en los brazos a un hijo por él engendrado, le conquistaré y con él viviré como la mujer debe vivir con su marido, habiendo sido vos la ocasión de ello.

Grave cosa pareció ésta a la señora, temiendo que fuese a seguirse de ella vergüenza para su hija; pero pensando que era cosa honrada dar ocasión a que la buena señora recuperase a su marido y que con honesto fin se ponía a hacer aquello, confiándose a sus buenos y honrados sentimientos, no solamente prometió hacerlo a la condesa sino que pocos días después, con secreta cautela, según las órdenes que había

dado, tuvo el anillo (aunque un *tantillo* le costase al conde) y a ella en lugar de a su hija magistralmente puso en la cama con el conde.

En los cuales primeros ayuntamientos afectuosísimamente por el conde buscados, como agradó a Dios, la señora quedó preñada de dos hijos varones, como el parto hizo manifiesto a su debido tiempo. Y no solamente una vez alegró la noble señora a la condesa con los abrazos del marido, sino muchas, tan secretamente actuando que nunca se supo una palabra de ello: creyendo siempre el conde que no con su mujer sino con aquélla a quien amaba había estado. A quien cuando se iba a ir por las mañanas, había dado diversas joyas hermosas y de valor, que diligentemente la condesa guardaba. La cual, sintiéndose preñada, no quiso más a la honrada señora imponer tal ayuda, sino que le dijo:

—Señora, por merced de Dios y vuestra tengo lo que deseaba, y por ello es tiempo que haga lo que os agrade, para irme después.

La honrada señora le dijo que si había hecho algo que le agradase, que le placía, pero que no lo había hecho por ninguna esperanza de galardón sino porque le parecía deber hacerlo para obrar bien. La condesa le dijo:

—Señora, mucho me place, y así, por otra parte, no entiendo daros lo que me pidáis por galardón, sino por obrar bien, que a mí me parece que debe hacerse así.

La honrada señora entonces, por la necesidad obligada, con grandísima vergüenza, cien liras le pidió para casar a su hija. La condesa, conociendo su vergüenza y oyendo su discreta petición, le dio quinientas y tantas joyas hermosas y valiosas que por ventura valían otro tanto; con lo que la honrada señora, mucho más que contenta, las gracias que mejor pudo a la condesa dio, la cual, separándose de ella, se volvió a la posada.

La honrada señora, por quitar ocasión a Beltramo de mandar a nadie ni venir a su casa, con la hija se fue al campo a casa de sus parientes, y Beltramo de allí a poco tiempo, reclamado por sus hombres, a su casa, oyendo que la condesa se había alejado, se volvió. La condesa, oyendo que se había ido de Florencia, y vuelto a su condado, se puso muy contenta; y se quedó en Florencia hasta que el tiempo del parto vino, y dio a luz a dos hijos varones parecidísimos a su padre, a los que hizo diligentemente criar.

Y cuando le pareció oportuno, poniéndose en camino, sin ser por nadie reconocida, con

ellos se vino a Montpellier; y descansando allí algunos días, y sobre el conde y dónde estuviera habiendo indagado, y enterándose de que el día de Todos los Santos en el Rosellón iba a hacer una gran fiesta de damas y caballeros, siempre disfrazada de peregrina (como había salido de allí), allá se fue. Y oyendo a las damas y los caballeros reunidos en el palacio del conde estar para sentarse a la mesa, sin cambiarse de hábito, con sus hijuelos en los brazos subiendo a la sala, abriéndose paso entre todos, allá se fue hasta donde vio al conde, y arrojándosele a los pies, dijo llorando:

—Señor mío, yo soy tu desventurada esposa, que por dejarte volver y estar en tu casa, largamente he andado rodando. Por Dios te requiero a que las condiciones que me pusiste por los dos caballeros que te mandé las mantengas: y aquí está tu anillo en mi dedo, y aquí, en mis brazos, tengo no a uno sino a dos hijos tuyos. Es hora ya de que deba por ti ser recibida como mujer, según tu promesa.

El conde, al oír esto, todo se desvaneció y reconoció el anillo, y también a los dos hijos, tanto se le parecían; pero dijo:

—¿Cómo puede haber sucedido esto?

La condesa, con gran maravilla del conde y

de todos cuantos presentes estaban, ordenadamente contó lo que había pasado y cómo; por lo cual el conde, conociendo que decía la verdad y viendo su perseverancia y su buen juicio, y además a aquellos dos hijitos tan hermosos, para cumplir lo que prometido había y por complacer a todos sus hombres y a las damas, que todos le rogaban que a ésta como su legítima esposa acogiera ya y honrase, depuso su obstinada dureza e hizo ponerse en pie a la condesa, y la abrazó y besó y por su legítima mujer la reconoció, y a aquéllos por hijos suyos; y haciéndola vestirse con ropas convenientes a ella, con grandísimo placer de cuantos allí había y de todos sus otros vasallos que aquello oyeron, hizo no solamente todo aquel día, sino muchísimos otros grandísima fiesta, y de aquel día en adelante a ella siempre como a su esposa y mujer honrada, la amó y la apreció sumamente.

Novela décima

Alibech se hace ermitaña, y el monje Rústico la enseña a meter al diablo en el infierno, después, llevada de allí, se convierte en la mujer de Neerbale.

DIONEO, que diligentemente la historia de la reina escuchado había, viendo que estaba terminada y que sólo a él le faltaba novelar, sin esperar órdenes, sonriendo, comenzó a decir: Graciosas señoras, tal vez nunca hayáis oído contar cómo se mete al diablo en el infierno, y por ello, sin apartarme casi del argumento sobre el que vosotras todo el día habéis discurrido, os lo puedo decir: tal vez también podáis salvar a vuestras almas luego de haberlo aprendido, y podréis también conocer que por mucho que Amor en los alegres palacios y las blandas cámaras más a su grado que en las pobres cabañas habite, no por ello alguna vez deja de hacer sentir sus fuerzas entre los tupidos bosques y los rígidos alpes[107a], por lo que comprender se puede que

a su potencia están sujetas todas las cosas.



Viniendo, pues, al asunto, digo que en la ciudad de Cafsa, en Berbería, hubo hace tiempo un hombre riquísimo que, entre otros hijos, tenía una hijita hermosa y donosa cuyo nombre era Alibech; la cual, no siendo cristiana y oyendo a muchos cristianos que en la ciudad había alabar mucho la fe cristiana y el servicio de Dios, un día preguntó a uno de ellos en qué materia y con menos impedimentos pudiese servir a Dios. El cual le repuso que servían mejor a Dios aquellos que más huían de las cosas del mundo, como hacían quienes en las soledades de los desiertos de la Tebaida se habían retirado. La joven, que simplicísima era y de edad de unos catorce años, no por

consciente deseo sino por un impulso pueril, sin nada decir a nadie, a la mañana siguiente hacia el desierto de Tebaida, ocultamente, sola, se encaminó; y con gran trabajo suyo, continuando sus deseos, después de algunos días a aquellas soledades llegó, y vista desde lejos una casita, se fue a ella, donde a un santo varón encontró en la puerta, el cual, maravillándose de verla allí, le preguntó qué es lo que andaba buscando. La cual repuso que, inspirada por Dios, estaba buscando ponerse a su servicio, y también quién la enseñara cómo se le debía servir. El honrado varón, viéndola joven y muy hermosa, temiendo que el demonio, si la retenía, lo engañara, le alabó su buena disposición y, dándole de comer algunas raíces de hierbas y frutas silvestres y dátiles, y agua a beber, le dijo: —Hija mía, no muy lejos de aquí hay un santo varón que en lo que vas buscando es mucho mejor maestro de lo que soy yo: irás a él.

Y le enseñó el camino; y ella, llegada a él y oídas de éste estas mismas palabras, yendo más adelante, llegó a la celda de un ermitaño joven, muy devota persona y bueno, cuyo nombre era Rústico, y la petición le hizo que a los otros les había hecho. El cual, por querer poner su firmeza a una fuerte prueba, no como los demás la mandó irse, o seguir más

adelante, sino que la retuvo en su celda; y llegada la noche, una yacija de hojas de palmera le hizo en un lugar, y sobre ella le dijo que se acostase. Hecho esto, no tardaron nada las tentaciones en luchar contra las fuerzas de éste, el cual, encontrándose muy engañado sobre ellas, sin demasiados asaltos volvió las espaldas y se entregó como vencido; y dejando a un lado los pensamientos santos y las oraciones y las disciplinas, a traerse a la memoria la juventud y la hermosura de ésta comenzó, y además de esto, a pensar en qué vía y en qué modo debiese comportarse con ella, para que no se apercibiese que él, como hombre disoluto, quería llegar a aquello que deseaba de ella.

Y probando primero con ciertas preguntas, que no había nunca conocido a hombre averiguó y que tan simple era como parecía, por lo que pensó cómo, bajo especie de servir a Dios, debía traerla a su voluntad. Y primeramente con muchas palabras le mostró cuán enemigo de Nuestro Señor era el diablo, y luego le dio a entender que el servicio que más grato podía ser a Dios era meter al demonio en el infierno, adonde Nuestro Señor le había condenado. La jovencita le preguntó cómo se hacía aquello; Rústico le dijo: —Pronto lo sabrás, y para ello harás lo que a mí me veas

hacer.

Y empezó a desnudarse de los pocos vestidos que tenía, y se quedó completamente desnudo, y lo mismo hizo la muchacha; y se puso de rodillas a guisa de quien rezar quisiese y contra él la hizo ponerse a ella. Y estando así, sintiéndose Rústico más que nunca inflamado en su deseo al verla tan hermosa, sucedió la resurrección de la carne; y mirándola Alibech, y maravillándose, dijo: —Rústico, ¿qué es esa cosa que te veo que así se te sale hacia afuera y yo no la tengo?

—Oh, hija mía —dijo Rústico—, es el diablo de que te he hablado; ya ves, me causa grandísima molestia, tanto que apenas puedo soportarle.

Entonces dijo la joven:

—Oh, alabado sea Dios, que veo que estoy mejor que tú, que no tengo yo ese diablo.

Dijo Rústico:

—Dices bien, pero tienes otra cosa que yo no tengo, y la tienes en lugar de esto.

Dijo Alibech:

—¿El qué?

Rústico le dijo:

—Tienes el infierno, y te digo que creo que Dios te haya mandado aquí para la salvación de mi alma, porque si ese diablo me va a dar este tormento, si tú quieres tener de mí tanta piedad y sufrir que lo meta en el infierno, me darás a mí grandísimo consuelo y darás a Dios gran placer y servicio, si para ello has venido a estos lugares, como dices.

La joven, de buena fe, repuso:

—Oh, padre mío, puesto que yo tengo el infierno, sea como queréis.

Dijo entonces Rústico:

—Hija mía, bendita seas. Vamos y metámoslo, que luego me deje estar tranquilo.

Y dicho esto, llevada la joven encima de una de sus yacijas, le enseñó cómo debía ponerse para poder encarcelar a aquel maldito de Dios.

La joven, que nunca había puesto en el infierno a ningún diablo, la primera vez sintió un poco de dolor, por lo que dijo a Rústico: —Por cierto, padre mío, mala cosa debe ser este diablo, y verdaderamente enemigo de Dios, que aun en el infierno, y no en otra parte, duele cuando se mete dentro.

Dijo Rústico:

—Hija, no sucederá siempre así.

Y para hacer que aquello no sucediese, seis veces antes de que se moviesen de la yacija lo metieron allí, tanto que por aquella vez le arrancaron tan bien la soberbia de la cabeza que de buena gana se quedó tranquilo.

Pero volviéndole luego muchas veces en el tiempo que siguió, y disponiéndose la joven siempre obediente a quitársela, sucedió que el juego comenzó a gustarle, y comenzó a decir a Rústico: —Bien veo que la verdad decían aquellos sabios hombres de Cafsa, que el servir a Dios era cosa tan dulce; y en verdad no recuerdo que nunca cosa alguna hiciera yo que tanto deleite y placer me diese como es el meter al diablo en el infierno; y por ello me parece que cualquier persona que en otra cosa que en servir a Dios se ocupa es un animal.

Por la cual cosa, muchas veces iba a Rústico y le decía: —Padre mío, yo he venido aquí para servir a Dios, y no para estar ociosa; vamos a meter el diablo en el infierno.

Haciendo lo cual, decía alguna vez:

—Rústico, no sé por qué el diablo se escapa del infierno; que si estuviera allí de tan

buena gana como el infierno lo recibe y lo tiene, no se saldría nunca.

Así, tan frecuentemente invitando la joven a Rústico y consolándolo al servicio de Dios, tanto le había quitado la lana del jubón que en tales ocasiones sentía frío en que otro hubiera sudado; y por ello comenzó a decir a la joven que al diablo no había que castigarlo y meterlo en el infierno más que cuando él, por soberbia, levantase la cabeza: —Y nosotros, por la gracia de Dios, tanto lo hemos desganado, que ruega a Dios quedarse en paz.

Y así impuso algún silencio a la joven, la cual, después de que vio que Rústico no le pedía más meter el diablo en el infierno, le dijo un día: —Rústico, si tu diablo está castigado y ya no te molesta, a mí mi infierno no me deja tranquila; por lo que bien harás si con tu diablo me ayudas a calmar la rabia de mi infierno, como yo con mi infierno te he ayudado a quitarle la soberbia a tu diablo.

Rústico, que de raíces de hierbas y agua vivía, mal podía responder a los envites; y le dijo que muchos diablos querrían poder tranquilizar al infierno, pero que él haría lo que pudiese; y así alguna vez la satisfacía, pero era tan raramente que no era sino arrojar un haba en la boca de un león; de lo que la joven, no

pareciéndole servir a Dios cuanto quería, mucho rezongaba. Pero mientras que entre el diablo de Rústico y el infierno de Alibech había, por el demasiado deseo y por el menor poder, esta cuestión, sucedió que hubo un fuego en Cafsa en el que en la propia casa ardió el padre de Alibech con cuantos hijos y demás familia tenía; por la cual cosa, Alibech, de todos sus bienes quedó heredera. Por lo que un joven llamado Neerbale, habiendo en magnificencias gastado todos sus haberes, oyendo que ésta estaba viva, poniéndose a buscarla y encontrándola antes de que el fisco se apropiase de los bienes que habían sido del padre, como de hombre muerto sin herederos, con gran placer de Rústico y contra la voluntad de ella, la volvió a llevar a Cafsa y la tomó por mujer, y con ella de su gran patrimonio fue heredero. Pero preguntándole las mujeres que en qué servía a Dios en el desierto, no habiéndose todavía Neerbale acostado con ella, repuso que le servía metiendo al diablo en el infierno y que Neerbale había cometido un gran pecado con haberla arrancado a tal servicio.

Las mujeres preguntaron:

—¿Cómo se mete al diablo en el infierno?

La joven, entre palabras y gestos, se lo

mostró; de lo que tanto se rieron que todavía se ríen, y dijeron: —No estés triste, hija, no, que eso también se hace bien aquí, Neerbale bien servirá contigo a Dios Nuestro Señor en eso.

Luego, diciéndoselo una a otra por toda la ciudad, hicieron famoso el dicho de que el más agradable servicio que a Dios pudiera hacerse era meter al diablo en el infierno; el cual dicho, pasado a este lado del mar, todavía se oye. Y por ello vosotras, jóvenes damas, que necesitáis la gracia de Dios, aprended a meter al diablo en el infierno, porque ello es cosa muy grata a Dios y agradable para las partes, y mucho bien puede nacer de ello y seguirse.

Mil veces o más había movido a risa la historia de Dioneo a las honestas damas, tales y de tal manera les parecían sus palabras; por lo que, llegado él a la conclusión de ésta, conociendo la reina que el término de su señorío había llegado, quitándose el laurel de la cabeza, muy placenteramente lo puso sobre la cabeza de Filostrato, y dijo: —Pronto veremos si el lobo sabe mejor guiar a las ovejas que las ovejas han guiado a los lobos.

Filostrato, al oír esto, dijo riéndose:

—Si me hubieran hecho caso, los lobos habrían enseñado a las ovejas a meter al

diablo en el infierno no peor de lo que hizo Rústico con Alibech; y por ello no nos llaméis lobos porque no habéis sido ovejas, pero según me ha sido concedido, gobernaré el reino que se me ha encomendado.

A quien Neifile contestó:

—Oye, Filostrato; habríais, queriéndonos enseñar, podido aprender sensatez como aprendió Masetto de las monjas y recuperar el habla en tal punto que los huesos sin dueño habrían aprendido a silbar.

Filostrato, conociendo que había allí no menos hoces que dardos tenía él, dejando el bromear, a dedicarse al gobierno del reino encomendado empezó; y haciendo llamar al senescal, en qué punto estaban todas las cosas quiso oír, y además de esto, según lo que pensó que estaría bien y que debía satisfacer a la compañía, por cuanto su señorío durase, discretamente dispuso, y después, dirigiéndose a las señoras, dijo: —Amorosas señoras, por mi desventura, pues que mucho dolor he conocido, siempre por la hermosura de alguna de vosotras he estado sujeto a Amor, y ni el ser humilde ni el ser obediente ni el secundarlo como mejor he podido conocer en todas sus costumbres, me ha valido sino primero ser abandonado por otro y luego andar

de mal en peor, y así creo que andaré de aquí a la muerte, y por ello no de otra materia me place que se hable mañana sino de lo que a mis casos es más conforme, esto es, de aquellos cuyos amores tuvieron infeliz final, porque yo con el tiempo lo espero infelicísimo, y no por otra cosa el nombre con que me llamáis, por quienes bien sabían lo que decían, me fue impuesto.

Y dicho esto, poniéndose en pie, hasta la hora de la cena dio a todos licencia.

Era tan hermoso el jardín y tan deleitable que no hubo ninguna que eligiera salir de él para mayor placer hallar en otra parte; así, no causando el sol, ya tibio, ninguna molestia para seguirlos, a los cabritillos y los conejos y los otros animales que estaban en él y que, mientras estaban sentados unas cien veces, saltando por medio de ellos, habían venido a molestarlos, se pusieron algunos a seguir. Dioneo y Fiameta comenzaron a cantar sobre micer Guglielmo y la Dama del Vergel[108], Filomena y Pánfilo se pusieron a jugar al ajedrez, y así, quién haciendo esto, quién haciendo aquello, pasándose el tiempo, apenas esperada, la hora de la cena llegó; por lo que, puestas las mesas en torno a la bella fuente, allí con grandísimo deleite cenaron por la noche. Filostrato, por no salir del camino

seguido por quienes reinas antes que él habían sido, cuando se levantaron las mesas, mandó que Laureta guiase una danza y cantase una canción; la cual dijo: —Señor mío, canciones de los demás no sé, ni de las mías tengo en la cabeza ninguna que sea lo bastante conveniente a tan alegre compañía; si queréis de las que sé, las cantaré de buena gana.

El rey le dijo:

—Nada de lo tuyo podría ser sino bello y placentero, y por ello, lo que sepas, cántalo.

Laureta, con voz asaz suave, pero con manera un tanto lastímera, respondiéndole las demás, comenzó así.

Nadie tan desolada

como yo ha de quejarse,

que triste, en vano, gimo enamorada.

Aquel que mueve el cielo y toda estrella[109]

me formó a su placer

linda, gallarda, y tan graciosa y bella,

para aquí abajo al intelecto ser

una señal de aquella

belleza que jamás deja de ver,

mas el mortal poder[110], conociéndome mal,

no me valora, soy menospreciada.

Ya hubo quien me quiso y, muy de grado,
siendo joven me abrió

sus brazos y su pecho y su cuidado,

y en la luz de mis ojos se inflamó,

y el tiempo (que afanado

se escapa) a cortejarme dedicó,

y siendo cortés yo

digna de él supe hacerme,

pero ahora estoy de aquel amor privada.

A mí llegó después, presuntuoso, un mozalbete fiero

reputándose noble y valeroso,

su prisionera soy, y el traicionero

hoy se ha vuelto celoso;

por lo que, triste, casi desespero,

puesto que verdadero

es que, viniendo al mundo

por bien de muchos, de uno soy guardada.

Maldigo mi ventura

que, por cambiarme en esta

veste[111] *respondí sí de aquella oscura en que alegre me vi, mientras con ésta*

llevo una vida dura,

mucho menor que la pasada honesta.

¡Oh dolorosa fiesta,

antes muerta me viese

que haber sido en tal caso desgraciada!

Oh caro amante, con quien fui primero más que nadie dichosa,

que ahora en el cielo ves al verdadero

creador, mírame con tu piadosa

bondad, ya que por otro

no te puedo olvidar, haz la amorosa

llama arder por mí, ansiosa,

y ruega que yo vuelva a esa morada.

Aquí puso fin Laureta a su canción, que, oída por todos, diversamente por cada uno fue entendida; y los hubo que entendieron a la milanesa que mejor era un buen puerco que una bella moza[112]; otros fueron de más sublime y mejor y más verdadero intelecto, sobre el que al presente no es propio recitar. El rey, después de ésta, sobre la hierba y entre las flores habiendo hecho encender muchas velas dobles, hizo cantar otras hasta que todas las estrellas que subían comenzaron a caer; por lo que, pareciéndole tiempo de dormir, mandó que con las buenas noches cada uno a su alcoba se fuese.

TERMINA LA tercera JORNADA

CUARTA JORNADA

Comienza la cuarta jornada del Decamerón, en la cual, bajo el gobierno de Filostrato, se razona sobre aquellos cuyos amores tuvieron un final infeliz.

CARÍSIMAS señoras, tanto por las palabras oídas a los hombres sabios como por las cosas por mí muchas veces vistas y leídas, juzgaba yo que el impetuoso viento y ardiente de la envidia no debía golpear sino las altas torres y las más elevadas cimas de los árboles; pero en mi opinión me encuentro sobremanera engañado. Porque huyendo yo, y habiéndome siempre ingeniado en huir el fiero ímpetu de ese rabioso espíritu, no solamente por las llanuras sino también por los profundísimos valles, callado y escondido, me he ingeniado en andar; lo que puede aparecer asaz manifiesto a quien las presentes novelitas mira, que no solamente en florentino vulgar y en prosa están escritas por mí y sin título sino también en estilo humildísimo y bajo cuanto más se puede,

y no por todo ello he podido dejar de ser fieramente atacado por tal viento (hasta casi desarraigado) y de ser todo lacerado por los mordiscos de la envidia[113]; por lo que asaz manifiestamente puedo comprender que es verdad lo que suelen decir los sabios que sólo la miseria deja de ser envidiada en este mundo presente. Pues ha habido quienes, discretas señoras, leyendo estas novelitas, han dicho que vosotras me gustáis demasiado y que no es cosa honesta que yo tanto deleite tome en agradaros y consolaros y algunos han dicho peor: que en alabaros como lo hago. Otros, mostrando querer hablar más reflexivamente, han dicho que a mi edad no está bien perseguir ya estas cosas: esto es, hablar de mujeres y complacerlas.

Y muchos, muy preocupados por mi fama mostrándose, dicen que más sabiamente haré en estar con las musas en el Parnaso que en estas cháchara mezclarme con vosotras. Y hay quienes, más despechada que sabiamente hablando, han dicho que haría más discretamente en pensar dónde podría encontrar el pan que tras estas necedades andar palpando el viento. Y algunos otros, que de otra guisa han sido las cosas por mí contadas que como os las digo, se ingenian en detrimento de mis trabajos en demostrar. Así,

por tantos y tales soplos, por tan atroces dientes, por tan agudos, valerosas señoras, mientras en vuestro servicio milito, estoy azotado, molestado y, en fin, crucificado vivo. Las cuales cosas con tranquilo ánimo, sábelo Dios, escucho y oigo, y aunque a vos en esto corresponda por completo mi defensa, no menos entiendo yo no ahorrar mis fuerzas y sin responder cuanto sería conveniente, con alguna ligera respuesta quitármelos de las orejas, y hacer esto sin tardanza porque si ya, no habiendo llegado al tercio de mi trabajo, son ellos muchos y mucho presumen, pienso que antes de que llegue al final podrán haberse multiplicado de manera (no habiendo sufrido antes ninguna repulsa) que con poco esfuerzo suyo me hundirían, y contra ellos, por muy grandes que sean, no podrían resistir vuestras fuerzas. Pero antes de que comience a responder a alguien, me place contar en mi favor no una historia entera, para que no parezca que quiero mis historias con aquellas de tan loable compañía como fue la que os he mostrado mezclar, sino parte de una, para que en su misma forma incompleta se muestre que no es de aquéllas; y hablando a mis detractores, digo que:

En nuestra ciudad, hace ya mucho tiempo, hubo un ciudadano que fue llamado Filippo

Balducci, hombre de condición asaz modesta, pero rico y bien despachado y hábil en las cosas cuanto su estado lo requería; y tenía a una señora por mujer a quien tiernamente amaba, y ella a él, y juntos llevaban una feliz vida, en ninguna otra cosa poniendo tanto afán como en agradarse enteramente el uno al otro. Ahora, sucedió que, como sucede a todos, la buena señora falleció y nada dejó suyo a Filippo sino un único hijo concebido de él, que de edad de unos dos años era. Él, por la muerte de su mujer tan desconsolado se quedó como nunca quedó nadie al perder la cosa amada; y viéndose quedar solo sin la compañía que más amaba, se decidió por completo a no pertenecer más al mundo sino dedicarse al servicio de Dios, y hacer lo mismo de su pequeño hijo. Por lo que, dando todas sus cosas por el amor de Dios, sin demora se fue a lo alto del Monte Sinerio y allí en una pequeña celda se metió con su hijo, con el cual, de limosnas y en ayunos y en oraciones viviendo, sumamente se guardaba de hablar, allí donde estaba, de ninguna cosa temporal ni de dejarle ver ninguna de ellas, para que no lo apartasen de tal servicio, sino que siempre de la gloria de la vida eterna y de Dios y de los santos hablaba, no enseñándole otra cosa sino santas oraciones: y en esta vida muchos años le tuvo, no dejándolo nunca salir de la celda ni

mostrándole ninguna cosa más que a sí mismo.

Acostumbraba el buen hombre a venir alguna vez a Florencia, y de allí, según sus necesidades ayudado por los amigos de Dios, a su celda se volvía. Ahora, sucedió que siendo ya el muchacho de edad de dieciocho años, y Filippo viejo, un día le preguntó que dónde iba. Filippo se lo dijo; al cual dijo el muchacho:

—Padre mío, vos sois ya viejo y mal podéis soportar los trabajos; ¿por qué no me lleváis una vez a Florencia, para que, haciéndome conocer a los amigos de Dios y vuestros, yo, que soy joven y tengo más fuerzas que vos, pueda luego ir a Florencia a vuestros asuntos cuando lo deseéis, y vos quedaros aquí?

El buen hombre, pensando que ya su hijo era grande, y estaba tan habituado al servicio de Dios que difícilmente las cosas del mundo debían ya poder atraerlo, se dijo:

«Bien dice éste».

Por lo que, teniendo que ir, lo llevó consigo. Allí el joven, viendo los edificios, las casas, las iglesias y todas las demás cosas de que toda la ciudad se ve llena, como quien no se acordaba de haberlas visto, comenzó a maravillarse grandemente, y sobre muchas preguntaba al padre qué eran, y cómo se llamaban. El padre

se lo decía y él, quedándose contento al oírlo, le preguntaba otra cosa. Y preguntando de esta manera el hijo y respondiendo el padre, por ventura se tropezaron con un grupo de bellas muchachas jóvenes y adornadas que de una fiesta de bodas venían; a las cuales, en cuanto vio el joven, le preguntó al padre que qué eran.

El padre le dijo:

—Hijo mío, baja la vista, no las mires, que son cosa mala.

Dijo entonces el hijo:

—Pero ¿cómo se llaman?

El padre, por no despertar en el concupiscente apetito del joven ningún proclive deseo menos que conveniente, no quiso nombrarlas por su propio nombre, es decir, «mujeres», sino que dijo:

—Se llaman gansas.

¡Maravillosa cosa de oír! Aquel que nunca en su vida había visto ninguna, no preocupándose de los palacios, ni del buey, ni del caballo, ni del asno, ni de los dineros ni de otra cosa que visto hubiera, súbitamente dijo:

—Padre mío, os ruego que hagáis que tenga yo una de esas gansas.

—¡Ay, hijo mío! —dijo el padre—, calla: son cosa mala.

El joven, preguntándole, le dijo:

—¿Pues así son las cosas malas?

—Sí —dijo el padre.

Y él dijo entonces:

—No sé lo que decís, ni por qué éstas sean cosas malas: en cuanto a mí, no me ha parecido hasta ahora ver nunca nada tan bello ni tan agradable como ellas. Son más hermosas que los corderos pintados que me habéis enseñado muchas veces. ¡Ah!, si os importo algo, haced que nos llevemos una allá arriba de estas gansas y yo la llevaré a pastar.

Dijo el padre:

—No lo quiero; ¡no sabes tú dónde pastan!

Y sintió incontinenti que la naturaleza era más fuerte que su ingenio, y se arrepintió de haberlo llevado a Florencia. Pero haber hasta aquí contado de la presente novela me basta, y dirigirme a quienes la he contado.

Dicen, pues, algunos de mis censores que hago mal, oh jóvenes damas, esforzándome demasiado en agradaros; y que vosotras

demasiado me agradáis. Las cuales cosas abiertísimamente confieso; es decir, que me agradáis y que me esfuerzo en agradaros; y les pregunto si de esto se maravillan considerando no ya el haber conocido el amoroso besarse y el placentero abrazarse y los ayuntamientos deleitosos que con vos, dulcísimas señoras, se tienen muchas veces, sino solamente el haber visto y ver continuamente las corteses costumbres y la atractiva hermosura y la cortés gallardía y además de todo esto, vuestra señoril honestidad: cuando aquel que nutrido, criado, crecido en un monte salvaje y solitario, dentro de los límites de una pequeña celda, sin otra compañía que el padre, al veros, solas por él deseadas fuisteis, solas con afecto seguidas.

¿Habrían de reprenderme, de amonestarme, de castigarme éstos si yo, cuyo cuerpo el cielo produjo apto para amaros, y yo desde mi infancia el alma os dediqué al sentir el poder de la luz de vuestros ojos, la suavidad de las palabras melifluas y las llamas encendidas por los compasivos suspiros, si me agradáis y si yo en agradaros me esfuerzo; y especialmente teniendo en cuenta que antes que nada agradasteis a un ermitañito, a un jovencillo sin sentido, casi a un animal salvaje? Por cierto que quien no os ama y por vos no desea ser amado, como persona que ni los

placeres ni la virtud de la natural afección siente ni conoce me reprende: y poco me preocupo por ello. Y quien contra mi edad va hablando muestra que mal conoce que aunque el perro tiene la cabeza blanca, la cola la tiene verde; a los cuales, dejando a un lado las bromas, respondo que nunca reputaré vergonzoso para mí hasta el final de mi vida el complacer a aquellas cosas a las que Guido Cavalcanti y Dante Alighieri ya viejos, y micer Gino de Pistoia viejísimo tuvieron en honor, y buscaron su placer[114].

Y si no fuese que sería salirme del modo que se acostumbra a hablar, traería aquí en medio la historia, y la mostraría llena de hombres viejos y valerosos que en sus más maduros años sumamente se esforzaron en complacer a las damas, lo que si ellos no lo saben, que vayan y lo aprendan. Que se quede con las musas en el Parnaso, afirmo que es un buen consejo: pero no siempre podemos quedarnos con las musas ni ellas con nosotros. Si cuando sucede que el hombre se separa de ellas, se deleita en ver cosa que se las asemejan no es de reprochar: las musas son mujeres, y aunque las mujeres lo que las musas valen no valgan, sin embargo tienen en el primer aspecto semejanza con ellas, así que aunque por otra cosa no me agradasen, por

ello debían agradarme; sin contar con que las mujeres ya fueron para mí ocasión de componer mil versos mientras las musas nunca me fueron de hacer ninguno ocasión. Ellas me ayudaron bien y me mostraron cómo componer aquellos mil; y tal vez para escribir estas cosas, aunque humildísimas sean, también han venido algunas veces a estar conmigo, en servicio tal vez y en honor de la semejanza que las mujeres tienen con ellas; por lo que, tejiendo estas cosas, ni del Monte Parnaso ni de las Musas me separo tanto cuanto por ventura muchos creen.

Pero ¿qué diremos a aquellos que de mi fama tienen tanta compasión que me aconsejan que me busque el pan? Ciertamente no lo sé, pero, queriendo pensar cuál sería su respuesta si por necesidad se lo pidiera a ellos, pienso que dirían: «¡Búscatelo en tus fábulas!». Y ya más han encontrado entre sus fábulas los poetas que muchos ricos entre sus tesoros, y muchos ha habido que andando tras de sus fábulas hicieron florecer su edad, mientras por el contrario, muchos al buscar más pan del que necesitaban, murieron sin madurar.

¿Qué diré más? Échenme con malos modos esos tales cuando se lo pida, si bien con la merced de Dios todavía no lo necesito y si me sobreviniese la necesidad yo sé, según el

Apóstol, vivir en la abundancia y padecer la miseria; y por ello nadie se preocupe de mí sino yo. Y los que dicen que estas cosas no han sido así, me gustaría mucho que encontrasen los originales, que si fueran discordantes de lo que yo escribo, justa diré que es su reprimenda y en corregirme yo mismo me ingeniaré; pero mientras no aparezca nada sino palabras, les dejaré con su opinión, siguiendo la mía, diciendo de ellos lo que ellos dicen de mí. Y queriendo haber respondido bastante por esta vez, digo que con la ayuda de Dios y la vuestra, gentilísimas señoras, en quien espero, armado y con buena paciencia, con esto procederé adelante, volviendo las espaldas a este viento y dejándolo soplar, porque no veo que pueda sucederme a mí otra cosa que le sucede al menudo polvo, el cual, soplando el torbellino, o de la tierra no lo mueve, o si lo mueve lo lleva a lo alto y muchas veces sobre la cabeza de los hombres, sobre las coronas de los reyes y de los emperadores, y a veces sobre los altos palacios y sobre las excelsas torres lo deja; de las cuales, si cae, más abajo no puede llegar del lugar adonde fue llevado. Y si alguna vez con toda mi fuerza a complaceros en algo me dispuse, ahora más que nunca me dispondré, porque conozco que otra cosa nadie podrá decir con razón sino que los demás y yo, que os amamos, naturalmente obramos; a cuyas

leyes (de la naturaleza) para querer oponerse, demasiado grandes fuerzas se necesitan y muchas veces no solamente en vano sino con grandísimo daño del que se afana se ponen en obra. Las cuales fuerzas, confieso que no las tengo ni deseo tenerlas en esto, y si las tuviese, antes a otros las prestaría que las usaría para mí. Por lo que cállense los reprensores, y si calentarse no pueden, vivan congelados, y en sus deleites (más bien apetitos corruptos) estándose, a mí en el mío, en esta breve vida que se nos da, me dejen tranquilo. Pero hemos de volver, porque bastante hemos divagado, oh hermosas señoras, allá de donde partimos, y el orden empezado seguir.

Arrojado había el sol ya del cielo a todas las estrellas y de la tierra la húmeda sombra de la noche, cuando Filostrato, levantándose, a toda su compañía hizo levantar, y yendo al hermoso jardín, por allí empezaron a pasearse; y venida la hora de la comida, almorzaron aquí donde habían cenado la noche pasada. Y de dormir, estando el sol en su mayor altura, levantándose, de la manera acostumbrada cerca de la hermosa fuente se sentaron, y entonces Filostrato a Fiameta mandó que principio diese a las historias, la cual, sin esperar más a que dicho le fuese, señorilmente

así comenzó:

Novela primera

Tancredo, príncipe de Salerno, mata al amante de su hija y le manda el corazón en una copa de oro; la cual, echando sobre él agua envenenada, se la bebe y muere[115]*.*

DURO asunto para tratar nos ha impuesto hoy nuestro rey, si pensamos que cuando para alegrarnos hemos venido, tenemos que hablar de las lágrimas de otros, que no pueden contarse sin que deje de sentir compasión quien las cuenta y quien las escucha. Tal vez por moderar un tanto la alegría sentida los días pasados lo ha hecho; pero sea lo que le haya movido, como a mí no me incumbe cambiar su gusto, un caso lastímero, y por lo mismo desventurado y digno de nuestras lágrimas, contaré.

Tancredo, príncipe de Salerno[116], fue señor asaz humano, y de benigno talante, si en amorosa sangre, en su vejez, no se hubiera ensuciado las manos; el cual en todo el tiempo de su vida no tuvo más que una hija, y más

feliz hubiera sido si no la hubiese tenido. Ésta fue por el padre tan tiernamente amada cuanto hija alguna vez fuese amada por su padre; y por este tierno amor, habiendo ella ya pasado en muchos años la edad de tener marido, no sabiendo cómo separarla de él, no la casaba; luego, por fin, habiéndola dado por mujer a un hijo del duque de Capua, viviendo con él poco tiempo, se quedó viuda y volvió con su padre. Era hermosísima en el cuerpo y el rostro como la mujer que más lo hubiera sido, y joven y gallarda, y más discreta de lo que por ventura convenía a una mujer serlo. Y viviendo con el amante padre como una gran señora, en mucha blandura, y viendo que su padre, por el amor que le tenía, poco cuidado se tomaba por casarla otra vez, y a ella cosa honesta no le parecía pedírselo, pensó en tener, ocultamente si podía hallarlo, un amante digno de ella. Y viendo a muchos hombres en la corte de su padre, nobles y no, como nosotros los vemos en las cortes, y consideradas las maneras y las costumbres de muchos, entre los otros un joven paje del padre cuyo nombre era Guiscardo, hombre de nacimiento asaz humilde pero por la virtud y las costumbres noble, más que otro le agradó y por él calladamente, viéndolo a menudo, ardientemente se inflamó, estimando cada vez más sus maneras. Y el joven, que no dejaba de ser perspicaz,

habiéndose fijado en ella, la había recibido en su corazón de tal manera que de cualquiera otra cosa que no fuera amarla tenía alejada la cabeza. De tal guisa, pues, amándose el uno al otro secretamente, nada deseando tanto la joven como encontrarse con él, ni queriéndose sobre este amor confiarse a nadie, para poderle declarar su intención inventó una rara estratagema.

Escribió una carta, y en ella lo que tenía que hacer el día siguiente para estar con ella le mostró; y luego, puesta en el hueco de una caña, jugando se la dio a Guiscardo diciendo:

—Con esto harás esta noche un soplillo para tu sirvienta con que encienda el fuego.

Guiscardo la tomó, y pensando que no sin razón debía habérsela dado y dicho aquello, marchándose, con aquello volvió a su casa, y mirando la caña, y viéndola hendida, la abrió y, hallada dentro la carta de ella y leída, y bien entendido lo que tenía que hacer, se sintió el hombre más contento que ha habido en el mundo, y se dedicó a prepararse para reunirse con ella según el modo que le había mostrado. Había junto al palacio del príncipe una gruta cavada en el monte, hecha en tiempos lejanísimos, a la que daba luz un respiradero abierto en el monte; el cual, como la gruta

estaba abandonada, por zarzas y por hierbas nacidas por encima, estaba casi obturado; y a esta gruta, por una escala secreta que había en una de las cámaras bajas del palacio, que era la de la señora, podía bajarse, aunque con un fortísimo portón cerrada estaba. Y estaba tan fuera de la cabeza de todos esta escala, porque hacía muchísimo tiempo que no se usaba, que casi ninguno de los que allí vivían la recordaba; pero Amor, a cuyos ojos nada está tan secreto que no lo alcance, se la había traído a la memoria a la enamorada señora[117]. La cual, para que nadie de ello apercibirse pudiera, muchos días con sus arneses[118] mucho había trabajado para que aquel portón pudiera abrirse; abierto el cual, y sola bajando a la gruta y visto el respiradero, por él había mandado decir a Giuscardo que se industriase en bajar, habiéndole dibujado la altura de aquél a la tierra haber podía.

Y para cumplir esto, Guiscardo prestamente, preparada una soga con ciertos nudos y lazadas para poder descender y subir por ella, y vestido con un cuero que de las zarzas le protegiese, sin haber dicho nada a nadie, a la noche siguiente al respiradero se fue, y acomodando bien uno de los cabos de la soga a un fuerte tocón que en la boca del respiradero había nacido, por ella bajó a la

gruta y esperó a la señora. La cual, al día siguiente, fingiendo querer dormir, mandadas afuera sus damiselas y encerrándose sola en la alcoba, abierto el portón, a la gruta bajó, donde, encontrando a Guiscardo, uno a otro maravillosas fiestas se hicieron, y viniendo juntos a su alcoba, con grandísimo placer gran parte de aquel día se quedaron, y puesto discreto orden en sus amores para que fuesen secretos, volviéndose a la gruta Guiscardo y ella cerrando el portón, con sus damiselas se vino afuera.

Guiscardo luego, al venir la noche, subiendo por su soga, por el respiradero por donde había entrado salió afuera y se volvió a su casa; y habiendo aprendido este camino, muchas veces luego, andando el tiempo, allí retornó. Pero la fortuna, envidiosa de tan largo y de tan grande deleite, con un doloroso suceso el gozo de los dos amantes volvió triste llanto. Acostumbraba Tancredo a venir alguna vez solo a la cámara de su hija, y allí hablar con ella y quedarse un rato, y luego irse; el cual, un día después de comer, bajando allí, estando la señora, que Ghismunda tenía por nombre, en un jardín suyo con todas sus damiselas, en ella entrando, sin haber sido por nadie visto u oído, no queriendo apartarla de su distracción, encontrando las ventanas de la

alcoba cerradas y las cortinas de la cama echadas, junto a ellas en una esquina se sentó en un almohadón; y apoyando la cabeza en la cama y cubriéndose con la cortina, como si deliberadamente se hubiera escondido allí, se quedó dormido. Y estando durmiendo de esta manera, Ghismunda, que por desgracia aquel día había hecho venir a Guiscardo, dejando a sus damiselas en el jardín, calladamente entró en la alcoba y, cerrándola, sin apercibirse de que nadie estuviera allí, abierto el portón a Guiscardo que la esperaba y yéndose los dos a la cama como acostumbraban, y juntos jugando y solazándose, sucedió que Tancredo se despertó y oyó y vio lo que Guiscardo y su hija hacían; y dolorido por ello sobremanera, primero quiso gritarles, luego tomó el partido de callarse y de quedarse escondido, si podía, para poder más cautamente obrar y con menor vergüenza suya lo que ya le había venido la intención de hacer.

Los dos amantes estuvieron largo tiempo juntos como acostumbraban, sin apercibirse de Tancredo; y cuando les pareció tiempo, bajándose de la cama, Guiscardo se volvió a la gruta y ella salió de la alcoba. De la cual Tancredo, aunque era viejo, desde una ventana bajó al jardín y sin ser visto por nadie, mortalmente dolorido, a su cámara volvió. Y por

una orden que dio, al salir del respiradero, la noche siguiente durante el primer sueño, Guiscardo, tal como estaba con la vestimenta de cuero embarazado, fue apresado por dos y secretamente llevado a Tancredo; el cual, al verle, casi llorando dijo:

—Guiscardo, mi benignidad contigo no merecía el ultraje y la vergüenza que en mis cosas me has hecho, como he visto hoy con mis propios ojos.

Al cual, Guiscardo, nada respondió sino esto:

—Amor puede mucho más de lo que podemos vos y yo.

Mandó entonces Tancredo que calladamente en alguna cámara de allí adentro guardado fuese; y así se hizo. Venido el día siguiente, no sabiendo Ghismunda nada de estas cosas, habiendo Tancredo consigo mismo pensado varios y diversos procedimientos, después de comer, según su costumbre se fue a la cámara de la hija, donde haciéndola llamar y encerrándose dentro con ella, llorando comenzó a decirle:



—Ghismunda, pareciéndome conocer tu virtud y tu honestidad, nunca habría podido caberme en el ánimo, aunque me lo hubieran dicho, si yo con mis ojos no lo hubiera visto, que someterte a algún hombre, si tu marido no hubiera sido, hubieses no ya hecho sino ni aun pensado; por lo que yo en este poco resto de vida que mi vejez me conserva siempre estaré dolorido al recordarlo. Y hubiera querido Dios que, pues que a tanta deshonestidad encaminarte debías, hubieses tomado un hombre que a tu nobleza hubiera sido conveniente; pero entre tantos que mi corte frecuentan, elegiste a Guiscardo, joven de condición vilísima en nuestra corte casi como por el amor de Dios desde niño hasta este día criado; por lo que en grandísimo afán de ánimo me has puesto no sabiendo qué partido tomar sobre ti. De Guiscardo, a quien esta noche hice prender cuando por el respiradero salía y lo tengo en prisión, ya he determinado qué hacer, pero de ti sabe Dios que no sé qué hacer. Por una parte, me arrastra el amor que siempre te he tenido más que ningún padre tuvo a su hija y por la otra me arrastra la justísima ira ocasionada por tu gran locura: aquél quiere que te perdone y éste quiere que contra mi misma naturaleza me ensañe; pero antes de tomar partido, deseo oírte lo que tengas que decir a esto.

Y dicho esto, bajó el rostro, llorando tan fuertemente como habría hecho un muchacho apaleado. Ghismunda, al oír a su padre y al conocer no solamente que su secreto amor había sido descubierto sino que Guiscardo estaba preso, un dolor indecible sintió y de mostrarlo con gritos y con lágrimas, como la mayoría de las mujeres hace, estuvo muchas veces cerca, pero venciendo esta vileza su ánimo altanero, su rostro con maravillosa fuerza contuvo, y se determinó a no seguir con vida antes que proferir alguna súplica por ella misma, imaginando que ya su Guiscardo había muerto, por lo que no como dolorida mujer o arrepentida de su yerro, sino como mujer impasible y valerosa, con seco rostro y abierto y en ningún rasgo alterado, así dijo a su padre:

—Tancredo, ni a negar ni a suplicar estoy dispuesta porque ni lo uno me valdría ni lo otro quiero que me valga; y además de esto, de ningún modo entiendo que me favorezcan tu benevolencia y tu amor sino la verdad confesando, primero defender mi fama con razones verdaderas y luego con las obras seguir firmemente la grandeza de mi ánimo. Es verdad que he amado y amo a Guiscardo, y mientras viva, que será poco, lo amaré y si después de la muerte se ama, no dejaré de amarlo; pero a esto no me indujo tanto mi

femenina fragilidad como tu poca solicitud en casarme y la virtud suya. Debe serte, Tancredo, manifiesto, siendo tú de carne, que has engendrado a una hija de carne y no de piedra ni de hierro; y acordarte debías y debes, aunque tú ahora seas viejo, cómo y cuáles y con qué fuerza son las leyes de la juventud, y aunque tú, hombre, en parte de tus mejores años en las armas te hayas ejercitado, no debías, sin embargo, conocer lo que los ocios y las delicadezas pueden en los viejos, no ya en los jóvenes. Soy, pues, como engendrada por ti, de carne, y he vivido tan poco que todavía soy joven, y por una cosa y la otra llena del deseo concupiscente, al que asombrosísimas fuerzas ha dado ya, por haber estado casada, el conocimiento del placer sentido cuando tal deseo se cumple. A cuyas fuerzas, no pudiendo yo resistir, a seguir aquello a lo que me empujaban, como joven y como mujer, me dispuse, y me enamoré.

»Y ciertamente en esto puse toda mi virtud al no querer que ni para ti ni para mí, de aquello que al natural pecado me atraía (en cuanto yo pudiera evitarlo) viniese ninguna vergüenza. A lo que el compasivo Amor y la benigna fortuna una muy oculta vía me habían encontrado y mostrado, por la cual, sin nadie saberlo, yo mis deseos alcanzaba: y esto

(quien sea que te lo haya mostrado o como quiera que lo sepas) no lo niego. A Guiscardo no escogí por acaso, como muchas hacen, sino que con deliberado consejo lo elegí antes que a cualquiera otro, y con precavido pensamiento lo atraje, y con sabia perseverancia de él y de mí largamente he gozado en mi deseo. En lo que parece que, además de haber pecado por amor, tú, más la opinión vulgar que la verdad siguiendo, con más amargura me reprendes al decir, como si no te hubiese enojado si a un hombre noble hubiera elegido para esto, que con un hombre de baja condición me he mezclado; en lo que no te das cuenta de que no mi pecado sino el de la fortuna reprendes, la cual con asaz frecuencia a los que no son dignos eleva, dejando abajo a los dignísimos.

»Pero dejemos ahora esto, y mira un poco los principios del asunto: verás que todos nosotros de una sola masa de carne tenemos la carne, y que por un mismo creador todas las almas con igual fuerza, con igual poder, con igual virtud fueron creadas. La virtud primeramente hizo distinción entre nosotros, que nacemos y nacíamos iguales; y quienes mayor cantidad de ella tenían y la ponían en obra fueron llamados nobles, y los restantes quedaron siendo no nobles. Y aunque una costumbre contraria haya ocultado después

esta ley, no está todavía arrancada ni destruída por la naturaleza y por las buenas costumbres; y por ello, quien virtuosamente obra, abiertamente se muestra noble, y si de otra manera se le llama, no quien es llamado sino quien le llama se equivoca.

»Mira, pues, entre tus nobles y examina su vida, sus costumbres y sus maneras, y de otra parte las de Guiscardo considera: si quisieras juzgar sin animosidad, le llamarías a él nobilísimo y a todos estos nobles tuyos villanos. En la virtud y el valor de Guiscardo no creí por el juicio de otra persona, sino por tus palabras y por mis ojos. ¿Quién le alabó tanto cuando tú le alababas en todas las cosas loables que deben ser alabadas en un hombre valeroso? Y ciertamente no sin razón: que si mis ojos no me engañaron, ninguna alabanza fue dicha por ti que yo ponerla en obra, y más admirablemente que podían expresarlo tus palabras, no le viese; y si en ello me hubiera engañado en algo, por ti habría sido engañada. ¿Dirás, pues, que con un hombre de baja condición me he mezclado? No dirás verdad; si por ventura dijeses que con un pobre, con vergüenza tuya podría concederse, que así has sabido a un hombre valioso servidor tuyo traer a buen estado; pero la pobreza no quita a nadie nobleza, sino los haberes.

»Muchos reyes, muchos grandes príncipes fueron pobres, y muchos que cavan la tierra y guardan ovejas fueron riquísimos, y lo son. La última duda que me expusiste, es decir, qué debas hacer conmigo, deséchala por completo: si en tu extrema vejez estás dispuesto a hacer lo que de joven no acostumbraste, es decir, a obrar cruelmente, prepárate a ello, sé cruel conmigo porque no estoy dispuesta a rogarte de ningún modo que no lo seas como que eres la primera razón de este pecado, si es que pecado es; por lo que te aseguro que lo que de Guiscardo hayas hecho o hagas si no haces conmigo lo mismo, mis propias manos lo harán. Y ahora anda, vete con las mujeres a derramar lágrimas, y para descargar tu crueldad con el mismo golpe, a él y a mí, si te parece que lo hemos merecido, mátanos.

Conoció el príncipe la grandeza de ánimo de su hija, pero no por ello creyó que estuviese tan firmemente dispuesta a lo que con sus palabras amenazaba como decía; por lo que, separándose de ella y alejando el pensamiento de obrar cruelmente contra ella, pensó con la condenación del otro enfriar su ardiente amor, y mandó a los dos que a Guiscardo guardaban que, sin hacerlo saber a nadie, la noche siguiente lo estrangularan y, arrancándole el corazón, se lo llevasen. Los cuales, tal como se

les había ordenado, lo hicieron, por lo que, venido el día siguiente, haciéndose traer el príncipe una grande y hermosa copa de oro y puesto en ella el corazón de Guiscardo, por un fidelísimo sirviente suyo se lo mandó a su hija y le ordenó que cuando se lo diera le dijese:

—Tu padre te envía esto para consolarte con lo que más amas, como le has consolado tú con lo que él más amaba.

Ghismunda, no apartada de su dura decisión, haciéndose traer hierbas y raíces venenosas, luego de que su padre partió, las destiló y las redujo a agua, para tenerla preparada si lo que temía sucediese. Y venido el sirviente a ella con el regalo y con las palabras del príncipe, con inconmovible rostro la copa recibió, y descubriéndola, al ver el corazón y al oír las palabras, tuvo por certísimo que aquél era el corazón de Guiscardo, por lo que, levantando los ojos hacia el sirviente, dijo:

—No convenía sepultura menos digna que el oro a tal corazón como es éste; discretamente ha obrado mi padre en esto. —Y dicho esto, acercándoselo a la boca, lo besó y después dijo—: En todas las cosas y hasta en este extremo de mi vida he encontrado tiernísimo el amor que mi padre me tiene, pero ahora más que nunca; y por ello las últimas

gracias que debo darle ahora por tan gran presente, de mi parte le darás. —Dicho esto, mirando la copa que tenía abrazada, mirando el corazón, dijo—: ¡Ay!, dulcísimo albergue de todos mis placeres, ¡maldita sea la crueldad de aquel que con los ojos de la cara me hace verte ahora! Bastante me era mirarte a cada momento con los del espíritu. Tú has cumplido ya tu carrera y te has liberado de la que te concedió la fortuna; llegado has al final a donde todos corremos; dejado has las miserias del mundo y las fatigas, y de tu mismo enemigo has recibido la sepultura que tu valor merecía.

»Nada te faltaba para recibir cumplidas exequias sino las lágrimas de quien mientras viviste tanto amaste; las que para que las tuvieses, puso Dios en el corazón de mi cruel padre que te mandase a mí, yo te las ofreceré aunque tuviera el propósito de morir con los ojos secos y con el gesto de nada espantado; y después de habértelas ofrecido, sin tardanza alguna haré que mi alma se una a la que, rigiéndola tú, con tanto amor guardaste.

»¿Y en qué compañía podré ir más contenta y más segura a los lugares desconocidos que con ella? Estoy segura de que está todavía aquí dentro y que mira los lugares de sus deleites y los míos, y como quien estoy segura de que sigue amándome,

espera a la mía por la cual sumamente es amada.

Y dicho esto, no de otra manera que si una fuente en la cabeza tuviese, sin hacer ningún mujeril alboroto, inclinándose sobre la copa, llorando empezó a verter tantas lágrimas que admirable cosa era de ver, besando infinitas veces el muerto corazón. Sus damiselas, que en torno de ella estaban, qué corazón fuese éste y qué querían decir sus palabras no entendían, pero por la piedad vencidas, todas lloraban; y compasivamente le preguntaban en vano por el motivo de su llanto, y mucho más, como mejor podían y sabían, se ingeniaban en consolarla. La cual, después de que cuanto le pareció hubo llorado, alzando la cabeza y secándose los ojos, dijo:

—Oh, corazón muy amado, todos mis deberes hacia ti están cumplidos y nada me queda por hacer sino venir con mi alma a estar en tu compañía.

Y dicho esto, se hizo dar la botijuela donde estaba el agua que el día anterior había preparado; y la echó en la copa donde el corazón estaba, con muchas lágrimas suyas lavado; y sin ningún espanto puesta allí la boca, toda la bebió, y habiéndola bebido, con la copa en la mano subió a su cama, y lo más

honestamente que supo colocó sobre ella su cuerpo y contra su corazón apoyó el de su muerto amante, y sin decir palabra esperaba la muerte. Sus damiselas, habiendo visto y oído estas cosas, como no sabían qué agua fuera la que había bebido, a Tancredo habían mandado a decir todo aquello, el cual, temiendo lo que sucedió, bajó prontamente a la alcoba de su hija. Adonde llegó en el momento en que ella se echaba sobre la cama, y tarde, con dulces palabras viniendo a consolarla, viendo el término en que estaba, comenzó doloridamente a llorar; y la señora le dijo:

—Tancredo, guarda esas lágrimas para algún caso menos deseado que éste, y no las viertas por mí que no las deseo. ¿Quién ha visto jamás a nadie llorar por lo que él mismo ha querido? Pero si algo de aquel amor que me tuviste todavía vive en ti, por último don concédeme que, pues que no te fue grato que yo calladamente y a escondidas con Guiscardo viviera, que mi cuerpo con el suyo, dondequiera que lo hayas hecho arrojar muerto, esté públicamente.

La angustia del llanto no dejó responder al príncipe, y entonces la joven, sintiéndose llegar a su fin, estrechando contra su pecho el muerto corazón, dijo:

—Quedaos con Dios, que yo me voy.

Y velados los ojos y perdido todo sentido, de esta dolorosa vida se partió.

Tal doloroso fin tuvo el amor de Guiscardo y de Ghismunda, como habéis oído; a los cuales Tancredo, luego de mucho llanto, y tarde arrepentido de su crueldad, con general dolor de todos los salernitanos, honradamente a ambos en un mismo sepulcro hizo enterrar[119].



Novela segunda

Fray Alberto convence a una mujer de que el arcángel Gabriel está enamorado de ella y, como si fuera él, muchas veces se acuesta con ella, luego, por miedo a los parientes de ella huyendo de su casa se refugia en casa de un hombre pobre, el cual, como a un hombre salvaje, al día siguiente a la plaza lo lleva; donde, reconocido, sus frailes le echan mano y lo encarcelan.

HABÍA la historia por Fiameta contada hecho muchas veces saltar las lágrimas a sus compañeras, pero estando ya completa, el rey con inconmovible gesto dijo:

—Poco precio me parecería tener que dar mi vida por la mitad del deleite que con Guiscardo gozó a Ghismunda, y ninguna de vosotras debe maravillarse, como sea que yo, viviendo, a cada paso mil muertes siento, y por todas ellas no me es dada una sola partecilla de deleite. Pero dejando estar mis asuntos en sus términos por el momento, quiero que sobre duros casos, y en parte a mis accidentes

semejantes, siga hablando Pampínea; la cual, si como ha comenzado Fiameta, continúa, sin duda algún rocío comenzaré a sentir caer sobre mis llamas.

Pampínea, oyendo que a ella le tocaba aquella orden, más por su emoción conoció el ánimo de sus compañeras que el del rey por sus palabras y por ello, más dispuesta a recrearlas un poco que a tener (salvo por el solo mandato) que contentar al rey, se dispuso a contar una historia que sin salir de lo propuesto, las hiciera reír, y comenzó:



Acostumbra el pueblo a decir el proverbio siguiente: «Quien es malvado y por bueno

tenido, puede hacer el mal y no es creído»; el cual amplia materia para hablar sobre lo que me ha sido propuesto me presta, y aun para demostrar cuánta y cuál sea la hipocresía de los religiosos, los cuales con las ropas largas y amplias y con los rostros artificialmente pálidos y con las voces humildes y mansas para pedir a otros, y altanerísimos y ásperos al reprender a los otros sus mismos vicios y en mostrarles que ellos por coger y los demás por darles a ellos consiguen la salvación, y además de ello, no como hombres que el paraíso tengan que ganar como nosotros sino casi como señores y poseedores de él dando a cada uno que muere, según la cantidad de los dineros que les deja, un lugar más o menos excelente, con esto primero a sí mismos, si así lo creen, y luego a quienes a sus palabras dan fe se esfuerzan en engañar. Sobre los cuales, si cuanto les conviene me fuera permitido demostrar, pronto le aclararía a muchos simples lo que en sus capas anchísimas tienen escondido. Pero quisiera Dios que en todas sus mentiras a todos les sucediese lo que a un fraile menor, nada joven, sino de aquellos que por mayores santones eran tenidos en Venecia; sobre el cual sumamente me place hablar para tal vez aliviar un tanto con risa y con placer vuestros ánimos llenos de compasión por la muerte de Ghismunda.

Hubo, pues, valerosas señoras, en Imola, un hombre de malvada vida y corrupta que fue llamado Berto de la Massa, cuyas vituperables acciones muy conocidas por los imolenses, a tanto le llevaron que no ya la mentira sino la verdad no había en Imola quien le creyese; por lo que, apercibiéndose de que allí ya sus artimañas no le servían, como desesperado a Venecia, receptáculo de toda inmundicia[120], se mudó, y allí pensó encontrar otra manera para su mal obrar de lo que había hecho en otra parte. Y como si le remordiese la conciencia por las malvadas acciones cometidas por él en el pasado, mostrándose embargado por suma humildad y convertido en mejor católico que ningún otro hombre, fue y se hizo fraile menor y se hizo llamar fray Alberto de Imola; y en tal hábito comenzó a hacer en apariencia una vida sacrificada y a alabar mucho la penitencia y la abstinencia, y nunca comía carne ni bebía vino cuando no había el que le gustaba.

Y sin apercibirse casi nadie, de ladrón, de rufián, de falsario, de homicida, súbitamente se convirtió en un gran predicador sin haber por ello abandonado los susodichos vicios cuando ocultamente pudiera ponerlos en obra. Y además de ello, haciéndose sacerdote, siempre en el altar, cuando celebraba, si muchos lo veían, lloraba por la pasión del Señor como a

quien poco le costaban las lágrimas cuando lo quería. Y en breve, entre sus predicaciones y sus lágrimas, supo de tal manera engatusar a los venecianos que casi de todo testamento que allí se hacía era fideicomisario y depositario, y guardador de los dineros de muchos, confesor y consejero casi de la mayoría de los hombres y de las mujeres; y obrando así, de lobo se había convertido en pastor, y era su fama de santidad en aquellas partes mucho mayor que nunca había sido la de San Francisco de Asís. Ahora, sucedió que una mujer joven, mema y boba que se llamaba doña Lisetta de en ca'Quirino[121] casada con un rico mercader que había ido con sus galeras a Flandes, fue con otras mujeres a confesarse con este santo fraile; y estando a sus pies, como veneciana que era, que son todos unos vanidosos, habiendo dicho una parte de sus asuntos, fue preguntada por fray Alberto si tenía algún amante. Y con mal gesto le respondió:

—Ah, señor fraile, ¿no tenéis ojos en la cara? ¿Os parecen mis encantos hechos como los de esas otras? Demasiados amantes tendría, si quisiera; pero no son mis encantos para dejar que los ame un tal o un cual ¿A cuántas veis cuyos encantos sean como los míos, yo que sería hermosa en el paraíso?

Y además de esto dijo tantas cosas de esta hermosura suya que era un fastidio oírla. Fray Alberto conoció incontinenti que aquélla olía a necia, y pareciéndole tierra para su arado, de ella súbitamente y con desmesura se enamoró; pero guardando las alabanzas para momento más cómodo, para mostrarse santo aquella vez, comenzó a quererla reprender y a decirle que aquello era vanagloria, y otras de sus historias; por lo que la mujer le dijo que era un animal y que no sabía que había hermosuras mayores que otras, por lo que fray Alberto, no queriéndola enojar demasiado, terminada la confesión, la dejó irse con las demás.

Y unos días después, tomando un fiel compañero, se fue a casa de doña Lisetta y, retirándose aparte a una sala con ella y sin poder ser visto por otros, se le arrodilló delante y dijo:

—Señora, os ruego por Dios que me perdonéis de lo que el domingo, hablándome vos de vuestra hermosura, os dije, por lo que tan fieramente fui castigado la noche siguiente que no he podido levantarme de la cama hasta hoy.

Dijo entonces doña Trulla:

—¿Y quién os castigó así?

Dijo fray Alberto:

—Os lo diré: estando en oración durante la noche, como suelo estar siempre, vi súbitamente en mi celda un gran esplendor, y antes de que pudiera volverme para ver lo que era, me vi encima un joven hermosísimo con un grueso bastón en la mano, el cual, cogiéndome por la capa y haciéndome levantar, tanto me pegó que me quebrantó todo. Al cual pregunté después por qué me había hecho aquello, y respondió: «Porque hoy te has atrevido a reprender los celestiales encantos de doña Lisetta, a quien amo, Dios aparte, sobre todas las cosas». Y yo entonces pregunté: «¿Quién sois vos?». A lo que respondió él que era el arcángel Gabriel. «Oh, señor mío, os ruego que me perdonéis», dije yo. Y él dijo entonces: «Te perdono con la condición de que irás a verla en cuanto puedas, y pídele perdón; y si no te perdona, yo volveré aquí y te daré tantos que lo sentirás mientras vivas». Lo que me dijo después no me atrevo a decíroslo si no me perdonáis primero.

Doña Calabaza de Viento, que no tenía mucha sal[122] en la mollera, gozaba grandemente oyendo estas palabras y todas las creía veracísimas, y luego de un poco dijo:

—Bien os decía yo, fray Alberto, que mis

encantos eran celestiales; pero así Dios me ayude, me da lástima de vos, y hasta ahora, para que no os hagan más daño, os perdono, si verdaderamente me decís lo que el ángel os dijo después.

Fray Alberto dijo:

—Señora, pues que me habéis perdonado, os lo diré de buen grado, pero una cosa os recuerdo, que lo que yo os diga os guardéis de decirlo a ninguna persona del mundo, si no queréis estropear vuestros asuntos, que sois la más afortunada mujer que hay hoy en el mundo. Este ángel Gabriel me dijo que os dijera que le gustáis tanto que muchas veces habría venido a estar por la noche con vos si no hubiera sido por no asustaros. Ahora, os manda decir por mí que quiere venir una noche a veros y quedarse con vos un buen rato; y porque como es un ángel y viniendo en forma de ángel no lo podríais tocar, dice que por deleite vuestro quiere venir en figura de hombre, y por ello dice que le mandéis decir cuándo queréis que venga y en forma de quién, y que lo hará; por lo que vos, más que ninguna mujer viva, os podréis tener por feliz.

Doña Bachillera dijo entonces que mucho le placía si el ángel Gabriel la amaba, porque ella lo quería bien, y nunca sucedía que una vela

de un matapán[123] no le encendiera delante de donde le viese pintado; y que cuando quisiera venir a ella era bien venido, que la encontraría sola en su alcoba; pero con el pacto de que no fuese a dejarla por la Virgen María, que le habían dicho que la quería mucho, y también lo parecía así porque en cualquier sitio que lo veía estaba arrodillado delante de ella; y además de esto, que era cosa suya venir en la forma que quisiese, siempre que no la asustara.

Entonces dijo fray Alberto:

—Señora, habláis sabiamente, y yo arreglaré bien con él lo que me decís. Pero podéis hacerme un gran favor, y no os costará nada y el favor es éste: que queráis que venga en este cuerpo mío. Y escuchad por qué me haréis un favor: que me sacará el alma del cuerpo y la pondrá en el paraíso, y cuanto él esté con vos tanto estará mi alma en el paraíso.

Dijo entonces doña *Poco-Entendida*:

—Bien me parece; quiero que por los azotes que os dio por mi causa, que tengáis este consuelo.

Entonces dijo fray Alberto:

—Así, haréis que esta noche encuentre él la puerta de vuestra casa de manera que pueda entrar, porque viniendo en cuerpo humano como vendrá, no podrá entrar sino por la puerta.

La mujer repuso que lo haría. Fray Alberto se fue y ella se quedó con tan gran alborozo que no le llegaba la camisa al cuerpo, mil años pareciéndole hasta que el arcángel Gabriel viniera a verla. Fray Alberto, pensando que caballero y no ángel tenía que ser por la noche, con confites y otras buenas cosas empezó a fortalecerse, para que fácilmente no pudiera ser arrojado del caballo; y conseguido el permiso, con un compañero, al hacerse de noche, se fue a casa de una amiga suya de donde otra vez había arrancado cuando andaba corriendo las yeguas, y de allí, cuando le pareció oportuno, disfrazado, se fue a casa de la mujer y, entrando en ella, con los perifollos que había llevado, en ángel se transfiguró, y subiendo arriba, entró en la cámara de la mujer. La cual, cuando aquella cosa tan blanca vio, se le arrodilló delante, y el ángel la bendijo y la hizo ponerse en pie, y le hizo señal de que se fuese a la cama; lo que ella, deseosa de obedecer, hizo prestamente, y el ángel después con su devota se acostó.

Era fray Alberto hermoso de cuerpo y

robusto, y muy bien plantado; por la cual cosa, encontrándose con doña Lisetta, que era fresca y mórbida, distinto yacimiento haciéndole que el marido, muchas veces aquella noche voló sin alas, de lo que ella muy contenta se consideró; y además de ello, muchas cosas le dijo de la gloria celestial. Luego, acercándose el día, organizando el retorno, con sus arneses fuera se salió y volvióse a su compañero, al cual, para que no tuviese miedo durmiendo solo, la buena mujer de la casa había hecho amigable compañía. La mujer, en cuanto almorzó, tomando sus acompañantes, se fue a fray Alberto y le dio noticias del ángel Gabriel y de lo que le había contado de la gloria y la vida eterna, y cómo era él, añadiendo además a esto, maravillosas fábulas.

A la que fray Alberto dijo:

—Señora, yo no sé cómo os fue con él; lo que sé bien es que esta noche, viniendo él a mí y habiéndole yo dado vuestra embajada, me llevó súbitamente el alma entre tantas flores y tantas rosas que nunca se han visto tantas aquí, y me estuve en uno de los lugares más deleitosos que nunca hubo hasta esta mañana a maitines: lo que pasó de mi cuerpo, no lo sé.

—¿No os lo digo yo? —dijo la señora—. Vuestro cuerpo estuvo toda la noche en mis

brazos con el ángel Gabriel, y si no me creéis miraos bajo la teta izquierda, donde le di un beso grandísimo al ángel, tal que allí tendréis la señal unos cuantos días.

Dijo entonces fray Alberto:

—Bien haré hoy algo que no he hecho hace mucho tiempo, que me desnudaré para ver si me decís verdad.

Y luego de mucho charlar, la mujer se volvió a casa; a donde en figura de ángel fray Alberto fue luego muchas veces sin encontrar ningún obstáculo. Pero sucedió un día que, estando doña Lisetta con una comadre suya y juntas hablando sobre la hermosura, para poner la suya delante de ninguna otra, como quien poca sal tenía en la calabaza, dijo:

—Si supierais a quién le gusta mi hermosura, en verdad que no hablaríais de las demás.

La comadre, deseosa de oírla, como quien bien la conocía, dijo:

—Señora, podréis decir verdad; pero sin embargo, no sabiendo quién sea él, no puede uno desdecirse tan ligeramente.

Entonces la mujer, que poco meollo tenía, dijo:

—Comadre, no puede decirse, pero con quien me entiendo es con el ángel Gabriel, que más que a sí mismo me ama como a la mujer más hermosa, por lo que él me dice, que haya en el mundo o en la marisma.

A la comadre le dieron entonces ganas de reírse, pero se contuvo para hacerla hablar más, y dijo:

—A fe, señora, que si el ángel Gabriel se entiende con vos y os dice esto debe ser así, pero no creía yo que los ángeles hacían estas cosas.

Dijo la mujer:

—Comadre, estáis equivocada, por las llagas de Dios: lo hace mejor que mi marido, y me dice que también se hace allá arriba; pero porque le parezco más hermosa que ninguna de las que hay en el cielo se ha enamorado de mí y se viene a estar conmigo muchas veces; ¿está claro?

La comadre, cuando se fue doña Lisetta, se le hicieron mil años hasta que estuvo en un lugar donde poder contar estas cosas; y reuniéndose en una fiesta con una gran compañía de mujeres, ordenadamente les contó la historia. Estas mujeres se lo dijeron a sus maridos y a otras mujeres, y éstas a otras,

y así en menos de dos días toda Venecia estuvo llena de esto. Pero entre aquéllos a cuyos oídos llegó, estaban los cuñados de ella, los cuales, sin decir nada, se propusieron encontrar aquel arcángel y ver si sabía volar: y muchas noches estuvieron apostados.

Sucedió que de este anuncio alguna noticieja llegó a oídos de fray Alberto; el cual, para reprender a la mujer yendo una noche, apenas se había desnudado cuando los cuñados de ella, que le habían visto venir, fueron a la puerta de su alcoba para abrirla. Lo que, oyendo fray Alberto, y entendiendo lo que era, levantándose y no viendo otro refugio, abrió una ventana que sobre el gran canal daba y desde allí se arrojó al agua. La hondura era bastante y él sabía bien nadar así que ningún daño se hizo; y nadando hasta la otra parte del canal, en una casa que abierta había se metió prestamente, rogando a un buen hombre que había dentro que por amor de Dios le salvase la vida, contando fábulas de por qué allí a aquella hora y desnudo estaba. El buen hombre, compadecido, como tenía que salir a hacer sus asuntos, lo metió en su cama y le dijo que allí hasta su vuelta se estuviese; y encerrándolo dentro, se fue a sus cosas.

Los cuñados de la mujer, entrando en la alcoba, se encontraron con que el ángel

Gabriel, habiendo dejado allí las alas, había volado, por lo que, como escarnecidos, gravísimas injurias dijeron a la mujer, y por fin desconsoladísima la dejaron en paz y se volvieron a su casa con los arneses del arcángel.

Entretanto, clareando el día, estando el buen hombre en Rialto, oyó contar cómo el ángel Gabriel había ido por la noche a acostarse con doña Lisetta, y, encontrado por los cuñados, se había arrojado al canal por miedo y no se sabía qué había sido de él; por lo que prestamente pensó que aquel que tenía en casa debía de ser él; y volviendo allí y reconociéndolo, luego de muchas historias, llegó con él al acuerdo de que si no quería que le entregase a los cuñados, le diese cincuenta ducados; y así se hizo.

Y después de esto, deseando fray Alberto salir de allí, le dijo el buen hombre:

—No hay modo ninguno, si uno no queréis. Hoy hacemos nosotros una fiesta a la que uno lleva a un hombre vestido de oso y otro a guisa de hombre salvaje y quién de una cosa y quién de otra, y en la plaza de San Marcos se hace una cacería[124], terminada la cual se termina la fiesta; y luego cada uno se va con quien ha llevado donde le guste; si queréis, antes de que

pueda descubrirse que estáis aquí, que yo os lleve de alguna de estas maneras, os podré llevar donde queráis; de otro modo, no veo cómo podréis salir sin ser reconocido; y los cuñados de la señora, pensando que en algún lugar de aquí dentro estáis, han puesto por todas partes guardias para cogeros.

Aunque duro le pareciese a fray Alberto ir de tal guisa, a pesar de todo le indujo a hacerlo el miedo que tenía a los parientes de la mujer, y le dijo a aquél adónde debía llevarlo: y que de cómo le llevase se contentaba. Éste, habiéndole ya untado todo con miel y recubierto encima con pequeñas plumas, y habiéndole puesto una cadena al cuello y una máscara en la cara, y habiéndole dado para una mano un gran bastón y para la otra dos grandes perros que había llevado del matadero, mandó a uno a Rialto a que pregonase que si alguien quería ver al ángel Gabriel subiese a la plaza de San Marcos. Y fue lealtad veneciana ésta.

Y hecho esto, luego de un rato, lo sacó fuera y lo puso delante de él, y andando detrás sujetándolo por la cadena, no sin gran alboroto de muchos, que decían todos: «¿Qué es eso? ¿Qué es eso?», lo llevó hasta la plaza donde, entre los que habían venido detrás y también los que, al oír el pregón, se habían venido

desde Rialto, había un sinfín de gente. Éste, llegado allí, en un lugar destacado y alto, ató a su hombre salvaje a una columna, fingiendo que esperaba la caza, al cual las moscas y los tábanos, porque estaba untado de miel, daban grandísima molestia.

Pero luego que de gente vio la plaza bien llena, haciendo como que quería desatar a su salvaje, le quitó la máscara a fray Alberto, diciendo:

—Señores, pues que el jabalí no viene a la caza, y no puede hacerse, para que no hayáis venido en vano quiero que veáis al arcángel Gabriel, que del cielo desciende a la tierra por las noches para consolar a las mujeres venecianas.

Al quitarle la máscara fue fray Alberto incontinenti reconocido por todos y contra él se elevaron los gritos de todos, diciéndole las más injuriosas palabras y la mayor infamia que nunca se dijo a ningún bribón, y, además de esto, arrojándole a la cara quién una porquería y quién otra; y así le tuvieron durante muchísimo tiempo, hasta tanto que por acaso llegando la noticia a sus frailes, hasta seis de ellos poniéndose en camino llegaron allí, y, echándole una capa encima y desencadenándolo, no sin grandísimo alboroto

detrás hasta su casa lo llevaron, donde encarcelándolo, después de vivir míseramente se cree que murió. Así éste, tenido por bueno y obrando el mal, no siendo creído, se atrevió a hacer de arcángel Gabriel; y de él convertido en hombre salvaje, con el tiempo, como lo había merecido, vituperado, sin provecho lloró los pecados cometidos. Plazca a Dios que a todos los demás les suceda lo mismo.

Novela tercera

Tres jóvenes aman a tres hermanas y con ellas se fugan a Creta, la mayor, por celos, mata a su amante, la segunda, entregándose al duque de Creta, salva de la muerte a la primera, cuyo amante la mata y con la primera huye, es culpado de ello el tercer amante con la tercera hermana y, presos, lo confiesan y por temor a morir corrompen con dinero a la guardia, y, pobres, huyen a Rodas y en la pobreza allí mueren[125].

FILOSTRATO, oído el final del novelar de Pampínea, se quedó un poco ensimismado y

luego dijo volviéndose a ella:

—Algo bueno y que me agradó hubo al final de vuestra novela, pero demasiada diversión hubo antes que habría querido que no hubiese.

Luego, volviéndose a Laureta, dijo:

—Señora, seguid vos con una mejor, si es que puede ser.

Laureta, riendo, dijo:

—Demasiado cruel estáis contra los amantes, si sólo un mal fin les deseáis; y por obedeceros os contaré una sobre tres que igualmente mal terminaron habiendo gozado poco de su amor.

Y dicho esto, comenzó:

Jóvenes señoras, como claramente podéis conocer, todos los vicios pueden volverse, con grandísimo dolor, contra quien los tiene y muchas veces contra otros; y entre los que con más flojas riendas a nuestros peligros nos lleva, me parece que la ira sea el que más; la cual no es otra cosa que un movimiento súbito y desconsiderado, movido por los sentidos dolores; el cual, desterrada toda razón y teniendo los ojos de la mente ofuscados por tinieblas, con ardentísimo furor enciende nuestro ánimo. Y aunque con frecuencia le

sobreviene al hombre, y más a unos que a otros, no menos ha sobrevenido (y con mayores daños) a las mujeres, porque más fácilmente se enciende en ellas y allí arde con llama más clara y con menor freno las agita.

Y no hay que maravillarse de ello: porque si queremos mirar, veremos que su fuego por su naturaleza antes prende en las cosas ligeras y suaves que en las duras y más pesadas; y nosotras somos (no lo tengan a mal los hombres) más delicadas que lo son ellos, y mucho más volubles. Por lo cual, viéndonos naturalmente a esto proclives, y mirando después cómo nuestra mansedumbre y benignidad son gran reposo y placer a los hombres con quien acostumbramos a tratar, y cómo la ira y el furor son de gran angustia y peligro, para que de ella con más fuerte pecho nos guardemos, el amor de tres jóvenes y de otras tantas señoras, como dije antes, convertido de feliz que era en infelicísimo por la ira de una de ellas, entiendo mostraros con mi historia.

Marsella es, como sabéis, en Provenza, una nobilísima y antigua ciudad, situada junto al mar, y ha sido antes en hombres ricos y en grandes mercaderes más copiosa de lo que hoy se ve; entre los que hubo uno llamado N’Arnald Civada[126], hombre de nacimiento

ínfimo pero de claro honor y leal mercader, sin medida rico en posesiones y en dineros, el cual de su mujer tenía muchos hijos entre los cuales tres eran mujeres, y eran de edad mayores que los otros que eran varones. De las cuales, dos, nacidas de un parto, tenían quince años de edad, la tercera tenía catorce; y nada esperaban sus parientes para casarlas sino la vuelta de N'Arnald, que con su mercancía se había ido a España.

Eran los nombres de las dos primeras, el de la una Ninetta, y de la otra Maddalena; la tercera se llamaba Bertella. De Ninetta estaba un joven, gentilhombre aunque fuese pobre, llamado Restagnone, enamorado cuanto más podía, y la joven de él; y de tal modo habían sabido obrar que, sin que ninguna persona en el mundo lo supiese, gozaban de su amor; y ya buen espacio gozado habían cuando sucedió que dos jóvenes amigos, de los cuales uno se llamaba Folco y el otro Ughetto, muertos sus padres y habiendo quedado riquísimos, el uno de Maddalena y el otro de Bertella se enamoraron. De lo cual percatándose Restagnone (habiéndole sido por Ninetta mostrado) pensó en poder ayudarse en sus carencias con el amor de éstos; y familiarizándose con su trato, ahora a uno ahora al otro, y a veces a los dos, les

acompañaba a ver sus señoras y la de él.

Y cuando lo bastante familiar y amigo suyo le pareció ser, un día a su casa llamándoles les dijo:

—Carísimos jóvenes, nuestro trato os puede haber demostrado cuánto es el amor que os tengo y que por vosotros pondría en obra lo que por mí mismo pondría; y porque mucho os amo, lo que se me ha venido al ánimo entiendo mostraros, y vosotros luego conmigo, juntos, tomaremos el partido que os parezca mejor. Vosotros, si vuestras palabras no mienten, y por lo que en vuestros actos de día y de noche me parece haber comprendido, en grandísimo amor por las dos jóvenes que amáis ardéis, y yo por la tercera, su hermana; al cual ardor, si queréis concedérmelo, me pide el corazón hallar un muy dulce y placentero remedio como es éste: vosotros sois riquísimos, lo que no soy yo; si quisierais juntar vuestras riquezas y hacerme a mí tercer poseedor de ellas junto con vosotros y deliberar a qué parte del mundo podríamos ir a vivir alegremente con ellas, sin falta me dice el corazón que podré hacer que las tres hermanas, con gran parte de lo que tiene su padre, con nosotros a donde queramos ir vengan, y allí cada uno con la suya a guisa de hermanos vivir podremos como los hombres

más felices que hay en el mundo. A vosotros os toca ahora decidir si queréis haceros felices con esto, o dejarlo.

Los dos jóvenes, que sobremanera ardían, al oír que a las dos jóvenes tendrían, no pasaron mucho trabajo deliberando sino que dijeron que, si esto sucedía, estaban dispuestos a hacerlo. Restagnone, con esta respuesta de los jóvenes, de allí a pocos días se encontró con Ninetta, a la que no sin gran dificultad ver podía; y luego de que un tanto con ella hubo estado, lo que había hablado con los jóvenes le explicó, y con muchas razones se ingenió en que esta empresa le agradase. Pero poco difícil le fue porque ella mucho más que él deseaba poder estar con él sin sobresalto; por lo que de buena gana le contestó que le placía y que sus hermanas, y máximamente en esto, harían lo que ella quisiese; le dijo que todas las cosas necesarias para ello lo antes que pudiera preparase.

Volviendo Restagnone a los dos jóvenes, que mucho sobre lo que les había dicho le preguntaban, les dijo que por parte de sus señoras el asunto estaba decidido; y entre ellos deliberaron irse a Creta después de vender algunas posesiones que tenían, bajo título de querer ir a comerciar con los dineros, y trocadas en dineros todas las demás cosas que

tenían, compraron una saetía y la armaron secretamente con gran ventaja, y esperaron el término puesto.

Por otra parte, Ninetta, que del deseo de las hermanas demasiado sabía, con dulces palabras en tanto afán de hacer aquello las inflamó que les parecía que no iban a vivir lo suficiente para llegar a ello. Por lo que, venida la noche en que debían subir a la saetía, las tres hermanas, abierto un gran cofre de su padre, de él grandísima cantidad de dineros y de joyas sacaron, y con ellas, de casa las tres ocultamente saliendo, según lo planeado, allí a sus tres amantes que las esperaban encontraron; con los cuales sin ninguna demora a la saetía subidas, dieron los reinos al agua y se fueron, y sin detenerse un punto en ningún lugar, a la tarde siguiente llegaron a Génova, donde los noveles amantes gozo y placer por primera vez tomaron de su amor. Y proveyéndose de aquello que necesitaban se fueron, y de un puerto en otro, antes de que llegase el día octavo, sin ningún impedimento llegaron a Creta, donde grandísimas y hermosas posesiones compraron, en las cuales, asaz cerca de Candia construyeron hermosísimas y deleitables mansiones; y allí con muchos sirvientes, con perros y con aves de presa y con caballos en convites y en fiestas

y en placeres con sus mujeres lo más contentos del mundo a guisa de barones comenzaron a vivir.

Y viviendo de tal manera, sucedió (así como vemos suceder todos los días) que aunque las cosas mucho gusten, si se tienen en cantidad excesiva cansan, que a Restagnone, el cual mucho amado había a Ninetta, pudiéndola sin ningún temor tener a todo su placer, comenzó a cansarle, y por consiguiente, a fallarle el amor hacia ella. Y habiéndole en una fiesta sumamente agradado una joven del país, hermosa y noble señora, y cortejándola con toda asiduidad, comenzó a hacer por ella maravillosos gastos y fiestas, de lo que percatándose Ninetta, le entraron tantos celos de él que no podía dar un paso sin que ella lo supiera y sin que luego con palabras y con reproches a él y a ella no se atribulase. Pero así como la abundancia de las cosas engendra el fastidio, así multiplica el apetito el ser negadas las que se desean: y así los reproches de Ninetta acrecentaban las llamas del nuevo amor de Restagnone; y como con el paso del tiempo aconteciese o que Restagnone la intimidad de la mujer amada tuviese o que no, Ninetta, quienquiera que se lo dijese, lo tuvo por cierto, con lo que cayó en tanta tristeza, y de ella en tanta ira y

subsiguientemente a tanto furor pasó que, convertido el amor que a Restagnone tenía en amargo odio, cegada por la ira, pensó con la muerte de Restagnone vengar la vergüenza que le parecía haber recibido.

Y hecha venir a una vieja griega, gran maestra en componer venenos, con promesas y con dones la condujo a hacer un agua mortífera, la que ella, sin aconsejarse con nadie, una noche a Restagnone acalorado y que aquello no temía le dio a beber. El poder de aquello fue tal que antes de que llegase la mañana lo había matado; cuya muerte, sintiendo Folco y Ughetto y sus mujeres, sin saber que de veneno hubiese muerto, junto con Ninetta amargamente lloraron y honradamente lo hicieron sepultar. Pero sucedió no muchos días después que, por otra malvada acción, fue apresada la vieja que a Ninetta el agua envenenada le había preparado, la cual, entre sus otras maldades, al darle tortura, confesó ésta, claramente mostrando lo que por ello había sucedido; por lo que el duque de Creta, sin nada decir, ocultamente una noche fue a los alrededores de la villa de Folco, y sin alboroto ni oposición ninguna, se llevó presa a Ninetta, de la cual, sin ninguna tortura, prestísimamente lo que oír quería obtuvo sobre la muerte de Restagnone.

Folco y Ughetto ocultamente le habían oído al duque, y a sus mujeres, por qué había sido apresada Ninetta; lo que mucho les dolió, y todo trabajo ponían en hacer que Ninetta escapase al fuego, al que creían que sería condenada, como quien muy bien merecido lo tenía, porque el duque firme estaba en querer hacer justicia. Maddalena, que hermosa joven era y largamente había sido cortejada por el duque sin nunca haber querido hacer nada que él desease, imaginando que si le daba gusto podría librar a la hermana del fuego, por un cauto embajador se lo dio a entender, que ella estaba por completo a sus órdenes si dos cosas se siguiesen de ello; la primera, que recuperase a su hermana salva y libre; la otra, que esto fuese cosa secreta. El duque, oída la embajada y agradándole, largamente consideró si debía hacerlo y al final estuvo de acuerdo y repuso que estaba pronto. Haciendo, pues, con consentimiento de la señora (como si de ellos quisiera informarse del asunto) detener una noche a Folco y a Ughetto, fue secretamente a albergarse con Maddalena; y fingiendo primero haber puesto a Ninetta dentro de un saco y deber aquella noche misma arrojar al mar con una piedra atada al cuello, con él se la llevó a su hermana y por precio de aquella noche se la dio, rogándole al irse por la mañana que aquella noche, que había sido la primera de su

amor, no fuese la última, y además de esto le ordenó que de allí hiciese partir a la mujer culpable para que no le fuese reprochado aquello y no tuviese que empezar de nuevo a maltratarla.

A la mañana siguiente, Folco y Ughetto, habiendo oído que Ninetta por la noche había sido arrojada al mar, y creyéndolo, fueron liberados; y a su casa para consolar a sus mujeres de la muerte de la hermana retornados, por mucho que Maddalena se ingeniase en esconderla mucho, Folco se dio cuenta de que estaba allí; de lo que se maravilló mucho y súbitamente sospechó, habiendo ya oído que el duque había cortejado a Maddalena, y le preguntó cómo podía ser que Ninetta estuviese aquí. Maddalena urdió una larga fábula para querérselo explicar, poco por él (que era malicioso) creída, y a decir la verdad la constriñó; y ella, luego de muchas palabras, se la dijo.

Folco, vencido por el dolor y montando en ira, desenvainada una espada, a ella que en vano le pedía merced, la mató; y temiendo la ira y la justicia del duque, dejándola muerta en la alcoba, se fue donde Ninetta estaba, y con rostro infinitamente alegre, le dijo:

—Vamos pronto allí donde tu hermana ha

determinado que te lleve para que no vuelvas a manos del duque.

La cual cosa creyendo Ninetta, y como temerosa, deseando irse, con Folco, sin otra despedida buscar de su hermana, siendo ya de noche, se puso en camino, y con aquellos dineros a que Folco pudo echar mano, que fueron pocos; y yéndose al puerto, subieron a una barca y nunca más se supo dónde llegaron. Venido el día siguiente y siendo Maddalena hallada muerta, hubo algunos que por envidia y odio que tenían a Ughetto, rápidamente al duque se lo hicieron saber, por la cual cosa el duque, que mucho amaba a Maddalena, corriendo fogosamente a la casa, a Ughetto apresó y a su mujer, que de estas cosas todavía nada sabían, esto es de la partida de Folco y Ninetta, los constriñó a confesar que ellos juntos con Folco habían sido culpables de la muerte de Maddalena. Por cuya confesión ellos, fundadamente temiendo la muerte, con gran habilidad a quienes los guardaban corrompieron, dándoles una cierta cantidad de dineros que en su casa escondidos para los casos necesarios guardaban: y junto con los guardias, sin tener espacio de poder coger ninguna de sus cosas, montándose en una barca, de noche se escaparon a Rodas, donde en pobreza y miseria vivieron no mucho

tiempo. Pues a semejante partido el loco amor de Restagnone y la ira de Ninetta les condujeron a ellos y a los demás.

Novela cuarta

Gerbino, contra la palabra dada al rey Guilielmo, su abuelo, combate una nave del rey de Túnez para quitarle a una hija suya; y matada ésta por los que allí iban, los mata, y a él luego le cortan la cabeza.

LAURETA callaba, una vez terminada su novela, y, entre la compañía, quién con uno, quién con otro de la desgracia de los amantes se dolía, y quién reprobaba la ira de Ninetta, y unos una cosa y otros otra decían, cuando el rey, como saliendo de un profundo pensamiento, alzó el rostro y a Elisa le hizo señal de continuar narrando; la cual gentilmente comenzó:

Amables señoras, muchos son los que creen que Amor solamente por las miradas encendido, envía sus saetas, burlándose de quienes sostener quieren que alguien por el oído pueda enamorarse[127], y que éstos están engañados aparecerá asaz claramente en una novela que contar entiendo, en la que no

solamente por la fama, sin haberse visto nunca, veréis que ha obrado sino también cómo a mísera muerte condujo a cada uno os será manifiesto.

Guilielmo II, rey de Sicilia, según dicen los sicilianos, tuvo dos hijos[128], uno varón llamado Ruggiero, la otra mujer, llamada Constanza. El cual Ruggiero, muriendo antes que su padre, dejó un hijo llamado Gerbino, el cual, con solicitud educado por su abuelo, se hizo un joven hermosísimo y famoso en bizarría y en cortesía. Y no dentro de los límites de Sicilia se quedó encerrada su fama, sino que en varias partes del mundo sonando, era clarísima en Berbería, que en aquellos tiempos era tributaria del rey de Sicilia. Y entre los demás a cuyos oídos la magnífica fama de la virtud y la cortesía de Gerbino llegaron, hubo una hija del rey de Túnez, la cual, según lo que todos los que la veían decían, era una de las más hermosas criaturas que nunca por la naturaleza hubiera sido formada, y la más cortés y de ánimo grande y noble. La cual, gustando de oír hablar de los hombres valerosos, con tanto afecto retuvo las cosas valerosamente hechas por Gerbino que unos y otros contaban, y tanto le agradaban, que dándole vueltas en su imaginación a cómo debía ser él, ardientemente se enamoró, y con más agrado

que de otros hablaba de él y a quien de él hablaba escuchaba.

Por otra parte, había también, como a otros lugares, llegado a Sicilia la grandísima fama de la belleza y del valor de ella, y no sin gran deleite ni en vano había alcanzado los oídos de Gerbino; así, no menos que la joven se había inflamado por él, él por ella se había inflamado. Por la cual cosa, hasta tanto que con conveniente razón de su abuelo la licencia pidiese para ir a Túnez, deseoso sobremanera de verla, a todo amigo suyo que allí iba, ordenaba que en cuanto estuviera en su poder le comunicase su secreto y gran amor del modo que mejor le pareciese y le trajese de ella noticia. De los cuales, uno lo hizo muy sagazmente llevándole joyas de mujer para que las viese, del modo que hacen los mercaderes, y por completo manifestándole el ardor de Gerbino, él y sus cosas le ofreció dispuestas a sus mandatos; la cual, con alegre rostro el embajador y la embajada recibió; y respondiéndole que ella en igual amor ardía, una de sus más preciosas joyas en testimonio de ello le mandó. La cual recibió Gerbino con tanta alegría como pueda recibirse la cosa más querida, y por aquel mismo muchas veces le escribió y le mandó preciosísimos presentes, haciendo con ella ciertos conciertos para, si la

fortuna lo permitiese, verse y tocarse.

Pero andando las cosas de esta guisa y un poco más lejos de lo que hubiera sido necesario ardiendo por una parte la joven y por otra Gerbino, sucedió que el rey de Túnez la casó con el rey de Granada, de lo que ella se afligió sobremanera, pensando que no solamente con larga distancia se alejaba de su amante sino que casi por completo le era arrebatada; y si hubiera habido manera, de buena gana, para que aquello no sucediese, hubiera huido del padre y se hubiera reunido con Gerbino. Del mismo modo, Gerbino, enterado de este matrimonio, sin medida doliente vivía y pensando si pudiese hallar alguna manera de poder llevársela por la fuerza, si sucediese que por mar fuese al marido. El rey de Túnez, oyendo algo de este amor y de la determinación de Gerbino, y temiendo su valor y su poder, llegando el tiempo en que debía mandarla, hizo saber al rey Guilielmo lo que quería hacer y que entendía hacerlo si él le aseguraba que ni Gerbino ni otro se lo impediría.

El rey Guilielmo, que viejo era y no había oído nada del enamoramiento de Gerbino, no imaginándose que por ello se le pidiese tal garantía, lo concedió de buena gana y en señal de ello mandó al rey de Túnez su guante[129]. El

cual, después de que la seguridad hubo recibido, hizo preparar una grandísima y hermosa nave en el puerto de Cartago y abastecerla con todo lo que fuera necesario, y adornarla y prepararla, para mandar en ella a su hija a Granada; y no esperaba sino el tiempo favorable. La joven señora, que todo esto sabía y veía, ocultamente mandó a Palermo a un servidor suyo y le ordenó que al bellido Gerbino saludase de su parte y le dijera cómo iba a irse a Granada pocos días después; por lo que ahora se vería si era hombre tan valiente como se decía y si tanto la amaba como muchas veces le había significado. Aquél a quien le fue ordenada, óptimamente cumplió su embajada y se volvió a Túnez. Gerbino, al oír esto, y sabiendo que el rey Guilielmo su abuelo había otorgado la seguridad al rey de Túnez, no sabía qué hacerse; pero empujado por el amor, habiendo escuchado las palabras de la señora y para no parecer vil, yendo a Mesina, allí hizo prestamente armar dos galeras ligeras, y haciendo subir a ellas valientes hombres, con ellos se fue junto a Cerdeña, pensando que por allí debía pasar la nave de la señora. Y no tardó en realizarse su pensamiento, porque después de que allí pocos días hubo estado, la nave, con poco viento y no lejana al lugar donde se había apostado esperándola, apareció.

Viendo la cual, Gerbino, a sus compañeros dijo:

—Señores, si sois tan valerosos como pienso, ninguno de vosotros creo que esté sin haber sentido o sentir amor, sin el cual, como por mí mismo juzgo, ningún mortal puede ninguna virtud o bien tener en sí; y si enamorados habéis estado o estáis, fácil cosa os será comprender mi deseo. Yo amo: Amor me indujo a daros la presente fatiga, y lo que amo, en la nave que se ve ahí delante está, la cual, junto con la cosa que yo más deseo, va llena de grandísimas riquezas, las cuales, si hombres valerosos sois, con poca fatiga, virilmente combatiendo, podemos conquistar; de cuya victoria no busco quedarme sino con una mujer por cuyo amor muevo las armas; todas las demás cosas sean vuestras libremente desde ahora. Vamos, pues, y con buena ventura asaltemos la nave mientras Dios, favorable a nuestra empresa, sin prestarle viento nos la tiene inmóvil.

No necesitaba el bellido Gerbino tantas palabras porque los mesinenses que con él estaban, deseosos del botín, ya en su ánimo estaban dispuestos a hacer aquello a lo que Gerbino les alentaba con las palabras; por lo que, haciendo un grandísimo alboroto, al final de sus palabras, para que así fuese sonaron

las trompetas, y empuñando las armas dieron los remos al agua y a la nave llegaron. Los que en la nave estaban, viendo de lejos venir las galeras, no pudiéndose ir, se aprestaron a la defensa. El bellido Gerbino, llegado a ella, ordenó que los patrones a las galeras fuesen llevados si no querían batalla. Los sarracenos, asegurados de quiénes eran y qué pedían, dijeron que se les asaltaba contra la palabra empeñada con ellos por el rey suyo, y en señal de ello mostraron el guante del rey Guilielmo y del todo se negaron, si no eran vencidos en batalla, a rendirse o a darle nada que hubiera en la nave. Gerbino, que en la popa de la nave había visto a la señora, mucho más hermosa de lo que él ya pensaba, mucho más inflamado en amor que antes, al mostrarle el guante repuso que allí no había en aquel momento halcones para los que se necesitase un guante, y que por ello, si no querían entregarles a la señora, que se preparasen a la batalla. La que, sin esperar más, a arrojarse saetas y piedras el uno contra el otro fieramente comenzaron y largamente con daño de cada una de las partes en tal guisa combatieron.

Por último, viéndose Gerbino sin mucho provecho, tomando una barquichuela que de Cerdeña llevado había, y prendiéndole fuego, con las dos galeras la acostó a la nave; lo que

viendo los sarracenos y conociendo que por necesidad debían o rendirse o morir, haciendo a cubierta venir a la hija del rey, que bajo cubierta lloraba, y llevándola a la proa de la nave y llamando a Gerbino, ante sus ojos, a ella, que pedía merced y ayuda, le cortaron las venas y arrojándola al mar dijeron:

—Tómala, te la damos como podemos y como tu lealtad la ha merecido.

Gerbino, viendo su crueldad, deseoso de morir, no preocupándose por saetas ni por piedras, a la nave se hizo acercar, y subiendo a ella a pesar de cuantos allí iban, no de otra manera que un león famélico entra en una manada de becerros, ora a éste ora a aquél desangrando y primero con los dientes y con las uñas su ira sacia que el hambre, con una espada en la mano ora a éste ora a aquél cortando de los sarracenos, cruelmente a muchos mató Gerbino[130]; creciendo ya el fuego en la encendida nave, haciendo a los marineros coger lo que pudieran como recompensa, abajo se fue con aquella poco alegre victoria conseguida sobre sus enemigos. Luego, haciendo el cuerpo de la hermosa señora recoger del mar, largamente y con muchas lágrimas la lloró, y volviéndose a Sicilia, en Ustica, pequeñísima isla casi enfrente de Trápani, honradamente la hizo

sepultar, y a su casa se fue más dolorido que ningún hombre. El rey de Túnez, conocida la noticia, a sus embajadores de negro vestidos, envió al rey Guilielmo, doliéndose de que la palabra dada mal había sido cumplida, y le contaron cómo. Por lo que el rey Guilielmo, fuertemente airado, no viendo manera de poder negarles la justicia que pedían, hizo apresar a Gerbino, y él mismo, no habiendo ninguno de sus barones que con ruegos se esforzase en disuadirlo, le condenó a muerte y en presencia suya le hizo cortar la cabeza, queriendo antes quedarse sin nieto que tenido por un rey sin honor. Así, en pocos días, tan miserablemente los dos amantes, sin haber gustado ningún fruto de su amor, de mala muerte murieron, como os he contado.

Novela quinta

Los hermanos de Isabetta matan a su amante, éste se le aparece en sueños y le muestra dónde está enterrado, ella ocultamente le desentierra la cabeza y la pone en un tiesto de albahaca y llorando sobre él todos los días durante mucho tiempo, sus hermanos se lo quitan y ella se muere de dolor poco después.

TERMINADA la historia de Elisa y alabada por el rey durante un rato, a Filomena le fue ordenado que contase: la cual, llena de compasión por el mísero Gerbino y su señora, luego de un piadoso suspiro, comenzó:

Mi historia, graciosas señoras, no será sobre gentes de tan alta condición como fueron aquéllas sobre quienes Elisa ha hablado, pero acaso no será menos digna de lástima; y a acordarme de ella me trae Mesina, ha poco recordada, donde sucedió el caso.

Había, pues, en Mesina tres jóvenes hermanos y mercaderes, y hombres, que

habían quedado siendo bastante ricos después de la muerte de su padre, que era de San Gimigniano, y tenían una hermana llamada Elisabetta, joven muy hermosa y cortés, a quien, fuera cual fuese la razón, todavía no habían casado. Y tenían además estos tres hermanos, en un almacén suyo, a un mozo paisano llamado Lorenzo, que todos sus asuntos dirigía y hacía, el cual, siendo asaz hermoso de persona y muy gallardo, habiéndolo muchas veces visto Isabetta, sucedió que empezó a gustarle extraordinariamente, de lo que Lorenzo se percató y una vez y otra, semejantemente, abandonando todos sus otros amoríos, comenzó a poner en ella el ánimo; y de tal modo anduvo el asunto que, gustándose el uno al otro igualmente, no pasó mucho tiempo sin que se atrevieran a hacer lo que los dos más deseaban.

Y continuando en ello y pasando juntos muchos buenos ratos y placenteros, no supieron obrar tan secretamente que una noche, yendo Isabetta calladamente allí donde Lorenzo dormía, el mayor de los hermanos, sin advertirlo ella, no lo advirtiese; el cual, porque era un prudente joven, aunque muy doloroso le fue enterarse de aquello, movido por muy honesto propósito, sin hacer un ruido ni decir

cosa alguna, dándole vuelta a varios pensamientos sobre aquel asunto, esperó a la mañana siguiente. Después, venido el día, a sus hermanos contó lo que la pasada noche había visto entre Isabetta y Lorenzo, y junto con ellos, después de largo consejo, deliberó para que sobre su hermana no cayese ninguna infamia, pasar aquello en silencio y fingir no haber visto ni sabido nada de ello hasta que llegara el momento en que, sin daño ni deshonra suya, esta afrenta antes de que más adelante siguiera pudiesen lavarse. Y quedando en tal disposición charlando y riendo con Lorenzo tal como acostumbraban, sucedió que fingiendo irse fuera de la ciudad para solazarse llevaron los tres consigo a Lorenzo; y llegados a un lugar muy solitario y remoto, viéndose con ventaja, a Lorenzo, que de aquello nada se guardaba, mataron y enterraron de manera que nadie pudiera percatarse; y vueltos a Mesina corrieron la voz de que lo habían mandado a algún lugar, lo que fácilmente fue creído porque muchas veces solían mandarlo de viaje.

No volviendo Lorenzo, e Isabetta muy frecuente y solícitamente preguntando por él a sus hermanos, como a quien la larga tardanza pesaba, sucedió un día que preguntándole ella muy insistentemente, uno de sus hermanos le

dijo:

—¿Qué quiere decir esto? ¿Qué tienes que ver tú con Lorenzo que me preguntas por él tanto? Si vuelves a preguntarnos te daremos la contestación que mereces.

Por lo que la joven, doliente y triste, temerosa y no sabiendo de qué, dejó de preguntarles, y muchas veces por la noche lastímeramente lo llamaba y le pedía que viniese, y algunas veces con muchas lágrimas de su larga ausencia se quejaba y sin consolarse estaba siempre esperándolo.

Sucedió una noche que, habiendo llorado mucho a Lorenzo que no volvía y habiéndose al fin quedado dormida, Lorenzo se le apareció en sueños, pálido y todo despeinado, y con las ropas desgarradas y podridas, y le pareció que le dijo:

—Oh, Isabetta, no haces más que llamarme y de mi larga tardanza te entristeces y con tus lágrimas duramente me acusas; y por ello, sabe que no puedo volver ahí, porque el último día que me viste tus hermanos me mataron.

Y describiéndole el lugar donde lo habían enterrado, le dijo que no lo llamase más ni lo esperase. La joven, despertándose y dando fe

a la visión, amargamente lloró; después, levantándose por la mañana, no atreviéndose a decir nada a sus hermanos, se propuso ir al lugar que le había sido mostrado y ver si era verdad lo que en sueños se le había aparecido. Y obteniendo licencia de sus hermanos para salir algún tiempo de la ciudad a pasearse en compañía de una que otras veces con ellos había estado y todos sus asuntos sabía, lo antes que pudo allá se fue, y apartando las hojas secas que había en el suelo, donde la tierra le pareció menos dura allí cavó; y no había cavado mucho cuando encontró el cuerpo de su mísero amante en nada estropeado ni corrompido; por lo que claramente conoció que su visión había sido verdadera. De lo que más que mujer alguna adolorida, conociendo que no era aquél lugar de llantos, si hubiera podido todo el cuerpo se hubiese llevado para darle sepultura más conveniente; pero viendo que no podía ser, con un cuchillo lo mejor que pudo le separó la cabeza del tronco y, envolviéndola en una toalla y arrojando la tierra sobre el resto del cuerpo, poniéndosela en el regazo a la criada, sin ser vista por nadie, se fue de allí y se volvió a su casa.

Allí, con esta cabeza en su alcoba encerrándose, sobre ella lloró larga y

amargamente hasta que la lavó con sus lágrimas, dándole mil besos en todas partes. Luego cogió un tiesto grande y hermoso, de esos donde se planta la mejorana o la albahaca, y la puso dentro envuelta en un hermoso paño, y luego, poniendo encima la tierra, sobre ella plantó algunas matas de hermosísima albahaca salernitana[131], y con ninguna otra agua sino con agua de rosas o de azahares o con sus lágrimas la regaba; y había tomado la costumbre de estar siempre cerca de este tiesto, y de cuidarlo con todo su afán, como que tenía oculto a su Lorenzo, y luego de que lo había cuidado mucho, poniéndose junto a él, empezaba a llorar, y mucho tiempo, hasta que toda la albahaca humedecía, lloraba. La albahaca, tanto por la larga y continua solicitud como por la riqueza de la tierra procedente de la cabeza corrompida que en ella había, se puso hermosísima y muy olorosa.

Y continuando la joven siempre de esta manera, muchas veces la vieron sus vecinos; los cuales, al maravillarse sus hermanos de su estropeada hermosura y de que los ojos parecían salírsele de la cara, les dijeron:

—Nos hemos apercibido de que todos los días actúa de tal manera.

Lo que, oyendo sus hermanos y

advirtiéndolo ellos, habiéndola reprendido alguna vez y no sirviendo de nada, ocultamente hicieron quitarle aquel tiesto. Y no encontrándolo ella, con grandísima insistencia lo pidió muchas veces, y no devolviéndoselo, no cesando en el llanto y las lágrimas, enfermó y en su enfermedad no pedía otra cosa que el tiesto. Los jóvenes se maravillaron mucho de esta petición y por ello quisieron ver lo que había dentro; y vertida la tierra vieron el paño y en él la cabeza todavía no tan consumida que en el cabello rizado no conocieran que era la de Lorenzo. Por lo que se maravillaron mucho y temieron que aquello se supiera; y enterrándola sin decir nada ocultamente salieron de Mesina y ordenando la manera de irse de allí se fueron a Nápoles. No dejando de llorar la joven y siempre pidiendo su tiesto llorando murió y así tuvo fin su desventurado amor; pero después de cierto tiempo, siendo esto sabido por muchos hubo alguien que compuso aquella canción que todavía se canta hoy y dice:

Quién sería el mal cristiano

que el albahaquero me robó, etc[132].

Novela sexta

Andreuola ama a Gabyiotto; le cuenta un sueño que ha tenido y él a ella otro; repentinamente se muere en sus brazos, mientras ella con una criada a su casa lo llevan son apresadas por la señoría, y ella dice lo que ha sucedido; el podestá la quiere forzar, ella no lo sufre, se entera su padre y, hallándola inocente, la hace liberar, ella, rehusando seguir en el mundo, se hace monja.

LA historia que Filomena había contado fue muy apreciada por las señoras porque muchas veces habían oído cantar aquella canción y nunca habían podido, a pesar de preguntarlo, saber con qué ocasión había sido compuesta. Pero habiendo el rey su final oído, a Pánfilo le ordenó que continuase el orden. Pánfilo, entonces, dijo:

El sueño contado en la pasada historia me da materia para contaros una en la cual se habla de dos, que sobre cosas que debían pasar, como si hubieran ya sucedido, versaban,

y apenas hubieron terminado de contarse por quienes las habían visto cuando tuvieron los dos efecto. Y así, amorosas señoras, debéis saber que general impresión es de todos los vivientes ver varias cosas en su sueño, las cuales, aunque a quien duerme, durmiendo le parecen todas verdaderas, y despertándose juzgue verdaderas algunas, algunas verosímiles y una parte fuera de toda verosimilitud, no menos resulta que muchas de ellas suceden. Por la cual cosa, muchos prestan tanta fe a cada sueño cuanta prestarían a las cosas que vieran estando en vigilia, y con sus mismos sueños se entristecen o se alegran como por lo que temen o esperan, y por el contrario, hay quienes en ninguno creen sino después de que se ven caer en el peligro que les ha sido mostrado; de los cuales, ni a unos ni a otros alabo, porque no siempre son verdaderos ni todas las veces falsos.

Que no son todos verdaderos, muchas veces todos nosotros hemos tenido ocasión de verlo, y que todos no son falsos, ya antes en la historia de Filomena se ha mostrado, y en la mía, como ya he dicho, entiendo mostrarlo. Por lo que juzgo que si se vive virtuosamente y se obra, a ningún sueño contrario a ello debe temerse y no dejar por él los buenos propósitos; en las cosas perversas y malvadas,

aunque los sueños parezcan favorables a ellas y con visiones propicias a quienes los ven animen, nadie debe creer; y así, en su contrario, dar a todos completa fe. Pero vengamos a la historia.

Hubo en la ciudad de Brescia un gentilhombre llamado micer Negro de Pontecarrato, el cual, entre otros muchos hijos, tenía una hija, llamada Andreuola, muy joven y hermosa y sin marido, la cual, por ventura de un vecino suyo cuyo nombre era Gabriotto, se enamoró, hombre de baja condición aunque de loables costumbres lleno y en su persona hermoso y amable; y con la intervención y la ayuda de la nodriza de la casa tanto anduvo la joven, que Cabriotto supo no sólo que era amado por Andreuola, sino que fue llevado mucho a un hermoso jardín del padre de ella, y muchas veces con deleite de una y de otra parte; y para que ninguna razón nunca sino la muerte pudiera separar su deleitoso amor, marido y mujer secretamente se hicieron. Y del mismo modo, furtivamente, confirmando sus ayuntamientos, sucedió que a la joven una noche, durmiendo, le pareció ver en sueños que estaba en su jardín con Gabriotto y que le tenía entre sus brazos con grandísimo placer de ambos; y mientras así estaban le pareció ver salir del cuerpo de él una cosa oscura y

terrible cuya forma ella no podía reconocer, y le parecía que esta cosa cogiese a Gabriotto y contra su voluntad con espantosa fuerza se lo arrancase de los brazos y con él se escondiese dentro de la tierra y no pudiese ver más ni al uno ni a la otra; por lo que muy gran dolor e imponderable sentía, y por ello se despertó, y despierta, aunque fuese viendo que no era así como lo había soñado, no por ello dejó de sentir miedo por el sueño visto.

Y por esto, queriendo luego Gabriotto la noche siguiente venir a donde ella, cuanto pudo se esforzó en hacer que no viniese por la noche allí; pero, viendo su voluntad, para que de otro no fuese a sospechar, la noche siguiente lo recibió en su jardín. Y habiendo muchas rosas blancas y bermejas cogido, porque era tiempo de ellas, con él junto a una bellísima fuente y clara que en el jardín había, se fue a estar, y allí, después de una grande y muy larga fiesta que disfrutaron juntos, Gabriotto le preguntó cuál era la razón por la que le había prohibido venir el día antes.

La joven, contándole el sueño tenido por ella la noche antes y el temor que le había dado, se la explicó. Gabriotto, al oírla, se rió y dijo que gran necedad era creer en sueños porque o por exceso de comida o por falta de ella sucedían, y que eran todos vanos se veía

cada día; y luego dijo:

—Si yo hubiese querido hacer caso de sueños no habría venido aquí, no tanto por el tuyo sino por uno que también tuve esta noche pasada, el cual fue que me parecía estar en una hermosa y deleitosa selva por la que iba cazando, y haber cogido una cabritilla tan bella y tan placentera como la mejor que se haya visto; y me parecía que era más blanca que la nieve y en breve espacio se hizo tan amiga mía que en ningún momento se separaba de mí. Y me parecía que la quería tanto que para que no se separase de mí me parecía que le había puesto en la garganta un collar de oro y con una cadena de oro la sujetaba entre las manos. Y después de esto me parecía que, descansando esta cabritilla una vez y teniéndome la cabeza en el regazo, salió de no sé dónde una perra negra como el carbón, muy hambrienta y espantosa en su apariencia, y se vino hacia mí, contra la que ninguna resistencia me parecía hacer; por lo que me parecía que me metía el hocico en el seno en el lado izquierdo, y tanto lo roía que llegaba al corazón, que parecía que me arrancaba para llevárselo. Por lo que sentía tal dolor que mi sueño se interrumpió y, despierto, con la mano súbitamente corrí a palpar si algo tenía en el costado; pero no encontrándome el mal me

burlé de mí mismo por haberlo hecho. Pero ¿qué quiere decir esto? Tales y más espantosos he tenido más veces y no por ello me ha sucedido nada más ni nada menos; y por ello olvídate de eso y pensemos en disfrutar.

La joven, por su sueño ya muy espantada, al oír esto lo estuvo mucho más, pero para no ser ocasión de enfado a Gabriotto, lo más que pudo ocultó su miedo; y aunque abrazándolo y besándolo algunas veces y siendo por él abrazada y besada se solazase, temerosa y no sabiendo de qué, más de lo acostumbrado muchas veces le miraba a la cara y de vez en cuando miraba por el jardín por si alguna cosa negra viese venir de alguna parte.

Y estando de esta manera, Cabriotto, lanzando un gran suspiro, la abrazó y dijo:

—¡Ay de mí, alma mía, ayúdame que me muero!

Y dicho esto, cayó en tierra sobre la hierba del pradecillo.

Lo que viendo la joven y caído como estaba, apoyándoselo en el regazo, casi llorando dijo:

—Oh, dulce señor mío, ¿qué te pasa?

Gabriotto no respondió sino que jadeando fuertemente y sudando todo, luego de no mucho tiempo, pasó de la presente vida.

Cuán duro y doloroso fue esto para la joven, que más que a sí misma lo amaba, cada una debe imaginarlo. Ella lo lloró mucho, y muchas veces lo llamó en vano, pero luego de que se apercibió de que estaba verdaderamente muerto, habiéndolo tocado por todas las partes del cuerpo y en todas encontrándolo frío, no sabiendo qué hacerse ni qué decir, lacrimosa como estaba y llena de angustia, se fue a llamar a su nodriza, que de este amor era cómplice, y su miseria y su dolor le mostró. Y luego de que míseramente juntas un tanto hubieron llorado sobre el muerto rostro de Cabriotto, dijo la joven a la nodriza:

—Puesto que Dios me lo ha quitado, no entiendo seguir yo con vida pero antes de que llegue a matarme, querría que buscásemos una manera conveniente de proteger mi honor y el secreto amor que ha habido entre nosotros y que el cuerpo del cual la graciosísima alma ha partido fuese sepultado.

A lo que la nodriza dijo:

—Hija mía, no hables de querer matarte, porque si lo has perdido, matándote también lo

perderías en el otro mundo porque irías al infierno, donde estoy cierta que su alma no ha ido porque bueno fue; pero mucho mejor es que te consueles y pienses en ayudar con oraciones o con otras buenas obras a su alma, por si por algún pecado cometido tiene necesidad de ello. Sepultarlo es muy fácil hacerlo en este jardín, lo que nadie sabrá nunca porque nadie sabe que nunca él haya venido aquí, y si no lo quieres así, pongámoslo fuera del jardín y dejémoslo: mañana por la mañana lo encontrarán y llevándolo a su casa será sepultado por sus parientes.

La joven, aunque estuviese llena de amargura y continuamente llorase, escuchaba sin embargo los consejos de su nodriza, y no estando de acuerdo en la primera parte, repuso a la segunda, diciendo:

—No quiera Dios que un joven tan valioso y tan amado por mí y marido mío sufra que sea sepultado a guisa de un perro o dejado en tierra en la calle. Ha recibido mis lágrimas y, como yo pueda, recibirá las de sus parientes, y ya me viene al ánimo lo que tenemos que hacer.

Y prestamente a por una pieza de paño de seda que tenía en su arca la mandó; y traída aquélla y extendiéndola en tierra, encima

pusieron el cuerpo de Gabriotto, y poniéndole la cabeza sobre una almohada y cerrándole con muchas lágrimas los ojos y la boca, y haciéndole una guirnalda de rosas y poniéndole alrededor las rosas que habían cogido juntos, dijo a la nodriza:

—De aquí a la puerta de su casa hay poco camino, y por ello tú y yo, así como lo hemos arreglado, lo llevaremos de aquí y lo pondremos delante de su casa. No tardará mucho tiempo en hacerse de día y lo recogerán, y aunque para los suyos no sea esto ningún consuelo, para mí, en cuyos brazos ha muerto, será un placer.

Y dicho esto, de nuevo con abundantísimas lágrimas se le inclinó sobre el rostro y largo espacio estuvo llorando, la cual, muy requerida por la criada, porque venía el día, irguiéndose, el mismo anillo con el que se había desposado con Gabriotto quitándose del dedo, se lo puso en el dedo a él, diciendo entre llanto:

—Caro señor mío, si tu alma ve mis lágrimas y algún conocimiento o sentimiento después de su partida queda en los cuerpos, recibe benignamente el último don de ésta a quien viviendo amaste tanto.

Y dicho esto, desvanecida, cayó encima de

él, y luego de algún tiempo volviendo en sí y poniéndose en pie, junto con la criada cogiendo el paño sobre el que yacía el cuerpo, con él salieron del jardín y hacia la casa de él se enderezaron.

Y yendo así, sucedió por casualidad que por los guardias del podestá, que por azar iban a aquella hora a algún asunto, fueron encontradas y prendidas con el cuerpo muerto.

La Andreuola, más deseosa de morir que de vivir, reconocidos los guardas de la señoría, francamente dijo:

—Sé quiénes sois y que querer huir de nada me serviría; estoy dispuesta a ir con vos ante la señoría, y lo que sea contar; pero ninguno se atreva a tocarme, si os obedezco, ni a quitar nada de lo que lleva este cuerpo si no quiere que yo le acuse.

Por lo que, sin que ninguno la tocase, con el cuerpo de Gabriotto se fue a palacio[133]; lo cual oyendo el podestá, se levantó, y haciéndola venir a la alcoba, de lo que había sucedido se informó, y habiendo hecho mirar por algunos médicos si con veneno o de otra manera había sido muerto el buen hombre, todos afirmaron que no sino que algún acceso cercano al corazón se le había roto que lo

había ahogado. Y él, oído esto y que aquélla en poca cosa era culpable, se ingenió en parecer que le daba lo que no podía venderle, y dijo que si ella su voluntad hiciese, la liberaría.

Pero no sirviéndole las palabras, quiso contra toda conveniencia usar la fuerza; pero Andreuola, encendida en desdén y sintiéndose fortísima, virilmente se defendió, rechazándolo con injuriosas y altivas palabras. Pero llegado el día claro y siéndole contadas estas cosas a micer Negro, mortalmente dolido se fue con muchos de sus amigos a palacio y allí, informado de todo por el podestá, pidió que le devolviesen a su hija. El podestá, queriendo primero acusarse de la fuerza que le había querido hacer que ser acusado por ella, alabando primero a la joven y su constancia, por probarla vino a decir que era lo que había hecho; por la cual cosa, viéndola de tanta firmeza, sumo amor había puesto en ella y si a él le agradaba, que su padre era, y a ella, no obstante haber tenido marido de baja condición, de buen grado como mujer la tomaría.

En este tiempo que así éstos hablaban, Andreuola vino ante su padre y llorando se le arrojó a los pies y dijo:

—Padre mío, no creo que sea necesario

que la historia de mi atrevimiento y de mi desgracia os cuente, que estoy cierta de que ya la habéis oído y lo sabéis; y por ello cuanto más puedo humildemente perdón os pido de mi falta, esto es, de haber, sin vos saberlo, a quien más me placía tomado por marido; y este perdón no os lo pido para que me sea perdonada la vida sino para morir como hija vuestra y no como vuestra enemiga.

Y así, llorando, cayó a sus pies.

Micer Negro, que viejo era ya y hombre benigno y amoroso por naturaleza, al oír estas palabras empezó a llorar, y llorando alzó a su hija tiernamente en pie, y dijo:

—Hija mía, mucho me hubiera gustado que hubieses tenido tal marido como según mi parecer te convenía; y si lo hubieras tomado tal como a ti te agradase debía también gustarme; pero el haberlo ocultado me hace dolerme de tu poca confianza, y más aún, viéndote que lo has perdido antes de haberlo sabido yo. Pero puesto que es así, lo que por contentarte, viviendo él, habría hecho con gusto, esto es, honrarle como a mi yerno hágasele a su muerte.

Y volviéndose a sus hijos y a sus parientes les ordeno que preparasen para Gabriotto

exequias grandes y honorables. Habían entretanto acudido los padres y los parientes del joven, que se habían enterado de la noticia, y casi tantas mujeres y tantos hombres como en la ciudad había; por lo que, puesto en medio del patio el cuerpo sobre el paño de Andreuola y con todas sus rosas, allí no tan sólo por ella y por sus parientes fue llorado, sino públicamente casi por todas las mujeres de la ciudad y por muchos hombres, y no a guisa de plebeyo sino de señor sacado de la plaza pública a hombros de los más nobles ciudadanos, con grandísimo honor fue llevado a la sepultura. Y de allí a algunos días, insistiendo el podestá en lo que pedido había, exponiéndose micer Negro a su hija, ésta nada de ello quiso oír; pero queriendo en algo complacer a su padre, en un monasterio muy famoso por su santidad, ella y su nodriza monjas se hicieron, y honradamente luego en él vivieron mucho tiempo.

Novela séptima

Simona ama a Pasquino; están juntos en un huerto; Pasquino se frota los dientes con una hoja de salvia y se muere; Simona es apresada, la cual, queriendo mostrar al juez cómo murió Pasquino, frotándose con una de aquellas hojas los dientes, muere del mismo modo.

PÁNFILO se había desembarazado de su historia cuando el rey, no mostrando ninguna compasión por Andreuola, mirando a Emilia, le hizo un gesto significándole que le agradaría que siguiese con la narración a quienes ya habían hablado; la cual, sin ninguna demora, comenzó:

Caras compañeras, la historia contada por Pánfilo me induce a contar una en ninguna otra cosa semejante a la suya sino en que, así como Andreuola perdió el amante en el jardín, igual sucedió a aquella de quien debo hablar; y del mismo modo presa, como lo fue Andreuola, no por fuerza ni por virtud sino por inesperada

muerte se libró de la justicia. Y como ya se ha dicho más veces entre nosotras, aunque Amor de buen grado habite en las casas de los nobles, no por ello rehúsa el señorío sobre las de los pobres y también en ellas muestra alguna vez sus fuerzas de tal manera que como poderosísimo señor se hace temer de los más ricos. Lo que aunque no en todo, en gran parte aparecerá en mi historia, con la que me place volver a nuestra ciudad, de la que hoy, contando diversas cosas diversamente, vagando por diversas partes del mundo, tanto nos hemos alejado.



Hubo, pues, no hace todavía mucho tiempo, en Florencia, una joven muy hermosa y gallarda para su condición, e hija de padre pobre, que se llamaba Simona; y aunque tuviera que ganarse con sus manos el pan que quería comer, y para subsistir hilase lana, no fue ello de tan pobre ánimo que no osase recibir a Amor en su mente, el cual con los actos y las palabras amables de un mozo de no más fuste que ella, que andaba dando lana a hilar para su maestro lanero, hacía tiempo que había mostrado querer entrar. Acogiéndolo, pues, en ella bajo el placentero aspecto del joven que la amaba, cuyo nombre era Pasquino, deseándolo mucho y no atreviéndose a nada más, hilando, a cada vuelta de lana hilada que enroscaba al huso arrojaba mil suspiros más calientes que el fuego al acordarse de aquel que para hilarla se la había dado.

Él, por otra parte, muy solícito habiéndose vuelto de que se hilase bien la lana de su maestro, como si sólo la que Simona hilaba, y no ninguna otra, debiese bastar a toda la tela, más frecuentemente que la otras las solicitaba. Por lo que, solicitando uno y la otra gozando al ser solicitada, sucedió que, cobrando el uno más osadía de la que solía tener y desechando la otra mucho del miedo y de la vergüenza que

acostumbraba a tener, juntos se unieron en mutuos placeres, los cuales a una parte y a la otra agradaron tanto que no esperaba el uno a ser solicitado por el otro para ello, sino que uno invitaba al otro para disfrutarlos.

Y continuando así su placer de un día en otro, y siempre, al continuar, más inflamándose, sucedió que Pasquino dijo a Simona que firmemente quería que encontrase el modo de poder venir a un jardín adonde él quería llevarla, para que allí más a sus anchas y con menos temor pudiesen estar juntos. Simona dijo que le placía, y dando a entender a su padre, un domingo después de comer, que quería ir a la bendición de San Galo[134], con una compañera suya llamada Lagina, al jardín que le había mostrado Pasquino se fue, donde, junto con un compañero suyo que Puccino tenía por nombre, pero que era llamado el Tuerto, lo encontró, y allí, iniciándose un amorío entre el Tuerto y Lagina, ellos se retiraron a una parte del jardín a gustar de sus placeres y al Tuerto y a Lagina dejaron en otra.

Había en aquella parte del jardín donde Pasquino y Simona habían ido, una grandísima y hermosa mata de salvia; a cuyo pie se sentaron y un buen rato se solazaron juntos, y habiendo hablado mucho de una merienda que en aquel huerto, con ánimo reposado, querían

hacer, Pasquino, volviéndose a la gran mata de salvia, cogió algunas hojas de ella y empezó a frotarse con ellas los dientes y las encías, diciendo que la salvia los limpiaba muy bien de cualquier cosa que hubiera quedado en ellos después de haber comido. Y luego de que, así, un poco los hubo frotado volvió a la conversación de la merienda de la que estaba hablando primero; y no había proseguido hablando casi nada cuando empezó a demudársele todo el rostro y luego de demudársele no pasó sin que perdiese la vista y la palabra y en breve se murió. Las cuales cosas viendo Simona empezó a llorar y a gritar y a llamar al Tuerto y a Lagina, los cuales prestamente corriendo allí y viendo a Pasquino no solamente muerto, sino ya todo hinchado y lleno de manchas oscuras por el rostro y por el cuerpo, súbitamente gritó el Tuerto:

—¡Ay, mujer malvada, lo has envenenado tú!

Y habiendo hecho un gran alboroto, fue oído por muchos que vivían cerca del jardín; los cuales, corrido el rumor y encontrándole muerto e hinchado, y oyendo dolerse al Tuerto y acusar a Simona de haberlo envenenado con engaños, y a ella, por el dolor del súbito accidente que le había arrebatado a su amante, casi fuera de sí, no sabiendo excusarse, fue

reputado por todos que había sido como el Tuerto decía; por la cual cosa, apresándola, llorando siempre ella mucho, fue llevada al palacio del podestá. E insistiendo allí el Tuerto, y el Rechoncho y el Desmañado, compañeros de Pasquino que habían llegado, un juez sin dilatar el asunto se puso a interrogarla sobre el hecho y, no pudiendo comprender ella en qué podía haber obrado maliciosamente o ser culpable, quiso, estando él presente, ver el cuerpo muerto y decirle el lugar y el modo porque por las palabras suyas no lo comprendía bastante bien. Haciéndola, pues, sin ningún tumulto, llevar allí donde todavía yacía el cuerpo de Pasquino, le preguntó que cómo había sido.

Ella, acercándose a la mata de salvia y habiendo contado toda la historia precedente para darle completamente a entender lo sucedido, hizo lo que Pasquino había hecho, frotándose contra los dientes una de aquellas hojas de salvia. Las cuales cosas, mientras que por el Tuerto y por el Rechoncho y por los otros amigos y compañeros de Pasquino, como frívolas y vanas en la presencia del juez eran rechazadas, y con más insistencia acusada su maldad, no pidiendo sino que el fuego fuese de semejante maldad castigo, la pobrecilla, que por el dolor del perdido amante y por el miedo

de la pena pedida por el Tuerto estaba encogida, por haberse frotado la salvia en los dientes, sufrió aquel mismo accidente que antes había sufrido Pasquino, no sin gran maravilla de cuantos estaban presentes.

¡Oh, almas felices, a quienes un mismo día sucedió el ardiente amor y la mortal vida acabar; y más felices si juntas a un mismo lugar os fuisteis; y felicísimas si en la otra vida se ama, y os amáis como lo hicisteis en ésta! Pero mucho más feliz el alma de Simona en gran medida, por lo que respecta al juicio de quienes, vivos, tras de ella hemos quedado, cuya inocencia la fortuna no sufrió que cayese bajo los testimonios del Tuerto y del Rechoncho y del Desmañado (tal vez cardadores u hombres más villanos) abriéndole más honesto camino con la misma clase de muerte de su amante, para deshacerse de su calumnia y seguir al alma de su Pasquino, tan amada por ella.

El juez, todo estupefacto por el accidente junto con cuantos allí estaban, no sabiendo qué decirse, largamente calló; luego, con mejor juicio, dijo:

—Parece que esta salvia es venenosa, lo que no suele suceder con la salvia. Pero para que a alguien más no pueda ofender de modo

semejante, córtese hasta las raíces y arrójese al fuego.

La cual cosa, el que era guardián del jardín haciéndola en presencia del juez, no acababa de abatir la gran mata cuando apareció la razón de la muerte de los dos míseros amantes. Había bajo la mata de aquella salvia un sapo de maravilloso tamaño, de cuyo venenoso aliento pensaron que la salvia se había envenenado. Al cual sapo, no atreviéndose nadie a acercarse, poniéndole alrededor una pila grandísima de leña, allí junto con la salvia lo quemaron, y se terminó el proceso del señor juez por la muerte del pobrecillo Pasquino. El cual, junto con su Simona, tan hinchados como estaban, por el Tuerto y el Rechoncho y el Hocico Puerco[135] y el Desmañado fueron sepultados en la iglesia de San Paolo, de donde probablemente eran feligreses.

Novela octava

Girólamo ama a Salvestra; empujado por los ruegos de su madre va a París, vuelve y la encuentra casada; entra a escondidas en su casa y se queda muerto a su lado, y llevado a una iglesia, Salvestra muere a su lado.

HABÍA acabado la historia de Emilia cuando, por orden del rey, Neifile comenzó así:

Algunos, a mi juicio hay, valerosas señoras, que más que la otra gente creen saber, y menos saben; y por esto no solamente a los consejos de los hombres sino también contra la naturaleza de las cosas pretenden oponer su juicio; de la cual presunción han sobrevenido ya grandísimos males y nunca se vio venir ningún bien. Y porque entre las demás cosas naturales es el amor la que menos admite el consejo o la acción que le sean contrarios, y cuya naturaleza es tal que antes puede consumirse por sí mismo que ser arrancado por ningún consejo, me ha venido al ánimo narraros una historia de una señora que,

queriendo ser más sabia de lo que debía y no lo era (y también porque no lo soportaba la cosa en que se esforzaba por manifestar su buen juicio) creyendo del enamorado corazón arrancar el amor que tal vez allí habían puesto las estrellas[136], llegó a arrancarle en un mismo punto el amor y el alma del cuerpo a su hijo.

Hubo, pues, en nuestra ciudad, según los ancianos cuentan, un grandísimo mercader y rico cuyo nombre fue Leonardo Sighieri[137], que de su mujer tuvo un hijo llamado Girólamo, después de cuyo nacimiento, arreglados ordenadamente sus asuntos, dejó esta vida. Los tutores del niño, junto con la madre, bien y lealmente administraron sus bienes. El niño, creciendo con los niños de sus otros vecinos, más que con ningún otro del barrio con una niña de su edad, hija de un sastre, se familiarizó; y creciendo los años, el trato se convirtió en amor tan grande y fiero que Girólamo no estaba bien si no veía cuanto veía ella; y ciertamente no la amaba menos que era amado por ella.

La madre del muchacho, percatándose de ello, muchas veces se lo reprochó y lo castigó; y luego que a sus tutores (no pudiendo Girólamo contenerse) se quejó y como quien se creía que por la gran riqueza del hijo podía pedir peras al olmo, les dijo:

—Este muchacho nuestro, que todavía no tiene catorce años, está tan enamorado de una hija de un sastre vecino, que se llama Salvestra, que, si no se la quitamos de delante, probablemente la tomará un día por mujer sin que nadie lo sepa, y yo nunca estaré contenta; o se consumirá por ella si la ve casarse con otro; y por ello me parece que para evitar esto lo debíais mandar a alguna parte lejana de aquí, al cuidado de los negocios para que, dejando de ver a ésta, se le salga del ánimo y se le podrá luego dar por mujer alguna joven bien nacida.

Los tutores dijeron que la señora decía bien y que harían aquello que pudiesen, y haciendo llamar al muchacho al almacén, comenzó a decirle uno, muy amorosamente:

—Hijo mío, ya eres grande; bueno será que comiences tú mismo a velar por tus negocios, por lo que nos contentaría mucho que fueses a estar algún tiempo en París, donde verás cómo se trafica con gran parte de tu riqueza; sin contar con que te harás mucho mejor y más cortés y de más valor allí que aquí lo harías, viendo a aquellos señores y a aquellos barones y a aquellos gentileshombres (que allí hay tantos) y aprendiendo sus costumbres; luego podrás venir aquí.

El muchacho escuchó diligentemente y en breve respondió que no quería hacerlo porque pensaba que lo mismo que los demás, podía quedarse en Florencia. Los honrados hombres, al oírle esto, le insistieron con más palabras; pero no pudiendo sacarle otra respuesta, a su madre se lo dijeron. La cual, bravamente enojada, no por no querer irse a París, sino por su enamoramiento, le dijo graves insultos; y luego, con dulces palabras ablandándolo, empezó a halagarlo y a rogarle tiernamente que hiciese aquello que querían sus tutores; y tanto supo decirle que él consintió en irse a estar allí un año y no más; y así se hizo.

Yéndose, pues, Girólamo a París vehementemente enamorado, diciéndole hoy no, mañana te irás, allí lo tuvieron dos años; y más enamorado que nunca volviendo encontró a su Salvestra casada con un buen joven que hacía tiendas[138], de lo que desmesuradamente se entristeció. Pero viendo que de otra manera no podía ser, se esforzó en tranquilizarse; y espiando cuándo estuviese en casa, según la costumbre de los jóvenes enamorados empezó a pasar delante de ella, creyendo que no lo había olvidado sino como él había hecho con ella. Pero el asunto estaba de otra guisa: ella se acordaba de él como si nunca lo hubiera visto, y si por acaso algo se acordaba,

mostraba lo contrario. De lo que el joven se apercibió en muy poco espacio de tiempo y no sin grandísimo dolor; pero no por ello dejaba de hacer todo lo que podía por volver a entrar en su pecho; pero como nada parecía conseguir, se dispuso, aunque fuese su muerte, a hablarle él mismo. E informándose por algún vecino sobre cómo su casa estaba dispuesta, una tarde que habían ido de vela ella y el marido a casa de sus vecinos, ocultamente entró dentro en su alcoba, detrás de las lonas de las tiendas que estaban tejidas allí, se escondió; y tanto esperó, que, vueltos ellos y acostados, sintió a su marido dormido, y allá se fue adonde había visto acostada a Salvestra; y poniéndole una mano en el pecho, simplemente dijo:

—¡Oh, alma mía! ¿Duermes ya? —la joven, que no dormía, quiso gritar pero el joven prontamente dijo:

—Por Dios, no grites, que soy tu Girólamo.

Al que oyendo ella toda temblorosa dijo:

—¡Ah, por Dios, Girólamo, vete!; ha pasado aquel tiempo en que éramos muchachos y no era contra el decoro estar enamorados; estoy, como ves casada, por lo que ya no me está bien escuchar a otro hombre que a mi marido; por lo que te ruego por Dios que te vayas, que

si mi marido te oyese aunque otro mal no se siguiera, se seguiría que ya no podría vivir nunca con él en paz ni en reposo, mientras que ahora, amada por él, en paz y en tranquilidad con él vivo.

El joven, al oír estas palabras, sintió un terrible dolor, y recordándole el tiempo pasado y su amor nunca por la distancia disminuido, y mezclando muchos ruegos y promesas grandísimas, nada obtuvo; por lo que, deseoso de morir, por último le pidió que en recompensa de tanto amor, sufriese que se acostase a su lado hasta que pudiera calentarse un poco, que se había quedado helado esperándola, prometiéndole que ni le diría nada ni la tocaría, y que en cuanto se hubiera calentado un poco se iría.

Salvestra, teniendo un poco de compasión de él, se lo concedió con las condiciones que él había puesto. Se acostó, pues, el joven junto a ella sin tocarla; y recordando en un solo pensamiento el largo amor que le había tenido y su presente dureza y la perdida esperanza, se dispuso a no vivir más y retrayendo en sí los espíritus[139], sin decir palabra, cerrados los puños[140] junto a ella se quedó muerto.

Y luego de algún rato, la joven, maravillándose de su quietud, temiendo que el

marido se despertase, comenzó a decir:

—¡Ah, Girólamo! ¿No te vas?

Pero no sintiéndose responder, pensó que se habría quedado dormido; por lo que, extendiendo la mano, empezó a menearlo para que se despertase, y al tocarlo lo encontró frío como el hielo, de lo que se maravilló mucho; y meneándolo con más fuerza y sintiendo que no se movía, luego de tocarlo otra vez conoció que había muerto; por lo que sobremanera angustiada estuvo mucho tiempo sin saber qué hacerse. Al fin, decidió, fingiendo que se trataba de otra persona, ver qué decía su marido que debía hacerse; y despertándolo, lo que acababa de sucederle a ella le dijo que le había sucedido a otra, y luego le preguntó que si le sucediese a él, ella qué tendría que hacer. El buen hombre respondió que le parecía que a aquel que había muerto se le debía calladamente llevar a su casa y dejarlo allí, sin enfurecerse contra la mujer, que no le parecía que hubiese cometido ninguna falta.

Entonces la joven dijo:

—Pues eso tenemos que hacer nosotros.

Y cogiéndole de la mano, le hizo tocar al muerto joven, con lo que él, todo espantado, se puso en pie y, encendiendo una luz, sin entrar

con su mujer en otras historias, vestido el cuerpo muerto con sus mismas manos y sin ninguna tardanza, ayudándole su inocencia, echándoselo a las espaldas, a la puerta de su casa lo llevó, y allí lo puso y lo dejó.

Y venido el día y encontrado aquél delante de su puerta muerto, fue hecho un gran alboroto y, especialmente por su madre; y examinado por todas partes y mirado, y no encontrándosele ni herida ni golpe, fue generalmente creído por los médicos que había muerto de dolor, como había sido. Fue, pues, este cuerpo llevado a una iglesia; y allí vino la dolorida madre con muchas otras señoras parientes y vecinas, y sobre él comenzaron a llorar a lágrima viva, y a lamentarse, según nuestras costumbres.

Y mientras se hacía un grandísimo duelo, el buen hombre en cuya casa había muerto, dijo a Salvestra:

—Anda, échate algún manto a la cabeza y ve a la iglesia donde ha sido llevado Girólamo y métete entre las mujeres; y escucha lo que se hable sobre este asunto, y yo haré lo mismo entre los hombres, para enterarnos de si se dice algo contra nosotros.

A la joven, que tarde se había hecho

piadosa, le plugo, como a quien deseaba ver muerto a quien de vivo no había querido complacer con un solo beso; y allá se fue. ¡Maravillosa cosa es de pensar cuán difícil es descubrir las fuerzas de Amor! Aquel corazón, que la feliz fortuna de Girólamo no había podido abrir lo abrió su desgracia, y resucitando las antiguas llamas todas, súbitamente lo movió a tanta piedad el ver el muerto rostro, que, oculta bajo su manto, abriéndose paso entre las mujeres, no paró hasta llegar al cadáver; y allí, lanzando un fortísimo grito, sobre el muerto joven se arrojó de bruces, y no lo bañó con muchas lágrimas porque, antes de tocarle, el dolor, como al joven le había quitado la vida, a ella se la quitó. Luego, consolándola las mujeres y diciéndole que se levantase, no conociéndola todavía, y como ella no se levantaba, queriendo levantarla, y encontrándola inmóvil, pero levantándola, sin embargo, en un mismo punto conocieron que era Salvestra y estaba muerta. Por lo que todas las mujeres que allí estaban, vencidas de doble compasión, comenzaron un llanto mucho mayor. La noticia se esparció fuera de la iglesia, entre los hombres, y llegando a los oídos de su marido que entre ellos estaba, sin atender consuelo o alivio de nadie, largo espacio lloró, y contando luego a muchos que allí había lo que aquella noche

había sucedido entre aquel hombre y aquella mujer abiertamente todos supieron la razón de la muerte de cada uno, lo que dolió a todos.

Tomando, pues, a la muerta joven, y adornándola también como se adorna a los cuerpos muertos, sobre aquel mismo lecho junto al joven la pusieron yacente, y llorándola allí largamente, en una misma sepultura fueron enterrados los dos; y a ellos, a quienes Amor no había podido unir vivos, la muerte unió en inseparable compañía[141].

Novela novena

Micer Guiglielmo de Rosellón da a comer a su mujer el corazón de micer Guiglielmo Guardastagno, muerto por él y amado por ella; lo que sabiéndolo ella después, se arroja de una alta ventana y muere, y con su amante es sepultada[142].

HABIENDO terminado la historia de Neifile no sin haber hecho sentir gran compasión a todas sus compañeras, el rey, que no entendía abolir el privilegio de Dioneo, no quedando nadie más por narrar, comenzó:

Se me ha puesto delante, compasivas señoras, una historia con la cual, puesto que así os conmueven los infortunados casos de amor, os convendrá sentir no menos compasión que con la pasada, porque más altos fueron aquéllos a quienes sucedió lo que voy a contar y con un accidente más atroz que los que aquí se han contado.

Debéis, pues, saber que, según cuentan los

provenzales[143], en Provenza hubo hace tiempo dos nobles caballeros, de los que cada uno castillos y vasallos tenía, y tenía uno por nombre micer Guiglielmo de Rosellón y el otro micer Guiglielmo Guardastagno; y porque el uno y el otro eran muy de pro con las armas, mucho se amaban y tenían por costumbre ir siempre a todo torneo o justas u otro hecho de armas juntos y llevando una misma divisa.

Y aunque cada uno vivía en un castillo suyo y estaban uno del otro lejos más de diez millas, sucedió sin embargo que, teniendo micer Guiglielmo de Rosellón una hermosísima y atrayente señora por mujer, micer Guiglielmo Guardastagno, fuera de toda medida y no obstante la amistad y la compañía que había entre ellos, se enamoró de ella; y tanto, ora con un acto ora con otro, hizo que la señora se apercibió; y sabiéndolo valerosísimo caballero, le agradó, y comenzó a amarle hasta tal punto que nada deseaba o amaba más que a él, y no esperaba sino ser requerida por él; lo que no pasó mucho tiempo sin que sucediese, y juntos estuvieron una vez y otra, amándose mucho.

Y obrando menos discretamente juntos, sucedió que el marido se apercibió de ello y fieramente se enfureció, hasta el punto que el gran amor que a Guardastagno tenía se convirtió en mortal odio, pero mejor lo supo

tener oculto que los dos amantes habían podido tener su amor; y deliberó firmemente matarlo. Por lo cual, estando el de Rosellón en esta disposición, sucedió que se pregonó en Francia un gran torneo; lo que el de Rosellón incontinenti hizo decir a Guardastagno, y le mandó decir que si le placía, viniera a donde él y juntos deliberarían si iban a ir y cómo. Guardastagno, contentísimo, respondió que al día siguiente sin falta iría a cenar con él. Rosellón, oyendo aquello, pensó que había llegado el momento de poder matarlo, y armándose, al día siguiente, con algún hombre suyo, montó a caballo, y a cerca de una milla de su castillo se puso en acecho en un bosque por donde debía pasar Guardastagno; y habiéndolo esperado un buen espacio, lo vio venir desarmado con dos hombres suyos junto a él, desarmados como él, que nada desconfiaba; y cuando le vio llegar a aquella parte donde quería, cruel y lleno de rencor, con una lanza en la mano, le salió al paso gritando:

—¡Traidor, eres muerto!

Y decir esto y darle con aquella lanza en el pecho fue una sola cosa; Guardastagno, sin poder nada en su defensa ni decir una palabra, atravesado por aquella lanza, cayó en tierra y poco después murió. Sus hombres, sin haber conocido a quien lo había hecho, vueltas las

cabezas a los caballos, lo más que pudieron huyeron hacia el castillo de su señor. Rosellón, desmontando, con un cuchillo abrió el pecho de Guardastagno y con sus manos le sacó el corazón, y haciéndolo envolver en el pendón de una lanza, mandó a uno de sus vasallos que lo llevase; y habiendo ordenado a todos que nadie fuera tan osado que dijese una palabra de aquello, montó de nuevo a caballo y, siendo ya de noche, volvió a su castillo.

La señora, que había oído que Guardastagno debía ir a cenar por la noche, y con grandísimo deseo lo esperaba, no viéndolo venir, se maravilló mucho y dijo al marido:

—¿Y cómo es esto, señor, que Guardastagno no ha venido?

A lo que el marido repuso:

—Señora, he sabido de su parte que no puede llegar aquí sino mañana.

De lo que la señora quedó un tanto enojada.

Rosellón, desmontando, hizo llamar al cocinero y le dijo:

—Coge aquel corazón de jabalí y prepara el mejor alimento y más deleitoso de comer que sepas; y cuando esté a la mesa, mándamelo en

una escudilla de plata.

El cocinero, cogiéndolo y poniendo en ello todo su arte y toda su solicitud, desmenuzándolo y poniéndole muchas buenas especias, hizo con él un manjar exquisito.

Micer Guiglielmo, cuando fue hora, con su mujer se sentó a la mesa. Vino la comida, pero él, por la maldad cometida impedido su pensamiento, poco comió. El cocinero le mandó el manjar, que hizo poner delante de la señora, mostrándose él aquella noche desganado, y lo alabó mucho. La señora, que desganada no estaba, comenzó a comerlo y le pareció bueno, por lo que lo comió todo.

Cuando el caballero hubo visto que la señora lo había comido todo, dijo:

—Señora, ¿qué tal os ha parecido esa comida?

La señora repuso:

—Monseñor, a fe que me ha placido mucho.

—Así me ayude Dios como lo creo —dijo el caballero— y no me maravillo si muerto os ha gustado lo que vivo os gustó más que cosa alguna.

La señora, esto oído, un poco se quedó callada; luego dijo:

—¿Cómo? ¿Qué es lo que me habéis dado a comer?

El caballero repuso:

—Lo que habéis comido ha sido verdaderamente el corazón de micer Guiglielmo Guardastagno, a quien como mujer desleal tanto amabais; y estad cierta de que ha sido eso porque yo con estas manos se lo he arrancado del pecho.

La señora, oyendo esto de aquél a quien más que a ninguna cosa amaba, si sintió dolor no hay que preguntarlo, y luego de un poco dijo:

—Habéis hecho lo que cumple a un caballero desleal y malvado; que si yo, no forzándome él, le había hecho señor de mi amor y a vos ultrajado con esto, no él sino yo era quien debía sufrir el castigo. Pero no plazca a Dios que sobre una comida tan noble como ha sido la del corazón de un tan valeroso y cortés caballero como micer Guiglielmo Guardastagno fue, nunca caiga otra comida.

Y poniéndose en pie, por una ventana que detrás de ella estaba, sin dudarlo un momento,

se arrojó. La ventana estaba muy alta; por lo que al caer la señora no solamente se mató, sino que se hizo pedazos. Micer Guiglielmo, viendo esto, mucho se turbó, y le pareció haber hecho mal; y temiendo a los campesinos y al conde de Provenza[144], haciendo ensillar los caballos, se fue de allí.

A la mañana siguiente fue sabido por toda la comarca cómo había sucedido aquello: por lo que, por los del castillo de micer Guiglielmo Guardastagno y por los del castillo de la señora, con grandísimo dolor y llanto fueron los dos cuerpos recogidos y en la iglesia del mismo castillo de la señora puestos en una misma sepultura, y sobre ella escritos versos diciendo quiénes eran los que dentro estaban sepultados, y el modo y la razón de su muerte[145].

Novela décima

La mujer de un médico, teniéndole por muerto, mete a su amante narcotizado en un arcón que, con él dentro, se llevan dos usureros a su casa; al recobrar el sentido, es apresado por ladrón; la criada de la señora cuenta a la señoría que ella lo había puesto en el arcón robado por los usureros, con lo que se salva de la horca, y los prestamistas por haber robado el arca son condenados a pagar una multa.

SOLAMENTE a Dioneo, habiendo ya terminado el rey su relato, quedaba por cumplir su labor; el cual, conociéndolo y siéndole ya ordenado por el rey, comenzó: Las desdichas de los infelices amantes aquí contadas, no sólo a vosotras, señoras, sino también a mí me han entristecido los ojos y el pecho, por lo que sumamente he deseado que se terminase con ellas. Ahora, alabado sea Dios, que han terminado (salvo si yo quisiera a esta malvada mercancía añadir un mal empalme, de lo que Dios me libre), sin seguir más adelante en tan

dolorosa materia, una más alegre y mejor comenzaré, tal vez sirviendo de buena orientación a lo que en la siguiente jornada debe contarse.

Debéis, pues, saber, hermosísimas jóvenes, que todavía no hace mucho tiempo hubo en Salerno un grandísimo médico cirujano cuyo nombre fue maestro Mazzeo de la Montagna[146], el cual, ya cerca de sus últimos años, habiendo tomado por mujer a una hermosa y noble joven de su ciudad, de lujosos vestidos y ricos y de otras joyas y de todo lo que a una mujer puede placer más, la tenía abastecida; es verdad que ella la mayor parte del tiempo estaba resfriada, como quien en la cama no estaba por el marido bien cubierta. El cual, como micer Ricciardo de Chínzica, de quien hemos hablado, a la suya enseñaba las fiestas y los ayunos, éste a ella le explicaba que por acostarse con una mujer una vez tenía necesidad de descanso no sé cuántos días, y otras chanzas; con lo que ella vivía muy descontenta, y como prudente y de ánimo valeroso, para poder ahorrarle trabajos al de la casa se dispuso a echarse a la calle y a desgastar a alguien ajeno, y habiendo mirado a muchos y muchos jóvenes, al fin uno le llegó al alma, en el que puso toda su esperanza, todo su ánimo y todo su bien. Lo que, advirtiéndolo

el joven y gustándole mucho, semejantemente a ella volvió todo su amor. Se llamaba éste Ruggeri de los Aieroli, noble de nacimiento pero de mala vida y de reprobable estado hasta el punto de que ni pariente ni amigo le quedaba que le quisiera bien o que quisiera verle, y por todo Salerno se le culpaba de latrocinios y de otras vilísimas maldades; de lo que poco se preocupó la mujer, gustándole por otras cosas.

Y con una criada suya tanto lo preparó, que estuvieron juntos; y luego de que algún placer disfrutaron, la mujer le comenzó a reprochar su vida pasada y a rogarle que, por amor de ella, de aquellas cosas se apartase; y para darle ocasión de hacerlo empezó a proporcionarle cuándo una cantidad de dineros y cuándo otra. Y de esta manera, persistiendo juntos asaz discretamente, sucedió que al médico le pusieron entre las manos un enfermo que tenía dañada una de las piernas, al cual mal habiendo visto el maestro, dijo a sus parientes que, si un hueso podrido que tenía en la pierna no se le extraía, con certeza tendría aquél o que cortarse toda la pierna o que morirse; y si le sacaba el hueso podía curarse, pero que si no se le daba por muerto, él no lo recibiría; con lo que, poniéndose de acuerdo todos los de su parentela, así se lo entregaron.

El médico, juzgando que el enfermo sin ser

narcotizado no soportaría el dolor ni se dejaría intervenir, debiendo esperar hasta el atardecer para aquel servicio, hizo por la mañana destilar de cierto compuesto suyo una agua que debía dormirle tanto cuanto él creía que iba a hacerlo sufrir al curarlo; y haciéndola traer a casa en una ventanica de su alcoba la puso, sin decir a nadie lo que era. Venida la hora del crepúsculo, debiendo el maestro ir con aquél, le llegó un mensaje de ciertos muy grandes amigos suyos de Amalfi de que por nada dejase de ir incontinenti allí, porque había habido una gran riña y muchos habían sido heridos.

El médico, dejando para la mañana siguiente la cura de la pierna, subiendo a una barquita, se fue a Amalfi; por lo cual la mujer, sabiendo que por la noche no debía volver a casa, ocultamente como acostumbraba, hizo venir a Ruggeri y en su alcoba lo metió, y lo cerró dentro hasta que algunas otras personas de la casa se fueran a dormir. Quedándose, pues, Ruggeri en la alcoba y esperando a la señora, teniendo (o por trabajos sufridos durante el día o por comidas saladas que hubiera comido, o tal vez por costumbre) una grandísima sed, vino a ver en la ventana aquella garrafita del agua que el médico había hecho para el enfermo, y creyéndola agua de beber, llevándosela a la boca, toda la bebió; y

no había pasado mucho cuando le dio un gran sueño y se durmió.

La mujer, lo antes que pudo se vino a su alcoba y, encontrando a Ruggeri dormido, empezó a sacudirlo y a decirle en voz baja que se pusiese en pie, pero como si nada: no respondía ni se movía un punto; por lo que la mujer, algo enfadada, con más fuerza lo sacudió, diciendo: —Levántate, dormilón, que si querías dormir, donde debías ir es a tu casa y no venir aquí.

Ruggeri, así empujado, se cayó al suelo desde un arcón sobre el que estaba y no dio ninguna señal de vida, sino la que hubiera dado un cuerpo muerto; con lo que la mujer, un tanto asustada, empezó a querer levantarlo y menearlo más fuerte y a cogerlo por la nariz y a tirarle de la barba, pero no servía de nada: había atado el asno a una buena clavija[147]. Por lo que la señora empezó a temer que estuviera muerto, pero aun así le empezó a pellizcar agriamente las carnes y a quemarlo con una vela encendida; por lo que ella, que no era médica aunque médico fuese el marido, sin falta lo creyó muerto, por lo que, amándolo sobre todas las cosas como hacía, si sintió dolor no hay que preguntárselo, y no atreviéndose a hacer ruido, calladamente, sobre él comenzó a llorar y a dolerse de tal

desventura. Pero luego de un tanto, temiendo añadir la deshonra a su desgracia, pensó que sin ninguna tardanza debía encontrar el modo de sacarlo de casa muerto como estaba, y ni en esto sabiendo determinarse, ocultamente llamó a su criada, y mostrándole su desgracia, le pidió consejo.

La criada, maravillándose mucho y meneándolo también ella y empujándolo, y viéndolo sin sentido, dijo lo mismo que decía la señora, es decir, que verdaderamente estaba muerto, y aconsejó que lo sacasen de casa.

A lo que la señora dijo:

—¿Y dónde podremos ponerlo que no se sospeche mañana cuando sea visto que de aquí dentro ha sido sacado?

A lo que la criada contestó:

—Señora, esta tarde ya de noche he visto, apoyada en la tienda del carpintero vecino nuestro, un arca no demasiado grande que, si el maestro no la ha metido en casa, será muy a propósito lo que necesitamos porque dentro podemos meterlo, y darle dos o tres cuchilladas y dejarlo. Quien lo encuentre allí, no sé por qué más de aquí dentro que de otra parte vaya a creer que lo hayan llevado; antes se creerá, como ha sido tan malvado, que, yendo a

cometer alguna fechoría, por alguno de sus enemigos ha sido muerto, luego metido en el arca.

Plugo a la señora el consejo de la criada, salvo en lo de hacerle algunas heridas, diciendo que no podría por nada del mundo sufrir que aquello se hiciese; y la mandó a ver si estaba allí el arca donde la había visto, y ella volvió y dijo que sí. La criada, entonces, que joven y gallarda era, ayudada por la señora, se echó a las espaldas a Ruggeri y yendo la señora por delante para mirar si venía alguien, llegadas al arca, lo metieron dentro y, volviéndola a cerrar, se fueron.

Habían, hacía unos días más o menos, venido a vivir a una casa dos jóvenes que prestaban a usura, y deseosos de ganar mucho y de gastar poco, teniendo necesidad de muebles, el día antes habían visto aquella arca y convenido que si por la noche seguía allí se la llevarían a su casa. Y llegada la medianoche, salidos de casa, encontrándola, sin entrar en miramientos, prestamente, aunque pesadita les pareciese, se la llevaron a casa y la dejaron junto a una alcoba donde sus mujeres dormían, sin cuidarse de colocarla bien entonces; y dejándola allí, se fueron a dormir.

Ruggeri, que había dormido un grandísimo

rato y ya había digerido el bebedizo y agotado su virtud cerca de maitines se despertó; y al quedar el sueño roto y recuperar sus sentidos el poder, sin embargo le quedó en el cerebro una estupefacción que no solamente aquella noche sino después algunos días lo tuvo aturdido; y abriendo los ojos y no viendo nada, y extendiendo las manos acá y allá, encontrándose en esta arca, comenzó a devanarse los sesos y a decirse: —¿Qué es esto? ¿Dónde estoy? ¿Estoy dormido o despierto? Me acuerdo que esta noche he entrado en la alcoba de mi señora y ahora me parece estar en un arca. ¿Qué quiere decir esto? ¿Habrá vuelto el médico o sucedido otro accidente por lo cual la señora, mientras yo dormía, me ha escondido aquí? Eso creo, y seguro que así habrá sido.

Y por ello, comenzó a estarse quieto y a escuchar si oía alguna cosa, y estando así un gran rato, estando más bien a disgusto en el arca, que era pequeña, y doliéndole el costado sobre el que se apoyaba, queriendo volverse del otro lado, tan hábilmente lo hizo que, dando con los riñones contra uno de los lados del arca, que no estaba colocada sobre un piso nivelado, la hizo torcerse y luego caer; y al caer hizo un gran ruido, por lo que las mujeres que allí al lado dormían se despertaron y sintieron

miedo, y por miedo se callaban. Ruggeri, por el caer del arca temió mucho, pero notándola abierta con la caída, quiso mejor, si otra cosa no sucedía, estar fuera que quedarse dentro. Y entre que él no sabía dónde estaba y una cosa y la otra, comenzó a andar a tientas por la casa, por ver si encontraba escalera o puerta por donde irse. Cuyo tantear sintiendo las mujeres, que despiertas estaban, comenzaron a decir: —¿Quién hay ahí?

Ruggeri, no conociendo la voz, no respondía, por lo que las mujeres comenzaron a llamar a los dos jóvenes, los cuales, porque habían velado hasta tarde, dormían profundamente y nada de estas cosas sentían. Con lo que las mujeres, más asustadas, levantándose y asomándose a las ventanas, comenzaron a gritar: —¡Al ladrón, al ladrón!

Por la cual cosa, por varios lugares muchos de los vecinos, quién arriba por los tejados, quién por una parte y quién por otra, corrieron a entrar en la casa, y los jóvenes semejantemente, despertándose con este ruido, se levantaron. Y a Ruggeri, el cual viéndose allí, como por el asombro fuera de sí, y sin poder ver de qué lado podría escaparse, pronto le echaron mano los guardias del rector de la ciudad, que ya habían corrido allí al ruido, y llevándolo ante el rector, porque por

malvadísimo era tenido por todos, sin demora dándole tormento, confesó que en la casa de los prestamistas había entrado para robar; por lo que el rector pensó que sin mucha espera debía colgarlo.

Se corrió por la mañana por todo Salerno la noticia de que Ruggeri había sido preso robando en casa de los prestamistas, lo que la señora y su criada oyendo, de tan grande y rara maravilla fueron presa que cerca estaban de hacerse creer a sí mismas que lo que habían hecho la noche anterior no lo habían hecho, sino que habían soñado hacerlo; y además de ello, del peligro en que Ruggeri estaba la señora sentía tal dolor que casi se volvía loca.

No poco después de mediada tercia, habiendo retornado el médico de Amalfi, preguntó qué había sido de su agua, porque quería darla a su enfermo; y encontrándose la garrafa vacía hizo un gran alboroto diciendo que nada en su casa podía durar en su sitio.

La señora, que por otro dolor estaba azuzada, repuso airada diciendo: —¿Qué haríais vos, maestro, por una cosa importante, cuando por una garrafita de agua vertida hacéis tanto alboroto? ¿Es que no hay más en el mundo?

A quien el maestro dijo:

—Mujer, te crees que era agua clara; no es así, sino que era un agua preparada para hacer dormir.

Y le contó la razón por la que la había hecho.

Cuando la señora oyó esto, se convenció de que Ruggeri se la había bebido y por ello les había parecido muerto, y dijo: —Maestro, nosotras no lo sabíamos, así que haceos otra.

El maestro, viendo que de otro modo no podía ser, hizo hacer otra nueva. Poco después, la criada, que por orden de la señora había ido a saber lo que se decía de Ruggeri, volvió y le dijo: —Señora, de Ruggeri todos hablan mal y, por lo que yo he podido oír, ni amigo ni pariente alguno hay que para ayudarlo se haya levantado o quiera levantarse; y se tiene por seguro que mañana el magistrado lo hará colgar. Y además de esto, voy a contaros una cosa curiosa, que me parece haber entendido cómo llegó a casa del prestamista; y oíd cómo. Bien conocéis al carpintero junto a quien estaba el arca donde le metimos: éste estaba hace poco con uno, de quien parece que era el arca, en la mayor riña del mundo, porque aquél le pedía los dineros por su arca, y

el maestro respondía que él no había visto el arca, pues le había sido robada por la noche; al que aquél decía: «No es así sino que la has vendido a los dos jóvenes prestamistas, como ellos me dijeron cuando la vi en su casa cuando fue apresado Ruggeri». A quien el carpintero dijo: «Mienten ellos porque nunca se la he vendido, sino que la noche pasada me la habrán robado; vamos a donde ellos». Y así se fueron, de acuerdo, a casa de los prestamistas y yo me vine aquí, y como podéis ver, entiendo que de tal guisa Ruggeri, adonde fue encontrado fue transportado; pero cómo resucitó allí no puedo entenderlo.

La señora, entonces, comprendiendo óptimamente cómo había sido, dijo a la criada lo que había oído al médico, y le rogó que para salvar a Ruggeri la ayudase, como quien, si quería, en un mismo punto podía salvar a Ruggeri y proteger su honor.

La criada dijo:

—Señora, decidme cómo, que yo haré cualquier cosa de buena gana.

La señora, como a quien le apretaban los zapatos, con rápida determinación habiendo pensado qué había de hacerse, ordenadamente informó de ello a la criada. La

cual, primeramente fue al médico, y llorando comenzó a decirle: —Señor, tengo que pediros perdón de una gran falta que he cometido contra vos.

Dijo el médico:

—¿Y de cuál?

Y la criada, no dejando de llorar, dijo:

—Señor, sabéis quién es el joven Ruggeri de los Aieroli, quien, gustándole yo, entre amenazas y amor me condujo hogaño a ser su amiga: y sabiendo ayer tarde que vos no estabais, tanto me cortejó que a vuestra casa en mi alcoba a dormir conmigo lo traje, y teniendo él sed y no teniendo yo dónde ir antes a por agua o a por vino, no queriendo que vuestra mujer, que en la sala estaba, me viera, acordándome de que en vuestra alcoba una garrafita de agua había visto, corrí a por ella y se la di a beber, y volví a poner la garrafa donde la había cogido; de lo que he visto que vos en casa gran alboroto habéis hecho. Y en verdad confieso que hice mal, pero ¿quién hay que alguna vez no haga mal? Siento mucho haberlo hecho; sobre todo porque por ello y por lo que luego se siguió de ello, Ruggeri está a punto de perder la vida, por lo que os ruego, por lo que más queráis, que me perdonéis y me

deis licencia para que me vaya a ayudar a Ruggeri en lo que pueda.

El médico, al oír esto, a pesar de la saña que tuviese, repuso bromeando: —Tú ya te has impuesto penitencia tú misma porque cuando creíste tener esta noche a un joven que muy bien te sacudiera el polvo, lo que tuviste fue a un dormilón: y por ello vete a procurar la salvación de tu amante, y de ahora en adelante guárdate de traerlo a casa porque lo pagarás por esta vez y por la otra.

Pareciéndole a la criada que buena pieza había logrado al primer golpe, lo antes que pudo se fue a la prisión donde Ruggeri estaba, y tanto lisonjeó al carcelero que la dejó hablar a Ruggeri. La cual, después de que lo hubo informado de lo que responder debía al magistrado para poder salvarse, tanto hizo que llegó ante el magistrado. El cual, antes de consentir en oírla, como la viese fresca y gallarda, quiso enganchar una vez con el garfio a la pobrecilla cristiana; y ella, para ser mejor escuchada, no le hizo ascos; y levantándose de la molienda, dijo: —Señor, tenéis aquí a Ruggeri de los Aieroli preso por ladrón, y no es eso verdad.

Y empezando por el principio le contó la historia hasta el fin de cómo ella, su amiga, a

casa del médico lo había llevado y cómo le había dado a beber el agua del narcótico, no sabiendo que lo era, y cómo por muerto lo había metido en el arca; y después de esto, lo que entre el maestro carpintero y el dueño del arca había oído decir, mostrándole con aquello cómo a casa de los prestamistas había llegado Ruggeri.

El magistrado, viendo que fácil cosa era comprobar si era verdad aquello, primero preguntó al médico si era verdad lo del agua, y vio que había sido así; y luego, haciendo llamar al carpintero y a quien era el dueño del arca y a los prestamistas, luego de muchas historias vio que los prestamistas la noche anterior habían robado el arca y se la habían llevado a casa. Por último, mandó a por Ruggeri y preguntándole dónde se había albergado la noche antes, repuso que dónde se había albergado no lo sabía, pero que bien se acordaba que había ido a albergarse con la criada del maestro Maezzo, de cuya alcoba había bebido agua porque tenía mucha sed; pero que dónde había estado después, salvo cuando despertándose en casa de los prestamistas se había encontrado dentro de un arca, no lo sabía.

El magistrado, oyendo estas cosas y divirtiéndose mucho con ellas, a la criada y a

Ruggeri y al carpintero y a los prestamistas las hizo repetir muchas veces. Al final, conociendo que Ruggeri era inocente, condenando a los prestamistas que robado habían el arca a pagar diez onzas[148], puso en libertad a Ruggeri; lo cual, cuánto gustó a éste, nadie lo pregunte: y a su señora gustó desmesuradamente. La cual, luego, junto con él y con la querida criada que había querido darle de cuchilladas, muchas veces se rió y se divirtió, continuando su amor y su solaz siempre de bien en mejor; como querría que me sucediese a mí, pero no que me metieran dentro de un arca.

Si las primeras historias los pechos de las anhelantes señoras habían entristecido, esta última de Dioneo las hizo reír tanto, y especialmente cuando dijo que el magistrado había enganchado el garfio, que pudieron sentirse recompensadas de las tristezas sentidas con las otras. Pero viendo el rey que el sol comenzaba a ponerse amarillo y que era llegado el término de su señorío, con muy placenteras palabras se excusó con las hermosas señoras de lo que había hecho; es decir, de haber hecho hablar de un asunto tan cruel como es el de la infelicidad de los amantes, y hecha la excusa se levantó y de la cabeza se quitó el laurel y, esperando las

señoras a ver a quién iba a ponérselo, placenteramente sobre la cabeza rubísima de Fiameta lo puso, diciendo: —Te pongo esta corona como a quien, mejor que ninguna otra, de la dura jornada de hoy con la de mañana sabrás consolar a estas compañeras nuestras.

Fiameta, cuyos cabellos eran crespos, largos y de oro, y sobre los cándidos y delicados hombros le caían, y el rostro redondito con un verdadero color de blancos lirios y de bermejas rosas mezclados todo esplendoroso, con dos ojos en la cara que parecían de un halcón peregrino[149] y con una boquita pequeñita cuyos labios parecían dos pequeños rubíes, sonriendo contestó: —Filostrato, yo la acepto de buena gana, y para que mejor veas lo que has hecho, desde ahora mando y ordeno que todos se preparen para contar mañana lo que a algún amante, luego de algunos duros o desventurados accidentes, le hubiera sucedido de feliz.

La cual proposición plugo a todos; y ella, haciendo venir al senescal y habiendo dispuesto con él las cosas necesarias, a toda la compañía, levantándose, hasta la hora de la cena dio alegremente licencia.

Ellos, pues, parte por el jardín, cuya hermosura no era de las que cansa pronto, y

parte por los molinos que fuera de él daban vueltas, y quién por aquí y quién por allí, a gustar según los distintos apetitos diversos deleites se dieron hasta la hora de la cena. Venida la cual, recogiéndose todos, como tenían por costumbre, junto a la hermosa fuente, a bailar y a cantar se pusieron, y dirigiendo Filomena la danza, dijo la reina: —Filostrato, yo no pretendo apartarme de mis predecesores, sino, como ellos han hecho, entiendo que obedeciéndome se cante una canción; y porque estoy cierta de que tus canciones son como tus novelas, para no tener más días turbados con tus infortunios, queremos que una nos cantes como más te plazca.

Filostrato repuso que de grado, y sin demora comenzó a cantar de tal guisa:

Con lagrimas demuestro

cuánta amargura siente, y qué dolor,

el traicionado corazón, Amor.

Amor, amor, cuando primeramente pusiste en él a quien me mueve al llanto

sin esperar salud,

tan llena la mostraste de virtud

que leve yo creí cualquier quebranto
que embargase mi mente,
ya mártir y doliente
por causa tuya, pero bien mi error
conozco ahora, y no sin gran dolor.
Me ha mostrado mi engaño
el verme abandonado por aquella
en quien sólo esperaba:
que cuando, triste, yo creí que estaba
más en su gracia y la servía a ella,
sin pensar en el daño
que sentiría hogaño,
vi que la calidad de otro amador
dentro acogía y yo perdí el favor.

Cuando me vi por ella desdeñado nació en mi corazón el doloroso
llanto que lloro ahora;
y mucho he maldecido el día y la hora
en que primero vi el rostro amoroso

de alba belleza ornado
y muy mucho infamado,
mi confianza, esperanza y ardor
va maldiciendo mi alma en su dolor.

Cuán sin consuelo sea mi quebranto, señor, puedes sentirlo, pues te llamo
con voz que se lamenta
y te digo que tanto me atormenta
que por menor martirio muerte clamo:
venga, y la vida tanto
anegada en su llanto
termine con su golpe, y mi furor
a donde vaya sentiré menor.

Ni otro camino ni otra salvación le queda sino muerte a mí afligida
vida: dámela, Amor,
pronto y con ella acaba mi amargor
y al corazón despoja de tal vida.
¡Hazlo, ay, que sin razón

se me ha quitado mi consolación!

Hazla feliz con mi muerte, señor,

como la has hecho con nuevo amador.

Balada mía, si otros no te aprenden me da igual, porque no sabrá la gente

igual que yo cantarte;

un trabajo tan sólo quiero darte

a Amor encuentra, a él tan solamente

cuánto me es enojosa

esta vida angustiosa

di claramente, y ruega que a mejor

puesto la lleve para hacerse honor.

Demostraron las palabras de esta canción asaz claramente cuál era el ánimo de Filostrato, y la ocasión; y tal vez más declarado lo habría el aspecto de tal señora que estaba danzando, si las tinieblas de la llegada noche el rubor de su rostro no hubieran escondido. Pero luego de que él la hubo puesto fin, muchos otros cantares hubo hasta que llegó la hora de irse a dormir; por lo que, mandándolo la reina, cada uno en su cámara se recogió.

TERMINA LA cuarta JORNADA

QUINTA JORNADA

Comienza la quinta jornada del Decamerón, en la cual, bajo el gobierno de Fiameta, se razona sobre lo que a algún amante, después de duros o desventurados accidentes, sucedió de feliz.

ESTABA ya el oriente todo blanco y los surgentes rayos de todo nuestro hemisferio habían extendido la claridad, cuando Fiameta, por los dulces cantos de los jóvenes que a primera hora del día cantaban alegremente en los arbustos incitada, se levantó e hizo llamar a todas las demás y a los tres jóvenes; y con suave paso descendiendo a los campos, por la ancha llanura arriba entre las hierbas cubiertas de rocío, hasta que el sol se hubo alzado un tanto, con su compañía fue paseando, hablando con ellos de una y otra cosa. Pero al sentir que ya los solares rayos se calentaban, hacia su habitación volvieron los pasos; llegados a la cual, con óptimos vinos y con dulces del ligero trabajo pasado les hizo

confortarse y por el deleitoso jardín hasta la hora de comer se recrearon. Venida la cual, estando todas las cosas aparejadas por el discretísimo senescal, luego de que alguna estampida[150] y una baladilla o dos fueron cantadas, alegremente, según plugo a la reina, se pusieron a comer; y habiéndolo hecho ordenadamente y con alegría, no olvidada la establecida costumbre de bailar, con los instrumentos y con las canciones algunas danzas siguieron. Después de las cuales, hasta pasada la hora de dormir, la reina dio licencia a todos; algunos de ellos se fueron a dormir y otros a su solaz por el bello jardín se quedaron. Pero todos, un poco pasada nona, allí, como quiso la reina, según la usada costumbre se reunieron junto a la fuente; y habiéndose sentado la reina *pro tribunali*[150a], mirando hacia Pánfilo, sonriendo, a él le ordenó que diese principio a las felices novelas; el cual a ello se dispuso de grado, y dijo así.

Novela primera

Cimone, por amar, se hace sabio y a Ifigenia su señora rapta en el mar, es hecho prisionero en Rodas, de donde Lisímaco le libera y, de acuerdo con él, rapta a Ifigenia y a Casandra en sus bodas, huyendo con ellas a Creta; y allí, haciéndolas sus mujeres, con ellas a sus casas son llamados.

MUCHAS historias, amables señoras, para dar principio a tan alegre jornada como será ésta se me ponen delante para ser contadas; de las cuales una más agrada a mi ánimo porque por ella podréis entender no solamente el feliz final según el cual comenzamos a razonar, sino cuán santas sean, cuán poderosas y cuán benéficas las fuerzas del Amor, las cuales muchos, sin saber lo que dicen, condenan y vituperan con gran error; lo que, si no me equivoco (porque creo que estáis enamoradas) mucho deberá agradaros.

Pues así como hemos leído en las antiguas historias de los chipriotas, en la isla de Chipre

hubo un hombre nobilísimo que tuvo por nombre Aristippo, más que sus otros paisanos riquísimo en todos los bienes temporales, y si con una cosa no le hubiese herido la fortuna, más que nadie hubiera podido sentirse contento. Y era ésta que entre sus otros hijos tenía uno que en estatura y belleza de cuerpo a todos los demás jóvenes sobrepasaba, pero que era estúpido sin esperanza, cuyo verdadero nombre era Caleso; pero porque ni con trabajo de ningún maestro ni por lisonja o golpes del padre ni por ingenio de ningún otro había podido metérsele en la cabeza ni letra ni educación alguna, así como por su voz gruesa y deforme y por sus maneras más propias de animal que de hombre, por burla era de todos llamado Cimone[151], lo que en su lengua sonaba como en la nuestra «asno». Cuya malgastada vida el padre soportaba con grandísimo dolor; y habiendo perdido ya toda esperanza, para no tener siempre delante la causa de su dolor, le mandó que se fuese al campo y que allí viviera con sus labradores; la cual cosa agradó muchísimo a Cimone porque las costumbres y las maneras de los hombres rústicos eran más de su gusto que las ciudadanas.



Yéndose, pues, Cimone al campo, y haciendo allí las cosas que correspondían a aquel lugar, sucedió que un día, pasado ya mediodía, yendo él de una posesión a otra con un bastón echado al cuello, entró en un bosquecillo que había hermosísimo en aquella comarca, y que, porque el mes de mayo era, estaba todo frondoso; andando por el cual llegó, según le guió su fortuna, a un pradecillo rodeado de altísimos árboles, en uno de los rincones del cual había una bellísima y fresca fuente junto a la que vio, sobre el verde prado, dormir a una hermosísima joven cubierta por un vestido tan sutil que casi nada de las cándidas carnes escondía, y de la cintura para arriba estaba solamente cubierta por un paño blanquísimo y sutil; y junto a ella semejantemente dormían dos mujeres y un hombre, siervos de esta joven. A la cual, como Cimone vio, no de otra manera que si nunca hubiera visto forma de mujer, apoyándose sobre su bastón, sin decir cosa alguna, con admiración grandísima comenzó intensísimamente a contemplar; y en el rudo pecho, donde con mil enseñanzas no se había podido hacer entrar impresión alguna de ciudadano placer, sintió despertar un pensamiento que le decía a su material y gruesa mente que aquélla era la más hermosa cosa que nunca había sido vista por ningún

viviente.

Y allí empezó a distinguir sus partes alabando los cabellos, que estimaba de oro, la frente, la nariz y la boca, la garganta y los brazos y sumamente el pecho, todavía no muy elevado; y de labrador convertido súbitamente en juez de la hermosura, deseaba sumamente en su interior verle los ojos que, por alto sueño apesadumbrados, tenía cerrados; y por vérselos muchas veces tuvo deseos de despertarla. Pero pareciéndole infinitamente más hermosa que otras mujeres que antes había visto, dudaba que fuese alguna diosa; y tanto juicio mostraba que juzgaba que las cosas divinas eran más dignas de reverencia que las mundanas y por ello se contenía esperando que por sí misma se despertase; y aunque la espera le pareciese excesiva, invadido por desusado placer, no sabía irse de allí.

Sucedió, pues, que, luego de un largo espacio, la joven, cuyo nombre era Ifigenia, antes que ninguno de los suyos se despertó, y alzando la cabeza y abriendo los ojos y viendo que en su bastón apoyado estaba Cimone delante, se maravilló mucho, y dijo:

—Cimone, ¿qué vas buscando a estas horas por este bosque?

Era Cimone, tanto por su hermosura como por su rudeza y por la nobleza y riqueza del padre, conocido a cualquiera del país. No contestó nada a las palabras de Ifigenia, pero al verla abrir los ojos empezó a mirárselos fijamente pareciéndole que de ellos salía una suavidad que le llenaba de un placer nunca por él probado. Lo que viendo la joven comenzó a temer que aquél su fijo mirar moviese su rudeza a alguna cosa que pudiera causarle deshonra, por lo que, llamadas sus mujeres, se levantó diciendo:

—Cimone, quedaos con Dios.

Y entonces Cimone le respondió:

—Yo voy contigo.

Y por mucho que la joven rechazase su compañía, siempre temiéndole, no pudo separarlo de ella hasta que no la hubo acompañado a su casa; y de allí se fue a casa de su padre afirmando que de ninguna manera volvería al campo; lo que, por muy pesado que fuera a su padre y a los suyos, le dejaron hacer esperando ver qué causa era la que de aquella manera le había hecho mudar de opinión.

Habiendo, pues, entrado en el corazón de Cimone, en el que ninguna enseñanza había podido entrar, la saeta de Amor por la

hermosura de Ifigenia, en brevísimo tiempo, yendo de un pensamiento a otro, maravilló a su padre y a todos los suyos y a cualquiera otro que le conocía. Primeramente pidió a su padre que le hiciera vestir con los trajes y todas las demás cosas adornado que llevaban sus hermanos, lo que su padre hizo contentísimo. Luego, reuniéndose con los jóvenes de pro y oyendo hablar de las cosas que corresponden a los gentileshombres, y máximamente a los enamorados, primero con admiración grandísima de todos en poco espacio de tiempo, no solamente aprendió las primeras letras, sino que llegó a ser de gran valor entre los filósofos; y después de esto, siendo razón de todo aquello el amor que tenía a Ifigenia, no solamente la voz bronca y rústica redujo a educada y ciudadana, sino que llegó a ser maestro de canto y de música, y en el cabalgar y en las cosas bélicas, tanto marinas como de tierra, expertísimo y valeroso llegó a ser. Y en breve, para no contar en detalle todas las cosas de su virtud, no había pasado el cuarto año desde el día de su primer enamoramiento cuando había llegado a ser el más gallardo y el más cortés y el que tenía más particulares virtudes entre los otros jóvenes que hubiera en la isla de Chipre.

¿Qué es, amables señoras, lo que hemos

de pensar de Cimone? Ciertamente, no otra cosa sino que las altas virtudes por el cielo infundidas en su valerosa alma habían sido por la envidiosa fortuna en una pequeñísima parte de su corazón con lazos fortísimos atadas y encerradas, los cuales todos Amor rompió e hizo pedazos, como que era mucho más poderoso que ella; y como animador de los adormecidos ingenios, a aquéllos, oscurecidos por crueles tinieblas, con su fuerza arrastró a la clara luz mostrando abiertamente de qué lugar arrastra a los espíritus sujetos a él y a cuál los conduce con sus rayos.

Cimone, pues, por mucho que en amar a Ifigenia en algunas cosas, así como suelen hacer los jóvenes amantes, exagerase, no por ello Aristippo, considerando que Amor lo había hecho de borrego transformarse en persona, no sólo no dejaba pacientemente de ayudarlo sino que le animaba a seguir en todo su voluntad. Pero Cimone, que rehusaba ser llamado Galeso por acordarse de que así lo había llamado Ifigenia, queriendo dar honesto fin a su deseo, muchas veces hizo sondear a Cipseo, padre de Ifigenia, para que se la diese por mujer, pero Cipseo repuso siempre que se la había prometido a Pasimundas, noble joven rodense a quien entendía no faltar.

Y habiendo llegado el tiempo de las

pactadas nupcias de Ifigenia, y habiendo mandado a por ella su esposo, se dijo Cimone:

«Ahora es tiempo de mostrar, oh Ifigenia, cuánto eres amada por mí. Por ti me he hecho un hombre y si puedo tenerte no dudo que me convertiré en más glorioso que algún dios; y con certeza o te tendré o moriré».

Y dicho esto, ocultamente a algunos nobles jóvenes pidiendo ayuda, que eran sus amigos, y haciendo secretamente armar un barco con todas las cosas oportunas para la batalla naval, se hizo a la mar, en espera del barco que debía transportar a Ifigenia a su esposo en Rodas. La cual, luego de muchos honores que le hicieron su padre y los amigos de su esposo, hecha a la mar, hacia Rodas enderezaron la proa y salieron.

Cimone, que no se dormía, al día siguiente con su barco la alcanzó, y de lo alto de la proa a los que en el barco de Ifigenia iban, gritó fuerte:

—Deteneos, arriad las velas, o esperad ser vencidos y hundidos en el mar.

Los adversarios de Cimone habían traído las armas a cubierta y se preparaban a defenderse; por lo que Cimone, tomando, después de las palabras, un arpón de hierro,

sobre la popa de los rodenses, que se alejaban deprisa, lo echó y la proa de su barco lo sujetó con fuerza; y fiero como un león, sin esperar a ser seguido por nadie, sobre la nave de Rodas saltó, como si a todos tuviera por nadie; y espoleándolo Amor, con maravillosa fuerza entre los enemigos se arrojó con un cuchillo en la mano y ora a éste ora a aquél hiriendo, como a ovejas los abatía. Lo que viendo los rodenses, arrojando en tierra las armas, casi al unísono se declararon prisioneros.

A los que Cimone dijo:

—Jóvenes, ni deseo de botín ni enojo contra vosotros me hizo partir de Chipre para asaltaros en medio del mar con mano armada: lo que me movió es para mí grandísima cosa de conseguir y para vosotros fácil de conceder con paz, y es Ifigenia, sobre todas las cosas por mí amada, a quien no pudiendo obtener de su padre como amigo y en paz, a vosotros como enemigo y con las armas me ha empujado Amor a quitárosla; y porque entiendo ser yo para ella lo que debía ser vuestro Pasimundas, dádmela, e idos con la gracia de Dios.

Los jóvenes, a quienes más la fuerza que la liberalidad obligaba, a Ifigenia, lacrimosa, concedieron a Cimone; el cual, viéndola llorar,

le dijo:

—Noble señora, no te aflijas; soy tu Cimone, que por un largo amor mucho más he merecido tenerte que Pasimundas por una palabra dada.

Volvióse, pues, Cimone, habiéndola ya hecho llevar sobre su nave, sin tocar nada más de los rodenses, con sus compañeros, y los dejó marchar. Cimone entonces, más que ningún otro hombre contento con la adquisición de tan cara prenda, luego de que algún tiempo hubo empleado en consolarla a ella, que lloraba, deliberó con sus compañeros que no era el caso de volver a Chipre por el momento, por lo que, de común consejo, todos hacia Creta, donde casi todos ellos y máximamente Cimone, por parentescos viejos y recientes y por muchos amigos creían que estarían seguros junto con Ifigenia, enderezaron la proa de su nave. Pero la fortuna, que asaz fácilmente había otorgado a Cimone la consecución de la mujer, inconstante, súbitamente en triste y amargo llanto mudó la indecible alegría del enamorado joven.

No habían todavía pasado cuatro horas desde que Cimone había dejado a los rodenses cuando, llegando la noche (que Cimone esperaba más placentera que ninguna de las

pasadas antes) junto con ella se levantó un temporal bravísimo y tempestuoso que al cielo con nubes y al mar con perniciosos vientos llenó; por la cual cosa ni podía nadie ver qué hacer ni adónde ir, ni siquiera mantenerse en cubierta para buscar algún remedio. Cuánto dolió esto a Cimone no hay que preguntárselo. Parecía que los dioses le hubiesen concedido su deseo para que más doloroso le fuese el morir, de lo que sin aquello poco se hubiese preocupado antes. Se dolían del mismo modo sus compañeros, pero sobre todos se dolía Ifigenia, llorando fuertemente y temiendo cada sacudida de las olas, y en su llanto ásperamente maldecía el amor de Cimone y se quejaba de su atrevimiento, afirmando que por ninguna otra cosa había nacido aquel tempestuoso azar sino porque los dioses no querían que aquel que contra su gusto quería tenerla por esposa pudiera gozar de su presuntuoso deseo sino que, viéndola primero morir a ella, él después muriese miserablemente.

Con tales lamentos y con otros mayores no sabiendo los marineros qué hacerse, haciéndose el viento cada vez más fuerte, sin saber ni distinguir adónde iban, llegaron junto a la isla de Rodas; y no sabiendo sin embargo qué isla fuese aquélla, con todo ingenio se

esforzaron, para salvar sus vidas en llegar a tierra si se podía. A lo cual fue favorable la fortuna y los condujo a un pequeño seno del mar adonde poco antes que ellos los rodenses dejados libres por Cimone habían llegado con su nave; y antes de apercibirse de haber anclado en la isla de Rodas, se vieron (al salir la aurora y hacer el cielo algo más claro) como vecinos por un tiro de arco del barco que el día anterior habían dejado libre, de la cual cosa Cimone, angustiado sin medida, temiendo que le sucedería lo que le sucedió, mandó que se pusiera todo esfuerzo en salir de allí e ir a donde la fortuna los llevase porque en ninguna parte podían estar peor que aquí.

Se hicieron grandes esfuerzos para poder salir de allí, pero en vano: el viento poderosísimo los empujaba al lado contrario hasta el punto de que no sólo no pudieron salir del pequeño golfo, sino que, quisieran o no, los empujó a tierra. Y al llegar a ella fueron reconocidos por los marineros rodenses que habían descendido de su nave, de los cuales rápidamente alguno corrió a una hacienda cercana adonde habían ido los nobles jóvenes rodenses y les contó que allí Cimone con Ifigenia a bordo de su nave habían llegado por azar del mismo modo que ellos. Éstos, al oírlo, contentísimos, tomando a muchos de los

hombres de la hacienda, prestamente fueron al mar; y Cimone, que ya en tierra con los suyos había tomado la decisión de huir a algún bosque cercano, todos juntos con Ifigenia fueron presos y llevados a la hacienda, y de allí, venido de la ciudad Lisímaco, sobre quien reposaba aquel año la suma magistratura de los rodenses, con grandísima compañía de hombres de armas, a Cimone y a todos sus compañeros se llevó a prisión, como Pasimundas, a quien las noticias habían llegado, había ordenado querellándose ante el senado de Rodas. Y de tal guisa el mísero y enamorado Cimone perdió a su Ifigenia ganada por él poco antes sin haberle quitado más que algún beso.

Ifigenia fue recibida y confortada por muchas mujeres nobles de Rodas, tanto por el dolor sufrido en su captura como por la fatiga pasada en el airado mar, y junto a ellas se estuvo hasta el día fijado para sus bodas. A Cimone y a sus compañeros, por la libertad que habían dado el día antes a los jóvenes rodenses, les fue concedida la vida, que Pasimundas solicitaba con todas sus fuerzas que les fuera quitada, y a prisión perpetua fueron condenados; en la cual, como puede creerse, dolorosos estaban y sin esperanza ya de ningún placer. Pasimundas cuanto podía la

preparación de las futuras nupcias solicitaba; pero la fortuna, como arrepentida de la súbita injuria hecha a Cimone, obró un nuevo accidente en favor de su salud.

Tenía Pasimundas un hermano menor en edad que él, pero no en virtud que tenía por nombre Orínisda, que había estado en largas negociaciones para tomar por mujer a una joven noble y hermosa de la ciudad, que se llamaba Casandra, a quien Lisímaco sumamente amaba; y se había aplazado el matrimonio muchas veces por distintos accidentes. Ahora, viéndose Pasimundas a punto de celebrar sus nupcias con grandísima fiesta, pensó que óptimamente estaría si en aquella misma fiesta, para no volver de nuevo a los gastos y a los festejos, pudiera hacer que Orínisda semejantemente tomara mujer, por lo que con los parientes de Casandra renovó las conversaciones y las llevó a término, y él junto con el hermano decidieron que el mismo día que Pasimundas se llevase a Ifigenia, el mismo Orínisda se llevase a Casandra. La cual cosa oyendo Lisímaco, sobremanera le desagradó porque se veía privado de su esperanza, según la cual pensaba que si Orínisda no la desposaba, ciertamente la obtendría él; pero como prudente, tuvo escondido su dolor y empezó a pensar de qué manera podría

impedir que aquello tuviera lugar, y no vio ninguna vía posible sino raptarla. Esto le pareció fácil por el cargo que tenía, pero mucho más deshonroso lo juzgaba que si no hubiera tenido aquel cargo; pero en resumen, después de larga deliberación, la honestidad cedió el lugar al amor y tomó el partido de que, sucediera lo que sucediese, raptaría a Casandra.

Y pensando en la compañía que para hacer aquello necesitaba y de la manera en que debla procederse, se acordó de Cimone, a quien tenía prisionero junto con sus compañeros, e imaginó que ningún otro compañero mejor ni más leal podía tener que Cimone en este asunto; por lo que la noche siguiente ocultamente le hizo venir a su cámara y comenzó a hablarle de esta guisa:

—Cimone, así como los dioses son óptimos y liberales donantes de las cosas a los hombres, así son sagacísimos probadores de su virtud, y a quienes encuentran firmes y constantes en todos los casos, como a los más valerosos hacen dignos de las más altas recompensas. Ellos han querido una prueba de tu virtud más cierta que aquella que pudiste mostrar dentro de los límites de la casa de tu padre, a quien sé abundantísimo en riquezas; y primero con las punzantes solicitudes de amor

te hicieron hombre de insensato animal (tal como he sabido), y luego con dura fortuna y al presente con dolorosa prisión quieren ver si tu ánimo cambia de lo que era cuando por poco tiempo te sentiste feliz con la ganada presa; el cual si es el mismo que fue, nada tan feliz te concedieron como lo que al presente se preparan a darte, lo cual, para que recobres las usadas fuerzas y te sientas animoso, entiendo mostrarte. Pasimundas, contento con tu desgracia y solicito procurador de tu muerte, cuanto puede se apresura a celebrar las bodas con tu Ifigenia para gozar en ellas de la presa que primero una alegre fortuna te había concedido y súbitamente airada te quitó; la cual cosa, cuánto tiene que dolerte, si amas como yo creo, por mí mismo lo conozco, a quien igual injuria que la tuya se prepara a hacerme el mismo día su hermano Orínisda con Casandra, a quien yo amo sobre todas las cosas. Y para escapar a tanta injuria y a tanto dolor de la fortuna ninguna vía veo que quede abierta sino la virtud de nuestros ánimos y de nuestras diestras con las que debemos mantener las espadas y abrirnos camino, tú para el segundo rapto, y yo para el primero de nuestras señoras; por lo que si tú, no quiero decir tu libertad (de la que poco creo que te preocupes sin tu señora), sino si a tu señora quieres recuperar, en tus manos la han puesto los

dioses si quieres seguirme en mi empresa.

Estas palabras hicieron volver a Cimone todo el perdido ánimo, y sin demasiado respiro tomarse para responder, dijo:

—Lísimaco, ni más fuerte ni más fiel compañero que yo puedes tener en tal cosa si es que de ella se seguirá para mí lo que dices; y por ello lo que te parece que tenga que hacer ordénamelo y verás que lo hago con maravillosa fuerza.

A quien Lísimaco dijo:

—El tercer día a partir de hoy, entrarán por vez primera las nuevas esposas en casa de sus maridos, donde tú armado con tus compañeros y yo con algunos de los míos en los que más confío, al caer la tarde entraremos, y raptándolas en medio del convite, a una nave que he hecho aprestar secretamente las llevaremos matando a cualquiera que se atreva a hacernos frente.

Gustó la orden a Cimone y, callado, hasta el tiempo acordado estuvo en la prisión. Llegado el día de las bodas, la pompa fue grande y magnífica, y por todas partes la casa de los dos hermanos estaba en fiesta. Habiendo preparado Lísimaco todas las cosas oportunas, a Cimone y sus compañeros y

semejantemente a sus amigos, todos armados bajo sus vestidos, cuando le pareció oportuno y habiéndolos primero con muchas palabras animado a su propósito, dividió en tres partes, de las cuales cautamente a una mandó al puerto para que nadie pudiera impedir el subir a la nave cuando lo necesitasen; y con las otras dos venidos a la casa de Pasimundas, a una dejó a la puerta para que ninguno pudiera encerrarlos dentro e impedir su salida, y con el remanente, junto con Cimone, subió por las escaleras.

Y llegados ya a la sala donde las nuevas esposas con muchas otras señoras ya a la mesa se habían sentado para comer ordenadamente, echándose hacia adelante y tirando al suelo las mesas, cada uno cogió a la suya y, poniéndolas en brazos de sus compañeros, mandaron que a la preparada nave las llevasen inmediatamente. Las recién casadas empezaron a llorar y a gritar e igualmente las otras mujeres y servidores; y repentinamente todo se llenó de voces y de llanto. Pero Cimone y Lisímaco y sus compañeros, sacando las espadas, sin que nadie se enfrentase a ellos, dejándoles todos paso, hacia la escalera se volvieron; y bajando por ella corrió a ellos Pasimundas que con un gran bastón en la mano corría al ruido, al que

animosamente Cimone con su espada golpeó en la cabeza y se la partió por medio, y le hizo caer muerto a sus pies; corriendo en ayuda del cual el mísero Orínisda, igualmente fue muerto por uno de los golpes de Cimone, y algunos otros que acercarse quisieron por los compañeros de Lísimaco y de Cimone fueron heridos y rechazados. Éstos, dejando la casa llena de sangre y de alboroto y de llanto y de tristeza, sin ningún obstáculo, apretando su botín, llegaron a la nave; y poniendo en ella a las mujeres y subiendo ellos y todos sus compañeros, estando ya la playa llena de gente armada que a rescatar a las señoras venía, dando los remos al agua, alegremente se fueron a lo suyo.

Y llegados a Creta, allí por muchos amigos y parientes alegremente recibidos fueron, y casándose con las mujeres haciendo una gran fiesta, alegremente de su botín gozaron. En Chipre y en Rodas hubo alborotos y riñas grandes y durante mucho tiempo por sus hechos; por último, mediando en un lugar y en otro los amigos y los parientes, encontraron el modo de que, luego de algún exilio, Cimone con Ifigenia, contento, volviese a Chipre y Lísimaco del mismo modo con Casandra se volvió a Rodas; y cada uno alegremente con la suya vivió largamente contento en su tierra.

Novela segunda

Costanza ama a Martuccio Gmito y, oyendo que había muerto, desesperada se sube sola a una barca, la cual por el viento es transportada a Susa; lo encuentra vivo en Túnez, se descubre a él, y él, estando en gran privanza con el rey por los consejos que le ha dado, casándose con ella, rico, se vuelve con ella a Lípari.

LA reina, viendo terminada la historia de Pánfilo, después de haberla alabado mucho, ordenó a Emilia que, diciendo una, continuase; la cual comenzó así:

Todos debemos con razón deleitarnos con las cosas que vemos seguidas por el galardón que merecen los afectos; y porque amar más merece deleite que aflicción a largo término, con mucho mayor placer mío al hablar de la presente materia obedeceré a la reina de lo que en la precedente hice al rey.

Debéis, pues, delicadas señoras, saber que

junto a Sicilia hay una islita llamada Lípari, en la cual, no hace aún mucho tiempo, hubo una bellísima joven llamada Costanza, nacida en la isla de gentes muy honradas, de la cual un joven que en la isla había, llamado Martuccio Gomito, asaz gallardo y cortés y valioso en su oficio, se enamoró. La cual tanto por él se inflamó de igual manera que nunca sentía ningún bien sino cuando lo veía, y deseando Martuccio tenerla por mujer, la hizo pedir a su padre, el cual contestó que él era pobre y por ello no quería dársela.

Martuccio, despechado al verse rehusado por su pobreza, con algunos amigos y parientes armando un barco, juró no volver jamás a Lípari sino rico; y partiendo de allí, comenzó a piratear costeando Berbería, robando a cualquiera que pudiese menos que él; en la cual cosa bastante favorable le fue la fortuna, si hubiera sabido poner límite a su ventura. Pero no bastándole que él y sus compañeros se hubiesen hecho riquísimos en poco tiempo, mientras buscaban enriquecerse más, sucedió que por algunos barcos sarracenos luego de larga defensa, con sus compañeros fue preso y robado, y por la mayor parte de los sarracenos despedazado y hundido su barco, él, llevado a Túnez, fue puesto en prisión y tenido en larga miseria.

Llegó a Lípari no por una ni por dos, sino por muchas y diversas personas la noticia de que todos aquellos que con Martuccio había en el barquichuelo se habían anegado.

La joven, que sin medida estaba triste por la partida de Martuccio, oyendo que con los otros había muerto, largamente lloró, y decidió no seguir viviendo, y no sufriéndole su corazón matarse a sí misma con violencia, pensó una rara obligación imponer a su muerte; y saliendo secretamente una noche de su casa y llegando al puerto, halló por acaso, un tanto separada de las otras naves, una navecilla de pescadores, a la cual, porque acababan de bajarse de ella sus patrones, encontró provista de mástil y de remos.

Y subiendo en ella prestamente y con los remos empujándose un tanto por el mar, algo conocedora del arte marinero como lo son generalmente todas las mujeres de aquella isla, izó la vela y arrojó los remos y el timón y se entregó por completo al viento, pensando que por necesidad debía suceder o que el viento a la barca sin carga y sin piloto volcase, o que contra algún escollo la arrojase y rompiera; con lo que ella, aunque salvarse quisiera, no pudiese y por necesidad se ahogara; y tapándose la cabeza con un manto, se echó sollozando en el fondo de la barca[152]. Pero de

muy distinta manera sucedió de lo que ella pensaba, porque siendo aquel viento que soplaba tramontano y asaz suave, y no habiendo casi oleaje, y sosteniéndose bien la barca, al siguiente día de la noche en que se había subido a ella, al atardecer, a unas cien millas más allá de Túnez a una playa vecina a una ciudad llamada Susa la llevó.

La joven no advertía estar en la tierra más que en el mar, como quien nunca por ningún accidente había levantado la cabeza ni entendía levantarla. Y había por acaso entonces, cuando la barca golpeó la orilla, una pobre mujer junto al mar, que quitaba del sol las redes de sus pescadores; la cual, viendo la barca, se maravilló de cómo con la vela desplegada la hubiese dejado dar en tierra; y pensando que en ella los pescadores dormían, fue a la barca y a ninguna otra persona vio sino a esta joven, y a ella, que profundamente dormía, llamó muchas veces, y al fin la hizo despertarse, y conociendo en el vestir que era cristiana, hablándola en ladino[153] le preguntó cómo era que tan sola en aquella barca hubiera llegado allí.

La joven, oyéndola hablar ladino, temió que tal vez otro viento la hubiera devuelto a Lípari, y poniéndose súbitamente en pie miró alrededor, y no conociendo la comarca y viéndose en

tierra, preguntó a la buena mujer que dónde estaba.

Y la buena mujer le respondió:

—Hija mía, estás cerca de Susa en Berbería.

Oído lo cual, la joven, pesarosa de que Dios no había querido mandarle la muerte, temiendo el deshonor y no sabiendo qué hacerse, junto a su barca sentándose, comenzó a llorar. La buena mujer, viendo esto, sintió piedad de ella, y tanto le rogó que se la llevó a su cabaña; y tanto la lisonjeó allí que ella le dijo cómo había llegado hasta allí, por lo que, viendo la buena mujer que estaba todavía en ayunas, su duro pan y algún pez y agua le preparó, y tanto la rogó que comió un poco. Luego preguntó Costanza quién era a la buena mujer que así hablaba ladino; y ella le dijo que de Trápani era y que tenía por nombre Carapresa y que allí servía a algunos pescadores cristianos.

La joven, al oír decir «Carapresa», por muy apesadumbrada que estuviera, y no sabiendo ella misma qué razón le movía a ello, sintió que era buen augurio haber oído este nombre[154], y comenzó a sentir esperanzas sin saber de qué y a sentir cesar un tanto el deseo de la muerte;

y sin manifestar quién era ni de dónde, rogó insistentemente a la buena mujer que por amor de Dios tuviera misericordia de su juventud y que le diese algún consejo con el cual pudiera escapar de que le hicieran algún daño.

Carapresa, al oírla, a guisa de buena mujer, dejándola en la cabaña, prestamente recogió sus redes y volvió con ella, y cubriéndola toda con su mismo manto, la llevó con ella a Susa, y llegada allí, dijo:

—Costanza, yo te llevaré a casa de una buenísima señora sarracena a quien sirvo muchas veces en lo que necesita, y es una señora anciana y misericordiosa; te recomendaré a ella cuanto pueda y estoy certísima de que te recibirá de grado y te tratará como a una hija, y tú, estando con ella, te las ingeniarás como puedas, sirviéndola, para conseguir su gracia hasta que Dios te mande mejor ventura.

Y como lo dijo, lo hizo. La señora, que era ya vieja, después de oírla, miró a la joven a la cara y empezó a llorar, y asiéndola, la besó en la frente y luego, de la mano, la llevó a su casa, en la cual, con algunas otras mujeres vivía sin hombre alguno, y todas trabajaban en diversas cosas con sus manos, haciendo distintos trabajos de seda, de palma, de cuero; de los

que la joven en pocos días aprendió a hacer alguno y con ellas comenzó a trabajar, y en tanta gracia y amor llegaron a tenerla la buena señora y las otras, que era cosa maravillosa, y en poco espacio de tiempo, enseñándosela ellas, aprendió su lengua.

Viviendo, pues, la joven en Susa, habiendo sido ya en su casa llorada por perdida y muerta, sucedió que, siendo rey de Túnez uno que se llamaba Meriabdelá[155], un joven de gran linaje y de mucho poder que había en Granada, diciendo que le pertenecía a él el reino de Túnez, reunida grandísima multitud de gente contra el rey de Túnez se vino, para arrojarlo del reino.

Y llegando estas cosas a los oídos de Martuccio Gomito en la prisión, el cual muy bien sabía el berberisco, y oyendo que el rey de Túnez se esforzaba muchísimo en defenderla, dijo a uno de aquellos que a él y a sus compañeros guardaban:

—Si yo pudiera hablar al rey, me da el corazón que le daría un consejo con el cual ganaría la guerra.

El guardián dijo estas palabras a su señor, el cual al rey las contó incontinenti; por lo cual, el rey mandó que le fuera llevado Martuccio; y

preguntándole cuál era su consejo, le respondió así:

—Señor mío, si he mirado bien en otros tiempos que he estado en estas tierras vuestras la manera en que tenéis vuestras batallas, me parece que más con arqueros que otra cosa las libráis; y por ello, si encontrase el modo de que a los arqueros de vuestro adversario les faltasen saetas y que los vuestros tuvieran de ellas en abundancia, creo que venceríais vuestra batalla.

Y el rey le dijo:

—Sin duda si esto pudiera hacerse, creería ser vencedor.

Y Martuccio le dijo:

—Señor mío, si lo queréis, esto podrá hacerse, y oíd cómo: vosotros debéis hacer cuerdas mucho más delgadas para los arcos de vuestros arqueros que las que son por todas usadas comúnmente, y luego mandar hacer saetas cuyas muescas no sean buenas sino para estas cuerdas delgadas; y esto conviene hacerlo tan secretamente que vuestro adversario no lo sepa, porque de otra manera encontraría un remedio. Y la razón por la que os digo esto es ésta: luego que los arqueros de vuestro enemigo hayan lanzado sus saetas y

los vuestros las vuestras, sabed que las que los vuestros hayan lanzado tendrán que recogerlas vuestros enemigos, para seguir la batalla, y los vuestros tendrán que recoger las suyas; pero los adversarios no podrán usarlas saetas lanzadas por los vuestros porque las pequeñas muescas no entrarán en las cuerdas gruesas, mientras a los vuestros sucederá lo contrario con las saetas de vuestros enemigos, porque en las cuerdas delgadas entrarán óptimamente las saetas que tengan anchas muescas; y así los vuestros tendrán gran acopio de saetas mientras los otros tendrán falta de ellas.

Al rey, que era sabio señor, agradó el consejo de Martuccio, y siguiéndole enteramente, con él encontró haber ganado la guerra, con lo que sumamente Martuccio consiguió su gracia y, por consiguiente, un grande y rico estado. Corrió la fama de estas cosas por el país y llegó a oídos de Costanza que Martuccio Gomito estaba vivo, a quien largamente había creído muerto; por lo que el amor por él, ya entibiado en su corazón frío, con pronta flama se inflamó de nuevo y se hizo mayor y la muerta esperanza suscitó. Por lo cual a la buena señora con quien vivía manifestó todos sus asuntos, y le dijo que deseaba ir a Túnez para saciar sus ojos con aquello que los oídos por las recibidas noticias

le habían hecho deseosa. La cual alabó mucho su deseo, y como si hubiese sido su madre, subiendo a una barca, con ella se fue a Túnez, donde con Costanza en casa de una pariente suya fue recibida honradamente.

Y habiendo ido con ella Carapresa, la mandó a escuchar lo que pudiera saberse de Martuccio; y encontrando que estaba vivo y en gran estado y contándoselo, plugo a la noble señora ser ella quien significase a Martuccio que allí en su busca había venido su Costanza; y yendo un día a donde Martuccio estaba, le dijo:

—Martuccio, a mi casa ha llegado un servidor tuyo que viene de Lípari y querría secretamente hablarte; y por ello, por no confiarse a los otros, tal como él ha querido, yo mismo he venido a decírtelo.

Martuccio le dio las gracias y tras ella se fue a su casa. Cuando la joven lo vio, cerca estuvo de morir de alegría, y no pudiendo contenerse, súbitamente con los brazos abiertos se le echó al cuello y lo abrazó, y por lástima de los infortunios pasados y por la alegría presente, sin poder nada decir, tiernamente comenzó a llorar.

Martuccio, viendo a la joven, un tanto se

quedó sin palabra de la maravilla, y luego, suspirando, dijo:

—¡Oh, Costanza mía! ¿Estás viva? Hace mucho tiempo que oí que habías muerto y en nuestro país de ti nada se sabía.

Y dicho esto, llorando tiernamente, la abrazó y la besó. Costanza le contó todas sus aventuras y el honor que había recibido de la noble señora con quien había estado. Martuccio, luego de muchos razonamientos, separándose de ella, a su señor se fue y todo le contó; esto es, sus azares y los de la joven, añadiendo que, con su licencia, entendía según nuestra fe casarse con ella.

El rey se maravilló de estas cosas, y haciendo venir a la joven y oyéndole que era tal como Martuccio había dicho, dijo:

—Pues muy bien lo has ganado por marido.

Y haciendo venir grandísimos y nobles presentes, parte le dio a ella y parte a Martuccio, dándoles licencia para hacer entre sí lo que más fuese del agrado de cada uno. Martuccio, honrada mucho la noble señora con quien Costanza había vivido, y agradeciéndole lo que en su servicio había hecho, y haciéndole tales presentes como a ella convenían y encomendándola a Dios, no sin muchas

lágrimas de Costanza, se despidió; y luego, subiendo a un barquito con licencia del rey, y con su Carapresa, con próspero viento volvieron a Lípari, donde hubo tan gran fiesta como nunca decir se podría. Allí Martuccio se caso con ella e hizo grandes y hermosas bodas, y luego con ella, en paz y en reposo, largamente gozaron de su amor.

Novela tercera

Pietro Boccamazza se escapa con Agnolella; se encuentra con ladrones, la joven huye por un bosque y es conducida a un castillo, Pietro es apresado y se escapa de manos de los ladrones, y luego de algunos accidentes llega al castillo donde estaba Agnolella, y casándose con ella, con ella vuelve a Roma.

NO hubo nadie entre todos que la historia de Emilia no alabase, la que viendo la reina que había terminado, volviéndose a Elisa le ordenó que continuase ella; y ella, deseosa de obedecer, comenzó:

A mí se me pone delante, encantadoras señoras, una mala noche que pasaron dos jovencillos poco prudentes; pero porque le siguieron muchos días felices, como está de acuerdo con nuestro argumento, me place contarla.



En Roma, que como hoy es la cola antes fue la cabeza del mundo[156], hubo un joven hace poco tiempo, llamado Pietro Boccamazza[157], de familia muy honrada entre las romanas, que se enamoró de una hermosísima y atrayente joven llamada Agnolella, hija de uno que tuvo por nombre Gigliuozzo Saullo, hombre plebeyo pero muy querido a los romanos. Y amándola, tanto hizo, que la joven comenzó a amarle no menos que él la amaba. Pietro, empujado por ferviente amor, y pareciéndole que no debía sufrir más la dura pena que el deseo de ella le daba, la pidió por mujer; la cual cosa, al saberla sus

parientes, fueron adonde él y le reprocharon mucho lo que quería hacer; y por otra parte hicieron decir a Gigliuozzo Saullo que de ninguna manera atendiese a las palabras de Pietro porque, si lo hacía, nunca como amigo le tendrían sus parientes.

Pietro, viéndose el vedado camino por el que sólo creía poder conseguir su deseo, quiso morirse de dolor, y si Gigliuozzo lo hubiera consentido, contra el gusto de todos los parientes que tenía hubiese tomado por mujer a su hija; pero como no fue así, se le puso en la cabeza que, si a la joven le placiere, haría que aquello tuviese lugar, y por persona interpuesta conociendo que le placía, se puso de acuerdo con ella para huir de Roma. Y planeado aquello, Pietro, una mañana, levantándose tempranísimo, junto con ella montó a caballo y se pusieron en camino hacia Anagni, donde Pietro tenía algunos amigos en los cuales confiaba mucho; y cabalgando así, no teniendo tiempo de hacer las bodas porque temían ser seguidos, hablando sobre su amor, alguna vez el uno besaba al otro.

Ahora, sucedió que, no conociendo Pietro muy bien el camino, cuando estuvieron unas ocho millas lejos de Roma, debiendo tomar a la derecha, se fueron por un camino a la izquierda; y apenas habían cabalgado más de

dos millas cuando se vieron cerca de un castillo del cual, habiéndolos visto, súbitamente salieron cerca de doce hombres de armas; y estando bastante cerca, la joven los vio, por lo que gritando dijo:

—¡Pietro, salvémonos que nos asaltan!

Y como pudo, hacia un bosque grandísimo volvió su jaco y, apretándole las espuelas, sujetándose al arzón, sintiéndose el jaco aguijar, corriendo por aquel bosque la llevaba. Pietro, que más la cara de ella iba mirando que el camino, no habiéndose percatado pronto, como ella, de los hombres que venían, fue alcanzado por ellos y preso y obligado a bajar del jaco; y preguntándole quién era, empezaron a deliberar entre ellos y a decir:

—Éste es de los amigos de nuestros enemigos; ¿qué hemos de hacer sino quitarle estas ropas y este jaco y, por desagradar a los Orsini[158], colgarlo de una de estas encinas?

Y estando todos de acuerdo con esta decisión, habían mandado a Pietro que se desnudase; y estando él desnudándose, ya adivinando todo su mal, sucedió que una cuadrilla de bien veinticinco hombres de armas que estaban en acecho súbitamente se les echaron encima a aquéllos gritando:

—¡Mueran, mueran!

Los cuales, sorprendidos por aquello, dejando a Pietro, se volvieron en su defensa, pero viéndose mucho menos que los asaltantes, comenzaron a huir, y éstos a seguirlos, la cual cosa viendo Pietro, súbitamente cogió sus cosas y saltó sobre su jaco y comenzó a huir cuanto pudo por el camino por donde había visto que la joven había huido.

Pero no viendo por el bosque ni camino ni sendero, ni distinguiendo huellas de caballo, después de que le pareció encontrarse a salvo y fuera de las manos de aquellos que le habían apresado y también de los otros por quienes ellos habían sido asaltados, no encontrando a su joven, más triste que ningún hombre, comenzó a llorar y a andarla llamando por aquí y por allí por el bosque; pero nadie le respondía, y él no se atrevía a volverse atrás, y andando por allí delante no sabía adónde iba a llegar; y, por otra parte, de las fieras que suelen habitar en los bosques tenía al mismo tiempo miedo por él y por su joven, a quien le parecía estar viendo estrangulada por un oso o un lobo.

Anduvo, pues, este desventurado Pietro todo el día por aquel bosque gritando y dando voces, a veces retrocediendo cuando creía que

avanzaba; y ya entre el gritar y el llorar y por el miedo y por el largo ayuno, estaba tan rendido que más no podía. Y viendo llegada la noche, no sabiendo qué consejo tomar, encontrada una grandísima encina, bajando del jaco, lo ató a ella, y luego, para no ser por las fieras devorado por la noche, se subió a ella, y poco después, saliendo la luna y estando el tiempo clarísimo, no atreviéndose a dormir para no caer, aunque hubiera tenido la ocasión, el dolor y los pensamientos que tenía de su joven no le hubieran dejado; por lo que, suspirando y llorando y maldiciendo su desventura, velaba.

La joven, huyendo como decíamos antes, no sabiendo dónde ir sino donde su jaco mismo donde mejor le parecía la llevaba, se adentró tanto en el bosque que no podía ver el lugar por donde había entrado; por lo que no de otra manera de lo que había hecho Pietro, todo el día (ora esperando y ora andando), y llorando y dando voces, y doliéndose de su desgracia, por el selvático lugar anduvo dando vueltas.

Al fin, viendo que Pietro no venía, estando ya oscuro, dio junto a un senderillo, entrando por el cual y siguiéndolo el jaco, luego de que más de dos millas hubo cabalgado, desde lejos se vio delante de una casita, a la que lo antes que pudo se llegó; y allí encontró un buen hombre de mucha edad con su mujer que

también era vieja; los cuales, cuando la vieron sola, dijeron:

—Hija, ¿qué vas haciendo tú sola a esta hora por este lugar?

La joven, llorando, repuso que había perdido a su compañía en el bosque y preguntó a qué distancia estaba Anagni.

El buen hombre respondió:

—Hija mía, éste no es camino por donde ir a Anagni; hay más de doce millas desde aquí.

Dijo entonces la joven:

—¿Y dónde hay habitaciones en que poder albergarse?

Y el buen hombre repuso:

—Habitaciones no hay en ningún lugar tan cercano que pudieses llegar antes que fuera de día.

Dijo entonces la joven:

—¿Os placería, puesto que a otro lugar ir no puedo, tenerme aquí por el amor de Dios esta noche?

El buen hombre repuso:

—Joven, que te quedes con nosotros esta noche nos placerá, pero sin embargo queremos recordarte que por estas comarcas de día y de noche van muchas malas brigadas de amigos y enemigos que muchas veces nos causan gran daño y gran disgusto; y si por desgracia estando tú aquí viniera alguna, y viéndote hermosa y joven como eres te causaran molestias y deshonra, nosotros no podríamos ayudarte. Queremos decírtelo para que después, si ello sucediera, no puedas quejarte de nosotros.

La joven, viendo que la hora era tardía, aunque las palabras la asustasen, dijo:

—Si place a Dios, nos guardará a vos y a mí de este dolor, que si a pesar de ello me sucediera, es mucho menos malo ser desgarrada por los hombres que despedazada en los bosques por las fieras.

Y dicho esto, bajando de su rocín, entró en la casa del pobre hombre, y allí con ellos de lo que pobremente tenían cenó y luego, toda vestida, sobre una yacija, junto con ellos, se acostó a dormir; y en toda la noche no cesó de suspirar ni de llorar su desventura y la de Pietro, de quien no sabía qué debía esperar sino mal.

Y estando ya cerca la mañana, sintió un gran ruido de pasos de gente; por la cual cosa, levantándose, se fue a un gran patio que tenía detrás la pequeña casita, y viendo en una de las partes mucho heno, se fue a esconder dentro para que, si aquella gente llegase aquí, no la encontraran tan pronto. Y apenas acababa de esconderse del todo cuando aquéllos, que eran una gran brigada de hombres malvados, llegaron a la puerta de la casita; y haciendo abrir y entrando dentro, y encontrado el jaco de la joven todavía con la silla puesta, preguntaron quién había allí.

El buen hombre, no viendo a la joven, repuso:

—No hay nadie más que nosotros, pero este rocín, de quien se haya escapado, llegó ayer por la tarde a nosotros y lo metimos en la casa para que los lobos no lo comiesen.

—Pues —dijo el comandante de la compañía— bueno será para nosotros, puesto que otro dueño no tiene.

Esparciéndose, pues, todos éstos por la pequeña casa, una parte se fue al patio, y dejando en tierra sus lanzas y sus escudos de madera, sucedió que uno de ellos, no sabiendo qué hacer, arrojó su lanza en el heno y estuvo

a punto de matar a la escondida joven, y ella a descubrirse porque la lanza le dio junto a la teta izquierda, tanto que el hierro le desgarró los vestidos con lo que ella estuvo a punto de lanzar un gran grito temiendo haber sido herida; pero acordándose de dónde estaba, recobrándose, se quedó callada.

La brigada, quién por aquí y quién por allá, habiéndoles cogido los cabritillos y la otra carne, y comido y bebido, se fueron a lo suyo y se llevaron el rocín de la joven.

Y estando ya bastante lejos, el buen hombre comenzó a preguntar a la mujer:

—¿Qué ha sido de la joven que ayer por la noche llegó aquí, que no la he visto desde que nos levantamos?

La buena mujer respondió que no sabía, y estuvieron buscándola. La joven, sintiendo que aquéllos se habían ido, salió del heno; de lo que el buen hombre, muy contento, puesto que vio que no había dado en manos de aquéllos, y haciéndose ya de día, le dijo:

—Ahora que el día viene, si te place te acompañaremos hasta un castillo que está a cinco millas de aquí, y estarás en un lugar seguro; pero tendrás que venir a pie, porque esa mala gente que ahora se va de aquí, se ha

llevado tu rocín.

La joven, sin preocuparse por ello, le rogó que al castillo la llevasen; por lo que poniéndose en camino, allí llegaron hacia mitad de tercia. Era el castillo de uno de los Orsini que se llamaba Liello de Campodiflore, y por ventura estaba allí su mujer, que era señora buenísima y santa[159]; y viendo a la joven, prestamente la reconoció y la recibió con fiestas, y ordenadamente quiso saber cómo hubiera llegado aquí. La joven le contó todo.

La señora, que conocía también a Pietro, así como amigo de su marido que era, dolorosa estuvo del caso sucedido; y oyendo dónde había sido preso, pensó que habría sido muerto.

Dijo entonces a la joven.

—Puesto que es así que no sabes de Pietro, te quedarás aquí conmigo hasta que pueda mandarte a Roma con seguridad.

Pietro, estando sobre la encina lo más triste que puede estarse vio venir unos veinte lobos hacia la hora del primer sueño, los cuales todos en cuanto el jaco vieron lo rodearon. Sintiéndolos el rocín, levantando la cabeza, rompió las riendas y quiso darse a la huida, pero estando rodeado y no pudiendo, un gran

rato con los dientes y con las patas se defendió; al final fue abatido y destrozado y rápidamente destripado, y apacentándose todos, no dejando sino los huesos, lo devoraron y se fueron. Con lo que Pietro, a quien parecía tener en el jaco una compañía y un sostén de sus fatigas, mucho se acoquinó y se imaginó que nunca más podría salir de aquel bosque; y siendo ya cerca del día, muriéndose de frío sobre la encina, como quien siempre miraba alrededor, vio cerca lo que parecía un grandísimo fuego; por lo que, al hacerse de día claro, bajando no sin miedo de la encina, se enderezó hacia allí y tanto anduvo que llegó a él, alrededor del cual encontró pastores que comían y se divertían, por los que por compasión fue recogido. Y luego de que hubo comido bien y se calentó, contada su desventura y cómo había llegado solo allí, les preguntó si en aquellos lugares había alguna villa o castillo adonde pudiese ir.

Los pastores le dijeron que a unas tres millas de allí estaba un castillo de Liello de Campodiflore, en el cual al presente estaba su mujer; de lo que Pietro contentísimo se puso y les rogó que alguno de ellos le acompañase hasta el castillo, lo que dos de ellos hicieron de buen grado. Llegado a él Pietro, y habiendo encontrado allí a un conocido suyo, tratando de

buscar el modo de que la joven fuese buscada por el bosque, fue mandado llamar de parte de la señora; el cual, incontinenti, fue a ella, y al ver con ella a Agnolella, nunca contento hubo igual que el suyo.

Se consumía todo por ir a abrazarla, pero por vergüenza que le causaba la señora lo dejaba; y si él estuvo muy contento, la alegría de la joven al verlo no fue menor. La noble señora, acogiéndolo y festejándolo y oyéndole lo que sucedido le había, le reprendió mucho de lo que quería hacer contra el gusto de sus parientes; pero viendo que con todo estaba determinado a ello y que agradaba a la joven, dijo:

—¿De qué me preocupo yo? Éstos se aman, éstos se conocen; cada uno de ellos es igualmente amigo de mi marido, y su deseo es honrado, y creo que agrade a Dios; puesto que uno de la horca ha escapado y el otro de la lanza, y ambos dos de las fieras salvajes, hágase así.

Y volviéndose a ellos les dijo:

—Si esto tenéis en el ánimo, querer ser mujer y marido, yo también; hágase, y que las bodas aquí se preparen a expensas de Liello: la paz, después, entre vosotros y vuestros

parientes bien sabré hacerla yo.

Contentísimo Pietro, y más Agnolella, se casaron allí, y como se puede hacer en la montaña, la noble señora preparó sus honradas bodas, y allí los primeros frutos de su amor dulcísimamente gustaron. Luego, de allí a algunos días, la señora junto con ellos montando a caballo, y bien acompañados, volvieron a Roma, donde, encontrando muy airados a los parientes de Pietro por lo que había hecho, con ellos los puso en paz; y él con mucho reposo y placer con su Agnolella hasta su vejez vivió.

Novela cuarta

Ricciardo Manardi es hallado por micer Lizio de Valbona con su hija, con la cual se casa, y con su padre queda en paz.

AL callarse Elisa, las alabanzas que sus compañeras hacían de su historia escuchando, ordenó la reina a Filostrato que él hablase; el cual, riendo, comenzó:

He sido reprendido tantas veces por tantas de vosotras porque os impuse un asunto de narraciones crueles y que movían al llanto, que me parece (para restañar algo aquella pena) estar obligado a contar alguna cosa con la cual algo os haga reír; y por ello, de un amor que no tuvo más pena que algunos suspiros y un breve temor mezclado con vergüenza, y a buen fin llegado, con una historieta muy breve entiendo hablaros.

No ha pasado, valerosas señoras, mucho tiempo desde que hubo en la Romaña un caballero muy de bien y cortés que fue llamado

micer Lizio de Valbona[160], a quien por acaso, cerca de su vejez, le nació una hija de su mujer llamada doña Giacomina; la cual, más que las demás de la comarca al crecer se hizo hermosa y placentera; y porque era la única que les quedaba al padre y a la madre sumamente por ellos era amada y tenida en estima y vigilada con maravilloso cuidado, esperando concertarle un gran matrimonio. Ahora, frecuentaba mucho la casa de micer Lizio y mucho se entretenía con él un joven hermoso y lozano en su persona, que era de los Manardi de Brettinoro[161], llamado Ricciardo, del cual no se guardaban micer Lizio y su mujer más que si hubiera sido su hijo; el cual, una vez y otra habiendo visto a la joven hermosísima y gallarda y de loables maneras y costumbres, y ya en edad de tomar marido, de ella ardientemente se enamoró, y con gran cuidado tenía oculto su amor. De lo cual, percibiéndose la joven, sin esquivar el golpe, semejantemente comenzó a amarle a él, de lo que Ricciardo estuvo muy contento.

Y habiendo muchas veces sentido deseos de decirle algunas palabras, y habiéndose callado por temor, sin embargo una vez, buscando ocasión y valor, le dijo:

—Caterina, te ruego que no me hagas morir de amor.

La joven repuso de súbito:

—¡Quisiera Dios que me hicieses tú más morir a mí!

Esta respuesta mucho placer y valor dio a Ricciardo y le dijo:

—Por mí no quedará nada que te sea grato, pero a ti corresponde encontrar el modo de salvar tu vida y la mía.

La joven entonces dijo:

—Ricciardo, ves lo vigilada que estoy, y por ello no puedo ver cómo puedes venir conmigo; pero si puedes tú ver algo que pueda hacer sin que me deshonre, dímelo, y yo lo haré.

Ricciardo, habiendo pensado muchas cosas, súbitamente dijo:

—Dulce Caterina mía, no puedo ver ningún camino si no es que pudieras dormir o venir arriba a la galería que está junto al jardín de tu padre, donde, si supiese yo que estabas, por la noche sin falta me las arreglaría para llegar, por muy alta que esté.

Y Caterina le respondió:

—Si te pide el corazón venir allí creo que bien podré hacer de manera que allí duerma.

Ricciardo dijo que sí, y dicho esto, una sola vez se besaron a escondidas, y se separaron. Al día siguiente, estando ya cerca el final de mayo, la joven comenzó delante de la madre a quejarse de que la noche anterior, por el excesivo calor, no había podido dormir.

Dijo la madre:

—Hija, pero ¿qué calor fue ése? No hizo calor ninguno.

Y Caterina le dijo:

—Madre mía, deberíais decir «a mi parecer» y tal vez diríais bien; pero deberíais pensar en lo mucho más calurosas que son las muchachas que las mujeres mayores.

La señora dijo entonces:

—Hija, es verdad, pero yo no puedo hacer calor y frío a mi gusto, como tú parece que querrías; el tiempo hay que sufrirlo como lo dan las estaciones; tal vez esta noche hará más fresco y dormirás mejor.

—Quiera Dios —dijo Caterina—, pero no suele ser costumbre, yendo hacia el verano, que las noches vayan refrescándose.

—Pues —dijo la señora—, ¿qué vamos a hacerle?

Repuso Caterina:

—Si a mi padre y a vos os placiera, yo mandaría hacer una camita en la galería que está junto a su alcoba y sobre su jardín, y dormiría allí oyendo cantar el ruiseñor; y teniendo un sitio más fresco, mucho mejor estaría que en vuestra alcoba.

La madre entonces dijo:

—Hija, cálmate; se lo diré a tu padre, y si él lo quiere así lo haremos. Las cuales cosas oyendo micer Lizio a su mujer, porque era viejo y quizá por ello un tanto malhumorado, dijo:

—¿Qué ruiseñor es ése con el que quiere dormirse? También voy a hacerla dormir con el canto de las cigarras.

Lo que sabiendo Caterina, más por enfado que por calor, no solamente la noche siguiente no durmió sino que no dejó dormir a su madre, siempre quejándose del mucho calor, lo que habiendo visto la madre fue por la mañana a micer Lizio y le dijo:

—Micer, vos no queréis mucho a esta joven; ¿qué os hace durmiendo en esa galería? En toda la noche no ha cerrado el ojo por el calor; y además, ¿os asombráis porque le guste el canto del ruiseñor siendo como es una

criatura? A los jóvenes les gustan las cosas semejantes a ellos.

Micer Lizio, al oír esto, dijo:

—Vaya, ¡que le hagan una cama como pueda caber allí y haz que la rodeen con sarga, y que duerma allí y que oiga cantar el ruiseñor hasta hartarse!

La joven, enterada de esto, prontamente hizo preparar allí una cama; y debiendo dormir allí la noche siguiente, esperó hasta que vio a Ricciardo y le hizo una señal convenida entre ellos, por la que entendió lo que tenía que hacer.

Micer Lizio, sintiendo que la joven se había acostado, cerrando una puerta que de su alcoba daba a la galería, del mismo modo se fue a dormir. Ricciardo, cuando por todas partes sintió las cosas tranquilas, con la ayuda de una escala subió al muro, y luego desde aquel muro, agarrándose a unos saledizos de otro muro, con gran trabajo (y peligro si se hubiese caído), llegó a la galería, donde calladamente con grandísimo gozo fue recibido por la joven; y luego de muchos besos se acostaron juntos y durante toda la noche tomaron uno del otro deleite y placer, haciendo muchas veces cantar al ruiseñor. Y siendo las

noches cortas y el placer grande, y ya cercano el día (lo que no pensaban), caldeados tanto por el tiempo como por el jugueteo, sin tener nada encima se quedaron dormidos, teniendo Caterina con el brazo derecho abrazado a Ricciardo bajo el cuello y cogiéndole con la mano izquierda por esa cosa que vosotras mucho os avergonzáis de nombrar cuando estáis entre hombres. Y durmiendo de tal manera sin despertarse, llegó el día y se levantó micer Lizio; y acordándose de que su hija dormía en la galería, abriendo la puerta silenciosamente, dijo:

—Voy a ver cómo el ruiseñor ha hecho dormir esta noche a Caterina.

Y saliendo afuera calladamente, levantó la sarga con que estaba oculta la cama, y a Ricciardo y a ella se encontró desnudos y destapados que dormían en la guisa arriba descrita; y habiendo bien conocido a Ricciardo, en silencio se fue de allí y se fue a la alcoba de su mujer y la llamó diciendo:

—Anda, mujer, pronto, levántate y ven a ver que tu hija estaba tan deseosa del ruiseñor que tanto lo ha acechado que lo ha cogido y lo tiene en la mano.

Dijo la señora:

—¿Cómo puede ser eso?

Dijo micer Lizio:

—Lo verás si vienes enseguida.

La señora, apresurándose a vestirse, en silencio siguió a micer Lizio, y llegando los dos juntos a la cama y levantada la sarga claramente pudo ver doña Giacomina cómo su hija había cogido y tenía el ruiseñor que tanto deseaba oír cantar. Por lo que la señora sintiéndose gravemente engañada por Ricciardo quiso dar gritos y decirle grandes injurias, pero micer Francisco le dijo:

—Mujer, guárdate, si estimas mi amor, de decir palabra porque en verdad, ya que lo ha cogido, será suyo. Ricciardo es un joven noble y rico; no puede darnos sino buen linaje; si quiere separarse de mí con buenos modos tendrá que casarse primero con ella, así se encontrará con que ha metido el ruiseñor en su jaula y no en la ajena.

Por lo que la señora, consolada, viendo que su marido no estaba irritado por este asunto, y considerando que su hija había pasado una buena noche y había descansado bien y había cogido el ruiseñor, se calló. Y pocas palabras dijeron después de éstas, hasta que Ricciardo se despertó; y viendo que era día claro se tuvo

por muerto, y llamó a Caterina diciendo:

—¡Ay de mí, alma mía! ¿Qué haremos que ha venido el día y me ha cogido aquí?

A cuyas palabras micer Lizio, llegando de dentro y levantando la sarga contestó:

—Haremos lo que podamos.

Cuando Ricciardo lo vio, le pareció que le arrancaban el corazón del pecho; e incorporándose en la cama dijo:

—Señor mío, os pido merced por Dios, sé que como hombre desleal y malvado he merecido la muerte, y por ello haced de mí lo que os plazca, pero os ruego, si puede ser, que tengáis piedad de mi vida y no me matéis.

Micer Lizio le dijo:

—Ricciardo, esto no lo ha merecido el amor que te tenía y la confianza que ponía en ti; pero puesto que es así, y que a tan gran falta te ha llevado la juventud, para salvarte de la muerte y a mí de la deshonra, antes de moverte toma a Caterina por tu legítima esposa, para que, así como esta noche ha sido tuya, lo sea mientras viva; y de esta guisa puedes mi perdón y su salvación lograr, y si no quieres hacer eso encomienda a Dios tu alma.

Mientras estas palabras se decían, Caterina soltó el ruiseñor y, despertándose, comenzó a llorar amargamente y a rogar a su padre que perdonase a Ricciardo; y por otra parte rogaba a Ricciardo que hiciese lo que micer Lizio quería, para que con tranquilidad y mucho tiempo pudiesen pasar juntos tales noches. Pero no hubo necesidad de muchos ruegos porque, por una parte, la vergüenza de la falta cometida y el deseo de enmendarla y, por otra, el miedo a morir y el deseo de salvarse, y además de esto el ardiente amor y el apetito de poseer la cosa amada, de buena gana y sin tardanza le hicieron decir que estaba dispuesto a hacer lo que le placía a micer Lizio; por lo que pidiendo micer Lizio a la señora Giacomina uno de sus anillos, allí, sin moverse, en su presencia, Ricciardo tomó por mujer a Caterina.

La cual cosa hecha, micer Lizio y su mujer, yéndose, dijeron:

—Descansad ahora, que tal vez lo necesitáis más que levantaros.

Y habiendo partido ellos, los jóvenes se abrazaron el uno al otro, y no habiendo andado más que seis millas por la noche anduvieron otras dos antes de levantarse, y terminaron su primera jornada. Levantándose luego, y

teniendo ya Ricciardo una ordenada conversación con micer Lizio, pocos días después, como convenía, en presencia de sus amigos y de los parientes, de nuevo desposó a la joven y con gran fiesta se la llevó a su casa y celebró honradas y hermosas bodas, y luego con él largamente en paz y tranquilidad, muchas veces y cuanto quiso dio caza a los ruiseñores de día y de noche.

Novela quinta

Guidotto de Cremona deja a Giacomino de Pavia una niña y se muere; a la cual Giannole de Severino y Minghino de Mingole aman en Faenza; llegan a las manos; se descubre que la muchacha es hermana de Giannole y se entrega por esposa a Minghino.

HABÍAN reído tanto todas las mujeres, escuchando la historia del ruiseñor, que todavía, aunque Filostrato hubiera terminado de novelar, no podían dejar de reírse.

Pero al cabo, luego de que un rato se hubieron reído, dijo la reina:

—Ciertamente, aunque nos afligiste ayer, nos has divertido hoy tanto, que ninguna debe quejarse de ti con razón.

Y habiendo remitido la palabra a Neifile, le ordenó que novelase; la cual alegremente, así comenzó a hablar:

Puesto que Filostrato ha entrado, hablando,

en la Romaña, a mí me agradará también andar algún tanto por ella paseándome con mi novelar.

Digo, pues, que vivieron antiguamente en la ciudad de Fano dos lombardos de los cuales uno fue llamado Guidotto de Cremona y el otro Giacomino de Pavia, hombres ya de edad y que habían pasado su juventud casi toda en hechos de armas y como soldados; donde, llegándole la hora de la muerte a Guidotto, y no teniendo ningún hijo ni otro amigo o pariente en quien confiar más de lo que hacía en Giacomino, una hija suya de unos diez años y lo que en el mundo tenía, hablándole mucho de sus asuntos, le dejó, y se murió.

Sucedió en estos tiempos que la ciudad de Faenza, que largamente había estado en guerra y en desventura, a un estado mejor volvió, y fue, a cualquiera que quisiese volver, libremente concedido que pudiese volver[162]; por la cual cosa, Giacomino, que otras veces había vivido allí, y le placía la estancia, allí se volvió con todas sus cosas, y con él se llevó a la muchacha que le había dejado Guidotto, a quien como a hija propia amaba y trataba. La cual, creciendo, se hizo hermosísima joven tanto como cualquiera otra que hubiese en la ciudad; y tanto como era hermosa era cortés y honrada, por la cual cosa empezaron a

cortejarla algunos, pero sobre todo dos jóvenes muy gallardos e igualmente de pro le cogieron grandísimo amor, en tanto que por celos empezaron a tenerse un odio desmesurado: y se llamaba el uno Giannole de Severino y el otro Minghino de Mingole.

Y ninguno de ellos, teniendo ella quince años, hubiese dejado de tomarla por mujer si sus parientes lo hubieran sufrido; por lo que, viendo que en la manera honesta se la prohibían, cada uno se dedicó a conquistarla de la manera que mejor pudiese. Tenía Giacomino en casa una criada de edad y un criado que tenía por nombre Crivello, persona divertida y muy amistosa a la cual Giannole, familiarizándose mucho, cuando le pareció oportuno le descubrió su amor, rogándole que le fuese favorable para poder obtener su deseo, y grandes cosas si lo hacía prometiéndole.

A quien Crivello dijo:

—Mira, en esto no podré hacer otra cosa por ti sino que cuando Giacomino se vaya a alguna parte a cenar, meterte donde ella estuviera, porque si le quisiera decir algo por ti no se quedaría nunca escuchándome. Esto, si te place, te lo prometo, y lo haré; haz luego, si sabes, lo que creas que esté bien.

Giannole le dijo que no quería más, y quedaron de acuerdo en esto. Minghino, por otra parte, había conquistado a la criada y conseguido tanto con ella que muchas veces le había llevado sus embajadas a la muchacha y casi con su amor la había inflamado; y además de esto, le había prometido reunirlo con ella si sucediese que Giacomino por alguna razón se fuese de casa por la noche.

Sucediendo, pues, no mucho después de estas palabras que, por obra de Crivello, Giacomino se fue a cenar con un amigo suyo, haciéndolo saber a Giannole, acordó con él que, cuando hiciese cierta señal, viniera, y encontraría la puerta abierta.

La criada, por otra parte, no sabiendo nada de esto, avisó a Minghino de que Giacomino no cenaba allí, y le dijo que estuviera cerca de la casa, de manera que cuando viese una señal que le haría ella, viniera y entrase dentro.

Llegada la noche, no sabiendo los dos amantes nada el uno del otro, sospechando cada uno del otro, con algunos compañeros armados se fue a entrar en posesión de ésta; Minghino, con los suyos, a esperar la señal se instaló en casa de un amigo suyo vecino de la joven; Giannole, con los suyos se quedó un poco alejado de la casa. Crivello y la criada, no

estando allí Giacomino, se ingeniaban en quitarse de en medio el uno al otro.

Crivello decía a la criada:

—¿Cómo no te vas a dormir? ¿Qué haces dando vueltas por la casa?

Y la criada le decía:

—Pero ¿tú por qué no te vas con el señor? ¿Qué estás esperando aquí si ya has cenado?

Y así, el uno no podía hacer mover al otro.

Pero Crivello, viendo que había llegado el momento concertado con Giannole, se dijo:

«¿Qué me importa ésta? Si no se calla, tendrá lo que se merece».

Y hecha la señal convenida, se fue a abrir la puerta; y Giannole, venido prontamente con dos de sus compañeros, entró, y encontrando a la joven en la sala, la cogieron para llevársela. La joven empezó a resistir y a gritar fuertemente, y la criada del mismo modo; lo que sintiendo Minghino, prestamente con sus compañeros allá corrió y, viendo que ya sacaban a la joven por la puerta, sacando las espadas, gritaron todos:

—¡Alto, traidores, muertos sois! No os

saldréis con la vuestra; ¿qué violencia es ésta?

Y dicho esto, comenzaron a herirles y, por otra parte, la vecindad, saliendo fuera al alboroto con luces y con armas, comenzaron a condenar aquello y a ayudar a Minghino; por lo que, luego de larga pelea, Minghino le quitó la joven a Giannole y la volvió a llevar a casa de Giacomino; y no se había terminado la reyerta cuando los soldados del capitán de la ciudad llegaron allí y cogieron a muchos de aquéllos, y entre otros fueron presos Minghino y Giannole y Crivello, y llevados a prisión.

Pero tranquilizada luego la cosa y habiendo vuelto Giacomino, y muy sañudo con este incidente, examinando cómo había sido, y encontrando que en nada tenía culpa la joven, se tranquilizó un tanto, proponiéndose, para que más casos semejantes no sucedieran, casarla lo antes que pudiera.

Llegada la mañana, los parientes de una parte y de la otra, habiendo la verdad del caso oída y conociendo el mal que a los jóvenes apresados podía sobrevenirles si Giacomino quería poner en obra lo que razonablemente habría podido, se fueron a él y con suaves palabras le rogaron que a la ofensa recibida del poco juicio de los jóvenes no mirase tanto cuanto al amor y a la benevolencia que creían

que les tenía a aquellos que le rogaban, ofreciéndose luego ellos mismos y los jóvenes que habían causado el mal a poner en obra toda reparación que él exigiese.

Giacomino, que durante su vida habría visto muchas cosas y era de buenos sentimientos, repuso brevemente:

—Señores, si como estoy en la vuestra estuviese en mi ciudad, me tengo tanto por vuestro amigo que ni en esto ni en otra cosa haría sino lo que os pluguiese; y además de esto, más debo plegarme a vuestra voluntad en cuanto vosotros os habéis ofendido a vosotros mismos, porque esta joven no es de Cremona ni de Pavia, como tal vez muchos juzgan, sino faentina, si bien ni yo ni ella ni aquel de quien yo la obtuve supimos nunca de quién fuese hija; por lo cual de lo que me rogáis, haré tanto como esté en mi poder.

Los valerosos hombres, oyendo que era de Faenza se maravillaron; y dándole las gracias a Giacomino por su generosa respuesta le rogaron que le pluguiera decirles cómo había llegado ella a sus manos y cómo sabía que fuese faentina; a los que Giacomino dijo:

—Guidotto de Cremona fue mi compañero y amigo, y llegada la hora de su muerte me dijo

que cuando esta ciudad fue tomada por Federico el emperador[163] estando pillando todo, entró él con sus compañeros en una casa y la encontró llena de cosas y abandonada por sus habitantes, salvo por esta niña, quien, de edad de dos años o menos, a él que subía las escaleras le llamó padre; por la cual cosa, sintiendo lástima de ella, junto con todas las cosas de la casa se la llevó consigo y se fue a Fano y, muriendo allí, con lo que tenía allí me la dejó, ordenándome que cuando fuera tiempo la casara y lo que había sido suyo le diese por dote. Y llegando a edad de tener marido, no he podido darla a nadie que me guste; pero lo haré de buena gana antes de que otro caso semejante a aquel de ayer noche me suceda.

Había allí, entre los otros, un Guigliemino de Medicina[164] que con Guidotto había estado en aquel asunto, y muy bien sabía de quién era la casa que Guidotto había robado; y viéndolo allí entre los otros, se le acercó y le dijo:

—Bernabuccio, ¿oyes lo que dice Giacomino?

Dijo Bernabuccio:

—Sí, y ha poco pensaba en ello porque me acuerdo que en aquella turbamulta perdí una hijita de la edad que Giacomino dice.

A quien Guigliemino dijo:

—Con certeza aquélla es ésta porque yo hace tiempo estuve en una parte donde oí a Guidotto explicar dónde había el pillaje, y supe que había sido tu casa; por ello, acuérdate si por alguna señal creerías reconocerla y hazla buscar, que encontrarás que con certeza es tu hija.

Por lo que, pensando Bernabuccio, se acordó que debía tener una cicatriz a guisa de crucecita sobre la oreja izquierda, por un nacido que le había hecho quitar poco antes de aquel accidente, por lo que, sin dilación, acercándose a Giacomino que todavía estaba allí, le rogó que lo llevara a su casa y le dejase ver a esta joven.

Giacomino le llevó allí de buen grado y la hizo venir ante él; la cual, al verla Bernabuccio, la cara misma de su madre, que todavía era una hermosa mujer, le pareció ver; pero sin embargo, no quedándose en esto, dijo a Giacomino que le pedía la gracia de poder levantarle un poco los cabellos sobre la oreja izquierda, de lo que Giacomino estuvo contento. Bernabuccio, acercándose a ella, que vergonzosamente estaba quieta, levantados con la mano derecha los cabellos, la cruz vio; por donde, verdaderamente conociendo que

era su hija, tiernamente comenzó a llorar y a abrazarla, aunque ella se escabullese, y vuelto a Giacomino dijo:

—Hermano mío, ésta es mi hija; mi casa fue la que fue pillada por Guidotto, y ésta, en aquel frenesí súbito, fue dentro olvidada por mi mujer y su madre, y hasta ahora habíamos creído que en la casa, que aquel mismo día ardió, había ardido.

La joven, oyendo esto y viéndolo hombre de edad, y dando fe a sus palabras y, por oculta virtud movida, recibiendo sus abrazos, con él tiernamente comenzó a llorar. Bernabuccio en el mismo momento mandó a por su madre y a por otros parientes suyos y a por sus hermanos, y mostrándola a todos y contándoles el hecho, después de mil abrazos, haciendo una gran fiesta, estando Giacomino muy contento, consigo a su casa la llevó.

Sabido aquello el capitán de la ciudad, que era hombre valeroso, y sabiendo que Giannole, a quien tenía preso, hijo era de Bernabuccio y hermano carnal de aquélla, pensó pasar por alto mansamente la falta cometida por aquél; e interviniendo en estas cosas, con Bernabuccio y con Giacomino, a Giannole y a Minghino hizo hacer las paces, y a Minghino, con gran placer de todos sus parientes, dio por mujer a la

joven, cuyo nombre era Agnesa, y junto con ellos liberó a Crivello y a los otros que detenidos habían sido por esta razón; y Minghino luego hizo contentísimo buenas y grandes bodas, Y llevándosela a casa, con ella en paz y en prosperidad después vivió muchos años.

Novela sexta

Gian de Prócida[165], hallado con una joven amada por él y regalada al rey Federico[166], para ser quemado con ella es atado a un palo, reconocido por Ruggier de Loria[167], se salva y la toma por mujer.

TERMINADA la historia de Neifile, que mucho había gustado a las damas, mandó la reina a Pampínea que se dispusiese a contar alguna; la cual, prestamente, levantando el claro rostro, comenzó:

Grandísimas fuerzas, amables señoras, son las de Amor, y a grandes fatigas y a exorbitantes peligros exponen a los amantes, como por muchas cosas contadas hoy y otras veces, puede comprenderse; pero no dejo de querer probarlo de nuevo con la osadía de un joven enamorado.

Ischia es una isla muy cercana a Nápoles, en la que antiguamente hubo una jovencita entre las otras hermosa y muy alegre cuyo

nombre fue Restituta, e hija de un hombre noble de la isla que Marín Bólgaro[168] tenía por nombre; la cual, a un mozuelo que de una islita cercana a Ischia era, llamada Prócida, y por nombre tenía Gianni, amaba más que a su vida, y ella a él. El cual, no ya el día venía a pasar a Ischia para verla, sino que muchas veces de noche, no habiendo encontrado barca, desde Prócida a Ischia nadando había ido, para poder ver, si otra cosa no podía, al menos las paredes de su casa.

Y durante estos amores tan ardientes sucedió que, estando la joven un día de verano sola junto al mar, yendo de roca en roca desprendiendo de las piedras conchas marinas con un cuchillito, se halló en un lugar oculto por los escollos donde, tanto por la sombra como por la comodidad de una fuente de agua fresquísima que allí había, se habían detenido con su fragata algunos jóvenes sicilianos, que de Nápoles venían. Los cuales, habiendo visto a la hermosísima joven que todavía no los veía, y viéndola sola, decidieron entre sí cogerla y llevársela; y a la decisión siguió el acto. Ellos, por mucho que ella gritara, cogiéndola, la subieron a la barca y se fueron; y llegados a Calabria empezaron a discutir de quién debía ser la joven y, en resumen, todos la querían, por lo que no hallando acuerdo entre ellos,

temiendo llegar a las manos y por ella arruinar sus asuntos, llegaron al acuerdo de regalarla al rey Federico de Sicilia, que entonces era joven y con cosas semejantes se entretenía; y llegados a Palermo lo hicieron así.

El rey, viéndola hermosa, le gustó; pero porque se sentía flojo de salud, hasta que se sintiese más fuerte, mandó que fuese tenida en ciertos edificios bellísimos de un jardín suyo al que llamaba La Cuba[169] y allí servida; y así se hizo. El alboroto por el rapto de la joven fue grande en Ischia, y lo que más les dolía es que no podían saber quiénes habían sido los que la habían raptado. Pero Gianni, a quien más que a los demás importaba, no esperando poder averiguarlo en Ischia, sabiendo de qué lado se había ido la fragata, haciendo armar una, subió a ella y lo más pronto que pudo, recorrida toda la costa desde el Minerva hasta el Scalea en Calabria[170], y por todas partes preguntando por la joven, le dijeron en Scalea que había sido llevada por los marinos sicilianos a Palermo; con lo que Gianni, lo antes que pudo se hizo llevar allí, y luego de mucho buscar, encontrando que la joven había sido regalada al rey y por él estaba vigilada en La Cuba, se enfureció mucho y perdió la esperanza, no ya de poder nunca volver a tenerla sino de verla tan sólo.

Pero, retenido por el amor, despidiendo la fragata, viendo que por nadie era conocido, allí se quedó, y frecuentemente pasando por La Cuba llegó a verla un día a una ventana, y ella lo vio a él; con lo que los dos bastante contento tuvieron. Y viendo Gianni que el lugar era solitario, acercándose como pudo, le habló e, informado por ella de lo que tenía que hacer si quería hablarle más de cerca, se fue, habiendo primero considerado en todos sus detalles la disposición del lugar, y esperando la noche, y dejando pasar buena parte de ella, allá se volvió, y agarrándose a sitios donde no habrían podido hincarse picos en el jardín entró, y encontrando en él una pértiga, a la ventana que le había enseñado la joven la apoyó, y por ella con bastante facilidad subió.

La joven, pareciéndole que ya había perdido el honor por cuya protección algo arisca había sido con él en el pasado, pensando que a ninguna otra persona más dignamente que a él podía entregarse y pensando en poder inducirlo a sacarla de allí, había decidido complacerle en todos sus deseos, y por ello había dejado la ventana abierta, para que él rápidamente pudiese entrar dentro. Encontrándola, pues, Gianni abierta, silenciosamente entró y se acostó junto a la joven que no dormía. La cual, antes de pasar a

otra cosa, le manifestó toda su intención, rogándole sumamente que la sacase de allí y la llevase con él; y Gianni le dijo que nada le agradaría tanto como aquello y que, sin falta, cuando se separase de ella, de tal manera ordenaría las cosas que la primera vez que volviese allí se la llevaría. Y después de esto, abrazándose con grandísimo placer, gozaron de aquel deleite más allá del cual ninguno mayor puede conceder Amor; y luego de que lo hubieron reiterado muchas veces, sin darse cuenta se quedaron dormidos uno en los brazos del otro.

El rey, a quien ella había gustado mucho a primera vista, acordándose de ella, sintiéndose bien de salud, aunque estaba ya cercano el día, deliberó ir a estar un rato con ella; y con algunos de sus servidores, calladamente, se fue a La Cuba, y entrando en los edificios, haciendo abrir sin ruido la alcoba donde sabía que dormía la joven, en ella con un gran candelabro encendido por delante entró; y mirando la cama, a ella y a Gianni, desnudos y abrazados, vio que estaban durmiendo. De lo que de súbito se enojó ferozmente y montó en tan grande ira, sin decir palabra, que poco faltó para que allí, con un puñal que llevaba al cinto, los matase; luego, juzgando cosa vilísima que cualquier hombre, y no ya un rey, matase a dos

personas desnudas que dormían, se detuvo, y pensó hacerlos morir en público y quemados.

Y volviéndose al solo compañero que tenía consigo, dijo:

—¿Qué te parece esta mala mujer en quién había puesto mi esperanza?

Y luego le preguntó si conocía al joven que tanta audacia había tenido que había venido a su casa a causarle tan gran ultraje y disgusto. Aquél a quien preguntado había contestó que no se acordaba de haberlo visto nunca. Se fue el rey, pues, airado, de la alcoba y mandó que los dos amantes, desnudos como estaban, fuesen apresados y atados, y al hacerse día claro los llevasen a Palermo y en la plaza, atados a un poste con la espalda de uno vuelta contra la del otro y hasta la hora de tercia fueran tenidos, para que pudiesen ser vistos por todos y luego fuesen quemados como lo habían merecido; y dicho esto se volvió a Palermo a su cámara muy sañudo.

Partido el rey, súbitamente muchos se arrojaron sobre los dos amantes y no solamente los despertaron sino que prestamente sin ninguna piedad los cogieron y los ataron; lo que viendo los dos jóvenes, si se dolieron y temieron por sus vidas y lloraron y se

quejaron, puede estar bastante claro. Fueron, según el mandato del rey, llevados a Palermo y atados a un palo en la plaza, y delante de sus ojos se preparó la leña y el fuego para prenderla a la hora mandada por el rey. Allí rápidamente todos los palermitanos, hombres y mujeres, corrieron a ver a los dos amantes; los hombres todos venían a mirar a la joven, y lo hermosa que era por todas partes y lo bien hecha alababan, como las mujeres, que a mirar al joven corrían, a él por otra parte elogiaban por ser hermoso y sumamente bien formado. Pero los desventurados amantes, avergonzándose mucho ambos, estaban con la cabeza baja y llorando su infortunio, de hora en hora, esperando la cruel muerte por el fuego.

Y mientras así hasta la hora fijada eran tenidos, pregonándose por todas partes la falta cometida por ellos y llegando a los oídos de Ruggier de Loria, hombre de inestimable valor y entonces almirante del rey, para verlos se fue hacia el lugar donde estaban atados y llegado allí, primero miró a la joven y la alabó de su hermosura, y después viniendo a mirar al joven, sin demasiado trabajo lo reconoció; y acercándose más a él, le preguntó si era Gianni de Prócida.

Gianni, alzando el rostro y reconociendo al almirante, repuso:

—Señor mío, bien fui aquél por quien preguntáis, pero estoy a punto de dejar de serlo.

Le preguntó entonces el almirante que qué le había llevado a aquello; al cual Gianni repuso:

—Amor y la ira del rey.

Hízose el almirante explicar más la historia, y habiendo oído todo cómo había sucedido, y queriendo irse, lo llamó Gianni y le dijo:

—¡Ah, señor mío! Si puede ser, alcanzadme una gracia de quien así me hace estar.

Ruggeri le pregunto que cuál.

Gianni le dijo:

—Veo que debo, y muy pronto, morir; quiero, pues, de gracia, que, como estoy con esta joven, a quien más que a mi vida he amado, y ella a mí, dándole la espalda, y ella a mí, que nos pongan dándonos la cara, para que al verla la cara mientras me esté muriendo pueda irme consolado.

Ruggier, sonriendo, dijo:

—Haré con gusto que la veas todavía tanto

que te hartes de ella.

Y separándose de él, mandó a aquéllos a quienes había sido ordenado poner aquello en ejecución que sin otro mandato del rey no debían hacer más de lo que habían hecho; y sin demora se fue al rey, al cual, aunque le viese airado, no dejó de decirle lo que pensaba, y le dijo:

—Rey, ¿en qué te han ofendido los dos jóvenes que allí arriba, en la plaza, has mandado que sean quemados?

El rey se lo dijo.

Continuó Ruggier:

—La falta que han cometido lo merece, pero no de ti; y como las faltas merecen castigo, así los beneficios merecen recompensa, además de la gracia y la misericordia. ¿Sabes quiénes son ésos a quienes quieres que quemen?

El rey repuso que no.

Dijo entonces Ruggier:

—Y yo quiero que lo sepas para que veas cuán discretamente te abandonas a los impulsos de la ira. El joven es hijo de Landolfo de Prócida, hermano carnal de micer Gian de

Prócida por obra de quien eres rey y señor de esta isla; la joven es hija de Marín Bólgaro, cuyo poder hace hoy que tu señorío no sea arrojado de Sicilia. Son, además de esto, jóvenes que largamente se han amado y empujados por el amor y no por el deseo de desafiar tu señoría, este pecado, si se puede llamar pecado al que por amor hacen los jóvenes, han cometido. Por lo que ¿cómo quieres hacerlos morir cuando con grandísimos placeres y presentes deberías honrarlos?

El rey, oyendo esto y cerciorándose de que Ruggier decía verdad, no solamente no procedió a hacer lo peor contra ellos sino que se arrepintió de lo que había hecho, por lo que incontinenti mandó que los dos jóvenes fuesen desatados de la estaca y llevados ante él; y así se hizo.

Y habiendo conocido enteramente su condición pensó que con honores y con dones tenía que compensar la injuria; y haciéndolos vestir honorablemente, viendo que era de mutuo consentimiento, a Gianni hizo casarse con la jovencita, y haciéndoles magníficos presentes, contentos los mandó a su casa, donde, recibidos con grandísima fiesta, largamente en placer y en gozo vivieron juntos.

Novela séptima

Teodoro, enamorado de Violante, hija de micer Amffigo su señor, la deja preñada y es condenado a la horca, siendo llevado a la cual, mientras le iban azotando, reconocido por su padre y puesto en libertad, toma por mujer a Violante.

LAS señoras, que temerosas estaban pendientes de oír si los dos amantes eran quemados, oyendo que se habían salvado, se alegraron dando gracias a Dios; y la reina, oído el final, a Laureta dio el encargo de la siguiente: la cual alegremente comenzó a decir:

Hermosísimas damas, en tiempos en que el buen rey Guiglielmo gobernaba Sicilia[171] había en la isla un gentilhombre llamado micer Amérigo Abate de Trápani[172], el cual, entre los demás bienes temporales, estaba bien provisto de hijos; por lo que, teniendo necesidad de servidores y viniendo galeras de los corsarios genoveses de Levante[173] que pirateando y costeando Armenia a muchos muchachos habían apresado, de ellos, creyéndolos turcos,

compró algunos, entre los cuales, aunque todos los demás pareciesen pastores, había uno que de gentil y mejor aspecto que ningún otro parecía, y era llamado Teodoro. El cual, creciendo, aunque fuese tratado a guisa de siervo, en la casa mucho con los hijos de micer Amérigo se crió; y tirando más su naturaleza que los accidentes, comenzó a ser cortés y de buenos modales, hasta tal punto que tanto gustaba a micer Amérigo que lo hizo libre; y creyendo que fuese turco, lo hizo bautizar y llamar Pietro, y lo hizo de sus asuntos administrador, confiando mucho en él.

Como los otros hijos de micer Amérigo, igual creció una hija suya llamada Violante, hermosa y delicada joven, la cual, pasando el tiempo el padre sin casarla, se enamoró por acaso de Pietro, y amándolo y teniendo en gran estima sus maneras y sus obras, sentía vergüenza, sin embargo, en descubrírselo. Pero Amor le quitó este trabajo porque, habiéndola Pietro mirado muchas veces cautelosamente, tanto se había enamorado de ella que no sentía ningún bien sino cuando la veía; pero mucho temía que de esto alguien se percatase, pareciéndole que no hacía bien con ello; de lo que la joven, que de buena gana lo miraba, se apercibió, y para darle más seguridad, contentísima (como estaba) se le

mostraba.

Y en esto pasaron bastante, no atreviéndose a decir el uno al otro cosa alguna, aunque mucho los dos lo deseaban. Pero mientras ellos por igual ardían en las amorosas llamas encendidos, la fortuna, como si hubiese decidido que quería que aquello sucediese, encontró el modo de arrojar de ellos el temeroso miedo que los retenía. Tenía micer Amérigo, aproximadamente a una milla de Trápani, un lugar suyo muy hermoso al que su mujer con la hija y con otras mujeres y señoras acostumbraba a ir frecuentemente para distraerse; donde, habiendo ido un día que hacía mucho calor, y habiendo llevado consigo a Pietro y quedándose allí, sucedió (como a veces vemos suceder en el verano) que súbitamente se cubrió el cielo con oscuras nubes, por la cual cosa, la señora con su compañía, para que el mal tiempo no las cogiese aquí, se pusieron en camino para volver a Trápani; y andaban lo más deprisa que podían. Pero Pietro, que era joven y del mismo modo la muchacha, se adelantaban bastante al andar de su madre y de las otras compañeras, tal vez no menos empujados por el amor que por el miedo al tiempo; y habiendo ya avanzado tanto, con relación a la señora y a las otras, que apenas se veían, sucedió que luego de

muchos truenos súbitamente un granizo gruesísimo y espeso comenzó a caer, del que la señora y su compañía escaparon en casa de un labrador.

Pietro y la joven, no teniendo más rápido refugio, entraron en una iglesia antigua y casi en ruinas en la que no había nadie, y en ella, bajo un poco de techo que todavía quedaba, se refugiaron ambos; y les obligó la necesidad del escaso amparo a arrimarse el uno al otro. El cual tocamiento fue ocasión de tranquilizar un poco los ánimos y abrir los amorosos deseos.

Y primero comenzó Pietro a decir:

—¡Quisiera Dios que nunca, debiendo yo estar como estoy, cesase este granizo!

Y la joven dijo:

—¡Mucho me gustaría!

Y de estas palabras vinieron a cogerse las manos y a apretujarse, y de esto a abrazarse y luego a besarse, mientras granizaba; y (para no tener yo que contar todos los particulares) el tiempo no se arregló antes de que ellos, los últimos deleites de amor ya conocidos, para poder secretamente el uno gozar del otro hubiesen hecho acuerdos.

El mal tiempo cesó, y al entrar en la ciudad,

que estaba cerca, esperando a la señora, con ella a casa volvieron. Allí algunas veces, con muy discreto orden y secreto, con gran felicidad juntos se reunieron; y fue la cosa de manera que la joven quedó embarazada, lo que mucho desagradó al uno y al otro, por lo que ella muchas artes usó para poder contra el curso de la naturaleza desembarazarse, pero nunca pudo lograrlo.

Por la cual cosa, Pietro, por su vida temiendo, decidido a huir, se lo dijo; la cual, oyéndolo dijo:

—Si te vas, me mataré sin falta.

A lo que Pietro, que mucho la amaba, dijo:

—¿Cómo quieres, señora mía, que me quede aquí? Tu gravidez descubrirá nuestra culpa, a ti te será perdonada fácilmente, pero yo, mísero, seré quien de tu culpa y la mía tendrá que sufrir la pena.

A quien la joven dijo:

—Pietro, mi pecado bien se sabrá, pero está seguro de que el tuyo, si no lo dices, no se sabrá nunca.



Pietro entonces dijo:

—Puesto que me lo prometes así, me quedaré; pero piensa en cumplirlo.

La joven, que lo más que había podido su preñez había tenido escondida, viendo por el aumento de su cuerpo que más no podía esconderse, con grandísimo llanto un día lo manifestó a su madre, rogándole que la salvase. La señora, desmesuradamente afligida, le dijo grandes injurias y quiso saber cómo había sido la cosa. La joven, para que a Pietro no se le hiciera daño, compuso una fábula, envolviendo la verdad en otras formas. La señora la creyó, y para ocultar la falta de la hija, a una posesión suya la mandó. Allí, llegado el tiempo del parto, gritando la joven como las mujeres hacen, no pensando la madre que aquí micer Amérigo, que casi nunca acostumbraba a hacerlo, fuese a venir, sucedió que, volviendo él de cazar y pasando junto a la alcoba donde su hija gritaba, maravillándose, súbitamente entró dentro y preguntó qué era aquello.

La señora, viendo llegar al marido, levantándose afligida, lo que le había sucedido a su hija le contó, pero él, menos dispuesto a creerla que lo había estado la señora, dijo que no podía ser verdad que no supiera de quién

estaba grávida, y por ello firmemente lo quería saber, y diciéndolo ella podría recobrar su perdón; si no, que pensase en morir sin ninguna piedad. La señora se ingenió en cuanto podía en contentar al marido con lo que ella le había dicho, pero no servía de nada; él, fuera de sí de furor, con la espada desnuda en la mano, corrió a su hija, la cual, mientras su madre entretenía al padre con palabras, había parido un hijo varón, y dijo:

—O manifiestas de quién se engendró este parto o morirás sin dilación.

La joven, temiendo la muerte, rota la promesa hecha a Pietro, lo que entre ella y él había pasado le manifestó, lo que oyendo el caballero y ferozmente enfurecido, apenas se contuvo de matarla, pero luego de que aquello que le dictaba la ira hubo dicho, volviendo a montar a caballo, se vino a Trápani y a un micer Currado que en nombre del rey era capitán allí, la ofensa que le había hecho Pietro contándole, súbitamente, no sospechando él nada, le hizo prender; y dándole tormento, todo lo hecho confesó.

Y siendo después de algunos días condenado por el capitán a que por la ciudad fuese azotado y luego ahorcado, para que una misma hora se llevase de la tierra a los dos

amantes y a su hijo, micer Amérigo, a quien con haber conducido a Pietro a la muerte no se le había calmado la ira, vertió veneno en un vaso con vino, y lo dio a un sirviente suyo y un cuchillo desnudo con ello, y dijo:

—Ve con estas dos cosas a Violante y dile de mi parte que prontamente tome la que quiera de estas dos muertes, o el veneno o el hierro, y que lo haga sin demora; si no, que yo, a la vista de todos los ciudadanos que hay aquí, la haré quemar como lo ha merecido; y hecho esto, cogerás al hijo parido por ella hace pocos días y, golpeándole en la cabeza contra la pared arrójalo de comida a los perros.

Dada por el fiero padre esta cruel sentencia contra su hija y su nieto, el servidor, más al mal que al bien dispuesto, se fue. Pietro, condenado, siendo por los guardias llevado a la horca dándole azotes, pasó, como quisieron los que guiaban la brigada, por delante de un albergue donde había tres hombres nobles de Armenia, los cuales por el rey de Armenia eran enviados a Roma como embajadores a tratar con el Papa de grandísimas cosas para una expedición que se debía hacer[174], allí descendidos para refrescarse y descansar algún día, y que habían sido muy honrados por los hombres nobles de Trápani y especialmente por micer Amérigo. Éstos, sintiendo pasar a los

que llevaban a Pietro, vinieron a una ventana a mirar. Iba Pietro de la cintura para arriba todo desnudo y con las manos atadas atrás, y mirándole uno de los tres embajadores, que era hombre viejo y de gran autoridad llamado Fineo, le vio en el pecho una gran mancha bermeja, no teñida, sino naturalmente fijada en la piel, a modo de esas que las mujeres de aquí llaman «rosas»; vista la cual, súbitamente le vino a la memoria un hijo suyo el cual ya habían pasado quince años desde que por los corsarios le había sido arrebatado en la costa de Layazo, y nunca había podido tener noticias de él.

Y considerando la edad del infeliz que era azotado, pensó que, si estuviese vivo su hijo, debía ser de la edad que aquél parecía, y pensó que si fuese aquél debía todavía recordar su nombre y el de su padre y acordarse de la lengua armenia; por lo que, cuando estuvo cerca, llamó:

—¡Teodoro!

La cual voz oyendo Pietro, rápidamente levantó la cabeza; y Fineo, hablando en armenio, le dijo:

—¿De dónde fuiste y cuyo hijo?

Los soldados que le llevaban, por respeto

al valeroso hombre, se detuvieron, de manera que Pietro respondió:

—Fui de Armenia, hijo de un hombre que tuvo el nombre de Fineo, traído aquí de pequeño por no sé qué gente.

Lo que oyendo Fineo, certísimamente conoció que él era el hijo que había perdido; por lo que, llorando, con sus compañeros bajó y entre todos los soldados corrió a abrazarlo, y echándole encima un manto de riquísimo paño que llevaba, rogó a aquel que le llevaba al suplicio que le pluguiese esperar allí hasta que de volverlo a donde estaba le viniera la orden. Aquél repuso que la esperaría de buen grado.

Había ya Fineo sabido la razón por la que era conducido a la muerte, por lo que rápidamente con sus compañeros y con sus criados se fue a micer Currado y le dijo así:

—Micer, aquél a quien mandáis a morir como a siervo es hombre libre e hijo mío, y está presto a tomar por mujer a aquélla a quien se dice que le ha quitado su virginidad; plázcaos por ello aplazar la ejecución hasta que pueda saberse si ella lo quiere por marido, para que contra la ley si ella lo quiere no os encontréis que habéis obrado.

Micer Currado, oyendo que aquél era hijo

de Fineo se maravilló, y avergonzándose un tanto de la culpa de la fortuna, confesando que era verdad lo que decía Fineo prestamente lo hizo volver a casa y mandó a por micer Amérigo y le dijo aquellas cosas.

Micer Amérigo, que ya creía que la hija y el nieto estaban muertos, se dolió más que ningún hombre en el mundo por lo que había hecho, viendo que si no estuviese muerta se podían muy bien arreglar todas las cosas; pero no dejó de mandar corriendo allí adonde su hija estaba para que si no se había cumplido su orden no se cumpliese. El que fue encontró al criado mandado por micer Amérigo que, habiéndole puesto delante el veneno y el cuchillo, porque ella tan pronto no se decidía, la insultaba y quería obligarla a coger uno, pero oído el mandato de su señor, dejándola, se volvió a él y le dijo cómo estaba el asunto. De lo que, contento micer Amérigo, yendo allí donde estaba Fineo, llorando, como mejor supo se excusó de lo que había sucedido y le pidió perdón, afirmando que él, si Teodoro quería a su hija por mujer, estaría muy contento en dársela.

Fineo recibió de buena gana las excusas, y repuso:

—Entiendo que mi hijo tome a vuestra hija;

y si no quisiera, que se cumpla la sentencia dada contra él.

Estando, pues, Fineo y micer Amérigo de acuerdo, allí donde Teodoro estaba, todavía todo temeroso de la muerte y alegre por haber encontrado a su padre, le preguntaron su voluntad sobre esta cosa. Teodoro, oyendo que Violante, si quisiese, sería su mujer, tanta fue su alegría que del infierno le pareció saltar al paraíso; y dijo que esto sería una grandísima gracia si a ellos les placía. Se mandó, pues, a la joven a preguntarle su parecer, la cual, oyendo lo que de Teodoro había sucedido y estaba por suceder, cuando más doliente que mujer alguna la muerte esperaba, prestando alguna fe después de mucho a las palabras, un poco se alegró y repuso que si ella su deseo siguiese en aquello, nada más feliz podía sucederle que ser la mujer de Teodoro, pero que siempre haría lo que su padre le mandase.

Así, pues, en concordia, haciendo casarse a la joven, se hizo una fiesta grandísima con sumo placer de todos los ciudadanos. La joven, consolándose y haciendo nutrir a su pequeño hijo, luego de no mucho tiempo volvió a ser más hermosa que antes; y levantándose del parto, y ante Fineo (cuya vuelta de Roma se esperó) viniendo, le hizo la reverencia que a un padre; y él, muy contento de tan hermosa

nuera, con grandísima fiesta y alegría hechas celebrar sus bodas, como a hija la recibió y tuvo luego siempre; y después de algunos días, a su hijo y a ella y a su nietecito, subiendo a una galera, con él se los llevó a Layazo, donde con reposo y con placer los dos amantes cuanto la vida les duró vivieron.

Novela octava

Nastagio de los Onesti, amando a una de los Traversari, gasta sus riquezas sin ser amado, se va, importunado por los suyos, a Chiassi, allí ve a un caballero perseguir a una joven y matarla, y ser devorada por dos perros, invita a sus parientes y a la mujer amada a almorzar donde está él, la cual ve despedazar a esta misma joven, y temiendo un caso semejante, toma por marido a Nastagio[175].

AL callarse Laureta, así (por orden de la reina) comenzó Filomena:

Amables señoras, tal como nuestra piedad se alaba, así es castigada también nuestra crueldad por la justicia divina; para demostraros lo cual y daros materia de desecharla para siempre de vosotras, me place contaros una historia no menos lamentable que deleitosa.

En Rávena, antiquísima ciudad de Romaña, ha habido muchos nobles y ricos hombres, entre los cuales un joven llamado

Nastagio de los Onesti[176], que por la muerte de su padre y de un tío suyo quedó riquísimo sin medida, el cual, así como ocurre a los jóvenes, estando sin mujer, se enamoró de una hija de micer Paolo Traversaro, joven mucho más noble de lo que él era, cobrando esperanza de poder inducirla a amarlo con sus obras. Las cuales, aunque grandísimas, buenas y loables fuesen, no solamente de nada le servían sino que parecía que le perjudicaban, tan cruel y arisca se mostraba la jovencita amada, tan altiva y desdeñosa (tal vez a causa de su singular hermosura o de su nobleza) que ni él ni nada que él hiciera le agradaba; la cual cosa le era tan penosa de soportar a Nastagio, que muchas veces por dolor, después de haberse lamentado, le vino el deseo de matarse; pero refrenándose, sin embargo, se propuso muchas veces dejarla por completo o, si pudiera, odiarla como ella le odiaba a él. Pero en vano tal decisión tomaba porque parecía que cuanto más le faltaba la esperanza tanto más se multiplicaba su amor.

Perseverando, pues, el joven en amar y en gastar desmesuradamente, pareció a algunos de sus amigos y parientes que él mismo y sus haberes por igual iban a consumirse; por la cual cosa muchas veces le rogaron y aconsejaron que se fuera de Rávena y a algún

otro sitio durante algún tiempo se fuese a vivir, porque, haciéndolo así, haría disminuir el amor y los gastos. De este consejo muchas veces se burló Nastagio; mas, sin embargo, siendo requerido por ellos, no pudiendo decir tanto que no, dijo que lo haría, y haciendo hacer grandes preparativos, como si a Francia o a España o a algún otro lugar lejano ir quisiese, montado a caballo y acompañado por algunos de sus amigos, de Rávena salió y se fue a un lugar a unas tres millas de Rávena, que se llamaba Chiassi; y haciendo venir allí pabellones y tiendas, dijo a quienes le habían acompañado que quería quedarse allí y que ellos a Rávena se volvieran.

Quedándose aquí, pues, Nastagio, comenzó a darse la mejor vida y más magnífica que nunca nadie se dio, ahora a éstos y ahora a aquéllos invitando a cenar y a almorzar, como acostumbraba. Ahora, sucedió que un viernes, casi a la entrada de mayo, haciendo un tiempo buenísimo, y empezando él a pensar en su cruel señora, mandando a todos sus criados que solo le dejasen, para poder pensar más a su gusto, echando un pie delante de otro, pensando se quedó abstraído.

Y habiendo pasado ya casi la hora quinta del día, y habiéndose adentrado ya una medía milla por el pinar, no acordándose de comer ni

de ninguna otra cosa, súbitamente le pareció oír un grandísimo llanto y ayes altísimos dados por una mujer, por lo que, rotos sus dulces pensamientos, levantó la cabeza por ver qué fuese, y se maravilló viéndose en el pinar; y además de ello, mirando hacia adelante vio venir por un bosquecillo bastante tupido de arbustillos y de zarzas, corriendo hacia el lugar donde estaba, una hermosísima joven desnuda, desmelenada y toda arañada por las ramas y las zarzas, llorando y pidiendo piedad a gritos; y además de esto, vio a sus flancos dos grandes y feroces mastines, los cuales, corriendo tras ella rabiosamente, muchas veces cruelmente donde la alcanzaban la mordían; y detrás de ella vio venir sobre un corcel negro a un caballero moreno, de rostro muy sañudo, con un estoque en la mano, amenazándola de muerte con palabras espantosas e injuriosas.

Esto a un tiempo maravilla y espanto despertó en su ánimo y, por último, piedad por la desventurada mujer, de lo que nació deseo de librarla de tal angustia y muerte, si pudiera. Pero encontrándose sin armas, recurrió a coger una rama de un árbol en lugar de bastón y comenzó a salir al encuentro a los perros y contra el caballero.

Pero el caballero que esto vio, le gritó desde lejos:

—Nastagio, no te molestes, deja hacer a los perros y a mí lo que esta mala mujer ha merecido.

Y diciendo así, los perros, cogiendo fuertemente a la joven por los flancos, la detuvieron, y alcanzándolos el caballero se bajó del caballo; acercándose al cual Nastagio, dijo:

—No sé quién eres tú que así me conoces, pero sólo te digo que gran vileza es para un caballero armado querer matar a una mujer desnuda y haberle echado los perros detrás como si fuese una bestia salvaje; ciertamente la defenderé cuanto pueda.

El caballero entonces dijo:

—Nastagio, yo fui de la ciudad que tú, y eras todavía un muchacho pequeño cuando yo, que fui llamado micer Guido de los Anastagi, estaba mucho más enamorado de ésta que lo estás tú ahora de la de los Traversari; y por su fiereza y crueldad de tal manera anduvo mi desgracia que un día, con este estoque que me ves en la mano, desesperado me maté, y estoy condenado a las penas eternas. Y no había pasado mucho tiempo cuando ésta, que con mi muerte se había alegrado desmesuradamente, murió, y por el pecado de su crueldad y la

alegría que sintió con mis tormentos no arrepintiéndose, como quien no creía con ello haber pecado sino hecho méritos, del mismo modo fue (y está) condenada a las penas del infierno; en el cual, al bajar ella, tal fue el castigo dado a ella y a mí: que ella huyera delante, y a mí, que la amé tanto, seguirla como a mortal enemiga, no como a mujer amada, y cuantas veces la alcanzo, tantas con este estoque con el que me maté la mato a ella y le abro la espalda, y aquel corazón duro y frío en donde nunca el amor ni la piedad pudieron entrar, junto con las demás entrañas (como verás incontinenti) le arranco del cuerpo y se las doy a comer a estos perros. Y no pasa mucho tiempo hasta que ella, como la justicia y el poder de Dios ordena, como si no hubiera estado muerta, resurge y de nuevo empieza la dolorosa fuga, y los perros y yo a seguirla, y sucede que todos los viernes hacia esta hora la alcanzo aquí, y aquí hago el destrozo que verás; y los otros días no creas que reposamos sino que la alcanzo en otros lugares donde ella cruelmente contra mí pensó y obró; y habiéndome de amante convertido en su enemigo, como ves, tengo que seguirla de esta guisa cuantos meses fue ella cruel enemigo. Así pues, déjame poner en ejecución la justicia divina, y no quieras oponerte a lo que no podrías vencer.

Nastagio, oyendo estas palabras, muy temeroso y no teniendo un pelo encima que no se le hubiese erizado, echándose atrás y mirando a la mísera joven, se puso a esperar lleno de pavor lo que iba a hacer el caballero, el cual, terminada su explicación, como un perro rabioso, con el estoque en mano se le echó encima a la joven que, arrodillada, y sujetada fuertemente por los dos mastines, le pedía piedad; y con todas sus fuerzas le dio en medio del pecho y la atravesó hasta la otra parte.

Cuando la joven hubo recibido este golpe cayó boca abajo, siempre llorando y gritando; y el caballero, echando mano al cuchillo, le abrió los costados y sacándole fuera el corazón, y todas las demás cosas de alrededor, a los dos mastines las arrojó; los cuales, hambrientísimos, incontinenti las comieron; y no pasó mucho hasta que la joven, como si ninguna de estas cosas hubiesen pasado, súbitamente se levantó y empezó a huir hacia el mar, y los perros siempre tras ella hiriéndola, y el caballero volviendo a montar a caballo y cogiendo de nuevo su estoque, comenzó a seguirla, y en poco tiempo se alejaron, de manera que ya Nastagio no podía verlos. El cual, habiendo visto estas cosas, largo rato estuvo entre piadoso y temeroso, y luego de un tanto le vino a la cabeza que esta cosa podía

muy bien ayudarle, puesto que todos los viernes sucedía; por lo que, señalado el lugar, se volvió con sus criados y luego, cuando le pareció, mandando a por muchos de sus parientes y amigos, les dijo:

—Muchas veces me habéis animado a que deje de amar a esta enemiga mía y ponga fin a mis gastos: y estoy presto a hacerlo si me conseguís una gracia, la cual es ésta: que el viernes que viene hagáis que micer Paolo Traversari y su mujer y su hija y todas las damas parientes suyas, y otras que os parezca, vengan aquí a almorzar conmigo. Lo que quiero con esto lo veréis entonces.

A ellos les pareció una cosa bastante fácil de hacer y se lo prometieron; y vueltos a Rávena, cuando fue oportuno invitaron a quienes Nastagio quería, y aunque fue difícil poder llevar a la joven amada por Nastagio, sin embargo allí fue junto con las otras. Nastagio hizo preparar magníficamente de comer, e hizo poner la mesa bajo los pinos en el pinar que rodeaba aquel lugar donde había visto el destrozo de la mujer cruel; y haciendo sentar a la mesa a los hombres y a las mujeres, los dispuso de manera que la joven amada fue puesta en el mismo lugar frente al cual debía suceder el caso.

Habiendo, pues, venido ya la última vianda, he aquí que el alboroto desesperado de la perseguida joven empezó a ser oído por todos, de lo que maravillándose mucho todos y preguntando qué era aquello, y nadie sabiéndolo decir, poniéndose todos en pie y mirando lo que pudiese ser, vieron a la doliente joven y al caballero y a los perros, y poco después todos ellos estuvieron aquí entre ellos. Se hizo un gran alboroto contra los perros y el caballero, y muchos a ayudar a la joven se adelantaron; pero el caballero, hablándoles como había hablado a Nastagio, no solamente los hizo retroceder, sino que a todos espantó y llenó de maravilla; y haciendo lo que la otra vez había hecho, cuantas mujeres allí había (que bastantes habían sido parientes de la doliente joven y del caballero, y que se acordaban del amor y de la muerte de él), todas tan miserablemente lloraban como si a ellas mismas aquello les hubieran querido hacer.

Y llegando el caso a su término, y habiéndose ido la mujer y el caballero, hizo a los que aquello habían visto entrar en muchos razonamientos; pero entre quienes más espanto sintieron estuvo la joven amada por Nastagio; la cual, habiendo visto y oído distintamente todas las cosas, y sabiendo que a ella más que a ninguna otra persona que allí

estuviera tocaban tales cosas, pensando en la crueldad siempre por ella usada contra Nastagio, ya le parecía ir huyendo delante de él, airado, y llevar a los flancos los mastines. Y tanto fue el miedo que de esto sintió que para que no le sucediese a ella, no veía el momento (que aquella misma noche se le presentó) para, habiéndose su odio cambiado en amor, a una fiel camarera mandar secretamente a Nastagio, que de su parte le rogó que le pluguiera ir a ella, porque estaba pronta a hacer todo lo que a él le agradase. Nastagio hizo responderle que aquello le era muy grato, pero que, si le placía, quería su placer con honor suyo, y esto era tomándola como mujer.

La joven, que sabía que no dependía más que de ella ser la mujer de Nastagio, le hizo decir que le placía; por lo que, siendo ella misma mensajera, a su padre y a su madre dijo que quería ser la mujer de Nastagio, con lo que ellos estuvieron muy contentos; y el domingo siguiente, Nastagio se casó con ella, y, celebradas las bodas, con ella mucho tiempo vivió contento. Y no fue este susto ocasión solamente de este bien sino que todas las mujeres ravenenses sintieron tanto miedo que fueron siempre luego más dóciles a los placeres de los hombres que antes lo habían sido.

Novela novena

Federigo de los Alberighi ama y no es amado, y con los gastos del cortejar se arruina; y le queda un solo halcón, el cual, no teniendo otra cosa, da de comer a su señora que ha venido a su casa; la cual, enterándose de ello, cambiando de ánimo, lo toma por marido y le hace rico.

HABÍA ya dejado de hablar Filomena cuando la reina, habiendo visto que nadie sino Dioneo (debido a su privilegio) quedaba por hablar, con alegre gesto, dijo:

A mí me corresponde ahora hablar: y yo, carísimas señoras, lo haré de buen grado con una historia en parte semejante a la precedente, no solamente para que conozcáis cuánto vuestros encantos pueden en los corazones corteses, sino porque aprendáis a ser vosotras mismas, cuando debáis, otorgadoras de vuestros galardones sin dejar que sea siempre la fortuna quien los conceda, la cual, no discretamente como debe ser, sino

desconsideradamente la mayoría de las veces los confiere.

Debéis, pues, saber que Coppo de los Borghese Domenichi[177], que fue en nuestra ciudad, y tal vez es todavía, hombre de grande y reverenciada autoridad entre los nuestros (y por las costumbres y por la virtud mucho más que por la nobleza de sangre clarísimo y digno de eterna fama), siendo ya de avanzada edad, muchas veces sobre las cosas pasadas con sus vecinos y con otros gustaba de hablar; lo cual él, mejor y con más orden y con mayor memoria y adornado hablar que ningún otro supo hacer, y acostumbraba a contar entre sus otras buenas cosas que en Florencia hubo un joven llamado Federigo de micer Filippo Alberighi[178], en hechos de armas y en cortesía alabado sobre todos los demás donceles de Toscana. El cual, como sucede a la mayoría de los gentileshombres, de una cortés señora llamada doña Giovanna se enamoró, en sus tiempos tenida como de las más hermosas mujeres y de las más gallardas que hubiera en Florencia; y para poder conseguir su amor, justaba, torneaba, daba fiestas y regalos, y lo suyo sin ninguna contención gastaba: pero ella, no menos honesta que hermosa, de ninguna de estas cosas por ella hechas ni de quien las hacía se ocupaba.

Gastando, pues, Federigo mucho más de lo que podía y no consiguiendo nada, como suele suceder las riquezas le faltaron, y se quedó pobre, sin otra cosa haberle quedado que una tierra pequeña de las rentas de la cual estrechamente vivía, y además de esto un halcón de los mejores del mundo; por lo que, más enamorado que nunca y no pareciéndole que podía seguir llevando una vida ciudadana como deseaba, a Campi, donde estaba su pequeña hacienda, se fue a vivir. Allí, cuando podía, cazando y sin invitar a nadie, su pobreza sobrellevaba pacientemente. Ahora, sucedió un día que, habiendo Federigo llegado a estos extremos, el marido de doña Giovanna enfermó, y viendo llegar la muerte hizo testamento; y siendo riquísimo dejó heredero de ello a un hijo suyo ya grandecito, y después de él, habiendo amado mucho a doña Giovanna, a ella, si sucediese que el hijo muriera sin heredero legítimo, como heredera constituyó, y murió.

Quedándose, pues, viuda doña Giovanna, como es costumbre entre nuestras mujeres, en el verano con este hijo suyo se iba al campo a una posesión asaz cercana a la de Federigo; por lo que sucedió que aquel jovencito empezó a hacer amistad con Federigo y a entretenerse con las aves de caza y los perros; y habiendo

visto muchas veces volar el halcón de Federigo, gustándole extraordinariamente, mucho deseaba tenerlo, pero no se atrevía a pedírselo viendo que él lo quería tanto.

Y estando así la cosa, sucedió que el muchachito se enfermó, de lo que la madre, muy doliente, como quien no tenía más y le amaba lo más que podía, estando todo el día junto a él, no dejaba de cuidarlo y muchas veces le preguntaba si deseaba algo, rogándole que se lo dijese, que tuviera la certeza que si fuese posible tenerlo lo conseguiría donde estuviera.

El jovencito, oyendo muchas veces estos proferimientos, dijo:

—Madre mía, si hacéis que tenga el halcón de Federigo creo que me curaré en seguida.

La señora, oyendo esto, se quedó callada un rato y empezó a pensar qué podía hacer. Sabía que Federigo largamente la había amado, y nunca de ella una mirada había obtenido; por lo que se decía:

«¿Cómo enviaré o iré yo a pedirle este halcón que es, por lo que oigo, el mejor que nunca ha volado, y además es lo que lo mantiene en el mundo? ¿Y cómo voy a ser tan desconsiderada que a un gentilhombre a quien

ningún otro deleite ha quedado, quiera quitárselo?».

Y preocupada con tal pensamiento, si bien estaba segurísima de obtenerlo si se lo pedía, sin saber qué decir, no le contestaba a su hijo sino que se callaba. Por último, la venció tanto el amor de su hijo, que decidió para contentarlo que, pasara lo que pasase, no mandaría a por él sino que iría ella misma y se lo traería, y repuso:

—Hijo mío, consuélate y piensa en curarte de todas las maneras, que te prometo que lo primero que haré mañana por la mañana será ir a buscarlo y te lo traeré.

Con lo que, contento el niño, el mismo día mostró cierta mejoría.

La señora, a la mañana siguiente, tomando otra señora en su compañía, como de paseo se fue a la pequeña casa de Federigo y preguntó por él. Él, porque no era temporada de caza, estaba en el huerto y preparaba algunas faenas allí, el cual, al oír que doña Giovanna preguntaba por él a la puerta, maravillándose mucho, corrió allí muy contento; y ella, al verlo venir, con señorial amabilidad levantándose a saludarle, habiéndola ya Federigo con reverencia saludado, dijo:

—¡Bien hallado seáis, Federigo! —y siguió—. He venido a reparar los daños que has sufrido por mí amándome más de lo que hubiera convenido; y la reparación es que quiero con esta compañía mía almorzar contigo familiarmente hoy.

A quien Federigo, humildemente, repuso:

—Señora, ningún daño me acuerdo de haber recibido de vos, sino tanto bien que, si alguna vez algún valor tuve, por vuestro valor y por el amor que os tuve fue; y ciertamente esta vuestra liberal venida me es más querida que me sería si otra vez me fuera dado gastar cuanto ya he gastado, aunque a pobre huésped habéis venido.

Y dicho así, avergonzado la recibió en su casa, y de ella la condujo a su jardín, y no teniendo allí a quien hacer acompañarla, dijo:

—Señoras, pues que nadie más hay, esta buena mujer, esposa de este labrador, os tendrá compañía mientras que yo voy a hacer poner la mesa.

Él, por muy extrema que fuese su pobreza, no se había percatado todavía de cuánto necesitaba las riquezas que había gastado desordenadamente; pero esta mañana, no encontrando nada con que poder honrar a la

señora por amor de quien ya había honrado a infinitos hombres, se lo hizo ver.

Y sobremanera angustiado, maldiciendo su fortuna, como un hombre fuera de sí, ora yendo aquí y ora allí, ni dineros ni nada para empeñar encontrando, siendo tarde la hora y el deseo grande de honrar con algo a la noble señora, y no queriendo, no ya a otro, sino ni a su mismo labrador, pedir nada, vio delante su buen halcón, que estaba en la salita en su percha; por lo que, no teniendo otra cosa a qué recurrir, lo cogió y encontrándolo gordo pensó que sería digna comida de tal señora.

Y sin pensarlo más, quitándole el collar, a una criadita lo hizo prestamente, pelado y condimentado, poner en un asador y asar cuidadosamente; y poniendo la mesa con manteles blanquísimos, de los que aún tenía algunos, con alegre gesto volvió a la señora a su jardín, y el almuerzo que podía él, dijo que estaba preparado. Con lo que la señora, levantándose con su compañera, fueron a la mesa, y sin saber qué se estaban comiendo, junto con Federigo, que con suma devoción las servía, se comieron al buen halcón.

Y levantándose de la mesa, y un tanto con amables conversaciones quedándose con él un rato, pareciéndole a la señora momento de

decir aquello por lo que ido había, así benignamente comenzó a hablar a Federigo:

—Federigo, acordándote tú de tu pasada vida y de mi honestidad, que tal vez hayas reputado dureza y crueldad, no dudo que debes maravillarte de mi atrevimiento al oír aquello por lo que principalmente aquí he venido; pero si tuvieses hijos o los hubieras tenido, por quienes pudieras conocer de qué gran fuerza es el amor que se les tiene, me parecería estar segura de que en parte me tendrías por excusada. Pero aunque no los tienes, yo que tengo uno, no puedo dejar de seguir las leyes comunes de las demás madres; las cuales forzoso me es seguir y contra mi voluntad, y fuera de toda conveniencia y deber, pedirte un regalo que sé que te es sumamente querido: y es justo porque ningún otro deleite, ningún otro entretenimiento, ningún consuelo te ha dejado tu rigurosa fortuna; y esté regalo es tu halcón, del que mi niño se ha encaprichado tan fuertemente qué si no se lo llevo temo que se agrave tanto en la enfermedad que tiene que se siga de ello alguna cosa por la que lo pierda. Y por ello te ruego no por el amor que me tienes, por el cual ninguna obligación tienes, sino por tu nobleza, que en usar cortesía se ha mostrado mayor que la de ningún otro, que te

plazca dármelo para que con este don pueda decir que he conservado con vida a mi hijo y por ello te quede siempre obligada.

Federigo, al oír aquello que la señora pedía, y sintiendo que no la podía servir porque se lo había dado a comer, comenzó en su presencia a llorar antes de poder responder palabra, cuyo llanto la señora creyó primero que de dolor por tener que separarse de su buen halcón vendría más que de otra cosa, y a punto estuvo de decirle que no lo quería; pero conteniéndose, esperó después del llanto la respuesta de Federigo. El cual dijo así:

—Señora, desde que plugo a Dios que en vos pusiera mi amor, en muchas cosas he juzgado que la fortuna me era contraria y me he dolido de ella, pero todas han sido ligeras con respecto a lo que me hacen en este momento, con lo que jamás podré estar en paz con ella, pensando que vos hayáis venido aquí a mi pobre casa cuando, mientras que fue rica, no os dignasteis a venir, y me pidáis un pequeño don, y ella ha hecho de manera que no pueda dároslo; y por qué no puede ser os lo diré brevemente. Cuando oí que deseabais por vuestra bondad comer conmigo, considerando vuestra excelencia y vuestro valor, reputé digna y conveniente cosa que con más preciosa vianda dentro de mis posibilidades debía

honraros que las que suelen usarse para las demás personas; por lo que, acordándome del halcón que me pedís, y de su bondad, pensé que era digno alimento para vos: y esta mañana, asado lo habéis tenido en el plato, y yo lo tenía por óptimamente albergado, pero al ver ahora que de otra manera lo deseabais, siento tal duelo por no poder serviros que creo que nunca podré tener paz.

Y dicho esto, las plumas y las patas y el pico hizo echarles delante en testimonio de ello. La cual cosa viendo la señora y oyendo, primero le reprendió por haber matado tal halcón para dar de comer a una mujer, y luego la grandeza de su ánimo, que la pobreza no había podido ni podía abatir mucho en su interior alabó; luego, perdida la esperanza de poder tener e halcón, y tal vez por la salud del hijo preocupada, dando las gracias a Federigo por el honor que le había hecho y por su buena voluntad, toda melancólica se fue y volvió con su hijo. El cual, o por tristeza de no haber podido tener el halcón, o por la enfermedad que a pesar de todo debería haberlo llevado a ello, no pasaron muchos días sin que, con grandísimo dolor de la madre, terminase esta vida. La cual, luego que llena de lágrimas y amargura hubo estado un tanto, habiendo quedado riquísima y todavía joven, muchas

veces fue instada por sus hermanos a que se casase de nuevo; la cual, aun que no hubiera querido, sin embargo viéndose molestar, acordándose de valor de Federigo y de su magnanimidad última, esto es, de que había matado tal halcón para honrarla, dijo a sus hermanos:

—Yo de buen grado, si os pluguiera, me quedaría sin casar, pero si os place que tome marido, ciertamente no tomaré otro jamás si no tengo a Federigo de los Alberighi.

A lo cual los hermanos, burlándose de ella, dijeron:

—Tonta, ¿qué es lo que dices? ¿Cómo lo quieres a él, que no tiene nada en el mundo? —a lo que ella respondió:

—Hermanos míos, bien sé que es como decís, pero antes quiero un hombre que necesite riquezas que riquezas que necesiten un hombre.

Los hermanos, oyendo su voluntad y conociendo que era Federigo de gente principal aunque fuese pobre, tal como ella quiso, se la dieron con todas sus riquezas; el cual, con tal señora que tanto había amado viéndose por mujer, y además de ello riquísimo, con ella felizmente, convertido en mejor administrador,

terminó sus años.

Novela décima

Pietro de Vinciolo va a cenar fuera; su mujer manda venir a un muchacho, vuelve Pietro; ella lo esconde bajo un cesto de pollos; Pietro dice que en casa de Hercolano, con quien cenaba, han encontrado a un joven que allí había metido la mujer, su mujer censura a la mujer de Hercolano; un burro pone la pata, por desgracia, sobre los dedos del que estaba bajo el cesto; éste grita; Pietro corre allí, lo ve, descubre el engaño de la mujer, con quien al fin hace las paces a causa de su desdichado vicio[179].

HABÍA llegado a su fin el discurrir de la reina, siendo por todos alabado que Dios dignamente hubiese galardonado a Federigo, cuando Dioneo, que nunca esperaba que se lo ordenasen, comenzó: No sé si creer que sea un vicio accidental y adquirido por los mortales por la maldad de sus costumbres, o si, por el contrario, es un defecto de la naturaleza el reírse con las cosas malas más que con las

buenas obras, y especialmente cuando aquellas tales no nos tocan a nosotros.

Y porque el trabajo que otras veces me he tomado, y ahora estoy por tomarme, no mira a ningún otro fin sino a quitarnos la tristeza y traernos risa y alegría, aunque la materia de la historia mía que va a seguir, enamoradas jóvenes, sea en algunas cosas menos que honesta, como puede causar deleite os la contaré; y vosotras, al oírla, haced lo que soléis hacer al entrar en los jardines, que extendiendo la delicada mano, cogéis las rosas y dejáis las espinas; lo que haréis dejando al mal hombre quedarse con su vicio y riendo alegremente de los amorosos engaños de su mujer, teniendo compasión de las desgracias ajenas si es necesario.

Hubo en Perusa, todavía no hace mucho tiempo, un hombre rico llamado Pietro de Vinciolo[180], el cual, tal vez más por engañar a los demás y disminuir la general opinión que de él tenían todos los perusinos que por deseo que tuviera de ello, tomó mujer; y estuvo la fortuna tan conforme con su apetito, que la mujer que tomó era una joven rolliza, de pelo rojo y encendida, que dos maridos mejor que uno habría querido y tuvo que quedarse con uno que mucho más a otra cosa que a ella tenía el ánimo dispuesto. Lo que ella, con el

paso del tiempo conociendo, y viéndose hermosa y lozana y sintiéndose gallarda y poderosa, primero comenzó a enojarse mucho y a tener con su marido palabras de desprecio alguna vez y casi de continuo mala vida; después, viendo que esto más su consunción que la enmienda de la maldad del marido podría ser, se dijo: «Este desdichado me abandona para, con su deshonestidad andar en zuecos por lo seco; y yo me las arreglaré para llevar a otro en barco por lo lluvioso. Lo tomé por marido y le di grande y buena dote sabiendo que era un hombre y creyendo que deseaba aquello que desean y deben desear los hombres; si no hubiera creído que era hombre, no lo habría aceptado nunca. Él, que sabía que yo era una mujer, ¿por qué me tomó por mujer si las mujeres le disgustaban? Esto no puede sufrirse. Si no hubiera yo querido estar en el mundo me habría hecho monja; y si quiero estar, como quiero y estoy, si espero de éste placer y deleite tal vez puedo hacerme vieja esperando en vano; y cuando sea vieja, arrepintiéndome, en vano me doleré por haber perdido mi juventud, y para consolarla buen maestro es él con sus ejemplos para hacer que tome gusto a lo que a él le gusta, el cual gusto me honrará a mí mientras en él es muy reprobable; yo ofenderé sólo las leyes, mientras él ofende las leyes y a la naturaleza».

Habiendo, pues, la buena mujer, tenido tal pensamiento, y tal vez más de una vez, para darle secretamente cumplimiento hizo amistad con una vieja que no parecía sino santa Viridiana que da de comer a las serpientes[181], la cual siempre con el rosario en la mano iba a ganar todas las indulgencias y de nada sino de la vida de los Santos Padres hablaba y de las llagas de san Francisco, y por todos era tenida por santa; y cuando le pareció oportuno le explicó su intención cumplidamente. A quien la vieja dijo: —Hija mía, sabe Dios (que sabe todas las cosas) que haces muy bien; y aunque no lo hicieras por otra cosa, deberíais hacerlo tú y todas las demás jóvenes para no perder el tiempo de vuestra juventud, porque ningún dolor es semejante a aquél, para quien tiene conocimiento, que es haber perdido el tiempo. ¿Y de qué diablos servimos nosotras después, cuando somos viejas, sino para cuidar las cenizas del fogón? Si alguna lo sabe y puede dar testimonio, soy yo; que ahora que soy vieja no sin grandísimas y amargas punzadas de ánimo conozco (y sin provecho) el tiempo que dejé perder: y aunque no lo perdiese todo, que no querría que creyeses que he sido una pazguata, no hice sin embargo, lo que habría podido hacer, de lo que, cuando me acuerdo, viéndome tal como me veo, que no encontraría quien me diese un poco de lumbre[182], Dios

sabe el dolor que siento. A los hombres no les sucede así, nacen buenos para mil cosas, no sólo para ésta, y la mayor parte son más honrados de viejos que de jóvenes; pero las mujeres para ninguna otra cosa sino para darles hijos nacen, y por ello son estimadas. Y si tú no te has dado cuenta de otra cosa, sí debes darte de ésta: que nosotras siempre estamos dispuestas, lo que no sucede con los hombres; y además de esto, una mujer cansaría a muchos hombres, mientras muchos hombres no pueden cansar a una mujer: y porque para esto hemos nacido, de nuevo te digo que haces muy bien en darle a tu marido un pan por una hogaza, para que tu alma no tenga en su vejez que reprenderle a la carne. De esta manera cada uno tiene cuanto recoge, y especialmente las mujeres, que tienen que aprovechar mucho más el tiempo cuando lo tienen que los hombres, porque verás que cuando envejecemos ni el marido ni nadie nos quiere mirar, sino que nos echan a la cocina a contar historias al gato y a contar las ollas y las escudillas; y peor, que nos ponen en canciones y dicen: «A las jóvenes los buenos bocados, y a las viejas, los desechados», y otras muchas cosas dicen. Y para no entretenerte más, te digo desde ahora que no podrías a nadie en el mundo descubrir tu intención que más útil te fuera que a mí, porque no hay nadie tan

encumbrado a quien yo no me atreva a decirle lo que haga falta, ni tan duro o huraño que no lo ablande bien y lo lleve a aquello que quiera. Haz, pues, de manera que me enseñes quién te agrada, y déjame luego hacer a mí; pero una cosa te recuerdo hija mía: que cuides de mí, porque soy una persona pobre y quiero desde ahora que seas partícipe de todas mis indulgencias y de cuantos rosarios rece, para que Dios dé luz y candela a tus muertos.

Y terminó. Quedó, pues, la joven de acuerdo con la vieja en que si encontraba un mozuelo que por aquel barrio muy frecuentemente pasaba, de quien le dio todas las señas, que ya sabía lo que tenía que hacer; y dándole un trozo de carne salada la mandó con Dios. La vieja, no pasados muchos días, ocultamente le metió aquel del que ella le había hablado en la alcoba, y de allí a poco tiempo otro, según los que le iban placiendo a la joven señora; la cual en lo que pudiese hacer en aquello, aunque temiendo al marido, no dejaba el negocio.

Sucedió que, debiendo una noche ir a cenar su marido con un amigo suyo que tenía por nombre Hercolano, la joven mandó a la vieja que hiciera venir a donde ella a un mancebo que era de los más hermosos y los más placenteros de Perusa; la cual,

prestamente así lo hizo. Y habiéndose la señora con el joven sentado a la mesa a comer, he aquí que Pietro llamó a la puerta para que le abriesen. La mujer, oyendo esto, se tuvo por muerta; pero queriendo, si podía, ocultar al joven, no ocurriéndosele mandarlo ir o hacerle esconderse en otra parte, habiendo una galería vecina a la cámara en que cenaban, bajo un cesto de pollos que había allí le hizo refugiarse y le echó encima una tela de jergón que había hecho vaciar aquel día, y hecho esto, prestamente hizo abrir a su marido. Al cual, entrando en casa, le dijo: —Muy pronto la habéis engullido, esa cena.

Pietro repuso:

—No la hemos catado.

—¿Y cómo ha sido eso? —dijo la mujer. Pietro entonces dijo: —Te lo diré. Estando ya a la mesa Hercolano, la mujer y yo sentimos estornudar cerca de nosotros, de lo que ni la primera vez ni la segunda nos preocupamos, pero el que había estornudado estornudando la tercera vez y la cuarta y la quinta y muchas otras, a todos nos hizo maravillar; de lo que Hercolano, que algo enojado con la mujer estaba porque un buen rato nos había hecho estar a la puerta sin abrirnos, furioso dijo: «¿Qué quiere decir esto? ¿Quién es ese que

así estornuda?». Y levantándose de la mesa hacia una escalera que había cerca en cuyo hueco había una trampilla de madera, junto al pie de la escalera, donde poder ocultar alguna cosa quien lo hubiera querido, como vemos que mandan hacer los que hacen obra en sus casas, y pareciéndole que de allí venía el sonido del estornudo, abrió una puertecilla que había allí y cuando la hubo abierto, súbitamente salió el mayor tufo a azufre del mundo, como que antes habiendo venido el olor y quejándose había dicho la señora: «Es que hace un rato he blanqueado mis velos con sulfuro, y luego el cacharro sobre el que los había tendido para que recibiesen el humo lo he puesto debajo de aquella escalera, así que ahora viene de allí». Y luego que Hercolano hubo abierto la puertecilla y se hubo disipado un poco el tufo, mirando dentro, vio al que estornudado había y seguía estornudando, obligándolo a ello la fuerza del azufre, y mientras estornudaba le había ya oprimido tanto el pecho el azufre que poco faltaba para que no hubiera estornudado nunca más. Hercolano, viéndolo, gritó: «Ahora, veo, mujer, por lo que hace poco, cuando vinimos, tanto estuvimos a la puerta sin que nos abriesen; pero así no tenga yo nunca nada que me guste como que me las pagas». Lo que oyendo la mujer, y viendo que su pecado estaba

descubierto, sin decir ninguna excusa, levantándose de la mesa, huyó y no sé adónde iría. Hercolano, no percatándose de que la mujer se escapaba, muchas veces dijo al que estornudaba que saliese, pero él, que ya no podía más, no se movía por nada que dijese Hercolano; por lo que Hercolano, cogiéndolo por un pie lo arrastró fuera, y corría a por un cuchillo para matarlo, pero yo, temiendo por mí mismo a la guardia, levantándome, no le dejé matar ni hacerle ningún daño, sino que gritando y defendiéndolo di ocasión a que corriesen allí los vecinos, los cuales, cogiendo al ya vencido joven, lo llevaron fuera de la casa no sé dónde; por las cuales cosas turbada nuestra cena, no solamente no la he engullido sino que ni siquiera la he catado, como te dije.

Oyendo la señora estas cosas, conoció que había otras tan listas como ella era, aunque a veces la desgracia le tocase a alguna, y con gusto hubiera defendido con palabras a la mujer de Hercolano; pero como reprobando la falta ajena le pareció abrir mejor camino a las suyas, comenzó a decir: —¡Qué buena cosa! ¡Qué buena y santa mujer debe ser ésa! ¡Qué promesa de mujer honrada, que me habría confesado con ella, tan devota me parecía! Y peor que, siendo ya vieja, muy buen ejemplo da a las jóvenes. Maldita sea la hora en que vino

al mundo y la tal que vive aquí, que debe ser mujer perfidísima y mala, universal vergüenza y vituperio de todas las mujeres de esta tierra, que olvidando su honestidad y la promesa hecha al marido y el honor de este mundo, a él, que es tal hombre y tan honrado ciudadano y que tan bien la trataba, por otro hombre no se ha avergonzado de injuriar, y a ella con él. Por mi salvación que de semejantes mujeres no habría que tener misericordia: habría que matarlas, habría que meterlas vivas en una hoguera y hacerlas cenizas.

Luego, acordándose de su amante que debajo del cesto muy cerca de allí tenía, comenzó a animar a Pietro a que se fuese a la cama, porque ya era hora. Pietro, que más gana tenía de comer que de dormir, preguntaba, sin embargo, si no había nada de cena, a lo que la mujer respondía: —¡Si, cena va a haber! Acostumbramos a hacer cena cuando tú no estás. ¡Sí que soy yo la mujer de Hercolano! ¡Bah! ¿Por qué no te vas a dormir por esta noche? ¡Es lo mejor que podrías hacer!

Sucedió que habiendo venido por la noche algunos labradores de Pietro con algunas cosas del pueblo, y habiendo dejado sus burros, sin darles de beber, en una pequeña cuadra que había junto a la galería, uno de los

burros, que tenía muchísima sed, sacada la cabeza del cabestro, había salido de la cuadra y andaba olfateando todo por si encontraba agua; y yendo así llegó ante el cesto bajo el cual estaba el mancebo, el cual, como tenía que estar a gatas, había estirado los dedos de una de las manos en el suelo fuera del cesto, y tanta fue su suerte, o su desgracia si queremos, que este burro le puso encima la pata, por lo que, sintiendo un grandísimo dolor, dio un gran grito.

Oyendo el cual Pietro, se maravilló y se dio cuenta de que era dentro de la casa; por lo que, saliendo de la alcoba y sintiendo todavía quejarse a aquél, no habiendo todavía el burro levantado la pata de los dedos sino aplastándolos todavía fuertemente, dijo: —¿Quién anda ahí?

Y corriendo a la cesta, y levantándola, vio al joven, el cual, además de dolor que sentía porque el burro le aplastaba los dedos, temblaba de miedo de que Pietro le hiciera algún daño.

Y siendo reconocido por Pietro, como que Pietro por sus vicios había andado tras él mucho tiempo, preguntándole a él: —¿Qué haces tú aquí?

Nada le respondió sino que le rogó que por amor de Dios no le hiciese daño. El cual, siendo reconocido por Pietro, dijo: —Levántate y no temas que te haga yo ningún daño: pero dime cómo has venido aquí y por qué.

El jovencillo le dijo todo; no menos contento Pietro de haberlo encontrado que dolida su mujer, cogiéndolo de la mano se lo llevó con él a la alcoba, en la cual la mujer con el mayor miedo del mundo lo esperaba.

Y sentándose Pietro frente a ella le dijo:

—Si tanto censurabas hace un momento a la mujer de Hercolano y decías que debían quemarla y que era vergüenza de todas vosotras, ¿cómo no lo decías de ti misma? O si no querías decirlo de ti, ¿cómo tenías el valor de decirlo de ella sabiendo que habías hecho lo mismo que ella había hecho? Seguro que nada te inducía a ello sino que todas sois iguales, y con culpar a las otras queréis tapar vuestras faltas: ¡qué baje fuego del cielo y os queme a todas, raza malvada que sois!

La mujer, viendo que para empezar no le había hecho daño más que de palabra, y pareciéndole que se derretía porque tenía de la mano a un jovencito tan hermoso, cobró valor y dijo:



—Segura estoy de que querrías que bajase fuego del cielo que nos quemase a todas, como que te gustamos tanto como a un perro los palos; pero por la cruz de Dios que no será así.

Pero con gusto hablaré un poco contigo para saber de qué te quejas; y ciertamente que saldría bien si me comparas con la mujer de Hercolano, que es una vieja santurrona gazmoña y él le da todo lo que quiere y la quiere como se debe querer a la mujer, lo que a mí no me pasa. Que, aunque me vistas y me calces bien, bien sabes cómo ando de lo demás y cuánto tiempo hace que no te acuestas conmigo; y más querría andar vestida con harapos y descalza y que me tratases bien en la cama que tener todas estas cosas tratándome como me tratas. Y entiende bien, Pietro, que soy una mujer como las demás, y me gusta lo que a las otras, así que porque me lo busque yo si tú no me lo das no es para insultarme, por lo menos te respeto tanto que no me voy con criados ni con tiñosos.

Pietro se dio cuenta de que las palabras no cesarían en toda la noche, por lo que, como quien poco se preocupaba de ella, dijo: —Calla ya, mujer: que te daré gusto en eso; bien harías en darnos de cenar algo, que me parece que este muchacho, igual que yo, no habrá cenado todavía.

—Claro que no —dijo la mujer—, que no ha cenado, que cuando tú llegaste en mala hora, nos sentábamos a la mesa para cenar.

—Pues anda —dijo Pietro—, danos de cenar y luego yo arreglaré las cosas de modo que no tengas que quejarte.

La mujer, levantándose al oír al marido contento, prestamente haciendo poner la mesa, hizo venir la cena que estaba preparada y junto con su vicioso marido y con el joven cenó alegremente. Después de la cena, lo que Pietro se proponía para satisfacción de los tres se me ha olvidado; pero bien sé que a la mañana siguiente en la plaza se vio el joven no muy seguro de a quién había acompañado más por la noche, si a la mujer o al marido. Por lo que tengo que deciros, señoras mías, que a quien te la hace se la hagas; y si no puedes, que no se te vaya de la cabeza hasta que lo consigas, para que lo que el burro da contra la pared lo mismo reciba.

Terminada, pues, la historia de Dioneo, por vergüenza menos reída de las señoras que por poca diversión, y conociendo la reina que había llegado el fin de su gobierno, poniéndose en pie y quitándose la corona de laurel se la puso en la cabeza a Elisa, diciéndole: —A vos, señora, os corresponde ahora mandar.

Elisa, recibiendo el honor, como antes había sido hecho hizo: que, disponiendo con el senescal primeramente lo que era preciso para

el período de su señorío, con contento de la compañía dijo: —Ya hemos oído muchas veces que con palabras ingeniosas o con respuestas prontas muchos han sabido con la reprimenda merecida limar los dientes ajenos o evitar los peligros que se cernían sobre ellos; y porque la materia es buena y puede ser útil, quiero que mañana, con la ayuda de Dios, se discurra dentro de estos límites: es decir, sobre quien con algunas palabras ingeniosas se vengase al ser molestado, o con una pronta respuesta o algún invento escapase a la perdición o al peligro o al desprecio.

Esto fue muy alabado por todos, por lo cual la reina, poniéndose en pie les dio licencia a todos hasta la hora de la cena.

La honrada compañía, viendo a la reina levantada, se puso en pie y según la costumbre, cada uno se entregó a lo que más le gustaba. Pero al callar ya las cigarras, llamando a todos, se fueron a cenar; y terminada con alegre fiesta a cantar y a tocar todos se entregaron. Y habiendo ya, por deseo de la reina, comenzado Emilia una danza, a Dioneo le mandaron que cantase una canción, el cual prestamente comenzó: «Doña Aldruda, levantaos la cola, que buenas nuevas os traigo». De lo que todas las señoras comenzaron a reírse, y máximamente la reina,

la cual le mandó que dejase aquélla y dijese otra.

Dijo Dioneo:

—Señora, si tuviese un cimbalo diría: «Alzaos las ropas, doña Lapa» o «Bajo el olivo hay hierba». ¿O querríais que cantase: «Las olas del mar me hacen tanto daño»? Pero no tengo címbalo, y por ello decidme cuál queréis de estas otras: ¿os gustaría: «Sal fuera que está podado como un mayo en la campiña»?

Dijo la reina:

—No, di otra.

—Pues —dijo Dioneo—; diré: «Doña Simona embotella; y no es el mes de octubre».

La reina, riendo, dijo:

—¡Ah, en mala hora!, di una buena, si te place, que no queremos ésa.

Dijo Dioneo:

—No, señora, no os enojéis, pero ¿cuál os gusta? Sé más de mil. ¿O que reís: «Éste mi nicho, si no lo pico» o «¡Ah, despacio, marido mío!», o «Me compraré un gallo de cien liras»?

La reina entonces, un tanto enojada, aunque las demás riesen, dijo: —Dioneo, deja

las bromas y di una buena; y si no, podrías probar cómo sé enojarme.

Dioneo, oyendo esto, dejando las bromas, prestamente de tal guisa empezó a cantar:

Amor, la hermosa luz

con que sus bellos ojos me han herido

a ella y a ti me tiene ya rendido.

De sus ojos se mueve el esplendor con que mi corazón a arder se ha puesto

por los míos pasando,

y cuánto fuese grande tu valor

su bello rostro me hizo manifiesto,

el cual, imaginando,

sentí que me iba atando

todo poder, y que a ella era ofrecido,

y ésta la causa de mi llanto ha sido.

Así pues, en tu siervo transformado estoy, señor, y así obediente espero

que me seas clemente;

mas no sé si del todo ha adivinado

mi fe entera y ferviente

aquella que mi mente

posee, que la paz, si no ha venido

de ella no quiero, y nunca la he querido.

Por eso, señor mío, yo te ruego que, al mostrárselo, la hagas tú sentir

tu fuego en su costado

para servirme, porque yo en tu fuego

amando me consumo, y de sufrir

me siento ya postrado;

y, cuando tú lo creas acertado,

dale razón de mí como es debido;

que me veré, si lo haces, complacido.

Luego de que Dioneo, callando, mostró que su canción había terminado, hizo la reina decir muchas otras, sin dejar de haber alabado mucho la de Dioneo. Mas luego que parte de la noche hubo pasado, la reina, sintiendo que al calor del día había vencido la frescura de la noche, mandó que todos, hasta el día siguiente, se fuesen a descansar a gusto.

TERMINA LA quinta JORNADA

SEXTA JORNADA

Comienza la sexta jornada del Decamerón, en la cual, bajo el gobierno de Elisa, se discurre sobre quien con algunas palabras ingeniosas se resarce de algún ataque, o con una rápida respuesta u ocurrencia escapa a la perdición o al peligro o al deshonor.

HABÍA la luna, estando ya en medio del cielo, perdido sus rayos, y ya con la nueva luz que llegaba estando claras todas las partes de nuestro mundo cuando, levantándose la reina, haciendo llamar a su compañía, algo se alejaron, con lento paso, del hermoso palacio paseándose entre el rocío, sobre una y otra cosa varios razonamientos teniendo, y disputando sobre la mayor y menor belleza de las historias contadas, y riéndose de nuevo de diversos sucesos contados en ellas, hasta que, levantándose más el sol y empezando a calentar, a todos pareció tener que volver a casa; por lo que, volviendo sobre sus pasos, allá se fueron.

Y allí, estando ya puestas las mesas y todo lleno de esparcidas hierbecillas olorosas y flores, antes de que el calor se hiciese mayor, por orden de la reina se pusieron a comer, y hecho esto con fiesta, antes de hacer otra cosa, cantadas algunas cancioncillas bellas y graciosas, quién se fue a dormir y quién a jugar a los dados y quién a las tablas; y Dioneo junto con Laureta sobre Troilo y Criseida se pusieron a cantar[183]. Y llegada ya la hora de volver al consistorio[184], siendo todos llamados por la reina, como acostumbraban, en torno a la fuente se sentaron; y queriendo ya la reina mandar que se contase la primera historia sucedió algo que hasta entonces no había sucedido, y fue que por la reina y por todos fue oído un gran alboroto que las criadas y los servidores hacían en la cocina. Por lo que hecho llamar el senescal y preguntándole quién gritaba y cuál era la razón del alboroto, repuso que el alboroto era entre Licisca y Tíndaro pero que la razón no la sabía, como quien acababa de llegar a donde estaban para hacerlos callar cuando de parte suya lo habían llamado. Al cual mandó la reina que incontinenti hiciera venir aquí a Licisca y Tíndaro; venidos los cuales, preguntó la reina cuál era la razón de su alboroto.

Y queriéndole responder Tíndaro, Licisca,

que sus años tenía y un tanto soberbia era, y calentada con el gritar, volviéndose a él con mal gesto, dijo:

—¡Ved este animal de hombre a lo que se atreve, dónde estoy yo a hablar antes que yo! Deja que yo lo diga. —Y volviéndose a la reina, dijo:

—Señora, éste quiere saber más que yo de la mujer de Sicofonte, y ni más ni menos que si yo no la conociese, quiere que crea que la noche primera que Sicofonte se acostó con ella, micer Mazo entró en Montenegro por la fuerza y con derramamiento de sangre; y yo digo que no es verdad sino que entró pacíficamente y con gran placer de los de dentro. Y éste es tan animal que se cree demasiado que las jóvenes son tan tontas que están perdiendo el tiempo al cuidado del padre y los hermanos que de siete veces seis esperan a casarlas tres o cuatro años más de lo que deben. Hermano, ¡bien estarían si tuvieran que esperar tanto! Por Cristo que debo saber lo que me digo cuando lo juro, no tengo vecina yo que haya ido al marido doncella; y aun de las casadas bien sé cuántas y qué burlas hacen a los maridos; y este borrego quiere enseñarme a conocer a las mujeres, como si yo hubiera nacido ayer.

Mientras hablaba Licisca, se reían tanto las señoras que se les habrían podido sacar todos los dientes que tenían; y la reina ya la había mandado callar seis veces, pero no valía de nada: no paró hasta que hubo dicho lo que quería. Pero luego de que puso fin a sus palabras, la reina, riendo, volviéndose a Dioneo, dijo:

—Dioneo, éste es asunto tuyo, y por ello cuando hayamos terminado nuestras historias tendrás que sentenciar en firme sobre él.

Dioneo prestamente le respondió:

—Señora, la sentencia está dada sin oír más; y digo que Licisca tiene razón y creo que sea como ella dice, y Tíndaro es un animal. —La cual cosa, oyendo Licisca, comenzó a reírse, y volviéndose a Tíndaro, le dijo:

—Oye, bien lo decía yo: vete con Dios, ¿crees que sabes más que yo cuando todavía no tienes secos los ojos[185]? ¡Alabado sea!, no he vivido yo en vano, no.

Y si no fuera que la reina con un mal gesto le impuso silencio y le mandó que no dijese una palabra más ni hiciera ningún alboroto si no quería ser azotada, y mandó que se fuesen ella y Tíndaro, nada se habría podido hacer en todo el día sino oírla a ella. Poco después que

hubieron partido, la reina ordenó a Filomena que a las historias diera principio; la cual, alegremente así comenzó:

Novela primera

Un caballero dice a doña Oretta que la llevará a caballo y le contará una historia, y contándola desordenadamente, ella le ruega que la baje del caballo.

JÓVENES señoras, como en las noches claras son las estrellas ornamento del cielo y en la primavera las flores de los verdes prados, y de los montes los vestidos arbustillos, así de las corteses costumbres y de los bellos discursos lo son las frases ingeniosas; las cuales, porque son breves, tanto mejor convienen a las mujeres que a los hombres, cuanto a las mujeres más que a los hombres el mucho hablar afea. Es verdad que, sea cual sea la razón, o la mitad de nuestro ingenio o la singular enemistad que a nuestros siglos tengan los cielos, hoy pocas o ninguna mujer quedan que sepan en los momentos oportunos

decir algunas, o, si se dicen, entenderlas como conviene: vergüenza general de todas nosotras. Pero porque ya sobre esta materia suficiente fue dicho por Pampínea[186], no entiendo seguir adelante; mas por haceros ver cuán bello es decirlas en el momento oportuno, una cortés imposición de silencio hecha por una gentil señora a un caballero me place contaros:

Así como muchas de vosotras pueden saberlo (o por haberlo visto o haberlo oído), no hace mucho tiempo hubo en nuestra ciudad una gentil y cortés señora y elocuente cuyo valor no ha merecido que se olvide su nombre. Se llamó, pues, doña Oretta y fue la mujer de micer Geri Spina[187]; la cual, estando por acaso en el campo, como estamos nosotros, y yendo de un lugar a otro para entretenerse junto con otras señoras y caballeros, a quienes en su casa había tenido a almorzar, y siendo tal vez el camino algo largo de allí de donde partían a donde esperaban llegar todos a pie, dijo uno de los caballeros de la compañía:

—Doña Oretta, si queréis, yo os llevaré gran parte del camino que tenemos que andar, a caballo y contándoos una de las mejores historias del mundo.

La señora le repuso:

—Señor, mucho os lo ruego, y me será gratísimo.

El señor caballero, a quien tal vez no le sentaba mejor la espada al cinto que el novelar a la lengua, oído esto, comenzó una historia que en verdad era de por sí bellísima, pero repitiendo él tres o cuatro veces una misma palabra y unas veces volviendo atrás, y a veces diciendo: «No es como dije», y con frecuencia equivocándose en los nombres, diciendo uno en lugar de otro, gravemente la estropeaba; sin contar con que pésimamente, según la cualidad de las personas y de los actos que les sucedían, hacía la exposición.

De lo que a doña Oretta, al oírlo, muchas veces le venían sudores y un desvanecimiento del corazón como si, enferma, estuviera a punto de finar; la cual cosa, después de que ya sufrir no la pudo, conociendo que el caballero había entrado en un embrollo y no sabía cómo salir, placenteramente dijo:

—Señor, este caballo vuestro tiene un trote muy duro, por lo que os ruego que os plazca dejarme bajar.

El caballero, que por ventura era mucho mejor entendedor que narrador, entendida la alusión, y tomándola festivamente y a broma,

echó mano de otras novelas, y la que había comenzado y mal seguido, dejó sin terminar.

Novela segunda

El panadero Cisti con una sola palabra hace arrepentirse a micer Géri Spina de una irreflexiva petición suya.

MUCHO fue por todas las mujeres y los hombres alabado el decir de doña Oretta, al que mandó la reina que Pampínea siguiese; por lo que ella comenzó así:

Hermosas señoras, no sé ver por mí misma qué tiene mayor culpa, si la naturaleza emparejando un alma noble con un cuerpo vil o la fortuna emparejando con un cuerpo dotado de alma noble un vil oficio, como en Cisti[188], nuestro conciudadano, y en muchos más hemos podido ver que sucedía; al cual Cisti, provisto de altísimo ánimo, la fortuna hizo panadero. Y ciertamente le echaría yo la culpa por igual a la naturaleza y a la fortuna si no supiese que la naturaleza es discretísima y que la fortuna tiene mil ojos aunque los tontos se la figuren ciega. Las cuales creo yo que, como muy previsoras, hacen lo que los mortales

hacen muchas veces, cuando, inseguros del acontecer futuro, para una necesidad sus cosas más preciosas en los sitios más viles de sus casas, como menos sospechosos, sepultan, y de allí la sacan en las mayores necesidades, habiéndolas el vil lugar más seguramente conservado que lo habría hecho la hermosa cámara.



Y así las dos ministros del mundo con frecuencia sus más preciosas cosas esconden bajo la sombra de las artes reputadas más viles, para que al sacarlas de ellas cuando es necesario, más claro aparezca su esplendor. Lo cual, en cuán poca cosa el panadero Cisti lo demostró abriéndole los ojos de la inteligencia a micer Geri Spina (a quien, la contada historia de doña Oretta, que fue su mujer, me ha traído a la memoria) me place exponeros con una historia muy corta.

Digo, pues, que, habiendo el papa Bonifacio, junto al que micer Geri Spina tuvo grandísimo favor, mandado a Florencia a algunos nobles embajadores suyos por ciertas grandes necesidades suyas[189], habiéndose quedado ellos en casa de micer Geri, y tratando él con ellos los asuntos del Papa, sucedió que, cualquiera que fuese la razón, micer Geri con estos embajadores del Papa, todos a pie, casi todas las mañanas pasaban por delante de Santa María Ughi[190], donde el panadero Cisti tenía su horno y personalmente ejercía su arte. Al cual, aunque fortuna hubiera dado un oficio muy humilde, tanto en él le había sido benigna que se había hecho riquísimo, y sin querer nunca abandonarlo por otro, espléndidamente vivía, teniendo entre sus

demás buenas cosas los mejores vinos blancos y tintos que se encontraban en Florencia o en sus alrededores. El cual, viendo todas las mañanas pasar por delante de su puerta a micer Geri y los embajadores del Papa, y siendo grande el calor, pensó que gran cortesía sería invitarles a beber su buen vino blanco; pero considerando su condición y la de micer Geri, no le parecía cosa decorosa atreverse a invitarlo sino que pensó en una manera que indujese a micer Geri a invitarse a sí mismo. Y teniendo un jubón blanquísimo puesto y un mandil limpísimo siempre por encima, que más bien le hacían parecer molinero que panadero, todas las mañanas a la hora que pensaba que micer Geri con los embajadores debían pasar, se hacía traer delante de su puerta un cubo nuevo rebosante de agua fresca y un pequeño jarro boloñés nuevo de su buen vino blanco y dos vasos que parecían de plata, tan claros eran; y sentándose, cuando pasaban (y después de que él una vez o dos había carraspeado), comenzaba a beber con tanto gusto este vino suyo que le habría dado ganas de beberlo a un muerto.

La cual cosa habiendo micer Geri visto una o dos mañanas, dijo la tercera:

—¿Qué es eso, Cisti? ¿Está bueno?

Cisti, poniéndose prestamente en pie, repuso:

—Señor, sí; pero cuánto no podría haceros comprender si no lo probáis.

Micer Geri, quien o por el tiempo que hacía o por haberse cansado más de lo acostumbrado o tal vez por el gusto con que veía beber a Cisti, sentía sed, volviéndose a los embajadores les dijo sonriendo:

—Señores, bueno será que probemos el vino de este hombre honrado; tal vez sea tal que no nos arrepintamos.

Y junto con ellos se acercó a Cisti. El cual, haciendo inmediatamente sacar un buen banco fuera de la tahona, les rogó que se sentasen, y a sus criados que ya para lavar los vasos se adelantaban dijo:

—Compañeros, apartaos y dejadme hacer a mí este servicio, que no sé peor escanciar que hornear; ¡y no esperéis probar una gota!

Y dicho esto, lavando él mismo cuatro vasos buenos y nuevos, y haciendo traer un pequeño jarro de su buen vino, diligentemente dio de beber a micer Geri y sus compañeros. A quienes el vino pareció el mejor que habían bebido en mucho tiempo; por lo que,

alabándolo mucho, mientras los embajadores estuvieron allí, casi todas las mañanas fue con ellos a beber micer Geri.

Habiendo terminado sus asuntos y debiendo partir, micer Geri les hizo dar un magnífico convite, al que invitó a una parte de los más honorables ciudadanos, e hizo invitar a Cisti, el cual de ninguna manera quiso ir. Mandó entonces micer Geri a uno de sus servidores que fuese a por una botella del vino de Cisti, y de él diese medio vaso por persona la primera vez que sirviese.

El servidor, tal vez enfadado porque nunca había podido probar el vino, cogió un gran frasco; el cual al verlo Cisti dijo:

—Hijo, micer Geri no te envía a mí.

Lo que afirmando muchas veces el servidor y no pudiendo obtener otra respuesta, volvió a micer Geri y se lo dijo así, micer Geri le dijo:

—Vuelve allí y dile que de verdad te mando yo, y si otra vez te contesta lo mismo pregúntale que adónde te mando.

El servidor, volviendo, le dijo:

—Cisti, es verdad que micer Geri me manda otra vez a ti.

Cisti le respondió:

—Seguro, hijo, que no.

—Entonces —dijo el servidor—, ¿a quién manda?

Respondió Cisti:

—Al Arno.

Lo que contando el servidor a micer Geri, enseguida le abrió los ojos de la inteligencia, y dijo al servidor:

—Déjame ver qué frasco le llevas. —Y viéndolo, dijo—: Cisti dice bien.

E insultándole, le hizo llevar un frasco apropiado; viendo el cual, Cisti dijo:

—Ahora sé bien que te manda a mí.

Y alegremente se lo llenó.

Y luego, aquel mismo día, haciendo llenar un barrilejo de un vino igual y haciéndolo llevar despacito a casa de micer Geri, se fue detrás y al encontrarse con él le dijo:

—Señor, no querría que creyeseis que el gran frasco de esta mañana me había espantado; pero pareciéndome que os habíais olvidado de lo que yo os he mostrado estos

días con mis pequeños jarritos, es decir, que éste no es vino para criados, quise recordároslo esta mañana. Pero como no entiendo ser guardián de él, os he traído todo: haced con él lo que gustéis.

Micer Geri recibió el apreciadísimo regalo de Cisti y le dio las gracias que creyó que convenían, y siempre luego lo tuvo en gran estima y fue su amigo.

Novela tercera

Doña Nonna de los Pulci con una rápida respuesta a las bromas menos que honestas del obispo de Florencia impone silencio.

CUANDO Pampínea hubo terminado su historia, luego que por todos tanto la respuesta como la liberalidad de Cisti fue muy alabada, plugo a la reina que Laureta narrase después; la cual, alegremente, comenzó a decir así:

Amables señoras, primero Pampínea y ahora Filomena con mucha verdad incidieron en nuestra poca virtud y en la belleza de los dichos ingeniosos; por lo que como no hay necesidad de volver a ello, además de lo que se ha dicho de los dichos ingeniosos, quiero recordaros que la naturaleza de estos dichos es tal que del modo que muerde la oveja deben atacar al oyente[191] y no como hace el perro: porque si como el perro mordiesen, las palabras no serían ingeniosas sino villanas. Es verdad que, si como respuesta se dicen, y el que responde muerde como el perro cuando ha

sido primero mordido como por un perro, no parece tan reprensible como lo sería si no hubiera sucedido así, y por ello hay que considerar cómo y cuándo y con quién y semejantemente dónde se hace gala de ingenio. Las cuales cosas, poco teniendo en cuenta un prelado nuestro, no menor ataque recibió que dio; lo que quiero mostraros con una corta historia.

Siendo obispo de Florencia micer Antonio de Orsi[192], valioso y sabio prelado, vino a Florencia un noble catalán llamado micer Diego de la Ratta[193], mariscal del rey Roberto, el cual, siendo apuestísimo en su persona y muy gran galanteador, sucedió que entre las otras damas florentinas le gustó una que era mujer muy hermosa y era sobrina de un hermano del dicho obispo. Y habiendo sabido que su marido, aunque de buena familia era muy avaro y malvado, arregló con él que le entregaría cincuenta florines de oro y que él le dejaría dormir una noche con su mujer; por lo que, haciendo dorar popolinos de plata[194], que entonces se usaban, acostándose con la mujer, aunque contra el gusto de ella, se los dio. Lo que, corriéndose luego por todas partes, llenó al mal hombre de burlas y de escarnio y el obispo, como prudente, fingió no haber oído nada de todo esto. Por lo que, tratándose

mucho el obispo y el mariscal, sucedió que el día de San Juan, montando a caballo uno al lado del otro mirando a las mujeres por la calle por donde se corre el palio[195], el obispo vio a una joven a quien la pestilencia presente nos ha quitado ya siendo señora, cuyo nombre fue Nonna de los Pulci, prima de micer Alesso Rinucci y a quien vosotras todas habéis debido conocer; la cual, siendo entonces una lozana y hermosa joven y elocuente y de gran ánimo, poco tiempo antes casada en Porta San Pietro, la enseñó al mariscal.

Luego, acercándose a ella, poniéndole al mariscal una mano en el hombro, dijo:

—Nonna, ¿qué piensas de él? ¿Crees que le vencerías?

A Nonna le pareció que aquellas palabras en algo iban contra su honestidad o que la mancharían en la opinión de quienes las oyeron, que eran muchos; por lo que, no preocupándose de limpiar esta mancha sino de devolver golpe por golpe, rápidamente contestó:

—Señor, él tal vez no me vencería a mí, que necesito buena moneda.

Cuyas palabras oídas, el mariscal y el obispo, sintiéndose igualmente vulnerados, el

uno como autor de la deshonrosa cosa con la sobrina del hermano del obispo y el otro como el que la había recibido en la sobrina del propio hermano, sin mirarse el uno al otro, avergonzados y silenciosos se fueron sin decir aquel día una palabra más. Así pues, habiendo sido atacada la joven, no estuvo mal que atacase a los otros con ingenio.

Novela cuarta

Ghichibio, cocinero de Currado Gianfigliazzi, con unas rápidas palabras cambió a su favor en risa la ira de Currado y se salvó de la desgracia con que Currado le amenazaba.

SE callaba ya Laureta y por todos había sido muy alabada Nonna, cuando la reina ordenó a Neifile que siguiese; la cual dijo:

Por mucho que el rápido ingenio, amorosas señoras, con frecuencia preste palabras rápidas y útiles y buenas a los decidores, según los casos, también la fortuna, que alguna vez ayuda a los temerosos, en sus lenguas súbitamente las pone cuando nunca los decidores hubieran podido hallarlas con ánimo sereno; lo que con mi historia entiendo mostraros.

Currado Gianfigliazzi[196], como todas vosotras habéis oído y podido ver, siempre ha sido en nuestra ciudad un ciudadano notable, liberal y magnífico, y viviendo

caballerescamente continuamente se ha deleitado con perros y aves de caza, para no entrar ahora en sus obras mayores. El cual, con un halcón suyo habiendo cazado un día en Perétola una grulla muerta, encontrándola gorda y joven la mandó a un buen cocinero suyo que se llamaba Ghichibio[197] y era veneciano, y le mandó decir que la asase para la cena y la preparase bien.



Ghichibio, que era un fantoche tan grande como lo parecía, preparada la grulla, la puso al fuego y con solicitud comenzó a guisarla. La cual, estando ya casi guisada y despidiendo un

grandísimo olor, sucedió que una mujercita del barrio, que se llamaba Brunetta y de quien Ghichibio estaba muy enamorado, entró en la cocina y sintiendo el olor de la grulla y viéndola, rogó insistentemente a Ghichibio que le diese un muslo.

Ghichibio le contestó cantando[198] y dijo:

—No os la daré yo, señora Brunetta, no os la daré yo.

Con lo que, enfadándose la señora Brunetta, le dijo:

—Por Dios te digo que si no me lo das, nunca te daré yo nada que te guste.

Y en resumen, las palabras fueron muchas; al final, Ghichibio, para no enojar a su dama, tirando de uno de los muslos de la grulla se lo dio. Habiendo luego delante de Currado y algunos huéspedes suyos puesto la grulla sin muslo, y maravillándose Currado de ello, hizo llamar a Ghichibio y le preguntó qué había sucedido con el otro muslo de la grulla.

El veneciano mentiroso le respondió:

—Señor mío, las grullas no tienen más que un muslo y una pata.

Currado, entonces, enojado, dijo:

—¿Cómo diablos no tienen más que un muslo y una pata? ¿No he visto yo en mi vida más grullas que ésta?

Ghichibio siguió:

—Es, señor, como os digo; y cuando os plazca os lo haré ver en las vivas.

Currado, por amor a los huéspedes que tenía consigo, no quiso ir más allá de las palabras, sino que dijo:

—Puesto que dices que me lo mostrarás en las vivas, cosa que nunca he visto ni oído que fuese así, quiero verlo mañana por la mañana, y me quedaré contento; pero te juro por el cuerpo de Cristo que, si de otra manera es, te haré azotar de manera que por tu mal te acordarás siempre que aquí vivas de mi nombre.

Terminadas, pues, por aquella tarde las palabras, a la mañana siguiente, al llegar el día, Currado, a quien no le había pasado la ira con el sueño, lleno todavía de rabia se levantó y mandó que le llevasen los caballos y haciendo montar a Ghichibio en una mula, hacia un río en cuya ribera siempre solía, al hacerse de día, verse a las grullas, lo llevó, diciendo:

—Pronto veremos quién ha mentido ayer

tarde, si tú o yo.

Ghichibio viendo que todavía duraba la ira de Currado y que tenía que probar su mentira, no sabiendo cómo podría hacerlo, cabalgaba junto a Currado con el mayor miedo del mundo, y de buena gana si hubiese podido se habría escapado; pero no pudiendo, ora hacia atrás, ora hacia adelante y a los lados miraba, y lo que veía creía que eran grullas sobre sus dos patas.

Pero llegados ya cerca del río, antes que nadie vio sobre su ribera por lo menos una docena de grullas que estaban sobre una pata como suelen hacer cuando duermen. Por lo que, rápidamente mostrándolas a Currado, dijo:

—Muy bien podéis, señor, ver que ayer noche os dije la verdad, que las grullas no tienen sino un muslo y una pata, si miráis a las que allá están.

Currado, viéndolas, dijo:

—Espérate que te enseñaré que tienen dos. —Y acercándose un poco más a ellas, gritó—: ¡Hohó!

Con el cual grito, sacando la otra pata, todas después de dar algunos pasos comenzaron a huir; con lo que Currado,

volviéndose a Ghichibio, dijo:

—¿Qué te parece, truhán? ¿Te parece que tienen dos?

Ghichibio, casi desvanecido, no sabiendo él mismo de dónde le venía la respuesta, dijo:

—Señor, sí, pero vos no le gritasteis «¡hohó!», a la de anoche: que si le hubieseis gritado, habría sacado el otro muslo y la otra pata como hacen éstas.

A Currado le divirtió tanto la respuesta, que toda su ira se convirtió en fiestas y risa, y dijo:

—Ghichibio, tienes razón: debía haberlo hecho.

Así pues, con su rápida y divertida respuesta, evitó la desgracia y se reconcilió con su señor.

Novela quinta

Micer Forese de Rábatta y el maestro Giotto, pintor, viniendo de Mugello, mutuamente se burlan de su mezquina apariencia[199].

AL callarse Neifile, habiendo gustado mucho a las señoras la respuesta de Ghichibio, así habló Pánfilo por voluntad de la reina:

Carísimas señoras, sucede con frecuencia que, así como la fortuna bajo viles oficios algunas veces oculta grandes tesoros de virtud, como hace poco fue mostrado por Pampínea, también bajo feísimas formas humanas se encuentran maravillosos talentos escondidos por la naturaleza. La cual cosa muy aparente fue en dos de nuestros conciudadanos sobre los que entiendo hablar brevemente: porque el uno, que micer Forese de Rábatta[200] se llamaba, siendo bajo de estatura y deforme, con una cara tan aplastada y retorcida que hubiera parecido deforme a cualquiera de los Baronci que más deformada la tuvo[201], tuvo tanto talento para las leyes que por muchos

hombres de valor fue reputado almacén de conocimientos civiles; y el otro, cuyo nombre fue Giotto, fue de ingenio tan excelente que ninguna cosa de la naturaleza (madre de todas las cosas y alimentadora de ellas con el continuo girar de los cielos) con el estilo, la pluma o el pincel había que no pintase tan semejante a ella que no ya semejante sino más bien ella misma pareciese, en cuanto muchas veces en las cosas hechas por él se encuentra que el vivísimo juicio de los hombres se equivoca creyendo ser verdadero lo que es pintado[202].

Y por ello, habiendo él hecho tornar a la luz aquel arte que muchos siglos bajo los errores ajenos (que más para deleitar los ojos de los ignorantes que para complacer al intelecto de los sabios pintan) había estado sepultada, merecidamente puede decirse que es una de las luces de la florentina gloria; y tanto más cuanto que, con la mayor humildad, viviendo siempre en ella como maestro de las artes, la conquistó rehusando siempre ser llamado maestro; el cual título, por él rechazado, tanto más resplandecía en él cuanto más era usurpado con avidez mayor por quienes menos sabían que él o por sus discípulos. Pero por muy grande que fuese su arte, no era él en la persona y el aspecto en nada más hermoso de

lo que era micer Forese. Pero volviendo a la historia digo que:

Tenían en Mugello micer Forese y Giotto sus posesiones; y habiendo ido micer Forese a ver las suyas en este tiempo del verano en que los tribunales tienen vacaciones, y volviendo por acaso sobre un mal rocín de alquiler, encontró al ya dicho Giotto, el cual semejantemente, habiendo visto las suyas, se volvía a Florencia; el cual ni en el caballo ni en los arreos estando en nada mejor que él, como viejos que eran, avanzando poco a poco, se juntaron. Sucedió, como muchas veces en el verano vemos suceder, que les alcanzó una súbita lluvia, de la que lo más pronto que pudieron se refugiaron en casa de un labrador amigo y conocido de los dos. Pero luego de un rato, no llevando el agua aspecto de parar y queriendo ellos llegar en el día a Florencia, pidiendo prestadas al labrador dos viejas capas de paño romañés y dos sombreros todos roídos por el tiempo, porque mejores no había, comenzaron a caminar.

Ahora, habiendo andado algo, y viéndose todos mojados y, por las salpicaduras que los rocines hacen en gran cantidad con las patas, llenos de barro, cosas que no suelen añadir ningún honor, aclarando un tanto el tiempo, ellos, que largamente habían venido callados,

empezaron a conversar. Y micer Forese, cabalgando y escuchando a Giotto, que era excelentísimo conversador, comenzó a considerarlo de lado y de frente y por todas partes; y viéndolo todo tan deslustrado y tan mezquino, sin considerarse a sí mismo, comenzó a reírse y dijo:

—Giotto, ¿cuándo, si viniese a nuestro encuentro algún forastero que nunca te hubiera visto, crees tú que pensaría que eras el mejor pintor del mundo, como eres?

Giotto le respondió prestamente:

—Señor, creo que lo creería cuando mirándoos a vos creyese que sabíais el abecé.

Lo que, oyendo micer Forese, su error reconoció y se vio pagado en la misma moneda con que había vendido las mercancías.

Novela sexta

Prueba Michele Scalza a algunos jóvenes que los Baronci son los hombres más nobles del mundo y del ultramar y gana una cena.

TODAVÍA reían, las señoras con la buena y rápida respuesta de Giotto cuando la reina ordenó seguir a Fiameta, la cual comenzó a hablar así:

Jóvenes señoras, el haber recordado Pánfilo a los Baronci, a quienes tal vez no conocisteis como él conoció, me ha traído a la memoria una historia en la cual cuánta sea su nobleza se muestra sin desviarnos de nuestro propósito; y por ello me place contarla.

No ha pasado mucho tiempo desde que en nuestra ciudad hubo un joven llamado Michele Scalza, que era el más agradable y divertido hombre de mundo, y tenía entre manos las historias más extravagantes; por la cual cosa los jóvenes florentinos estimaban mucho, cuando se reunían en compañía poder contar

con él. Ahora, sucedió un día que, estando él con algunos más en Montughi[203], empezó entre ellos una disputa sobre cuáles serían los hombres más nobles de Florencia y los más antiguos; de los cuales algunos decían que los Uberü y otros los Lamberü, y quién uno y quién otro, según les venía al ánimo.

Y oyéndolos Scalza, comenzó a reírse sarcásticamente y dijo:

—Idos por ahí, idos, que sois unos bobos; no sabéis lo que decís: los hombres más nobles y los más antiguos, no en Florencia sino en todo el mundo y en ultramar son los Baronci, y en esto están de acuerdo todos los filósofos y todo hombre que los conoce como yo; y para que no creáis que hablo de otros os digo que son los Baronci vuestros vecinos de Santa María la Mayor[204]

Cuando los jóvenes, que esperaban que dijera otra cosa, oyeron esto, se burlaron de él todos, y dijeron:

—Quieres atraparnos por tontos, como si no conociésemos a los Baronci como tú.

Dijo Scalza:

—No, por el Evangelio, sino que digo la verdad, y si aquí hay alguno que quiera apostar

una cena a pagarla quien gane, yo apostaré de grado; aún haré más, que me someteré a la sentencia de quien queráis.

Entre quienes dijo uno, que se llamaba Neri Vannini:

—Yo estoy dispuesto a ganar esa cena.

Y poniéndose de acuerdo en tener por juez a Piero de los Fioretino, en cuya casa estaban, y yéndose a buscarle, y todos los otros detrás para ver perder a Scalza y burlarse de él, le contaron todo lo dicho.

Piero, que era discreto joven, oída primeramente la explicación de Neri, volviéndose hacia Scalza luego, dijo:

—¿Y cómo podrás demostrar esto que afirmas?

Dijo Scalza:

—¿Que cómo? Lo mostraré con tal argumento que no sólo tú sino también éste que lo niega dirá que digo verdad. Sabéis que, cuanto más antiguos son los hombres más nobles son, y así decían éstos hace poco; y los Baronci son más antiguos que cualquiera otro hombre, por lo que son más nobles; y si os demuestro cómo son más antiguos sin duda habré ganado la disputa. Debéis saber que los

Baronci fueron creados por Dios en el tiempo en que él había comenzado a aprender a pintar, pero los otros hombres fueron hechos después de que Nuestro Señor supo pintar. Y si digo la verdad en esto, pensad en los Baronci y en los demás hombres. Mientras a todos los demás veréis con los rostros bien compuestos y debidamente proporcionados, podréis ver a los Baronci con la cara muy larga y estrecha, y alguno que la tiene ancha más allá de toda conveniencia, y tal con la nariz muy larga y tal con ella corta, y algunos con el mentón hacia afuera o metido hacia adentro, y con quijadas que parecen de asno, y los hay que tienen un ojo mayor que el otro, y aun quien tiene uno más alto que el otro, como suelen ser las caras que pintan primero los niños que aprenden a dibujar; por lo cual, como ya he dicho, bastante bien se ve que Nuestro Señor los hizo cuando aprendía a pintar, por lo que éstos son más antiguos que los otros, y por ello más nobles.



De lo cual acordándose Piero que era el juez y Neri que había apostado la cena, y acordándose todos los demás también, y habiendo oído el divertido argumento de Scalza, empezaron a reírse y a afirmar que Scalza tenía razón y que había ganado la cena y que con seguridad los Baronci eran los más nobles y más antiguos que había, no ya en Florencia sino en el mundo y en ultramar. Y por ello con toda razón Pánfilo, queriendo mostrar la fealdad del rostro de micer Forese, dijo que habría sido horrible en uno de los Baronci.

Novela séptima

Doña Filipa, encontrada por su marido con un amante, llamada a juicio, con una pronta y divertida respuesta consigue su libertad y hace cambiar las leyes.

YA se callaba Fiameta y todos reían aún del ingenioso argumento usado por Scalza para ennoblecer sobre todos los otros a los Baronci, cuando la reina mandó a Filostrato que novelase; y él comenzó a decir:

Valerosas señoras, buena cosa es saber hablar bien en todas partes, pero yo juzgo que es buenísimo saber hacerlo cuando lo pide la necesidad; lo que tan bien supo hacer una noble señora sobre la cual entiendo hablaros que no solamente a diversión y risa movió a los oyentes, sino que a sí misma se desató de los lazos de una infamante muerte, como oiréis.

En la ciudad de Prato había antes una ley, ciertamente no menos condenable que dura, que, sin hacer distinción, mandaba que igual

fuera quemada la mujer que fuese por el marido hallada en adulterio con algún amante como la que por dinero con algún otro hombre fuese encontrada. Y mientras había esta ley sucedió que una noble señora, hermosa y enamorada más que ninguna otra, cuyo nombre era doña Filipa, fue hallada en su propia alcoba una noche por Rinaldo de los Pugliesi, su marido, en brazos de Lazarino de los Guazzagliotri[205], joven hermoso y noble de aquella ciudad, a quien ella como a sí misma amaba y era amada por él; la cual cosa viendo Rinaldo, muy enfurecido, a duras penas se contuvo de echarse encima de ellos y matarlos, y si no hubiese sido porque temía por sí mismo, siguiendo el ímpetu de su ira lo habría hecho.

Sujetándose, pues, en esto, no se pudo sujetar de querer que lo que a él no le era lícito hacer lo hiciese la ley pratense, es decir, matar a su mujer. Y por ello, teniendo para probar la culpa de la mujer muy convenientes testimonios, al hacerse de día, sin cambiar de opinión, acusando a su mujer, la hizo demandar. La señora, que de gran ánimo era, como generalmente suelen ser quienes enamoradas están de verdad, aunque desaconsejándoselo muchos de sus amigos y parientes, decidió firmemente comparecer y mejor querer, confesando la verdad, morir con

valiente ánimo que vilmente, huyendo, ser condenada al exilio por rebeldía y declararse indigna de tal amante como era aquél en cuyos brazos había estado la noche anterior. Y muy bien acompañada de mujeres y de hombres, por todos exhortada a que negase, llegada ante el podestá, preguntó con firme gesto y con segura voz qué quería de ella. El podestá, mirándola y viéndola hermosísima y muy admirable en sus maneras, y de gran ánimo según sus palabras testimoniaban, sintió compasión de ella, temiendo que fuera a confesar una cosa por la cual tuviese él que hacerla morir si quería conservar su reputación.

Pero no pudiendo dejar de preguntarle aquello de que era acusada, le dijo:

—Señora, como veis, aquí está Rinaldo vuestro marido y se querella contra vos, a quien dice que ha encontrado en adulterio con otro hombre, y por ello pide que yo, según una ley dispone, haciéndoos morir os castigue; pero yo no puedo hacerlo si vos no confesáis, y por ello cuidaos bien de lo que vais a responder, y decidme si es verdad aquello de que vuestro marido os acusa.

La señora, sin amedrentarse un punto, con voz asaz placentera, repuso:

—Señor, es verdad que Rinaldo es mi marido y que la noche pasada me encontró en brazos de Lazarino, en los que muchas veces he estado por el buen y perfecto amor que le tengo, y esto nunca lo negaré. Pero como estoy segura que sabéis, las leyes deben ser iguales para todos y hechas con consentimiento de aquéllos a quienes afectan; cosas que no ocurren con ésta, que solamente obliga a las pobrecillas mujeres, que mucho mejor que los hombres podrían satisfacer a muchos; y además de esto, no ya ninguna mujer, cuando se hizo, le prestó consentimiento sino que ninguna fue aquí llamada; por las cuales cosas merecidamente puede decirse que es mala. Y si queréis en perjuicio de mi cuerpo y de vuestra alma ser ejecutor de ella, a vos lo dejo; pero antes de que procedáis a juzgar nada, os ruego que me concedáis una pequeña gracia, que es que preguntéis a mi marido si yo, cada vez y cuantas veces él quería, sin decirle nunca que no, le concedía todo de mí misma o no.

A lo que Rinaldo, sin esperar a que el podestá se lo preguntase, prestamente repuso que sin duda alguna su mujer siempre que él la había requerido le había concedido cuanto quería.

—Pues —siguió rápidamente la señora— yo os pregunto, señor podestá, si él ha tomado

de mí siempre lo que ha necesitado y le ha gustado, ¿qué debía hacer yo (o debo) con lo que me sobra? ¿Debo arrojarlo a los perros? ¿No es mucho mejor servírselo a un hombre noble que me ama más que a sí mismo que dejar que se pierda o se estropee?

Estaban allí para semejante interrogatorio de tan famosa señora casi todos los pratenses reunidos, los cuales, al oír tan aguda respuesta, enseguida, luego de mucho reír, a una voz gritaron que la señora tenía razón y decía bien; y antes de que se fuesen de allí, exhortándoles a ello el podestá, modificaron la cruel ley y dejaron que solamente se refiriese a las mujeres que por dinero faltasen contra sus maridos. Por la cual cosa Rinaldo, quedándose confuso con tan loca empresa, se fue del tribunal; y la señora, alegre y libre, del fuego resucitada, a su casa se volvió llena de gloria.

Novela octava

Fresco aconseja a su sobrina que no se mire al espejo si los fastidiosos le eran tan molestos de ver como decía.

LA historia contada por Filostrato primero ofendió con alguna vergüenza los corazones de las señoras que escuchaban, y con el rubor que apareció en su rostro dieron de ello señal; y luego, mirándose la una a la otra, apenas pudiendo contener la risa, la escucharon riendo a escondidas. Pero luego de que llegó el fin, la reina, volviéndose a Emilia, le ordenó que siguiese; la cual, no de otro modo que si se levantase de dormir, suspirando, comenzó:

Atrayentes jóvenes, porque un largo pensamiento me ha tenido un buen rato lejos de aquí, para obedecer a nuestra reina, tal vez con una mucho más corta historia de lo que lo habría hecho si hubiese tenido ánimo, cumpliré, contándoos el tonto error de una joven corregido por unas ingeniosas palabras de un tío suyo si ella hubiera sido capaz de

entenderlo.

Uno, pues, que se llamó Fresco de Celático[206], tenía una sobrina llamada cariñosamente Cesca, la cual, aunque tuviese gallarda figura y rostro, no era sin embargo de esos angelicales que muchas veces vemos, pero en tanto y tan noble se reputaba que había tomado por costumbre censurar a los hombres y las mujeres y todas las cosas que veía sin mirarse en nada a sí misma, que era mucho más fastidiosa, cansina y enfadosa que ninguna, porque a su gusto nada podía hacerse; y tan altanera era, además de todo esto, que si hubiera sido hija del rey de Francia habría sido excesivo. Y cuando iba por la calle tanto le olía a quemado que no hacía sino torcer el gesto como si le llegara hedor de aquél a quien viera o encontrara. Ahora, dejando otras muchas costumbres suyas desagradables y fastidiosas, sucedió un día que, habiendo vuelto a casa, donde Fresco estaba, y sentándose frente a él, toda deshecha en dengues no hacía sino suspirar; por lo que preguntándole Fresco le dijo:

—Cesca, ¿qué es esto, que siendo hoy fiesta has vuelto tan pronto a casa?

A quien, hecha melindres, le respondió:

—Es verdad que me he venido temprano porque no creo que nunca en esta ciudad han sido los hombres y las mujeres tan fastidiosos y molestos como hoy, y no hay nadie en la calle que no me desagrade como la mala ventura; y no creo que haya mujer en el mundo a quien más fastidie ver a la gente desagradable que a mí, y por no verla me he venido tan pronto.

Fresco, a quien grandemente desagradaban las maneras afectadas de la sobrina, dijo:

—Hija, si así te molestan los fastidiosos como dices, si quieres vivir contenta, no te mires nunca al espejo.

Pero ella, más hueca que una caña y a quien le parecía igualar a Salomón en inteligencia, no de otra manera que hubiese hecho un borrego entendió las acertadas palabras de Fresco; contestó que le gustaba mirarse al espejo como a las demás; y así en su ignorancia siguió, y todavía sigue.

Novela novena

Guido Cavalcanti[207] injuria cortésmente con unas palabras ingeniosas a algunos caballeros florentinos que lo habían sorprendido.

ADVIRTIENDO la reina que Emilia se había desembarazado de su historia y que a nadie quedaba por novelar sino a ella, excepto a aquél que tenía el privilegio de decirla al final, así comenzó a decir:

Aunque, gallardas señoras, hoy me habéis quitado más de dos historias entre las que yo había pensado contar una, no ha dejado de quedarme una para contar en cuya conclusión se contienen tales palabras que tal vez ningunas se han contado de tanta sabiduría.

Debéis, pues, saber que en tiempos pasados había en nuestra ciudad muchas bellas y encomiables costumbres (de las cuales hoy no ha quedado ninguna por causa de la avaricia que en ella ha crecido con las riquezas, que ha desterrado a todas) entre las

cuales había una según la cual en diversos lugares de Florencia se reunían los nobles de los barrios y hacían grupos de cierto número, cuidando de poner en ellos a quienes soportar pudiesen cumplidamente los gastos, y hoy uno mañana otro, y así sucesivamente todos invitaban a comer, cada uno el día que le correspondiese, a todo el grupo; y a la mesa frecuentemente invitaban a nobles forasteros, cuando allí llegaban, o a otros ciudadanos; y también se vestían de la misma manera al menos una vez al año; y juntos los días festivos cabalgaban por la ciudad, y a veces justaban, y máximamente en las fiestas principales o cuando alguna noticia alegre de victoria o de otra cosa hubiera llegado a la ciudad.

Entre las cuales compañías había una de micer Betto Brunelleschi[208], a la que micer Betto y los compañeros se habían esforzado mucho por atraer a Guido, de micer Cavalcanti de los Cavalcanti, no sin razón, porque además de que era uno de los mejores lógicos que hubiera en su tiempo en el mundo y un óptimo filósofo natural (cosas de las cuales poco cuidaba la compañía) fue tan donoso y cortés y elocuente hombre que todo lo que quería hacer y de un noble era propio, supo hacerlo mejor que nadie; y además de esto era riquísimo y lo más que pueda decir la lengua sabía honrar a

quien le parecía que valiese. Pero micer Betto nunca había podido tenerlo y creía él con sus compañeros que ello ocurría porque Guido, en sus especulaciones, muchas veces mucho se abstraía de los hombres; y porque en algunas cosas compartía las opiniones de los epicúreos se decía entre la gente vulgar que estas especulaciones suyas estaban solamente en buscar si podía probar que Dios no existía.

Ahora, sucedió un día que, habiendo salido Guido de Orto San Michele y viniendo por el corso de los Adimari hasta San Giovanni, que muchas veces era su camino, estando allí esos sepulcros grandes de mármol que hoy están en Santa Reparata y otros muchos alrededor de San Giovanni[209], y estando él entre las columnas de pórfido[209a] que allí hay y aquellas tumbas y la puerta de San Giovanni, que cerrada estaba, micer Betto con su compañía a caballo, viendo a Guido allí entre aquellas sepulturas, dijeron:

—Vamos a gastarle una broma.

Y espoleados los caballos, a guisa de un asalto bullicioso estuvieron encima casi antes de que él se diera cuenta, y comenzaron a decirle:

—Guido, tú te niegas a entrar en nuestra

compañía; pero di, cuando hayas encontrado que Dios no existe, ¿qué harás?

A quienes Guido, viéndose rodeado por ellos, prestamente dijo:

—Señores, en vuestra casa podéis decirme todo lo que os plazca.

Y poniendo la mano sobre una de aquellas tumbas, que eran grandes, como agilísimo que era dio un salto y se puso del otro lado y, librándose de ellos, se fue. Ellos se quedaron todos mirándose unos a otros y comenzaron a decir que era un aturdido y que lo que había contestado no quería decir nada, siendo como era que allí donde estaban no tenían ellos nada más que hacer que todos los demás ciudadanos, y no Guido menos que ninguno de ellos.

Micer Betto, volviéndose a ellos, dijo:

—Los aturdidos sois vosotros si no lo habéis entendido: nos ha dicho cortésmente y con pocas palabras la mayor injuria del mundo, porque, si bien lo miráis, estas sepulturas son las casas de los muertos, porque en ellas se los pone y se quedan los muertos; las cuales dice que son nuestra casa, y nos prueba que nosotros y los demás hombres incultos y no letrados somos, en comparación de él y de los

otros hombres de ciencia, peor que muertos, y por ello al estar aquí estamos en nuestra casa.

Entonces todos entendieron lo que Guido había querido decir, y avergonzándose, nunca más le gastaron bromas; y tuvieron en adelante a micer Betto por sutil y entendido caballero.

Novela décima

Fray Cebolla promete a algunos campesinos mostrarles la pluma del ángel Gabriel; al encontrar en lugar de ella unos carbones, dice que son de aquellos que asaron a San Lorenzo.

HABIENDO todos los de la compañía completado sus historias, conoció Dioneo que a él le tocaba tener que contar; por la cual cosa, sin demasiado esperar un mandato solemne, impuesto silencio a quienes las agudas palabras de Guido alababan, comenzó:

Graciosas señoras, aunque tenga por privilegio poder hablar de lo que más me agrade, no entiendo hoy querer separarme de aquella materia de que vosotras todas habéis muy apropiadamente hablado; sino siguiendo vuestras huellas entiendo mostraros cuán cautamente con un súbito expediente uno de los frailes de San Antonio[210] escapó a una burla que por dos jóvenes le había sido preparada. Y no deberá seros penoso que,

para bien contar la historia completa, algo me extienda al hablar, si miráis al sol que todavía está en mitad del cielo.

Certaldo, como tal vez habéis podido oír, es un burgo de Valdelsa situado en nuestros campos el cual, aunque sea pequeño, estuvo antiguamente habitado por hombres nobles y acaudalados; al cual, porque se encontraban buenos pastos, acostumbraba a ir durante mucho tiempo, todos los años una vez, a recoger las limosnas que le daban los tontos, un fraile de San Antonio cuyo nombre era fray Cebolla, tal vez no menos por el nombre que por otra devoción bien visto allí, como sea que aquel terreno produce cebollas famosas en toda Toscana. Era este fray Cebolla pequeño de persona, de pelo rojo y alegre gesto, y lo más campechano del mundo; y además de esto, no teniendo ninguna ciencia, tan óptimo hablador y rápido que quien no lo hubiera conocido no solamente lo habría estimado por gran retórico sino que habría dicho que era el mismo Tulio o tal vez Quintiliano; y casi de todos los de la comarca era compadre o amigo o bienquisto.



El cual, según su costumbre, en el mes de agosto allí se fue una vez entre otras y un domingo por la mañana, habiendo todos los buenos hombres y las mujeres de las aldeas de alrededor venido a misa a la parroquia, cuando le pareció oportuno, avanzando hacia ellos, dijo:

—Señores y señoras, como sabéis, vuestra costumbre es mandar todos los años a los pobres del barón señor San Antonio algo de vuestro grano y de vuestras mieses, quién poco y quién mucho, según sus posibilidades y su devoción, para que el beato San Antonio os guarde vuestros bueyes y los burros y las ovejas; Y además de esto, soléis pagar, y

especialmente quienes a nuestra cofradía están apuntados, esa pequeña cuota que se paga una vez al año. Para recoger las cuales cosas he sido mandado por mi superior, es decir, por el señor abad; y por ello con la bendición de Dios, después de nona, cuando oigáis tocar las campanillas, venid aquí fuera de la iglesia, donde yo os echaré el sermón al modo usado y besaréis la cruz; y además de esto, porque sé que todos sois devotísimos del barón San Antonio, como gracia especial os mostraré una santísima y bella reliquia, que yo mismo he traído de tierras de ultramar[211], y es una de las plumas del ángel Gabriel, que en la alcoba de la Virgen María se quedó cuando vino a visitarla a Nazaret.

Y dicho esto se calló y volvió a su misa. Había, cuando fray Cebolla decía estas cosas, entre otros muchos jóvenes en la iglesia, dos muy astutos, llamado el uno Giovanni del Bragoniera y el otro Biagio Pizzini[212], los cuales, luego de que algún tanto se hubieron reído entre sí de la reliquia de fray Cebolla, aunque eran muy amigos suyos y de su compañía, se propusieron hacerle alguna burla con esta pluma. Y habiendo sabido que fray Cebolla por la mañana almorzaba en el castillo[213] con un amigo suyo, al sentirlo sentado a la mesa se bajaron a la calle y al

albergue donde estaba hospedado el fraile se fueron, con el propósito de que Biagio debía dar conversación al criado de fray Cebolla y Giovanni debía entre las cosas del fraile buscar aquella pluma, fuese la que fuese, y quitársela, para ver qué decía él al pueblo de este asunto.

Tenía fray Cebolla un criado a quien algunos llamaban Guccio Balena y otros Guccio Imbratta, y quien le decía Guccio Porco[214], el cual era tan feo que no es verdad que Lippo Topo[215] pintase a alguien semejante. Del que muchas veces fray Cebolla acostumbraba a reírse con su compañía y a decir:

—Mi criado tiene nueve cosas tales que si una cualquiera de ellas se encontrase en Salomón, en Aristóteles o en Séneca tendría la fuerza de estropear todo su entendimiento, toda su virtud, toda su santidad. ¡Pensad qué hombre debe ser éste en quién ni virtud, ni entendimiento ni santidad alguna hay, habiendo nueve cosas!

Y siendo alguna vez preguntado que cuáles eran estas nueve cosas, y habiéndolas puesto en verso, respondía:

—Os las diré: es calmoso, pringoso y mentiroso; negligente, desobediente y

malediciente; descuidado, desmemoriado y maleducado, sin contar con que tiene algunos defectillos, además de éstos que mejor es callarlos. Y lo que es sumamente risible de sus asuntos es que en todos los sitios quiere tomar mujer y arrendar una casa, y teniendo la barba larga y negra y grasienta le parece que es tan hermoso y placentero que cree que cuantas mujeres le ven se enamoran de él y si se le dejase andaría detrás de todas perdiendo las calzas. Y es verdad que me es de gran ayuda porque nunca hay nadie que me quiera hablar tan en secreto que él no quiera oír su parte, y si sucede que me pregunten alguna cosa siente tanto miedo de que yo no sepa responder que prestamente responde él sí o no, según juzga que conviene.

A éste, al dejarlo en el albergue, fray Cebolla le había mandado que mirase bien que nadie tocase sus cosas, y especialmente sus alforjas que es donde estaban las cosas sagradas; pero Guccio Imbratta, que más gustaba de estar en la cocina que el ruiseñor sobre las verdes ramas, y máximamente si a alguna sirvienta olía por allí, habiendo visto a una del hospedero, grasienta y gruesa y pequeña y mal hecha, con un par de tetas que parecían dos canastas de abono y con una cara que parecía de los Baronci, toda sudada,

mugrienta y ahumada, no de otro modo que el buitre se arroja sobre la carroña, abandonando la cámara de fray Cebolla y todas sus cosas, allá se dejó caer.

Y aunque fuese agosto, sentándose junto al fuego comenzó con ésta, que Nuta tenía por nombre, a entrar en conversación y a decirle que él era hombre noble por delegación y que tenía más de millares de florines, sin contar con los que tenía que dar a otro que eran más o menos los mismos, y que sabía hacer y decir tantas más cosas que ni el *dómine unquanque*. Y sin mirar un capuz suyo que tenía tanta grasa que habría servido para condimentar la caldera de Altopascio[216], y a su jubonzuelo roto y remendado, y alrededor del cuello y bajo los sobacos esmaltado de mugre con más manchas y más colores que nunca tuvieron los paños tártaros o indios y a sus zapatillas todas rotas y a las calzas descosidas, le dijo, como si hubiera sido el señor de Châtillon[217], que quería darle vestidos y pulirla y sacarla de aquella esclavitud de estar en casa ajena, y sin tener grandes posesiones, ponerla en estado de esperar mejor fortuna; y muchas otras cosas, las cuales, por muy afectuosamente que las dijese, convertidas en aire como ocurría con la mayoría de sus empresas, se quedaron en nada.

Encontraron, así, los dos jóvenes a Guccio Porco ocupado con Nuta; de la cual cosa contentos, porque la mitad del trabajo se ahorraban, no impidiéndoselo nadie, en la cámara de fray Cebolla, que encontraron abierta, entrados, la primera cosa que cogieron para buscar en ella fue la alforja donde estaba la pluma; y abierta la cual, encontraron en un gran paquete de cendales envuelta una pequeña arqueta donde, abierta, encontraron una pluma de aquéllas de la cola de un papagayo, que pensaron que debía ser la que había prometido mostrar a los certaldeños. Y ciertamente podía en aquellos tiempos fácilmente hacérselo creer, porque todavía los lujos de Egipto no habían llegado a Toscana sino en pequeña cantidad y no como después en grandísima abundancia, con ruina de toda Italia han llegado; y si eran poco conocidos en aquella comarca, no eran nada conocidos por los habitantes; sino que, conservándose todavía la ruda honestidad de los antiguos no sólo no habían visto papagayos, sino que ni de lejos la mayor parte nunca habían oído hablar de ellos.

Contentos, pues, los jóvenes de haber encontrado la pluma, la cogieron, y para no dejar la arqueta vacía, viendo carbones en un rincón de la cámara, llenaron con ellos la

arqueta; y cerrándola y cerrando todas las cosas como las habían encontrado, sin haber sido vistos, se fueron contentos con la pluma y se pusieron a esperar lo que fray Cebolla, al encontrar carbones en lugar de la pluma, iba a decir. Los hombres y las mujeres sencillos que estaban en la iglesia, al oír que iban a ver la pluma del arcángel Gabriel después de nona, terminada la misa se volvieron a casa; y diciéndoselo de un vecino a otro y de una comadre a otra, al terminar todos de almorzar, tantos hombres y tantas mujeres acudieron al castillo que apenas cabían allí, esperando con deseo de ver aquella pluma.

Fray Cebolla, habiendo almorzado bien y luego dormido un rato, se levantó un poco después de nona y sintiendo que una multitud grande de campesinos había venido para ver la pluma, mandó a decir a Guccio Imbratta que allí con las campanillas subiera y trajese sus alforjas. El cual, luego que con trabajo de la cocina y de la Nuta se arrancó, con las cosas pedidas, con lento paso, allá se fue, y llegando allí sin aliento porque el beber agua le había hecho hincharse mucho el cuero, por mandato de fray Cebolla, bajo la puerta de la iglesia se fue y comenzó a tocar fuertemente las campanillas. Después de que todo el pueblo se reunió, fray Cebolla, sin haberse apercibido de

que nada le hubieran tocado, comenzó su sermón y a favor de sus intenciones dijo muchas palabras; y teniendo que llegar a mostrar la pluma del ángel Gabriel, diciendo primero con gran solemnidad el Confiteor, hizo encender dos antorchas, y desenrollando delicadamente los cendales, habiéndose quitado primero la capucha, fuera sacó la arqueta; y diciendo primeramente unas palabritas en alabanza y loa del arcángel Gabriel y de su reliquia, abrió la arqueta. Y cuando llena de carbones la vio, no sospechó que aquello Guccio Balena lo hubiera hecho porque sabía que no alcanzaba a tanto, ni lo maldijo por no haber cuidado de que otro no lo hiciera; sino que se insultó tácitamente por haberle encomendado la guarda de sus cosas sabiéndolo como lo sabía negligente, desobediente, descuidado y desmemoriado; pero sin embargo, sin cambiar de color, alzando el rostro y las manos al cielo dijo de manera que fue oído por todos:

—¡Oh, Dios, alabado sea siempre tu poder!

Luego, volviendo a cerrar la arqueta y volviéndose al pueblo, dijo:

—Señores y señoras, debéis saber que siendo yo todavía muy joven fui enviado por un superior mío a aquella parte por donde aparece

el sol, y me fue ordenado con mandamiento expreso que buscase los privilegios de Porcellana[218], los cuales, aunque como indulgencias no costasen nada, mucho más útiles les son a otros que a nosotros; por la cual cosa, poniéndome en camino, partiendo de Vinegia y yendo por el Burgo de Griegos[219] y de allí adelante cabalgando por el reino del Garbo y por Baldacca, llegué al Parión de donde, no sin sed, luego de un tanto llegué a Cerdeña. ¿Pero por qué voy diciéndoos todos los países por dónde fui buscando? Llegué, pasado el estrecho de San Giorgio, a Estafia y a Befia, países muy habitados y con muchas gentes, y de allí llegué a la Tierra de la Mentira, donde a muchos de nuestros frailes y de otras religiones encontré, los cuales todos andaban evitando los disgustos por amor de Dios, poco cuidándose de otros trabajos cuando veían que perseguían su utilidad, no gastando más moneda que la que no estaba acuñada por aquellos países; y pasando de allí a la tierra de los Abruzzos, donde los hombres y las mujeres van sin zuecos por los montes, vistiendo a los puercos con sus mismas tripas[220], y poco más allá me encontré a gentes que llevan el pan en los bastones y el vino en los morrales, desde donde llegué a las montañas de los vascos, donde todas las aguas corren hacia abajo.

»Y en resumen, tanto anduve que llegué hasta la India Pastinaca[221], en donde os juro, por el hábito que llevo, que vi volar a los plumíferos, cosa increíble para quien no los haya visto; pero no me deje mentir Maso del Saggio[222] a quien encontré allí hecho un gran mercader que cascaba nueces y vendía las cáscaras al por menor. Pero no pudiendo lo que estaba buscando encontrar, porque de allí en adelante se va por el mar, volviéndome atrás, llegué a esas santas tierras donde en el verano os cuesta el pan frío cuatro dineros y el caldo nada os cuesta[223]; y allí encontré al venerable padre señor Non-me-blasméis-si-os-place[224], dignísimo patriarca de Jerusalén, el cual, por reverencia al hábito que siempre he llevado del barón señor San Antonio, quiso que viese ya todas las santas reliquias que tenía junto a sí, y fueron tantas que, si quisiese describiros todas no vendrían a término en tal milla; pero por no dejaros desilusionados os diré, sin embargo, algunas. Primeramente me mostró el dedo del Espíritu Santo tan entero y sano como nunca lo estuvo, y el tupé del serafín que se apareció a San Francisco, y una de las uñas de los querubines, y una de las costillas del Verbum-caripuesto-alajimez[225], y de los vestidos de la santa fe católica y algunos de los rayos de la estrella que se apareció a los tres Magos de Oriente, y una ampolla con el

sudor de San Miguel cuando combatió con el diablo, y la mandíbula de la muerte de San Lázaro y otras[226]. Y porque yo libremente le entregué las laderas de Montemoreno en vulgar y algunos capítulos del Caprezio que largamente había estado buscando, él me hizo partícipe de sus santas reliquias y me donó uno de los dientes de la santa cruz y en una ampolleta algo del sonido de las campanas del templo de Salomón y la pluma del arcángel Gabriel, de la cual ya os he hablado, y uno de los zuecos de San Gherardo de Villamagna[227], el cual yo, no hace mucho, en Florencia di a Gherardo de los Bonsi[228], que tiene en él grandísima devoción; y me dio los carbones con los que fue asado el bienaventurado mártir San Lorenzo; las cuales cosas todas aquí conmigo traje devotamente, y todas las tengo.

»Y es la verdad que mi superior nunca ha permitido que las mostrase hasta tanto que no se ha certificado si son ciertas o no, pero ahora que por algunos milagros hechos por ellas y por cartas recibidas del patriarca se ha asegurado, me ha concedido la licencia para que os las muestre; pero yo, temiendo confiárselas a nadie, siempre las llevo conmigo. Cierto que llevo la pluma del arcángel Gabriel, para que no se estropee, en una arqueta, y los carbones con los cuales fue asado San

Lorenzo en otra, las cuales son tan semejantes la una a la otra que muchas veces he cogido la una por la otra, y ahora me ha ocurrido; y creyendo que había traído la arqueta donde estaba la pluma, he traído aquélla en donde están los carbones. Lo que no reputo como error sino que me parece que sea cierto que haya sido la voluntad de Dios y que Él mismo haya puesto la arqueta de los carbones en mis manos, acordándome yo hace poco que la fiesta de San Lorenzo es de aquí a dos días; y por ello, queriendo Dios que yo, al mostraros los carbones con los que fue asado, encienda en vuestras almas la devoción que en él debéis tener, no la pluma que quería sino los benditos carbones rociados con el humor de aquel santísimo cuerpo me hizo coger. Y por ello, hijos benditos, quitaos las capuchas y acercaos aquí devotamente a verlos. Pero primero quiero que sepáis que cualquiera que por estos carbones es tocado con la señal de la cruz puede vivir seguro todo el año de que no le quemará fuego que no sienta.

Y luego que hubo dicho así, cantando un laude de San Lorenzo, abrió la arqueta y mostró los carbones, los cuales luego de que un rato la estúpida multitud hubo mirado con reverente admiración, con grandísimo ruido de pies todos se acercaron a fray Cebolla, y dando

mayores limosnas de lo que acostumbraban, que les tocase con ellos le rogaban todos. Por la cual cosa, fray Cebolla, cogiendo aquellos carbones en la mano, sobre sus camisolas blancas y sobre los jubones y sobre los velos de las mujeres comenzó a hacer las cruces mayores que le cabían, afirmando que cuanto se gastaban al hacer aquellas cruces lo crecían después en la arqueta, como él había experimentado muchas veces. Y de tal guisa, no sin grandísima utilidad suya, habiendo cruzado a todos los certaldeños, por su rápida invención se burló de aquellos que, quitándole la pluma, habían querido burlarse de él. Los cuales, estando en su sermón y habiendo oído el extraordinario remedio encontrado por él, y cómo se las había arreglado y con qué palabras, se habían reído tanto que habían creído que se les desencajaban las mandíbulas; y luego de que se hubo ido el vulgo, yendo a él, con la mayor fiesta del mundo lo que habían hecho le descubrieron y luego le devolvieron su pluma, la cual al año siguiente le valió no menos que aquel día le habían valido los carbones.

Esta historia dio por igual a toda la compañía grandísimo placer y solaz y mucho se rieron todos de fray Cebolla y máximamente de su peregrinación y de las reliquias tanto

vistas por él como traídas; la cual sintiendo la reina que había acabado, e igualmente su señorío, poniéndose en pie, se quitó la corona y, riendo, se la puso en la cabeza a Dioneo y dijo:

—Es tiempo, Dioneo, que algo pruebes la carga que es tener que guiar y gobernar a las mujeres; sé, pues, rey, y reina de tal manera que al final de tu gobierno lo alabemos.

Dioneo, recibiendo la corona, repuso riendo:

—Muchas veces podéis haber visto reyes de ajedrez que son más preciosos de lo que yo soy; y por cierto que si me obedecieseis como a un verdadero rey se obedece, os haría gozar de aquello sin lo cual es verdad que ninguna fiesta es totalmente alegre. Pero dejemos estas palabras; gobernaré como pueda.

Y haciendo, según la costumbre usada, venir al senescal, lo que tenía que hacer mientras durase su señorío le mandó; y luego dijo:

—Valerosas señoras, de diversas maneras se ha hablado aquí tanto del ingenio humano y de los varios sucesos que, si la señora Licisca[229] no hubiese venido aquí hace un rato (que con sus palabras me ha dado la materia

de las futuras narraciones de mañana) temo que me hubiera costado mucho tiempo encontrar tema sobre el que hablar. Ella, como habéis oído, dijo que no tenía una vecina que hubiera ido doncella a su marido, y añadió que bien sabía cuántas y cuáles burlas seguían las casadas haciendo a sus maridos. Pero dejando la primera parte, que es cosa de criaturas, pienso que la segunda deba ser divertida para hablar de ella, y por ello quiero que mañana se digan, puesto que la señora Licisca nos ha dado el motivo, burlas que por amor o por salvación suya han hecho las mujeres a sus maridos, habiéndose ellos apercibido o no.

Hablar de tal materia parecía a algunas de las damas que no era apropiado para ellas y le rogaban que cambiase el tema propuesto; a quienes el rey respondió:

—Señoras, sé lo que he ordenado mejor que vosotras, y de ordenarlo no me podréis apartar por lo que queréis mostrarme, considerando que estamos en tales tiempos[230] que con guardarse los hombres y las mujeres de obrar deshonestamente toda conversación está permitida. Pues ¿no sabéis que por la perversidad de esta temporada los jueces han abandonado los tribunales, las leyes tanto divinas como humanas están calladas y amplia licencia para conservar la vida se ha concedido

a cada uno? Por lo que, si algo se relaja vuestra honestidad al hablar, no para seguir con las obras nada desordenado sino para deleite de los demás y vuestro, no veo con qué argumento os pueda en el porvenir ser reprochado por nadie. Además de esto, nuestra compañía, desde el primer momento hasta esta hora honestísima, por nada que se diga no me parece que en ningún acto se manche ni sea manchada, con la ayuda de Dios. Además, ¿quién no conoce vuestra honestidad? La cual no ya las conversaciones divertidas sino el terror de la muerte creo que no podría desalentar. Y por decir verdad, quien supiera que dejasteis de hablar de estas chanzas alguna vez acaso sospecharía que fueseis culpables de lo que teníais que narrar y que por ello no quisisteis. Sin contar con que bien me honraríais si habiendo yo obedecido a todas, ahora, habiéndome hecho vuestro rey, quisierais imponerme la ley y no hablar de lo que yo ordenase. Dejad, pues, este temor más propio de ánimos bajos que de los nuestros, y buena suerte tenga cada una en pensar una buena historia.

Cuando las señoras esto hubieron oído dijeron que fuera así como a él le pluguiese; por lo que el rey hasta la hora de la cena dio a cada uno licencia de hacer lo que gustase.

Estaba el sol todavía muy alto porque las narraciones habían sido breves; por lo que, habiéndose Dioneo con los otros jóvenes puesto a jugar a las tablas, Elisa, llamando aparte a las otras señoras, dijo:

—Desde que estarnos aquí he deseado llevaros a un lugar muy cerca de éste donde no creo que ninguna de vosotras haya estado, y se llama el Valle de las Damas; y hasta ahora no he visto el momento de poderos llevar allí sino hoy, puesto que el sol está aún alto; y por ello, si os place venir, no dudo que cuando estéis allí no estéis contentísimas de haber estado.

Las señoras dijeron que estaban dispuestas, y llamando a una de sus criadas, sin decir nada a los jóvenes, se pusieron en camino; y no habían andado más de una milla cuando llegaron al Valle de las Damas; dentro del cual, por un camino muy estrecho por una de cuyas partes corría un clarísimo arroyo, entraron; y lo vieron tan hermoso y tan deleitoso, y especialmente en aquel tiempo en que el calor era grande cuanto más podría imaginarse. Y según me dijo luego alguna de ellas, el llano que había en el valle era tan redondo como si hubiera sido trazado con compás aunque artificio de la naturaleza y no de la mano del hombre pareciese; y tenía de

contorno poco más de media milla, rodeado por seis montañitas no muy altas, y encima de la cumbre de cada una se veía un edificio que tenía la forma de un hermoso castillito[231].

Las laderas de tales montañitas declinando hacia la llanura descendían como en los teatros vemos que desde la cima las gradas hasta la parte más baja vienen sucesivamente ordenadas, estrechando siempre su círculo. Y estaban estas laderas, cuantas a la vertiente del mediodía miraban, todas con viñas, olivos, almendros, cerezos, higueras y otras clases muchas de árboles frutales llenas sin dejar un palmo. Las que miraban al carro del Septentrión[232] todas eran de bosquecillos de chaparros, fresnos y otros árboles verdísimos y lo más derechos que podían estar. La llanura de abajo, sin tener más entrada que aquélla por donde las damas habían venido, estaba llena de abetos, de cipreses, de laureles y de algunos pinos, tan bien compuestos y tan bien ordenados como si todos hubieran sido plantados por el mejor artífice; y entre ellos poco sol o ninguno, entonces que estaba alto, entraba hasta el suelo, que era todo un prado de hierba menudísima y llena de flores purpúreas y de otras. Y además de esto, lo que no menos de deleite que de otra cosa servía, había un arroyo que desde una de las calles

que dos de aquellas montañitas dividían, caía sobre peñas de roca viva y al caer hacía un rumor muy deleitoso al oído, y al salpicar parecía de lejos plata viva[233] que cayese de alguna cosa exprimida menudamente; y al llegar abajo a la pequeña llanura, allí, recogido en una hermosa acequia hasta la mitad de la llanura velocísimo, y formaba allí un pequeño lago como a veces a modo de vivero hacen en su jardín los habitantes de las ciudades que de ello tienen ocasión.

Y era este lago no más profundo de lo que sea la estatura de un hombre hasta el pecho, y sin tener en sí mezcla alguna mostraba clarísimo su fondo que era de menudísimos guijos que, quien no hubiese tenido otra cosa que hacer, habría podido contarlos si quisiera; y no solamente al mirar se veía el fondo del agua sino tantos peces acá y allá ir discurriendo que además de deleite eran maravilla. Y no estaba cerrado por la otra orilla sino por el suelo del prado, tanto más hermoso en su borde cuanto más humedad tenía de él. El agua que desbordaba su capacidad la recibía otra acequia por la cual, saliendo fuera del vallecito, a las partes más bajas corría.

Venidas, pues, aquí las jóvenes damas, luego de que por todas partes hubieron mirado y alabado mucho el lugar, siendo grande el

calor y viendo el pequeño piélago delante y sin ningún temor de ser vistas, deliberaron bañarse; y mandando a su criada que sobre el camino por donde habían estado se quedase y mirase si alguien venía y se lo hiciera saber, las siete se desnudaron y entraron en él, que no de otra manera escondía sus cándidos cuerpos de lo que haría a una encarnada rosa un cristal sutil. Estando ellas allí metidas sin que en nada se enturbiase el agua, comenzaron como podían a andar de acá para allá detrás de los peces, los cuales mal tenían donde esconderse, y a querer cogerlos con las manos. Y luego de que en tal diversión, habiendo cogido algunos, estuvieron un rato, saliendo de allí se volvieron a vestir y sin poder alabar más el lugar que lo habían alabado, pareciéndoles tiempo de volverse a casa, con suave paso, hablando mucho de la belleza del lugar, se pusieron en camino; y llegando a la villa a bastante buena hora, todavía allí encontraron jugando a los jóvenes donde los habían dejado; a quienes Pampínea, riendo, dijo:

—Pues ya os hemos engañado hoy.

—¿Y cómo? —dijo Dioneo—. ¿Comenzáis primero las obras que las palabras?

Dijo Pampínea:

—Señor nuestro, sí.

Y extensamente le contó de dónde venían y cómo era el lugar y cuánto distaba de allí y lo que habían hecho.

El rey, oyendo hablar de la belleza del lugar, deseoso de verlo, prestamente hizo ordenar la cena; la cual luego de que con mucho placer de todos se terminó, los tres jóvenes con sus sirvientes, dejando a las damas, se fueron a este valle, y considerando cada cosa, no habiendo estado allí nunca ninguno de ellos, alabaron aquello como una de las más bellas cosas del mundo; y luego de que se hubieron bañado y volvieron a vestirse, como se hacía demasiado tarde se volvieron a casa, donde encontraron a las mujeres que danzaban una carola a un aria cantada por Fiameta; y con ellas, terminada su carola, entrando en conversación sobre el Valle de las Damas, mucho bien y muchas alabanzas dijeron. Por la cual cosa el rey, haciendo venir al senescal, le mandó que a la mañana siguiente hiciera que allí fuesen preparadas las cosas y fuera llevada alguna cama por si alguna quisiera dormir o acostarse la siesta. Después de esto, haciendo venir luces y vino y dulces y un tanto reconfortados, mandó que todo el mundo se pusiese a bailar; y habiendo iniciado Pánfilo una danza por voluntad suya, el

rey, volviéndose a Elisa, le dijo amablemente:

—Hermosa joven, hoy me hiciste la honra de darme la corona, y yo quiero hacerte a ti esta noche la de la canción; y por ello haz una que diga lo que más te guste.

A quien Elisa repuso sonriendo que de buen grado, y con suave voz comenzó de esta guisa:

Amor, si de tus garras yo saliera

no podría suceder

que otro de tus anzuelos más mordiera.

Yo era una niña cuando entré en tu guerra

creyendo que era suma y dulce paz,

y las armas dejé puestas en tierra

cual quien confía en uno que es veraz,

tú, desleal tirano, eres rapaz

y me hiciste caer

con tu armamento y con tu garra fiera.

Luego, bien apretada en tus cadenas,

a quien nació para verdugo mío,

llena de tristes lágrimas y penas

presa me diste, y tiene mi albedrío;

y es tan duro y cruel su señorío

que no pueden mover

su corazón mis suspiros ni ojeras.

Mis ruegos todos se los lleva el viento:

nadie me escucha ni me quiere oír,

y, si cada hora crece mi tormento,

viviendo con dolor no sé morir,

¡Ah, duélete, señor[234], de mi sufrir!

Lo que no puedo hacer

haz tú, y dámelo atado en forma fiera.

Y si no quieres, por lo menos suelta

el nudo con que me ata la esperanza.

¡Ah, que la libertad me sea devuelta!

Pues yo tendré, si lo haces, confianza

en ser bella de nuevo sin tardanza;

y sin más padecer

con blanca y roja flor ornada fuera[235]

Luego de que con un suspiro muy apesadumbrado Elisa hubo dado fin a su canción, aunque todos se maravillasen de tales palabras, ninguno hubo que pudiera adivinar quién de tal cantar la razón fuese. Pero el rey, que estaba de buen humor, haciendo llamar a Tíndaro, le ordenó que sacase su cornamusa, al son de la cual hizo bailar muchas danzas; pero cuando ya buena parte de la noche había pasado, dijo a todos que se fuesen a dormir.

TERMINA LA sexta JORNADA

SÉPTIMA JORNADA

Comienza la séptima jornada del Decamerón, en la cual, bajo el gobierno de Dioneo, se discurre sobre burlas que por amor o por su salvación han hecho las mujeres a sus maridos, habiéndose apercibido ellos o no.

TODAS las estrellas habían huido ya de las partes del oriente, con la excepción de aquélla que Lucifer llamamos, que todavía lucía en la blanqueciente aurora, cuando el senescal, levantándose, con un gran equipaje se fue al Valle de las Damas para disponer allí todas las cosas según la orden y el mandato habido de su señor. Después de cuya marcha no tardó mucho en levantarse el rey, a quien había despertado el estrépito de los cargadores y de las bestias; y levantándose, hizo levantar a las señoras y a los jóvenes por igual; y no despuntaban aún bien los rayos del sol cuando todos se pusieron en camino. Y nunca hasta entonces les había parecido que los ruiseñores cantaban tan alegremente y los otros pájaros

como aquella mañana les parecía; por cuyos cantos acompañados se fueron al Valle de las Damas, donde, recibidos por muchos más, les pareció que con su llegada se alegrasen. Allí, dando una vuelta por él y volviendo a mirarlo de arriba abajo, tanto más bello les pareció que el día pasado cuanto más conforme era con su belleza la hora del día.

Y luego de que con el buen vino y los dulces hubieron roto el ayuno para que por los pájaros no fuesen superados, comenzaron a cantar, y junto con ellos el valle, siempre entonando las mismas canciones que decían ellos a las que todos los pájaros, como si no quisiesen ser vencidos, dulces y nuevas notas añadían. Mas luego que la hora de comer fue venida, puestas la, mesas bajo los frondosos laureles y los otros verdes árboles, junto al bello lago, como plugo al rey, fueron a sentarse, y mientras comían veían a lo peces nadar por el lago en anchísimos bancos; lo que, tanto como de mirar daba a veces motivo para conversar. Pero luego de que llegó el final del almuerzo, y las viandas y las mesas fueron retiradas, todavía más contentos que antes empezaron a cantar y luego de esto a tañer sus instrumentos y a danzar; y después, habiéndose puesto camas en muchos lugares por el pequeño valle (todas por el discreto

senescal rodeadas de sargas francesas y de cortinas cerradas) con licencia del rey, quien quiso pudo irse a dormir; y quien dormir no quiso, con los otros a sus acostumbrados entretenimientos podía entregarse a su placer. Pero llegada ya la hora en que todos estaban levantados y era tiempo de recogerse a novelar, según quiso el rey, no lejos del lugar donde comido habían, haciendo extender tapetes sobre la hierba y sentándose cerca del lago, mandó el rey a Emilia que comenzase; la cual, alegremente, así comenzó a decir sonriendo:

Novela primera

Gianni Lotteringhi oye de noche llamar a su puerta; despierta a su mujer y ella le hace creer que es un espantajo; van a conjurarlo con una oración y las llamadas cesan.

SEÑOR mío, me hubiera agradado muchísimo, si a vos os hubiera placido, que otra persona en lugar de mí hubiera a tan buena materia como es aquella de que hablar debemos hoy dado comienzo; pero puesto que os agrada que sea yo quien a las demás dé valor, lo haré de buena gana. Y me ingeniaré, carísimas señoras, en decir, algo que pueda seros útil en el porvenir, porque si las demás son como yo, todas somos medrosas, y máximamente de los espantajos que sabe Dios que no sé qué son ni he encontrado hasta ahora a nadie que lo supiera, pero a quienes todas tememos por igual[236]; y para hacerlos irse cuando vengan a vosotras, tomando buena nota de mi historia, podréis una santa y buena oración, y muy valiosa para ello, aprender.

Hubo en Florencia, en el barrio de San Brancazio, un vendedor de estambre que se llamó Gianni Lotteringhi, hombre más afortunado en su arte que sabio en otras cosas, porque teniendo algo de simple, era con mucha frecuencia capitán de los laudenses de Santa María la Nueva[237], y tenía que ocuparse de su coro, y otras pequeñas ocupaciones semejantes desempeñaba con mucha frecuencia, con lo que él se tenía en mucho; y aquello le ocurría porque muy frecuentemente, como hombre muy acomodado, daba buenas pitanzas a los frailes. Los cuales, porque el uno unas calzas, otro una capa y otro un escapulario le sacaban con frecuencia, le enseñaban buenas oraciones y le daban el *paternoste* en vulgar[238] y la canción de San Alejo y el lamento de San Bernardo y las alabanzas de doña Matelda y otras tonterías tales, que él tenía en gran aprecio y todas por la salvación de su alma las decía muy diligentemente. Ahora, tenía éste una mujer hermosísima y atrayente por esposa, la cual tenía por nombre doña Tessa y era hija de Mannuccio de la Cuculía, muy sabia y previsora, la cual, conociendo la simpleza del marido, estando enamorada de Federigo de los Neri Pegolotti[239], el cual hermoso y lozano joven era, y él de ella, arregló con una criada suya que Federigo viniese a hablarle a una

tierra muy bella que el dicho Gianni tenía en Camerata, donde ella estaba todo el verano; y Gianni alguna vez allí venía por la tarde a cenar y a dormir y por la mañana se volvía a la tienda y a veces a sus laúdes.

Federigo, que desmesuradamente lo deseaba, cogiendo la ocasión, un día que le fue ordenado, al anochecer allá se fue, y no viniendo Gianni por la noche, con mucho placer y tiempo, cenó y durmió con la señora, y ella, estando en sus brazos por la noche, le enseñó cerca de seis de los laúdes de su marido. Pero no entendiendo que aquélla fuese la última vez como había sido la primera, ni tampoco Federigo, para que la criada no tuviese que ir a buscarle a cada vez, arreglaron juntos esta manera: que él todos los días, cuando fuera o volviera de una posesión suya que un poco más abajo estaba, se fijase en una viña que había junto a la casa de ella, y vería una calavera de burro sobre un palo de los de la vid[240], la cual, cuando con el hocico vuelto hacia Florencia viese, seguramente y sin falta por la noche, viniese a ella, y si no encontraba la puerta abierta, claramente llamase tres veces, y ella le abriría; y cuando viese el hocico de la calavera vuelto hacia Fiésole no viniera porque Gianni estaría allí.

Y haciendo de esta manera, muchas veces

juntos estuvieron; pero entre las otras veces hubo una en que, debiendo Federigo cenar con doña Tessa, habiendo ella hecho asar dos gordos capones, sucedió que Gianni, que no debía venir, muy tarde vino. De lo que la señora mucho se apesadumbró, y él y ella cenaron un poco de carne salada que había hecho salcochar aparte; y la criada hizo llevar, en un mantel blanco, los dos capones guisados y muchos huevos frescos y una frasca de buen vino a un jardín suyo al cual podía entrarse sin ir por la casa y donde ella acostumbraba a cenar con Federigo alguna vez, y le dijo que al pie de un melocotonero que estaba junto a un pradecillo aquellas cosas pusiera; y tanto fue el enojo que tuvo, que no se acordó de decirle a la criada que esperase hasta que Federigo viniese y le dijera que Gianni estaba allí y que cogiera aquellas cosas del huerto. Por lo que, yéndose a la cama Gianni y ella, y del mismo modo la criada, no pasó mucho sin que Federigo llegase y llamase una vez claramente a la puerta, la cual estaba tan cerca de la alcoba, que Gianni lo sintió incontinenti, y también la mujer; pero para que Gianni nada pudiera sospechar de ella, hizo como que dormía.

Y, esperando un poco, Federigo llamó la segunda vez; de lo que maravillándose Gianni,

pellizcó un poco a la mujer y le dijo:

—Tessa, ¿oyes lo que yo? Parece que llaman a nuestra puerta.

La mujer, que mucho mejor que él lo había oído, hizo como que se despertaba, y dijo:

—¿Qué dices, eh?

—Digo —dijo Gianni— que parece que llaman a nuestra puerta.

—¿Llaman? ¡Ay, Gianni mío! ¿No sabes lo que es? Es el espantajo, de quien he tenido estas noches el mayor miedo que nunca se tuvo, tal que, cuando lo he sentido, me he tapado la cabeza y no me he atrevido a destapármela hasta que ha sido día claro.

Dijo entonces Gianni:

—Anda, mujer, no tengas miedo si es él, porque he dicho antes el *Te lucis* y la *Intemerata*[241] y muchas otras buenas oraciones cuando íbamos a acostarnos y también he persignado la cama de esquina a esquina con el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y no hay que tener miedo: que no puede, por mucho poder que tenga, hacernos daño.

La mujer, para que Federigo por acaso no

sospechase otra cosa y se enojase con ella, deliberó que tenía que levantarse y hacerle oír que Gianni estaba dentro, y dijo al marido:

—Muy bien, tú di tus palabras; yo por mi parte no me tendré por salvada ni segura si no lo conjuramos, ya que estás tú aquí.

Dijo Gianni:

—¿Pues cómo se le conjura?

Dijo la mujer:

—Yo bien lo sé, que antier, cuando fui a Fiésole a ganar las indulgencias, una de aquellas ermitañas que es, Gianni mío, la cosa más santa que Dios te diga por mí, viéndome tan medrosa me enseñó una santa y buena oración, y dijo que la había probado muchas veces antes de ser ermitaña y siempre le había servido. Pero Dios sabe que sola nunca me habría atrevido a ir a probarla; Pero ahora que estás tú, quiero que vayamos a conjurarlo.

Gianni dijo que muy bien le parecía; y levantándose, se fueron los dos calladamente a la puerta, fuera de la cual todavía Federigo, ya sospechando, estaba; y llegados allí, dijo la mujer a Gianni:

—Ahora escupe cuando yo te lo diga[242].

Dijo Gianni:

—Bien.

Y la mujer comenzó la oración, y dijo:

—Espantajo, espantajo, que por la noche vas, con la cola tiesa viniste, con la cola tiesa te irás; vete al huerto junto al melocotonero, allí hay grasa tiznada y cien cagajones[242a] de mi gallina; cata el frasco y vete deprisa, y no hagas daño ni a mí ni a mi Gianni.

Y dicho así, dijo al marido:

—¡Escupe, Gianni!

Y Gianni escupió; y Federigo, que fuera estaba y esto oído, ya desvanecidos los celos, con toda su melancolía tenía tantas ganas de reír que estallaba, y en voz baja, cuando Gianni escupía, decía:

—Los dientes.

La mujer, luego de que en esta guisa hubo conjurado tres veces al espantajo, a la cama volvió con su marido. Federigo, que con ella esperaba cenar, no habiendo cenado y habiendo bien las palabras de la oración entendido, se fue al huerto y junto al melocotonero encontrando los dos capones y el vino y los huevos, se los llevó a casa y cenó

con gran gusto; y luego las otras veces que se encontró con la mujer mucho con ella rió de este conjuro.

Es cierto que dicen algunos que sí había vuelto la mujer la calavera del burro hacia Fiésole, pero que un labrador que pasaba por la viña le había dado con un bastón y le había hecho dar vueltas, y se había quedado mirando a Florencia, y por ello Federigo, creyendo que le llamaban, había venido, y que la mujer había dicho la oración de esta guisa: «Espantajo, espantajo, vete con Dios, que la calavera del burro no la volví yo, que otro fue, que Dios le dé castigo y yo estoy aquí con el Gianni mío»; por lo que, yéndose, sin albergue y sin cena se había quedado. Pero una vecina mía, que es una mujer muy vieja, me dice que una y otra fueron verdad, según lo que ella de niña había oído, pero que la última no a Gianni Lotteringhi había sucedido sino a uno que se llamó Gianni de Nello[243], que estaba en Porta San Pietro no menos completo bobalicón que lo fue Gianni Lotteringhi. Y por ello, caras señoras mías, a vuestra elección dejo tomar la que más os plazca de las dos, o si queréis las dos: tienen muchísima virtud para tales cosas, como por experiencia habéis oído; aprendedlas y ojalá os sirvan.

Novela segunda

Peronella mete a su amante en una tinaja al volver su marido a casa; la cual habiéndola vendido el marido, ella le dice que la ha vendido ella a uno que está dentro mirando a ver si le parece bien entera; el cual, saliendo fuera, hace que el marido la raspe y luego se la lleve a su casa.

CON grandísima risa fue la historia de Emilia escuchada y la oración como buena y santa elogiada por todos, siendo llegado el fin de la cual mandó el rey a Filostrato que siguiera, el cual comenzó:

Carísimas señoras mías, son tantas las burlas que los hombres os hacen y especialmente los maridos, que cuando alguna vez sucede que alguna al marido se la haga, no debíais vosotras solamente estar contentas de que ello hubiera ocurrido, o de enteraros de ello o de oírlo decir a alguien, sino que deberíais vosotras mismas irla contando por todas partes, para que los hombres conozcan que si

ellos saben, las mujeres por su parte, saben también; lo que no puede sino seros útil porque cuando alguien sabe que otro sabe, no se pone a querer engañarlo demasiado fácilmente. ¿Quién duda, pues, que lo que hoy vamos a decir en torno a esta materia, siendo conocido por los hombres, no sería grandísima ocasión de que se refrenasen en burlaros, conociendo que vosotras, si queréis, sabríais burlarlos a ellos? Es, pues, mi intención contaros lo que una jovencita, aunque de baja condición fuese, casi en un momento, para salvarse hizo a su marido.

No hace casi nada de tiempo que un pobre hombre, en Nápoles, tomó por mujer a una hermosa y atrayente jovencita llamada Peronella; y él con su oficio, que era de albañil, y ella hilando, ganando muy escasamente, su vida gobernaban como mejor podían. Sucedió que un joven galanteador, viendo un día a esta Peronella y gustándole mucho, se enamoró de ella, y tanto de una manera y de otra la solicitó que llegó a intimar con ella. Y para estar juntos tomaron el acuerdo de que, como su marido se levantaba temprano todas las mañanas para ir a trabajar o a buscar trabajo, que el joven estuviera en un lugar de donde lo viese salir; y siendo el barrio donde estaba, que Avorio se llama, muy solitario, que, salido él, éste a la

casa entrase; y así lo hicieron muchas veces. Pero entre las demás sucedió una mañana que, habiendo el buen hombre salido, y Giannello Scrignario[244], que así se llamaba el joven, entrado en su casa y estando con Peronella, luego de algún rato (cuando en todo el día no solía volver) a casa se volvió, y encontrando la puerta cerrada por dentro, llamó y después de llamar comenzó a decirse:

—Oh, Dios, alabado seas siempre, que, aunque me hayas hecho pobre, al menos me has consolado con una buena y honesta joven por mujer. Ve cómo enseguida cerró la puerta por dentro cuando yo me fui para que nadie pudiese entrar aquí que la molestase.

Peronella, oyendo al marido, que conoció en la manera de llamar, dijo:

—¡Ay! Giannello mío, muerta soy, que aquí está mi marido que Dios confunda, que ha vuelto, y no sé qué quiere decir esto, que nunca ha vuelto a esta hora; tal vez te vio cuando entraste. Pero por amor de Dios, sea como sea, métete en esa tinaja que ves ahí y yo iré a abrirle, y veamos qué quiere decir este volver esta mañana tan pronto a casa.

Giannello prestamente entró en la tinaja, y Peronella, yendo a la puerta, le abrió al marido

y con mal gesto le dijo:

—¿Pues qué novedad es ésta que tan pronto vuelvas a casa esta mañana? A lo que me parece, hoy no quieres dar golpe, que te veo volver con las herramientas en la mano; y si eso haces, ¿de qué viviremos? ¿De dónde sacaremos pan? ¿Crees que voy a sufrir que me empeñes el zagalejo y las demás ropas mías, que no hago día y noche más que hilar, tanto que tengo la carne desprendida de las uñas, para poder por lo menos tener aceite con que encender nuestro candil? Marido, no hay vecina aquí que no se maraville y que no se burle de mí con tantos trabajos y cuáles que soporto; y tú te me vuelves a casa con las manos colgando cuando deberías estar en tu trabajo.

Y dicho esto, comenzó a sollozar y a decir de nuevo:

—¡Ay! ¡Triste de mí, desgraciada de mí! ¡En qué mala hora nací! En qué mal punto vine aquí[245], que habría podido tener un joven de posición y no quise, para venir a dar con este que no piensa en quién se ha traído a casa. Las demás se divierten con sus amantes, y no hay una que no tenga quién dos y quién tres, y disfrutan, y le enseñan al marido la luna por el sol; y yo, ¡mísera de mí!, porque soy buena y

no me ocupo de tales cosas, tengo males y malaventura. No sé por qué no cojo esos amantes como hacen las otras. Entiende bien, marido mío, que si quisiera obrar mal, bien encontraría con quién, que los hay bien peripuestos que me aman y me requieren y me han mandado propuestas de mucho dinero, o si quiero ropas o joyas, y nunca me lo sufrió el corazón, porque soy hija de mi madre; ¡y tú te me vuelves a casa cuando tenías que estar trabajando!

Dijo el marido:

—¡Bah, mujer!, no te molestes, por Dios; debes creer que te conozco y sé quién eres, y hasta esta mañana me he dado cuenta de ello. Es verdad que me fui a trabajar, pero se ve que no lo sabes, como yo no lo sabía; hoy es el día de San Caleone y no se trabaja, y por eso me he vuelto a esta hora a casa; pero no he dejado de buscar y encontrar el modo de que hoy tengamos pan para un mes, que he vendido a este que ves aquí conmigo la tinaja, que sabes que ya hace tiempo nos está estorbando en casa: ¡y me da cinco liriados[246]!

Dijo entonces Peronella:

—Y todo esto es ocasión de mi dolor: tú que eres un hombre y vas por ahí y debías

saber las cosas del mundo has vendido una tinaja en cinco liriados que yo, pobre mujer, no habías apenas salido de casa cuando, viendo lo que estorbaba, la he vendido en siete a un buen hombre que, al volver tú, se metió dentro para ver si estaba bien sólida.

Cuando el marido oyó esto se puso más que contento, y dijo al que había venido con él para ello:

—Buen hombre, vete con Dios, que ya oyes que mi mujer la ha vendido en siete cuando tú no me dabas más que cinco.

El buen hombre dijo:

—¡Sea en buena hora!

Y se fue.

Y Peronella dijo al marido:

—¡Ven aquí, ya estás aquí, y vigila con él nuestros asuntos!

Giannello, que estaba con las orejas tiesas para ver si de algo tenía que temer o protegerse, oídas las explicaciones de Peronella, prestamente salió de la tinaja; y como si nada hubiera oído de la vuelta del marido, comenzó a decir:

—¿Dónde estáis, buena mujer?

A quien el marido, que ya venía, dijo:

—Aquí estoy, ¿qué quieres?

Dijo Giannello:

—¿Quién eres tú? Quiero hablar con la mujer con quien hice el trato de esta tinaja.

Dijo el buen hombre:

—Habla con confianza conmigo, que soy su marido.

Dijo entonces Giannello:

—La tinaja me parece bien entera, pero me parece que habéis tenido dentro heces, que está todo embadurnado con no sé qué cosa tan seca que no puedo quitarla con las uñas, y no me la llevo si antes no la veo limpia.

Dijo Peronella entonces:

—No, por eso no quedará el trato; mi marido la limpiará.

Y el marido dijo:

—Sí, por cierto.

Y dejando las herramientas y quedándose en camino, se hizo encender una luz y dar una

raedera[246a], y entró dentro incontinenti y comenzó a raspar.

Y Peronella, como si quisiera ver lo que hacía, puesta la cabeza en la boca de la tinaja, que no era muy alta, y además de esto uno de los brazos con todo el hombro, comenzó a decir a su marido:

—Raspa aquí, y aquí y también allí… Mira que aquí ha quedado una pizquita.



Y mientras así estaba y al marido enseñaba y corregía, Giannello, que completamente no había aquella mañana su deseo todavía satisfecho cuando vino el marido, viendo que como quería no podía, se ingenió en satisfacerlo como pudiese; y arrimándose a ella que tenía toda tapada la boca de la tinaja, de aquella manera en que en los anchos campos los desenfrenados caballos encendidos por el amor asaltan a las yeguas de Partia[247], a efecto llevó el juvenil deseo; el cual casi en un mismo punto se completó y se terminó de raspar la tinaja, y él se apartó y Peronella quitó la cabeza de la tinaja, y el marido salió fuera.

Por lo que Peronella dijo a Giannello:

—Coge esta luz, buen hombre, y mira si está tan limpia como quieres.

Giannello, mirando dentro, dijo que estaba bien y que estaba contento y dándole siete liriados se la hizo llevar a su casa[248].

Novela tercera

Fray Rinaldo se acuesta con su comadre, lo encuentra el marido con ella en la alcoba y le hacen creer que estaba conjurando las lombrices del ahijado.

NO pudo Filostrato hablar tan oscuro de las yeguas partias que las sagaces señoras no le entendiesen y no se riesen algo, aunque fingiendo reírse de otra cosa. Pero luego de que el rey conoció que su historia había terminado, ordenó a Elisa que ella hablara; la cual, dispuesta a obedecer, comenzó:

Amables señoras, el conjuro del espantajo de Emilia me ha traído a la memoria una historia de otro conjuro que, aunque no sea tan buena como fue aquélla, porque no se me ocurre ahora otra sobre nuestro asunto, la contaré.

Debéis saber que en Siena hubo en tiempos pasados un joven muy galanteador y de honrada familia que tuvo por nombre

Rinaldo; y amando sumamente a una vecina suya y muy hermosa señora y mujer de un hombre rico, y esperando (si pudiera encontrar el modo de hablarle sin sospechas) conseguir de ella todo lo que deseaba, no viendo ninguno y estando la señora grávida, pensó en convertirse en su compadre; y haciendo amistad con su marido, del modo que más conveniente le pareció se lo dijo, y así se hizo.

Habiéndose, pues, Rinaldo convertido en compadre de doña Agnesa y teniendo alguna ocasión más pintada para poder hablarle, le hizo conocer con palabras aquella parte de su intención que ella mucho antes había conocido en las expresiones de sus ojos; pero poco le valió, sin embargo, aunque no desagradara a la señora haberlo oído. Sucedió no mucho después que, fuera cual fuese la razón, Rinaldo se hizo fraile y, encontrara como encontrase aquel pasto, perseveró en ello; y sucedió que un poco, en el tiempo en que se hizo fraile, había dejado de lado el amor que tenía a su comadre y algunas otras vanidades, pero con el paso del tiempo, sin dejar los hábitos las recuperó y comenzó a deleitarse en aparentar y en vestir con buenos paños y en ser en todas sus cosas galante y adornado, y en hacer canciones y sonetos y baladas, y a cantar, y en una gran cantidad de otras cosas semejantes a

éstas.



Pero ¿qué estoy yo diciendo del fray Rinaldo de que hablamos? ¿Quiénes son los que no hacen lo mismo? ¡Ay, vituperio del perdido mundo! No se avergüenzan de aparecer gordos, de aparecer con el rostro encarnado, de aparecer refinados en los vestidos y en todas sus cosas, y no como palomas sino como gallos hinchados con la cresta levantada encopetados proceden; y lo que es peor, dejemos el que tengan sus celdas llenas de tarros colmados de electuario y de ungüentos, de cajas de varios dulces llenas, de ampollas y de redomitas[248a] con aguas destiladas y con aceites, de frascos con malvasía y con vino griego y con otros desbordantes, hasta el punto de que no celdas de frailes sino tiendas de especieros o de drogueros parecen mayormente a los que las ven; no se avergüenzan ellos de que los demás sepan que son golosos, y se creen que los demás no saben y conocen que los muchos ayunos, las comidas ordinarias y escasas y el vivir sobriamente haga a los hombres magros y delgados y la mayoría de las veces sanos; y si a pesar de todo los hacen enfermos, al menos no enferman de gota, para la que se suele dar como medicamento la castidad y todas las demás cosas apropiadas a la vida de un

modesto fraile.

Y se creen que los demás no conocen que además de la vida austera, las vigilias largas, el orar y el disciplinarse deben hacer a los hombres pálidos y afligidos, y que ni Santo Domingo ni San Francisco, sin tener cuatro capas cada uno, no de lanilla teñida ni de otros paños señoriles, sino hechos con lana gruesa y de natural color, para protegerse del frío y no para aparentar se vestían. ¡Que Dios los ayude como necesitan las almas de los simples que los alimentan!

Así pues, vuelto fray Rinaldo a sus primeros apetitos, comenzó a visitar con mucha frecuencia a su comadre; y habiendo crecido su arrogancia, con más instancias que antes lo hacía comenzó a solicitarle lo que deseaba de ella.

La buena señora, viéndose solicitar mucho y pareciéndole tal vez fray Rinaldo más guapo de lo que solía, siendo un día muy importunada por él, recurrió a lo mismo que todas aquellas que tienen deseos de conceder lo que se les pide, y dijo:

—¿Cómo, fray Rinaldo, y es que los frailes hacen esas cosas?

A quien el fraile contestó:

—Señora, cuando yo me quite este hábito, que me lo quito muy fácilmente, os pareceré un hombre hecho como los otros, y no un fraile.

La señora se rió y dijo:

—¡Ay, triste de mí! Sois compadre mío[249], ¿cómo podría ser esto? Estaría demasiado mal, y he oído muchas veces que es un pecado demasiado grande; y en verdad que si no lo fuese haría lo que quisierais.

A quien fray Rinaldo dijo:

—Sois tonta si lo dejáis por eso. No digo que no sea pecado, pero otros mayores perdona Dios a quienes se arrepienten. Pero decidme: ¿quién es más pariente de vuestro hijo, yo que lo sostuve en el bautismo o vuestro marido que lo engendró?

La señora repuso:

—Más pariente suyo es mi marido.

—Decís verdad —dijo el fraile—. ¿Y vuestro marido no se acuesta con vos?

—Claro que sí —repuso la señora.

—Pues —dijo el fraile— y yo, que soy menos pariente de vuestro hijo que vuestro marido, tanto debo poder acostarme con vos

como vuestro marido.

La señora, que no sabía lógica y de pequeño empujón necesitaba, o creyó o hizo como que creía que el fraile decía verdad; y respondió:

—¿Quién sabría contestar a vuestras palabras?

Y luego, no obstante el compadrazgo, se dejó llevar a hacer su gusto; y no comenzaron una sola vez sino que con la tapadera del compadrazgo teniendo más facilidad porque la sospecha era menor, muchas y muchas veces estuvieron juntos. Pero entre las demás sucedió una que, habiendo fray Rinaldo venido a casa de la señora y viendo que allí no había nadie sino una criadita de la señora, asaz hermosa y agradable, mandando a su compañero con ella al aposento de las palomas[250] a enseñarle el padrenuestro, él con la señora, que de la mano llevaba a su hijito, se metieron en la alcoba y, cerrando por dentro, sobre un diván que en ella había comenzaron a juguetear; y estando de esta guisa sucedió que volvió el compadre, y sin que nadie lo sintiese se fue a la puerta de la alcoba, y dio golpes y llamó a la mujer.

Doña Agnesa, oyendo esto, dijo:

—Muerta soy, que aquí está mi marido, ahora se dará cuenta de cuál es la razón de nuestro trato.

Estaba fray Rinaldo desnudo, esto es sin hábito y sin escapulario, en camiseta; el cual esto oyendo, dijo tristemente:

—Decís verdad; si yo estuviese vestido alguna manera encontraría; pero si le abrís y me encuentra así no podrá encontrarse ninguna excusa.

La señora, por una inspiración súbita ayudada, dijo:

—Pues vestíos; y cuando estéis vestido coged en brazos a vuestro ahijado y escuchad bien lo que voy a decirle, para que vuestras palabras estén de acuerdo con las mías; y dejadme hacer a mí.

El buen hombre no había dejado de llamar cuando la mujer repuso:

—Ya voy. —Y levantándose, con buen gesto se fue a la puerta de la alcoba y, abriéndola, dijo—: Marido mío, te digo que fray Rinaldo nuestro compadre ha venido y que Dios lo mandó porque seguro que si no hubiese venido habríamos perdido hoy a nuestro niño.

Cuando el estúpido santurrón oyó esto,

todo se pasmó, y dijo:

—¿Cómo?

—Oh, marido mío —dijo la mujer—, le vino antes de improviso un desmayo que me creí que estaba muerto, y no sabía qué hacerme ni qué decirme, si no llega a aparecer entonces fray Rinaldo nuestro compadre y, cogiéndolo en brazos, dijo: «Comadre, esto son lombrices que tiene en el cuerpo que se le están acercando al corazón y lo matarían con seguridad; pero no temáis, que yo las conjuraré y las haré morir a todas y antes de que yo me vaya de aquí veréis al niño tan sano como nunca lo habéis visto». Y porque te necesitábamos para decir ciertas oraciones y la criada no pudo encontrarte se las mandó decir a su compañero en el lugar más alto de la casa, y él y yo nos entramos aquí dentro; y porque nadie más que la madre del niño puede estar presente a tal servicio, para que otros no nos molestasen aquí nos encerramos; y ahora lo tiene él en brazos, y creo que no espera sino a que su compañero haya terminado de decir las oraciones, y estará terminando, porque el niño ya ha vuelto en sí del todo.

El santurrón, creyendo estas cosas, tanto el cariño por su hijo lo conmovió que no se le vino a la cabeza el engaño urdido por la mujer, sino

que dando un gran suspiro dijo:

—Quiero ir a verle.

Dijo la mujer:

—No vayas, que estropearías lo que se ha hecho; espérate, quiero ve si puedes entrar y te llamaré.

Fray Rinaldo, que todo había oído y se había vestido a toda prisa y había cogido al niño en brazos, cuando hubo dispuesto las cosas a su modo llamó:

—Comadre, ¿no es el compadre a quien oigo ahí?

Repuso el santurrón:

—Señor, sí.

—Pues —dijo fray Rinaldo—, venid aquí.

El santurrón allá fue y fray Rinaldo le dijo:

—Tomad a vuestro hijo, salvado por la gracia de Dios, cuando he creído poco ha, que no lo veríais vivo al anochecer; y bien haríais en hacer poner una figura de cera de su tamaño a la gloria de Dios delante de la estatua del señor San Ambrosio, por los méritos del cual Dios os ha hecho esta gracia.

El niño, al ver a su padre, corrió hacia él y le hizo fiestas como hacen los niños pequeños; el cual, cogiéndolo en brazos, llorando no de otra manera que si lo sacase de la fosa, comenzó a besarlo y a darle gracias a su compadre que se lo había curado.

El compañero de fray Rinaldo, que no un padrenuestro sino más de cuatro había enseñado a la criadita, y le había dado una bolsa de hilo blanco que le había dado a él una monja, y la había hecho devota suya, habiendo oído al santurrón llamar a la alcoba de la mujer, calladamente había venido a un sitio desde donde pudiera ver y oír lo que allí pasaba.

Y viendo la cosa en buenos términos, se vino abajo, y entrando en la alcoba dijo:

—Fray Rinaldo, las cuatro oraciones que me mandasteis las he dicho todas.

A quien fray Rinaldo dijo:

—Hermano mío, tienes buena madera y has hecho bien. En cuanto a mí, cuando mi compadre llegó no había dicho sino dos, pero Nuestro Señor por tu trabajo y el mío nos ha concedido la gracia de que el niño sea curado.

El santurrón hizo traer buen vino y dulces, e hizo honor a su compadre y a su compañero

con lo que ellos tenían necesidad más que de otra cosa; luego, saliendo de casa junto con ellos, los encomendó a Dios, y sin ninguna dilación haciendo hacer la imagen de cera, la mandó colgar con las otras delante de la figura de San Ambrosio, pero no de la de aquel de Milán[251].

Novela cuarta

Tofano le cierra una noche la puerta de su casa a su mujer, la cual, no pudiendo hacérsela abrir con súplicas, finge tirarse a un pozo y arroja a él una gran piedra; Tofano sale de la casa y corre allí, y ella entra en casa y le cierra a él la puerta y con gritos lo injuria[252]

EL rey, al sentir que terminaba la novela de Elisa, sin esperar más, volviéndose hacia Laureta, le mostró que le placía que ella narrase; por lo que ella, sin tardar, así comenzó a decir:

¡Oh, Amor, cuántas y cuáles son tus fuerzas, cuántos los consejos y cuántas las invenciones! ¿Qué filósofo, qué artista habría alguna vez podido o podría mostrar esas sagacidades, esas invenciones, esas argumentaciones que inspiras tú súbitamente a quien sigue tus huellas? Por cierto que la doctrina de cualquiera otro es tarda con relación a la tuya, como muy bien comprender se puede en las cosas antes mostradas; a las

cuales, amorosas señoras, yo añadiré una, puesta en práctica por una mujercita tan simple que no sé quién sino Amor hubiera podido mostrársela.

Hubo hace tiempo en Arezzo un hombre rico, el cual fue llamado Tofano[253]. A éste le fue dada por mujer una hermosísima mujer cuyo nombre fue doña Ghita, de la cual él, sin saber por qué, pronto se sintió celoso, de lo que apercibiéndose la mujer sintió enojo; y habiéndole preguntado muchas veces sobre la causa de sus celos y no habiéndole sabido señalar él sino las generales y malas[254], le vino al ánimo a la mujer hacerlo morir del mal que sin razón temía. Y habiéndose apercibido de que un joven, según su juicio muy de bien, la cortejaba, discretamente comenzó a entenderse con él; y estando ya las cosas tan avanzadas entre él y ella que no faltaba sino poner en efecto las palabras con obras, pensó la señora encontrar semejantemente un modo para ello.

Y habiendo ya conocido entre las malas costumbres de su marido que se deleitaba bebiendo, no solamente comenzó a alabárselo sino arteramente a invitarle a ello muy frecuentemente. Y tanto tomó aquello por costumbre que casi todas las veces que le venía en gana lo llevaba a embriagarse

bebiendo; y cuando lo veía bien ebrio, llevándolo a dormir, por primera vez se reunió con su amante y luego seguramente muchas veces continuó encontrándose con él, y tanto se confió en las embriagueces de éste, que no solamente había llegado al atrevimiento de traer a su amante a casa sino que ella a veces se iba con él a estarse gran parte de la noche en la suya, la cual no estaba lejos de allí.

Y de esta manera continuando la enamorada mujer, sucedió que el desgraciado marido vino a darse cuenta de que ella, al animarle a beber, sin embargo, no bebía nunca; por lo que le entraron sospechas de que fuese a ser lo que era, esto es, de que la mujer le embriagase para poder hacer su gusto mientras él estaba dormido. Y queriendo de ello, si fuese así, tener pruebas, sin haber bebido en todo el día, mostrándose una tarde el hombre más ebrio que pudiera haber en el hablar y en las maneras, creyéndolo la mujer y no juzgando que necesitase beber más, para dormir bien prestamente lo preparó. Y hecho esto, según acostumbraba a hacer algunas veces, saliendo de casa, a la casa de su amante se fue y allí hasta medianoche se quedó.

Tofano, al no sentir a la mujer, se levantó y yéndose a la puerta la cerró por dentro y se

puso a la ventana, para ver a la mujer cuando volviese y hacerle manifiesto que se había percatado de sus costumbres; y tanto estuvo que la mujer volvió, la cual, volviendo a casa y encontrándose la puerta cerrada, se dolió sobremanera y comenzó a tratar de ver si por la fuerza podía abrir la puerta.

Lo que, luego de que Tofano lo hubo sufrido un tanto, dijo:

—Mujer, te cansas en vano porque dentro no podrás volver. Vuélvete allí adonde has estado hasta ahora; y ten por cierto que no volverás nunca aquí hasta que de esto, en presencia de tus parientes y de los vecinos, te haya hecho el honor que te conviene.

La mujer empezó a suplicar por el amor de Dios que hiciese el favor de abrirle porque no venía de donde él pensaba sino de velar con una vecina suya porque las noches eran largas y ella no podía dormirlas enteras ni velar sola en casa. Los ruegos no servían de nada porque aquel animal estaba dispuesto a que todos los aretinos supieran su vergüenza cuando ninguno la sabía.

La mujer, viendo que el suplicar no le valía, recurrió a las amenazas y dijo:

—Si no me abres te haré el hombre más

desgraciado que existe.

A quien Tofano repuso:

—¿Y qué puedes hacerme?

La mujer, a quien Amor había ya aguzado con sus consejos el entendimiento, repuso:

—Antes de sufrir la vergüenza que quieres hacerme pasar sin razón, me arrojaré a este pozo que está cerca, en el cual luego cuando me encuentren muerta, nadie creerá sino que tú, en tu embriaguez me has arrojado allí, y así, o tendrás que huir y perder lo que tienes y ser puesto en pregones[255], o te cortarán la cabeza como al asesino mío que realmente habrás sido.

Nada se movió Tofano de su necia opinión con estas palabras; por la cual cosa, la mujer dijo:

—Pues ya no puedo sufrir este fastidio tuyo. ¡Dios te perdone! Pon en su sitio esta rueca mía, que la dejo aquí.

Y dicho esto, siendo la noche tan oscura que apenas habrían podido verse uno al otro por la calle, se fue la mujer hacia el pozo; y, cogiendo una grandísima piedra que había al pie del pozo, gritando «¡Dios, perdóname!», la dejó caer dentro del pozo.

La piedra, al llegar al agua, hizo un grandísimo ruido, el que al oír Tofano creyó firmemente que se había arrojado dentro; por lo que, cogiendo el cubo con la soga, súbitamente se lanzó fuera de casa para ayudarla y corrió al pozo.

La mujer, que junto a la puerta de su casa se había escondido, al verlo correr al pozo se refugió en casa y se cerró dentro y se fue a la ventana y comenzó a decir:

—Hay que echarle agua cuando uno lo bebe, no luego por la noche[256].

Tofano, al oírla, se vio burlado y volvió a la puerta; y no pudiendo entrar, le comenzó a decir que le abriese.

Ella, dejando de hablar bajo como hasta entonces había hecho, gritando comenzó a decir:

—Por los clavos de Cristo, borracho fastidioso, no entrarás aquí esta noche; no puedo sufrir más estas maneras tuyas: tengo que hacerle ver a todo el mundo quién eres y a qué hora vuelves a casa por la noche.

Tofano, por su parte, irritado, le comenzó a decir injurias y a gritar; de lo que sintiendo el ruido los vecinos se levantaron, hombres y

mujeres, y se asomaron a las ventanas y preguntaron qué era aquello.

La mujer comenzó a decir llorando:

—Es este mal hombre que me vuelve borracho por la noche a casa o se duerme por las tabernas y luego vuelve a estas horas; habiéndolo aguantado mucho y no sirviendo de nada, no pudiendo aguantar más, he querido hacerle pasar esta vergüenza de cerrarle la puerta de casa para ver si se enmienda.

El animal de Tofano, por su parte, decía cómo había sido la cosa y la amenazaba.

La mujer a sus vecinos les decía:

—¡Ved qué hombre! ¿Qué pensaríais si yo estuviera en la calle como está él y él estuviese en casa como estoy yo? Por Dios que dudo que no creyeseis que dice la verdad: bien podéis ver el seso que tiene. Dice que he hecho lo que yo creo que ha hecho él. Creyó que me asustaría arrojando no sé qué al pozo, pero quisiera Dios que se hubiese tirado él de verdad y ahogado, que el vino que ha bebido de más se habría aguado muy bien.

Los vecinos, hombres y mujeres, comenzaron todos a reprender a Tofano y a echarle la culpa a él y a insultarle por lo que

decía contra su mujer; y en breve tanto anduvo el rumor de vecino en vecino que llegó hasta los parientes de la mujer. Los cuales llegados allí, y oyendo la cosa a un vecino y a otro, cogieron a Tofano y le dieron tantos palos que lo dejaron molido; luego, entrando en la casa, tomaron las cosas de la mujer y con ella se volvieron a su casa, amenazando a Tofano con cosas peores. Tofano, viéndose malparado y que sus celos le habían llevado por mal camino, como quien bien quería a su mujer, recurrió a algunos amigos de intermediarios; y tanto anduvo, que en paz volvió a llevarse la mujer a su casa, a la que prometió no ser celoso nunca más; y además de ello, le dio licencia para que hiciese cuanto gustase, pero tan prudentemente que él no se apercibiera. Y así, a modo del tonto villano quedó cornudo y apaleado. Y viva el amor (y muera la avaricia) y viva la compañía.

Novela quinta

Un celoso disfrazado de cura confiesa a su mujer, al cual ésta da a entender que ama a un cura que viene a estar con ella todas las noches, con lo que, mientras el celoso

ocultamente hace guardia a la puerta, la mujer hace entrar a un amante suyo por el tejado y está con él.

A su argumento puso fin Laureta; y habiendo ya cada uno alabado a la mujer porque había obrado bien y como a aquel desdichado convenía, el rey, para no perder tiempo, volviéndose hacia Fiameta, placenteramente le encargó novelar; por la cual cosa, ella comenzó así:

Nobilísimas señoras, la precedente historia me lleva a razonar, semejantemente, sobre un celoso, estimando que lo que sus mujeres les hacen, y máximamente cuando tienen celos sin motivo está bien hecho. Y si todas las cosas hubiesen considerado los hacedores de las leyes, juzgo que en esto deberían a las mujeres no haber adjudicado otro castigo sino el que adjudicaron a quien ofende a alguien defendiéndose: porque los celosos son hostigadores de la vida de las mujeres jóvenes y diligentísimos procuradores de su muerte. Están ellas toda la semana encerradas y atendiendo a las necesidades familiares y domésticas. Deseando, como todos hacen,

tener luego los días de fiesta alguna distracción, algún reposo, y poder disfrutar algún entretenimiento como lo toman los labradores del campo, los artesanos de la ciudad y los regidores de los tribunales, como hizo Dios cuando el día séptimo descansó de todos sus trabajos, y como lo quieren las leyes santas y las civiles, las cuales al honor de Dios y al bien común de todos mirando, han distinguido los días de trabajo de los de reposo. A la cual cosa en nada consienten los celosos, y aquellos días que para todas las otras son alegres, a ellas, teniéndolas más encerradas y más recluidas, hacen sentir más míseras y dolientes; lo cual, cuánto y qué consunción sea para las pobrecillas sólo quienes lo han probado lo saben. Por lo que, concluyendo, lo que una mujer hace a un marido celoso sin motivo, por cierto no debería condenarse sino alabarse.

Hubo, pues, en Rímini, un mercader muy rico en posesiones y en dinero el cual, teniendo una hermosísima mujer por esposa, llegó a estar sobremanera celoso de ella; y no tenía otra razón para ello sino que, como mucho la amaba y la tenía por muy hermosa y sabía que ella con todo su afán se ingeniaba en agradarle, juzgaba que todos la amaban y que a todos les parecía hermosa y también que ella

se ingeniaba tanto en agradar a otros como a él (argumento que era de hombre desdichado y de poco sentimiento). Y así con estos celos tanta vigilancia tenía de ella y tan sujeta la tenía como tal vez están los que a la pena capital están condenados, que no están vigilados con tanta severidad por los carceleros. La mujer, no ya a bodas o a fiestas o a la iglesia no podía ir sino que no osaba ponerse a la ventana ni mirar fuera de casa por ningún motivo; por la cual cosa su vida era desdichadísima, y aguantaba tanto más impacientemente este fastidio cuanto menos culpable se sentía.

Por lo que, viéndose maltratar sin razón por su marido, decidió para consuelo propio encontrar el modo, si alguno pudiera encontrar, de que con justicia le viese hecho. Y porque no podía asomarse a la ventana y así no tenía modo de poder mostrarse contenta del amor de alguno que se lo hubiese manifestado pasando por su barrio, sabiendo que en la casa de al lado de la suya había un joven apuesto y amable, pensó que, si algún agujero hubiese en el muro que dividía su casa de aquélla, mirar por él tantas veces que llegase a ver al joven en manera de poder hablarle y de darle su amor si quería recibirlo[257]; y, si pudiese encontrarse el modo, encontrarse con él alguna

vez y de esta manera pasar su desdichada vida hasta tanto que el diablo saliese de su marido.

Y yendo de una parte a otra, cuando su marido no estaba, mirando el muro de la casa, vio por acaso en una parte asaz secreta de ella el muro abierto un tanto por una grieta; por lo que, mirando por ella, aunque muy mal pudiese discernir la otra parte, llegó a darse cuenta de que era una alcoba allí donde daba la grieta y se dijo:

«Si fuese ésta la alcoba de Filippo (es decir, del joven vecino suyo), estaría casi servida».

Y cautamente a una criada suya, que le tenía lástima, la hizo espiar, y encontró que verdaderamente el joven allí dormía solo; por lo que, acercándose con frecuencia a la grieta, y cuando sentía al joven allí, dejando caer piedrecitas y algunas ramitas secas, tanto hizo que, por ver qué era aquello, el joven se acercó allí. Al cual ella llamó suavemente y él, que su voz conoció, le respondió; y ella, teniendo tiempo, en breve le abrió sus pensamientos. De los que muy contento el joven, hizo de tal manera que de su lado el agujero se hizo mayor, aunque de manera que nadie pudiese apercibirlo; y por allí muchas veces se hablaban y se tocaban la mano, pero más

adelante no se podía ir por la rígida guardia del celoso.

Ahora, acercándose la fiesta de Navidad, la mujer dijo al marido que, si le placía, quería ir la mañana de Pascua a la iglesia y confesarse y comulgar como hacen los otros cristianos; a lo que el celoso dijo:

—¿Y qué pecado has hecho que quieres confesarte?

Dijo la mujer:

—¿Cómo? ¿Crees que soy santa porque me tienes encerrada? Bien sabes que cometo pecados como las otras personas que así viven; pero no quiero decírtelos a ti, que no eres cura.

El celoso sintió sospechas con estas palabras y decidió saber qué pecados había cometido aquélla y pensó el modo en que podría hacerlo; y respondió que le parecía bien, pero que no quería que fuese a otra iglesia sino a su capilla, y que allí fuese por la mañana temprano y se confesase con su capellán o con el cura que el capellán le dijese y no con otro, y se volviera enseguida a casa.

A la mujer le pareció que medio había entendido; pero sin decir nada respondió que

así lo haría.

Venida la mañana de Pascua, la mujer se levantó al amanecer y se arreglo y se fue a la iglesia que el marido le había mandado. El celoso, por otra parte, se levantó y se fue a aquella misma iglesia y llegó allí antes que ella; y habiendo ya con el cura de allí adentro arreglado lo que quería hacer, poniéndose rápidamente una de las sotanas del cura con un capuchón grande como el que vemos que llevan los curas[258], habiéndoselo echado un poco hacia adelante, se sentó en el coro. La mujer, al llegar a la iglesia, hizo preguntar por el cura. El cura vino, y oyendo a la mujer que quería confesarse, dijo que no podía oírla, pero que le mandaría a un compañero suyo; y yéndose, mandó al celoso a su desgracia. El cual, viniendo muy gravemente, aunque no fuese muy de día y él se hubiese puesto el capuchón sobre los ojos, no pudo ocultarse tan bien que no fuese reconocido prestamente por la mujer; la cual, al ver aquello, se dijo a sí misma:

«Alabado sea Dios, que éste de celoso se ha hecho cura; pero dejadlo, que le daré lo que está buscando».

Fingiendo, pues, no conocerlo, se sentó a sus pies[259]. Micer celoso se había metido

algunas piedrecitas en la boca para que le dificultasen algo el habla, de manera que la mujer no le reconociese, pareciéndole que en todas las demás cosas estaba del todo tan transformado que no creía ser reconocido de ningún modo. Pero viniendo a la confesión, entre las demás cosas que la señora le dijo, habiéndole dicho primero que estaba casada, fue que estaba enamorada de un cura el cual todas las noches iba a acostarse con ella.

Cuando el celoso oyó esto le pareció que le habían dado una cuchillada en el corazón; y si no fuera que le azuzó el deseo de saber más de aquello, habría abandonado la confesión e ídose; pero quedándose quieto preguntó a la mujer:

—¿Y cómo? ¿No se acuesta con vos vuestro marido?

La mujer contestó:

—Señor, sí.

—Pues —dijo el celoso— ¿cómo puede también acostarse el cura?

—Señor —dijo la mujer—, el arte con que lo hace el cura no lo sé; pero no hay en casa una puerta tan cerrada que, al tocarla él, no se abra; y me dice él que, cuando ha llegado a la

de mi alcoba, antes de que la abra, dice ciertas palabras por las que mi marido se duerme incontinenti, y al sentirlo dormido, abre la puerta y se viene dentro y está conmigo; y esto nunca falla.

Dijo entonces el celoso:

—Señora, esto está mal hecho y tenéis que absteneros por completo de ello.

La mujer le dijo:

—Señor, esto no creo poder hacerlo nunca porque lo amo demasiado.

—Pues yo no podré absolveros.

Le dijo la mujer:

—Lo siento mucho: no he venido aquí para decir mentiras; si creyese que podría hacerlo os lo diría.

Dijo entonces el celoso:

—En verdad, señora, me dais lástima, que os veo perder el alma con estas cosas; pero en vuestro servicio quiero pasar trabajos diciendo mis oraciones especiales a Dios en vuestro nombre, las cuales tal vez os ayuden; y os mandaré alguna vez un monaguillo mío a quien diréis si os han ayudado o no; y si os ayudan,

continuaremos.

La mujer le dijo:

—Señor, no hagáis tal de mandarme nadie a casa que, si mi marido lo supiese, es tan celoso que nadie en el mundo le quitaría de la cabeza que venía sino para algo malo, y nunca más tendré paz con él.

El celoso le dijo:

—Señora, no temáis por esto, que lo haré de tal manera que nunca os dirá una palabra.

Dijo entonces la señora:

—Si eso os dice el corazón, estoy de acuerdo.

Y dicha la confesión[260] y recibida la penitencia y poniéndose en pie, se fue a oír misa.

El celoso con su desgracia, resoplando, se fue a quitarse las ropas de cura y se volvió a casa, deseoso de encontrar el modo de poder encontrar juntos al cura y a la mujer para jugarles una mala pasada al uno y al otro. La mujer volvió de la iglesia y bien vio en la cara de su marido que le había dado las malas pascuas; pero él se ingeniaba cuanto podía por ocultar lo que había hecho y lo que le parecía

saber.

Y habiendo deliberado consigo mismo pasar la noche siguiente junto a la puerta de la calle y esperar por si venía el cura, dijo a la mujer:

—Esta noche tengo que ir a cenar y a dormir fuera, y por ello cerraré bien la puerta de la calle y la de mitad de la escalera y la de la alcoba, y cuando quieras acuéstate.

La mujer repuso:

—En buena hora.

Y cuando tuvo tiempo se fue a la abertura e hizo el signo usado, el cual, al sentirlo Filippo de inmediato vino allí; la mujer le dijo lo que había hecho por la mañana y lo que el marido le había dicho después de comer, y luego dijo:

—Estoy segura de que no saldrá de casa sino que se pondrá de guardia a la puerta, y por ello encuentra el modo de venir esta noche aquí por el tejado, de manera que estemos juntos. El joven, muy contento de esto, dijo: —Señora, dejadme hacer.

Venida la noche, el celoso con sus armas se ocultó silenciosamente en una alcoba del piso bajo. Y la mujer, habiendo hecho cerrar todas las puertas y máximamente la de mitad

de la escalera para que el celoso no pudiera subir, cuando le pareció oportuno el joven por un camino muy cauto por su lado se vino, y se fueron a la cama, dándose el uno al otro satisfacción y buenos ratos; y venido el día, el joven se volvió a su casa.

El celoso, doliente y sin cenar, muriéndose de frío, casi toda la noche estuvo con sus armas junto a la puerta esperando que llegase el cura; y acercándose el día, no pudiendo velar más, en la alcoba del piso bajo se durmió. Luego, cerca de tercia levantándose, estando ya abierta la puerta de la casa, fingiendo venir de fuera, subió a su casa y almorzó. Y poco después, mandando un muchachito a guisa del monaguillo del cura que la había confesado, le preguntó si quien ella sabía había vuelto allí. La mujer, que muy bien conoció al mensajero, repuso que no había venido aquella noche y que, si así hacia, podría írsele de la cabeza por más que ella no querría que de la cabeza se le fuese.

¿Qué debo deciros ahora? El celoso estuvo muchas noches queriendo coger el cura a la entrada, y la mujer continuamente con su amante pasándoselo bien. Al final el celoso, que más no podía aguantar, con airado rostro preguntó a la mujer qué le había dicho al cura la mañana que se había confesado. La mujer

repuso que no quería decírselo porque no era cosa honesta ni conveniente.

El celoso le dijo:

—Mala mujer, a pesar tuyo sé lo que le dijiste, y tengo que saber quién es el cura de quién estás tan enamorada y que contigo se acuesta todas las noches por sus ensalmos[260a], o te cortaré las venas.

La mujer dijo que no era verdad que estuviera enamorada de un cura.

—¿Cómo? —dijo el celoso—. ¿No le dijiste esto y esto al cura que te confesó?

La mujer dijo:

—No que te lo hubiera contado sino que hubieras estado presente parece; pero sí que se lo dije.

—Pues dime —dijo el celoso—, quién es ese cura y pronto.

La mujer se echó a reír y dijo:

—Me agrada mucho cuando a un hombre sabio lo lleva una mujer simple como se lleva a un borrego por los cuernos al matadero; aunque tú no eres sabio ni lo fuiste desde aquel momento en que dejaste entrar en el pecho al

maligno espíritu de los celos sin saber por qué; y cuanto más tonto y animal eres mi gloria es menor. ¿Crees tú, marido mío, que soy ciega de los ojos de la cara como tú lo eres de los de la mente? Cierto que no; y mirando supe quién fue el cura que me confesó y sé que fuiste tú; pero me propuse darte lo que andabas buscando y te lo di. Pero si hubieses sido sabio como crees, no habrías de aquella manera intentado saber los secretos de tu honrada mujer, y sin sentir vanas sospechas te habrías dado cuenta de que lo que te confesaba era la verdad sin que en ella hubiera nada de pecado. Te dije que amaba a un cura; ¿y no eras tú, a quien equivocadamente amo, cura? Te dije que ninguna puerta de mi casa podía estar cerrada cuando quería acostarse conmigo; ¿y qué puerta te ha resistido alguna vez en tu casa dónde allí dónde yo estuviera has querido venir? Te dije que el cura se acostaba conmigo todas las noches; ¿y cuándo ha sido que no te acostases conmigo? Y cuantas veces me mandaste a tu monaguillo, tantas sabes, cuantas no estuviste conmigo, te mandé a decir que el cura no había estado. ¿Qué otro desmemoriado sino tú, que por los celos te has dejado cegar, no habría entendido estas cosas? ¡Y te has estado en casa vigilando la puerta y crees que me has convencido de que te has ido fuera a cenar y a dormir! ¡Vuelve en

ti ya y hazte hombre como solías ser y no hagas hacer burla de ti a quien conoce tus costumbres como yo, y deja esa severa guarda que haces, que te juro por Dios que si me vinieran ganas de ponerte los cuernos, si tuvieras cien ojos en vez de dos, me daría el gusto de hacer lo que quisiera de guisa, que tú no te enterarías!

El desdichado celoso, a quien le parecía haberse enterado muy astutamente del secreto de la mujer, al oír esto se tuvo por burlado; y sin responder nada tuvo a la mujer por sabia y por buena, y cuando tenía que ser celoso se despojó de los celos, así como se los había vestido cuando no tenía necesidad de ellos. Por lo que la discreta mujer, casi con licencia para hacer su gusto, sin hacer venir a su amante por el tejado como los gatos sino por la puerta, discretamente obrando luego, muchas veces se dio con él buenos ratos y alegre vida.

Novela sexta

Doña Isabela, estando con Leonetto, y siendo amada por un micer Lambertuccio, es visitada por éste, y vuelve su marido; a micer Lambertuccio hace salir de su casa puñal en mano, y su marido acompaña luego a Leonetto[261].

MARAVILLOSAMENTE había agradado a todos la novela de Fiameta, afirmando cada uno que la mujer había obrado óptimamente y hecho lo que convenía a aquel animal de hombre. Pero luego de que hubo terminado, el rey a Pampínea ordenó que siguiese; la cual comenzó a decir:

Son muchos quienes, hablando como simples, dicen que Amor le quita a uno el juicio y que a los que aman hace aturdidos. Necia opinión me parece; y bastante las ya dichas cosas lo han mostrado, y yo intento mostrarlo también.

En nuestra ciudad, copiosa en todos los

bienes, hubo una señora joven y noble y muy hermosa, la cual fue mujer de un caballero muy valeroso y de bien. Y como muchas veces ocurre que siempre el hombre no puede usar una comida sino que a veces desea variar, no satisfaciendo a esta señora mucho su marido, se enamoró de un joven que Leonetto era llamado, muy amable y cortés, aunque no fuese de gran nacimiento, y él del mismo modo se enamoró de ella: y como sabéis que raras veces queda sin efecto lo que las dos partes quieren, en dar a su amor cumplimiento no se interpuso mucho tiempo.



Ahora, sucedió que, siendo esta mujer hermosa y amable, de ella se enamoró mucho un caballero llamado micer Lambertuccio, al cual ella, porque hombre desagradable y cargante le parecía, por nada del mundo podía disponerse a amarlo; pero solicitándola él mucho con embajadas y no valiéndole, siendo hombre poderoso, la mandó amenazar con difamarla si no hacía su gusto, por la cual cosa la señora, temiéndolo y sabiendo cómo era, se

plegó a hacer su deseo.

Y habiendo la señora (que doña Isabela tenía por nombre) ido, como es costumbre nuestra en verano, a estarse en una hermosísima tierra suya en el campo, sucedió, habiendo su marido ido a caballo a algún lugar para quedarse algún día, que mandó ella a por Lionetto para que viniese a estar con ella; el cual, contentísimo, fue incontinenti. Micer Lambertuccio, oyendo que el marido de la señora se había ido fuera, solo, montando a caballo, se fue a donde ella estaba y llamó a la puerta.

La criada de la señora, al verlo, se fue incontinenti a ella, que estaba en la alcoba con Lionetto y, llamándola, le dijo:

—Señora, micer Lambertuccio está ahí abajo él solo.

La señora, al oír esto, fue la más doliente mujer del mundo; pero temiéndole mucho, rogó a Leonetto que no le fuera enojoso esconderse un rato tras la cortina de la cama hasta que micer Lambertuccio se fuese.

Leonetto, que no menor miedo de él tenía de lo que tenía la señora, allí se escondió; y ella mandó a la criada que fuese a abrir a micer Lambertuccio; la cual, abriéndole y

descabalgando él de su palafrén y atado éste allí a un gancho, subió arriba.

La señora, poniendo buena cara y viniendo hasta lo alto de la escalera, lo más alegremente que pudo le recibió con palabras y le preguntó qué andaba haciendo. El caballero, abrazándola y besándola, le dijo:

—Alma mía, oí que vuestro marido no estaba, así que me he venido a estar un tanto con ella.

Y luego de estas palabras, entrando en la alcoba y cerrando por dentro, comenzó micer Lambertuccio a solazarse con ella.

Y estando así con ella, completamente fuera de los cálculos de la señora, sucedió que su marido volvió: el cual, cuando la criada lo vio junto a la casa, corrió súbitamente a la alcoba de la señora y dijo:

—Señora, aquí está el señor que vuelve: creo que está ya en el patio.



La mujer, al oír esto y al pensar que tenía dos hombres en casa (y sabía que el caballero no podía esconderse porque su palafrén estaba en el patio), se tuvo por muerta; sin embargo, arrojándose súbitamente de la cama, tomó un partido y dijo a micer Lambertuccio:

—Señor, si me queréis algo bien y queréis salvarme de la muerte, haced lo que os diga. Cogeréis en la mano vuestro puñal desnudo, y

con mal gesto y todo enojado bajaréis la escalera y os iréis diciendo: «Voto a Dios que lo cogeré en otra parte»; y si mi marido quisiera reteneros u os preguntase algo, no digáis nada sino lo que os he dicho, y, montando a caballo, por ninguna razón os quedéis con él.

Micer Lambertuccio dijo que de buena gana; y sacando fuera el puñal, todo sofocado entre las fatigas pasadas y la ira sentida por la vuelta del caballero, como la señora le ordenó así hizo. El marido de la señora, ya descabalgando en el patio, maravillándose del palafrén y queriendo subir arriba, vio a micer Lambertuccio bajar y asombróse de sus palabras y de su rostro y le dijo:

—¿Qué es esto, señor?

Micer Lambertuccio, poniendo el pie en el estribo y montándose encima, no dijo sino:

—Por el cuerpo de Dios, lo encontraré en otra parte.

Y se fue.

El gentilhombre, subiendo arriba, encontró a su mujer en lo alto de la escalera toda espantada y llena de miedo, a la cual dijo:

—¿Qué es esto? ¿A quién va micer Lambertuccio tan airado amenazando?

La mujer, acercándose a la alcoba para que Leonetto la oyese, repuso:

—Señor, nunca he tenido un miedo igual a éste. Aquí dentro entró huyendo un joven a quien no conozco y a quien micer Lambertuccio seguía con el puñal en la mano, y encontró por acaso esta alcoba abierta, y todo tembloroso dijo: «Señora, ayudadme por Dios, que no me maten en vuestros brazos». Yo me puse de pie de un salto y al querer preguntarle quién era y qué le pasaba, hete aquí micer Lambertuccio que venía subiendo diciendo: «¿Dónde estás, traidor?». Yo me puse delante de la puerta de la alcoba y, al querer entrar él, le detuve; en eso fue cortés que, como vio que no me placía que entrase aquí dentro, después de decir muchas palabras se bajó como lo visteis.

Dijo entonces el marido.

—Mujer, hicisteis bien; muy gran deshonra hubiera sido que hubiesen matado a alguien aquí dentro, y micer Lambertuccio hizo una gran villanía en seguir a nadie que se hubiera refugiado aquí dentro.

Luego preguntó dónde estaba aquel joven.

La mujer contestó:

—Señor, yo no sé dónde se haya

escondido.

El caballero dijo:

—¿Dónde estás? Sal con confianza.

Leonetto, que todo lo había oído, todo miedoso como quien miedo había pasado de verdad, salió fuera del lugar donde se había escondido.

Dijo entonces el caballero:

—¿Qué tienes tú que ver con micer Lambertuccio?

El joven repuso:

—Señor, nada del mundo; y por ello creo firmemente que no esté en su juicio o que me haya tomado por otro, porque en cuanto me vio no lejos de esta casa, en la calle, echó mano al puñal y dijo: «Traidor, ¡muerto eres!». Yo no me puse a preguntarle que por qué razón sino que comencé a huir cuanto pude y me vine aquí, donde, gracias a Dios y a esta noble señora, me he salvado.

Dijo entonces el caballero:

—Pues anda, no tengas ningún miedo; te pondré en tu casa sano y salvo, y luego entérate bien de lo que tienes que ver con él.

Y en cuanto hubieron cenado, haciéndole montar a caballo, se lo llevó a Florencia y lo dejó en su casa; el cual, según las instrucciones recibidas de la señora, aquella misma noche habló con micer Lambertuccio ocultamente y con él se puso de acuerdo de tal manera que, por mucho que se hablase de aquello después, nunca por ello se enteró el caballero de la burla que le había hecho su mujer.

Novela séptima

Ludovico descubre a doña Beatriz el amor que le tiene, la cual manda a Egano, su marido, a un jardín vestido como ella y se acuesta con Ludovico; el cual, luego, levantándose, va y apalea a Egano en el jardín[262]

ESTA invención de doña Isabela contada por Pampínea fue por todos los de la compañía tenida por maravillosa; pero Filomena, a quien el rey había ordenado que siguiese, dijo:

Amorosas señoras, si no estoy engañada, creo que contaré una no menos buena, y prestamente.

Debéis saber que en París vivió un hombre noble florentino, el cual, por su pobreza, se había hecho mercader, y le había ido tan bien con el comercio que se había hecho en él riquísimo; y tenía de su mujer un solo hijo al que había llamado Ludovico. Y para que a la nobleza del padre y no al comercio saliese, no lo había el padre querido poner en ningún

negocio sino que lo había puesto con otros hombres nobles al servicio del rey de Francia, donde muchas buenas maneras y buenas cosas había aprendido. Y estando allí, sucedió que ciertos caballeros que volvían del Sepulcro, mezclándose en una conversación de los jóvenes entre los que estaba Ludovico, y oyéndolos razonar entre sí sobre las damas hermosas de Francia y de Inglaterra y de otras partes del mundo, comenzó uno de ellos a decir que ciertamente de cuanto mundo él había recorrido y de cuantas mujeres había visto, nunca una hermosura semejante a la mujer de Egano de los Galluzzi de Bolonia, llamada doña Beatriz, había visto; en lo que todos sus compañeros que junto con él la habían visto en Bolonia, concordaron, la cual cosa escuchando Ludovico, que todavía no se había enamorado de ninguna, se inflamó en tanto deseo de verla que en otra cosa no podía fijar el pensamiento; y del todo dispuesto a ir hasta Bolonia a verla, y allí quedarse si a ella le placía, dio a entender a su padre que quería ir al Sepulcro, lo que consiguió con gran dificultad.

Poniéndose, pues, de nombre Aniquino, llegó a Bolonia, y como quiso la fortuna, al día siguiente vio a esta señora en una fiesta, y con mucho le pareció más hermosa de lo que

pensado había; por lo que, enamorándose ardentísimamente de ella, se propuso no irse nunca de Bolonia si no conseguía su amor. Y pensando en qué camino debía seguir para ello, dejando cualquier otro decidió que, si pudiera hacerse criado del marido de ella, que tenía muchos, por acaso podría sucederle lo que deseaba.

Vendidos, pues, sus caballos, y colocados sus criados de manera que estaban bien, habiéndoles ordenado que fingiesen no conocerlo, habiendo hecho amistad con su posadero, le dijo que de buena gana entraría como servidor de algún señor de bien, si alguno pudiese encontrar; al cual dijo el posadero:

—Tú eres propiamente un sirviente que debía de ser muy apreciado por un hombre noble de esta tierra que tiene por nombre Egano, el cual tiene muchos, y todos los quiere aparentes como eres tú; yo le hablaré de ello.

Y como dijo, así lo hizo; y antes que se separase de Egano, hubo colocado con él a Aniquino, el cual le agradó lo más que podía ser. Y viviendo con Egano y teniendo oportunidades de ver con mucha frecuencia a su gobierno, tan bien y tan de grado comenzó a servir a Egano que éste le tomó tanto amor que

sin él no sabía hacer ninguna cosa; y no solamente de sí sino de todas las cosas le había encomendado el gobierno.

Sucedió un día que, habiendo ido Egano de cetrería y quedándose Aniquino en casa, doña Beatriz, que de su amor no se había apercibido todavía por mucho que para sí misma, mirándole a él y a sus maneras, muchas veces le había elogiado y le agradase, se puso con él a jugar al ajedrez; y Aniquino, que agradarle deseaba, muy diestramente se dejaba vencer; de lo que la señora hacía maravillosas fiestas[263]. Y habiéndose apartado de mirarlos jugar todas las damas de la señora y dejándolos jugando solos, Aniquino lanzó un grandísimo suspiro.

La señora, mirándolo, dijo:

—¿Qué tienes, Aniquino? ¿Tanto te duele que te venza?

—Señora —repuso Aniquino—, mucho mayor cosa que lo es ésta fue la razón de mi suspiro.

Dijo entonces la señora:

—¡Ah! Dímela, si me quieres bien.

Cuando Aniquino se oyó rogar «si la quería bien» por quien sobre todas las cosas amaba,

lanzó uno mucho mayor de lo que lo había sido el primero; por lo que la señora otra vez le rogó que le pluguiese decirle cuál era la razón de sus suspiros.

A quien Aniquino dijo:

—Señora, mucho temo que os sea molesta si os la digo y además temo que la digáis a otra persona.

A quien la señora dijo:

—Por cierto que no me será enojoso; y estate seguro de esto, que nada que tú me digas, sino cuando te plazca, le diré a nadie nunca.

Entonces dijo Aniquino:

—Puesto que así me lo prometéis, os lo diré.

Y con las lágrimas en los ojos le dijo quién era él, lo que de ella había oído y dónde, y cómo de ella se había enamorado y cómo venido, y por qué había entrado como servidor del marido; y luego, humildemente le rogó que si podía ser le pluguiera tener piedad de él y complacerle en éste su secreto y tan ferviente deseo; y que, si esto no quería hacer, que, dejándolo estar en el traje en que estaba, le permitiese amarla. ¡Oh, singular dulzura de la

sangre boloñesa, que digna de alabanza has sido siempre en tales casos! Nunca te enorgulleciste de las lágrimas y los suspiros y continuamente has sido sensible a las súplicas, y a los amorosos deseos doblegable; si yo tuviera dignas loas para alabarte, nunca saciada se vería mi voz.

La noble señora, al hablar Aniquino, le miraba; y dando plena fe a sus palabras, con tanta fuerza recibió por sus ruegos el amor en la mente, que también ella comenzó a suspirar, y luego de algún suspiro repuso:

—Dulce Aniquino mío, ten buen ánimo: ni dones ni promesas ni cortejar de nobles ni de señor alguno ni de ningún otro (que he sido y soy cortejada por muchos) nunca pudo mover mi ánimo tanto que amase a alguno; pero tú en tan poco tiempo como han durado tus palabras me has hecho más tuya que lo soy mía. Juzgo que óptimamente has ganado mi amor, y por ello te lo doy y te prometo que te haré gozar de él antes de que termine esta noche que viene. Y para que esto tenga lugar, hacia la medianoche vendrás a mi alcoba; yo dejaré la puerta abierta; sabes de qué lado de la cama duermo yo; vendrás allí y si durmiere, tócame hasta que me despierte, y te consolaré de tan largo deseo como has sentido; y para que lo creas quiero darte un beso en prenda.

Y echándole un brazo al cuello, amorosamente lo besó, y Aniquino a ella.

Dichas estas cosas, Aniquino, dejando a la señora, se fue a hacer algunas de sus obligaciones, esperando con la mayor alegría del mundo que llegase la noche.

Egano volvió de la caza, y cuando hubo cenado, como estaba cansado se fue a dormir, y la señora tras él; y como había prometido dejó la puerta de la alcoba abierta; a la cual, a la hora que le había sido dicha, vino Aniquino y calladamente entrando en la alcoba y volviendo a cerrar la puerta por dentro, del lado donde dormía la señora se fue, y poniéndole la mano en el pecho la encontró que no dormía. La cual, como sintió llegar a Aniquino, tomando su mano con las dos suyas y sujetándolo fuerte, dándose vueltas en la cama tanto hizo que despertó a Egano que dormía; al cual dijo:

—No quise decirte nada anoche porque me pareciste cansado; pero dime, así te guarde Dios, Egano, ¿a cuál tienes tú por el mejor criado y el más leal, y quién amas más, de los que tienes en casa?

Repuso Egano:

—¿Qué es eso, mujer, qué me preguntas? ¿No lo sabes? No hay ni ha habido nunca

ninguno de quien tanto me fiase o me fíe o ame, cuanto me fío y amo a Aniquino. Pero ¿por qué me lo preguntas?

Aniquino, sintiendo despierto a Egano y oyendo hablar de él, había muchas veces tirado de la mano hacia sí para irse, temiendo mucho que la señora quisiese engañarle; pero ésta lo había sujetado y lo sujetaba de manera que no había podido alejarse ni podía.

La señora repuso a Egano, y dijo:

—Yo te lo diré. Yo creía que era que fuese como tú dices y que más fiel que ninguno otro te fuera; pero me ha engañado, porque cuando te fuiste hoy de cetrería, él se quedó aquí, y cuando le pareció oportuno no se avergonzó de pedirme que consintiera en hacer su gusto; y yo, para que esta cosa no necesitase probarte con demasiadas pruebas, y para hacértelo tocar y ver, repuse que me parecía bien y que esta noche, pasada la medianoche, iré al jardín nuestro y le esperaré al pie del pino. Ahora, en cuanto a mi yo no entiendo ir allí, pero si tienes ganas de conocer la fidelidad de tu criado, puedes fácilmente, poniéndote encima una de mis sayas y en la cabeza un velo, ir allá abajo a esperar si viene, que estoy segura de que sí.

Egano, oyendo esto, dijo:

—Por cierto que conviene que lo vea.

Y levantándose como mejor pudo en la oscuridad, se puso una saya de la señora en la cabeza, y se fue al jardín y al pie de un pino se puso a esperar a Aniquino.

La señora, como lo sintió levantado y fuera de la alcoba, se levantó y cerró la puerta por dentro. Aniquino, que el mayor miedo que nunca había sentido sintió, y que cuanto podía se había esforzado en salir de las manos de la señora y cien mil veces a ella y a su amor y a sí mismo, que confiado se había, había maldito, oyendo lo que al final había hecho, fue el hombre más feliz que nunca hubo; y habiendo la señora vuelto a la cama, como quiso ella, como ella se desnudó, y juntos se solazaron y disfrutaron por buen espacio de tiempo.

Luego, no pareciendo a la señora que Aniquino debiese quedarse más, lo hizo levantarse y volver a vestirse, y así le dijo:

—Dulces labios míos, coge un buen bastón y vete al jardín, y fingiendo haberme requerido para tentarme, como si fuese yo misma, dirás insultos a Egano y me lo sacudirás bien con el bastón, porque de ello se seguirá luego maravilloso deleite y placer.

Levantándose Aniquino y yendo al jardín

con una vara de sauce en la mano, cuando llegó junto al pino y Egano lo vio venir, y levantándose como si quisiese recibirlo con grandísima fiesta, le salió al encuentro; al cual dijo Aniquino:

—¡Ay, mala mujer, así que has venido! ¿Y has creído que yo quisiera o quiero a mi señor hacerle esta afrenta? ¡Seas mil veces mal venida!

Y alzando el bastón, comenzó a sacudirlo.

Egano, al oír esto y ver el bastón, sin decir palabra comenzó a huir, y tras él Aniquino, siempre diciendo:

—Fuera, que Dios te dé malahora, mala mujer, que por cierto que mañana se lo diré a Egano.

Egano, habiendo recibido dos de las buenas, lo antes que pudo se volvió a la alcoba; al cual preguntó la señora si Aniquino había venido al jardín.

Egano dijo:

—Así no hubiera ido, porque creyendo que eras tú me ha molido con un bastón y dicho las mayores injurias que nunca se han dicho a una mala mujer. Y así yo me maravillaba mucho de que él te hubiese dicho aquellas palabras con

ánimo de hacer algo que fuese en vergüenza mía; sino que porque te vio tan alegre y cordial, quiso probarte.

—Entonces —dijo la señora—, alabado sea Dios porque a mí me ha probado con palabras y a ti con obras; y creo que podría decir que yo soporto con más paciencia las palabras que tú las obras. Mas puesto que tal lealtad te tiene, hay que tenerlo en estima y honrarle.

Egano dijo:

—Por cierto que dices la verdad.

Y basándose en aquello, era de la opinión de que tenía la mujer más leal y el más fiel servidor que nunca había tenido un noble; por la cual cosa, como luego muchas veces con Aniquino, éste y la señora riesen de este hecho, Aniquino y la señora tuvieron mucha más facilidad de la que por ventura habrían tenido para hacer aquello que les daba deleite y placer mientras que a Aniquino le plugo quedarse con Egano en Bolonia.

Novela octava

Uno siente celos de la mujer, y ella, atándose una cuerda a un dedo por la noche, siente llegar a su amante, el marido se da cuenta, y, mientras persigue al amante, la mujer pone en el lugar suyo en la cama a otra mujer, a quien el marido pega y corta las trenzas, y luego va a buscar a sus hermanos; los cuales, encontrando que aquello no era verdad, le injurian[264].

EXTRAÑAMENTE maliciosa parecía a todos que doña Beatriz había sido al burlarse de su marido y todos afirmaban que el miedo de Aniquino debía de haber sido muy grande cuando, sujetándolo fuertemente la señora, la oyó decir que él le había requerido de amores.

Pero luego de que el rey vio callarse a Filomena, volviéndose hacia Neifile, dijo:

—Decid vos.

La cual, sonriendo primero un poco,

comenzó:

Hermosas señoras, gran peso me incumbe si quiero con una buena historia daros gusto como os lo han dado aquellas que antes han hablado; del cual, con la ayuda de Dios, espero descargarme asaz bien.

Debéis, pues, saber que en nuestra ciudad hubo un riquísimo mercader llamado Arriguccio Berfinghieri[265], el cual neciamente, tal como ahora hacen cada día los mercaderes, pensó ennoblecerse por su mujer y tomó a una joven señora noble (que mal le convenía) cuyo nombre fue doña Sismonda. La cual, porque él tal como hacen los mercaderes andaba mucho de viaje y poco estaba con ella, se enamoró de un joven llamado Roberto que largamente la había cortejado; y habiendo llegado a tener intimidad con él, y teniéndola menos discretamente porque sumamente le deleitaba, sucedió (o porque Arriguccio oyese algo o como quiera que fuese) que se hizo el hombre más celoso del mundo y dejó de ir de viaje y todos sus demás negocios, y toda su solicitud la había puesto en guardar bien a aquélla, y nunca se hubiera dormido si no la hubiese sentido antes meterse en la cama; por la cual cosa la mujer sintió grandísimo dolor, porque de ninguna guisa podía estar con su Roberto.

Pero habiendo dedicado muchos pensamientos a encontrar algún modo de estar con él, y siendo también muy solicitada por él, le vino el pensamiento de hacer de esta manera: que, como fuese que su alcoba daba a la calle y ella se había dado cuenta muchas veces de que a Arriguccio le costaba mucho dormirse, pero que después dormía profundísimamente, ideó hacer venir a Roberto a la puerta de su casa a medianoche e ir a abrirle y estarse con él mientras su marido dormía profundamente.

Y para sentir ella cuándo llegaba de guisa que nadie se apercibiese, inventó echar una cuerdecita fuera de la ventana de la alcoba que por uno de los extremos llegase cerca del suelo, y el otro extremo bajarlo hasta el pavimento y llevarlo hasta su cama, y meterlo bajo las ropas, y cuando ella estuviese en la cama atárselo al dedo gordo del pie; y luego, mandando decir esto a Roberto, le ordenó que, cuando viniera, tirase de la cuerda y ella, si su marido durmiese, lo soltaría e iría a abrirle, y si no durmiese, lo cogería y lo tiraría hacia sí, a fin de que él no esperase. La cual cosa plugo a Roberto; y habiendo ido muchas veces, alguna le sucedió estar con ella y alguna no.

Por último, continuando con este artificio de esa manera, sucedió una noche que,

durmiendo la señora, y estirando Arriguccio el pie por la cama, dio con este cordel; por lo que, llevando a él la mano y encontrándolo atado al pie de su mujer, se dijo a sí mismo:

«Por cierto que esto debe ser algún engaño».

Y dándose cuenta luego de que el cordel salía por la ventana lo tuvo por cierto; por lo que cortándolo quedamente del dedo de la mujer, lo ató al suyo, y estuvo atento para ver qué quería decir esto.

No mucho después vino Roberto, y tirando del cordel como acostumbraba, Arriguccio lo sintió; y no habiendo sabido atárselo bien, y habiendo Roberto tirado fuertemente y habiéndose quedado con el cordel en la mano, entendió que debía esperar; y así hizo.

Arriguccio, levantándose prestamente y cogiendo sus armas, corrió a la puerta para ver quién era aquél y para hacerle daño. Ahora, Arriguccio era, aunque fuese mercader, un hombre fiero y fuerte; y llegado a la puerta, y no abriéndola suavemente como solía hacer la mujer, y Roberto, que esperaba, sintiéndolo, se dio cuenta que era quien era, es decir, que quien abría la puerta era Arriguccio; por lo que prestamente comenzó a huir y Arriguccio a

perseguirlo. Hasta que por fin habiendo Roberto huido un gran trecho y no cesando él de seguirlo, estando también Roberto armado, sacó la espada y se volvió hacia él, y comenzaron el uno a querer herir al otro y a defenderse.

La mujer, al abrir Arriguccio la alcoba, desvelándose y encontrándose cortado el cordel del dedo, incontinenti se dio cuenta de que su engaño estaba descubierto; y sintiendo que Arriguccio había corrido tras de Roberto, levantándose prestamente, dándose cuenta de lo que podía suceder, llamó a su criada, la cual sabía todo, y tanto le rogó que la puso en su lugar en la cama, rogándole que, sin darse a conocer, los golpes que le diera Arriguccio recibiese pacientemente porque ella se los devolvería con tamaña recompensa que no tendría razón de quejarse.

Y apagada la luz que en la alcoba ardía, se fue de allí y, escondida en un lugar de la casa, se puso a esperar lo que iba a suceder. Siguiendo la riña entre Arriguccio y Roberto, los vecinos del barrio, sintiéndola y levantándose, comenzaron a insultarlos, y Arriguccio, por temor a ser reconocido, sin haber podido saber quién fuese el joven ni herirlo de alguna manera, airado y de mal talante, dejándolo en paz, se fue hacia su casa; y llegando a la

alcoba, airadamente comenzó a decir:

—¿Dónde estás, mala mujer? ¡Has apagado la luz para que no te encuentre, pero te equivocas!

Y yendo a la cama, creyendo coger a la mujer, cogió a la criada, y cuando pudo menear las manos y los pies tantos puñetazos y tantas patadas le dio que le marcó toda la cara, y por último le cortó los cabellos, diciéndole siempre las mayores injurias que jamás se han dicho a una mala mujer.

La criada lloraba mucho como quien tenía de qué, y aunque alguna vez dijese: «¡Ay! ¡Por el amor de Dios!», o «¡Basta!», estaba la voz tan rota por el llanto y Arriguccio tan ciego de furor que no podía distinguir que aquélla fuese de otra mujer que la suya.

Apaleándola, pues, con todo derecho y cortándole los cabellos, como decimos, dijo:

—Mala mujer, no entiendo tocarte de otro modo, sino que iré a por tus hermanos y les contaré tus buenas obras; y luego que vengan a por ti y que hagan lo que crean que corresponde a su honor y te lleven de aquí, que en esta casa ten por cierto que no estarás nunca más.

Y dicho esto, saliendo de la alcoba, la cerró por fuera y se fue él solo.

Cuando doña Sismonda, que todo había oído, sintió que el marido se había ido, abrió la alcoba y, encendida la luz, encontró a su criada toda machacada que lloraba fuertemente; a la cual, como mejor pudo la consoló y la llevó a su alcoba, donde después ocultamente haciéndola cuidar y curar, tanto con lo de Arriguccio mismo la recompensó que ella se tuvo por contenta. Y cuando a la criada hubo llevado a su alcoba, rápidamente hizo la cama de la suya y la arregló toda y la puso en orden, como si ninguna persona se hubiera acostado allí esa noche, y volvió a encender la lámpara, y se vistió y arregló, como si todavía no se hubiese acostado; y encendiendo un candil y tomando sus telas, se fue a sentar arriba de la escalera y se puso a coser y a esperar en qué paraba aquello.

Arriguccio, al salir de su casa, lo antes que pudo se fue a la casa de los hermanos de la mujer, y allí tantos golpes dio que le sintieron y le abrieron. Los hermanos de la mujer, que eran tres, y su madre, sintiendo que era Arriguccio se levantaron todos, y haciendo encender las luces vinieron a su encuentro y le preguntaron qué iba buscando a aquella hora y tan solo. A quienes Arriguccio, empezando con

el cordel que había encontrado atado al dedo del pie de doña Sismonda hasta lo último que encontrado y hecho había, se lo contó; y para darles entero testimonio de lo que había hecho, los cabellos que creía haberle cortado a su mujer se los puso en las manos, añadiendo que viniesen a por ella y que le hiciesen lo que creyeran que correspondía a su honor, porque él no pensaba tenerla más en casa.

Los hermanos de la mujer, muy enojados de lo que habían oído y teniéndolo por cierto, contra ella enardecidos, hechas encender antorchas, con intención de jugarle una mala partida, con Arriguccio se pusieron en camino y fueron a su casa. Lo que viendo su madre, llorando comenzó a seguirlos, ora a uno ora al otro rogando que no creyesen aquellas cosas tan súbitamente sin ver ni saber nada más, porque el marido podía por alguna razón estar enojado con ella y haberle hecho daño, y ahora decirles aquello en excusa de sí mismo, diciendo además que ella se maravillaba mucho de cómo podía haber sucedido aquello porque conocía bien a su hija, como quien la había criado desde pequeñita, y muchas otras cosas semejantes.

Llegados, pues, a casa de Arriguccio y entrando dentro, comenzaron subir las escaleras; y oyéndolos venir doña Sismonda,

dijo:

—¿Quién anda ahí?

A quien uno de los hermanos repuso:

—Bien lo sabrás tú, mala mujer, quién es.

Dijo entonces doña Sismonda:

—¿Pero qué querrá decir esto? ¡Señor, ayúdame! —Y poniéndose en pie, dijo—: Hermanos míos, sed bien venidos; ¿qué andáis buscando a esta hora los tres aquí dentro?

Ellos, habiéndola visto sentada y cosiendo y sin ninguna marca en el rostro de haber sido golpeada, cuando Arriguccio había dicho que la había dejado machacada, algo al primer embite se maravillaron y refrenaron el ímpetu de su ira, y le preguntaron que cómo había sido aquello de lo que Arriguccio se quejaba de ella, amenazándola mucho si no les decía todo.

La mujer dijo:

—No sé qué deba deciros, ni de qué tenga que haberse quejado de mí Arriguccio.

Arriguccio, al verla, la miraba como estupidizado, acordándose de que le había dado tal vez mil puñetazos en la cara y la había arañado y le había hecho todas las maldades

del mundo, y ahora la veía como si no hubiera pasado nada de aquello. En resumen, los hermanos le dijeron lo que Arriguccio les había dicho del cordel y de los golpes y de todo.

La mujer, volviéndose a Arriguccio, dijo:

—¡Ay, marido mío! ¿Qué es lo que oigo? ¿Por qué haces tenerme por mala mujer para tu gran vergüenza, cuando no lo soy, y a ti por hombre malo y cruel, que no eres? ¿Y cuándo has estado esta noche en casa, no ya conmigo? ¿O cuándo me pegaste? En cuanto a mí, no me acuerdo.

Arriguccio comenzó a decir:

—¿Cómo, mala mujer, no nos fuimos a la cama juntos anoche? ¿No he vuelto luego, después de haber estado corriendo tras tu amante? ¿No te he dado muchos golpes y cortado los cabellos?

La mujer repuso:

—En esta casa no te acostaste anoche tú, pero dejemos esto, que no puedo dar otro testimonio que mis palabras verdaderas, y vengamos a lo que dices que me pegaste, y cortaste los cabellos. A mí no me has pegado nunca, y cuantos hay aquí y tú también, fijaos en mí, si en todo el cuerpo tengo alguna señal

de paliza; ni te aconsejaría que fueses tan atrevido que me pusieses la mano encima que, por la cruz de Cristo te abofetearía. Ni tampoco me cortaste los cabellos, que yo lo haya sentido o lo haya visto, pero tal vez lo hiciste sin que me diese cuenta; déjame ver si los tengo cortados o no.

Y quitándose los velos de la cabeza, mostró que cortados no los tenía, sino enteros; las cuales cosas viendo y oyendo los hermanos y la madre, comenzaron a decirle a Arriguccio:

—¿Qué dices, Arriguccio? Esto no es ya lo que nos viniste a decir que habías hecho; y no sabemos cómo puedes probar lo que queda.

Arriguccio estaba como quien soñase, y quería hablar; pero viendo que lo que creía que podía probar no era así, no se atrevía a decir nada.

La mujer, volviéndose a sus hermanos, dijo:

—Hermanos míos, veo que ha andado buscando que yo haga lo que no querría haber hecho nunca, esto es, que os cuente sus miserias y su maldad; y lo haré. Creo firmemente que lo que os ha contado le haya pasado, y oíd cómo. Este hombre de pro, a quien por mi mal me disteis por mujer, que se dice mercader y que quiere ser respetado y que

debería tener más templanza que un religioso y más honestidad que una doncella, pocas son las noches que no vaya emborrachándose por las tabernas, y ahora con esta mala mujer, ahora con aquélla enredándose; y a mí se me hace hasta medianoche y a veces hasta el amanecer esperándole de la manera que me habéis encontrado. Estoy segura de que, estando bien borracho, se fue a la cama con alguna mujerzuela y a ella, al despertarse, le encontró el cordel en el pie y luego hizo todas esas gallardías que dice, y por último volvió a ella y la pegó y le cortó los cabellos; y no habiendo vuelto en sí todavía, se creyó, y estoy segura de que lo cree todavía, que estas cosas me las había hecho a mí; y si os fijáis bien en su cara, todavía está medio borracho. Pero sea lo que haya dicho de mí, no quiero que se lo toméis en cuenta más que como a un borracho; y que como yo le perdono lo perdonéis vosotros también.

Su madre, oyendo estas palabras, comenzó a alborotarse y a decir:

—Por la cruz de Cristo, hija mía, eso no debía hacerse sino que debía matarse a ese perro fastidioso y desconsiderado, que no es digno de tener una tal moza como tú. ¡Bueno está! ¡Ni aunque te hubiese recogido del fango! Mal rayo le parta si debes aguantar las

podridas palabras de un comerciantucho en heces de burro que vienen del campo y salen de las pocilgas[266] vestidos de pardillo[267] con las calzas de campana y con la pluma en el culo[268] y en cuanto tienen tres sueldos[269] quieren a las hijas de los gentileshombres y de las buenas damas por mujeres, y usan armas[270] y dicen: «Soy de los tales» y «Los de mi casa hicieron esto». Bien querría que mis hijos hubiesen seguido mi consejo, que tan honorablemente te podían colocar en casa de los condes Guido por un pedazo de pan[271]; y en cambio quisieron darte esta valiosa joya que, siendo tú la mejor moza de Florencia y la más honesta, no se ha avergonzado de decir a medianoche que eres una puta, como si no te conociésemos; pero a fe que si me hiciesen caso se le haría un escarmiento que lo pudriese. —Y volviéndose a sus hijos, dijo—: Hijos, bien os decía yo que esto no podía ser. ¿Habéis oído cómo vuestro cuñado trata a vuestra hermana, ese comerciantuelo de cuatro al cuarto? Que, si yo fuese vosotros, habiendo dicho lo que ha dicho de ella y haciendo lo que hace, no estaría contenta ni satisfecha mientras no lo hubiera quitado de en medio; y si yo fuese hombre en vez de mujer no querría que otro en mi lugar lo hiciese. ¡Señor, haz que le pese, borracho asqueroso que no tiene vergüenza!

Los jóvenes, vistas y oídas estas cosas, volviéndose a Arriguccio le dijeron las mayores injurias que nunca se le han dicho a ningún malvado, y por último dijeron:

—Te perdonamos ésta porque estás borracho, pero cuida de que en toda tu vida de aquí en adelante no oigamos más noticias de éstas, que si alguna nos viene a los oídos por cierto que nos la pagarás por ésta y por aquélla.

Y dicho esto, fueron.

Arriguccio, que se quedó como estúpido, no sabiendo él mismo si lo que había hecho era verdad o si lo había soñado, sin decir una palabra más dejó a su mujer en paz; la cual no solamente con su sagacidad escapó al peligro inminente sino que se abrió el camino para poder hacer en el tiempo por venir todos sus gustos sin tener miedo al marido nunca más.

Novela novena

Lidia, mujer de Nicostrato, ama a Pírro, el cual, para poder creerla, le pide tres cosas, todas las cuales ella le hace, y además de esto, en presencia de Nicostrato se solaza con él y a Nicostrato hace creer que no es verdad lo que ha visto[272].

TANTO había agradado la historia de Neifile que ni de reírse ni de hablar de ella podían dejar las señoras, aunque el rey muchas veces silencio les hubiera ordenado, habiendo mandado a Pánfilo que la suya contase; pero luego que callaron, así comenzó Pánfilo:

No creo yo, reverendas señoras, que haya nada por grave y peligroso que sea, que a hacer no se atreva quien ardientemente ama; la cual cosa, aunque haya sido probada en muchas historias, no por ello creo que dejaré de probar mejor con una que entiendo contaros, donde oiréis sobre una señora que en sus obras tuvo mucho más favorable la fortuna

que sensato el juicio. Y por ello no aconsejaría a ninguna que las huellas de quien hablar entiendo se arriesgase a seguir, porque no siempre la fortuna está dispuesta de un modo, ni todos los hombres del mundo son ofuscados igualmente.

En Argos, ciudad antiquísima de Acaya, por sus antiguos reyes mucho más famosa que grande, hubo un hombre noble el cual fue llamado Nicostrato, a quien ya cercano a la vejez la fortuna concedió por mujer a una gran señora no menos osada que hermosa, llamada por nombre Lidia. Tenía éste, como hombre noble y rico, muchos criados y perros y aves de caza, y grandísimo deleite sentía en las cacerías; y tenía entre sus otros domésticos un jovencito cortés y adornado y hermoso de cuerpo y diestro en cualquier cosa que hubiera querido hacer, llamado Pirro, a quien Nicostrato más que a ningún otro amaba y mucho se fiaba de él. De éste, Lidia se enamoró ardientemente, tanto que ni de día ni de noche podía tener el pensamiento en otra parte sino en él; del cual amor, o que Pirro no se apercibiese o que no lo quisiese, nada mostraba preocuparse. De lo que la señora un dolor intolerable llevaba en el ánimo; y del todo dispuesta a hacérselo saber llamó a una camarera suya llamada Lusca, en la cual

confiaba mucho, y le dijo así:



—Lusca, los beneficios que has recibido de mí te deben hacer obediente y fiel, y por ello cuida de que lo que ahora voy a decirte, ninguna persona lo oiga nunca sino aquél a quien yo te ordene. Como ves, Lusca, yo soy mujer joven y fresca, y llena y colmada de todas las cosas que cualquiera puede desear, y en resumen, excepto de una, no puedo quejarme; y ésta es que los años de mi marido son demasiados si se miden con los míos, por la cual cosa, de aquello de que las mujeres jóvenes más disfrutan vivo poco contenta; y sin embargo, deseándolo como las otras, hace mucho tiempo que deliberé no querer (si la fortuna me ha sido poco amiga al darme tan viejo marido) ser yo enemiga de mí misma al no saber encontrar manera a mis deleites y mi salvación. Y para tenerlos tan satisfecho en esto como en las demás cosas, he tomado el partido de querer, como más digno de ello que ninguno otro, que nuestro Pirro con sus brazos los supla, y he puesto en él tanto amor que nunca me siento bien sino cuando lo veo o pienso en él; y si sin él, y sin tardanza no me reúno con él, ciertamente creo que me moriré. Y por ello, si mi vida te es cara, por el medio que mejor te parezca le significarás mi amor y

también le rogarás de mi parte que le plazca venir a mí cuando tú vayas a buscarle.

La camarera dijo que lo haría de buen grado; y cuando primero le parecieron tiempo y lugar oportunos, llevando a Pirro aparte, cuanto mejor supo, la embajada le dio de su señora. La cual cosa, oyendo Pirro, se maravilló mucho, como quien nunca de nada se había apercibido, y temió que la señora quisiera decírselo por probarlo; por lo que súbita y rudamente repuso:

—Lusca, no puedo creer que estas palabras vengan de mi señora, y por ello cuida lo que dices; y si viniesen de ella, no creo que con ánimo de cumplirlas sea; pero si con ese ánimo las dijese, mi señor me honra más de lo que merezco; no le haré tal ultraje por mi vida, y tú cuida de no hablarme de tales cosas.

Lusca, no asustada por sus duras palabras, le dijo:

—Pirro, de éstas y de cualquiera otra cosa que mi señora me ordene te hablaré cuantas veces ella me lo encomiende, te sea gustoso o molesto; pero eres un animal.

Y enfadada, con las palabras de Pirro se volvió a la señora, la cual, al oírlas deseó morir; y luego de algunos días volvió a hablar a la

camarera y dijo:

—Lusca, sabes que con el primer golpe no cae la encina; por lo que me parece que vuelvas de nuevo a aquel que en mi perjuicio inusitadamente quiere ser leal, y hallando tiempo conveniente, muéstrale enteramente mi ardor e ingéniate en todo en hacer que la cosa tenga efecto, porque si así se dejase, yo me moriré y él se creería que había sido por probarlo; y de lo que buscamos que es su amor se seguiría odio.

La camarera consoló a la señora y, buscando a Pirro, lo encontró alegre y bien dispuesto, y así le dijo:

—Pirro, yo te mostré pocos días ha en qué gran fuego tu señora y mía está por el amor que te tiene, y ahora otra vez te lo repito, que si tú en la dureza que el otro día mostraste sigues, vive seguro de que vivirá poco; por lo que te ruego que te plazca consolarla en su deseo; y si en tu obstinación continuases emperrado, cuando yo por sabio te tenía, te tendré por un bobalicón. ¿Qué gloria puede serte mayor que una tal señora, tan hermosa, tan noble, tan rica, te ame sobre todas las cosas? Además de esto, ¡cuán obligado debes sentirte a tu fortuna pensando que te ha puesto delante tal cosa, para los deleites de tu

juventud apropiada, y aun semejante refugio para tus necesidades! ¿Qué semejante tuyo conoces que en cuanto a deleite esté mejor que tú estarás, si eres sabio? ¿Cuál otro encontrarás que en armas, en caballos, en ropas y en dineros pueda estar como tú estarás, si quieres concederle tu amor? Abre, pues, el ánimo a mis palabras y vuelve en ti; acuérdate de que puede suceder sólo una vez que la fortuna salga a tu encuentro con rostro alegre y con los brazos abiertos; la cual, quien entonces no sabe recibirla, al hallarse luego pobre y mendigo, de sí mismo y no de ella debe quejarse. Y además de esto, no se debe la misma lealtad usar entre los servidores y los señores que se usa entre los amigos y los parientes; tal deben tratarlos los servidores, en lo que pueden, como son tratados por ellos. ¿Esperas tú, si tuvieses mujer hermosa o madre o hija o hermana que gustase a Nicostrato, que él iba a tropezar en la lealtad que quieres tú guardarle con su mujer? Necio eres si lo crees; ten por cierto que si las lisonjas y los ruegos no bastasen, fuera lo que fuese lo que pudiera parecerte, usaría la fuerza. Tratemos, pues, a ellos y a sus cosas como ellos nos tratan a nosotros y a las nuestras; toma el beneficio de la fortuna, no la alejes; sal a su encuentro y recíbela cuando viene, que por cierto si no lo haces, dejemos la muerte

que sin duda seguirá de tu señora, pero tú te arrepentirás tantas veces que querrías morirte.

Pirro, que muchas veces en las palabras que Lusca le había dicho había vuelto a pensar, había tomado por partido que, si ella volviese a él otra vez, le daría otra respuesta y del todo plegarse a complacer a la señora, si pudiera asegurarse de no estar siendo puesto a prueba; y por ello repuso:

—Mira, Lusca, todas las cosas que me dices sé que son verdaderas; pero yo sé por otra parte que mi señor es muy sabio y muy perspicaz, y como pone en mi mano todos sus asuntos, mucho temo que Lidia, con su consejo y voluntad haga esto para querer probarme, y por ello, si tres cosas que yo le pida quiere hacer para esclarecerme, por cierto que nada me mandará después que yo no haga prestamente. Y las tres cosas que quiero son éstas: primeramente, que en presencia de Nicostrato mate ella misma a su bravo halcón; luego, que me mande un mechoncito de la barba de Nicostrato, y, por último, una muela de la boca de él mismo, de las más sanas.

Estas cosas parecieron duras a Lusca y a la señora durísimas; pero Amor, que es buen consolador y gran maestro de consejos, la hizo deliberar hacerlo, y por su camarera le envió a

decir que aquello que le había pedido completamente haría, y pronto; y además de ello, por lo muy sabio que él reputaba a Nicostrato, dijo que en presencia suya con Pirro se solazaría y a Nicostrato haría creer que no era verdad.

Pirro, pues, se puso a esperar lo que iba a hacer la noble señora; la cual, habiendo de allí a pocos días Nicostrato dado un gran almuerzo, como acostumbraba a hacer con frecuencia, a algunos gentileshombres, y habiendo ya levantado los manteles, vestida de terciopelo verde y muy adornada, y saliendo de su cámara, a aquella sala vino donde estaban ellos, y viéndola Pirro y todos los demás, se fue a la percha donde el halcón estaba, al que Nicostrato amaba tanto, y soltándolo como si en la mano lo quisiera llevar, y tomándolo por las pihuelas lo golpeó contra el muro y lo mató. Y gritándole Nicostrato: «¡Ay, mujer! ¿Qué has hecho?», nada le respondió, sino que volviéndose a los nobles hombres que con él habían comido, dijo:

—Señores, mala venganza tomaría de un rey que me afrentase, si de un halcón no tuviera el atrevimiento de tomarla. Debéis saber que esta ave todo el tiempo que debe ser prestado por los hombres al placer de las mujeres me ha quitado durante mucho tiempo;

porque no apenas suele aparecer la aurora, Nicostrato está levantado y montado a caballo, con su halcón en la mano yendo a las llanuras abiertas para verlo volar; y yo, como veis, sola y descontenta, en la cama me he quedado; por la cual cosa muchas veces he tenido deseos de hacer lo que ahora he hecho, y ninguna otra razón me ha retenido sino esperar a hacerlo en presencia de hombres que justos jueces sean en mi querella, como creo que lo seréis vosotros.

Los nobles señores que la oían, creyendo que no de otra manera era su afecto por Nicostrato que lo que decían sus palabras, riendo todos y hacia Nicostrato volviéndose, que airado estaba, comenzaron a decir:

—¡Ah, qué bien ha hecho la señora al vengar su afrenta con la muerte del halcón!

Y con diversas bromas sobre tal materia habiendo ya la señora vuelto a su cámara, en risa volvieron el enojo de Nicostrato.

Pirro, visto esto, se dijo a sí mismo:

«Altos principios ha dado la señora a mis felices amores: ¡Dios haga que persevere!».

Matado, pues, por Lidia el halcón, no pasaron muchos días cuando, estando ella en

su alcoba junto con Nicostrato, haciéndole caricias, con él comenzó a chancear, y él, por juego tirándole un tanto de los cabellos, le dio ocasión de poner en efecto la segunda cosa pedida por Pirro; y prestamente cogiéndole por un pequeño mechón de la barba, y riendo, tan fuerte le tiró que se lo arrancó todo del mentón; de lo que quejándose Nicostrato, ella dijo:

—¿Y qué tienes que poner tal cara porque te he quitado unos seis pelos de la barba? ¡No sentías lo que yo cuando me tirabas poco ha de los cabellos!

Y así continuando de una palabra en otra su solaz, la mujer cautamente guardó el mechón de la barba que le había arrancado, y el mismo día la mandó a su querido amante.

La tercera cosa le dio a la señora más que pensar, pero también (como a quien era de alto ingenio y amor la hacía tener más) encontró el modo que debía seguir para darle cumplimiento. Y teniendo Nicostrato dos muchachitos confiados por su padre para que en casa, aunque fuesen gentileshombres, aprendiesen buenas maneras, de los cuales, cuando Nicostrato comía, el uno le cortaba en el plato y el otro le daba de beber, haciendo llamar a los dos, les dio a entender que les olía la boca y les enseñó que, cuando sirviesen a

Nicostrato, echasen la cabeza hacia atrás lo más que pudieran, y no le dijesen esto nunca a nadie.

Los jovencitos, creyéndolo, comenzaron a seguir aquella manera que la señora les había enseñado; por lo que ella una vez preguntó a Nicostrato:

—¿Te has dado cuenta de lo que hacen estos muchachitos cuando te sirven?

Dijo Nicostrato:

—Claro que sí, así les he querido preguntar que por qué lo hacían.

La señora le dijo:

—No lo hagas, que yo te lo diré, y te lo he ocultado mucho tiempo para no disgustarte; pero ahora que me doy cuenta de que otros comienzan a percatarse, ya no debo ocultártelo. Esto no te sucede sino porque la boca te hiede fieramente, y no sé cuál será la razón, porque esto no solía ser; y ésta es cosa feísima, teniendo que tratar tú con gentileshombres, y por ello se debía ver el modo de curarla.

Dijo entonces Nicostrato:

—¿Qué podría ser ello? ¿Tendré en la

boca alguna muela estropeada?

A quien Lidia dijo:

—Tal vez sí.

Y llevándolo a una ventana le hizo abrir bien la boca y luego de que le hubo de una parte y otra mirado, dijo:

—Oh, Nicostrato, ¿y cómo puedes haberla sufrido tanto? Tienes una de esta parte la cual, a lo que me parece, no solamente está dañada, sino que está toda podrida, y con seguridad si la tienes en la boca estropeará las que están al lado; por lo que te aconsejaría que te la sacases antes de que el asunto vaya más adelante.

Dijo entonces Nicostrato:

—Puesto que te parece así, y ello me agrada, mándese sin tardanza por un maestro que me la saque.

A quien la señora dijo:

—No plazca a Dios que por esto venga un maestro; me parece que está de manera que sin ningún maestro yo misma te la arrancaré óptimamente. Y, por otra parte, estos maestros son tan crueles al hacer estos servicios que el corazón no me sufriría de ninguna manera

verte o saberte en las manos de ninguno; y por ello quiero absolutamente hacerlo yo misma, que al menos, si te duele demasiado yo te soltaré incontinenti, cosa que el maestro no haría.

Haciéndose, pues, traer los instrumentos propios de tal servicio y haciendo salir de la cámara a todas las personas, solamente retuvo consigo a Lusca; y encerrándose dentro hicieron echarse a Nicostrato sobre una mesa y poniéndole las tenazas en la boca y cogiéndole una muela, por muy fuerte que él de dolor gritase, sujetado firmemente por la una la otra le arrancó una muela a viva fuerza; y guardándola y cogiendo otra que cuidadosamente dañada Lidia tenía en la mano, a él doliente y casi medio muerto se la mostraron diciendo:

—Mira lo que has tenido en la boca hace tanto tiempo.

Creyéndolo él, aunque gravísimo dolor aguantado hubiese y mucho se quejase, sin embargo, luego que fuera estaba, le pareció estar curado, y con una cosa y con otra reconfortado, aliviándose su dolor, salió de la cámara.

La señora, tomando la muela, enseguida a

su amante la mandó; el cual, ya seguro de su amor, se ofreció dispuesto a todo su gusto. La señora, deseando asegurarlo más y pareciéndole aún cada hora mil antes de estar con él, queriendo lo que le había prometido cumplir, fingiendo estar enferma y estando un día después de comer Nicostrato visitándola, no viendo con él a nadie más que a Pirro, le rogó, para alivio de sus molestias, que la ayudase a ir hasta el jardín. Por lo que Nicostrato de uno de los lados y Pirro del otro cogiéndola, la llevaron al jardín y en un pradecillo al pie de un buen peral la dejaron; donde estando sentados algún rato, dijo la señora, que ya había hecho informar a Pirro de lo que tenía que hacer:

—¡Pirro, tengo gran deseo de tener algunas de aquellas peras, y así súbete allá arriba y échame unas cuantas!

Pirro, prestamente subiendo, comenzó a echar abajo peras, y mientras las echaba, comenzó a decir:

—Eh, mi señor, ¿qué es eso que hacéis? ¿Y vos, señora, cómo no os avergonzáis de sufrirlo en mi presencia? ¿Creéis que sea ciego? Vos estabais hace un momento muy enferma, ¿cómo os habéis curado tan pronto que hagáis tales cosas? Las cuales, si las

queréis hacer tenéis tantas hermosas alcobas; ¿por qué no os vais a alguna de ellas a hacer esas cosas? Y será más honesto que hacerlo en mi presencia.

La señora, volviéndose al marido, dijo:

—¿Qué dice Pirro? ¿Desvaría?

Dijo entonces Pirro:

—No desvarío, no, señora; ¿no creéis que vea?

Nicostrato se maravillaba fuertemente, y dijo:

—Pirro, verdaderamente creo que sueñas.

A quien Pirro repuso:

—Señor mío, no sueño nada, y vos tampoco soñáis; sino que os meneáis tanto que si así se menease este peral ninguna pera quedaría en él.

Dijo la señora entonces:

—¿Qué puede ser esto? ¿Podría ser verdad que le pareciese verdad lo que dice? Así me guarde Dios si estuviera sana como lo estaba antes, que subiría allí arriba para ver qué maravillas son esas que éste dice que ve.

Pero Pirro, arriba en el peral, hablaba y continuaba este discurso; a quien Nicostrato dijo:

—Baja aquí.

Y él bajó; y le dijo:

—¿Qué dices que ves?

Dijo Pirro:

—Creo que me tenéis por estúpido o por desvariado; os veía a vos encima de vuestra mujer, puesto que debo decirlo; y luego, al bajar, os vi levantaros y poneros así donde estáis sentados.

—Ciertamente —dijo Nicostrato—, eres estúpido en esto, que no nos hemos movido un punto desde que subiste al peral, de como tú ves.

Al cual dijo Pirro:

—¿Por qué vamos a hacer una cuestión? Que os vi, os vi, pero os vi sobre lo vuestro.

Nicostrato se maravillaba más a cada momento, tanto que dijo:

—¡Bien quiero ver si ese peral está encantado y quién está ahí arriba ve maravillas!

Y se subió a él; y en cuanto estuvo arriba su mujer junto con Pirro empezaron a solazarse. Lo que viendo Nicostrato comenzó a gritar:

—¡Ay, mala mujer! ¿Qué estás haciendo? ¿Y tú, Pirro, de quién yo más fiaba?

Y diciendo esto comenzó a bajar del peral. La señora y Pirro decían:

—Estamos aquí sentados.

Y al verlo bajar volvieron a sentarse en la misma guisa que él dejado los había. Al estar abajo Nicostrato y verlos donde los había dejado, comenzó a injuriarlos.

Y Pirro le decía:

—Nicostrato, ahora verdaderamente reconozco yo que, como vos decíais antes, vi engañosamente mientras estaba subido al peral; y no lo conozco por otra cosa sino por ésta, que veo y sé que equivocadamente habéis visto vos. Y que yo digo la verdad nada puede demostrároslo sino tener sensatez y pensar por qué motivo vuestra mujer, que es honestísima y más prudente que ninguna, si quisiera con tal cosa haceros ultraje, iría a hacerlo bajo vuestros ojos; nada quiero decir de mí, que primero me dejaría descuartizar que

pensar en ello, no ya que viniese a hacerlo en presencia vuestra. Por lo que, por cierto, la maña de este falso ver debe proceder del peral, porque nada en el mundo me hubiese hecho creer que vos no estuvisteis aquí yaciendo carnalmente con vuestra mujer si no os oyera decir qué os ha parecido que yo he hecho lo que estoy certísimo de que, no ya nunca lo hice, sino que ni lo pensé.

La señora, después, que como toda enojada se había puesto en pie, comenzó a decir:

—Mala ventura haya si me tienes por tan poco sensata que, si quisiera llegar a esas miserias que tú dices haber visto viniera a hacerlas delante de tus ojos. Está seguro de esto, de que si alguna vez el deseo me viniera, no vendría aquí, sino que me creería capaz de estar escondidamente en una de nuestras alcobas, de guisa y de manera que asombroso me parecía que tú nunca llegases a saberlo.

Nicostrato, a quien verdadero parecía lo que decían el uno y el otro, que delante de él a tal acto no iban a haberse dejado ir, dejando las palabras y las reprensiones sobre aquel asunto, comenzó a razonar sobre la extrañeza del hecho y del milagro de la vista que así cambiaba a quien subía encima.

Pero la señora, que de la opinión que Nicostrato mostraba haber tenido de ella se mostraba airada, dijo:

—Verdaderamente este peral no hará ninguna más, ni a mí ni a otra mujer, de estas deshonras, si yo puedo; y por ello, Pirro, ve y busca un hacha y en un punto a ti y a mí vénganos cortándolo, aunque mucho mejor estaría darle con ella en la cabeza a Nicostrato, que sin consideración alguna tan pronto se dejó cegar los ojos del intelecto; que, aunque a los que tienes en la cara les pareciese lo que dices, por nada debías haber consentido ni creído con el juicio de tu mente que fuese así.

Pirro, prestísimo, fue por el hacha y cortó el peral, el que como la señora viese caído, dijo a Nicostrato:

—Pues que veo abatido al enemigo de mi honestidad, mi ira se ha terminado.

Y a Nicostrato, que se lo rogaba, benignamente perdonó ordenándole que no le sucediese pensar de aquella que más que a ella le amaba, semejante cosa nunca más.

Así, el mísero marido escarnecido, junto con ella y con su amante se volvieron a su casa, en la cual, luego, muchas veces Pirro de Lidia y ella de él, con más calma disfrutaron

placer y deleite. Dios nos lo dé a nosotros.

Novela décima

Dos sieneses aman a una mujer comadre de uno, muere el compadre y vuelve al compañero según la promesa que le habían hecho, y le cuenta cómo se está en el más allá[273].

QUEDABA solamente al rey tener que novelar; el cual después que vio a las señoras calmadas (que se dolían del peral cortado, que no había tenido culpa), comenzó: Manifestísima cosa es que todo justo rey el primer guardador debe ser de las leyes hechas por él, y si otra cosa hace, siervo digno de castigo y no rey debe juzgarse; en el cual pecado y reprimenda a mí, que vuestro rey soy, como obligado me conviene caer. Es verdad que ayer di yo la ley para nuestros razonamientos de hoy, con intención de no querer este día usar de mi privilegio sino sujetarme con vosotros a ella y razonar de aquello que todos habéis razonado; pero no solamente ha sido contado aquello sobre lo que yo imaginaba que iba a hablar, sino que han sido dichas sobre ello tantas otras

cosas y tanto mejores, que yo, en cuanto a mí, por mucho que en la memoria busque, recordar no puedo ni saber que sobre tal materia algo pueda decir que a las contadas pueda compararse. Y por ello, debiendo contravenir la ley por mí mismo dada, como digno de castigo, desde ahora a toda reparación que me sea ordenada me declaro aparejado, y a mi acostumbrado privilegio volveré; y digo que la historia dicha por Elisa sobre el compadre y la comadre, y también la mentecatez de los sieneses, tienen tanta fuerza, carísimas señoras que, dejando las burlas que a sus maridos necios hacen las mujeres discretas, me llevan a contaros una historieta sobre ellos la cual, aunque en sí tenga mucho de lo que no debe creerse, no menos será en parte placentera de escuchar.

Hubo, pues, en Siena, dos jóvenes pueblerinos de los cuales uno tuvo por nombre Tingoccio Mini y el otro fue llamado Meuccio de Tura[274]; y casi nunca estaban el uno sin el otro, y a lo que parecía se amaban mucho. Y yendo, como los hombres van, a la iglesia y a los sermones, muchas veces oído habían la gloria y la miseria que a las almas de quienes morían era según sus méritos, concedida en el otro mundo; de las cuales cosas deseando saber segura noticia, y no encontrando el

modo, se prometieron el uno al otro que quien primero de ellos muriese, al que quedase vivo volvería si podía y le daría noticia de lo que deseaba; y esto lo confirmaron con juramento. Habiéndose, pues, esta promesa hecho y continuando juntos, como se ha dicho, sucedió que Tingoccio emparentó como compadre con un Ambruoggio Anselmini, que estaba en Camporeggi; el cual, de su mujer llamada doña Mita había tenido un hijo. El cual Tingoccio, junto con Meuccio visitando alguna vez a ésta su comadre, que era una hermosísima y atrayente mujer, no obstante el compadrazgo se enamoró de ella; y Meuccio semejantemente, placiéndole ella mucho y mucho oyéndola alabar a Tingoccio, se enamoró de ella. Y en este amor el uno se ocultaba del otro, pero no por la misma razón: Tingoccio se guardaba de descubrirlo a Meuccio por la maldad que a él mismo le parecía ser amar a su comadre, y se habría avergonzado de que alguien lo hubiera sabido; Meuccio no se guardaba por esto sino porque ya se había apercibido de que le placía a Tingoccio, por lo que decía: «Si yo le descubro esto, tomará celos de mí, y pudiéndole hablar cuanto guste, como compadre, en lo que pueda la hará odiarme, y así nunca nada que me plazca tendré de ella». Ahora, amando estos dos jóvenes como se ha dicho, sucedió que

Tingoccio, a quien era más fácil poder abrir a la mujer todos sus deseos, tanto supo hacer con actos y con palabras que consiguió de ella su gusto; de lo que Meuccio bien se percató, y aunque mucho le desagradase, sin embargo, esperando alguna vez llegar al objeto de su deseo, para que Tingoccio no tuviera materia ni ocasión de estropear o impedir algún asunto suyo, hacía semblante de no enterarse. Amando, así, los dos compañeros, el uno más felizmente que el otro, sucedió que, encontrando Tingoccio en las tierras de la comadre el terreno blando, tanto labró y tanto cavó en él que le vino una enfermedad, la cual después de algunos días se agravó tanto que, no pudiendo soportarla, se fue al otro mundo. Y ya difunto, tres días después, que tal vez primero no había podido, vino, según la promesa hecha, una noche a la alcoba de Meuccio, al cual, que dormía profundamente, llamó. Meuccio, despertándose, dijo: —¿Quién eres tú?

A quien respondió:

—Soy Tingoccio que, según la promesa que te hice, he vuelto a darte noticias del otro mundo.

Algo se espantó Meuccio al verlo, pero tranquilizándose luego dijo: —¡Seas

bienvenido, hermano mío!

Y luego le preguntó si se había perdido; al que Tingoccio repuso: —Perdidas están las cosas que no se encuentran: ¿y cómo iba a estar yo aquí en medio si estuviera perdido?

—¡Ah! —dijo Meuccio—, yo no digo eso: sino que te pregunto si estás entre las almas condenadas en el fuego atormentador del infierno.

A quien Tingoccio repuso:

—Eso no, pero sí estoy, por los pecados cometidos por mí, en penas gravísimas y muy angustiosas.

Preguntó entonces Meuccio particularmente a Tingoccio qué penas se daban allá por cada uno de los pecados que aquí se cometen; y Tingoccio se las dijo todas. Luego le preguntó Meuccio si él podía aquí hacer por él alguna cosa; a quien Tingoccio respondió que sí, y era que hiciera decir por él misas y oraciones y dar limosnas, porque estas cosas mucho ayudaban a los de allá. A quien Meuccio dijo que lo haría de buena gana; y separándose Tingoccio de él, Meuccio se acordó de la comadre, y levantando algo la cabeza, dijo: —Ahora que me acuerdo, oh Tingoccio: ¿por la comadre con la que te

acostabas cuando estabas aquí, qué pena te han dado allá?

A quien Tingoccio repuso.

—Hermano mío, cuando llegué allí, había uno que parecía que todos mis pecados sabía de memoria, el cual me mandó que fuese a aquel lugar (donde lloré con grandísimas penas mis culpas), donde encontré a muchos amigos a la misma pena que yo condenados; y estando yo entre ellos, y acordándome de lo que había hecho con la comadre, y esperando por ello mucha mayor pena que la que me había sido dada, aunque estuviese en un gran fuego y muy ardiente, todo de miedo temblaba. Lo que sintiendo uno que había a mi lado, me dijo: «¿Qué tienes más que los demás que aquí están que tiemblas estando en el fuego?». «¡Oh! —dije yo—, amigo mío, tengo gran miedo del juicio que espero de un gran pecado que he hecho». Aquél me preguntó entonces que qué pecado era aquél; y le dije: «El pecado fue tal, que me acostaba con una comadre mía: y tanto me acosté que me despellejé». Y él entonces, burlándose de aquello, me dijo: «Anda, tonto, no temas, que aquí no se lleva ninguna cuenta de las comadres», lo que oyéndolo yo, todo me tranquilicé.

Y dicho esto, acercándose el día, dijo: —

Meuccio, quédate con Dios, que yo no puedo ya estar contigo —y súbitamente se fue.

Meuccio, habiendo oído que ninguna cuenta se llevaba de las comadres, comenzó a burlarse de su necedad, pues ya había dejado pasar a unas cuantas; por lo que, abandonando su ignorancia, en aquello en adelante fue sabio. Las cuales cosas, si fray Rinaldo las hubiese sabido, no habría tenido necesidad de andar con silogismos cuando persuadió a hacer su gusto a su buena comadre.

Estaba Céfiro siendo levantado por el sol que al poniente se avecinaba cuando el rey, terminada su historia y no quedándole nada por decir, quitándose la corona de la cabeza, sobre la cabeza la puso de Laureta, diciendo: —Señora, con vos misma os corono[275] reina de nuestra compañía; aquello que de ahora en adelante creáis que sea placer y consuelo de todos, como señora mandaréis —y volvió a sentarse.

Laureta, hecha reina, hizo llamar al senescal, a quien ordenó que mandase que en el placentero valle un tanto antes de lo acostumbrado se pusiesen las mesas, para que después con tiempo se pudiera volver a la casa; y luego, lo que tenía que hacer mientras su gobierno durase, le expuso. Luego, vuelta a

la compañía, dijo: —Dioneo quiso ayer que hoy se hablase de las burlas que las mujeres hacen a sus maridos; y si no fuese que yo no quiero mostrar ser de casta de can gruñidor, que incontinenti quiere vengarse, diría yo que mañana se razonase sobre las burlas que los hombres hacen a sus mujeres. Pero dejando esto, digo que cada uno piense en contar burlas de esas que todos los días o la mujer al hombre o el hombre a la mujer, o un hombre a otro hombre hacen; y creo que sobre esto será no menos placentero razonar que ha sido hoy.

Y dicho esto, poniéndose en pie, hasta la hora de la cena licenció a la compañía.

Levantándose, pues, las señoras y los hombres por igual, algunos de ellos, descalzos, comenzaron a andar por el agua clara y otros entre los bellos y derechos árboles sobre el verde prado se andaban entreteniendo. Dioneo y Fiameta un buen rato cantaron juntos sobre Arcita y Palemón[276]; y así, en varios y diversos deleites recreándose, el tiempo hasta la hora de la cena con grandísimo placer pasaron; venida la cual, y a lo largo del pequeño piélago puestas las mesas, allí al canto de mil pájaros, refrescados siempre por un aura suave que de aquellas montañitas de alrededor nacía, sin ninguna mosca, reposadamente y con alegría cenaron. Y levantadas las mesas, luego de que

algún tiempo por el placentero valle hubieron dado vueltas, estando ahora el sol alto a medio crepúsculo, como plugo a su reina, hacia su acostumbrada morada con lento paso volvieron a ponerse en camino, y bromeando y charlando de mil cosas, tanto de las que durante el día se había hablado como de otras, a la hermosa casa, bastante cerca de la noche, llegaron. Donde con fresquísimos vinos y con dulces alejando la fatiga del escaso camino, en torno de la bella fuente ahora rompieron a danzar, unas veces al son de la cornamusa de Tíndaro y otras a otros sones; pero al final la reina ordenó a Filomena que cantase una canción, la cual comenzó así.

¡Ay de mi infeliz vida!

¿Alguna vez podría regresar

al lugar del que fui desposeída?

No estoy segura, y es tan ardoroso el afán de mi pecho

por retornar a do vivir solía,

oh caro bien, oh mi único reposo,

que me tiene maltrecho.

¡Ah, dime tú, que no preguntaría a otro, ni sabría!

Ah, señor mío, házmelo esperar,

que es el consuelo de mi alma afligida.

No sé bien repetir cuál fue el placer que me tiene infamada

sin poder descansar noche ni día,

porque el sentir, el escuchar y el ver, con fuerza desusada,

cada uno en su hoguera me encendía, donde ardo todavía:

y sólo tú me puedes animar

y devolverme la virtud perdida.

¡Ah, dime tú si ocurrirá algún día que te encuentre quizás

donde los ojos que causan mi duelo; dímelo, caro bien, dulce alma mía,

dime cuándo vendrás,

que al decir «Pronto» ya me das consuelo; pase el tiempo en un vuelo

que he de esperarte, y largo sea tu estar, para curarme, que es grande mi herida!

Si sucede que alguna vez te tenga no sé si seré loca

como antes fui y te dejaré partir,

te retendré, y que venga lo que venga, pues de la dulce boca

mi deseo se debe bien nutrir;

no más quiero decir;

así, ven pronto, venme ya a abrazar, que con pensarlo el canto cobra vida.

Juzgar hizo esta canción a toda la compañía que un nuevo y placentero amor a Filomena asediase; y porque por sus palabras parecía que más hubiera probado de él que la

sola vista, teniéndola por muy feliz, envidia le tuvieron algunos de los que allí estaban. Pero luego de que su canción hubo terminado, acordándose la reina de que el día siguiente era viernes, así a todos placenteramente dijo: —Sabéis, nobilísimas señoras, y vosotros jóvenes, que mañana es el día que a la pasión de Nuestro Señor está consagrado, el cual, si bien os acordáis, devotamente celebramos siendo reina Neifile; y las entretenidas narraciones suspendimos; y lo mismo hicimos el sábado subsiguiente. Por lo que, queriendo el buen ejemplo dado por Neifile seguir, estimo que honesta cosa sea que mañana y el día siguiente, como los pasados días hicimos, nos abstengamos de nuestro deleitoso novelar, trayendo a la memoria lo que en semejantes días por la salvación de nuestras almas sucedió.

Plugo a todos el devoto hablar de su reina; por la cual dados licencia, habiendo ya pasado buen pedazo de la noche, todos se fueron a reposar.

TERMINA LA séptima JORNADA

OCTAVA JORNADA

Comienza la octava jornada del Decamerón, en la cual, bajo el gobierno de Laureta, se razona sobre cualquier burla que o la mujer al hombre o el hombre a la mujer o un hombre a otro se hacen con frecuencia.

YA en la cumbre de los más altos montes aparecían, el domingo por la mañana, los rayos de la surgiente luz y, partidas todas las sombras, manifiestamente las cosas se conocían, cuando la reina, levantándose, con su compañía primeramente un tanto sobre las hierbecillas llenas de rocío anduvieron, y luego hacia la mitad de tercia, visitando una iglesia vecina, en ella oyeron el divino oficio; y volviéndose a casa, luego que con alegría y fiesta hubieron comido, cantaron y bailaron un tanto y luego, licenciados por la reina, quien quiso ir a descansar, pudo hacerlo. Pero habiendo el sol pasado ya el círculo meridiano, cuando a la reina plugo, para el acostumbrado novelar sentados todos junto a la bella fuente,

por mandato de la reina así comenzó Neifile:

Novela primera

Gulfardo toma dineros prestados de Guasparruolo, y concertándose con la mujer de éste para acostarse con ella a cambio de ellos, se los da; y luego, en presencia de él, dice que se los dio a ella, y ella dice que es verdad.

SI así ha dispuesto Dios que deba yo dar comienzo a la presente jornada con mi historia, ello me place; y por ello, amorosas señoras, como sea que mucho se ha dicho de las burlas hechas por las mujeres a los hombres, una hecha por un hombre a una mujer me place contar, no ya porque yo entienda con ella censurar lo que el hombre hizo, o de decir que a la mujer no le estuvo bien empleado, sino por alabar al hombre y reprochar a la mujer, y por mostrar que también los hombres saben burlarse de quienes creen en ellos, como son burlados por aquéllas en quienes ellos creen. Aunque, quien quisiese hablar más propiamente, lo que debo contar no llamaría burla sino que llamaría pago, porque como sea

que toda mujer debe ser honestísima y guardar su castidad como su vida, y no dejarse ir a mancharla por razón alguna, y no pudiendo esto, sin embargo, completamente hacerse como se debería por nuestra fragilidad, afirmo que es digna del fuego aquella que a esto por dinero llega; mientras que quien por amor (conociendo sus fuerzas grandísimas) llega a ello, por un juez no demasiado riguroso merece ser perdonada, como, hace pocos días, mostró Filostrato que había sucedido a doña Filipa en Prato.

Había en Milán un tudesco a sueldo cuyo nombre fue Gulfardo, arrogante en su persona y muy leal a aquéllos a cuyo servicio se ponía, lo que raras veces suele suceder a los tudescos; y porque era, en los préstamos de dinero que se le hacían, lealísimo pagador, muchos mercaderes habría encontrado que por pequeño rendimiento cualquier cantidad de dinero le habrían prestado. Puso éste, viviendo en Milán, su amor en una señora muy hermosa llamada doña Ambruogia, mujer de un rico mercader que tenía por nombre Guasparruolo Cagastraccio, el cual era asaz conocido suyo y amigo; y amándola muy discretamente, sin apercibirse el marido ni otros, le pidió un día hablar con ella, rogándole que le pluguiera ser cortés con su amor, y que él estaba por su

parte presto a hacer lo que ella le ordenase.

La señora, luego de muchos discursos, vino a la conclusión de que estaba presta a hacer lo que a Gulfardo pluguiera si de ello se siguiesen dos cosas: una que esto no fuese manifestado por él a nadie; la otra que, como fuese que ella tuviera para alguna hacienda suya necesidad de doscientos florines de oro, quería que él, que era rico, se los diese, y después, siempre estaría a su servicio. Gulfardo, oyendo la codicia de ésta, asqueado por la vileza de quien creía que fuese una mujer valerosa, en odio cambió su ardiente amor; y pensó que tenía que burlarla, y le mandó a decir que de muy buena gana, y que aquello y toda otra cosa que ella quisiese le placería; y por ello que le mandase a decir cuándo quería que fuese a ella, que se los llevaría, y que nunca nadie sabría de esta cosa sino un compañero suyo de quien se fiaba mucho y que siempre andaba en su compañía en lo que hiciese. La señora, como una mala mujer, al oír esto estuvo contenta, y le mandó a decir que Guasparruolo su marido debía, de allí a pocos días, ir por sus negocios hasta Génova, y entonces ella se lo haría saber y le mandaría a buscar. Gulfardo, cuando le pareció oportuno, se fue a Guasparruolo y le dijo así.

—Tengo que hacer un negocio para el que

necesito doscientos florines de oro, los cuales quiero que me prestes con el interés con que sueles prestarme otros.

Guasparruolo dijo que de buena gana, y en el momento le contó los dineros. De allí a pocos días Guasparruolo se fue a Génova, como la señora había dicho; por la cual cosa, la señora mandó a decir a Gulfardo que viniese a ella y le trajese los doscientos florines de oro. Gulfardo, tomando a su compañero, se fue a casa de la señora, y encontrándola que lo esperaba, la primera cosa que hizo fue ponerle en la mano los doscientos florines de oro, estando viéndolo su amigo, y así le dijo:

—Señora, tened estos dineros y se los daréis a vuestro marido cuando vuelva.

La señora los tomó, y no se apercibió de por qué Gulfardo hablaba así, sino que creyó que lo hacía para que su compañero no se percatase de que ella se daba a él por dinero; por lo que dijo:

—Lo haré con gusto, pero quiero ver cuántos son.

Y echándolos sobre una mesa y encontrando que eran doscientos, muy contenta los volvió a guardar; y se volvió a Gulfardo, y llevándolo a su alcoba, no

solamente aquella vez, sino otras muchas, antes de que su marido volviese de Génova, con su persona le satisfizo. Vuelto Guasparruolo de Génova, enseguida Gulfardo habiéndole hecho espiar para asegurarse de que estaba con su mujer, se fue a verlo y, en la presencia de ella, le dijo:

—Guasparruolo, los dineros que el otro día me prestaste, no los necesité, porque no pude hacer el trato para el que los tomé; y por ello se los traje aquí enseguida a tu mujer y se los di, y por ello cancelarás mi cuenta.

Guasparruolo, vuelto a su mujer, le preguntó si los había recibido. Ella, que allí veía al testigo, no lo pudo negar, sino que dijo:

—Cierto que los recibí, y no me había acordado todavía de decírtelo.

Dijo entonces Guasparruolo:

—Gulfardo, estoy contento; idos con Dios, que yo arreglaré bien vuestra cuenta.

Ido Gulfardo, y la mujer quedando burlada, le dio al marido el deshonesto precio de su maldad; y así el sagaz amante gozó sin costo de su avara señora.

Novela segunda

El cura de Varlungo se acuesta con doña Belcolor, le deja en prenda un tabardo, y pidiéndole un mortero, se lo devuelve y le manda a pedir el tabardo dejado en prenda; se lo devuelve la buena mujer con unas palabras de doble sentido.

ALABABAN por igual los hombres y las señoras lo que Gulfardo hecho había a la ansiosa milanesa, cuando la reina, a Pánfilo volviéndose, sonriendo le ordenó que siguiese; por la cual cosa Pánfilo comenzó:

Hermosas señoras, se me ocurre contar una historieta contra aquellos que continuamente nos ofenden sin poder por nosotros ser ofendidos de la misma manera; es decir, contra los curas, los cuales contra nuestras mujeres han predicado una cruzada, y les parece no de otra manera haber ganado la indulgencia plenaria cuando a una pueden humillar bajo ellos que si de Alejandría hubieran traído a Aviñón al sultán maniatado.

Lo que los desdichados seglares no les pueden hacer a ellos, aunque en sus madres, sus hermanas, sus amigas y sus hijas (con no menos ardor que ellos asaltan a sus mujeres) venguen sus iras. Y por ello entiendo contaros un amartelamiento campesino, más propio de risa por la conclusión que largo en palabras, del cual también podréis recoger como fruto que a los curas no hay que creerles siempre en todo.

Digo, pues, que en Varlungo, pueblo asaz cercano de aquí, como todas vosotras o sabe o puede haber oído, hubo un valeroso sacerdote (y gallardo en su persona) al servicio de las damas que, aunque leer no supiese mucho, sin embargo, con mucho bueno y santo palabreo, los domingos al pie del olmo[277] recreaba a sus parroquianos; y mejor visitaba a sus mujeres (cuando ellos se iban a alguna parte) que ningún otro cura que hubiera habido allí, llevándoles cosas de la fiesta y agua bendita y a veces algún cabo de vela a su casa, dándoles su bendición. Ahora sucedió que, entre las demás parroquianas suyas que primero le habían gustado, una sobre todas le gustó que tenía por nombre doña Belcolor[278], mujer de un labrador que se llamaba Bentivegna del Mazzo, la cual en verdad era una agradable y fresca rusticaza, morenota y maciza y más apropiada para poder moler que

ninguna otra; y además de ello era la que mejor sabía tocar el címbalo y cantar El *agua va por el barranco* y conducir el corro y el saltarelo, cuando se terciaba, de todas las vecinas que tuviese, con un bueno y elegante moquero en la mano. Por las cuales cosas, el señor cura se encaprichó por ella tanto que andaba delirante y todo el día andaba correteando para poder verla; y cuando el domingo por la mañana la sentía en la iglesia, decía un *kyrie* y un *Sanctus* esforzándose bien en mostrarse un gran maestro de canto, que parecía un asno que rebuznase mientras que, cuando no la veía allí, salía del lance con bastante facilidad; pero lo sabía hacer tan bien que Bentivegna del Mazzo no se apercibía, ni aún ninguna vecina que ella tuviese. Y para poder gozar más del trato de doña Belcolor, de cuando en cuando le mandaba obsequios, y una vez le mandaba un manojillo de ajos frescos, que tenía los más hermosos del barrio en un huerto suyo que labraba con sus manos, y otra vez una canastilla de habas, y ahora un manojillo de cebollas de mayo o de escalonias; y cuando le parecía oportuno mirándola con rostro adusto, con blandura la reprendía, y ella un tanto salvaje, fingiendo no darse cuenta, se iba a otra parte desdeñosamente; por lo que el señor cura no podía venir al asunto. Ahora, sucedió un día que, andando el cura en pleno mediodía

de un lado a otro por el barrio, sin ir a ningún sitio, se encontró con Bentivegna del Mazzo con un burro muy cargado, y dirigiéndole la palabra, le preguntó dónde iba. A quien Bentivegna repuso:

—A fe mía, sire[279], que en verdad voy hasta la ciudad para un trasunto mío, y le llevo estas cosas a sir Bonacotti de Cinestreto, que mi ayuda para no sé qué me ha mandado a pedir para una comparación del *parentorio*, siendo su *pericolator*[279a] juez del caso.

El cura, contento, dijo:

—Haces bien, hijo; vete con mi bendición y vuelve pronto; y si vieses por casualidad a Lapuccio o Naldino, no se te vaya de la cabeza decirles que me traigan aquellas correas para los mayales.

Bentivegna dijo que lo haría; y viniéndose hacia Florencia, pensó el cura que era el momento de ir a la Belcolor y de probar fortuna; y echándose al camino, no paró hasta que estuvo en su casa, y entrando adentro, dijo:

—Dios os guarde; ¿quién vive?

Belcolor, que había subido al desván, al oírlo dijo:

—Oh, sire, sed bienvenido; ¿qué hacéis por

ahí con este calor?

El cura repuso:

—Así Dios me guarde, que me vengo a estar un rato contigo, porque me he encontrado con tu hombre que se iba a la ciudad.

Belcolor, bajando, se sentó y comenzó a escoger simientes de unas coles que su marido había cogido poco hacía. El cura comenzó a decirle:

—Bien, Belcolor, ¿vas a hacerme siempre morir de esta manera?

Belcolor comenzó a reírse y a decir:

—¿Qué os hago?

Dijo el cura:

—No me haces nada, pero no me dejas hacerte lo que yo querría y Dios mandó.

Dijo Belcolor:

—Ah, vaya, vaya: ¿pues los curas hacen tales cosas?

El cura repuso:

—Mejores las hacemos que los demás hombres, ¿pues por qué no? Y te digo más,

que nosotros hacemos mucho mejor trabajo; ¿y sabes por qué? Porque molemos sólo cuando el caz está colmado. Pero, en verdad, muy para tu provecho, si te estás quieta y me dejas hacer.

Dijo Belcolor:

—¿Y qué provecho iba yo a sacar de ahí, que sois todos más avaros que el demontre[280a]?

Entonces dijo el cura:

—No lo sé; tú pide, ¿quieres un par de escarpines, o quieres una cinta del pelo o quieres un buen cinturón de estambre?, o lo que quieras.

Dijo Belcolor:

—¡Basta, hermano! Esas cosas las tengo; pero si me amáis tanto, ¿por qué no me prestáis un servicio y yo haré lo que queráis?

Entonces dijo el cura:

—Di lo que quieras y lo haré de buena gana.

Belcolor dijo entonces:

—Tengo que ir a Florencia el sábado a entregar una lana que he hilado y a llevar a

arreglar el telar; y si me prestáis cinco liras, que sé que las tenéis, recogeré en el usurero mi saya color púrpura y el cinturón de fiesta que traje de dote, que veis que no puedo ir de romería ni a ningún lugar porque no lo tengo; y luego siempre haré lo que queráis.

Repuso el cura:

—Así Dios me dé salud como que no las llevo encima; pero créeme que, antes que llegue el sábado, haré que las tengas de muy buena gana.

—Sí —dijo Belcolor—, todos prometéis mucho y luego no lo mantenéis: ¿creéis que vais a hacerme como le hicisteis a Biliuzza, que se fue con el *dominus vobiscum*? Por Dios que no lo haréis, que ella es una mujer perdida a cuenta de ello; ¡si no las tenéis, idos a buscarlas!

—¡Ah! —dijo el cura—, no me hagas ahora ir hasta casa, que ves que tengo tan derecha la suerte y hasta que no hay nadie, y tal vez cuando volviese habría aquí alguien que lo impediría; y no sé cuándo va a ponérseme tan bien como ahora.

Y ella dijo:

—Basta: si queréis ir, iros; si no,

aguantaos.

El cura, viendo que no estaba dispuesta a hacer nada que él quisiera sino *salvum me fac* y él lo quería hacer *sine custodia*, dijo:

—Mira, tú no me crees que te las traiga; para que me creas te dejaré en prenda este tabardo mío de paño turqués.

Belcolor levantó la vista y dijo:

—Así este tabardo, ¿y qué vale?

Dijo el cura:

—¿Cómo qué vale? Quiero que sepas que es de *duagio* y hasta de *treagio*, y hay en nuestro pueblo quien lo tiene por de *quattragio*[280b]; y no hace todavía quince días que me costó en Lotto el revendedor mis buenas siete liras, y me ahorré unas cinco liras por lo que me dijo Buglietto del Erta que sabes que es tan entendido en estos paños turqueses.

—¡Ah!, ¿es así? —dijo Belcolor—, así me ayude Dios como que nunca lo hubiese pensado; pero dádmelo como primicias.

El señor cura, que tenía la ballesta cargada, quitándose el tabardo se lo dio; y ella que lo hubo guardado, dijo:

—Sire, idos a aquella cabaña, que allí nunca entra nadie.



Y así hicieron; y allí el cura, dándole los más dulces besazos del mundo y haciéndola pariente de Dios Nuestro Señor, con ella un gran rato se solazó; luego, yéndose en sotana, que parecía que viniese de oficiar en unas bodas, se volvió a sagrado. Allí, pensando que cuantos cabos de vela recogía en todo el año

de oferta no valían la mitad de cinco liras, le pareció haber hecho mal, y se arrepintió de haber dejado el tabardo y comenzó a pensar en qué modo podía recuperarlo sin costos. Y porque era un tanto maliciosillo, pensó muy bien qué debía hacer para recuperarlo, y lo hizo; porque al día siguiente, que era fiesta, mandó a un muchacho de un vecino suyo a casa de esta doña Belcolor y le pidió que le pluguiera prestarle su mortero de piedra, porque almorzaba con él Binguccio del Poggio y Nuto Buglietti, y que quería hacer una salsa. Belcolor se lo mandó; y cuando llegó la hora de almorzar, el cura mandó averiguar cuándo se ponían a la mesa Bentivegna del Mazzo y Belcolor, y llamado su monaguillo, le dijo:

—Coge aquel mortero y devuélvelo a Belcolor, y dile: «Dice el sire que os lo agradece mucho, y que le devolváis el tabardo que el muchachito os dejó en prenda».

El monaguillo fue a casa de Belcolor con el mortero y la encontró con Bentivegna a la mesa almorzando, y dejando allí encima el mortero, dio el recado del cura. Belcolor, al oírse pedir el tabardo quiso contestar; pero Bentivegna, con mal gesto, dijo:

—¿Desde cuándo le tomas nada en prenda al sire? Voto a Cristo que me vienen ganas de

darte un gran pescozón; ve y devuélveselo pronto, mala fiebre te dé, y cuida que de nada que quiera alguna vez, aunque quisiese nuestro burro, no ya otra cosa, le digas que no.

Belcolor se levantó barbotando y, yendo al arcón, sacó de allí el tabardo y se lo dio al monaguillo, y dijo:

—Dirás esto al sire de mi parte: «Belcolor dice que promete a Dios que no machacaréis más salsas en su mortero, que no le habéis hecho ningún honor con esto».

El monaguillo se fue con el tabardo y dio el recado al sire; al que el cura, riendo, dijo:

—Le dirás cuando la veas que, si no me presta el mortero yo no le prestaré el mazo; vaya lo uno por lo otro.

Bentivegna creyó que la mujer había dicho aquellas palabras porque él la había reprendido, y no se preocupó por ello; pero Belcolor, que había quedado burlada, se encolerizó con el cura y le negó la palabra hasta la vendimia; después, habiéndola amenazado el cura con hacerla ir a la boca del mayor de los Luciferes, por puro miedo, con el mosto y con las castañas se reconcilió con él, y muchas veces luego estuvieron juntos de juerga; y a cambio de las cinco liras le hizo el

cura poner un pergamino nuevo al címbalo y le colgó de él un cascabelillo, y ella se contentó.

Novela tercera

Calandrino, Bruno y Buffalmacco van por el Muñone[280] abajo en busca del heliotropo[281], y Calandrino cree haberlo encontrado; se vuelve a casa cargado de piedras, la mujer le regaña y él, airado, la golpea, y a sus compañeros les cuenta lo que ellos saben mejor que él[282].

TERMINADA la historia de Pánfilo, con la que las señoras habían reído tanto que todavía se ríen, la reina a Elisa ordenó que siguiese; la cual, todavía riendo, comenzó:

Yo no sé, amables señoras, si me será dado haceros con una historieta mía no menos verdadera que entretenida reír tanto cuanto os ha hecho Pánfilo con la suya, pero me esforzaré en ello.

En nuestra ciudad, que siempre en maneras varias y en gentes extraordinarias ha sido abundante, hubo, no hace todavía mucho tiempo, un pintor llamado Calandrino[283] hombre simple y de costumbres bizarras, el

cual la mayor parte del tiempo con otros dos pintores trataba, llamados el uno Bruno y el otro Buffalmacco[284] hombres muy bromistas pero por otra parte avisados y sagaces, los cuales trataban con Calandrino porque de sus maneras y de su simpleza con frecuencia gran fiesta hacían. Había también en Florencia entonces un joven de maravillosa gracia y en todas las cosas que hacer quería hábil y afortunado, llamado Maso del Saggio[285], el cual, oyendo algunas cosas sobre la simpleza de Calandrino, se propuso divertirse de sus cosas haciéndole alguna burla o haciéndole creer alguna cosa extraordinaria; y por acaso encontrándolo un día en la iglesia de San Giovanni y viéndole estar atento mirando las pinturas y los bajorrelieves del tabernáculo que está sobre el altar de la iglesia, puesto no hacía mucho tiempo allí, pensó que le había llegado lugar y tiempo para su intención. E informando a un compañero suyo de aquello que entendía hacer, juntos se acercaron a donde Calandrino estaba sentado solo, y haciendo semblante de no verlo, juntos comenzaron a razonar sobre las virtudes de diversas piedras, de las que Maso hablaba tan autorizadamente como si hubiera sido un famoso y gran lapidario[286]; a los cuales razonamientos dando oídos Calandrino y luego de un rato poniéndose en pie, viendo que no era secreto, se unió a ellos,

lo que mucho agradó a Maso. El cual, siguiendo con sus palabras, fue preguntado por Calandrino que dónde estas piedras tan llenas de virtud se encontraban. Maso repuso que las más se encontraban en Berlinzonia[287], tierra de los vascos[288], en una comarca que se llamaba Bengodi en la que las vides se atan con longanizas y se tiene una oca por un dinero[289] y un pato además, y había allí una montaña toda de queso parmesano rallado en lo alto de la que había gentes que nada hacían sino macarrones y raviolis y cocerlos en caldo de capones, y luego los arrojaban desde allí abajo, y quien más cogía más tenía; y allí al lado corría un arroyuelo de vernaza[290] del mejor que puede beberse, sin una gota de agua mezclada.

—¡Oh! —dijo Calandrino—, ése es un buen país; pero dime, ¿qué hacen de los capones que ésos cuecen?

Repuso Maso:

—Todos se los comen los vascos.

Dijo entonces Calandrino:

—¿Has ido allí alguna vez?

A quien Maso respondió:

—¿Dices que si he estado? ¡Sí, así he

estado una vez como mil!

Dijo entonces Calandrino:

—¿Y cuántas millas tiene?

—Tiene más de un millón cantando a pleno pulmón[291]

Dijo Calandrino:

—Pues debe ser más allá de los Abruzzos.

—Ah, sí —dijo Maso—, así de nones[292].

El simple de Calandrino, viendo a Maso decir estas palabras con un rostro serio y sin reírse, les daba la fe que puede darse a la verdad más manifiesta, y por tan ciertas las tenía; y dijo:

—Demasiado lejos está de mis asuntos; pero si más cerca estuviese, sí te digo que iría una vez allí contigo para ver rodar a esos macarrones y darme un hartazgo de ellos. Pero dime, así seas feliz; ¿en estas comarcas no se encuentran ninguna de esas piedras maravillosas?

A quien Maso repuso:

—Si, dos clases de piedras se encuentran de grandísima virtud. La una son los pedruscos de Settignano y de Montisci por virtud de los

cuales, cuando se hacen muelas, se hace la harina, y por ello se dice en los países de allá que de Dios vienen las gracias y de Montisci las piedras de molino; pero hay de estas piedras de amolar tan gran cantidad, que entre nosotros es poco apreciada, como entre ellos las esmeraldas, de las cuales hay allí una montaña mayor que Monte Morello que relucen a la medianoche y vete con Dios; y sabe que quien puliera las muelas de molino y las hiciera engastar en anillos antes de que se las agujerease, y se las llevase al sultán, tendría lo que quisiera. La otra es una piedra que nosotros los lapidarios llamamos heliotropo, piedra de mucha mayor virtud, porque quien la lleve encima, mientras la tenga no es de ninguna otra persona visto donde no está.

Entonces Calandrino dijo:

—Grandes virtudes son éstas; ¿pero esa segunda dónde se encuentra?

A quien Maso repuso que en el Muñone se solía encontrar. Dijo Calandrino:

—¿De qué tamaño es esa piedra y qué color es el suyo?

Repuso Maso:

—Es de varios tamaños, que alguna es

mayor, alguna menor; pero todas son de color casi como negro.

Calandrino, habiendo todas estas cosas advertido para sí, fingiendo tener otra cosa que hacer, se separó de Maso, y se propuso buscar esta piedra; pero deliberó no hacerlo sin que lo supiesen Bruno y Buffalmacco, a quienes especialísimamente amaba. Se dio, pues, a ir en su busca, para que sin dilación y antes de ningún otro fueran a buscarlas, y todo el resto de aquella mañana consumió buscándolos. Por último, siendo ya pasada la hora de nona, acordándose de que trabajaban en el monasterio de las señoras de Faenza[293], aunque el calor fuese grandísimo, dejando toda otra ocupación, casi corriendo se fue donde ellos, y llamándoles les dijo:

—Compañeros, si queréis creerme podemos convertirnos en los hombres más ricos de Florencia, porque le he oído a un hombre digno de fe que en el Muñone hay una piedra que quien la lleva encima no es visto de nadie; por lo que me parece que sin tardanza, antes que otra persona pueda ir, fuésemos a buscarla. Por cierto que la encontraremos, porque la conozco; y cuando la hayamos encontrado, ¿qué tendremos que hacer sino meterla en la escarcela e ir a las mesas de los cambistas, que sabéis que están siempre

cargadas de monedas de plata y de florines, y coger cuantos queramos? Nadie nos verá: y así podremos enriquecernos súbitamente sin tener todo el santo día que embadurnar los muros del modo que lo hace el caracol.

Bruno y Buffalmacco, al oírle, empezaron a reírse por dentro; y mirándose el uno al otro pusieron cara de maravillarse mucho y alabaron la idea de Calandrino; pero preguntó Buffalmacco qué nombre tenía esta piedra. A Calandrino, que era de mollera dura, ya se le había ido el nombre de la cabeza; por lo que respondió:

—¿Qué nos importa el nombre, puesto que sabemos la virtud? Yo diría que fuésemos a buscarla sin más esperar.

—Pero bien —dijo Bruno—, ¿cómo es?

Calandrino dijo:

—Las hay de distintas formas, pero todas son casi negras; por lo que me parece que debemos coger todas aquellas que veamos negras, hasta que lleguemos a ella; así que no perdamos tiempo, vamos.

A quien Bruno dijo:

—Pero espera.

Y vuelto a Buffalmacco dijo:

—A mí me parece que Calandrino dice bien; pero no me parece que sea hora de ello porque el sol está alto y da dentro del Muñone y ha secado todas las piedras; por lo que tales de ellas parecen ahora blancas, algunas que hay allí, que por la mañana, antes de que el sol las haya secado, parecen negras; y además de ello, mucha gente por diversas razones hay hoy, que es día laborable, en el Muñone, que, al vernos, podrían adivinar lo que anduviéramos haciendo y tal vez hacerlo ellos también; y podría venir a sus manos y nosotros habríamos perdido el santo por la limosna. A mí me parece, si os parece a vosotros, que éste es asunto de hacer por la mañana, que se distinguen mejor las negras de las blancas, y en día festivo, que no habrá allí nadie que nos vea.

Buffalmacco alabó la opinión de Bruno, y Calandrino concordó con ellos, y decidieron que el domingo siguiente por la mañana irían los tres juntos a buscar aquella piedra; pero sobre todas las cosas les rogó Calandrino que con nadie en el mundo hablasen de aquello, porque a él se lo habían dicho en secreto. Y hablando esto, les contó lo que había oído de la comarca de Bengodi, con juramentos afirmando que era así. Cuando Calandrino se

separó de ellos, lo que sobre este asunto iban a hacer lo arreglaron entre ellos. Calandrino esperó con ansiedad el domingo por la mañana; venida la cual, se levantó al salir el día y, llamando a sus compañeros, saliendo por la puerta de San Gallo y bajando al Muñone, comenzaron a andar por él abajo, buscando piedras. Calandrino iba, como más afanoso, delante y prestamente saltando ora aquí ora allí, donde alguna piedra negra veía se arrojaba y cogiéndola se la metía en el seno. Sus compañeros andaban detrás, y de vez en cuando una u otra cogían; pero Calandrino no había andado mucho camino cuando tuvo el regazo lleno; por lo que, alzándose las faldas del sayo, que no seguía la moda de Hainaut[294], y haciendo con ellas una amplia halda, habiéndolo sujetado bien con el cinturón por todas partes, no mucho después la llenó y semejantemente, después de algún rato, haciendo halda de la capa, la llenó de piedras. Por lo que, viendo Buffalmacco y Bruno que Calandrino estaba cargado y la hora de comer se avecinaba, según lo establecido entre ellos, dijo Bruno a Buffalmacco:

—¿Dónde está Calandrino?

Buffalmacco, que lo veía allí junto a ellos, volviéndose en torno, y mirando acá y allá, repuso:

—No lo sé, pero hasta hace un momento estaba aquí delante de nosotros.

Dijo Bruno:

—¡Qué hace poco! Me parece estar seguro de que ahora está en casa almorzando y nos ha dejado a nosotros en el frenesí de andar buscando las piedras negras por el Muñone abajo.

—¡Ah!, qué bien ha hecho —dijo entonces Buffalmacco—, burlándose de nosotros y dejándonos aquí, ya que hemos sido tan tontos como para creerle. ¿Crees que habría alguien tan tonto como nosotros que hubiera creído que en el Muñone iba a encontrarse una piedra tan milagrosa?

Calandrino, al oír estas palabras, imaginó que aquella piedra había llegado a sus manos y que, por la virtud de ella misma, aunque estuviese él presente no lo veían. Contento, pues, sobremanera de tal suerte, sin decirles nada, pensó en volver a su casa; y volviendo sobre sus pasos, comenzó a irse. Viendo esto, Buffalmacco dijo a Bruno:

—¿Qué hacemos nosotros? ¿Por qué no nos vamos?

A quien Bruno respondió:

—Vámonos; pero juro a Dios que Calandrino no me hace ni una más; y si estuviese junto a él como lo he estado toda la mañana, le daría tal con este guijarro en el calcañar que se acordaría un mes de esta broma.

Y decir estas palabras y estirar el brazo y darle a Calandrino con el guijarro en el calcañar fue todo uno. Calandrino, sintiendo el dolor, levantó el pie y comenzó a resoplar, pero luego se calló y se fue. Buffalmacco, cogiendo uno de los guijos que recogido había, dijo a Bruno:

—¡Ah, mira el guijo: así le diese ahora mismo en los riñones a Calandrino!

Y, soltándolo, le dio con él un gran golpe en los riñones; y en resumen, de tal guisa, ahora con una palabra y ahora con otra, por el Muñone arriba hasta la puerta de San Gallo lo fueron lapidando. Allí, arrojando al suelo las piedras que habían recogido, un tanto se detuvieron con los guardias aduaneros, los cuales, primero informados por ellos, fingiendo no verlo, dejaron pasar a Calandrino con la mayor risa del mundo. El cual, sin pararse se vino a su casa, la cual estaba junto al Canto della Macina; y tan favorable le fue la fortuna a la burla que mientras Calandrino por el río se venía y luego por la ciudad, nadie le dirigió la

palabra, ya que encontró a pocos porque todos estaban almorzando. Entró, así pues, Calandrino, tan cargado, en su casa. Estaba por acaso su mujer (que tenía por nombre doña Tessa), mujer hermosa y valerosa, arriba de la escalera, y un tanto enojada por su larga demora, y viéndolo venir comenzó a decirle con reproches:

—¡Ya, hermano, te trae el diablo! Todo el mundo ha comido ya cuando tú vienes a comer.

Lo que oyendo Calandrino y viendo que lo veía, lleno de amargura y de dolor comenzó a gritar:

—¡Ay!, mala mujer, pues eres tú, me has arruinado; pero por Dios que me las pagarás.

Y subiendo a una salita y descargadas allí las muchas piedras que había recogido, furibundo corrió hacia su mujer y, cogiéndola por las trenzas, la tiró al suelo, y allí, cuanto pudo mover los brazos y las piernas tantos puñetazos y patadas le dio por todo el cuerpo, sin dejarle en la cabeza cabello o hueso encima que machacado no estuviese, nada valiéndole pedir merced con los brazos en cruz. Buffalmacco y Bruno, luego de que con los guardianes de la puerta se hubieron reído un

poco, con lento paso comenzaron un poco de lejos a seguir a Calandrino; y llegados junto a su puerta, sintieron la feroz paliza que a su mujer le daba, y fingiendo que llegaban entonces, le llamaron. Calandrino, todo sudado, rojo y cansado, se asomó a la ventana y les rogó que subiesen donde estaba él. Ellos, mostrándose un tanto enfadados, subieron arriba y vieron la sala llena de piedras, y en uno de los rincones a la mujer despeinada, toda lívida y golpeada en la cara, llorar dolorosamente; y por otra parte Calandrino, desceñido y jadeante a guisa de hombre cansado, sentado. Y luego de haber mirado un rato dijeron:

—¿Qué es esto, Calandrino? ¿Quieres hacer un muro, que te vemos con tantas piedras?

Y además de esto, añadieron:

—¿Y doña Tessa qué tiene? Parece que le has pegado; ¿qué novedades son éstas?

Calandrino, cansado por el peso de las piedras y por la rabia con que le había pegado a su mujer, y con el dolor de la fortuna que le parecía haber perdido, no podía reunir aliento para pronunciar enteras las palabras de su respuesta; por lo que, dándole tiempo,

Buffalmacco recomenzó:

—Calandrino, si estabas airado por algo, no debías por ello escarnecernos a nosotros; que, luego de que nos indujiste a buscar contigo la piedra preciosa, sin decírselo a Dios ni al diablo nos dejaste como a dos cabrones en el Muñone y te viniste, lo que tenemos por muy gran maldad; pero por cierto que ésta va a ser la postrera que vas a hacernos.

A estas palabras, Calandrino, esforzándose, repuso:

—Compañeros, no os enfurezcáis: las cosas han sido de muy distinto modo del que pensabais. Yo, desventurado, había encontrado aquella piedra; ¿y queréis saber si digo verdad? Cuando primeramente os preguntasteis por mí el uno al otro, yo estaba a menos de diez brazos de vosotros, y viendo que os acercabais y no me veíais, me fui por delante de vosotros, y siguiendo un poco por delante siempre me he venido.

Y empezando por un extremo, hasta el final les contó lo que habían hecho y dicho ellos, y les mostró la espalda y los calcañares cómo los habían aderezado los guijarros, y luego siguió:

—Y os digo que, entrando por la puerta con todas estas piedras en el seno que aquí veis,

nada me dijeron (que sabéis cuán desagradables y molestos suelen ser) los guardianes que quieren mirar todo, y además de esto, he encontrado por la calle a muchos de mis compadres y amigos, los cuales siempre suelen dirigirme algún saludo e invitarme a beber, y no hubo ni uno que me dijese media palabra, como quienes no me veían. Al final, llegando aquí a casa, este diablo de esta maldita mujer se me puso delante y me vio, porque, como sabéis, las mujeres hacen perder la virtud a todas las cosas; de lo que yo, que podía decirme el hombre más venturoso de Florencia, he quedado el más desventurado: y por ello le he pegado tanto cuanto he podido mover las manos y no sé qué, me detiene en cortarle las venas, ¡qué maldita sea la hora en que primero la vi y cuando vino a esta casa!

Y encendiéndose de nuevo en ira, quería levantarse para volver a pegarle de nuevo. Buffalmacco y Bruno, oyendo estas cosas, ponían cara de maravillarse mucho y con frecuencia confirmaban lo que Calandrino decía, y sentían tan grandes ganas de reír que casi estallaban; pero viéndole furioso levantarse para pegar otra vez a su mujer, saliendo a su encuentro lo retuvieron diciéndole que de estas cosas ninguna culpa tenía su mujer, sino él que sabiendo que las mujeres

hacían perder su virtud a las cosas no le había dicho que se guardase de ponérsele delante aquel día; de la cual precaución Dios le había privado o porque la suerte no debía ser suya o porque tenía en el ánimo engañar a sus compañeros, a los cuales, cuando se dio cuenta de haberla encontrado debía descubrirla. Y luego de muchas palabras, no sin gran trabajo reconciliando con él a la doliente mujer, y dejándolo melancólico en la casa llena de piedras, se fueron.

Novela cuarta

El preboste de Fiésole ama a una mujer viuda; no es amado por ella y, creyendo acostarse con ella, se acuesta con una criada suya, y los hermanos de la señora hacen que su obispo lo descubra[295].

HABÍA llegado Elisa al fin de su historia, no sin gran placer de toda la compañía habiéndola contado, cuando la reina, volviéndose a Emilia, le mostró que quería que ella, después de Elisa, la suya contase; la cual, prestamente, comenzó así:

Valerosas señoras, cuán solicitadores de nuestros pensamientos son los curas y los frailes y todo clérigo, en muchas historias de las contadas recuerdo que se ha demostrado; pero porque nunca podría hablarse de ello tanto que no quedase mucho más por decir, yo, además, entiendo contaros una sobre un preboste el cual, a pesar de todo el mundo, quería que una noble señora viuda le amase, quisiera ella o no; la cual, como muy sabia, le

trató tal como se merecía.

Como todas vosotras sabéis, Fiésole, cuya colina podemos desde aquí ver, fue una ciudad antiquísima y grande, aunque hoy esté toda derruida, y no por ello ha dejado de tener obispo propio y todavía lo tiene. Allí, cerca de la iglesia mayor, tenía una noble señora viuda, llamada doña Piccarda, una posesión con una casa no muy grande; y porque no era la mujer más acomodada del mundo, allí vivía la mayor parte del año, y con ella dos hermanos suyos, jóvenes muy de bien y corteses. Ahora, sucedió que frecuentando esta señora la iglesia mayor y siendo todavía asaz joven, y hermosa y agradable, se enamoró de ella tan ardientemente el preboste de la iglesia, que nada más veía aquí ni allí, y luego de algún tiempo fue tan atrevido que él mismo dijo a esta señora su deseo, y le rogó que estuviese contenta de su amor y de amarlo como él la amaba. Era este preboste ya viejo de años pero jovencísimo de juicio, petulante y altanero, y de sí mismo pensaba todo lo mejor, con modos y costumbres llenos de afectación y desagrado, y tan cargante y fastidioso que nadie había que le quisiera bien; y si alguien le quería poco era esta señora misma, que no solamente no le quería nada sino que lo odiaba más que a un dolor de cabeza. Por lo que,

como prudente, le repuso:

—Señor, que vos me améis debe serme muy grato, y yo debo amaros y os amaré de buen grado; pero entre vuestro amor y el mío ninguna cosa deshonesta debe suceder jamás. Sois mi padre espiritual y sois sacerdote, y ya os aproximáis mucho a la vejez, las cuales cosas os deben hacer honesto y casto; y por otra parte yo no soy una niña a quien estos enamoramientos sienten ya bien, y soy viuda, que sabéis cuánta honestidad se espera de las viudas; y por ello, tenedme por excusada, que del modo en que me requerís no os amaré nunca ni así quiero ser amada por vos.

El preboste, no pudiendo aquella vez sacar de ella otra cosa, no se dio por desmayado y vencido al primer golpe, sino que usando de su arrogante osadía la solicitó muchas veces con cartas y con embajadas, y aun por sí mismo cuando a la iglesia la veía venir; por lo que, pareciéndole este tábano demasiado pesado y demasiado enojoso a la señora, pensó en quitárselo de encima del modo que merecía, puesto que de otro no podía; pero no quiso hacer cosa alguna que primero no razonase con sus hermanos. Y habiéndoles dicho lo que el preboste hacía con ella y también lo que ella entendía hacer, y recibiendo de ellos plena autorización, de allí a pocos días volvió a la

iglesia como acostumbraba; y en cuanto la vio el preboste, vino a ella, y como solía hacer, de modo confianzudo entró con ella en conversación. La señora, viéndole venir y mirando hacia él, le puso alegre gesto, y retirándose a un lado, habiéndole el preboste dicho muchas palabras del modo acostumbrado, la señora luego de un gran suspiro dijo:

—Señor, yo he oído muchas veces que no hay ningún castillo tan fuerte que, siendo combatido todos los días, no llegue a ser tomado alguna vez; lo que veo muy bien que me ha sucedido a mí. Tanto unas veces con dulces palabras y otras con bromas y otras con otras cosas me habéis cercado, que me habéis hecho romper mi propósito; y estoy dispuesta, puesto que tanto os agrado, a ser vuestra.



El preboste, todo contento, dijo:

—Señora, mucho os lo agradezco y a decir verdad, me he maravillado mucho de cómo os habéis resistido tanto, pensando que nunca me ha sucedido esto con ninguna; así he dicho yo algunas veces que, si las mujeres fuesen de plata no valdrían ningún dinero porque ninguna resistiría el martillo[296]. Pero dejemos esto: ¿cuándo y dónde podremos estar nosotros juntos?

A lo que la señora repuso:

—Dulce señor mío, cuándo podría ser la hora que más os agradase porque yo no tengo marido a quien tenga que dar cuenta de mis noches; pero dónde no sé pensarlo.

Dijo el cura:

—¿Cómo no? ¿Y vuestra casa?

Repuso la dama:

—Señor, sabéis que tengo dos hermanos jóvenes, los cuales de día y de noche vienen a casa con sus amistades, y mi casa no es muy grande, y por ello no podría ser, salvo que quisieseis estar allí como si fuerais mudo sin decir palabra ni resollar, y en la oscuridad, a modo de ciego; si quisierais hacerlo así se podría, porque ellos no entran en mi alcoba; pero está la suya tan al lado de la mía que no

se puede decir ni una palabrita tan bajo que no se oiga.

Dijo entonces el preboste:

—Señora, que no quede por ello por una noche o dos, en tanto yo piense dónde podemos estar en otra parte con más comodidad.

La señora dijo:

—Señor, esto es cosa vuestra, pero una cosa os ruego, que esto quede tan secreto que no se sepa nunca una palabra.

El preboste dijo entonces:

—Señora, no temáis por ello, y si puede ser, haced que esta noche estemos juntos.

—Me place —y dándole indicaciones de cómo y cuándo venir debía, se fue y se volvió a su casa.

Tenía esta señora una criada, que no era demasiado joven y que tenía el rostro más feo y más contrahecho que nunca se vio; que tenía la nariz muy aplastada y la boca torcida y los labios gruesos y los dientes mal compuestos y grandes, y tiraba a bizca, y nunca estaba sin los ojos malos, y de un color verde y amarillo que parecía que no en Fiésole sino en

Sinagalia[297] había pasado el verano; y además de todo esto, era coja y un tanto manca del lado derecho. Y se llamaba Ciuta, y porque tan lívida cara tenía, por todos era llamada Ciutazza[298]; y aunque fuese contrahecha en la figura, era, sin embargo, bastante maliciosa. A la cual, la señora llamó, y le dijo:

—Ciutazza, si quieres hacerme un servicio esta noche, te daré una buena camisa nueva.

Ciutazza, oyendo mentar la camisa, dijo:

—Señora, si me dais una camisa, me arrojaré al fuego, no ya otra cosa.

—Pues bien ——dijo la señora—, quiero que esta noche te acuestes con un hombre en mi cama y que lo acaricies, y guárdate de decir palabra, que no te sientan mis hermanos, que sabes que duermen al lado; y luego te daré la camisa.

Ciutazza dijo:

—Así dormiría yo con seis, no con uno, si hiciese falta.

Venida pues la noche, el señor preboste vino, como le había sido fijado; y los dos jóvenes, como la señora había combinado, estaban en su alcoba y hacían mucho ruido; por lo que el preboste, silenciosamente y a

oscuras entrando en la alcoba de la señora, se fue a la cama como ella le había dicho, y del otro lado Ciutazza, bien informada por la señora de lo que tenía que hacer. El señor preboste, creyendo tener a su señora al lado, se echó en los brazos de Ciutazza y comenzó a besarla sin decir palabra, y Ciutazza a él; y comenzó el preboste a solazarse con ella, tomando posesión de los bienes largamente deseados. Cuando la señora hubo hecho esto, ordenó a los hermanos que hiciesen el resto de lo que habían planeado; los cuales, calladamente saliendo de su alcoba, se fueron a la plaza, y fue su fortuna para lo que querían hacer más favorable de lo que ellos mismos pedían porque, siendo el calor grande, el obispo había mandado a buscar a los dos jóvenes para ir hasta su casa paseando y beber en su compañía. Pero al verlos venir, diciéndoles su deseo, con ellos se puso en camino; y entrando en un patiecillo fresco que ellos tenían donde había muchas luces encendidas, con gran placer estuvo bebiendo un buen vino de los suyos. Y habiendo bebido dijeron los jóvenes:

—Señor, pues que tanto favor nos habéis hecho, que os habéis dignado visitar esta nuestra pequeña choza a la que veníamos a invitaros, queremos que os plazca ver una

cosita que os querríamos mostrar.

El obispo repuso que de buena gana; por lo que uno de los jóvenes, tomando en la mano una pequeña antorcha encendida y yendo por delante, siguiéndole el obispo y todos los demás, se enderezó hacia la alcoba donde el señor preboste yacía con Ciutazza, el cual para llegar pronto se había apresurado a cabalgar y había, antes de que éstos llegasen allí, cabalgado ya más de tres millas; por lo que cansado y teniendo a Ciutazza en brazos a pesar del calor, dormía. Entrando, pues, con luz en la mano el joven en la alcoba, y el obispo detrás de él y todos los otros, les fue mostrado el preboste con Ciutazza en brazos. En esto, despertándose el señor preboste, y viendo la luz y esta gente a su alrededor, avergonzándose mucho y amedrentado metió la cabeza debajo de las sábanas; al cual el obispo injurió grandemente y le hizo sacar la cabeza y ver con quién estaba acostado. El preboste, al ver el engaño de la señora, tanto por él como por el vituperio que le parecía ser, súbitamente se sintió el más dolorido hombre que jamás había existido: y por mandato del obispo, vistiéndose, a sufrir un gran castigo por el pecado cometido, bien custodiado, tuvo que irse a su casa. Quiso luego saber el obispo cómo había sucedido aquello de que aquél

hubiese ido a acostarse allí con Ciutazza. Los jóvenes le contaron ordenadamente todas las cosas; lo que oyendo el obispo, mucho alabó a la señora, y también a los jóvenes que, sin querer mancharse las manos con la sangre de un sacerdote, le habían tratado como merecía. Este pecado se lo hizo el obispo llorar cuarenta días, pero el amor y la vergüenza le hicieron llorar más de cuarenta y nueve; sin contar con que, por mucho tiempo después no podía andar por la calle sin ser señalado con el dedo por los muchachitos, los cuales decían:

—¡Mira al que se acuesta con Ciutazza!

Lo que le dolía tanto que estuvo a punto de enloquecer; y de tal manera la valerosa señora se quitó de encima el fastidio del importuno preboste y Ciutazza ganó una camisa.

Novela quinta

Tres jóvenes le quitan los calzones a un juez de las Marcas en Florencia, mientras él, estando en el estrado, administraba justicia.

HABÍA dado Emilia fin a su razonar, habiendo sido la viuda alabada por todos, cuando la reina, mirando a Filostrato, dijo:

—A ti te toca ahora narrar.

Por la cual cosa él prestamente repuso que estaba dispuesto, y comenzó:

Deleitosas señoras, el joven a quien Elisa hace poco nombró, es decir, Maso del Saggio, me hará dejar una historia que pensaba contar para contar una sobre él y algunos de sus compañeros, la cual, aunque deshonesta no sea por decirse palabras en ella que vosotras os avergonzáis de decir, no por ello deja de ser tan divertida que a pesar de todo la contaré.

Como todas podéis haber oído, a nuestra ciudad vienen con frecuencia podestás de las

Marcas, los cuales son generalmente hombres de ánimo apocado y de vida tan pobre y miserable que todas sus acciones no son sino cicaterías, y por su innata miseria y avaricia traen consigo a jueces y notarios que parecen hombres más bien arrancados al arado o sacados de las zapaterías que de las escuelas de leyes. Ahora bien, habiendo venido uno como podestá, entre los muchos otros jueces que trajo consigo, trajo a uno que se hacía llamar micer Niccola de San Lepidio, el cual parecía más bien un cerrajero que otra cosa: y fue puesto éste entre los demás jueces a oír las cuestiones criminales[299]. Y como con frecuencia sucede que, aunque los ciudadanos no tengan nada que hacer en palacio a veces van por allí, sucedió que Maso del Saggio una mañana, buscando a un amigo suyo allá se fue; y acaeciéndole mirar a donde micer Niccola estaba sentado, pareciéndole que era un pajarraco raro, todo él lo iba considerando. Y como le viese el armiño todo pringoso en la cabeza, y un tintero colgado del cinto, y más largo el faldellín que la toga y otras muchas cosas todas inusitadas en un hombre ordenado y bien educado, y además de éstas, una más notable que ninguna de las otras, a su parecer, le vio, y fue un par de calzones que, estando él sentado y las ropas, por estrechez, quedándole abiertas por delante, vio que el fondo de ellos le

llegaba hasta media pierna. Por lo cual, sin quedarse mucho mirándole, dejando lo que andaba buscando, comenzó una búsqueda nueva, y encontró a dos de sus compañeros, de los cuales uno tenía por nombre Ribi y el otro Mateuzzo[300], hombres los dos no menos ocurrentes que Maso, y les dijo:

—¡Ah, si me queréis bien, venid conmigo hasta palacio, que quiero mostraros allí el más extraordinario patán que nunca habéis visto!

Y yéndose con ellos a palacio, les mostró aquel juez y sus calzones. Éstos, desde lejos comenzaron a reírse de aquel asunto, y avecinándose a los escaños sobre los que estaba el señor juez, vieron que muy fácilmente podía andarse bajo aquellos escaños; y además de ello vieron rota la tabla sobre la cual el señor juez tenía puestos los pies, tanto que con gran comodidad se podía meter por ella la mano y el brazo. Y entonces dijo Maso a sus compañeros:

—Quiero que le quitemos del todo esos calzones, porque con mucha facilidad se puede.

Habían ya los compañeros visto cómo; por lo que, arreglando entre ellos lo que tenían que hacer y decir, a la mañana siguiente volvieron

allí, y estando el tribunal muy lleno de hombres, Mateuzzo, sin que nadie lo advirtiese, entró debajo del banco y se fue derecho bajo el lugar donde el juez posaba los pies; Maso, por uno de los lados acercándose al señor juez, lo cogió por la orla de la toga, y acercándose Ribi del otro lado y haciendo lo mismo, comenzó Maso a decir:

—Señor, o señores, yo os pido por Dios que antes de que ese ladroncillo que está ahí al lado se vaya a otra parte, que le hagáis devolverme un par de borceguíes míos que me ha birlado y dice que no: y los he visto, no hace todavía un mes, que les hacía echar suelas nuevas.

Ribi, del otro lado, gritaba alto:

—Micer, no le creáis, que es un bribonzuelo, y porque sabe que he venido a querellarme contra él por una valija que me ha robado, ha venido ahora mismo a hablar de los borceguíes que los tengo en casa desde antañazo; y si no me creéis, puedo poneros por testigo a la verdulera de al lado y a la tripera Grassa y a uno que va recogiendo la basura de Santa María de Verzaia, que lo vi cuando volvía del pueblo.

Maso, por el otro lado, no dejaba hablar a

Ribi, gritando también; y Ribi gritaba más. Y mientras el juez estaba de pie y más cerca de ellos para oírles mejor, Mateuzzo, aprovechando la ocasión, metió la mano por el agujero de la tabla y cogió los calzones del juez por abajo, y tiró de ellos fuertemente. Los calzones salieron incontinenti, porque el juez era flaco y escurrido; el cual, sintiendo lo que pasaba y no sabiendo qué fuese, queriendo tirar de las ropas hacia adelante y taparse y sentarse, Maso de un lado y Ribi del otro sin embargo, sujetándole y gritando fuerte:

—Micer, hacéis mal en no hacerme justicia y no querer oírme y querer iros a otra parte; ¡de cosa tan pequeña como ésta es no se levanta acta en esta ciudad! —y tanto con estas palabras le tiraron de las ropas que cuantos en el tribunal estaban se apercibieron de que le habían quitado las calzas. Mateuzzo, luego de que algún tiempo le hubo sujetado, dejándole, se salió fuera y se fue sin que le viesen. Ribi, pareciéndole haber hecho bastante, dijo:

—¡Voto a Dios que me resarciré en la corporación! —y Maso, del otro lado, soltándole la toga, dijo:

—¡No, pues yo volveré tantas veces hasta que os encuentre menos impedido que habéis aparecido esta mañana! —y el uno por aquí, el

otro por allá, lo antes que pudieron se fueron. El señor juez, poniéndose los calzones en presencia de todo el mundo como si se levantase de la cama, y dándose cuenta entonces de lo que había pasado, preguntó dónde habían ido aquellos que de los borceguíes y de la valija se querellaban; pero no encontrándolos, comenzó a jurar por las entrañas de Cristo que tenía que conocer y saber si era costumbre en Florencia quitarle los calzones a los jueces cuando se sentaban en el estrado de justicia. El podestá, por otra parte, habiéndole oído, armó un gran alboroto; después, habiéndole mostrado sus amigos que aquello no se lo habían hecho sino para mostrarle que los florentinos sabían que en lugar de haber llevado jueces había llevado allí zopencos para que le saliese más barato, por las buenas se calló y no fue más adelante la cosa aquella vez.

Novela sexta

Bruno y Buffalmacco le roban un cerdo a Calandrino; le hacen hacer la prueba de buscarlo con pastas de jengibre y vino de garnacha y le dan dos de éstas, una tras de la otra, hechas de boñigas de perro con áloe, y parece que él mismo se ha quedado con él, le hacen, además, obsequiarles si no quiere que a su mujer se lo digan.

NO había la historia de Filostrato dado fin, la cual mucho fue reída, cuando la reina ordenó a Filomena que seguidamente narrase; la cual comenzó:

Graciosas señoras, como Filostrato fue llevado a contar la historia que habéis oído por el nombre de Maso, así ni más ni menos soy llevada yo por el de Calandrino y de sus compañeros a contar otra de ellos, la cual, tal como creo, os gustará.

Quién Calandrino, Bruno y Buffalmacco fueron no necesita seros mostrado por mí, que

asaz lo habéis oído antes; y por ello, pasando más adelante, digo que Calandrino tenía una pequeña tierra no lejos de Florencia, que había recibido como dote de su mujer, de la cual, entre las demás cosas que le daba, sacaba cada año un cerdo; y era su costumbre que siempre en diciembre se iban allí al pueblo su mujer y él, y lo mataban y lo hacían salar allí. Ahora bien, sucedió una vez entre las otras que, no estando la mujer bien de salud, Calandrino se fue solo a hacer la matanza; la cual cosa oyendo Bruno y Buffalmacco, y sabiendo que su mujer no iba, se fueron a ver a un cura vecino de Calandrino y grandísimo amigo suyo, y a estarse con él algunos días. Había Calandrino, la mañana en que éstos llegaron allí, matado el cerdo, y viéndolos con el cura los llamó y les dijo:

—Sed bienvenidos; quiero que veáis qué amo de casa soy.

Y llevándolos a su casa les mostró aquel cerdo. Vieron ellos que el cerdo era hermosísimo, y le oyeron a Calandrino que lo iba a poner en salazón para su familia. Y Bruno le dijo:

—¡Ah, qué bruto eres! Véndelo y disfruta los dineros: y a tu mujer dile que te lo han robado.

Calandrino dijo:

—No, no lo creería, y me echaría de casa; no os empeñéis, que no lo haré nunca.

Las palabras fueron muchas pero de nada sirvieron. Calandrino les invitó a cenar con tal desgana que no quisieron cenar y se separaron de él. Dijo Bruno a Buffalmacco:

—¿Por qué no le robamos el cerdo esta noche?

Dijo Buffalmacco:

—¿Pues cómo podríamos?

Dijo Bruno:

—El cómo bien lo veo si no lo quita del sitio donde lo tenía ahora mismo.

—Pues —dijo Buffalmacco— hagámoslo: ¿por qué no vamos a hacerlo? Y luego lo disfrutaremos aquí junto con el dómine[301a].

El cura dijo que le gustaba mucho la idea. Dijo entonces Bruno:

—Aquí se necesita un poco de arte. Tú sabes, Buffalmacco, qué avaro es Calandrino y con cuánto gusto bebe cuando los demás pagan; vamos y llevémoslo a la taberna; allí, que el cura haga semblante de pagar todo por

invitarnos y no le deje pagar nada a él: se ajumará y luego será muy fácil porque está solo en casa.

Como lo dijo Bruno, así lo hicieron. Calandrino, viendo que el cura no le dejaba pagar, se dio a la bebida, y bien que no lo necesitase mucho, se cargó bien; y siendo ya avanzada la noche cuando se fue de la taberna, sin querer cenar nada se metió en su casa, y creyendo haber cerrado la puerta, la dejó abierta y se fue a la cama. Buffalmacco y Bruno se fueron a cenar con el cura y cuando hubieron cenado, tomando los instrumentos para entrar en casa de Calandrino por donde Bruno había planeado, se fueron allí calladamente; pero encontrando la puerta abierta entraron dentro y cogiendo el cerdo, a casa del cura lo llevaron, y colgándolo, se fueron a dormir. Calandrino, habiéndosele ido el vino del cuerpo, se levantó por la mañana y, al bajar, miró y no vio el cerdo, y vio la puerta abierta; por lo que, preguntando a éste y a aquél si sabían quién le había quitado el cerdo, y no encontrándolo, comenzó a hacer un gran alboroto, ¡ay de él!, ¡desdichado de él!, que le habían robado el cerdo. Bruno y Buffalmacco, levantándose, se fueron hacia Calandrino para oír lo que decía del cerdo; el cual, al verlos, casi llorando llamándolos, dijo:

—¡Ay de mí, compañeros míos, que me han robado el cerdo!

Bruno, acercándose, le dijo en voz baja:

—¡Maravilla que hayas sido listo una vez!

—¡Ay! —dijo Calandrino—, que digo la verdad.

—Dices bien —decía Bruno—, grita fuerte para que parezca que ha sido así.

Calandrino gritaba entonces más fuerte y decía:

—¡Cuerpo de Cristo, que digo verdad al decir que me lo han robado! Y Bruno decía:

—Dices bien, dices bien; y hay que decirlo así, grita fuerte, hazte oír bien para que parezca verdadero.

Dijo Calandrino:

—Me harás dar el alma al enemigo; digo que no me creerás, así no me cuelguen, que me lo han robado.

Dijo entonces Bruno:

—¡Ah!, ¿cómo va a poder ser esto? Yo lo he visto ayer, ¿quieres hacerme creer que te lo han robado?

Dijo Calandrino:

—Es tal como te digo.

—¡Ah! —dijo Bruno—, ¿es posible?

—Ciertamente —dijo Calandrino—, es así; por lo que estoy perdido y no se como voy a volver a casa; la parienta no me creerá, y si me cree, no tendré paz con ella en todo el año.

Dijo entonces Bruno:

—Así me ayude Dios, eso está mal si es verdad; pero sabes, Calandrino, que ayer te enseñé yo a decir eso; no querría que tú en el mismo punto te burlases de tu parienta y de nosotros.

Calandrino comenzó a gritar y a decir:

—¡Ah!, ¿por qué me hacéis desesperar y blasfemar contra Dios y los santos y todo lo que existe? Os digo que esta noche me han robado el cerdo.

Dijo entonces Buffalmacco:

—Si es así, se debe ver el modo, si podemos, de recuperarlo.

—¿Y qué modo —dijo Calandrino— podremos encontrar?

Dijo entonces Buffalmacco:

—Por cierto que no ha venido de la India nadie a quitarte el cerdo; alguno de estos vecinos tuyos debe haber sido, y por ello, si los pudieses reunir, yo sé hacer la prueba del pan y el queso[301], y veremos de un golpe quién lo ha robado.

—¡Sí —dijo Bruno—, mucho vas a hacerle con pan y con queso a ciertos caballerazos que tenemos alrededor!, que estoy seguro de que alguno de ellos lo ha cogido, y se daría cuenta del caso y no querría venir.

—¿Qué vamos a hacer, entonces? —dijo Buffalmacco.

Repuso Bruno:

—Habría que hacerse con buenas pastas de jengibre y con buen vino dulce e invitarlos a beber; no pensarían que era por eso y vendrían; y lo mismo pueden bendecirse las pastas de jengibre que el pan y el queso.

Dijo Buffalmacco:

—Por cierto dices verdad; y tú, Calandrino, ¿qué dices?, ¿lo hacemos?

Dijo Calandrino:

—Os lo ruego por el amor de Dios; que, si yo supiese quién se lo ha llevado me parecería sentirme medio consolado.

—Pues venga —dijo Bruno—, estoy listo para ir hasta Florencia a por esas cosas para ayudarte, si me das los dineros.

Tenía Calandrino unos cuarenta sueldos, que le dio. Bruno, yéndose a Florencia a ver a un amigo suyo boticario, compró una libra de buenas pastas e hizo hacer dos de estiércol de perro que hizo confitar con áloe recién exprimido[302]; después, las hizo rebozar en azúcar como estaban las otras, y para no equivocarlas ni cambiarlas les hizo poner cierta señalecita por la cual muy bien las conocía; y comprando un frasco de buen vino dulce, se volvió al pueblo con Calandrino, y le dijo:

—Hace falta que mañana por la mañana invites a beber contigo a todos aquellos de quienes sospeches: es fiesta y todos vendrán de buen grado, y yo esta noche, junto con Buffalmacco, haré el encantamiento sobre las pastas y te las traeré mañana por la mañana a casa, y por tu amor yo mismo se las daré, y haré y diré lo que haya que decir y que hacer.

Calandrino lo hizo así. Reunida, pues, una buena compañía entre jóvenes florentinos que

estaban en el pueblo y labradores, al venir la mañana, junto a la iglesia y alrededor del olmo, Bruno y Buffalmacco vinieron con una caja de pastas y con el frasco de vino, y haciéndoles poner en corro, dijo Bruno:

—Señores, me es necesario decir la razón por la que estáis aquí para que, si algo sucediese que no os agradase, no tengáis que quejaros de mí. A Calandrino, que aquí está, le quitaron ayer noche su hermoso cerdo y no puede encontrar quién se lo haya cogido; y porque otro distinto de quienes estamos aquí no se lo habrá podido quitar, él, para encontrar quién lo haya cogido os da a tomar estas pastas, una para cada uno, y de beber; y desde ahora sabed que quien haya cogido el cerdo no podrá tragar la pasta sino que le parecerá más amarga que el veneno y la escupirá; y para ello, a fin de que esta vergüenza no le suceda en presencia de tantos, es tal vez mejor que aquel que lo hubiese cogido lo diga al sire en confesión, y yo me abstendré de este asunto.

Todos los que allí había dijeron que querían comer de buen grado; por lo que Bruno, poniéndolos en fila y puesto a Calandrino entre ellos, comenzando en uno de los extremos comenzó a dar a cada uno la suya; y al estar junto a Calandrino, tomando una de las perrunas, se la puso en la mano. Calandrino

prestamente se la echó a la boca y comenzó a masticar, pero tan pronto como la lengua notó el áloe, Calandrino, no pudiendo soportar el amargor, la escupió. Allí todos se miraban la cara el uno al otro, para ver quién escupía la suya; y no habiendo todavía Bruno terminado de darlas no haciendo semblante de enterarse de aquello, oyó decir a sus espaldas.

—Vamos, Calandrino, ¿qué quiere decir esto?

Por lo que, prestamente volviéndose, y viendo que Calandrino había escupido la suya, dijo:

—Espérate, tal vez alguna otra cosa se la hizo escupir: ten otra.

Y tomando la segunda, se la puso en la boca y proveyó a dar las otras que tenía que dar. Calandrino, si la primera le había parecido amarga, ésta le pareció amarguísima; pero, sin embargo, avergonzándose de escupirla, masticándola, un tanto la tuvo en la boca, y teniéndola comenzó a arrojar lágrimas que parecían nueces, tan gruesas eran; y por último, no pudiendo resistir más, la arrojó fuera como lo había hecho con la primera. Buffalmacco servía de beber a la compañía y a Bruno; los cuales, juntos con los demás al ver

esto, todos dijeron que por cierto Calandrino se había quitado el cerdo a él mismo, y hubo muchos de ellos que ásperamente le reprendieron. Pero, luego que se hubieron ido, quedándose Bruno y Buffalmacco con Calandrino, le comenzó a decir Buffalmacco:

—He estado siempre seguro de que tú mismo lo habías robado y que nos querías mostrar que te lo habían robado para no darnos de beber ni una vez con los dineros que habías sacado.

Calandrino, que todavía no había escupido el amargor del áloe, comenzó a jurar que él no lo había robado.

Dijo Buffalmacco:

—¿Pero cuánto sacaste, socio?, dímelo de buena fe, ¿sacaste seis?

Calandrino, al oír esto comenzó a desesperarse; a quien Bruno dijo:

—Oye bien, Calandrino, que en la compañía hubo quien comió y bebió con nosotros y me dijo que tenías no sé dónde una jovencita que tenías a tu disposición, y le dabas lo que podías reunir, y que él estaba seguro de que le habías mandado el tal cerdo, tan buen burlador has aprendido a ser. Tú nos llevaste

una vez por el Muñone abajo recogiendo piedras negras, y cuando nos hubiste embarcado te volviste, luego nos querías hacer creer que lo habías encontrado; y ahora semejantemente te crees que con tus juramentos nos haces creer igual que el cerdo, que has regalado o has vendido, te lo han robado. Ya estamos acostumbrados a tus burlas y las conocemos; no podrías gastarnos más: y por ello, para decir verdad, nos hemos pasado el trabajo de hacer el encantamiento, porque queremos que nos des dos pares de capones y, si no, se lo diremos todo a doña Tessa.

Calandrino, viendo que no era creído, pareciéndole haber tenido ya bastante sufrimiento, no queriendo además el acaloramiento de su mujer, les dio dos pares de capones. Y ellos, habiendo salado el cerdo, se lo llevaron a Florencia, dejando a Calandrino cornudo y apaleado.

Novela séptima

Un escolar ama a una señora viuda, la cual, enamorada de otro, una noche de invierno le hace sentarse sobre la nieve esperándola, a la cual él, después, por consejo suyo, todo un día de mediados de julio hace estar desnuda sobre una torre expuesta a las moscas y a los tábanos y al sol.

MUCHO se habían reído las señoras del desdichado de Calandrino, y más se hubieran reído todavía si no hubiesen sentido enojo de ver que también le quitaban los capones los mismos que le habían quitado el cerdo. Pero luego que llegó el fin, la reina ordenó a Pampínea que contase la suya; y ella prestamente, así comenzó:

Carísimas señoras, muchas veces sucede que las artimañas son con artimañas vengadas, y por ello es de poco juicio el deleitarse en escarnecer a otros. Nosotros nos hemos reído mucho con muchas historietas contadas de las burlas que han sido hechas, de las cuales

ninguna venganza que se haya tomado se ha contado; pero yo entiendo haceros sentir alguna compasión por la justa retribución hecha a una conciudadana nuestra, a la cual su burla, al ser burlada, casi con la muerte le recayó sobre la cabeza; y oírlo no os dejará de ser útil porque así mejor os guardaréis de burlaros de otro y mostraréis buen juicio.

No han pasado todavía muchos años desde que hubo en Florencia una joven hermosa de cuerpo y altanera de ánimo y de linaje muy noble y en los bienes de la fortuna convenientemente abundante, y llamada Elena; la cual, habiendo quedado viuda de su marido nunca más quiso casarse, habiéndose enamorado de ella, a elección suya, un joven apuesto y cortés; y de cualquiera otra preocupación olvidada, con la ayuda de una criada suya de quien se fiaba mucho, muchas veces con él, con maravilloso deleite se daba buena vida. Sucedió en este tiempo que un joven llamado Rinieri, hombre noble de nuestra ciudad, habiendo largamente estudiado en París no para luego vender su ciencia a granel como muchos hacen, sino para saber la razón de las cosas y sus motivos (lo que óptimamente sienta a un noble) volvió de París a Florencia; y allí, muy honrado tanto por su nobleza como por su ciencia, señorilmente

vivía. Pero como sucede muchas veces que quienes más entendimiento de las cosas profundas tienen más fácilmente se dejan uncir por el amor, le sucedió a este Rinieri: al cual, habiendo ido él un día por vía de entretenimiento a una fiesta, delante de los ojos se le puso esta Elena, vestida de negro como van nuestras viudas, llena de tanta hermosura a su juicio, y de tanta amabilidad como ninguna otra le había parecido ver; y estimó para sí que podría llamarse feliz a quien Dios le hiciese la gracia de poder tenerla desnuda en los brazos. Y una vez y otra mirándola cautamente, y conociendo que las cosas grandes y preciosas no se pueden conseguir sin trabajo, decidió poner todo su esfuerzo y toda su solicitud en agradarle, para que agradándole consiguiese su amor, y por ello poder tomar posesión de ella. La joven señora, que no tenía los ojos puestos en el infierno sino que, teniéndose en tanto y más de lo que era, moviéndolos con arte miraba alrededor y prestamente conocía a quien con deleite la miraba, apercibiéndose de Rinieri, riéndose para sí misma, dijo:

—No habré venido hoy aquí en vano que, si no me equivoco, he cogido a un pavo por la nariz.

Y comenzando a mirarle alguna vez con el rabillo del ojo, cuanto podía, se ingeniaba en

demostrarle que se ocupaba de él, o pensando por otra parte que cuanto más atrajese y prendiese con sus encantos, tanto era su hermosura de mayor precio, y máximamente para quien ella junto con su amor la había entregado. El sabio escolar, dejando aparte los pensamientos filosóficos, todo el ánimo volvió a ella; y creyendo que le agradaba, aprendiendo cuál era su casa, comenzó a pasar delante de ella, con varias razones excusando aquellas idas. Al cual, la señora, por la razón ya dicha vanagloriándose de aquello, mostraba verlo de muy buena gana; por la cual cosa el escolar, encontrando la manera, se aproximó a su criada y le descubrió su amor, rogándole que con su señora obrase de tal manera que él pudiese obtener su gracia. La criada prometió mucho y a su señora lo contó, la cual, con la mayor risa del mundo lo escuchó y dijo:

—¿Has visto dónde éste ha venido a perder el seso que ha conseguido en París? Pues vamos, digámosle lo que va buscando. Le dirás, cuando sea que te hable otra vez, que yo le amo mucho más de lo que él me ama; pero que debo guardar mi honra para junto a las otras damas poder llevar la frente alta; por lo que él, si es tan sabio como dice, debe amarme más.

¡Ay desdichada, desdichada! No sabía ella,

señoras mías, lo que es ponerse a provocar a los escolares. La criada al encontrarlo, hizo lo que su señora le había ordenado. El escolar, contento, procedió a ruegos más calurosos y a escribir cartas y a mandar regalos, y todo era aceptado, pero en recompensa no venían respuestas sino vagas; y de esta guisa lo tuvo mucho tiempo dándole largas. Por último, habiendo ella descubierto todo a su amante y habiéndose él enojado con ella alguna vez y sentido algunos celos, para mostrarle que equivocadamente sospechaba de ella, solicitándola mucho el escolar, le envió a su criada, la cual de su parte le dijo que ella no había tenido ocasión nunca de hacer nada que a él le agradase, después de que le había asegurado de su amor, pero que, para la fiesta de Navidad que se acercaba, esperaba poder estar con él; y que por ello la noche siguiente a la fiesta, si él quería, viniese a su patio, donde ella a buscarle, lo antes que pudiera, iría.

El escolar, más contento que ningún otro hombre, a la hora ordenada se fue a casa de la señora, y llevado por la criada a un patio y encerrándole dentro, allí comenzó a esperar a la señora. La señora, habiendo aquella noche hecho venir a su amante y habiendo cenado alegremente con él, lo que entendía hacer aquella noche le contó, añadiendo:

—Y podrás ver cuánto y cuál es el amor que le tengo y he tenido a aquel de quien neciamente has tenido celos.

Estas palabras las escuchó el amante con gran contento de ánimo, deseoso de ver con obras lo que la señora con palabras le daba a entender. Y había por acaso el día anterior a aquél nevado mucho, y todo estaba cubierto de nieve; por la cual cosa, el escolar había poco estado en el patio cuando empezó a sentir más frío del que habría querido; pero esperando calentarse, lo soportaba pacientemente. La señora a su amante dijo después de un rato:

—Vamos a la alcoba y desde una ventanilla miremos lo que hace ese de quien has sentido celos, y lo que le contestará a la criada, que he mandado a hablar con él.

Se fueron, pues, a una ventanilla y viendo sin ser vistos, oyeron a la criada hablar con el escolar y decir:

—Rinieri, mi señora es la mujer más afligida que nunca ha habido, porque esta noche ha venido uno de sus hermanos y ha estado mucho rato halando con ella, y luego quiso cenar con ella y todavía no se ha ido, pero creo que se irá pronto; y por ello no ha podido venir ella todavía, pero ya vendrá pronto; te ruega

que no te enoje el esperar.

El escolar, creyendo que era verdad, repuso:

—Di a mi señora que no se ocupe nada en mí hasta que pueda cuando le sea oportuno venir a por mí, pero que lo haga lo antes que pueda.

La criada, volviéndose dentro, se fue a dormir.

La señora, entonces, dijo a su amante:

—Bien, ¿qué dices?, ¿crees que yo, si le quisiera como tú temes, iba a sufrir que estuviera allí abajo congelándose?

Y esto dicho, con su amante, que ya en parte estaba contento, se fue a la cama, y grandísimo rato estuvieron gozando y disfrutando, riéndose del mísero escolar y burlándose de él. El escolar, dando vueltas por el patio, se movía para calentarse y no tenía dónde sentarse ni en dónde refugiarse del sereno, y maldecía el largo entretenimiento del hermano con la señora, y todo lo que oía creía que sería una puerta que la señora abría, pero en vano esperaba. Ésta, por fin, cerca de la medianoche, solazándose con su amante, le dijo:

—¿Qué piensas, alma mía, de nuestro escolar? ¿Qué te parece mayor, su sabiduría o el amor que yo le tengo?, ¿hará el frío que le estoy haciendo pasar salirle del pecho lo que con mis palabras le entró en él el otro día?

El amante repuso:

—Corazón mío, sí, bien conozco que así como tú eres mi bien y mi reposo y mi deleite y toda mi esperanza, así soy yo los tuyos.

—Pues —decía la señora— bésame mil veces para ver si dices la verdad.

Por la cual cosa el amante, abrazándola apretadamente, no mil sino cien mil veces la besaba; y luego de que en tal razonar estuvieron algún tanto, dijo la señora:

—¡Ah!, levantémonos un poco y vayamos a ver si se ha apagado el fuego en el cual este raro amante mío cada día me escribía que estaba ardiendo.

Y levantándose, a la ventanilla acostumbrada fueron; y mirando al patio vieron al escolar bailando una tarantela al tocar de un castañetear de dientes, que por el demasiado frío era tan salteada y rápida que nunca habían visto cosa igual. Entonces dijo la señora:

—¿Qué dices, mi dulce esperanza?, ¿te

parece que sé hacer bailar a los hombres sin música de trompetas y cornamusas?

A quien el amante respondió:

—Deleite mío, sí.

Dijo la señora:

—Quiero que vayamos abajo hasta la puerta, tú te estarás callado y yo le hablaré y oiremos lo que dice, y puede que no nos divirtamos menos que de verlo.

Y abriendo la alcoba silenciosamente bajaron a la puerta, Y allí, sin abrirla, la señora en voz baja, por un agujerito que allí había le llamó. El escolar, al oírse llamar, alabó a Dios, creyendo demasiado pronto que iba a entrar dentro, y acercándose a la puerta, dijo:

—Aquí estoy, señora; abrid por Dios, que me muero de frío.

La señora dijo:

—¡Ah, sí, que ya sé que eres friolero!, y también que el frío es muy grande porque ha caído un poco de nieve. Bien sé yo que en París las hay mucho mayores. No puedo abrirte todavía porque este maldito hermano mío, que ayer por la noche vino a cenar conmigo, no se va todavía; pero se irá pronto, y vendré

incontinenti a abrirte. Acabo de separarme de él con mucho trabajo para venir a consolarte y que la espera no te enoje.

Dijo el escolar:

—¡Ah, señora!, os ruego, por Dios que me abráis, para que pueda estar ahí adentro al abrigo, porque hace un poco ha empezado a caer la nevada más espesa del mundo, y todavía nieva; y yo os esperaré ahí cuanto queráis.

Dijo la señora:

—¡Ay, dulce bien mío, que no puedo, que esta puerta hace tanto ruido cuando se abre que fácilmente la oiría mi hermano si la abriese!, pero quiero ir a decirle que se vaya para que pueda yo volver a abrirte.

Dijo el escolar:

—Pues andad pronto, y os ruego que hagáis encender un buen fuego para que, en cuanto entre, pueda calentarme, que he cogido tanto frío que apenas me siento.

Dijo la señora:

—No puede ser eso, si es verdad lo que me has escrito muchas veces de que ardes todo por mi amor; pero estoy segura de que te

burlas de mí. Ahora vengo; espérame y ten ánimo.

El amante, que oía todo, se divertía mucho, volviendo a la cama con ella, poco aquella noche durmieron sino que casi toda la consumieron en sus placeres y en burlarse del escolar. El desdichado escolar, convertido en cigüeña por el fuerte castañeteo de dientes que tenía, dándose cuenta que se burlaban de él, muchas veces trató de abrir la puerta y miró a ver si por algún otro sitio podía salir; y no viendo cómo, como un león enjaulado maldecía el mal tiempo, la maldad de la mujer y la duración de la noche junto con su propia simpleza; y muy enfurecido contra ella, el largo y ferviente amor que le tenía súbitamente cambió en crudo y amargo odio, y pensaba muchas y grandes cosas con las que tomar venganza, la cual ahora mucho más deseaba que antes había deseado estar con la mujer. Pero la noche, luego de mucha y larga espera, se aproximó al día y comenzó a aparecer el alba; por la cual cosa la criada, advertida por la señora, bajando, abrió el patio, y mostrando sentir compasión por él le dijo:

—¡Malaventura pueda tener el que vino anoche!, toda la noche te ha tenido en vilo y ha hecho que te congeles: ¿pero sabes?, llévalo con calma, que lo que esta noche no ha podido

ser otra vez será; bien sé que nada podría haber sucedido que tanto hubiese desagradado a mi señora.

El escolar, airado como sabio que conocía que de nada sirven las amenazas sino para armar al amenazado, encerró en su pecho lo que su destemplada ira trataba de echar fuera, y en voz tranquila, sin mostrarse nada enojado, dijo:

—En verdad que he pasado la peor noche que he tenido nunca, pero bien he visto que de ello la señora no tiene ninguna culpa, porque ella misma, compadecida de mí, vino hasta aquí abajo a excusarse y a consolarme; y como dices, lo que esta noche no ha sido otra noche será; encomiéndame a ella y quédate con Dios.

Y casi por completo entumecido, como pudo se volvió a su casa; donde, estando cansado y muerto de sueño, sobre la cama se echó a dormir y se despertó casi por completo impedido de brazos y piernas; por lo que, mandando por un médico y contándole el frío que había pasado, a su salud hizo proveer. Los médicos, con grandísimas y rápidas curas ayudándolo, poco tiempo después pudieron curarle los nervios y hacer de tal manera que se distendiesen; y si no hubiese sido porque era joven y porque llegaba el buen tiempo,

mucho habría tenido que soportar; pero de nuevo sano y fresco, guardando dentro de sí su odio, se mostraba mucho más que nunca enamorado de su viuda. Ahora, sucedió después de cierto tiempo, que la fortuna le proporcionó ocasión de poder satisfacer su deseo al escolar. Porque habiéndose el joven amado por la viuda (sin tener ninguna consideración al amor que ésta le tenía) enamorado de otra mujer, y no queriendo ni poco ni mucho decir ni hacer nada que fuese de su agrado, ella en lágrimas y amargura se consumía; pero su criada, que gran lástima sentía por ella, no encontrando modo de apartar a su señora del dolor sentido por el perdido amante, viendo al escolar que del modo acostumbrado pasaba por el barrio, dio en un necio pensamiento, y fue que se podría obligar al amante de su señora a amarla como antes hacía con alguna operación nigromántica y que en ello el escolar debía ser gran maestro; y se lo dijo a su señora. La señora, poco discreta, sin pensar en que, si el escolar hubiese sabido de nigromancia la habría usado en su propio provecho, dio oídos a las palabras de su criada y prontamente le dijo que le preguntase si quería hacerlo y con seguridad le prometiese que, en recompensa, ella haría todo lo que él quisiera. La criada hizo la embajada bien y diligentemente; y oyéndola el escolar,

todo contento dijo:

—Alabado seas, Dios mío; ha llegado el momento en que con tu ayuda podré castigar a esa malvada mujer por las injurias que me ha hecho en re compensa del gran amor que le tenía.

Y dijo a la criada:

—Dirás a mi señora que no sufra por eso, que si su amante estuviera en la India se lo haría yo venir prestamente a pedirle gracia de lo que contra su gusto hubiera hecho; pero lo que tiene que hacer entiendo decírselo a ella cuándo y dónde más le plazca, y díselo así y confórtala de mi parte.

La criada dio la respuesta y se arregló de manera que se viesen los dos en Santa Lucía del Prado. Viniendo allí la señora y el escolar, y hablando ellos dos solos, no acordándose ella de que casi lo había llevado a él a la muerte, le contó abiertamente todas sus cosas y lo que deseaba, y se lo rogó por su salvación; y el escolar le dijo:

—Señora, es verdad que entre las demás cosas que yo aprendí en París estuvo la nigromancia, de la que por cierto sé bien lo que es; pero porque ofende a Dios muchísimo, había jurado nunca ponerla en obra ni para mí

ni para otros. Pero es verdad que el amor que os tengo es tan fuerte que no sé cómo pueda negarme a nada que queráis que haga; y por ello, aunque por ello deba ir a la casa del diablo, estoy dispuesto a hacerlo puesto que os place. Pero os recuerdo que es cosa más molesta de hacer de lo que por ventura pensáis, y máximamente cuando una mujer quiere recuperar el amor de un hombre o un hombre el de una mujer, porque esto no puede hacerlo sino la misma persona a quien le interesa, y para hacerlo hace falta que quien lo haga sea de ánimo valiente porque hay que hacerlo de noche y en lugares solitarios y sin compañía, las cuales cosas no sé si estáis dispuesta a hacerlas.

A quien la señora, más enamorada que prudente, repuso:

—Amor me espolea de tal manera que no hay ninguna cosa que no hiciese por recuperar a aquel que me ha abandonado sin deberlo; pero, si te place, dime en qué tengo que ser valiente.

El escolar, que con mal pelo tenía la cola marcada, dijo:

—Señora, tendré que hacer yo una imagen de estaño en nombre de aquél a quien deseáis

recuperar, la cual cuando os la haya enviado, vos, cuando esté la luna menguante, debéis bañaros con ella siete veces en un río de aguas corrientes, completamente desnuda y sola a la hora del primer sueño, y después, estando así desnuda, tenéis que subiros a un árbol o en lo alto de alguna casa deshabitada: y mirando hacia el norte con la imagen en la mano, siete veces diréis algunas palabras que os daré escritas, y cuando las hayáis dicho, vendrán hacia vos dos damiselas de las más hermosas que nunca hayáis visto, y os saludarán y placenteramente os preguntarán lo que queréis que hagan. A éstas debéis decirles bien y plenamente vuestros deseos; y guardaos de que digáis una cosa por otra; y cuando lo hayáis dicho, ellas se irán y vos podréis bajar al lugar donde hayáis dejado vuestras ropas y vestiros y volver a casa. Y tened por cierto que no estará mediada la noche siguiente cuando vuestro amante, llorando, vendrá a pediros gracia y perdón; y sabed que desde aquel momento en adelante no os dejará nunca por ninguna otra.

La señora, oyendo estas cosas y prestándoles completa fe, pareciéndole que a su amante tenía ya en los brazos, ya medio contenta, dijo:

—No os preocupéis, que estas cosas muy

bien las haré; y para ello tengo la mayor comodidad del mundo, que tengo una tierra hacia el Valdarno de arriba, que está bastante cerca del río, y ya estamos casi en julio, que será agradable bañarse. Y también me acuerdo que no lejos del río hay una torrecilla deshabitada salvo que, por algunas escalas de palos de castaño que hay allí, suben de vez en cuando los pastores a un terrado que tiene, para ver si descubren desde allí a sus animales extraviados, lugar muy solitario y a trasmano al cual yo subiré, y allí lo mejor del mundo espero hacer lo que mandéis.

El escolar, que muy bien conocía el lugar de la señora y la torrecilla, contento de cerciorarse de su intención, dijo:

—Señora, yo no he estado nunca en esas comarcas, y por ello no conozco la tierra ni la torrecilla; pero si es tal como decís no puede haber nada mejor en el mundo; y por ello, cuando sea oportuno os mandaré la imagen y la oración; pero mucho os ruego que, cuando hayáis satisfecho vuestro deseo y veáis que os he servido bien, que os acordéis de cumplir la promesa que me habéis hecho.



A quien la señora le contestó que lo haría sin falta; y tomando licencia de él se volvió a su casa. El escolar, alegre de que su plan parecía que iba a llevarse a efecto, hizo una imagen con sus caracterísmos[303] y escribió un invento suyo en lugar de una oración; y cuando le pareció oportuno la mandó a la señora, y le mandó a decir que a la noche siguiente sin más dilación debía hacer lo que le había dicho; y luego, secretamente, con un criado suyo se fue a casa de un amigo que muy cerca vivía de la torrecilla, para poder llevar a cabo su proyecto. La señora, por otra parte, con su criada se puso en camino; y al llegar la noche, fingiendo que se iba a la cama, mandó a la criada a dormir, y a la hora del primer sueño, de casa calladamente saliendo, se fue a la torrecilla junto a la ribera del Arno, y mirando mucho a su alrededor, no viendo ni sintiendo a nadie, despojándose de sus ropas y escondiéndolas bajo unas malezas, siete veces se bañó con la imagen y luego, desnuda, con la imagen en la mano hacia la torrecilla se fue. El escolar, que a la caída de la noche, con su criado entre los sauces y los demás árboles cerca de la torrecilla se había escondido y había visto todas aquellas cosas pasándole ella al lado así desnuda, y viéndola con la blancura de su

cuerpo vencer las tinieblas de la noche, y mirándole luego el pecho y las otras partes del cuerpo, y viéndolas hermosas y pensando cómo iban a estar en poco tiempo, sintió alguna lástima de ella; y por otra parte, el aguijón de la carne le asaltó súbitamente e hizo levantarse a quien estaba echado, y lo animaba a salir del escondite e ir a ella y hacer su gusto; y estuvo a punto de ser vencido por la una y el otro. Pero acordándose de quién era él y cuál fuese la ofensa recibida y por qué y de quién y encendiéndose por ello nuevamente en odio, echando de sí la compasión y el carnal apetito, mantuvo firme su propósito y la dejó ir. La señora, subiendo a la torre y vuelta hacia el norte, comenzó a decir las palabras que el escolar le había dado; el cual poco después, entrando en la torrecilla, silenciosamente y poco a poco quitó la escala por la que se subía al terrado donde la señora estaba, y luego esperó a ver qué decía y hacía ella. La señora, siete veces dichas sus oraciones, comenzó a esperar a las dos damiselas y tan larga fue la espera que, sin contar con que sentía mucho más fresco del que habría querido, vio aparecer la aurora; por lo que, triste de que no hubiese sucedido lo que el escolar había dicho, se dijo:

«Temo que éste haya querido darme una noche como la que yo le di a él; pero si por ello

me ha hecho esto mal ha sabido vengarse porque no ha sido ni la tercera parte de larga de lo que fue la suya; sin contar con que el frío fue de otra clase».

Y para que el día no la cogiese allí, fue a bajar de la torre, pero se encontró con que la escala no estaba allí. Entonces, casi como si el mundo bajo los pies le hubiese fallado, le desapareció el valor; y, vencida, cayó sobre la tierra apisonada de la torre. Y luego de que le volvieron las fuerzas, míseramente comenzó a llorar y a quejarse, y demasiado bien conociendo que aquello tenía que ser obra del escolar, comenzó a apesadumbrarse de haber ofendido al prójimo, y luego de haberse fiado demasiado de aquél a quien merecidamente debía tener por enemigo: y en eso pasó larguísimo tiempo. Luego, mirando si había alguna manera de bajar y no viéndola, recomenzó el llanto Y dio en un amargo pensamiento, diciéndose a sí misma:

«Oh, desventurada, ¿qué dirán tus hermanos, tus parientes y vecinos y en general todos los florentinos cuando sepan que has sido encontrada desnuda? Tu honestidad, está contenta, se verá que era falsa; y si a estas cosas quisieras encontrar excusas mentirosas (que las habría), el maldito escolar, que sabe todos tus asuntos, no te dejará mentir. ¡Ay,

mísera de ti, que en una hora habrás perdido al mal amado joven y tu honor!».

Y luego de esto sintió tanto dolor que casi estuvo por arrojarse desde la torre a tierra; pero habiendo ya salido el sol y acercándose ella un poco más a una de las partes del muro, mirando a ver si algún muchacho por allí con sus animales se acercase a quien pudiera ella mandar por su criada, sucedió que el escolar, habiendo dormido un poco junto a unas matas, al despertar la vio, y ella a él; a la cual el escolar dijo:

—Buenos días, señora, ¿han venido ya las damiselas?

La señora, viéndolo y oyéndolo, volvió a llorar fuertemente y le rogó que viniese junto a la torre para que pudiera ella hablarle. El escolar fue en esto muy cortés. La señora, echándose bocabajo sobre el terrado, sólo asomó la cabeza a su repecho, y llorando dijo:

—Rinieri, si yo te di una mala noche, puedes estar seguro de haberte vengado bien, porque aunque estemos en julio, estando desnuda me he creído yo congelar esta noche; sin contar con que he llorado tanto el engaño que te hice y mi necedad en creerte que es maravilla que los ojos no se me hayan caído de

la cara. Y por ello te ruego, no por amor a mí, a quien no debes amar, sino por amor tuyo, que eres noble, que te contente, en venganza de la injuria que yo te hice, lo que hasta este punto me has hecho, y haz que me den mis ropas y que pueda bajar de aquí, y no quieras quitarme lo que después, aunque quisieras, no podrías devolverme, es decir, mi honra; que, si aquella noche te privé de estar conmigo, siempre que te sea grato puedo devolverte ciento por una. Bástete, pues, esto y como hombre valeroso ten por bastante haberte podido vengar y habérmelo hecho conocer; no quieras probar tus fuerzas con las de una mujer: ninguna gloria es para un águila haber vencido a una paloma; así pues, por el amor de Dios y por tu honor, compadécete de mí.

El escolar, con duro ánimo pensando en la injuria recibida y viéndola llorar y rogarle, a la vez sentía placer y desagrado en el ánimo: placer por la venganza que más que ninguna otra cosa deseado había, y desagrado sentía al moverlo su humanidad a compadecer la miseria. Pero no pudiendo su humanidad vencer a la fiereza de su apetito, repuso:

—Doña Elena, si mis ruegos, que en verdad no supe bañar en lágrimas ni hacerlos melosos como tú sabes hacer los tuyos, me hubiesen impetrado, la noche que en tu patio

lleno de nieve me moría de frío, haber sido puesto por ti un poco al abrigo, fácil cosa me sería ahora complacer los tuyos; pero si tanto más que en el pasado te ocupas ahora de tu honor, y te es tan duro el estar así desnuda, eleva estas súplicas a aquél en cuyos brazos no te enojó estar desnuda aquella noche que bien recuerdas, sintiendo cómo yo andaba por tu patio castañeteando los dientes y pataleando la nieve, y hazte ayudar por él, hazte por él traer tus ropas, pídele a él la escala por donde bajes, pon en él el cuidado de tu honor, aquél por quien ahora y otras mil veces no has dudado en ponerlo en peligro. ¿Cómo no lo llamas que venga a ayudarte? ¿Y a quién le corresponde más que a él? Eres suya: ¿y qué cosas guardará o cuidará si no te guarda y te ayuda a ti? Llámalo, estúpida, y prueba si el amor que le tienes y tu sabiduría junto con la suya pueden librarte de mi necedad; la cual, solazándote con él le preguntaste qué le parecía mayor si mi necedad o el amor que le tenías. Y no me hagas ahora cortesía de lo que no deseo ni podrías negármelo si lo desease; guarda para tu amante tus noches, si sucede que salgas de aquí viva; son tuyas y suyas: yo tuve bastante con una y me basta haber sido burlado una vez. Y ahora, usando tu astucia al hablar, te ingenias en alabarme para conquistar mi benevolencia y me llamas noble y valeroso,

y tácitamente te ingenias en que yo, como magnánimo, me abstenga de castigarte de tu maldad; pero tus lisonjas no me oscurecen ahora los ojos del intelecto, como hicieron antes tus desleales promesas; yo me conozco, y sobre mí mismo no aprendí tanto mientras estuve en París cuanto tú me hiciste saber en una noche de las tuyas. Pero presuponiendo que yo fuese magnánimo, no eres tú de aquéllas en quienes la magnanimidad deba mostrar sus efectos: el fin del castigo en las fieras salvajes como eres tú (e igualmente de la venganza) debe ser la muerte, mientras en los hombres debe bastar lo que tú has dicho. Por lo que, aunque yo no sea águila, sabiendo que tú eres no paloma sino venenosa serpiente, como a antiquísimo enemigo, con todo odio y con toda la fuerza entiendo perseguirte; y con todo, esto que te hago no puede muy propiamente llamarse venganza sino mucho mejor castigo, en cuanto la venganza debe sobrepasar a la ofensa y esto ni llegará a igualarla; por lo cual, si yo quisiese vengarme mirando en qué partido pusiste mi vida, no me bastaría quitarte la vida ni otras ciento iguales a la tuya, porque sólo mataría a una vil y abyecta y mala hembra. ¿Y por qué diablo, si quitas tu poquito rostro, al que unos pocos años estropearán llenándolo de arrugas, eres más tú que cualquier triste sierva? ¡Y no quedó por ti

hacer morir a un hombre valeroso, como me has llamado poco antes, cuya vida aún podrá en un día ser más útil al mundo que cien mil iguales a la tuya podrán mientras el mundo dure! Aprenderás ahora con este dolor que sufres qué es escarnecer a los hombres que tienen algún sentimiento, y qué es escarnecer a los escolares, y te dará materia para no caer nunca más en tal locura, si sales de ésta. Pero si tienes tan grande deseo de bajar, ¿por qué no te arrojas de ahí? Y en un punto, con la ayuda de Dios, quebrándote el cuello, saldrás del dolor en el que te parece estar y me darás la mayor alegría del mundo. No voy a decirte más ahora: tanto pude yo que hasta ahí te hice subir; haz tú ahora de manera que bajes, como supiste burlarte de mí.



Mientras el escolar esto decía, la

desdichada mujer lloraba continuamente y el tiempo pasaba, subiendo más alto aún el sol. Pero cuando vio que se callaba, dijo:

—¡Ah!, cruel, si tan dura te fue aquella maldita noche y te parece mi pecado tan grande que no pueden moverte a compasión ni mi joven hermosura ni las amargas lágrimas ni los humildes ruegos, muévate al menos algo (y disminuya tu severa rigidez éste solo acto mío) el haberme recientemente confiado a ti y descubierto todos mis secretos, con los que he dado lugar a tu deseo de poder hacerme conocedora de mi culpa, como sea que si no me hubiese fiado yo de ti ningún camino tenías para poderte vengar, lo que muestras haber deseado con tanto ardor. ¡Ah!, deja tu ira y perdóname ya: estoy dispuesta, si me perdonas y me haces bajar de aquí, a abandonar por completo al desleal joven y tenerte a ti solo por amador y por señor, por mucho que aborrezcas mi belleza, mostrando que es corta y poco valiosa: la cual, tal cual es, como la de las demás, digna es de estima, aunque sólo fuera porque la vanidad y el juego y el placer son propios de la juventud de los hombres, y tú no eres viejo. Y aunque cruelmente me estás tratando, no puedo creer por ello que quisieras verme morir de muerte tan deshonrosa como sería la de arrojarme

desde aquí como una desesperada delante de tus ojos, a los cuales, si no eras entonces ya mentiroso como lo has sido ahora, tanto agradé. ¡Ah! Apiádate de mí, por Dios y por piedad; el sol comienza a calentar demasiado, y como el poco fresco de esta noche me ofendió, así el calor comienza a darme ahora grandísima molestia.

A lo que el escolar, que por divertirse le daba conversación, repuso:

—Señora, tu confianza no se ha puesto ahora en mis manos porque sintieras amor por mí sino por recuperar lo que habías perdido, y por ello nada merece sino un mal mayor; y locamente crees si crees que sólo este camino se me ofrecía para la deseada venganza. Tenía otros mil, y mil trampas con fingir que te amaba te había tendido bajo los pies, y poco tiempo era preciso para que por necesidad (si esto no hubiese sucedido) hubieras caído en una de ellas y en mayor dolor y vergüenza del que ahora sientes; y seguí éste no por concederte ventajas, sino por contentarme más pronto. Y si todas me hubiesen fallado no me fallaba la pluma, con la cual tales y tantas cosas hubiera escrito de ti y de tal manera que, enterándote tú de ellas (que te enterarías), habrías deseado no haber nacido mil veces al día. La fuerza de la pluma es mucho mayor de lo que creen

aquellos que con su conocimiento no la han experimentado. Juro ante Dios (y así él me conceda terminar esta venganza como la he empezado) que habría escrito de ti cosas que no ante las demás personas, sino ante ti misma avergonzándote, te habrías sacado los ojos para no verte más; y por ello, no reproches al mar haber crecido con un pequeño arroyo. En tu amor y en que seas mía no tengo, como ya te he dicho, ningún interés; sé de quién has sido, si puedes, al cual tal como lo he odiado antes lo quiero ahora, pensando en lo que te ha hecho. Vosotras andáis enamorando y deseando el amor de los jóvenes, porque los veis con las carnes un poco más vivas y con las barbas más negras, y muy erguidos ir a danzar y ajustar; las cuales cosas todas las tuvieron los que son de más edad, y además saben ya lo que aquéllos tienen que aprender. Y además de ello, los juzgáis mejores caballeros y que hacen jornadas de más millas que los hombres más maduros. Ciertamente confieso yo que con más fuerza sacuden ellos las pellizas; pero los de más edad, como experimentados saben mejor dónde están las pulgas, y con mucho ha de elegirse antes lo poco y sabroso que lo mucho e insípido; y el trotar mucho rompe y cansa a cualquiera, aunque sea joven, mientras el andar suavemente, aunque un poco más tarde haga

llegar a otros a casa, por lo menos los conduce con descanso. Vosotras no os apercibís, animales sin inteligencia, cuán grande mal bajo aquella poca hermosura está escondido. No se contentan los jóvenes con una sino que a cuantas ven a tantas desean, de tantas les parece ser dignos; por lo que su amor no puede ser estable, y tú ahora como prueba puedes verte de ello veracísimo testigo. Y les parece ser dignos de ser reverenciados y mimados por las mujeres y no tienen por mayor otra gloria que alabarse de las que han gozado, fallo que ya ha conducido a muchas bajo los frailes, que no lo cuentan. Y aunque digas tú que nunca supo nadie tus amores sino tu criada y yo, mal informada estás y mal crees si así lo crees. En su barrio no se habla sino de ello, y en el tuyo; pero la mayoría de las veces es el último a quien tales cosas llegan a los oídos, aquél a quien se refieren. Ellos, además, os roban, mientras los de edad os regalan. Tú, pues, que mal elegiste, sé de aquél a quien te entregaste, y a mí, a quien escarneciste, déjame ser de otra, que he encontrado mujer de mucho mayor bien que lo eres tú, que mejor me ha conocido de lo que tú hiciste. Y para que del deseo de mis ojos puedas llevarte al otro mundo mayor seguridad que la que parece que te dan mis palabras, arrójate de ahí pronto, y tu alma, como espero, recibida en los brazos del

diablo, podrá ver si mis ojos de haberte visto cabeza abajo caer se turban o no. Pero como creo que con tanto no querrás alegrarme, te digo que si el sol comienza a quemarte te acuerdes del frío que me hiciste sufrir, y si lo mezclas con este calor, sin falta sentirás el sol templado.

La desconsolada mujer, viendo que a pesar de todo a un fin cruel iban a parar las palabras del escolar, volvió a llorar de nuevo y dijo:

—Mira, pues que nada de lo mío te mueve a piedad, muévate el amor que tienes a esa mujer más discreta que yo que dices que has encontrado y de quien dices que eres amado, y perdóname por amor suyo y tráeme mis ropas para que pueda cubrirme, y haz que me bajen de aquí.

El escolar entonces se echó a reír, y viendo que ya la hora de tercia había pasado hacía rato, contestó:

—Mira, ahora no sé decir que no, pues por tal mujer me lo has rogado: dime dónde están y yo iré por ellas y te haré bajar de ahí.

La mujer, creyéndole, algo se consoló y le enseñó el lugar donde había puesto sus ropas. El escolar, saliendo de la torre, mandó a su criado que no se fuese de allí, sino que se

quedase cerca y todo lo que pudiera vigilase para que nadie entrara hasta que él no hubiese vuelto; y dicho esto, se fue a casa de su amigo y allí almorzó con gran calma y luego, cuando le pareció oportuno, se fue a dormir. La mujer, sobre la torre quedándose, aunque estuviese algo consolada por una necia esperanza, sobremanera dolorida se enderezó y se sentó apoyándose en la parte del muro donde había un poco de sombra, y se puso a esperar acompañada de amarguísimos pensamientos; y ora pensando ora llorando, y ora desesperando de la vuelta del escolar con las ropas, y saltando de un pensamiento a otro, como quien por el dolor estaba vencida y que nada había dormido la noche anterior, se quedó dormida. El sol, que era ardentísimo, habiendo ya subido al mediodía, hería derecho y a la descubierta el tierno y delicado cuerpo de ella, y también su cabeza, que estaba descubierta, con tanta fuerza que no solamente le quemó todo lo que se veía de las carnes, sino que se las abrió en diminutas llagas; y fue tal la quemadura que aunque dormía profundamente, la hizo despertarse. Y sintiendo que se quemaba, moviéndose un tanto, le pareció que toda la quemada piel se le abría y estallaba, tal como vemos sucederle a un pergamino quemado si alguien tira de él; y además de esto, le dolía tan fuertemente la

cabeza que parecía que se rompiese a pedazos, lo que ninguna maravilla era. Y el terrado de la torre estaba tan hirviente que ni con el pie ni con otra cosa podía en él hallar lugar; por lo cual, sin estarse quieta, de aquí para allá se cambiaba de lugar llorando. Y además de esto, no haciendo nada de viento, había allí moscas y tábanos en cantidad abundante, los cuales, poniéndosele sobre las carnes abiertas, tan fieramente la aguijoneaban que cada una le parecía la punzada de un espetón, por lo que de mover las manos de un lado para otro no descansaban, maldiciéndose a sí misma y a su vida, a su amante y al escolar. Y estando así angustiada y espoleada y atravesada por el incalculable calor, por el sol, por las moscas, por los tábanos y también por el hambre, pero mucho más por la sed, y por la añadidura de mil desagradables pensamientos, poniéndose en pie, comenzó a mirar por si veía cerca de sí u oyese a alguna persona, completamente dispuesta a, sucediese lo que sucediese, llamarla y pedirle ayuda. Pero también esto le había quitado su enemiga fortuna. Los labradores se habían ido del campo por el calor y además aquel día ninguno había ido allí cerca a trabajar porque junto a sus casas estaban trillando la mies; por lo que ninguna otra cosa oía sino cigarras, y veía el Arno, el cual, despertándole deseo de

sus aguas, no disminuía su sed, sino que la acrecentaba. Veía, también, en muchos lugares bosques y sombras y casas, todas las cuales deseándolas por igual, la angustiaban. ¿Qué diremos más de la desventurada viuda? El sol por arriba y el ardor del terrado por abajo, y las heridas de las moscas y los tábanos por los lados, de tal manera la habían puesto que ella, que la noche pasada con su blancura vencía a las tinieblas, entonces, roja como el almagre y toda manchada de sangre, habría parecido a quien la hubiese visto la cosa más fea del mundo. Y estando así, sin nada pensar ni esperar, más esperando la muerte que otra cosa, siendo ya pasada la mitad de nona, el escolar, levantándose de dormir y acordándose de su señora, para ver lo que era de ella se volvió a la torre, y a su criado, que estaba todavía en ayunas, lo mandó a comer; al cual, habiéndolo la mujer sentido, débil y angustiada por el grave dolor, vino sobre el saledizo y, sentándose, comenzó a decir llorando:

—Rinieri, bien y fuera de toda medida te has vengado que, si yo te hice congelarte de noche en mi patio, tú me has hecho asar de día sobre esta torre, y aun quemar, y además de ello, morir de hambre y de sed; por lo que te ruego por el único Dios que subas aquí, y puesto que no me sufre el ánimo darme a mí

misma la muerte, dámela tú, que la deseo más que otra cosa, tanto y tal es el tormento que siento. Y si esta gracia no quieres hacerme, al menos hazme traer un vaso de agua, que pueda mojarme la boca, a la que no bastan mis lágrimas de tanta sequedad y ardor que tengo por dentro.

Bien conoció el escolar en la voz su debilidad, y también vio su cuerpo todo abrasado al sol, por las cuales cosas y por sus humildes ruegos un poco de compasión sintió por ella; pero, sin embargo, respondió:

—Mujer malvada, no morirás tú a mis manos; morirás por las tuyas si ganas te dan; y tanta agua recibirás de mí para aliviar tu calor cuanto fuego yo tuve para mitigar mi frío. Y mucho lamento que la enfermedad que me causó a mí el frío con el calor del hediondo estiércol tuvo que curarse, mientras la de tu calor se curará con el frescor de la olorosa agua de rosas; y mientras yo estuve a punto de perder los nervios y la vida, tú, despellejada con este calor, no de otro modo quedarás hermosa que como hace la serpiente al dejar la vieja piel.

—¡Oh mísera de mí! —dijo la mujer—, esta hermosura conseguida de tal manera otorgue Dios a las personas que mal me quieren; pero

tú, más cruel que fiera alguna, ¿cómo has podido sufrir desgarrarme de esta manera? ¿Qué debía esperar yo de ti ni de ningún otro si bajo crueles tormentos hubiese matado a todos tus parientes? Ciertamente no sé qué crueldad mayor podría haberse usado con un traidor que toda una ciudad hubiese pasado a cuchillo, que la que tú has tenido conmigo al hacerme asar al sol y ser comida por las moscas; y además de esto, no querer darme un vaso de agua, pues a los homicidas condenados por los tribunales cuando van a su muerte se les da a beber vino muchas veces si ellos lo piden. Ahora bien, puesto que te veo firme en tu acerba crueldad y que mi sufrimiento no te conmueve, con paciencia me dispondré a recibir la muerte para que Dios tenga misericordia de mi alma, al cual ruego que con justicieros ojos esta tu acción contemple.

Y dichas estas palabras, se arrastró con dura pena hasta el centro del terrado, desesperando de poder escapar a tan ardiente calor; y no una vez sino mil, además de sus otros dolores, creyó morir de sed, llorando siempre fuerte y de su desgracia doliéndose. Pero llegado ya el crepúsculo y pareciéndole al escolar haber hecho bastante, haciendo recoger las ropas de ella y envolviéndolas en la capa del criado, se fue a la casa de la mísera

mujer y allí, desconsolada y triste y sin saber qué hacer encontró a su criada sentada a la puerta; a la cual dijo:

—Buena mujer, ¿qué es de tu señora?

A quien la criada respondió:

—Señor, no lo sé; esta mañana creí que la encontraría en la cama adonde ayer por la noche me había parecido verla irse, pero no la he encontrado ni allí ni en ningún otro lugar y no sé qué le habrá sucedido, por lo que vivo con grandísimo dolor; pero vos, señor, ¿sabríais decirme algo de ella?

A lo que el escolar repuso:

—¡Así te hubiese tenido a ti junto con ella dónde la he tenido, para haberte castigado de tu culpa como la he castigado a ella de la suya! Pero seguramente no te me escaparás sin que te pague tan bien por tus obras que nunca te burles de ningún hombre bueno sin acordarte de mí.

Y dicho esto, dijo a su criado:

—Dale esas ropas y dile que vaya a buscarla si quiere.

El criado hizo lo que le mandaba; por lo que la mujer, cogiéndolas y reconociéndolas,

oyendo lo que le habían dicho, mucho temió que la hubiese matado, y a duras penas se contuvo de gritar; y echándose a llorar, habiéndose ya ido el escolar, con ellas se fue corriendo hacia la torre. Había, por desventura, aquel día, un labrador de esta señora extraviado dos cerdos, y andando en su busca, poco después de la partida del escolar llegó a aquella torrecilla, y mirando por todas partes a ver si veía sus cerdos, sintió el miserable llanto de la desventurada mujer; por lo que, subiendo allí cuanto pudo, gritó:

—¿Quién está llorando ahí?

La señora conoció la voz de su labrador, y llamándolo por el nombre, dijo:

—¡Ah, vete a por mi criada y haz de manera que ella pueda venir aquí arriba a buscarme!

El labrador, conociéndola, dijo:

—¡Ay, señora!, ¿y quién os subió ahí? Vuestra criada está todo el día buscándoos; ¿pero quién hubiera pensado que estuvieseis ahí?

Y cogiendo los largueros de la escala, comenzó a ponerla en donde estar solía y a atarlos con vilortas y palos de un lado a otro; y

en éstas, la criada apareció y, entrando en la torre, no pudiendo ya contener la voz, dándose golpes con las palmas de las manos, comenzó a gritar:

—¡Ay, dulce señora mía!, ¿dónde estáis?

La señora, oyéndola, lo más fuerte que pudo, dijo:

—¡Oh, hermana mía, estoy aquí arriba! No llores sino que tráeme pronto mis ropas.

Cuando la criada la oyó hablar, casi por completo consolada, subió por la escala ya casi completamente arreglada por el labrador, y ayudada por él, llegó al terrado; y viendo a su señora que no parecía tener cuerpo humano sino ser el tronco de una vid achicharrado por el fuego, toda vencida, toda inerte, yaciendo desnuda en tierra, arañándose el rostro comenzó a llorar sobre ella no de otra manera que si estuviese muerta. Pero la señora le rogó por Dios que se callara y le ayudase a vestirse; y habiendo sabido por ella que nadie sabía dónde había estado sino los que le habían llevado las ropas y el labrador que al presente estaba allí, un tanto consolada por ello, les rogó por Dios que nunca a nadie dijesen nada de aquello. El labrador, luego de mucha charla, llevando a la señora en brazos, porque no

podía andar, seguramente la sacó de la torre. La desdichada criada, que detrás se había quedado, bajando menos cuidadosamente, se torció un pie y cayó de la escala al suelo rompiéndose una cadera, y con el dolor que sentía comenzó a bramar que parecía un león. El labrador, dejando a la señora en un prado, fue a ver qué tenía la criada, y hallándola con la cadera rota, igualmente la llevó al prado y la dejó junto a su señora; la cual, viendo esto añadirse a sus males, y haberse roto la cadera aquélla por quien esperaba ser ayudada más que por nadie, triste sin medida comenzó de nuevo su llanto tan miserablemente que no sólo el labrador no pudo consolarla sino que también él comenzó a llorar. Pero estando ya bajo el sol, para que aquí no les cogiese la noche, tal como plugo a la desconsolada señora, fue a su casa y llamando a dos de sus hermanos y a la mujer, y volviendo allí con una tabla, sobre ella colocaron a criada y señora y a casa las llevaron; y reconfortada la señora con un poco de agua fresca y con buenas palabras, cogiéndola el labrador en brazos, la llevó a su alcoba. La mujer del labrador, habiéndole dado de comer pan ensopado y desnudándola luego, la metió en la cama, y organizaron las cosas de manera que ella y su criada fuesen de noche llevadas a Florencia; y así se hizo. Allí, la señora, que gran acopio de embustes tenía,

inventando una fábula muy diferente de las cosas sucedidas, tanto de ella como de su criada hizo creer a sus hermanos, y a sus cuñadas y a todas las demás personas, que por arte de los demonios esto les había sucedido. Los médicos fueron prestamente y no sin grandísimo dolor y sufrimiento de la señora, que toda la piel dejó muchas veces pegada a las sábanas, de una grave fiebre y de otros accidentes la curaron, y semejantemente a la criada de la cadera; por la cual cosa la señora, olvidado su amante, de entonces en adelante de hacer burlas y de amar se guardó prudentemente; y el escolar, oyendo que a la criada se le había roto la pierna y pareciéndole haber logrado completa venganza, contento, dejó las cosas así. Así pues, esto fue lo que sucedió a la necia joven por sus burlas, por creer que podía divertirse con un escolar como habría podido con otros, no sabiendo que éstos (no digo todos pero sí la mayor parte) saben dónde tiene la cola el diablo. Y, por ello, señoras, guardaos de las burlas, y especialmente a los escolares.

Novela octava

De dos amigos que siempre están juntos uno se acuesta con la mujer del otro, este otro, apercibiéndose, de acuerdo con su mujer lo encierra en un arcón sobre el cual, estando aquél dentro, con la mujer de él se acuesta.

GRAVES y dolorosos habían sido los casos de Elena a los oídos de las señoras, pero porque en parte estimaban que le habían ocurrido justamente, con más moderada compasión los habían sobrellevado, aunque inflexible y fieramente constante, así como cruel, reputasen al escolar. Pero habiendo Pampínea llegado al fin, la reina ordenó a Fiameta que continuase; la cual, deseosa de obedecer, dijo:

Amables señoras, como me parece que os ha causado alguna amargura la severidad del ofendido escolar, estimo que sea conveniente ablandar con alguna cosa más deleitable los exasperados espíritus; y por ello entiendo contaros una historieta sobre un joven que con

ánimo más manso recibió una injuria, y la vengó con una acción más moderada; por la cual podréis comprender que cada uno debe contentarse, como el asno, con recibir cuanto ha dado contra la pared, sin desear (sobrepasando las conveniencias de la venganza) injuriar cuando lo que pretende es vengar la recibida injuria.

Debéis, pues, saber, que en Siena, como he oído decir, hubo dos jóvenes asaz acomodados y de buenas familias plebeyas, de los cuales uno se llamaba Spinelloccio de Távena y el otro Zeppa de Mino, y los dos eran vecinos en Cainollia[304]. Estos dos jóvenes siempre estaban juntos y, a lo que parecía se amaban como si fuesen hermanos o más; y cada uno tenía por mujer a una muy hermosa. Ahora bien, sucedió que yendo Spinelloccio muy frecuentemente a casa de Zeppa, estando allí Zeppa o sin estar, de tal manera intimó con la mujer de Zeppa que comenzó a acostarse con ella; y así continuaron durante bastante tiempo sin que nadie se apercibiese. Pero al cabo, estando un día Zeppa en casa y no sabiéndolo su mujer, Spinelloccio vino a buscarlo. La mujer dijo que no estaba en casa; con lo que Spinelloccio, subiendo prestamente y encontrando a la mujer en la sala, y viendo que nadie más había, abrazándola, comenzó a

besarla, y ella a él. Zeppa, que esto vio, no dijo palabra sino que se quedó escondido para ver a dónde llegaba aquel juego; y en breve vio a su mujer y a Spinelloccio irse así abrazados a la alcoba y encerrarse en ella; de lo que mucho se enfureció. Pero sabiendo que ni por hacer un alboroto ni por otra cosa se aminoraría su ofensa, sino que crecería el deshonor, se puso a pensar qué venganza podría tomar que, sin divulgarse, tranquilizase a su ánimo. Y después de mucho pensar, pareciéndole haber encontrado el modo, estuvo tanto tiempo escondido cuanto Spinelloccio estuvo con su mujer; y en cuanto se hubo ido entró él en su alcoba, donde encontró a su mujer que todavía no había terminado de colocarse en la cabeza la toca, que jugueteando Spinelloccio le había desordenado; y dijo:

—Mujer, ¿qué haces?

A lo que la mujer respondió:

—¿No lo ves?

Dijo Zeppa:

—Bien lo veo, ¡y también he visto otra cosa que no querría!

Y con ella empezó a hablar de las cosas ocurridas; y ella, con grandísimo temor,

después de mucho darle vueltas, habiéndole confesado lo que claramente negar no podía de su intimidad con Spinelloccio, llorando comenzó a pedirle perdón. A quien Zeppa dijo:

—Mira, mujer, has hecho mal; y si quieres que te lo perdone piensa en hacer obedientemente lo que voy a ordenarte, que es esto: quiero que digas a Spinelloccio que mañana por la mañana hacia la hora de tercia encuentre alguna razón para separarse de mí y venir contigo; y cuando esté aquí, yo volveré, y al oírme, hazlo meterse en este arcón y enciérralo dentro; luego, cuando hayas hecho esto, te diré lo demás que tienes que hacer; y en hacer esto no tengas ningún temor porque te prometo que no le haré ningún mal.

La mujer, por satisfacerle, dijo que lo haría; y así lo hizo. Llegado el día siguiente, estando Zeppa y Spinelloccio juntos, hacia la hora de tercia, Spinelloccio, que había prometido a la mujer ir a verla a aquella hora, dijo a Zeppa:

—Esta mañana tengo que ir a almorzar con un amigo a quien no quiero hacer esperar, así que quédate con Dios.

Dijo Zeppa:

—Todavía no es hora de almorzar hasta dentro de un rato.

Spinelloccio dijo:

—No importa; tengo también que hablar con él de un asunto mío; de manera que me conviene estar temprano.

Separándose, pues, Spinelloccio de Zeppa, dando una vuelta, se fue a su casa con su mujer; y había acabado de entrar en la alcoba cuando Zeppa volvió; el cual, al sentirlo la mujer, mostrándose muy miedosa, le hizo meterse en el arcón que su marido le había dicho, y lo encerró dentro y salió de la alcoba. Zeppa, llegando arriba, dijo:

—Mujer, ¿es hora de almorzar?

La mujer respondió:

—Si, ya es.

Dijo entonces Zeppa:

—Spinelloccio ha ido a almorzar con un amigo suyo y ha dejado sola a su mujer; asómate a la ventana y llámala, y dile que venga a almorzar con nosotros.

La mujer, temiendo por ella misma, y por eso muy obediente, hizo lo que el marido le ordenaba. La mujer de Spinelloccio, rogándoselo mucho la mujer de Zeppa, vino allí al oír que su marido no venía a almorzar; y

cuando ella hubo llegado, Zeppa, haciéndole grandes halagos y cogiéndola familiarmente por la mano, mandó en voz baja a su mujer que se fuese a la cocina, y a ella se la llevó a la alcoba; y cuando estuvo allí quedándose atrás, cerró la alcoba por dentro. Cuando la mujer le vio cerrar la alcoba por dentro, dijo:

—¡Ay, Zeppa!, ¿qué quiere decir esto? ¿Éste es el amor que tenéis a Spinelloccio y la leal compañía que me hacéis?

A quien Zeppa, acercándose al arcón donde estaba encerrado su marido y agarrándola bien, dijo:

—Señora, antes de quejarte, escucha lo que voy a decirte: yo he amado y amo a Spinelloccio como a un hermano; y ayer, sin saberlo él, me encontré con que la confianza que yo tenía en él había llegado a que él con mi mujer se acuesta como lo hace contigo; ahora bien, como le amo, no entiendo tomar otra venganza contra él sino la que iguale a la ofensa: él ha tenido a mi mujer y yo entiendo tenerte a ti. Si tú no quieres, tendré que cogerlo en ello y como no pienso dejar esta ofensa sin castigo, le daré uno con el que ni tú ni él estaréis nunca contentos.

La mujer, al oír esto, y luego de muchas

confirmaciones que le dio Zeppa, creyéndole, dijo:

—Zeppa mío, puesto que esta venganza debe caerme encima, estoy contenta de ello, siempre que hagas que esto que debemos hacer no me enemiste con tu mujer tal como yo espero seguir en paz con ella a pesar de lo que me ha hecho.

A quien Zeppa contestó:

—Con seguridad eso haré; y además de ello te daré una joya tan hermosa y preciada como ninguna otra tienes.

Y dicho esto, abrazándola y comenzando a besarla, la echó sobre el arcón donde estaba encerrado su marido, y allí encima, cuanto le plugo se solazó con ella y ella con él. Spinelloccio, que en el arcón estaba y había oído todas las palabras dichas por Zeppa y la respuesta de su mujer, y luego había sentido la danza trevisana[305] que le bailaban sobre la cabeza, durante un rato grandísimo sintió tal dolor que le parecía morir; y si no fuese porque temía a Zeppa, le habría gritado a su mujer un gran insulto, así encerrado como estaba. Luego, pensando mejor que la injuria la había empezado él y que Zeppa tenía razón en hacerle lo que le hacía y que hacia él se había

comportado humanamente y como amigo, se dijo a sí mismo que debía ser más amigo que nunca de Zeppa, si éste quería. Zeppa, después de estar con la mujer cuanto quiso, bajó del arcón, y pidiéndole la mujer la joya prometida abriendo la alcoba, hizo venir a su mujer, la cual no dijo otra cosa sino:

—Señora me habéis dado un pan por unas tortas —y lo dijo riéndose.

A quien Zeppa dijo:

—Abre ese arcón —y ella lo hizo; dentro del cual enseñó a la señora a su Spinelloccio. Y largo sería de decir cuál de los dos se avergonzó más, si Spinelloccio viendo a Zeppa y sabiendo que sabía lo que él había hecho, o la mujer viendo a su marido y conociendo que él había oído y sentido lo que le había hecho sobre la cabeza.

A la cual dijo Zeppa:

—Aquí está la joya que te doy.

Spinelloccio, saliendo del arcón, sin gastar muchas palabras, dijo:

—Zeppa, estamos igualados, y por ello está bien, como le decías antes a mi mujer, que sigamos siendo amigos como solíamos: y no teniendo entre nosotros nada que no sea

común sino las mujeres, que también las mujeres compartamos.

Zeppa estuvo contento, y en la mayor paz del mundo almorzaron los cuatro juntos; y de entonces en adelante cada una de aquellas mujeres tuvo dos maridos y cada uno de ellos tuvo dos mujeres sin que tuvieran nunca ninguna discusión ni enfado por aquello.

Novela novena

El maestro Simón, médico, habiendo sido hecho ir por Bruno y Buffalmacco (para entrar en una compañía que van de corsarios) de noche a cierto lugar, es arrojado por Buffalmacco en una fosa de inmundicias y abandonado allí.

LUEGO de que las señoras un rato hubieron hablado de la comunidad de mujeres establecida por los dos sieneses, la reina, a quien sólo quedaba el novelar (si no quería hacerse injuria a Dioneo), comenzó:

Muy merecidamente, amorosas señoras, ganó Spinelloccio la burla que le fue hecha por Zeppa; por la cual cosa no me parece que agriamente deba ser reprendido, como Pampínea quiso hace poco demostrar, quien burla a quien lo va buscando o que se lo mereció. Spinelloccio se lo mereció, y yo entiendo hablar de uno que lo fue buscando, estimando que quienes se la gastaron no fueron dignos de reproche sino de alabanzas. Y

aquél a quien se la gastaron fue un médico que de Bolonia volvió a Florencia todo cubierto de pieles de armiño.

Tal como todos los días vemos, nuestros conciudadanos vuelven aquí de Bolonia cuál juez, cuál médico, cuál notario, con las ropas largas y anchas y con las escarlatas y con los armiños[306] y con otras muchas apariencias de grandeza, a las cuales cómo siguen los hechos también lo vemos todos los días. Entre los cuales, un maestro Simón de la Villa, más rico en bienes paternos que en ciencia, no hace mucho tiempo, vestido de escarlata y con una gran beca, doctor en medicina como él mismo se decía, aquí volvió, y se aposentó en la calle que nosotros llamamos hoy Vía del Cocomero[307]. Este maestro Simón, recientemente llegado, como se ha dicho, entre sus otras costumbres notables tenía la costumbre de preguntar a quien con él estuviese quién era cualquier hombre que hubiese visto pasar por la calle; y como si de los actos de los hombres debiese componer la medicina que tenía que dar a sus enfermos, en todos se fijaba y lo recordaba todo. Y entre los demás en quienes con más interés puso los ojos, hubo dos pintores sobre los que aquí se ha hablado hoy dos veces, Bruno y Buffalmacco, que siempre estaban juntos y

eran sus vecinos. Y pareciéndole que estos dos menos preocupaciones que nadie en el mundo tenían y vivían muy alegremente, cómo vivían y cuál era su condición preguntó a muchas personas; y oyéndoles a todos que aquéllos eran hombres pobres y pintores, se le metió en la cabeza que no debía poder ser que tan alegremente viviesen en su pobreza sino que pensó (porque había oído que eran hombres astutos) que de algún otro lugar no sabido por los hombres lograban grandísimos beneficios, y por ello dio en el deseo de querer, si podía, con los dos o por lo menos con uno tener amistad, y le ocurrió hacer amistad con Bruno. Y Bruno, conociendo en las pocas veces que con él había estado que este médico era un animal, comenzó a divertirse con él cuanto podía con sus historias; y semejantemente el médico comenzó a tomar de él maravilloso placer. Y habiéndolo una vez invitado a comer con él y por ello creyendo que podía hablar con él en confianza, le dijo la maravilla que le causaban él y Buffalmacco que, siendo hombres pobres, tan alegremente vivían, y le rogó que le enseñase cómo hacían. Bruno, oyendo al médico y pareciéndole la pregunta una de las suyas, necias e insípidas, comenzó a reírse y pensó en responderle según a su borreguez correspondía, y dijo:

—Maestro, no le diría a muchas personas lo que hacemos, pero de decírselo a vos, que sois amigo y que sé que a nadie más lo diréis, no me guardaré. Es verdad que mi compañero y yo vivimos tan alegremente y tan bien como os parece, y mucho más; y no es de nuestro oficio ni de ningún otro fruto que podamos sacar de nuestras posesiones, de donde no podríamos pagar ni siquiera el agua que necesitamos; y no quiero por ello que creáis que andamos robando sino que andamos de corsarios, y de esto todo lo que necesitamos y nos gusta, sin daño de un tercero, lo sacamos todo; y de esto viene el alegre vivir que nos veis.

El médico, al oír esto, y sin saber qué era, creyéndolo, se maravilló mucho, y súbitamente entró en ardentísimo deseo de saber qué era andar de corsarios, afirmándole que por cierto nunca se lo diría a ninguna persona.

—¡Ay! —dijo Bruno—, maestro, ¿qué me pedís? Es un secreto demasiado grande el que queréis saber, y es cosa que me destruiría y me arrojaría del mundo y también que me pondría en boca del Lucifer de San Gallo[308] si otra persona lo supiese: pero es tan grande el amor que siento por vuestra cualitativa *melonez de Legnaia*[309] y la fe que en vos tengo, que no puedo negaros nada que queráis; y por ello os

lo diré, con la condición de que me juréis por la cruz de Montesori que nunca, como lo habréis prometido, lo diréis.

El maestro afirmó que no lo haría.

—Debéis, pues, saber —dijo Bruno—, endulzado maestro mío, que no hace mucho que hubo en esta ciudad un gran maestro de nigromancia que tuvo por nombre Michele Scotto[310], porque era de Escocia y que de muchos gentileshombres de los cuales pocos están hoy vivos, recibió grandísimo honor; y queriendo irse de aquí, a instancia de sus ruegos dejó a dos de sus capaces discípulos, a quienes ordenó que a todos los gustos de estos tales gentileshombres que le habían honrado estuviesen siempre dispuestos. Éstos, pues, servían a los dichos gentileshombres en ciertos amores suyos y en otras cosas libremente; luego, gustándoles la ciudad y las costumbres de los hombres, se dispusieron a estar siempre unidos en grande y estrecha amistad con algunos, sin mirar que fuesen más o menos nobles que no nobles, ni más ricos que pobres, solamente que fuesen hombres conforme a su gusto. Y por complacer a estos tales amigos suyos, organizaron una compañía de unos veinticinco hombres, los cuales al menos dos veces al mes tuvieran que reunirse en algún lugar concertado entre ellos; y estando allí,

cada uno les dice a éstos su deseo y prestamente ellos lo satisfacen por aquella noche; con los cuales dos teniendo Buffalmacco y yo singular amistad y confianza, por ellos en la tal compañía fuimos incluidos, y somos. Y os digo que siempre que sucede que nos reunamos, es cosa maravillosa de ver los tapices que cuelgan en torno a la sala donde comemos y las mesas puestas a la real y la cantidad de nobles y apuestos servidores, tanto hombres como mujeres, al servicio de todos cuantos están en la compañía, y las palanganas, los aguamaniles, los frascos y las copas y las demás vajillas de oro y de plata en las cuales comemos y bebemos; y además de esto los muchos y variados manjares, según lo que cada uno desea, que traen delante de cada uno a su tiempo. No podré jamás pintaros cuántos y cuáles son los dulces sones de los instrumentos infinitos y los cantos llenos de armonía que se oyen allí, ni os podré decir cuánta sea la cera que arde en estas cenas ni cuántos sean los dulces que en ellas se consumen y qué preciados son los vinos que allí se beben. Y no querría, sabrosa calabaza mía, que creyerais que estamos nosotros allí con este traje o con estas ropas que veis; no hay allí ninguno tan desdichado que no parezca un emperador, pues así estamos con ricos vestidos y hermosas cosas adornados. Pero

sobre todos los demás placeres que hay allí está el de las mujeres bellas, las cuales inmediatamente, si uno las quiere, le son traídas de cualquier parte del mundo. Veríais allí a la señora de los barbáricos, la reina de los vascos, la mujer del sultán, la emperatriz de Osbech, la *charlánfora* de Norrueca[311], la seminstante de Berlinzonia y la *astuciertra* de Narsia. ¿Y por qué enumerarlas? Están allí todas las reinas del mundo, digo que hasta la chinchimurria del Preste Juán[312]: ¡así que mirad! Y después de que han bebido y han comido dulces, bailado una danza o dos, cada una con aquél a cuyas instancias se la ha hecho venir se va a la alcoba; ¡y sabed que aquellas alcobas parecen un paraíso a la vista, de bellas que son! Y no son menos odoríferas que los tarritos de especias de vuestra tienda cuando mandáis machacar el comino; y tienen camas que parecen más hermosas que las del dogo de Venecia, y a ellas van a reposar. ¡Pues el tejemaneje con las estriberas y las viaderas que se traen las tejedoras para hacer el paño cerrado, os dejaré que lo imaginéis! Pero entre quienes mejor están, según mi parecer, estamos Buffalmacco y yo, porque Buffalmacco la mayoría de las veces hace venir para él a la reina de Francia y yo a la de Inglaterra, las cuales son dos de las más hermosas reinas del mundo; y tanto hemos

sabido hacer que no miran más que por nuestros ojos; por lo que por vos mismo debéis juzgar si es que podemos y debemos vivir y andar mucho más contentos que los demás hombres pensando que tenemos el amor de tales dos reinas; sin contar que, cuando queremos que nos den mil o dos mil florines, no los conseguimos. Y esto es lo que vulgarmente llamamos «ir de corsarios» porque como los corsarios les cogen las cosas a todos, así hacemos nosotros; sino que somos diferentes de ellos en que ellos jamás las devuelven mientras que nosotros las devolvemos en cuanto las usamos. Ahora habéis, maestro mío bueno, entendido lo que decíamos por «ir de corsario», pero lo secreto que esto debe quedar, podéis verlo vos mismo, y por ello más no os digo ni os ruego.

El maestro, cuya ciencia no llegaba tal vez sino para medicar las pupas de los niños, prestó tanta fe a las palabras de Bruno cuanta sería debida a cualquier verdad, y en tan gran deseo se inflamó de que le recibiesen en esta compañía cuanto en cualquier otra cosa más deseable podría haberse encendido. Por la cual cosa, repuso a Bruno que con certeza no era maravilla que estuviesen tan contentos y con gran trabajo se contuvo de pedirle que lo hiciera entrar allí hasta tanto que, habiéndole

hecho mayores honores, pudiera con más confianza exponerle sus súplicas. Habiéndose, pues, contenido, comenzó a frecuentarlo mucho y a tenerlo mañana y tarde comiendo en su casa y a mostrarle desmesurado amor; y era tan grande y tan continua esta intimidad suya que no parecía sino que sin Bruno el maestro no podía ni sabía vivir. Bruno, pareciéndole que le iba bien, para no parecer ingrato a este honor que le hacía el médico, le habla pintado en el comedor suyo a la Cuaresma, y un *agnus dei* a la entrada de la alcoba y sobre la puerta de entrada de la calle un orinal, para que quienes tuviesen necesidad de su consejo pudieran distinguirla de las otras[313]; y en un balconcito le habla pintado la batalla de los ratones y los gatos, que cosa muy hermosa parecía al médico; y además de esto, decía algunas veces al maestro, cuando no había cenado con él:

—Anoche estuve con la compañía, y habiéndome cansado un poco de la reina de Inglaterra, me hice traer la *gumedra* del Gran Kahn de Altarisi[314].

Decía el maestro:

—¿Qué quiere decir *gumedra*? No conozco esa palabra.

—Oh, maestro mío —decía Bruno—, no me maravillo de ello, que bien he oído decir que ni Hipograto ni Vanacena dicen nada de ello.

Dijo el maestro:

—Quieres decir Hipócrates y Avicena.

Dijo Bruno:

—Por mi madre que no lo sé, de vuestros nombres entiendo tan poco como vos de los míos; pero «*gumedra*» en la lengua del Gran Khan quiere decir tanto como «emperatriz» en la nuestra. ¡Ah, qué buena hembra os parecería! Bien sé deciros que os haría olvidar las medicinas y las lavativas y todos los emplastos.

Y así diciéndole alguna vez por más azuzarlo, sucedió que, pareciéndole al señor maestro (una noche que estaba de conversación con Bruno mientras le sostenía la luz para que pintase la batalla de los ratones y de los gatos) que bien lo había conquistado con sus honores, se dispuso a abrirle su ánimo; y estando solos, dijo:

—Bruno, sabe Dios que no hay nadie por quien no hiciese yo cualquier cosa que haría por ti: y por poco, si me dijeses que fuera andando de aquí a Perétola, creo que iría; y por

ello no quiero que te maravilles de lo que familiarmente y humildemente y con confianza voy a pedirte. Como bien sabes, no hace mucho que me hablaste de los modos de vuestra alegre compañía, a la que me ha entrado tan gran deseo de pertenecer, que ninguna otra cosa he deseado tanto. Y no está fuera de razón, como verás, que pertenezca, porque desde ahora quiero que te burles de mí si no hago que venga allí la más hermosa criatura que has visto hace mucho tiempo, que yo he visto el año pasado en Cacavincigli[315], a la que quiero todo el bien del mundo; y por el cuerpo de Cristo que querría darle diez boloñeses[316] gordos si me los consintiera, y no lo consiente. Y por ello lo más que puedo te ruego que me enseñes lo que tengo que hacer para poder entrar en ella, y que además hagas y obres de manera que entre; y en verdad tendréis conmigo un buen y fiel compañero y honorable. Tú aquí mismo puedes ver qué apuesto soy y cómo tengo las piernas bien plantadas, y que tengo una cara que parece una rosa; y además de ello soy doctor en medicina, que no creo que tengáis ninguno, y sé muchas buenas cosas y bellas cancioncillas, y voy a decirte una —y de golpe se puso a cantar. Bruno tenía tan grande gana de reír que no cabía en sí, pero se contuvo.

Y terminada la canción dijo el maestro:

—¿Qué te parece?

Dijo Bruno:

—Por cierto que con vos perderían las cítaras de saína[317], tan ortogóticamente recancanilláis[318].

Dijo el maestro:

—Digo que no lo habrías creído nunca si no me hubieseis oído.

—Por cierto decís verdad —dijo Bruno.

Dijo el maestro:

—Muchas otras sé; pero dejemos ahora esto. Así como me ves, mi padre fue hombre noble, aunque viviese en el campo, y también por parte de madre he nacido de los de Vallecchio; y como has podido ver, tengo mejores libros y mejores ropas que ningún médico en Florencia. A fe que tengo ropa que costó, todas las cuentas echadas, cerca de cien liras de *bagatines*[319], ya hace más de diez años. Por lo que lo más que puedo te ruego que hagas que entre; y a fe que si lo haces, si te pones enfermo alguna vez, nunca por mi oficio te cobraré un dinero.

Bruno, oyéndole, y pareciéndole, tal como otras veces ya le había parecido, un babieca, dijo:

—Maestro, acercad un poco más la luz acá, y no os canséis hasta que les haya pintado el rabo a estos ratones, y luego os responderé.

Terminados los rabos, Bruno, haciendo que mucho le pesaba la petición, dijo:

—Maestro mío, grandes cosas son las que haríais por mí, y yo lo sé; pero aun la que me pedís, aunque para la grandeza de vuestro cerebro sea pequeña, para mí es grandísima, y no sé de nadie en el mundo por quien, pudiendo yo, la hiciera si no la hiciese por vos, tanto porque os amo como es debido cuanto por vuestras palabras, las cuales están condimentadas con tanto buen juicio que quitarían las sandalias a las penitentes, no ya a mí mi propósito; y cuanto más os trato más sabio me parecéis. Y os digo ahora que, si otra cosa no me hiciera amaros, os amo tanto porque veo que estáis enamorado de cosa tan bella como me habéis dicho. Pero sólo quiero deciros: en estas cosas yo no tengo el poder que pensáis, y por ello no puedo hacer por vos lo que necesitaría hacerse; pero si me prometéis por vuestra grande y cauterizada fe guardarme el secreto, os diré el modo en que

debéis obrar y me parece estar seguro, teniendo vos tan buenos libros y las demás cosas que antes me habéis dicho, que lo conseguiréis.

A quien el maestro dijo:

—Di con confianza. Veo que no me conoces bien y no sabes todavía cómo sé guardar un secreto. Había pocas cosas que micer Guasparruolo de Saliceto hiciese, cuando era juez del podestá de Forimpópoli, que no me las comunicase, tan buen secretario me encontraba[320]. ¿Y quieres saber si digo la verdad? Yo fui el primer hombre a quien dijo que iba a casarse con Bergamina: ¡mira tú!

—Pues está muy bien —dijo Bruno— si ese tal se fiaba, bien puedo fiarme yo. Lo que tenéis que hacer será esto: en nuestra compañía tenemos siempre un capitán con dos consejeros, que de seis en seis meses cambian, y sin falta Buffalmacco será capitán en las calendas, y así está establecido; y quien es capitán mucho poder tiene para hacer entrar o hacer que entre quien él quiera; y por ello me parece a mí que vos, lo antes que podáis, os hagáis amigo de Buffalmacco y le honréis. Él es hombre que viéndoos tan sabio se enamorará de vos incontinenti; y cuando le hayáis, con vuestro juicio y con estas cosas

buenas que tenéis, un poco ablandado, se lo podréis pedir: él no podrá decir que no. Yo le he hablado ya de vos y os quiere lo más del mundo; y cuando hayáis hecho esto, dejadme a mí con él.

Entonces dijo el maestro:

—Mucho me place lo que dices; y si él es hombre que se deleite con los hombres sabios, y habla conmigo un poco, haré de manera que me estará siempre buscando, porque tanto juicio tengo que podría abastecer a una ciudad entera y seguir siendo sapientísimo.

Arreglado esto, Bruno le contó, por su orden, todo a Buffalmacco; con lo que a Buffalmacco le parecían mil años lo que faltaba para poder hacer lo que este maestro arrope andaba buscando. El médico, que desmesuradamente deseaba ir de corsario, no cejó hasta que se hizo amigo de Buffalmacco, lo que le fue fácil hacer, y comenzó a ofrecerle las mejores cenas y los mejores almuerzos del mundo, y a Bruno junto con él, y se garapiñaban como señores, probando bonísimos vinos y gordos capones y otras muchas cosas buenas, no se le separaban; y sin esperar a que los invitase, diciendo siempre que con ningún otro lo harían, se quedaban con él. Pero cuando pareció oportuno al maestro,

como había hecho con Bruno requirió a Buffalmacco; con lo que éste se mostró muy enojado y le hizo a Bruno un gran alboroto, diciendo:

—Voto al alto Dios de Pasignano[321] que me tengo en poco si no te doy tal en la cabeza que te hunda la nariz hasta los calcañares, traidor, que nadie sino tú ha podido manifestar estas cosas al maestro.

Pero el maestro lo excusaba mucho, diciendo y jurando que lo había sabido por otro lado; y luego de muchas de sus sabias palabras, lo pacificó. Buffalmacco, volviéndose al maestro, dijo:

—Maestro mío, bien se ve que habéis estado en Bolonia y que a esta ciudad habéis traído la boca cerrada; y aún os digo más: que no habéis aprendido el abecé en una manzana, como quieren hacer muchos necios, sino que en un melón la aprendisteis bien, que es tan largo; y si no me engaño, fuisteis bautizado en domingo[322]. Y aunque Bruno me había dicho que habíais estudiado allí medicina, me parece a mí que lo que aprendisteis fue a domesticar a los hombres, lo que mejor que ningún hombre que yo haya visto sabéis hacer con vuestro juicio y vuestras palabras.

El médico, cortándole la palabra en la boca, dijo a Bruno:

—¡Qué cosa es hablar y tratar con los sabios! ¿Quién habría tan pronto comprendido todas las particularidades de mi sentimiento como lo ha hecho este hombre de valer? Tú no te enteraste tan pronto de lo que yo valía como ha hecho él; pero al menos di lo que te dije yo cuando me dijiste que Buffalmacco se deleitaba con los hombres sabios: ¿te parece que lo he conseguido?

Dijo Bruno:

—¡Aún mejor!

Entonces el maestro dijo a Buffalmacco:

—Otra cosa hubieras dicho si me hubieses visto en Bolonia, donde no había ninguno, grande ni pequeño, ni doctor ni escolar, que no me amase lo más del mundo, tanto podían aprender con mi razonar y con mi sabiduría. Y te digo más, que nunca dije palabra que no hiciese reír a todos, tanto les agradaba; y cuando me fui de allí todos lloraron el mayor llanto del mundo, y todos querían que me quedase, y a tanto llegó la cosa para que me quedase que quisieron dejarme a mí solo para que leyese, a cuantos escolares allí había, la medicina, pero no quise porque estaba

dispuesto a venirme aquí a recibir la grandísima herencia que aquí tenía que ha sido siempre de los de mi familia; y así lo hice.

Dijo entonces Bruno a Buffalmacco:

—¿Qué te parece? No me lo creías cuando te lo decía. ¡Por el Evangelio, no hay en esta ciudad médico que entienda de orina de asno como éste, y ciertamente no encontrarías otro de aquí a París! ¡Vete y cuídate de ahora en adelante de no hacer lo que dice!

Dijo el médico:

—Bruno dice verdad, pero aquí no soy estimado. Vosotros sois más bien gente ruda, pero querría que me vieseis entre los doctores como suelo estar.

Entonces dijo Buffalmacco:

—Verdaderamente, maestro, sabéis mucho más de lo que yo habría creído, y hablándoos como debe hablarse a sabios como lo sois Vos, faramalladamente[323] os digo que conseguiré sin falta que seáis de nuestra compañía.

Los honores hechos por el médico a éstos después de esta promesa se multiplicaron; por lo que ellos, divirtiéndose, le hacían comulgar con las mayores necedades del mundo, y prometieron darle por mujer a la condesa

Civillari[324], que era la cosa más hermosa que podía encontrarse en todas las culeras de la generación humana. Preguntó el médico quién era esta condesa; al cual dijo Buffalmacco:

—Gran pepino mío[325], es una gran señora y pocos casos hay en el mundo en los que ella no tenga una gran jurisdicción; y no digo otros, sino hasta los frailes menores con repique de atabales le rinden tributo[326]. Y suele decirse que cuando anda por la calle bien se hace sentir por muy encerrada que vaya; y no hace mucho que os pasó por delante de la puerta una noche que iba al Arno a lavarse los pies y para tomar un poco el aire; pero su más continua habitación es Laterina[327]. Muchos de sus sargentos van por ahí de guardia, y todos, para mostrar su señorío, llevan la vara y la bola[328]. Por todas partes se ven a sus barones, como Tamañin de la Puerta[329], don Boñiga, Mango de la Escoba, Diarrea y otros, los cuales creo que son conocidos vuestros, pero ahora no os acordáis. A tan gran señora, pues (dejando a un lado a la de Cacavincigli), si el pensamiento no nos engaña, pondremos en vuestros dulces brazos.

El médico, que había nacido y crecido en Bolonia, no entendía los vocablos de éstos, por lo que con aquello de la mujer se tuvo por contento; y no mucho después de estas

historias le dijeron los pintores que había sido admitido. Y llegado el día cuya noche siguiente debían reunirse, el maestro les invitó a los dos a almorzar, y cuando hubieron almorzado, les preguntó el modo que tenía que seguir para entrar en aquella compañía. Al cual Buffalmacco dijo:

—Mirad, maestro, a vos os conviene encontrar la manera de estar esta noche a la hora del primer sueño sobre uno de esos sepulcros altos que hace poco tiempo han puesto fuera de Santa María la Nueva[330], con uno de vuestros trajes mejores puesto para que comparezcáis por primera vez honorablemente ante la compañía; y también porque, por lo que se ha dicho (que nosotros no hemos estado allí) como sois noble, la condesa entiende haceros caballero bañado[331] a su costa, y allí esperad hasta tanto que vaya a por vos quien mandemos. Y para que estéis informado de todo vendrá a por vos una bestia negra y cornuda no muy grande, e irá haciendo por la plaza, delante de vos, gran soplar y gran saltar para espantaros; pero luego, cuando vea que no os espantáis, se os acercará despacio; y cuando esté a vuestro lado, vos, entonces, sin ningún miedo bajaos del sepulcro, y sin acordaros de Dios ni de los santos, saltad encima, y en cuanto estéis acomodado encima,

a modo de hacer cortesía, poneos las manos sobre el pecho sin más tocar a la bestia. Ella entonces se moverá suavemente y os traerá a nosotros; pero desde ahora os digo que si os acordáis de Dios o los santos, o si sentís miedo, podrá arrojaros o golpearos en algún lugar que lo sentiríais; y por ello, si os da el corazón que vais a sentir temor no vengáis, que os haréis daño a vos sin hacernos a nosotros ningún favor.

Entonces dijo el médico:

—No me conocéis aún: miráis tal vez que llevo puestos guantes y ropas largas. Si supierais lo que he hecho yo de noche en Bolonia, cuando a veces iba de mujeres con mis compañeros os maravillaríais. A fe que hubo una noche, no queriendo una venir con nosotros (y era una desgraciadilla, lo que es peor, que no levantaba un palmo del suelo) y le di primero muchos puñetazos, luego, cogiéndola en vilo creo que la llevaría, así como un tiro de ballesta y en fin, hice de manera que tuvo que venirse con nosotros. Y otra vez me acuerdo de que, sin estar conmigo más que un criado, allá un poco después del avemaría pasé junto al cementerio de los frailes menores: y aquel mismo día habían enterrado allí a una mujer y no sentí ningún miedo; así que no desconfiéis de mí, que soy muy valiente

y sin miedo. Y os digo que, para estar bien honorable, me pondré la toga escarlata con la que me doctoré, y veréis si la compañía se alegra cuando me vea y si me hacen enseguida capitán. Ya veréis cómo va el negocio cuando haya estado yo allí si sin haberme visto esa condesa quiere ya hacerme caballero bañado, tanto se ha enamorado de mí, ¿y es que la caballería me sentará mal?, ¿y la sabré llevar tan mal, o bien? Dejadme hacer a mí.

Buffalmacco dijo:

—Muy bien decís; pero cuidad de no burlarnos y no venir allí, o que no os encuentren en el lugar cuando mandemos a por vos; y os digo esto porque hace frío y vosotros los señores médicos os guardáis mucho de él.

—¡No quiera Dios! —dijo el médico—. Yo no soy de esos frioleros, no me preocupa el frío; pocas veces hay que me levante de noche para hacer de cuerpo, como hay que hacer a veces, y me ponga más de una pelliza sobre el jubón; y por ello, con seguridad estaré allí.

Yéndose, pues, éstos, cuando se iba haciendo de noche, el maestro encontró excusas en su casa, para decirle a su mujer; y llevándose ocultamente su bella toga, cuando

le pareció oportuno, poniéndosela encima, se subió a uno de los dichos sepulcros; y encogido sobre aquellos mármoles, siendo grande el frío, comenzó a esperar a la bestia. Buffalmacco, que era grande y robusto de persona, encargó una de esas máscaras que suelen usarse en algunos juegos que hoy no se hacen[332], y se puso encima una pelliza negra del revés, y se la puso de tal manera que parecía un oso, a no ser que la máscara tenía el rostro del diablo y era cornuda. Y así preparado, viniendo Bruno detrás para ver cómo iba el asunto, se fue a la plaza nueva de Santa María la Nueva; y cuando se dio cuenta de que el señor médico estaba allí, empezó a brincar de tal manera y a dar tales saltos grandísimos por la plaza y a resoplar y a gritar y a chillar de guisa que parecía endemoniado. Al cual, como el maestro sintió y vio, todos los pelos se le pusieron de punta, y comenzó a temblar todo él como quien era más miedoso que una hembra, y hubo un momento en que hubiese querido más estar en su casa que allí; pero, sin embargo, puesto que había ido allí, se esforzó en tener valor, pues tanto podía el deseo de llegar a ver las maravillas contadas por aquéllos. Pero después de que Buffalmacco hubo diableado un tanto, como se ha dicho, pareciendo que se tranquilizaba se acercó al sepulcro sobre el que estaba el maestro y se quedó quieto. El

maestro, como quien todo temblaba de miedo, no sabía qué hacerse, si montar encima o quedarse. Por último, temiendo que le hiciera daño si no se subía, con el segundo miedo venció el primero y, bajando del sepulcro diciendo en voz baja: «¡Dios me asista!», se subió encima, y se dispuso muy bien; y siempre temblando cruzó los brazos en forma cortés como le habían dicho. Entonces Buffalmacco comenzó a enderezarse despacio hacia Santa María de la Scala, y yendo a cuatro patas lo llevó hasta las señoras de Rípoli[333]. Estaban entonces por aquel barrio los fosos donde los labradores de aquellos campos hacían echar a la condesa de Civillari para abonar sus campos; a los cuales, cuando Buffalmacco se acercó, acercándose a la boca de uno y buscando el momento oportuno, poniendo una mano bajo uno de los pies del médico y con ella levantándolo en vilo, de un empujón lo tiró de cabeza allí y comenzó a gruñir mucho y a saltar y a parecer endemoniado, y por Santa María de la Scala se fue hacia el prado de Ognisanti, donde se encontró con Bruno que, por no poder contener la risa, se había escapado; y haciéndose fiestas el uno al otro, se pusieron a mirar desde lejos lo que hacía el médico rebozado. El señor médico, al sentirse en aquel lugar tan abominable, se esforzó en levantarse y en intentar salir, y ora aquí, ora allí

volviendo a caer, todo rebozado de pies a cabeza, doloroso y desdichado, habiéndose tragado algunos gramos, pudo salir fuera, y dejó allí el capuchón; y desempastándose con las manos como mejor podía, no sabiendo qué otra cosa hacer, se volvió a su casa y tanto llamó que le abrieron. Y no acababa de entrar así de hediondo cerrándose la puerta de nuevo, cuando Bruno y Buffalmacco estaban allí para oír cómo era acogido el maestro por su mujer; y estando escuchando oyeron a la mujer decirle los mayores insultos que nunca se han dicho a un desgraciado, diciendo:

—¡Ah, qué bien te está! Te has ido con cualquiera otra y querías aparecer muy honorable con la toga escarlata. ¿Pues no te bastaba yo? Hermano, yo sería suficiente a un barrio entero, no ya a ti. ¡Ah, si como te tiraron allí dónde eras digno de que te tirasen, te hubieran ahogado! ¡Aquí está el médico honrado, tiene mujer y anda por la noche tras las mujeres ajenas!

Y con éstas y con otras muchas palabras, haciéndose el médico lavar todo entero, hasta la medianoche no calló su mujer de atormentarlo. Después, a la mañana siguiente, Bruno y Buffalmacco, habiéndose pintado todo el cuerpo bajo las ropas de cardenales como los que suelen hacer los golpes, vinieron a

casa del médico y lo encontraron ya levantado; y, entrando a verle, sintieron que todas las cosas hedían, que todavía no se había podido limpiar todo de manera que no hediese. Y oyéndolos venir el médico, salió a su encuentro diciéndoles que Dios les diese buenos días; al cual Bruno y Buffalmacco, como habían acordado, respondieron con airado gesto:

—Esto no os lo decimos nosotros, sino que rogamos a Dios que os dé tan mala ventura que seáis muerto a espada, como el mayor desleal y el mayor traidor vivo, porque por vos no ha quedado (queriendo nosotros honraros y daros gusto) que no hayamos sido muertos como perros. Y por vuestra deslealtad nos han dado tantos golpes esta noche que con menos andaría un burro hasta Roma; sin contar con que hemos estado en peligro de ser echados de la compañía en la que habíamos arreglado que os recibiesen. Y si no nos creéis, mirad nuestras carnes cómo están.

Y a una luz macilenta que allí había abriéndose las ropas, le mostraron los pechos todos pintados y se los taparon sin tardanza. El médico quería excusarse y hablar de sus desgracias y de cómo y dónde lo habían arrojado; al cual Buffalmacco dijo:

—Yo querría que os hubiesen tirado al Arno

desde el puente; ¿por qué invocasteis a Dios o los santos?, ¿no os lo habíamos dicho antes?

Dijo el médico que a fe no se acordaba.

—¡Cómo! —dijo Buffalmacco—, ¿no os acordáis? Bien los invocabais, que nos dijo nuestro mensajero que temblabais como una vara y que no sabíais dónde estabais. Pues vos bien nos la habéis jugado, pero jamás nos la jugará nadie; y a vos os daremos vuestro merecido.

El médico comenzó a pedirles por Dios que no lo difamaran, y con las mejores palabras que pudo se ingenió en calmarlos; y por miedo de que su vergüenza descubriesen si hasta entonces los había honrado, mucho más los honró y regaló con convites y otras cosas de allí en adelante. Así pues, como habéis oído, se enseña a quien tanto no aprendió en Bolonia.

Novela décima

Una siciliana quita arteramente a un mercader lo que éste ha llevado a Palermo, el cual, fingiendo haber vuelto con mucha más mercancía que la primera vez, tomando de ella dineros prestados, le deja agua y borra[334].

CUÁNTO hizo reír a las señoras la historia de la reina en distintas ocasiones, no hay que preguntarlo: no había ninguna allí a quien la incontenible risa no le hubiese hecho venir a los ojos las lágrimas doce veces. Pero luego que ella terminó, Dioneo, que sabía que a él le tocaba el turno, dijo:

Graciosas señoras, manifiesta cosa es que tanto más gustan las artimañas cuanto a artífice más apurado artificiosamente burlan. Y por ello, aunque hermosísimas cosas todas hayáis contado, entiendo yo contaros una que tanto más que algunas de las contadas deba agradar cuanto que quien en ella fue burlada era mayor maestra en burlar a otros que fue ninguno de aquéllos o de aquellas de quienes

habéis contado que fueron burlados.

Solía haber (y tal vez todavía la hay hoy) en todas las ciudades marinas que tienen puerto, la costumbre de que todos los mercaderes que llegan a ellas con sus mercancías, al descargarlas, todas las llevan a un almacén al que en muchos lugares llaman aduana, que es del ayuntamiento o del señor de la ciudad; y allí, dando a aquellos que están a su cargo, por escrito, toda la mercancía y el precio de ésta, es dado por los dichos al mercader una bodega en la cual pone su mercancía y la cierra con llave; y los dichos aduaneros luego escriben en el libro de la aduana a cuenta del mercader toda su mercancía, haciéndose luego pagar sus derechos por el mercader o de toda o de parte de la mercancía que éste saque de la aduana. Y por este libro de la aduana muchas veces se informan los corredores de la calidad y la cantidad de las mercancías que hay allí, y también están allí los mercaderes que las tienen, con quienes después ellos, según les viene a mano, hablan de los cambios, los trueques, y de las ventas y de otros asuntos. La cual costumbre, como en muchos otros lugares, la había en Palermo de Sicilia; donde también había, y todavía hay, muchas mujeres de hermosísimo cuerpo pero enemigas de la honestidad, las cuales, por quienes no las

conocen serían y son tenidas por grandes y honestísimas damas. Y estando dedicadas por completo no a rasurar sino a desollar a los hombres, en cuánto ven a un mercader forastero allí, en el libro de la aduana se informan de lo que tiene y de cuanto puede ganar, y luego con sus placenteros y amorosos actos y con palabras dulcísimas se ingenian en seducir y en atraer su amor; y ya a muchos han atraído a quienes buena parte de sus mercancías han quitado de las manos, y a bastantes toda ella; y de ellos ha habido quienes no sólo la mercancía, sino también el navío y las carnes y los huesos les han dejado, tan suavemente la barbera ha sabido pasarles la navaja. Ahora bien, no hace mucho tiempo sucedió que aquí, mandado por sus maestros, llegó uno de nuestros jóvenes florentinos llamado Niccolo de Cignano, aunque Salabaetto fuese llamado, con tantas piezas de paño de lana que le habían entregado en la feria de Salerno que podían valer unos quinientos florines de oro; y entregando la tasa de ellos a los aduaneros, los metió en una bodega, y sin mostrar mucha prisa en despacharlos, comenzó a irse algunas veces de diversión por la ciudad. Y siendo él blanco y rubio y muy apuesto, y de muy gentil talle, sucedió que una de estas mujeres barberas, que se hacía llamar madama Iancofiore,

habiendo algo oído de sus asuntos, le puso los ojos encima; de lo que apercibiéndose él, estimando que ella era una gran señora, pensó que por su hermosura le agradaba, y pensó en llevar muy cautamente este amor; y sin decir cosa alguna a nadie, comenzó a pasear por delante de la casa de aquélla. La cual, apercibiéndose, luego de que un tanto le hubo bien inflamado con sus miradas, mostrando que se consumía por él, secretamente le mandó una mujer de su servicio que óptimamente conocía el arte de la picardía, la cual, casi con las lágrimas en los ojos, luego de muchas historias, le dijo que con su hermosura y su amabilidad había conquistado a su señora de tal manera que no encontraba reposo ni de día ni de noche; y por ello, cuando le pluguiese, deseaba más que otra cosa poder encontrarse con él secretamente en un baño; y después de esto, sacando un anillo de la bolsa, de parte de su señora se lo dio. Salabaetto, al oír esto fue el hombre más alegre que nunca hubo; y cogiendo el anillo y frotándose con él los ojos y luego besándolo, se lo puso en el dedo y repuso a la buena mujer que, si madama Iancofiore le amaba, que estaba bien retribuida porque él la amaba más que a su vida propia, y que estaba dispuesto a ir donde a ella le fuese grato y a cualquier hora. Vuelta, pues, la mensajera a su señora con esta respuesta, a

Salabaetto le dijeron enseguida en qué baño al día siguiente, después de vísperas, debía esperarla; el cual, sin decir nada a nadie, prontamente a la hora ordenada allí se fue, y encontró que la sala de baños había sido alquilada por la señora. Y casi acababa de entrar en ella cuando aparecieron dos esclavas cargadas de cosas: la una llevaba sobre la cabeza un grande y hermoso colchón de guata y la otra un grandísimo cesto lleno de cosas; y extendiendo este colchón sobre un catre en una alcoba de la sala, pusieron encima un par de sábanas sutilísimas listadas de seda y luego un cobertor de blanquísimo cendal de Chipre con dos almohadones bordados a maravilla; y después de esto, desnudándose y entrando en el baño, lo lavaron y barrieron óptimamente. Y poco después la señora, seguida por otras dos esclavas, vino al baño; donde ella, en cuanto pudo, hizo grandes fiestas a Salabaetto, y luego de los mayores suspiros del mundo, después de que mucho lo hubo abrazado y besado, le dijo:



—No sé quién hubiera podido traerme a esto más que tú; que me has puesto fuego al arma, chiquillo toscano.

Después de esto, cuando ella quiso, los dos desnudos entraron en el baño, y con ellos dos de las esclavas. Allí, sin dejar que nadie más le pusiera la mano encima, ella misma con jabón almizclado y con uno perfumado con clavo, maravillosamente y bien lavó por completo a Salabaetto, y luego se hizo lavar y refregar por sus esclavas. Y hecho esto, trajeron las esclavas dos sábanas blanquísimas y sutiles de las que salía tan grande olor a rosas que todo lo que había parecía rosas; y una le envolvió en una a Salabaetto y la otra en

la otra a la señora, y cogiéndolos en brazos a los dos llevaron a la cama preparada. Y allí, luego que hubieron dejado de sudar, quitándoles las esclavas aquellas sábanas, se quedaron desnudos sobre las otras. Y sacando del cesto pomos de plata bellísimos y llenos cuál de agua de rosas, cuál de agua de azahar, cuál de agua de flor de jazmines y cuál de *aguanafa*[334a], todas aquellas aguas derramaron; y luego, sacando cajas de dulces y preciadísimos vinos, un tanto se confortaron. A Salabaetto le parecía estar en el paraíso; y mil veces había mirado a aquélla, que con certeza era hermosísima, y cien años le parecía cada hora para que las esclavas se fuesen y poder encontrarse en sus brazos. Las cuales, después de que, por mandato de la señora, dejando una antorcha encendida en la alcoba, se fueron de allí, ésta abrazó a Salabaetto y él a ella; y con grandísimo placer de Salabaetto, a quien parecía que se derretía por él, estuvieron una larga hora. Pero después de que a la señora le pareció tiempo de levantarse, haciendo venir las esclavas, se vistieron, y de nuevo bebiendo y comiendo dulces se reconfortaron un poco, y habiéndose lavado el rostro y las manos con aquellas aguas odoríferas, y queriendo irse, dijo la señora a Salabaetto:

—Si te agradase, me parecería un favor grandísimo que esta noche vinieras a cenar conmigo y a dormir.

Salabaetto, que ya de la hermosura y de las amables artimañas de ella estaba preso, creyendo firmemente que era para ella como el corazón del cuerpo amado, repuso:

—Señora, todo vuestro gusto me es sumamente grato, y por ello tanto esta noche como siempre entiendo hacer lo que os plazca y lo que por vos me sea ordenado.

Volviéndose, pues, la señora a casa, y haciendo bien adornar su alcoba con sus ropas y sus enseres, y haciendo preparar de cenar espléndidamente, esperó a Salabaetto; el cual, cuando se hizo algo oscuro, allá se fue, y alegremente recibido, con gran fiesta y bien servido cenó con la señora. Después, entrando en la alcoba, sintió allí un maravilloso olor de madera de áloe y vio la cama adornadísima con pajarillos de Chipre, y muchas buenas ropas colgando de las vigas; las cuales cosas, todas juntas y cada una por sí sola le hicieron pensar que debía ser aquélla una grande y rica señora; y por mucho que hubiese oído hablar sobre su vida y sus costumbres, no quería creerlo por nada del mundo, y si llegaba a creer algo en que a alguno hubiese burlado, por nada

del mundo podía creer que esto pudiese pasarle a él. Con grandísimo placer se acostó aquella noche con ella, inflamándose más cada vez. Venida la mañana, le ciñó ella un hermoso y elegante cinturón de plata con una bella bolsa, y le dijo así:

—Dulce Salabaetto mío, me encomiendo a ti; y así como mi persona está a tu disposición, así está todo lo que hay, y lo que yo puedo, a lo que gustes mandar.

Salabaetto, contento, besándola y abrazándola, salió de su casa y fue a donde acostumbraban estar los demás mercaderes. Y yendo una vez y otra con ella sin que le costase nada, y enviscándose cada día más, sucedió que vendió sus paños al contante y con buenas ganancias; lo que la buena mujer no por él, sino por otros supo incontinenti. Y habiendo ido Salabaetto a su casa una tarde, comenzó ella a bromear y a retozar con él, y a besarlo y a abrazarlo, mostrándose tan inflamada de amor que parecía que iba a morírsele en los brazos; y quería darle dos bellísimas copas de plata que tenía, las cuales Salabaetto no quería coger, como quien entre unas veces y otras bien había recibido de ella lo que valdría sus treinta florines de oro sin haber podido hacer que ella recibiera de él nada que llegase a valer un grueso. Al final,

habiéndole bien inflamado con el mostrarse inflamada y desprendida, una de sus esclavas, tal como ella lo había preparado, la llamó; por lo que ella, saliendo de la alcoba y estando fuera un poco, volvió dentro llorando, y echándose sobre la cama boca abajo, comenzó a lanzar los más dolorosos lamentos que jamás lanzase mujer alguna. Salabaetto maravillándose, la cogió en brazos y comenzó a llorar con ella y a decirle:

—¡Ah!, corazón de mi cuerpo, ¿qué tenéis tan de repente?, ¿cuál es la razón de este dolor? ¡Ah, decídmelo, alma mía!

Luego de que la mujer se hubo hecho rogar bastante, dijo:

—¡Ay, dulce señor mío! No sé qué hacer ni qué decir. Acabo de recibir cartas de Mesina, y me escribe mi hermano que, aunque debiese vender y empeñar todo lo que tengo, que sin falta le mande antes de ocho días mil florines de oro y que si no le cortarán la cabeza; y yo no sé qué puedo hacer para poder tenerlos tan rápidamente; que, si tuviese al menos quince días de tiempo, encontraría el modo de proveerme de ellos de un lugar donde debo tener muchos más, o vendería algunas de nuestras posesiones; pero no pudiendo, querría estar muerta antes de que me llegase aquella

mala noticia.

Y dicho esto, mostrándose grandemente atribulada, no dejaba de llorar. Salabaetto, a quien las amorosas llamas habían quitado gran parte del debido conocimiento, creyendo aquellas lágrimas veracísimas y las palabras de amor más verdaderas, dijo:

—Señora, yo no podré ofreceros mil, pero sí quinientos florines de oro, si creéis podérmelos devolver de aquí a quince días; y vuestra ventura es que precisamente ayer vendí mis paños: que, si no fuese así, no podría prestaros ni un grueso.

—¡Ay! —dijo la mujer—, ¿así que has sufrido incomodidad de dinero? ¿Por qué no me lo pedías? Porque si no tenía mil sí tenía ciento y hasta doscientos para darte; me has quitado el valor para aceptar el servicio que me ofreces.

Salabaetto, mucho más que apresado por estas palabras, dijo:

—Señora, por eso no quiero que lo dejéis; que si tanto los hubiese necesitado como los necesitáis vos, bien os los habría pedido.

—¡Ay! —dijo la señora—, Salabaetto mío, bien sé que tu amor por mí es verdadero y

perfecto cuando, sin esperar a que te lo pidiese, con tan gran cantidad de dinero espontáneamente me provees en tal necesidad. Y con certeza era yo toda tuya sin esto, y con esto lo seré mucho mayormente; y nunca dejaré de agradecerte la cabeza de mi hermano. Pero sabe Dios que de mala gana la tomo considerando que eres mercader y que los mercaderes necesitan el dinero para sus negocios; pero como me aprieta la necesidad y tengo firme esperanza de devolvértelo pronto, lo cogeré, y por lo que falta, si otro modo más rápido no encuentro, empeñaré todas estas cosas mías.

Y dicho esto, derramando lágrimas, sobre el rostro de Salabaetto se dejó caer. Salabaetto comenzó a consolarla; y pasando la noche con ella, para mostrarse bien magnánimamente su servidor, sin esperar a que se lo pidiese le llevó quinientos buenos florines de oro, los cuales ella, riendo con el corazón y llorando con los ojos tomó, contentándose Salabaetto con una simple promesa suya. En cuanto la mujer tuvo los dineros empezaron las cosas a cambiar y, así como antes la visita a la mujer era libre todas las veces que a Salabaetto le agradaba, empezaron a aparecer razones por las cuales de siete veces le sucedía no poder entrar ni una, ni le ponían la cara ni le hacían las

caricias ni las fiestas que antes. Y pasado en un mes y en dos el plazo (no ya llegado) en que sus dineros debían serle devueltos, al pedirlos le daban palabras en pago; por lo que, percatándose Salabaetto del engaño de la malvada mujer y de su poco juicio, y conociendo que de aquello nada que pudiese serle provechoso podía decir, como quien no tenía de ello escritura ni testimonio, y avergonzándose de lamentarse con nadie, tanto porque le habían prevenido antes como por las burlas que merecidamente por su brutalidad le vendrían de ello, sobremanera doliente, consigo mismo lloraba su necedad. Y habiendo recibido muchas cartas de sus maestros para que cambiase aquellos dineros y se los mandase, para que, por hacerlo no fuese descubierta su culpa, deliberó irse, y montándose en un barquito, no a Pisa como debía, sino a Nápoles se vino. Estaba allí en aquel tiempo nuestro compadre Pietro del Canigiano[335], tesorero de madama la emperatriz de Constantinopla, hombre de gran talento y sutil ingenio, grandísimo amigo de Salabaetto y de los suyos; con el cual, como persona discretísima, lamentándose Salabaetto luego de algunos días, le contó lo que había hecho y su desdichada aventura, y le pidió ayuda y consejo para poder allí ganarse la vida afirmando que nunca entendía volver a

Florencia. Canigiano, entristecido por estas cosas, dijo:

—Mal has hecho, mal te has portado, mal has obedecido a tus maestros, demasiado dinero de un golpe has gastado en molicies; pero ¿qué? Está hecho, y hay que pensar en otra cosa.

Y como hombre avisado prestamente hubo pensado lo que había que hacer y se lo dijo a Salabaetto; al cual, gustándole el plan, se lanzó a la aventura de seguirlo. Y teniendo algún dinero y habiéndole prestado Canigiano un poco, mandó hacer varios embalajes bien atados y bien ligados, y comprar veinte toneles de aceite y llenarlos, y cargando con todo ello se volvió a Palermo; y entregando la relación de los embalajes a los aduaneros y semejantemente la de los toneles, y haciendo anotar todas las cosas a su cuenta, las metió en las bodegas, diciendo que hasta que otra mercancía que estaba esperando no llegase no quería tocar aquélla. Iancofiore, habiéndose enterado de esto y oyendo que valía bien dos mil florines de oro o más, aquello que al presente había traído, sin contar lo que esperaba, que valía más de tres mil, pareciéndole que había apuntado a poco, pensó en restituirle los quinientos para poder tener la mayor parte de los cinco mil; y mandó

a buscarle. Salabaetto, ya con malicia, allí fue; al cual ella, fingiendo no saber nada de lo que había traído, hizo maravillosa acogida, y dijo:

—Aquí tienes, si te habías enojado conmigo porque no te devolví en el plazo preciso tu dinero…

Salabaetto se echó a reír y dijo:

—Señora, en verdad me desagradó un poco, como que me hubiese arrancado el corazón para dároslo si creyese que os habría complacido con ello; pero quiero que sepáis lo enojado que estoy con vos. Es tanto y tal el amor que os tengo que he hecho vender la mayor parte de mis posesiones, y ahora he traído aquí tanta mercancía que vale más de dos mil florines, y espero de Occidente tanta que valdrá más de tres mil, y quiero hacer en esta ciudad un almacén y quedarme aquí para estar siempre cerca de vos, pareciéndome que estoy mejor con vuestro amor que creo que nadie pueda estar con el suyo.

A quien la mujer dijo:

—Mira, Salabaetto, todo este arreglo tuyo me place mucho, como de quien amo más que a mi vida, y me place mucho que hayas vuelto con intención de quedarte porque espero pasar todavía muchos buenos ratos contigo; pero

quiero excusarme un poco porque, en aquellos tiempos en que te fuiste algunas veces quisiste venir y no pudiste, y algunas viniste y no fuiste tan alegremente recibido como solías, y además de esto, de que en el plazo convenido no te devolví tu dinero. Debes saber que entonces estaba yo en grandísima aflicción; y quien está en tal estado, por mucho que ame a otro no le puede poner tan buena cara ni atender aun a él como quisiera; y además debes saber que es muy penoso a una mujer poder encontrar mil florines de oro, y todos los días le dicen mentiras y no se cumple lo que se ha prometido, y por esto necesitamos también nosotras mentir a los demás; y de ahí viene, y no de otro defecto, que yo no te devolviese tu dinero. Pero lo tuve poco después de tu partida y si hubiera sabido dónde mandártelo ten por cierto que te lo habría hecho mandar; pero como no lo supe, te lo he guardado.



Y haciéndose traer una bolsa donde estaban aquellos mismos que él le había dado, se la puso en la mano y dijo:

—Cuenta si son quinientos.

Salabaetto nunca se sintió tan contento, y contándolos y viendo que eran quinientos, y volviéndolos a guardar, dijo:

—Señora, sé que decís verdad, pero bastante habéis hecho; y os digo que por ello y por el amor que os tengo nunca solicitaríais de mí para cualquiera necesidad vuestra una cantidad que pudiese yo dar que no os la diera; y en cuanto me haya establecido podréis probarme en ello.

Y de esta guisa restablecido con ella el amor en palabras, comenzó de nuevo Salabaetto a frecuentarla galantemente, y ella a darle los mayores gustos y hacerle los mayores honores del mundo, y mostrarle el mayor amor. Pero Salabaetto, queriendo con su engaño castigar el engaño que ella le había hecho, habiéndole ella invitado un día para que fuese a cenar y a dormir con ella, fue tan melancólico y tan triste que parecía que quisiera morirse. Iancofiore, abrazándolo y besándolo, comenzó a preguntarle que por qué tenía aquella melancolía. Él, luego de que un buen rato se

había hecho rogar, dijo:

—Estoy arruinado, porque el barco en que está la mercancía que yo esperaba ha sido apresado por los corsarios de Mónaco y para rescatarlo se necesitan diez mil florines de oro, de los cuales yo tengo que pagar mil; y no tengo un dinero porque los quinientos que me devolviste los mandé incontinenti a Nápoles para invertirlos en telas que traer aquí. Y si quisiera ahora vender la mercancía que tengo aquí, como no es la temporada apenas me darán un dinero por dos géneros; y todavía no soy aquí lo bastante conocido para que encuentre quien me preste, y por ello no sé qué decir ni qué hacer; y si no mando pronto los dineros me llevarán a Mónaco la mercancía y nunca más la recuperaré.

La mujer, muy contrariada por esto, como a quien le parecía perder todo, pensando qué podía ella hacer para que no fuese a Mónaco, dijo:

—Dios sabe lo que me duele por amor tuyo; ¿pero de qué sirve atribularse tanto? Si yo tuviese esos dineros sabe Dios que te los prestaría incontinenti, pero no los tengo; es verdad que hay una persona que hace tiempo me proveyó de quinientos que me faltaban, pero con fuerte usura, que no quiere menos de

a razón de treinta por cien; si de esa tal persona los quisieras, necesitarías de garantía un buen empeño; y en cuanto a mí yo estoy dispuesta a empeñar todas estas ropas y mi persona por cuanto quieran prestarme, para poder servirte, pero el remanente, ¿cómo lo asegurarías?

Vio Salabaetto la razón que movía a ésta a hacerle tal servicio y se percató de que de ella debían ser los dineros prestados; lo que, placiéndole, primero se lo agradeció y luego dijo que ya por grueso interés no lo dejaría, pues le apretaba la necesidad; y luego dijo que lo aseguraría con la mercancía que tenía en la aduana, haciéndola escribir a nombre de quien el dinero le prestase, pero que quería conservar la llave de la bodega, tanto para poder mostrar su mercancía si se lo pedían como para que nada le pudiera ser tocado ni permutado ni cambiado. La mujer dijo que esto estaba bien dicho y era muy buena garantía; y por ello, al venir el día mandó a buscar a un corredor de quien se fiaba mucho y hablando con él sobre este asunto le dio mil florines de oro, los cuales el corredor prestó a Salabaetto, e hizo inscribir a su nombre lo que Salabaetto tenía dentro, y habiendo hecho sus escrituras y contraescrituras juntos, y quedando en concordia, se fueron a sus demás asuntos.

Salabaetto, lo antes que pudo, subiendo a un barquito, con mil quinientos florines de oro se fue a ver a Pietro del Canigiano a Nápoles, y desde allí les mandó una fiel y completa cuenta a Florencia a sus maestros, los que le habían enviado con los paños; y pagando a Pietro y a cualquiera otro a quien debiese algo, muchos días con Canigiano lo pasó bien con el engaño hecho a la siciliana; después, de allí, no queriendo ya ser mercader, se vino a Ferrara. Iancofiore, no encontrando a Salabaetto en Palermo empezó a asombrarse y entró en sospechas; y luego de que le hubo esperado unos buenos dos meses, viendo que no venía, hizo que el corredor mandase desclavar las bodegas. Y primeramente examinando los toneles que se creía que estaban llenos de aceite, encontró que estaban llenos de agua del mar, habiendo en cada uno como un barril de aceite encima, junto a la boca; luego, desatando los embalajes, todos menos dos, que eran paños, llenos los encontró de borra; y en breve, entre todo lo que había no valía más de doscientos florines; por lo que Iancofiore, sintiéndose burlada, largamente lloró los quinientos florines devueltos y mucho más los mil prestados, diciendo muchas veces:

—Quien trata con toscano no puede ser cegato.

Y así, quedándose con la pérdida y las burlas, se encontró con que tan listos eran el uno como el otro.

Al terminar Dioneo su novela, Laureta, conociendo que había llegado el límite más allá del cual reinar no podía, alabados los consejos de Pietro Canigiano, que por sus efectos se habían visto ser buenos, y la sagacidad de Salabaetto, que no fue menor al ponerlo en obra, quitándose de la cabeza el laurel lo puso en la cabeza de Emilia, señorilmente diciendo:

—Señora, no sé cuán placentera reina tendremos en vos, pero la tendremos hermosa, haced, pues, que a vuestra hermosura respondan vuestras obras.

Y volvió a sentarse. Emilia, no tanto por haber sido hecha reina como por verse así alabar en público en aquello de que las mujeres suelen ser más deseosas, un poquillo se avergonzó y tal se volvió su rostro cual sobre la aurora son las nubecillas rosas; pero sin embargo, luego de que hubo tenido los ojos bajos un tanto y hubo pasado el sonrojo, habiendo con sus senescales organizado los asuntos pertinentes a la compañía, así comenzó a hablar:

—Deleitables señoras, asaz

manifiestamente vemos que, luego de que los bueyes se han cansado durante parte del día, sujetos al yugo, son del yugo aliviados y desuncidos, y libremente donde más les agrada, se les deja por los bosques ir a pastar; y vemos también que no son menos hermosos, sino mucho más, los jardines con varias plantas frondosos que los bosques en los cuales solamente vemos encinas; por las cuales cosas estimo yo, considerando los días que bajo una firme ley hemos hablado, que, como a quien está necesitado de vagar algún tanto, y vagando recuperar las fuerzas para someterse de nuevo al yugo, no solamente sea útil, sino también oportuno. Y por ello, lo que mañana, siguiendo vuestro deleitoso razonar deba decirse, no entiendo limitaros bajo ninguna especificación, sino que quiero que cada uno según guste hable, firmemente creyendo que la variedad de las cosas que se cuenten no menos graciosa será que el haber hablado solamente de una; y habiendo hecho así, quien venga después de mí en el reinado, como a más fuertes podrá con mayor seguridad constreñirnos a las acostumbradas leyes.

Y dicho esto, hasta la hora de la cena concedió libertad a todos.

Todos alabaron a la reina por las cosas dichas, como a prudente; y poniéndose en pie,

quién a un entretenimiento y quién a otro se entregó: las señoras a hacer guirnaldas y a solazarse, los jóvenes a jugar y a cantar; y así estuvieron hasta la hora de la cena, venida la cual, en torno a la hermosa fuente con regocijo y con placer cenaron, y después de cenar, del modo acostumbrado un buen rato se divirtieron cantando y bailando. Al final la reina, para seguir el estilo de sus predecesores, sin reparar en las que voluntariamente habían cantado muchos de ellos, ordenó a Pánfilo que cantase una; el cual, libremente comenzó así:

Tanto es, Amor, el bien

y el contento que estoy por ti sintiendo

que soy feliz en tus llamas ardiendo.

Mi corazón tal alegría rebosa,

tan de gozo está lleno

por lo que me has donado,

que esconderlo sería grave cosa

y en el rostro sereno

muestra mi alegre estado:

que estando enamorado

de un bien tan elevado y estupendo

leve se me hace estar en él ardiendo.

Yo no sé con mi canto demostrar

ni indicar con el dedo,

Amor, el bien que siento;

y aunque supiera debería callar

que, sin dejarlo quedo,

se volvería tormento:

pues estoy tan contento

que todo hablar iría palideciendo

antes de un poco irlo descubriendo.

¿Quién pensaría ya que estos mis brazos

podrían retornar

donde los he tenido,

y que mi rostro sin sufrir rechazos

volvería a acercar

a donde es bendecido?

Nunca hubiera creído

mi fortuna, aunque esté todo yo ardiendo

y mi placer y gozo esté escondiendo.

La canción de Pánfilo terminaba; la cual, por mucho que fuese por todos debidamente coreada, no hubo ninguno que, con más atenta solicitud que le correspondía, no tomase nota de sus palabras, esforzándose en adivinar aquello que él cantaba que le convenía tener escondido; y aunque varios anduviesen imaginando varias cosas, ninguno llegó por ello a la verdad del asunto. Y la reina, después que vio que la canción de Pánfilo había terminado y

a las jóvenes señoras y los hombres deseosos de descansar, mandó que todos se fuesen a dormir.

TERMINA LA octava JORNADA

NOVENA JORNADA

Comienza la novena jornada del Decamerón, en la cual, bajo el gobierno de Emilia, discurre cada uno sobre lo que le gusta y sobre lo que más le agrada.

LA luz, cuyo esplendor ahuyenta la noche, había ya cambiado todo el octavo cielo de azulino a color celeste, y comenzaban por los prados a erguirse las florecillas, cuando Emilia, levantándose, hizo llamar a sus compañeras e igualmente a los jóvenes; los cuales, venidos y poniéndose en camino tras los lentos pasos de la reina, hasta un bosquecillo no lejano de la villa fueron, y entrando en él, vieron que animales como los cabritillos, ciervos y otros, que no temían a la caza por la existente pestilencia, los esperaban no de otra manera

que si en domésticos y sin temor se hubiesen convertido. Y ora a éste, ora a aquél acercándose, como si debieran unirse a ellos, haciéndolos correr y saltar, por algún tiempo se recrearon; pero elevándose ya el sol, a todos pareció oportuno volver. Iban todos engalanados con guirnaldas de encina, con las manos llenas de hierbas odoríferas y flores; y quien los hubiese encontrado nada hubiera podido decir sino: «O éstos no serán por la muerte vencidos o los matará alegres». Así pues, paso a paso viniendo, cantando y bromeando y diciendo agudezas, llegaron a la villa, donde todas las cosas ordenadamente dispuestas y a sus servidores alegres y festejantes encontraron. Allí, descansando un tanto, no se pusieron a la mesa antes de que seis cancioncillas (la una mejor que la otra) fuesen cantadas por los jóvenes y las señoras; después de las cuales, lavándose las manos, a todos colocó el mayordomo a la mesa según el gusto de la reina; donde, traídas las viandas, todos alegres comieron; y levantándose de ello, a carolar[335a] y a tocar sus instrumentos se dieron, por algún espacio; y después, ordenándolo la reina, quien quiso se fue a descansar. Pero llegada la hora acostumbrada, todos en el lugar acostumbrado se reunieron para contar sus historias, y la reina, mirando a Filomena, dijo que diese principio a las historias

del presente día; la cual, sonriendo, comenzó de esta guisa:

Novela primera

Doña Francesca, amada por un tal Rinuccio y un tal Alessandro, y no amando a ninguno, haciendo entrar a uno como muerto en una sepultura y al otro sacar a aquél como a un muerto, y no pudiendo ellos llegar a hacer lo ordenado, sagazmente se los quita de encima.

SEÑORA, mucho me agrada, puesto que os complace, ser quien corra la primera lid en este campo abierto y libre del novelar en que vuestra magnificencia nos ha puesto; lo que si yo hago bien, no dudo que quienes vengan después no lo hagan bien y mejor.

Muchas veces, encantadoras señoras, se ha mostrado en nuestros razonamientos cuántas y cuáles sean las fuerzas de Amor, pero no creo que plenamente se hayan dicho, y no se dirían si estuviésemos hablando desde ahora hasta dentro de un año; y porque él no solamente conduce a los amantes a diversos peligros de muerte, sino también a entrar en las casas de los muertos para sacar a los muertos,

me agrada hablaros de ello con una historia (además de las que ya han sido contadas), en la cual el poder de Amor no solamente comprenderéis, sino también el talento de una valerosa señora aplicado a quitarse de encima a dos que contra su gusto la amaban.

Digo, pues, que en la ciudad de Pistoya hubo una hermosísima señora viuda a la cual dos de nuestros florentinos que por estar desterrados de Florencia vivían en Pistoya, llamados el uno Rinuccio Palermini[336] y el otro Alessandro Chiarmontesi[337], sin saber el uno del otro, por azar prendados de ella, sumamente la amaban, haciendo cuidadosamente cada uno lo que podía para poder conquistar su amor. Y siendo esta noble señora, cuyo nombre fue Francesca de los Lázzari[338] frecuentemente solicitada por embajadas y por ruegos de cada uno de éstos, y habiéndoles poco discretamente prestado oídos muchas veces, y queriendo discretamente dejar de hacerlo y no pudiendo, le vino un pensamiento para quitarse de encima su importunidad: y fue pedirles que le hiciesen un servicio que pensó que ninguno podría hacerle por muy posible que fuese, para que, al no hacerlo, tuviese ella honrosa y verosímil razón para no querer escuchar más sus embajadas; y el pensamiento fue el

siguiente. Había, el día en que le vino este pensamiento, muerto en Pistoya uno que, por muy nobles que hubiesen sido sus antepasados, era reputado el peor hombre que hubiese no ya en Pistoya, sino en todo el mundo; y además de esto, era tan contrahecho y de rostro tan desfigurado que quien no lo hubiese conocido al verlo por primera vez hubiese tenido miedo; y había sido enterrado en un sepulcro fuera de la iglesia de los frailes menores[339]. El cual pensó ella que podría ser de gran ayuda para su propósito; por la cual cosa dijo a una criada suya:

—Sabes bien el aburrimiento y las molestias que recibo todos los días con las embajadas de estos dos florentinos, Rinuccio y Alessandro; ahora bien, no estoy dispuesta a complacerles con mi amor y para quitármelos de encima me ha venido al ánimo ponerlos a prueba (por los grandes ofrecimientos que hacen) en algo que estoy segura de que no harán, y quitarme así de encima su importunidad; y oye cómo. Sabes que esta mañana ha sido enterrado en el lugar de los frailes menores el *Degüelladiós* (así era llamado aquel mal hombre de quien hablamos antes) del cual, no ya muerto, sino vivo, los hombres más valientes de esta ciudad, al verlo, tenían miedo; y por ello te irás secretamente en

primer lugar a Alessandro y le dirás: «Doña Francesca te manda decir que ha llegado el momento en que puedes tener su amor, el cual has deseado tanto, y estar con ella, si quieres, de esta manera. A su casa (por una razón que tú sabrás más tarde) debe ser llevado esta noche el cuerpo de Degüelladiós que fue sepultado esta mañana; y ella, como quien tiene miedo de él aun muerto como está, no querría tenerlo; por lo que te ruega, como gran servicio, ir esta noche a la hora del primer sueño y entrar en la sepultura donde Degüelladiós está enterrado, y ponerte sus ropas y quedarte como si fueses él hasta que vengan a buscarte, y sin hacer nada ni decir palabra dejarte arrastrar y traer a su casa, donde ella te recibirá, y estarás con ella y a tu puesto podrás irte, dejando a su cuidado el resto». Y si dice que lo hará bien está; si dice que no quiere hacerlo, dile de parte mía que no aparezca más donde estoy yo, y que si ama su vida se guarde de mandarme mensajeros ni embajadas. Y luego de esto irás a Rinuccio Palermini y le dirás: «Doña Francesca dice que está pronta a hacer tu gusto si le haces a ella un gran servicio, que es que esta noche hacia la medianoche vayas a la sepultura donde fue enterrado esta noche Degüelladiós y, sin decir palabra de nada que veas, oigas o sientas, tires de él suavemente y se lo lleves a casa; allí

verás para qué lo quiere y conseguirás el placer tuyo; y si no gustas de hacer esto te ordena desde ahora que no le mandes más ni mensajeros ni embajadas».

La criada se fue a donde ambos, y ordenadamente a cada uno, según le fue ordenado, habló; a la cual contestaron ambos que no en una sepultura, sino en un infierno entrarían si a ella le agradaba. La criada dio la respuesta a la señora, que esperó a ver si estaban tan locos que lo harían. Venida, pues, la noche y siendo ya la hora del primer sueño, Alessandro Chiarmontesi, quedándose en jubón, salió de su casa para ir a ponerse en el lugar de Degüelladiós en la sepultura; y en el camino le vino al ánimo un pensamiento muy pavoroso, y comenzó a decirse:

—¡Ah!, ¡qué animal soy! ¿Dónde voy?, ¿y qué sé yo si los parientes de ésta, tal vez percatados de que la amo, creyendo lo que no es la han hecho hacer esto para matarme en la sepultura ésa? Lo que, si sucediese, yo sería el que lo pagaría y nunca llegaría a saberse nada que los perjudicase. ¿O qué sé yo si tal vez algún enemigo mío me ha procurado esto, al cual tal vez ella, amándole, quiere servir?

Y luego decía:

—Pero supongamos que ninguna de estas cosas sea, y que sus parientes vayan a llevarme a su casa: tengo que creer que el cadáver de Degüelladiós no lo quieren para tenerlo en brazos ni para ponerlo en los de ella; sino que tengo que creer que quieren hacer con él cualquier destrozo, como de alguien que en alguna cosa les hizo daño. Ella dice que por nada que sienta diga palabra. ¿Y si ésos me sacasen los ojos, o me arrancasen los dientes, o me mutilasen las manos o me hicieran alguna otra broma semejante, qué sería de mí? ¿Cómo iba a quedarme quieto? ¿Y si hablo y me conocen y por acaso me hacen daño?; pero aunque no me lo hagan, no conseguiré nada porque no me dejarán con la señora; y la señora dirá después que he desobedecido su mandato y nunca hará nada que me contente.

Y así diciendo, casi se volvió a casa; pero el gran amor lo empujó hacia adelante con argumentos contrarios a éstos y de tanta fuerza que le llevaron a la sepultura; la cual abrió, y entrando dentro y desnudando a Degüelladiós y poniéndose su ropa, y cerrando la sepultura sobre su cabeza y poniéndose en el sitio de Degüelladiós, le empezó a dar vueltas en la cabeza quién había sido éste y las cosas que había oído decir que habían sucedido de noche no sólo en la sepultura de los muertos, sino

también en otras partes: y todos los pelos se le pusieron de punta, y de rato en rato le parecía que Degüelladiós se iba a poner de pie y a degollarle a él allí. Pero ayudado por el ardiente amor, estos y otros pavorosos pensamientos venciendo, estando como si estuviese muerto, se puso a esperar lo que fuese a ser de él. Rinuccio al aproximarse la medianoche, salió de su casa para hacer aquello que le había sido mandado decir por su señora; y al ir, entró en muchos y diversos pensamientos sobre las cosas que podrían ocurrirle, tales como poder venir a da a manos de la señoría con el cadáver de Degüelladiós a cuestas y ser condenado a la hoguera por brujo, o de si esto se sabía, suscitar el odio de su parientes y de otros tales, por las cuales casi fue detenido. Pero después, recuperándose, dijo:

—¡Ah!, ¿voy a decir que no a la primera cosa que esta noble señora, a quien tanto he amado y amo, me ha pedido, y especialmente debiendo conquistar su gracia? Aunque tuviese que morir con seguridad, no puedo dejar de hacer lo que le he prometido.

Y siguiendo su camino, llegó a la sepultura y la abrió fácilmente. Alessandro, al sentirla abrir, aunque gran miedo tuviese, se estuvo quedo. Rinuccio, entrando dentro, creyendo coger el cadáver de Degüelladiós cogió a

Alessandro por los pies y lo sacó fuera, y poniéndoselo sobre los hombros, hacia casa de la noble señora comenzó a ir; y andando así y no teniendo consideración con él, muchas veces le daba golpes, ora en un lado, ora en otro, contra algunos bancos que junto a las casas había; y la noche era tan lóbrega y oscura que no podía ver por dónde andaba. Y estando ya Rinuccio junto a la puerta de la noble señora, que a la ventana con su criada estaba para ver si Rinuccio traía a Alessandro, ya preparada para hacer irse a los dos sucedió que la guardia de la señoría, puesta al acecho en aquel barrio y estando silenciosamente, esperando poder coger a un bandido, al sentir el ruido que Rinuccio hacía al andar, súbitamente sacaron una luz para ver qué era y dónde iba, y cogiendo los escudos y las lanzas, gritaron:

—¿Quién anda ahí?

A la cual conociendo Rinuccio, no teniendo tiempo de demasiada larga deliberación, dejando caer a Alessandro, corrió cuanto las piernas podían aguantarlo. Alessandro, levantándose rápidamente, aunque las ropas del muerto llevase puestas, que eran muy largas, también se echó a correr. La señora, con la luz encendida por los guardias óptimamente habían visto a Rinuccio con

Alessandro encima de los hombros, y del mismo modo había apercibido a Alessandro vestido con las ropas de Degüelladiós; y se maravilló mucho del gran valor de los dos, pero con todo su asombro mucho se rió al ver arrojar al suelo a Alessandro y verlo después huir. Y alegrándose mucho con aquel suceso y dando gracias a Dios que del fastidio de estos dos la había sacado, se volvió dentro y se fue a la cama, afirmando, junto con su criada, que sin ninguna duda aquellos dos la amaban mucho, puesto que habían hecho aquello que les había mandado, tal como se veía. Rinuccio, triste y maldiciendo su desventura, no se volvió a su casa aun con todo esto, sino que, al irse de aquel barrio la guardia, volvió allí adonde a Alessandro había arrojado, y comenzó, a tientas, a ver si lo encontraba, para cumplir lo que le había sido requerido; pero, al no encontrarlo, y pensando que la guardia lo habría llevado de allí, triste se volvió a su casa. Alessandro, no sabiendo qué hacer, sin haber conocido a quien le había llevado, doliente por tal desdicha, semejantemente a su casa se fue. Por la mañana, encontrada abierta la sepultura de Degüelladiós y no viéndosele dentro porque Alessandro lo había arrojado al fondo, toda Pistoya se llenó de habladurías, estimando los necios que se lo habían llevado los demonios. No dejó cada uno de los enamorados de hacer

saber a la dama lo que habían hecho y lo que había sucedido, y con ello, excusándose por no haber cumplido por completo su mandamiento, su gracia y su amor pedían; la cual, mostrando no creer a ninguno, con la tajante respuesta de que no haría nunca nada por ellos, puesto que ellos lo que les había pedido no lo habían hecho, se los quitó de encima.

Novela segunda

Se levanta una abadesa apresuradamente y a oscuras para encontrar a una monja suya, delatada a ella, en la cama con su amante, y estando un cura con ella, creyendo que se ponía en la cabeza las tocas, se puso los calzones del cura, los cuales, viéndolos la acusada, y haciéndoselo observar, fue absuelta de la acusación y tuvo libertad para estar con su amante[340].

YA se callaba Filomena y había sido alabado por todos el buen juicio de la señora para quitarse de encima a aquéllos a quienes no quería amar; y, por el contrario, no amor sino tontería había sido juzgada por todos la osada presunción de los amantes, cuando la reina a Elisa dijo graciosamente:

—Elisa, sigue.

La cual, prestamente, comenzó:

Carísimas señoras, discretamente supo

doña Francesca, como se ha contado, librarse de lo que la molestaba; pero una joven monja, con la ayuda de la fortuna, se libró, con las palabras oportunas, de un amenazador peligro. Y como sabéis, son muchos los que, siendo estultísimos[340a], maestros se hacen de los demás y reprensores, los cuales, tal como podréis comprender por mi historia, la fortuna algunas veces merecidamente vitupera; y ello le sucedió a una abadesa bajo cuya obediencia estaba la monja de la que debo hablar.

Debéis saber, pues, que en Lombardía hubo un monasterio famosísimo por su santidad y religión en el cual, entre otras monjas que allí había, había una joven de sangre noble y de maravillosa hermosura dotada, la cual, llamada Isabetta, habiendo venido un día a la reja para hablar con un pariente suyo, de un apuesto joven que con él estaba se enamoró; y éste, viéndola hermosísima, ya su deseo habiendo entendido con los ojos, semejantemente se inflamó por ella, y no sin gran tristeza de los dos, este amor durante mucho tiempo mantuvieron sin ningún fruto. Por fin, estando los dos atentos a ello, vio el joven una vía para poder ir a su monja ocultísimamente; con lo que, alegrándose ella, no una vez, sino muchas, con gran placer de los dos, la visitó. Pero continuando esto,

sucedió que él, una noche, fue visto por una de las señoras de allá adentro (sin que ni él ni ella se apercibiesen) ir a ver a Isabetta y volver; lo que a otras cuantas comunicó. Y primero tomaron la decisión de acusarla a la abadesa, la cual doña Usimbalda tenía por nombre, buena y santa señora según su opinión y de cualquiera que la conociese; luego pensaron, para que no pudiese negarlo, en hacer que la abadesa la cogiese con el joven, y, así, callándose, se repartieran entre sí las vigilias y las guardias secretamente para cogerla. Y, no cuidándose Isabetta de esto ni sabiendo nada de ello, sucedió que le hizo venir una noche; lo que inmediatamente supieron las que estaban a la expectativa. Las cuales, cuando les pareció oportuno, estando ya la noche avanzada, se dividieron en dos y una parte se puso en guardia a la puerta de la celda de Isabetta y otra se fue corriendo a la alcoba de la abadesa, y dando golpes en la puerta de ésta, que ya contestaba, dijeron:

—¡Sús!, señora, levantaos deprisa, que hemos encontrado a Isabetta con un joven en la celda.

Estaba aquella noche la abadesa acompañada de un cura al cual hacia venir con frecuencia metido en un arcón; y, al oír esto, temiendo que las monjas fuesen a golpear

tanto la puerta (por demasiada prisa o demasiado afán) que se abriese, apresuradamente se puso en pie y lo mejor que pudo se vistió a oscuras, y creyendo coger unas tocas dobladas que llevan sobre la cabeza y las llaman «el salterio», cogió los calzones del cura, y tanta fue la prisa que, sin darse cuenta, en lugar del salterio se los echó a la cabeza y salió, y prestamente se cerró la puerta tras ella, diciendo:

—¿Dónde está esa maldita de Dios?

Y con las demás, que tan excitadas y atentas estaban para que encontrasen a Isabetta en pecado que de lo que llevase en la cabeza la abadesa no se dieron cuenta, llegó a la puerta de la celda de ésta y, ayudada por las otras, la echó abajo; y entradas dentro, en la cama encontraron a los dos amantes abrazados, los cuales, de un tan súbito acontecimiento aturdidos, no sabiendo qué hacerse, se estuvieron quietos. La joven fue incontinenti cogida por las otras monjas y, por orden de la abadesa, llevada a capítulo. El joven se había quedado y, vistiéndose, esperaba a ver en qué acababa la cosa, con la intención de jugar una mala pasada a cuantas pudiera alcanzar si a su joven fuese hecho algún mal, y llevársela con él. La abadesa, sentándose en el capítulo, en presencia de

todas las monjas, que solamente a la culpable miraban, comenzó a decirle las mayores injurias que nunca a una mujer fueron dichas, como a quien la santidad, la honestidad y la buena fama del monasterio con sus sucias y vituperables acciones, si afuera fuese sabido, todo lo contaminaba; y tras las injurias añadía gravísimas amenazas. La joven, vergonzosa y tímida, como culpable, no sabía qué responder, sino que callando, hacía a las demás sentir compasión de ella. Y multiplicando la abadesa sus historias, le ocurrió a la joven levantar la mirada y vio lo que la abadesa llevaba en la cabeza y las cintas que de acá y de allá le colgaban; por lo que, dándose cuenta de lo que era, tranquilizada por completo, dijo:

—Señora, así os ayude Dios, ataos la cofia y luego me diréis lo que queráis.

La abadesa, que no la entendía, dijo:

—¿Qué cofia, mala mujer? ¿Tienes el rostro de decir gracias? ¿Te parece que has hecho algo con lo que vayan bien las bromas?

Entonces la joven, otra vez, dijo:

—Señora, os ruego que os atéis la cofia; después decidme lo que os plazca.

Con lo que muchas de las monjas

levantaron la mirada a la cabeza de la abadesa, y ella también llevándose a ella las manos, se dieron cuenta de por qué Isabetta decía aquello; con lo que la abadesa, dándose cuenta de su misma falta y viendo que por todas era vista y no podía ocultarla, cambió de sermón, y de guisa muy distinta de la que había comenzado empezando a hablar, llegó a la conclusión de que era imposible defenderse de los estímulos de la carne; y por ello calladamente, como se había hecho hasta aquel día, dijo que cada una se divirtiera cuanto pudiese. Y poniendo en libertad a la joven, se volvió a acostarse con su cura, e Isabetta con su amante, al cual muchas veces después, a pesar de aquellas que le tenían envidia, lo hizo venir allí; las demás que no tenían amante, lo mejor que pudieron probaron fortuna.

Novela tercera

El maestro Simón, a instancias de Bruno y de Buffalmacco y de Nello, hace creer a Calandrino que está preñado, el cual da a los antes dichos capones y dinero para medicinas, y se cura de la preñez sin parir[341].

DESPUÉS de que Elisa hubo terminado su historia, habiendo dado todos gracias a Dios por haber sacado, con feliz hallazgo, a la joven monja de las fauces de sus envidiosas compañeras, la reina mandó a Filostrato que siguiese; el cual, sin esperar otra orden, comenzó:

Hermosísimas señoras, el poco pulido juez de las Marcas sobre quien ayer os conté una historia, me quitó de la boca una historia de Calandrino que estaba por deciros; y porque lo que de él se cuente no puede sino multiplicar la diversión, aunque sobre él y sus compañeros ya se haya hablado bastante, os diré, sin embargo, la que ayer tenía en el ánimo.

Ya antes se ha mostrado muy claro quién era Calandrino y los otros de quienes tengo que hablar en esta historia; y por ello, sin decir más, digo que sucedió que una tía de Calandrino murió y le dejo doscientas liras de calderilla contante; por la cual cosa, Calandrino comenzó a decir que quería comprar una posesión, y con cuantos corredores de tierras había en Florencia, como si tuviese para gastar diez mil florines de oro, andaba en tratos, los cuales siempre se estropeaban cuando se llegaba al precio de la posesión deseada. Bruno y Buffalmacco, que estas cosas sabían, le habían dicho muchas veces que haría mejor en gastárselos junto con ellos que andar comprando tierras como si hubiera tenido que hacer de destripaterrones, pero no a esto sino ni siquiera a invitarles a comer una vez lo había conducido. Por lo que, quejándose un día de ello y llegando un compañero suyo que tenía por nombre Nello, pintor, deliberaron los tres juntos encontrar la manera de untarse el hocico a costa de Calandrino; y sin tardanza, habiendo decidido entre ellos lo que tenían que hacer, a la mañana siguiente, apostado para ver cuándo salía de casa Calandrino, y no habiendo andado éste casi nada, le salió al encuentro Nello y dijo:



—Buenos días, Calandrino.

Calandrino le contestó que Dios le diese buenos días y buen año. Después de lo cual Nello, parándose un poco, comenzó a mirarle a la cara; a quien Calandrino dijo:

—¿Qué miras?

Y Nello le dijo:

—¿No te ha pasado nada esta noche? No me pareces el mismo.

Calandrino, incontinenti comenzó a sentir temor y dijo:

—¡Ay!, ¿qué te parece que tengo?

Dijo Nello:

—¡Ah!, no lo digo por eso; pero me pareces muy transformado; será otra cosa —y le dejó ir. Calandrino, todo asustado, pero no sintiendo nada, siguió andando. Pero Buffalmacco, que no estaba lejos, viéndolo ya alejarse de Nello, le salió al encuentro y, saludándole, le preguntó que si le dolía algo. Calandrino repuso:

—No sé, hace un momento me decía Nello que parecía todo transformado; ¿podría ser que me pasase algo?

Dijo Buffalmacco:

—Si, nada podría pasarte, no algo: pareces medio muerto.

A Calandrino ya le parecía tener calentura; y he aquí que Bruno aparece, y antes de decir nada dijo:

—Calandrino, ¿qué cara es ésa? Pareces un muerto; ¿qué te pasa?

Calandrino, al oír a todos éstos hablar así, por ciertísimo tuvo que estaba enfermo, y todo espantado le preguntó:

—¿Qué hago?

Dijo Bruno:

—A mí me parece que te vuelvas a casa y te metas en la cama y que te tapen bien, y que le mandes una muestra al maestro Simón, que es tan íntimo nuestro como sabes. Él te dirá incontinenti lo que tienes que hacer, y nosotros vendremos a verte; y si algo necesitas lo haremos nosotros.

Y uniéndoseles Nello, con Calandrino se volvieron a su casa; y él, entrando todo fatigado en la alcoba, dijo a la mujer:

—Ven y tápame bien, que me siento muy mal.

Y habiéndose acostado, mandó una muestra al maestro Simón por una criadita, el cual entonces estaba en la botica del Mercado Viejo que tiene la enseña del melón. Y Bruno dijo a sus compañeros:

—Vosotros quedaos aquí con él, yo quiero ir a saber qué dice el médico, y si es necesario a traerlo.

Calandrino entonces dijo:

—¡Ah, si, amigo mío, vete y ven a decirme cómo está la cosa, que yo no sé qué siento aquí dentro!

Bruno, yendo a buscar al maestro Simón, allí llegó antes de la criadita que llevaba la muestra, e informó del caso al maestro Simón; por lo que, llegada la criadita y habiendo visto el maestro la muestra, dijo a la criadita:

—Ve y dile a Calandrino que no coja frío e iré en seguida a verle y le diré lo que tiene y lo que tiene que hacer.

La criadita así se lo dijo; y no había pasado mucho tiempo cuando el médico y Bruno vinieron, y sentándose al lado del médico, comenzó a tomarle el pulso, y, luego de un poco, estando allí presente su mujer, dijo:

—Mira, Calandrino, hablándote como a

amigo, no tienes otro mal sino que estás preñado.

Cuando Calandrino oyó esto, dolorosamente comenzó a gritar y a decir:

—¡Ay! Tessa, esto es culpa tuya, que no quieres sino subirte encima; ¡ya te lo decía yo!

La mujer, que muy honesta persona era, oyendo decir tal cosa al marido, toda enrojeció de vergüenza, y bajando la frente sin responder palabra salió de la alcoba. Calandrino, continuando con su quejumbre, decía:

—¡Ay, desdichado de mí!, ¿qué haré?, ¿cómo pariré este hijo? ¿Por dónde saldrá? Bien me veo muerto por la lujuria de esta mujer mía, que tan desdichada la haga Dios como yo quiero ser feliz; pero si estuviese sano como no lo estoy, me levantaría y le daría tantos golpes que la haría pedazos, aunque muy bien me está, que nunca debía haberla dejado subirse encima; pero por cierto que si salgo de ésta antes se podrá morir de las ganas.



Bruno y Buffalmacco y Nello tenían tantas ganas de reír que estallaban al oír las palabras de Calandrino, pero se aguantaban; pero el maestro Simón se reía tan descuajaringadamente que se le podrían haber sacado todos los dientes. Pero, por fin, poniéndose Calandrino en manos del médico y rogándole que en esto le diese consejo y ayuda, le dijo el maestro:

—Calandrino, no quiero que te aterrorices, que, alabado sea Dios, nos hemos dado cuenta del caso tan pronto que con poco trabajo y en pocos días te curaré; pero hay que gastar un poco.

Dijo Calandrino:

—¡Ay!, maestro mío, sí, por amor de Dios; tengo aquí cerca de doscientas liras con las que quería comprar una buena posesión: si se necesitan todas, cogédlas todas, con tal de que no tenga que parir, que no sé qué iba a ser de mí, que oigo a las mujeres armar tanto alboroto cuando están pariendo, aunque tengan un tal bien grande para hacerlo, que creo que si yo sintiera ese dolor me moriría antes de parir.

Dijo el médico:

—No pienses en eso: te haré hacer cierta bebida destilada muy buena y muy agradable de beber que, en tres mañanas, resolverá todas las cosas y te quedarás más fresco que un pez; pero luego tendrás que ser prudente y no te obstines en estas necedades más. Ahora se necesitan para esa agua tres pares de buenos y gordos capones, y para otras cosas que hacen falta le darás a uno de éstos cinco liras de calderilla para que las compre, y harás que todo me lo lleven a la botica; y yo, en nombre de Dios, mañana te mandaré ese brebaje destilado, y comenzarás a beberlo un vaso grande de cada vez.

Calandrino, oído esto, dijo:

—Maestro mío, lo que digáis.

Y dando cinco liras a Bruno y dineros para tres pares de capones le rogó que en su servicio se tomase el trabajo de estas cosas. El médico, yéndose, le hizo hacer un poco de jarabe y se lo mandó. Bruno, comprados los capones y otras cosas necesarias para pasarlo bien, junto con el médico y con sus compañeros se los comió. Calandrino bebió jarabe tres mañanas; y el médico vino a verle y sus compañeros y, tomándole el pulso, le dijo:

—Calandrino, estás curado sin duda, así

que con tranquilidad vete ya a tus asuntos, y no es cosa de quedarte más en casa.

Calandrino, contento, se levantó y se fue a sus asuntos, alabando mucho, dondequiera que se paraba a hablar con una persona, la buena cura que le había hecho el maestro Simón, haciéndole abortar en tres días sin ningún dolor; y Bruno y Buffalmacco y Nello se quedaron contentos por haber sabido, con ingenio, burlar la avaricia de Calandrino, aunque doña Tessa, apercibiéndose, mucho con su marido rezongase.

Novela cuarta

Cecco de micer Fortarrigo se juega en Bonconvento todas sus cosas y los dineros de Cecco de micer Angiulieri, y corriendo detrás de él en camisa y diciendo que le había robado, hace que los villanos lo cojan; y se viste sus ropas y monta en el palafrén y, viniéndose, lo deja a él en camisa.

CON grandísimas risas de toda la compañía habían sido escuchadas las palabras dichas por Calandrino a su mujer; pero callándose ya Filostrato, Neifile, cuando la reina quiso, comenzó:

Valerosas señoras, si no fuese más difícil a los hombres mostrar a los demás su buen juicio y su virtud, de lo que lo es la necedad y el vicio, en vano se fatigarían mucho en poner freno a sus palabras; y esto lo ha manifestado suficientemente la necedad de Calandrino, que ninguna necesidad tenía, para curarse del mal que su simpleza le hacía creer que tenía, de mostrar en público los secretos gustos de su

mujer. La cual cosa, me ha traído a la memoria otra contraria a ella, esto es: cómo la malicia de uno superó el entendimiento de otro, con grave daño y burla del sobrepasado; lo que me place contaros.

Había, no han pasado muchos años, en Siena, dos hombres ya de edad madura, llamados los dos Cecco, pero uno de micer Angiulieri[342] y el otro de micer Fortarrigo[343], los cuales, aunque en muchas otras cosas no concordaban sus costumbres, en una —esto es, en que ambos odiaban a sus padres— tanto concordaban que se habían hecho amigos y muchas veces estaban juntos. Pero pareciéndole al Angiulieri, que apuesto y cortés hombre era, mal estar en Siena con la asignación que le era dada por su padre, enterándose de que en la Marca de Ancona había venido como legado del papa un cardenal que era mucho su protector, se dispuso a irse a donde él, creyendo mejorar su condición y haciéndole saber esto al padre, arregló con él que le diese en un momento lo que le debía dar en seis meses para que se pudiera vestir y equipar de cabalgadura e ir honorablemente. Y buscando a alguien a quien pudiese llevar consigo a su servicio, llegó esto a oídos del Fortarrigo, el cual inmediatamente fue al Angiulieri y comenzó como mejor pudo a

rogarle que lo llevase consigo, y que él quería ser su criado y servidor y cualquier cosa, y sin ningún salario más que los gastos. Al cual respondió Angiulieri que no lo quería llevar, no porque no supiese que era capaz de todo servicio sino porque jugaba, y además de eso se embriagaba alguna vez; a lo que Fortarrigo respondió que de lo uno y lo otro se enmendaría sin duda, y con muchos juramentos se lo afirmó, añadiendo tantos ruegos que Angiulieri, como vencido, dijo que estaba contento. Y puestos en camino una mañana ambos, se fueron a almorzar a Bonconvento, donde habiendo Angiulieri almorzado y haciendo mucho calor, haciéndose preparar una cama en la posada y desnudándose, ayudado por Fortarrigo, se durmió, y le dijo que al sonar nona le llamase. Fortarrigo, mientras dormía Angiulieri, se bajó a la taberna, y allí, habiendo bebido un tanto, comenzó a jugar con algunos, los cuales en poco tiempo habiéndole ganado algunos dineros que tenía, semejantemente cuanta ropa tenía encima le ganaron, con lo que él, deseoso de resarcirse, en camisa como estaba, subió a donde dormía Angiulieri y, viéndolo dormir profundamente, le quitó de la bolsa cuantos dineros tenía, y volviendo al juego los perdió igual que los otros. Angiulieri, despertándose, se levantó y se vistió, y llamó a

Fortarrigo, y no encontrándolo, pensó Angiulieri que en algún lugar se habría dormido borracho, como otras veces había acostumbrado a hacer; por lo que, decidiéndose a dejarlo, haciendo ensillar su palafrén y cargando en él la valija, pensando en encontrar otro servidor en Corsignano[344], queriendo, para irse, pagar al posadero, no encontró ni un dinero; por lo que el alboroto fue grande y toda la casa del posadero se revolvió, diciendo Angiulieri que le habían robado allí dentro y amenazando a todos con hacerlos ir presos a Siena. Y he aquí que llega Fortarrigo, que para quitarle las ropas como había hecho antes con el dinero venía; y viendo a Angiulieri en disposición de cabalgar, dijo:

—¿Qué es esto, Angiulieri? ¿Tenemos que irnos ya? ¡Ah!, esperad un poco: debe llegar de un momento a otro uno que ha tomado en prenda mi jubón por treinta y ocho sueldos; estoy cierto de que nos lo devolverá por treinta y cinco pagándolo en el momento.

Y mientras estaba hablando todavía, llegó uno que aseguró a Angiulieri que Fortarrigo había sido quien le había quitado sus dineros mostrándole la cantidad de ellos que había perdido. Por la cual cosa, Angiulieri, enojadísimo, dijo a Fortarrigo un gran insulto, y si más al prójimo que a Dios no hubiese

temido, habría llegado a las obras; y amenazándolo con hacerlo colgar o hacer pregonar su cabeza en Siena montó a caballo. Fortarrigo, si Angiulieri dijese estas cosas a otros y no a él, decía:

—¡Bah!, Angiulieri, haya paz, dejemos ahora estas palabras que no importan un rábano, ocupémonos de esto: nos lo devolverán por treinta y cinco sueldos si lo recogemos ahora, que, si esperamos de aquí a mañana, no querrán menos de treinta y ocho, a como me lo prestó; y me hace este favor porque me fié de él, ¿por qué no ganamos tres sueldos?

Angiulieri, oyéndolo hablar así, se desesperaba, y máximamente viéndose mirar por los que estaban alrededor, que parecía que creían, no que Fontarrigo hubiera jugado el dinero de Angiulieri, sino que aún tenía del suyo y le decía:

—¿Qué me importa tu jubón, así te cuelguen, que no solamente me has robado y jugado lo mío, sino que además has impedido mi partida, y aún te burlas de mi?

Fortarrigo, sin embargo, estaba impasible como si no le hablase a él y decía:

—¡Ah!, ¿por qué no puedes dejarme ganar

tres sueldos?, ¿no crees que te los puedo prestar? ¡Ah!, hazlo si algo te importo; ¿por qué tienes tanta prisa? Todavía llegaremos esta noche temprano a Torrenieri. Busca tu bolsa sabe que podría recorrer toda Siena y no encontraría uno que me estuviera tan bien como éste; ¡y decir que se lo he dejado a aquél por treinta y ocho sueldos! Todavía vale cuarenta y más, así que me perjudicarías de dos maneras.

Angiulieri, aquejado por grandísimo dolor, viéndose robar por éste y ahora ser detenido por su palabreo, sin responderle más, volviendo la cabeza de palafrén, tomó el camino hacia Torrenieri. Al cual, Fortarrigo, poseído de una maliciosa idea, así en camisa comenzó a trotar tras él, y habiendo andado ya sus dos millas rogando por el jubón, yendo Angiulieri deprisa para quitarse aquella lata de los oídos, vio Fortarrigo unos labradores en un campo vecino al camino delante de Angiulieri; a los que Fortarrigo, gritando fuerte comenzó a decir:

—¡Cogédlo, cogédlo!

Por lo que éstos, uno con azada y otro con azadón, parándose en el camino delante de Angiulieri, creyendo que hubiera robado a aquel que venía tras él en camisa gritando, le

retuvieron y lo apresaron; al cual, decirles quién era él y cómo había ido el asunto, de poco le servía. Pero Fortarrigo, llegan do allí, con mal gesto dijo:

—¡No sé cómo no te mato, ladrón traidor que te escapas con lo mío!

Y volviéndose a los villanos, dijo:

—Ved, señores, cómo me había, partiendo escondidamente, dejado en la posada, después de haber perdido en el juego todas sus cosas. Bien puedo decir que por Dios y por vosotros he recuperado todo esto, por lo que siempre os estaré agradecido.

Angiulieri por su parte decía lo mismo, pero sus palabras no eran oídas. Fortarrigo, con la ayuda de los villanos, lo hizo bajar del palafrén y, despojándole de sus ropas, se vistió con ellas, y montado a caballo, dejando a Angiulieri en camisa y descalzo, se volvió a Siena, diciendo por todas partes que el palafrén y las ropas le había ganado a Angiulieri. Angiulieri, que rico creía ir al cardenal en la Marca, pobre y en camisa se volvió a Bonconvento, y por vergüenza no se atrevió a volver a Siena en mucho tiempo; sino que, habiéndole prestado unas ropas, sobre el rocín que montaba Fortarrigo se fue con sus parientes de

Corsignano, con los cuales se quedó hasta que por su padre fue otra vez socorrido. Y de este modo la malicia de Fortarrigo confundió el buen propósito de Angiulieri, aunque no fuese por él dejada sin castigo en su tiempo y su lugar.

Novela quinta

Calandrino se enamora de una joven y Bruno le hace un breve, con el cual, al tocarla, se va con él; y siendo encontrado por su mujer, tienen una gravísima y enojosa disputa.

TERMINADA la no larga historia de Neifile, sin que demasiado se riese de ella o hablase la compañía, la reina, vuelta hacia Fiameta, que ella siguiese le ordenó; la cual, muy alegre, repuso que de buen grado, y comenzó:

Nobilísimas señoras, como creo que sabéis, nada hay de lo que se hable tanto que no guste más cada vez si el momento y el lugar que tal cosa pide sabe ser elegido debidamente por quien quiere hablar de ello. Y por ello, si miro a aquello por lo que estamos aquí (que para divertirnos y entretenernos y no para otra cosa estamos) estimo que todo lo que pueda proporcionar diversión y entretenimiento tiene aquí su momento y lugar oportuno; y aunque mil veces se hablase de ello, no debe sino deleitar otro tanto al hablar de ello. Por la cual

cosa, aunque muchas veces se haya hablado entre nosotros de las aventuras de Calandrino, mirando (como hace poco dijo Filostrato) que todas son divertidas, osaré contar sobre ellas una historia además de las contadas: la cual, si de la verdad de los hechos hubiese querido o quisiese apartarme, bien habría sabido bajo otros nombres componerla y contarla; pero como el apartarse de la verdad de las cosas sucedidas al novelar es disminuir mucho deleite en los oyentes, en la forma verdadera, ayudada por lo ya hablado, os la contaré.

Niccolo Cornacchini[345] fue un conciudadano nuestro y un hombre rico; y entre sus otras posesiones tuvo una hermosa en Camerata[346], en la que hizo construir una honorable y rica casona, y con Bruno y con Buffalmacco concertó que se la pintaran toda; los cuales, como el trabajo era mucho, llevaron consigo a Nello y Calandrino y comenzaron a trabajar. Donde, aunque alguna alcoba amueblada con una cama y otras cosas oportunas hubiese y una criada vieja viviese también como guardiana del lugar, porque otra familia no había, acostumbraba un hijo del dicho Niccolo, que tenía por nombre Filippo, como joven y sin mujer, a llevar alguna vez a alguna mujer que le gustase y tenerla allí un día o dos y luego despedirla.

Ahora bien, entre las demás veces sucedió que llevó a una que tenía por nombre Niccolosa, a quien un rufián, que era llamado el Tragón, teniéndola a su disposición en una casa de Camaldoli, la daba en alquiler. Tenía ésta hermosa figura y estaba bien vestida y, en relación con sus semejantes, era de buenas maneras y hablaba bien; y habiendo un día a mediodía salido de la alcoba con unas enaguas de fustán[346a] blanco y con los cabellos revueltos, y estando lavándose las manos y la cara en un pozo que había en el patio de la casona, sucedió que Calandrino vino allí a por agua y familiarmente la saludó. Ella, respondiéndole, comenzó a mirarle, más porque Calandrino le parecía un hombre raro que por otra coquetería. Calandrino comenzó a mirarla a ella, y pareciéndole hermosa, comenzó a encontrar excusas y no volvía a sus compañeros con el agua: pero no conociéndola no se atrevía a decirle nada. Ella, que se había apercibido de que la miraba, para tomarle el pelo alguna vez lo miraba, arrojando algún suspirillo; por la cual cosa Calandrino súbitamente se encalabrinó con ella, y no se había ido del patio cuando ella fue llamada a la alcoba de Filippo.

Calandrino, volviendo a trabajar, no hacía sino resoplar, por lo que Bruno, dándose

cuenta, porque mucho le observaba las manos, como quien gran diversión sentía en sus actos, dijo:

—¿Qué diablo tienes, compadre Calandrino? No haces más que resoplar.

Al que Calandrino dijo:

—Compadre, si tuviera quien me ayudase, estaría bien.

—¿Cómo? —dijo Bruno.

A quien Calandrino dijo:

—No hay que decírselo a nadie: hay una joven aquí abajo que es más hermosa que una hechicera, la cual se ha enamorado tanto de mí que te parecería cosa extraordinaria: me he dado cuenta ahora mismo, cuando he ido a por agua.

—¡Ay! —dijo Bruno—, cuidado que no sea la mujer de Filippo.

Dijo Calandrino:

—Creo que sí, porque él la llamó y ella se fue a su alcoba; ¿pero qué significa esto? A Cristo se la pegaría yo por tales cosas, no a Filippo. Te voy a decir la verdad, compadre: me gusta tanto que no podría decirlo.

Dijo entonces Bruno:

—Compadre, te voy a explicar quién es; y si es la mujer de Filippo, arreglaré tu asunto en dos palabras porque la conozco mucho. ¿Pero cómo haremos para que no lo sepa Buffalmacco? No puedo hablarle nunca si no está él conmigo.

Dijo Calandrino:

—Buffalmacco no me preocupa, pero ten cuidado con Nello, que es pariente de Tessa y echaría todo a perder.

Dijo Bruno:

—Dices bien.

Pues Bruno sabía quién era ella, como quien la había visto llegar, y también Filippo se lo había dicho; por lo que, habiéndose ido Calandrino un poco del trabajo e ido a verla, Bruno contó todo a Nello y a Buffalmacco, y juntos ocultamente arreglaron lo que iban a hacer con este enamoramiento suyo.

Y al volver, le dijo Bruno en voz baja:

—¿La has visto?

Repuso Calandrino:

—¡Ay, sí, me ha matado!

Dijo Bruno:

—Quiero ir a ver si es la que yo creo; y si es, déjame hacer a mí. Bajando, pues, Bruno y encontrando a Filippo y a ella, ordenadamente les contó quién era Calandrino y lo que les había dicho, y con ellos arregló lo que cada uno tenía que decir y hacer para divertirse y entretenerse con el enamoramiento de Calandrino; y volviéndose a Calandrino dijo:

—Sí es ella: y por ello esto hay que hacerlo muy sabiamente, porque si Filippo se diese cuenta, toda el agua del Arno no te lavaría. Pero ¿qué quieres que le diga de tu parte si sucede que pueda hablarle?

Repuso Calandrino:

—¡Rediez! Le dirás antes que antes que la quiero mil fanegas de ese buen bien de impregnar, y luego que soy su servicial y que si quiere algo, ¿me has entendido bien?

Dijo Bruno:

—Sí, déjame a mí.

Llegada la hora de la cena y éstos, habiendo dejado el trabajo y bajado al patio, estando allí Filippo y Niccolosa, un rato en servicio de Calandrino se quedaron allí, y Calandrino comenzó a mirar a Niccolosa y a

hacer los más extraños gestos del mundo, tales y tantos que se habría dado cuenta un ciego. Ella, por otra parte, hacía todo cuanto podía con lo que creía inflamarlo bien y según los consejos recibidos de Bruno, divirtiéndose lo más del mundo con los modos de Calandrino. Filippo, con Buffalmacco y con los otros hacía semblante de conversar y de no apercibirse de este asunto.

Pero después de un rato, sin embargo, con grandísimo fastidio de Calandrino se fueron; y viniendo hacia Florencia dijo Bruno a Calandrino:

—Bien te digo que la haces derretirse como hielo al sol: por el cuerpo de Cristo, si te traes el rabel y le cantas un poco esas canciones tuyas de amores, la harás tirarse de la ventana para venir contigo.

Dijo Calandrino:

—¿Te parece, compadre?, ¿te parece que lo traiga?

—Sí —repuso Bruno.

A quien repuso Calandrino:

—No me lo creías hoy cuando te lo decía: por cierto, compadre, me doy cuenta de que sé mejor que otros hacer lo que quiero. ¿Quién

hubiera sabido, sino yo, enamorar tan pronto a una mujer tal que ésta? A buena hora iban a saberlo hacer estos jóvenes de trompa marina que todo el día lo pasan yendo de arriba abajo y en mil años no sabrían reunir un puñado de cuescos. Ahora querría que me vieses un poco con el rabel: ¡verás que buena pasada! Y entiende bien que no soy tan viejo como te parezco: ella sí se ha dado cuenta, ella; pero de otra manera se lo haré notar si le pongo las garras encima, por el verdadero cuerpo de Cristo, que le haré tal pasada que se me vendrá detrás como la tonta tras el hijo.

—¡Oh! —dijo Bruno—, te la hocicarás: y me parece verte morderla con esos dientes tuyos como clavijas esa boca suya rojezuela y esas mejillas que parecen dos rosas, y luego comértela toda entera.

Calandrino, al oír estas palabras, le parecía estar poniéndolas en obra, y andaba cantando y saltando tan alegre que no cabía en su pellejo. Pero al día siguiente, trayendo el rabel, con gran deleite de toda la compañía cantó con él muchas canciones; y en resumen en tal desgana de hacer nada entró con tanto mirar a aquélla, que no trabajaba nada sino que mil veces al día, ora a la ventana, ora a la puerta y ora al patio corría para verla, y ella, según los consejos que Bruno le había dado, muy bien le

daba ocasiones. Bruno, por otra parte, se ocupaba de sus embajadas y de parte de ella a veces se las hacía: cuando ella no estaba allí, que era la mayor parte del tiempo, le hacía llegar cartas de ella en las cuales le daba grandes esperanzas a sus deseos, mostrando que estaba en casa de sus parientes, donde él entonces no podía verla. Y de esta guisa, Bruno y Buffalmacco, que andaban en el asunto, sacaban de los hechos de Calandrino la mayor diversión del mundo, haciéndose dar a veces, como pedido por su señora, cuándo un peine de marfil y cuándo una bolsa y cuándo una navajilla y tales chucherías, dándole a cambio algunas sortijitas falsas sin valor con las que Calandrino hacía fiestas maravillosas; y además de esto le sacaban buenas meriendas y otras invitaciones, por estar ocupados de sus asuntos.

Ahora, habiéndole entretenido unos dos meses de esta forma sin haber hecho más, viendo Calandrino que el trabajo se venía acabando y pensando que, si no llevaba a efecto su amor antes de que estuviese terminado el trabajo, nunca más iba a poder conseguirlo, comenzó a importunar mucho y a solicitar a Bruno; por la cual cosa, habiendo venido la joven, habiendo Bruno primero con Filippo y con ella arreglado lo que había que

hacer, dijo a Calandrino:

—Mira, compadre, esta mujer me ha prometido más de mil veces hacer lo que tú quieras y luego no hace nada, y me parece que te está tomando el pelo; y por ello, como no hace lo que promete, vamos a hacérselo hacer, lo quiera o no, si tú quieres.

Repuso Calandrino:

—¡Ah!, sí, por amor de Dios, hagámoslo pronto.

Dijo Bruno:

—¿Tendrás valor para tocarla con un breve que te dé yo?

Dijo Calandrino:

—Claro que sí.

—Pues —dijo Bruno— búscame un trozo de pergamino nonato y un murciélago vivo y tres granitos de incienso y una vela bendita, y déjame hacer.

Calandrino pasó toda la noche siguiente cazando a un murciélago con sus trampas y al final lo cogió y con las otras cosas y se lo llevó a Bruno; el cual, retirándose a una alcoba, escribió sobre aquel pergamino ciertas

sandeces con algunas cataratas y se lo llevó y dijo:

—Calandrino, entérate de que si la tocas con este escrito, vendrá incontinenti detrás de ti y hará lo que quieras. Pero, si Filippo va hoy a algún lugar, acércate de cualquier manera y tócala y vete al pajar que está aquí al lado, que es el mejor lugar que haya, porque no va nunca nadie, verás que ella viene allí, cuando esté allí bien sabes lo que tienes que hacer.

Calandrino se sintió el hombre más feliz del mundo y tomando el escrito dijo:

—Compadre, déjame a mí.

Nello, de quien Calandrino se ocultaba, se divertía con este asunto tanto como los otros y junto con ellos intervenía en la burla; y por ello, tal como Bruno le había ordenado, se fue a Florencia a la mujer de Calandrino y le dijo:

—Tessa, sabes cuántos golpes te dio Calandrino sin razón el día que volvió con las piedras del Muñone, y por ello quiero que te vengues: y si no lo haces, no me tengas más por pariente ni por amigo. Se ha enamorado de una mujer de allá arriba, y es tan zorra que anda encerrándose con él muchas veces, y hace poco se dieron cita para estar juntos enseguida; y por eso quiero que te vengues y

lo vigiles y lo castigues bien.

Al oír la mujer esto, no le pareció ninguna broma, sino que poniéndose en pie comenzó a decir:

—Ay, ladrón público, ¿eso me haces? Por la cruz de Cristo, no se quedará así que no me las pagues.

Y cogiendo su toquilla y una muchachita de compañera, enseguida, más corriendo que andando, con Nello se fue hacia allá arriba; a la cual, al verla venir Bruno de lejos, dijo a Filippo:

—Aquí está nuestro amigo.

Por la cual cosa, Filippo, yendo donde Calandrino y los otros trabajando, dijo:

—Maestros, tengo que ir a Florencia ahora mismo: trabajad con ganas.

Y yéndose, se fue a esconder en una parte donde podía, sin ser visto, ver lo que hacía Calandrino.

Calandrino, cuando creyó que Filippo estaba algo lejos, bajó al patio donde encontró sola a Niccolosa; y entrando con ella en conversación, y ella, que sabía bien lo que tenía que hacer, acercándosele, un poco de mayor familiaridad que la que mostrado le

había le mostró, con lo que Calandrino la tocó con el escrito. Y cuando la hubo tocado, sin decir nada, volvió los pasos al pajar, a donde Niccolosa le siguió; y, entrando dentro, cerrada la puerta abrazó a Calandrino y sobre la paja que estaba en el suelo lo arrojó, y saltándole encima, a horcajadas y poniéndole las manos sobre los hombros, sin dejarle que le acercase la cara, como con gran deseo lo miraba diciendo:

—Oh, dulce Calandrino mío, alma mía, bien mío, descanso mío, ¡cuánto tiempo he deseado tenerte y poder tenerte a mi voluntad! Con tu amabilidad me has robado el cordón de la camisa, me has encadenado el corazón con tu rabel: ¿puede ser cierto que te tenga?

Calandrino, pudiéndose mover apenas, decía:

—¡Ah!, dulce alma mía, déjame besarte.

Niccolosa decía:

—¡Qué prisa tienes! Déjame primero verte a mi gusto: ¡déjame saciar los ojos con este dulce rostro tuyo!

Bruno y Buffalmacco se habían ido donde Filippo y los tres veían y oían esto; y yendo ya Calandrino a besar a Niccolosa, he aquí que

llegan Nello con doña Tessa; el cual, al llegar, dijo:

—Voto a Dios que están juntos —y llegados a la puerta del pajar, la mujer, que estallaba de rabia, empujándole con las manos le hizo irse, y entrando dentro vio a Niccolosa encima de Calandrino; la cual, al ver a la mujer, súbitamente levantándose, huyó y se fue donde estaba Filippo.

Doña Tessa corrió con las uñas a la cara de Calandrino que todavía no estaba levantado, y se la arañó toda; y cogiéndolo por el pelo y tirándolo de acá para allá comenzó a decir:

—Sucio perro deshonrado, ¿así que esto me haces? Viejo tonto, que maldito sea el día en que te he querido: ¿así que no te parece que tienes bastante que hacer en tu casa que te vas enamorando por las ajenas? ¡Vaya un buen enamorado! ¿No te conoces, desdichado?, ¿no te conoces, malnacido?, que escurriéndote todo no saldría jugo para una salsa. Por Dios que no era Tessa quien te preñaba, ¡que Dios la confunda a ésa sea quien sea, que debe ser triste cosa tener gusto por una joya tan buena como eres tú!

Calandrino, al ver venir a su mujer, se

quedó que ni muerto ni vivo y no se atrevió a defenderse contra ella de ninguna manera: sino que así arañado y todo pelado y desgreñado, recogiendo la capa y levantándose, comenzó humildemente a pedir a su mujer que no gritase si no quería que le cortasen en pedazos porque aquella que estaba con él era mujer del de la casa.

La mujer dijo:

—¡Pues que Dios le dé mala ventura!

Bruno y Buffalmacco, que con Filippo y Niccolosa se habían reído de este asunto a su gusto, como si acudiesen al alboroto, aquí llegaron; y luego de muchas historias, tranquilizada la mujer, dieron a Calandrino el consejo de que se fuese a Florencia y no volviera por allí, para que Filippo, si algo oyera de esto, no le hiciese daño. Así pues, Calandrino, triste y afligido, todo pelado y todo arañado volviéndose a Florencia, más allá arriba no se atrevió a volver, molestado día y noche por las reprimendas de su mujer, y a su ardiente amor puso fin, habiendo hecho reír mucho a sus amigos y a Niccolosa y a Filippo.

Novela sexta

Dos jóvenes se albergan en la casa de uno con cuya hija uno va acostarse, y su mujer, sin advertirlo, se acuesta con el otro; el que estaba con la hija se acuesta con su padre y le cuenta todo, creyendo hablar con su compañero; hacen mucho alboroto, la mujer, apercibiéndose, se mete en la cama de la hija y, consiguientemente, con algunas palabras pacifica a todos[347].

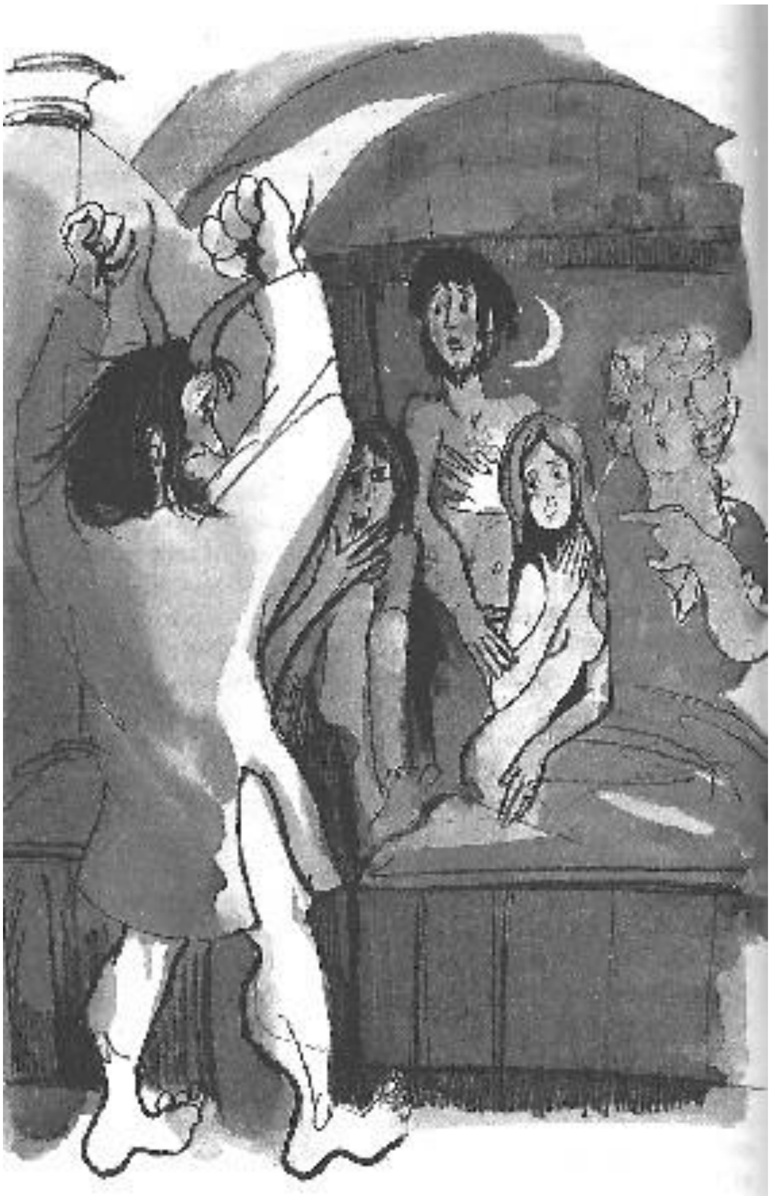
CALANDRINO, que otras veces había hecho reír a la compañía, lo mismo lo hizo esta vez: y después de que las damas dejaran de hablar de sus cosas, la reina ordenó a Pánfilo que hablase, el cual dijo:

Loables señoras, el nombre de la Niccolosa amada por Calandrino me ha traído a la memoria una historia de otra Niccolosa, la cual me place contaros porque en ella veréis cómo una súbita inspiración de una buena mujer evitó un gran escándalo.

En la llanura del Muñone[348] hubo, no ha mucho tiempo, un hombre bueno que a los viandantes daba, por dinero, de comer y beber; y aunque era una persona pobre y tenía una casa pequeña, alguna vez, en caso de gran necesidad, no a todas las personas sino a algún conocido albergaba; ahora bien, tenía éste una mujer que era asaz hermosa hembra, de la cual tenía dos hijos: y el uno era una jovencita hermosa y agradable, de edad de quince o de dieciséis años, que todavía no tenía marido; el otro era un niño pequeñito que todavía no tenía un año, al que la misma madre amamantaba. A la joven le había echado los ojos encima un jovenzuelo apuesto y placentero y hombre noble de nuestra ciudad, el cual mucho andaba por el barrio y fogosamente la amaba; y ella, que de ser amada por un joven tal como aquel mucho se gloriaba, mientras en retenerlo en su amor con placenteros gestos se esforzaba, de él igualmente se enamoró; y muchas veces con gusto de cada una de las partes hubiera tenido efecto aquel amor si Pinuccio, que así se llamaba el joven, no hubiera sentido disgusto en causar la deshonra de la joven y de él. Pero de día en día multiplicándose su ardor, le vino el deseo a Pinuccio de reunirse con ella, y le vino al pensamiento encontrar el modo de albergarse en casa de su padre, pensando,

como quien la disposición de la casa de la joven sabía, que si aquello hiciera, podría ocurrir que estuviese con ella sin que nadie se apercibiese; y en cuanto le vino al ánimo, sin dilación lo puso en obra. Él, junto con un fiel amigo llamado Adriano, que este amor conocía, cogiendo un día al caer la noche dos rocines de alquiler y poniéndoles encima dos valijas, tal vez llenas de paja, salieron de Florencia, y dando una vuelta, cabalgando, a la llanura del Muñone llegaron siendo ya de noche; y entonces, como si volviesen de Romaña, dándose la vuelta, hacia las casas se vinieron y a la del buen hombre llamaron; el cual, como quien muy bien conocía a los dos, abrió la puerta prontamente. Al que Pinuccio dijo:

—Mira, tienes que darnos albergue esta noche: pensábamos poder entrar en Florencia, y no hemos podido apurarnos tanto que a tal hora como es hayamos llegado.



A quien el posadero repuso:

—Pinuccio, bien sabes qué comodidad tengo para albergar a hombres tales como sois vosotros; pero como esta hora os ha alcanzado aquí y no hay tiempo para que podáis ir a otro sitio, os daré albergue de buena gana como pueda.

Echando pie a tierra, pues, los dos jóvenes, y entrando en el albergue, primeramente acomodaron sus rocines y luego, habiendo ellos llevado la cena consigo, cenaron con el huésped. Ahora no tenía el huésped sino una alcobita muy pequeña en la cual había tres camitas puestas como mejor el huésped había sabido; y no había, con todo ello, quedado más espacio (estando dos a uno de los lados de la alcoba y la tercera contra el otro) que se pudiese hacer allí nada sino moverse muy estrechamente. De estas tres camas, hizo el hombre preparar para los dos compañeros la menos mala, y los hizo acostar; luego, después de algún tanto, no durmiendo ninguno de ellos aunque fingiesen dormir, hizo el huésped acostarse a su hija en una de las dos que quedaban y en la otra se metió él y su mujer, la cual, junto a la cama donde dormía puso la cuna en la que tenía a su hijo pequeñito. Y estando las cosas de esta guisa dispuestas, y habiendo Pinuccio visto todo, después de algún tiempo, pareciéndole que todos estaban dormidos, levantándose sin ruido, se fue a la camita donde la joven amada por él estaba echada, y se le echó al lado; por la cual, aunque medrosamente lo hiciese, fue alegremente acogido, y con ella, tomando el placer que más había deseado, se estuvo. Y estando así Pinuccio con la joven, sucedió que

un gato hizo caer ciertas cosas, que la mujer, despertándose, oyó; por lo que levantándose, temiendo que fuese otra cosa, así en la oscuridad como estaba, se fue allí adonde había oído el ruido. Adriano, que en aquello no tenía el ánimo, por acaso por alguna necesidad natural se levantó y yendo a satisfacerla se tropezó con la cuna puesta por la mujer, y no pudiendo sin levantarla pasar delante, cogiéndola, la levantó del lugar donde estaba y la puso junto al lado de la cama donde él dormía; y cumplido aquello por lo que se había levantado, volviéndose, sin preocuparse de la cuna, en la cama se metió. La mujer, habiendo buscado y encontrado que aquello que había caído al suelo no era la tal cosa, no se preocupó de encender ninguna luz para verlo mejor sino que, habiendo gritado al gato, a la alcobita se volvió, y a tientas se fue derechamente a la cama donde dormía su marido; pero no encontrando allí la cuna, se dijo:

—¡Ay, desdichada de mí! Mira lo que hacía: a fe que me iba derechamente a la cama de mis huéspedes.

Y yendo un poco más allá y encontrando la cuna, en la cama junto a la cual estaba, junto a Adriano se acostó creyendo acostarse con su marido. Adriano, que todavía no se había

dormido, al sentir esto la recibió bien y alegremente; y sin decir palabra tensó la ballesta y la descargó de un solo golpe con gran placer de la mujer. Y estando así, temiendo Pinuccio que el sueño le sorprendiese con su joven, habiendo el placer logrado que deseaba, para volverse a dormir a su cama se levantó de su lado y, yendo a ella, encontrando la cuna, creyó que era aquélla la del huésped; por lo que, avanzando un poco más, se acostó con el huésped, que con la llegada de Pinuccio se despertó. Pinuccio, creyendo estar al lado de Adriano, dijo:

—¡Bien te digo que nunca hubo cosa tan dulce como Niccolosa! Por el cuerpo de Cristo, he tenido con ella el mayor placer que nunca un hombre tuvo con mujer; y te digo que he bajado seis veces a la villa desde que me fui de aquí.

El huésped, oyendo estas noticias y no gustándole demasiado, se dijo primero: «¿Qué diablos hace éste aquí?».

Después, más airado que prudente, dijo:

—Pinuccio, la tuya ha sido una villanía y no sé por qué tienes que hacerme esto; pero por el cuerpo de Cristo me la vas a pagar.

Pinuccio, que no era el joven más sabio del

mundo, al darse cuenta de su error no corrió a enmendarlo como mejor hubiera podido sino que dijo:

—¿Qué te voy a pagar? ¿Qué podrías hacerme?

La mujer del huésped, que con su marido creía estar dijo a Adriano:

—¡Ay, mira a nuestros huéspedes que están riñendo por no sé qué!

Adriano, riendo, repuso:

—Déjalos en paz y que Dios los confunda: bebieron demasiado anoche.

La mujer, pareciéndole haber oído a su marido gritar y oyendo a Adriano, incontinenti conoció dónde había estado y con quién; por lo cual, como discreta, sin decir palabra, súbitamente se levantó, y cogiendo la cuna de su hijito, como ninguna luz se viese en la alcoba, por conjetura la llevó junto a la cama donde dormía su hija y con ella se acostó; y, como despertándose con el barullo del marido, le llamó y le preguntó qué riña se traía con Pinuccio. El marido respondió:

—¿No le oyes lo que dice que ha hecho esta noche con Niccolosa?

La mujer dijo:

—Miente con toda la boca, que con Niccolosa no se ha acostado; que yo me he acostado aquí en el momento en que no he podido dormir ya; y tú eres un animal por creerle. Bebéis tanto por la noche que luego soñáis y vais de acá para allá sin enteraros y os parece que hacéis algo grande; ¡gran lástima es que no os rompáis el cuello! ¿Pero qué hace ahí ese Pinuccio? ¿Por qué no se está en su cama?

Por otra parte, Adriano, viendo que la mujer discretamente su deshonra y la de su hija tapaba, dijo:

—Pinuccio, te lo he dicho cien veces que no vayas dando vueltas, que este vicio tuyo de levantarte dormido y contar las fábulas que sueñas te va a traer alguna vez una desgracia; ¡vuélvete aquí, así Dios te dé mala noche!

El huésped, oyendo lo que decía su mujer y lo que decía Adriano, comenzó a creer demasiado bien que Pinuccio estaba soñando; por lo que, cogiéndolo por los hombros, comenzó a menearlo y a llamarlo, diciendo:

—Pinuccio, despiértate; vuélvete a tu cama.

Pinuccio, habiendo oído lo que se había

dicho, comenzó, a guisa de quien soñase, a entrar en otros desatinos; de lo que el huésped se reía con las mayores ganas del mundo. Al final, sintiendo que lo meneaban, hizo semblante de despertarse, y llamando a Adriano dijo:

—¿Es ya de día, que me llamas?

Adriano dijo:

—Sí, ven aquí.

Él, fingiendo y mostrándose muy somnoliento, por fin se levantó de junto a su huésped y se volvió a la cama con Adriano; y venido el día y levantándose el huésped, comenzó a reírse y a burlarse de él y de sus sueños. Y así, de una broma en otra, preparando los dos jóvenes sus rocines y poniendo sobre ellos sus valijas y habiendo bebido con el huésped, montando de nuevo a caballo se vinieron a Florencia, no menos contentos del modo en que la cosa había sucedido que de los efectos de la cosa. Y luego después, encontrando otros modos, Pinuccio se encontró con Niccolosa, la cual afirmaba a su madre que éste verdaderamente había soñado; por la cual cosa la mujer, acordándose de los abrazos de Adriano, a sí misma se decía que era la única en haber velado.

Novela séptima

Talano de Imola[349] sueña que un lobo desgarra toda la cara y la garganta de su mujer; le dice que tenga cuidado; ella no lo hace y le sucede así.

HABIENDO terminado la historia de Pánfilo y sido la invención de la mujer alabada por todos, la reina a Pampínea dijo que contase la suya, la cual, entonces, comenzó:

Otra vez, amables señoras, sobre la verdad demostrada por los sueños, de los que muchos se burlan, se ha hablado entre nosotros; y sin embargo, aunque ya se haya dicho, no dejaré con una historieta muy breve de contaros lo que a una vecina mía, no hace aún mucho tiempo, sucedió por no creer en uno que sobre ella había tenido su marido.

No sé si vosotras conocisteis a Talano de Imola, hombre muy honrado. Éste, habiendo tomado por mujer a una joven llamada Margarita, más hermosa que todas las demás,

pero, sobre toda otra cosa, tan caprichosa, desabrida y suspicaz que no quería hacer nada a gusto de nadie ni los demás podían hacerlo al suyo; lo que, aunque pesadísimo fuese de soportar a Talano, no pudiendo hacer otra cosa, se lo sufría. Ahora bien, sucedió una noche, estando Talano con esta Margarita suya en el campo, en una de sus posesiones, que estando él durmiendo le pareció ver a su mujer ir por un bosque muy hermoso que tenían no muy lejos de su casa; y mientras la veía andar así, le pareció que de una parte del bosque salía un grande y feroz lobo, el cual prestamente se le arrojaba a la garganta y la tiraba a tierra, y ella, pidiendo ayuda, se esforzaba en arrancarse de él; y cuando salió de sus fauces, toda la cara y la garganta le pareció que tenía destrozadas. El cual, levantándose a la mañana siguiente, dijo a su mujer:

—Mujer, aunque tu suspicacia no haya permitido nunca que pase yo un solo día en paz contigo, sentiría mucho que te sucediese algún mal; y por ello, si confías en mi juicio, no saldrás hoy de casa.

Y preguntándole ella el porqué, ordenadamente le contó su sueño. La mujer, moviendo la cabeza, dijo:

—Quien mal te quiere mal te sueña; mucho te compadeces de mí, pero me sueñas como querrías verme; y por cierto que me guardaré, hoy y siempre, de darte gusto con éste o con otro daño mío.

Dijo entonces Talano:

—Ya sabía yo que ibas a contestarme eso, porque así le pagan a quien cría cuervos, pero aunque creas lo que quieras, yo lo digo por tu bien, y ahora otra vez te advierto que te quedes hoy en casa, o por lo menos, que te guardes de ir a nuestro bosque.

La mujer dijo:

—Está bien.

Y luego empezó a decirse a sí misma:

«¿Has visto con qué malicia se cree éste haberme metido miedo de ir hoy a nuestro bosque, dónde seguro que debe haberle dado una cita a cualquier desgraciada, y no quiere que lo encuentre allí? ¡Oh, qué buen embelesador es éste!, y bien tonta sería yo si le creyese. Pero con certeza no lo conseguirá; tengo que ver yo, aunque deba estar allí todo el día, qué clase de comercio es el que quiere éste hacer hoy».

Y como hubo dicho esto, saliendo el marido

por una puerta de la casa, salió ella por otra, y lo más ocultamente que pudo, sin dilación se fue al bosque y allí, en la parte que más follaje había, se escondió, estando atenta y mirando, ora aquí, ora allí por ver si veía venir a alguien. Y mientras de esta guisa estaba, sin ningún temor del lobo, he aquí que de un matorral tupido sale un lobo grande y terrible y ni pudo ella, cuando lo vio, decir sino: «¡Señor, ayúdame!», cuando el lobo ya se le había arrojado a la garganta y, cogiéndola con fuerza, comenzó a llevársela de allí como si fuese un pequeño corderito. Ella no podía gritar (tan oprimida tenía la garganta), ni de otra manera defenderse; por lo que, llevándosela el lobo, sin falta la habría estrangulado si no se hubiera topado con algunos pastores, los cuales, gritándole, le obligaron a soltarla; y ella, mísera y desdichada, reconocida por los pastores y llevada a su casa, luego de largo esfuerzo fue curada por los médicos, pero no tanto que toda la garganta y una buena parte de la cara no se quedasen estropeadas de tal manera que siendo primero hermosa, se quedó luego siendo siempre feísima y deforme. Por lo que ella, avergonzándose de aparecer donde fuese vista, muchas veces miserablemente lloró su suspicacia y el no haber, en aquello que nada le costaba, prestado fe al veraz sueño de su marido.

Novela octava

Biondello[350] hace una burla a Ciacco[351] con un almuerzo, de la que Ciacco sagazmente se venga haciéndolo golpear concienzudamente.

UNIVERSALMENTE todos los de la alegre compañía dijeron que lo que Talano había visto durmiendo no había sido un sueño sino una visión, si es que exactamente, sin faltar nada, había sucedido. Pero, callándose todos, ordenó la reina a Laureta que siguiese; la cual dijo:

Como éstos, sapientísimas señoras, que hoy antes de mí han hablado, casi todos han sido movidos a hablar por alguna cosa antes dicha, así me mueve a mí la severa venganza (contada ayer por Pampínea) que tomó el escolar, a hablar de una muy dura para quien la sufrió, aunque no fuese tan cruel, y por ello digo que:

Viviendo en Florencia uno llamado por todos Ciacco, hombre glotoncísimo más que ninguno que haya existido, y no pudiendo sus

posibilidades sostener los gastos que su glotonería requería, siendo por otra parte muy cortés y todo lleno de buenos y placenteros decires ingeniosos, se dedicó a ser no propiamente bufón sino gracioso, y a tratar a quienes eran ricos y se deleitaban comiendo cosas buenas; y con éstos a almorzar y a cenar, aunque no fuese siempre invitado, iba muy frecuentemente. Había semejantemente en aquellos tiempos en Florencia uno que se llamaba Biondello, pequeño de persona, muy cortés y más limpio que una patena, con su gorrete en la cabeza, con su melenita rubia y sin un solo cabello descolocado, el cual el mismo oficio que Ciacco tenía; el cual, habiendo ido una mañana de cuaresma allá donde se vende el pescado y comprado dos gordísimas lampreas para micer Vieri de los Cerchi[352], fue visto por Ciacco, que, acercándose a Biondello dijo:

—¿Qué significa esto?

A quien Biondello repuso:

—Ayer tarde le mandaron otras tres mucho más hermosas que éstas son y un esturión a micer Corso Donati[353], y no bastándole para poder dar de comer a algunos gentileshombres, me ha mandado a comprar estas otras dos: ¿no vas a venir tú?

Repuso Ciacco:

—Bien sabes que sí.

Y cuando le pareció oportuno, a casa de micer Corso se fue, y lo encontró con algunos vecinos suyos, que todavía no había ido a almorzar; a quien, siendo preguntado por él que qué andaba haciendo, repuso:

—Señor, vengo a almorzar con vos y vuestra compañía.

A quien micer Corso dijo:

—Eres bien venido, y como ya es hora, vámonos.

Sentándose, pues, a la mesa, primero comieron garbanzos y atún en salmuera, y luego peces del Arno fritos, y nada más. Ciacco, apercibiéndose del engaño de Biondello y no poco enojado, se propuso hacérselo pagar; y no pasaron muchos días sin que se encontrase con él, que ya había hecho reír a muchos con aquella burla. Biondello, al verlo, le saludó, y riéndose le preguntó que qué tal habían estado las lampreas de micer Corso; a lo que respondiendo Ciacco, dijo:

—Antes de que pasen ocho días lo sabrás mucho mejor que yo.

Y sin dar tregua al asunto, separándose de Biondello, ajustó el precio con un truhán y, dándole un botellón de vidrio, lo llevó a la lonja de los Cavicciuli y le mostró en ella a un caballero llamado Filippo Argenti[354], hombre grande y nervudo y fuerte, irritable, iracundo y colérico más que ningún otro, y le dijo:

—Te acercas a él con este frasco en la mano y le dices así: «Señor, me manda Biondello y me manda para rogaros que os plazca enrojecerle este frasco con vuestro buen vino tinto, que se quiere divertir un rato con sus compinches». Y estate bien atento para que no te ponga las manos encima, porque lo sentirías y habrías estropeado mis asuntos.

Dijo el truhán:

—¿Tengo que decir algo más?

Dijo Ciacco:

—No, vete; y cuando le hayas dicho eso, vuelve aquí con el frasco, que yo te pagaré.

Echándose a andar, pues, el truhán, le dio la embajada a micer Filippo. Micer Filippo, al oírle, como quien poco aguante tenía, pensando que Biondello, a quien conocía, se burlaba de él, todo colorado el rostro, diciendo:

—¿Qué «enrojecedme» y qué

«compinches» son ésos, que Dios os confunda a ti y a él?

Se puso en pie y extendió el brazo para golpear al truhán; pero el truhán, como quien estaba atento, fue rápido y salió huyendo, y por otro camino volvió a donde Ciacco, que todo había visto, y le dijo lo que micer Filippo había dicho. Ciacco, contento, pagó al truhán, y no descansó hasta encontrar a Biondello; al cual dijo:

—¿Has ido últimamente por la lonja de los Cavicciuli?

Repuso Biondello:

—No, nada; ¿por qué me lo preguntas?

Dijo Ciacco:

—Porque puedo decirte que micer Filippo te está buscando; no sé qué es lo que quiere.

Dijo entonces Biondello:

—Bien, voy hacia allí y hablaré con él.

Al irse Biondello, Ciacco se fue detrás a ver cómo iba el asunto. Micer Filippo, no habiendo podido alcanzar al truhán, se había quedado fieramente airado y se recomía por dentro al no poder dar a las palabras del pícaro otro

significado sino que Biondello, a instancias de quien fuese, se burlaba de él; y mientras estaba él reconcomiéndose, he aquí que Biondello llega. Al que, en cuanto vio, saliéndole al encuentro, le dio en la cara un gran puñetazo.

—¡Ay!, señor —dijo Biondello—, ¿qué es esto?

Micer Filippo, cogiéndolo por los pelos y arrancándole el gorrete de la cabeza y arrojándole el capucho por tierra, y sin dejar de darle grandes golpes, decía:

—Traidor, bien verás lo que es esto; ¿de qué «enrojecedme» y de qué «compinches» mandas que me hablen a mí? ¿Te parezco un muchachito a quien se le gastan bromas?

Y así diciendo, con los puños que tenía como de hierro, le destrozó toda la cara y no le dejó en la cabeza pelo que estuviese bien colocado, y revolcándolo por el fango, le rasgó todas las ropas que llevaba encima; y tanto se aplicaba a ello que ni una vez desde el principio pudo Biondello decir palabra ni preguntarle por qué le hacía esto; bien había oído lo del «enrojecedme» y los «compinches», pero no sabía lo que quería decir. Por fin, habiéndole bien golpeado micer Filippo y habiendo mucha

gente alrededor, con el mayor trabajo del mundo se lo arrancaron de las manos, tan desgreñado y desastrado como estaba, y le dijeron por qué micer Filippo había hecho aquello, reprendiéndole por haber mandado a decirle aquello, y diciéndole que a aquellas alturas debía conocer a micer Filippo y que no era hombre para gastarle bromas. Biondello, llorando, se excusaba y decía que nunca había mandado a pedirle vino a micer Filippo; y luego que un poco se hubo compuesto, triste y dolorido se volvió a casa, pensando que aquello había sido obra de Ciacco. Y después de que tras muchos días, desaparecidos los cardenales del rostro, comenzó a salir de casa, sucedió que lo encontró Ciacco, y riéndose le preguntó:

—Biondello, ¿qué tal te pareció el vino de micer Filippo?

Repuso Biondello:

—¡Así debían haberte parecido a ti las lampreas de micer Corso!

Entonces dijo Ciacco:

—Ahora depende de ti: siempre que quieras hacerme comer tan bien como me hiciste, te daré de beber tan bien como te he dado.

Biondello, que sabía que contra Ciacco más podía tener mala voluntad que malas obras, rogó a Dios que le diese su paz, y de allí en adelante se guardó de burlarse de él.

Novela novena

Dos jóvenes piden consejo a Salomón, el uno de cómo puede ser amado, el otro de cómo debe a la mujer terca; al uno le responde que ame y al otro que vaya al puente de la Oca[355].

NADIE más que la reina (si quería respetarse el privilegio concedido a Dioneo) quedaba por novelar; la cual, después de que las damas hubieron mucho reído del desdichado Biondello, alegre, comenzó a hablar así:

Amables señoras, si con mente recta miramos el orden de las cosas, muy fácilmente conoceremos que toda la universal multitud de las mujeres está a los hombres sometida por la naturaleza y por las costumbres y por las leyes, y que según el discernimiento de éstos

conviene que se rijan y gobiernen; y por ello, todas las que quieran tranquilidad, consuelo y reposo tener con los hombres a quienes pertenecen, deben ser con ellos humildes, pacientes y obedientes, además de honestas, lo que es especial tesoro de cada una. Y si en cuanto a esto las leyes, que al bien común miran en todas las cosas, no nos enseñasen (y el uso y la costumbre que queremos decir, cuyas fuerzas son grandísimas y dignas de ser reverenciadas) la naturaleza muy abiertamente lo muestra, que nos ha hecho en el cuerpo delicadas y blandas, en el ánimo tímidas y miedosas, en las mentes benignas y piadosas, y nos ha dado flacas las corporales fuerzas, las voces amables y los movimientos de los miembros suaves: cosas todas que testimonian que tenemos necesidad del gobierno ajeno. Y quien tiene necesidad de ser ayudado y gobernado, toda razón quiere que sea obediente y que esté sometido y reverencie a su ayudador y gobernador: ¿y quiénes nos ayudan y gobiernan a nosotras sino los hombres? Pues a los hombres debemos, sumamente honrándoles, someternos; y la que de esto se aparte estimo que sea dignísima no solamente de dura reprensión, sino también de áspero castigo. Y a tal consideración, aunque ya la haya hecho otra vez, me ha traído hace poco Pampínea con lo que contó de la irritable

mujer de Talano: a quien Dios mandó el castigo que su marido no había sabido darle; y por ello juzgo yo que son dignas (como ya dije) de duro y áspero castigo todas aquellas que se apartan de ser amables, benévolas y dóciles como lo quieren la naturaleza, la costumbre y las leyes. Por lo que me agrada contaros el consejo que dio Salomón, como útil medicina para curar a aquellas que están afectadas de este mal; el cual, ninguna que no sea merecedora de tal medicina, piense que se dice por ella, aunque los hombres acostumbren decir tal proverbio: «Espuelas pide el buen caballo y el malo, y la mujer buena y mala pide palo». Las cuales palabras, quien quisiera interpretarlas jocosamente, inmediatamente concedería que son ciertas de todas, pero aun queriendo interpretarlas moralmente, digo que habría que admitirlas. Son naturalmente las mujeres todas volubles e influenciables y por ello, para corregir la inquietud de quienes se dejan ir demasiado lejos de los límites impuestos, se necesita el bastón que las castigue, y para sustentar la virtud de las demás, que no se dejen resbalar, es necesario el bastón que las sostenga y las asuste. Pero dejando ahora el predicar, viendo a aquello que tengo en el ánimo decir, digo que:

Habiéndose ya extendido por todo el

universo mundo la altísima fama de la maravillosa discreción de Salomón, y el liberalísimo uso que de ella hacía para quien quería conocerla por propia experiencia, muchos acudían a él por consejo en sus estrechísimas y arduas necesidades desde diversas partes del mundo; y entre los otros que a ello iba, se puso en camino un joven cuyo nombre era Melisso, muy noble y rico, de la ciudad de Layazo, de donde era él y donde vivía. Y cabalgando hacia Jerusalén, sucedió que, al salir de Antioquia, con otro joven llamado Josefo, el cual aquel mismo camino llevaba que él hacía, cabalgó durante algún tiempo; y como es la costumbre de los viajeros, comenzó a entrar con él en conversación. Habiéndole dicho ya Josefo a Melisso cuál era su condición y de dónde venía, adónde iba y a qué le preguntó; al cual, dijo Josefo que iba a Salomón, para pedirle consejo de lo que debía hacer con su mujer, que era más que ninguna otra mujer terca y mala, a quien él ni con ruegos ni con halagos ni de ninguna otra manera podía sacar de su obstinación. Y luego, él por su parte, de dónde era y adónde iba y para qué le preguntó; al cual respondió Melisso:

—Yo soy de Layazo, y como tú tienes una desgracia yo tengo otra: yo soy un hombre rico

y gasto lo mío en sentar a mi mesa y honrar a mis conciudadanos, y es cosa rara y extraña pensar que, a pesar de todo esto, no puedo encontrar a nadie que me quiera bien; y por ello voy donde vas tú, para pedir consejo de cómo pueda hacer que sea amado.

Caminaron, pues, juntos los dos compañeros y, llegados a Jerusalén, por mediación de uno de los barones de Salomón, fueron llevados ante él, al cual brevemente Melisso expuso su necesidad; a quien Salomón repuso:

—Ama.

Y dicho esto, prestamente Melisso fue obligado a salir de allí, y Josefo dijo aquello por lo que estaba allí, al cual Salomón, nada respondió sino:

—Ve al Puente de la Oca.

Dicho lo cual, también Josefo fue sin demora alejado de la presencia del rey, y encontró a Melisso que estaba esperándole, y le dijo lo que le habían dado por respuesta. Los cuales, pensando en estas palabras y no pudiendo comprender su sentido ni sacar ningún fruto para sus necesidades, como si hubiesen sido burlados, se pusieron en camino para volver; y luego de que hubieron caminado

algunas jornadas llegaron a un río sobre el cual había un hermoso puente; y porque una gran caravana de carga con mulas y con caballos estaba pasando tuvieron que esperar hasta tanto que hubiesen pasado. Y habiendo ya pasado casi todos, por acaso hubo un mulo que se espantó, como con frecuencia les sucedía, y no quería de ninguna manera pasar adelante; por la cual cosa, un mulero, cogiendo una estaca, primero con bastante suavidad comenzó a pegarle para que pasase. Pero el mulo, ora de esta parte del camino, ora de aquélla atravesándose, y a veces retrocediendo, de ninguna manera pasar quería; por la cual cosa el mulero, sobremanera airado, comenzó con la estaca a darle los mayores golpes del mundo, ora en la cabeza, ora en los flancos y ora en la grupa; pero todo era inútil. Por lo que Melisso y Josefo, que estaban mirando esta cosa, decían al mulero:

—¡Ah!, desdichado, ¿qué haces?, ¿quieres matarlo?, ¿por qué no pruebas a conducirlo bien y tranquilamente? Irá antes que si lo golpeas como estás haciendo.

A quienes el mulero respondió:

—Vosotros conocéis a vuestros caballos y yo conozco mi mulo; dejadme hacerle lo que quiero.

Y dicho esto, comenzó a darle bastonazos, y tantos de una parte y tantos de otra le dio que el mulo pasó adelante, de manera que el mulero se salió con la suya. Estando, pues, los dos jóvenes a punto de seguir, preguntó Josefo a un buen hombre, que estaba sentado al empezar el puente, que cómo se llamaba aquello; al cual el buen hombre repuso:

—Señor, esto se llama el Puente de la Oca.

Lo que, como hubo oído Josefo, se acordó de las palabras de Salomón y le dijo a Melisso:

—Pues te digo, compañero, que los consejos que me ha dado Salomón podrían ser buenos y verdaderos porque muy claramente conozco que no sabía pegar a mi mujer: pero este mulero me ha enseñado lo que tengo que hacer.

De allí a algunos días llegados a Antioquia, retuvo Josefo a Melisso para que descansase algunos días con él; y siendo muy fríamente recibido por su mujer, le dijo que hiciese preparar la cena tal como Melisso le dijera; el cual, como vio que Josefo eso quería, se lo explicó. La mujer, tal como había hecho en el pasado, no como Melisso le había dicho, sino todo lo contrario hizo; lo que viendo Josefo, enojado, dijo:

—¿No se te ha dicho de qué manera debías hacer esta cena?

La mujer, respondiéndole orgullosamente, dijo:

—Pues ¿qué quiere decir esto? ¡Ah! ¡No cenes si no quieres cenar! Si se me dijo de otra manera a mí me ha parecido hacerlo así; si te place, que te plazca; si no, aguántate.

Maravillóse Melisso de la respuesta de la mujer y mucho se la reprobó. Josefo, al oír esto, dijo:

—Mujer, sigues siendo lo que eras, pero créeme que te haré cambiar de maneras.

Y volviéndose a Melisso dijo:

—Amigo, pronto vamos a ver qué tal ha sido el consejo de Salomón; pero te ruego que no te sea duro verlo ni pensar que es broma lo que voy a hacer. Y para que no me lo impidas, acuérdate de la respuesta que nos dio el mulero cuando de su mulo nos daba compasión.

Al cual Melisso dijo:

—Yo estoy en tu casa, donde no entiendo separarme de lo que gustes.

Josefo, buscando un bastón redondo de una encina joven, se fue a su alcoba, adonde la mujer, que con cólera se había levantado de la mesa, se había ido rezongando, y cogiéndola por las trenzas la arrojó a sus pies y comenzó a golpearla fieramente con este bastón. La mujer empezó primero a gritar y después a amenazar; pero viendo que con todo Josefo no cejaba, toda dolorida comenzó a pedir merced por Dios para que no la matase, diciendo además que nunca dejaría de hacer su gusto. Josefo, a pesar de todo esto, no cesaba sino que con más furia una vez que la anterior o en el costado o en las ancas o en los hombros golpeándola fuertemente le andaba asentando las costuras, y no se quedó quieto hasta que se cansó; y en resumen, ningún hueso ni ninguna parte quedó en el cuerpo de la buena mujer que machacada no tuviese; y hecho esto, volviéndose con Melisso, dijo:

—Mañana veremos cómo resulta el consejo de «Vete al Puente de la Oca».

Y descansando un tanto y lavándose después las manos, con Melisso cenó y cuando fue hora se fueron a acostar. La pobrecita mujer con gran trabajo se levantó del suelo y se arrojó sobre la cama, donde descansando lo mejor que pudo, a la mañana siguiente, levantándose tempranísimo, hizo preguntar a

Josefo que qué quería que hiciese para almorzar. Él, riéndose de aquello junto con Melisso, se lo explicó; y luego, cuando fue hora, al volver, óptimamente todas las cosas y según la orden dada encontraron hechas; por la cual cosa el primer consejo para sus males que habían oído sumamente alabaron. Y luego de algunos días, separándose Melisso de Josefo y volviendo a su casa, a uno que era un hombre sabio le dijo lo que Salomón le había dicho, el cual le dijo:

—Ningún consejo más verdadero ni mejor podía darte. Sabes bien que tú no amas a nadie, y los honores y los favores que haces los haces no por amor que tengas a nadie sino por pompa. Ama, pues, como Salomón te dijo, y serás amado.

Así pues, fue corregida la irascible mujer, y el joven, amando, fue amado.

Novela décima

Don Gianni, a instancias de compadre Pietro, hace un encantamiento para convertir a su mujer en una yegua; y cuando va a pegarle la cola, compadre Pietro, diciendo que no quería cola, estropea todo el encantamiento[356].

ESTA historia contada por la reina hizo un poco murmurar a las mujeres y reírse a los jóvenes; pero luego de que se callaron, Dioneo así empezó a hablar: Gallardas señoras; entre muchas blancas palomas añade más belleza un negro cuervo que lo haría un cándido cisne, y así entre muchos sabios algunas veces uno menos sabio es no solamente un acrecentamiento de esplendor y hermosura para su madurez, sino también deleite y solaz. Por la cual cosa, siendo todas vosotras discretísimas y moderadas, yo, que más bien huelo a bobo, haciendo vuestra virtud más brillante con mi defecto, más querido debe seros que si con mayor valor a aquélla hiciera oscurecerse: y por consiguiente, mayor libertad

debo tener en mostrarme tal cual soy, y más pacientemente debe ser por vosotras sufrido que lo debería si yo más sabio fuese, contando aquello que voy a contar. Os contaré, pues, una historia no muy larga en la cual comprenderéis cuán diligentemente conviene observar las cosas impuestas por aquellos que algo por arte de magia hacen y cuándo un pequeño fallo cometido en ello estropea todo lo hecho por el encantador.

El año pasado hubo en Barletta un cura llamado don Gianni de Barolo el cual, porque tenía una iglesia pobre, para sustentar su vida comenzó a llevar mercancía con una yegua acá y allá por las ferias de Apulia y a comprar y a vender. Y andando así trabó estrechas amistades con uno que se llamaba Pietro de Tresanti, que aquel mismo oficio hacía con un asno suyo, y en señal de cariño y de amistad, a la manera pullesa[356a] no lo llamaba sino compadre Pietro; y cuantas veces llegaba a Barletta lo llevaba a su iglesia y allí lo albergaba y como podía lo honraba. Compadre Pietro, por otra parte, siendo pobrísimo y teniendo una pequeña cabaña en Tresanti, apenas bastante para él y para su joven y hermosa mujer y para su burro, cuantas veces don Gianni por Tresanti aparecía, tantas se lo llevaba a casa y como podía, en

reconocimiento del honor que de él recibía en Barletta, lo honraba. Pero en el asunto del albergue, no teniendo el compadre Pietro sino una pequeña yacija en la cual con su hermosa mujer dormía, honrar no lo podía como quería; sino que en un pequeño establo estando junto a su burro echada la yegua de don Gianni, tenía que acostarse sobre la paja junto a ella. La mujer, sabiendo el honor que el cura hacía a su marido en Barletta, muchas veces había querido, cuando el cura venía, ir a dormir con una vecina suya que tenía por nombre Zita Carapresa de Juez Leo, para que el cura con su marido durmiese en la cama, y se lo había dicho muchas veces al cura, pero él nunca había querido; y entre las otras veces una le dijo: —Comadre Gemmata, no te preocupes por mí, que estoy bien, porque cuando me place a esta yegua la convierto en una hermosa muchacha y me estoy con ella, y luego, cuando quiero, la convierto en yegua; y por ello no me separaré de ella.

La joven se maravilló y se lo creyó, y se lo dijo al marido, añadiendo: —Si es tan íntimo tuyo como dices, ¿por qué no haces que te enseñe el encantamiento para que puedas convertirme a mí en yegua y hacer tus negocios con el burro y con la yegua y ganaremos el doble? Y cuando hayamos vuelto

a casa podrías hacerme otra vez mujer como soy.

Compadre Pietro, que era más bien corto de alcances, creyó este asunto y siguió su consejo: y lo mejor que pudo comenzó a solicitar de don Gianni que le enseñase aquello. Don Gianni se ingenió mucho en sacarlo de aquella necedad, pero no pudiendo, dijo: —Bien, puesto que lo queréis, mañana nos levantaremos, como solemos, antes del alba, y os mostraré cómo se hace; es verdad que lo más difícil en este asunto es pegar la cola, como verás.

El compadre Pietro y la comadre Gemmata, casi sin haber dormido aquella noche, con tanto deseo este asunto esperaban que en cuanto se acercó el día se levantaron y llamaron a don Gianni; el cual, levantándose en camisa, vino a la alcobita del compadre Pietro y dijo: —No hay en el mundo nadie por quien yo hiciese esto sino por vosotros, y por ello, ya que os place, lo haré; es verdad que tenéis que hacer lo que yo os diga si queréis que salga bien.

Ellos dijeron que harían lo que él les dijese; por lo que don Gianni, cogiendo una luz, se la puso en la mano al compadre Pietro y le dijo: —Mira bien lo que hago yo, y que recuerdes bien lo que diga; y guárdate, si no quieres

echar todo a perder, de decir una sola palabra por nada que oigas o veas; y pide a Dios que la cola se pegue bien.

El compadre Pietro, cogiendo la luz, dijo que así lo haría. Luego, don Gianni hizo que se desnudase como su madre la trajo al mundo la comadre Gemmata, y la hizo ponerse con las manos y los pies en el suelo de la manera que están las yeguas, aconsejándola igualmente que no dijese una palabra sucediese lo que sucediese; y comenzando a tocarle la cara con las manos y la cabeza, comenzó a decir: —Que ésta sea buena cabeza de yegua.

Y tocándole los cabellos, dijo:

—Que éstos sean buenas crines de yegua.

Y luego tocándole los brazos dijo:

—Que éstos sean buenas patas y buenas pezuñas de yegua.

Luego, tocándole el pecho y encontrándolo duro y redondo, despertándose quien no había sido llamado y levantándose, dijo: —Y sea éste buen pecho de yegua.

Y lo mismo hizo en la espalda y en el vientre y en la grupa y en los muslos y en las piernas; y por último, no quedándole nada por hacer sino la cola levantándose la camisa y

cogiendo el apero con que plantaba a los hombres y rápidamente metiéndolo en el surco para ello hecho, dijo: —Y ésta sea buena cola de yegua.

El compadre Pietro, que atentamente hasta entonces había mirado todas las cosas, viendo esta última y no pareciéndole bien, dijo: —¡Oh, don Gianni, no quiero que tenga cola, no quiero que tenga cola!

Había ya el húmedo radical que hace brotar a todas las plantas sobrevenido cuando don Gianni, retirándolo, dijo: —¡Ay!, compadre Pietro, ¿qué has hecho?, ¿no te dije que no dijeses palabra por nada que vieras? La yegua estaba a punto de hacerse, pero hablando has estropeado todo, y ya no hay manera de rehacerlo nunca.

El compadre Pietro dijo:

—Ya está bien: no quería yo esa cola. ¿Por qué no me decíais a mí: «Pónsela tú»? Y además se la pegabais demasiado baja.

Dijo don Gianni:

—Porque tú no habrías sabido la primera vez pegarla tan bien como yo.

La joven, oyendo estas palabras, levantándose y poniéndose en pie, de buena fe

dijo a su marido: —¡Bah!, qué animal eres, ¿por qué has echado a perder tus asuntos y los míos?, ¿qué yeguas has visto sin cola? Bien sabe Dios que eres pobre, pero sería justo que lo fueses mucho más.

No habiendo, pues, ya manera de poder hacer de la joven una yegua por las palabras que había dicho el compadre Pietro, ella doliente y melancólica se volvió a vestir y el compadre Pietro con su burro, como acostumbraba, se fue a hacer su antiguo oficio; y junto con don Gianni se fue a la feria de Bitonto, y nunca más tal favor le pidió.

Cuánto se rió de esta historia, mejor entendida por las mujeres de lo que Dioneo quería, piénselo quien ahora se esté riendo. Pero habiendo terminado la historia y comenzando ya el sol a templarse, y conociendo la reina que el final de su gobierno había venido, poniéndose en pie y quitándose la corona, se la puso a Pánfilo en la cabeza, el cual sólo con tal honor faltaba de ser honrado; y sonriendo dijo: —Señor mío, gran carga te queda, como es tener que enmendar mis faltas y las de los otros que el lugar han ocupado que tú ocupas, siendo el último; para lo que Dios te dé gracia, como me la ha prestado a mí en hacerte rey.

Pánfilo, alegremente recibido el honor, repuso:

—Vuestra virtud y de mis otros súbditos hará de manera que yo sea, como lo han sido los demás, alabado.

Y según la costumbre de sus predecesores, con el mayordomo habiendo dispuesto las cosas oportunas, a las señoras que esperaban se volvió y dijo: —Enamoradas señoras, la discreción de Emilia, que ha sido nuestra reina este día, para dar algún descanso a vuestras fuerzas os dio la libertad de hablar sobre lo que más os pluguiese; por lo que, estando ya reposadas, pienso que está bien volver a la ley acostumbrada, y por ello quiero que mañana cada una de vosotras piense en discurrir sobre esto: sobre quien liberal o magníficamente en verdad haya obrado algo en asuntos de amor o de otra cosa. Así, esto diciendo y haciendo, sin ninguna duda a vuestros ánimos bien dispuestos moverá a obrar valerosamente, para que nuestra vida, que no puede ser sino breve en el cuerpo mortal, se perpetúe en la loable fama; lo que todos los que no sólo sirven al vientre (a guisa de lo que hacen los animales) deben no solamente desear, sino buscar y poner en obra con todo empeño.

El tema plugo a la alegre compañía, la cual

con licencia del nuevo rey, levantándose, a los acostumbrados entretenimientos se entregó, cada uno según aquello a lo que más por su gusto era atraído; y así hicieron hasta la hora de la cena. Llegados a la cual con fiesta, y servidos diligentemente con orden, luego del fin de ella se levantaron para bailar las danzas acostumbradas, y más de mil cancioncillas más entretenidas de palabras que consumadas en el canto habiendo cantado, mandó el rey a Neifile que cantase una en su nombre; la cual con voz clara y alegre, así placenteramente y sin dilación comenzó:

Yo soy muy jovencita, y de buen grado

me alegro y canto en la estación florida

merced a Amor y al pensar extasiado.

Voy por los verdes prados contemplando las flores blancas, gualdas y encarnadas,

las rosas sobre espinas levantadas,

los lirios, y los voy relacionando

con el rostro de aquél a cuyo mando

porque me ama estaré siempre rendida

sin tener más deseo que su agrado.

Y cuando alguna encuentro por mi vía

que me recuerda por demás a él,

yo la cojo y la beso y le hablo de él,

y tal cual soy, así el ánima mía

le abro entera y le cuento mi porfía;

luego, con las demás entretejida,

de mis rubios cabellos es tocado.

Y ese placer que suele dar la flor

a la mirada, el mismo a mí me dona,

como si viese a la propia persona

que me ha inflamado con su suave amor,

pero al que llega a causarme su olor

mi palabra no acierta a darle vida

y con suspiros será divulgado.

Los cuales, en mi pecho al levantarse, no son, como en las otras damas, graves

sino que salen cálidos y suaves

y ante mi amor van a manifestarse;

quien, al oírlos, viene a presentarse

donde estoy, cuando pienso conmovida:

«¡No me aflijas y ven pronto a mi lado!».

Mucho fue por el rey y por todas las señoras alabada la cancioncilla de Neifile; después de la cual, porque ya había pasado parte de la noche, mandó el rey a todos que hasta el día se fuesen a descansar.

TERMINA LA novena JORNADA

DÉCIMA JORNADA

Comienza la décima y última jornada del Decamerón, en la cual bajo el gobierno de Pánfilo, se discurre sobre quienes liberalmente o con verdadera magnificencia hicieron algo, ya en asuntos de amor, ya en otros.

AÚN estaban bermejas algunas nubecillas del occidente, habiendo ya las del oriente, en su extremidad semejantes al oro, llegado a ser luminosísimas por los solares rayos que, aproximándoseles, mucho las herían, cuando Pánfilo, levantándose, a las señoras y a sus compañeros hizo llamar. Y venidos todos, con ellos habiendo deliberado adónde pudiesen ir para su esparcimiento, con lento paso se puso a la cabeza, acompañado por Filomena y Fiameta, y con todos los otros siguiéndole; y hablando de muchas cosas sobre su futura vida, y diciendo y respondiendo, por largo tiempo se fueron paseando; y habiendo dado una vuelta bastante larga, comenzando el sol a calentar ya demasiado, se volvieron a la villa. Y

allí, en torno a la clara fuente, habiendo hecho enjuagar los vasos, el que quiso bebió algo, y luego entre las placenteras sombras del jardín, hasta la hora de comer se fueron divirtiendo; y luego de que hubieron comido y dormido, como solían hacer, cuando al rey plugo se reunieron, y allí el primer discurso lo ordenó el rey a Neifile, la cual alegremente comenzó así:

Novela primera

Un caballero sirve al rey de España; le parece estar mal recompensado, por lo que el rey, con una prueba evidentísima, le muestra que no es culpa suya, sino de su mala fortuna, recompensándole luego generosamente[357].

COMO grandísima gracia, honorables señoras, debo reputar que nuestro rey me haya encargado en primer lugar hablar sobre la magnificencia, la cual, como el sol es hermosura y ornamento del cielo, es claridad y luz de cualquier otra virtud. Contaré, pues, sobre todo una novelita a mi parecer asaz donosa, cuyo recuerdo (con certeza) no podrá ser sino útil.

Debéis, pues, saber que entre los demás valerosos caballeros que desde hace mucho tiempo hasta ahora ha habido en nuestra ciudad, fue uno, y tal vez el mejor, micer Ruggeri de los Figiovanni[358]; el cual siendo rico y de gran ánimo, y viendo que, considerada la cualidad del vivir y de las

costumbres de Toscana, él, quedándose en ella, poco o nada podría demostrar su valor, tomó el partido de irse un tiempo junto a Alfonso, rey de España[359], la fama de cuyo valor sobrepasaba a la de cualquier otro señor de aquellos tiempos; y muy honradamente equipado de armas y de caballos y de compañía se fue a él en España y graciosamente fue recibido por el rey. Allí, pues, viviendo micer Ruggeri y espléndidamente viviendo y en hechos de armas haciendo maravillosas cosas, muy pronto se hizo conocer como valeroso. Y habiendo estado allí ya algún tiempo observando mucho las maneras del rey, le pareció que éste, ora a uno, ora a otro daba castillos y ciudades y baronías muy poco discretamente, como dándolas a quien no era digno; y porque a él, que entre los que lo eran se consideraba, nada le era dado, juzgó que mucho disminuía aquello su fama; por lo que deliberó irse de allí y pidió licencia al rey. El rey se la concedió y le dio una de las mejores mulas que nunca se hubieron cabalgado, y la más hermosa, la cual, por el largo camino que tenía que hacer, fue muy estimada por micer Ruggeri. Después de esto, encomendó el rey a un discreto servidor suyo que, de la manera que mejor le pareciese, se ingeniase en cabalgar la primera jornada con micer Ruggeri

de guisa que no pareciese mandado por el rey, y todo lo que dijese de él lo conservara en la memoria de manera que pudiera decírselo luego, y a la mañana siguiente le mandase que volviera a donde estaba el rey. El servidor, estando al cuidado, al salir micer Ruggeri de la ciudad, muy hábilmente se fue acompañándole, diciéndole que venía hacia Italia. Cabalgando, pues, micer Ruggeri en la mula que le había dado el rey, y con aquél de una cosa y de otra hablando, acercándose la hora de tercia, dijo:

—Creo que estaría bien que llevásemos a estercolar a estas bestias.

Y, entrando en un establo, todas menos la mula estercolaron; por lo que, siguiendo adelante, estando siempre el servidor atento a las palabras del caballero, llegaron a un río, y abrevando allí a sus bestias, la mula estercoló en el río. Lo que viendo micer Ruggeri, dijo:

—¡Bah!, desdichado te haga Dios, animal, que eres como el señor que te ha dado a mí.

El servidor se fijó en estas palabras, y como en otras muchas se había fijado caminando todo el día con él, ninguna otra que no fuese en suma alabanza del rey le oyó decir, por lo que a la mañana siguiente, montando a caballo y queriendo cabalgar hacia Toscana, el

servidor le dio la orden del rey, por lo que micer Ruggeri incontinenti se volvió atrás. Y habiendo ya sabido el rey lo que había dicho de la mula, haciéndole llamar le preguntó que por qué le había comparado con su mula, o mejor a la mula con él. Micer Ruggeri, con abierto gesto le dijo:

—Señor mío, os asemejáis a ella porque, así como vos hacéis dones a quien no conviene y a quien conviene no los hacéis, así ella donde convenía no estercoló y donde no convenía, sí.

Entonces dijo el rey:

—Micer Ruggeri, el no haberos hecho dones como los he hecho a muchos que en comparación de vos nada son, no ha sucedido porque yo no os haya tenido por valerosísimo caballero y digno de todo gran don; sino por vuestra fortuna, que no me lo ha permitido, en lo que ella ha pecado y yo no. Y que digo verdad os lo mostraré manifiestamente.

A quien Ruggeri repuso:

—Señor mío, yo no me enojo por no haber recibido dones de vos, porque no los deseaba para ser más rico, sino porque vos no habéis testimoniado con nada la estima de mi valor, sin embargo, tengo la vuestra por buena

excusa y por honrada, y estoy dispuesto a ver lo que os plazca, aunque os crea sin ninguna prueba.

Lo llevó, entonces, el rey a una gran sala donde, como había ordenado antes, había dos grandes cofres cerrados, y en presencia de muchos le dijo:

—Micer Ruggeri, en uno de estos cofres está mi corona, el cetro real y el orbe y muchos buenos cinturones míos, broches, anillos y otras preciosas joyas que tengo; el otro está lleno de tierra. Coged uno, pues, y el que cojáis será vuestro y podréis ver quién ha sido ingrato hacia vuestro valor, si yo o vuestra fortuna.

Micer Ruggeri, puesto que vio que así agradaba al rey, cogió uno, el cual mandó el rey que fuese abierto, y se encontró que estaba lleno de tierra; con lo que el rey, riéndose, dijo:

—Bien podéis ver, micer Ruggeri, que es verdad lo que os digo de vuestra fortuna; pero en verdad vuestro valor merece que me oponga a sus fuerzas. Yo sé que no tenéis la intención de haceros español, y por ello no quiero daros aquí ni castillo ni ciudad, pero el cofre que la fortuna os quitó, aquél a despecho de ella quiero que sea vuestro, para que a vuestra tierra podáis llevároslo y de vuestro

valor con el testimonio de mis dones podáis gloriaros con vuestros conciudadanos.

Micer Ruggeri, cogiéndolo, y dadas al rey aquellas gracias que a tamaño don correspondían, con él, contento, se volvió a Toscana.

Novela segunda

Ghino de Tacco[360] apresa al abad de Cluny[361] y le cura del estómago, y luego lo suelta, el cual, volviendo a la corte de Roma, lo reconcilia con el papa Bonifacio, y lo hace caballero Hospitalario.

ALABADA había sido ya por todos la magnificencia del rey Alfonso con el caballero florentino cuando el rey, a quien mucho había complacido, ordenó a Elisa que siguiese; la cual, prestamente comenzó:

Delicadas señoras, el haber sido un rey magnífico y el haber usado su magnificencia con quien servido le había, no puede decirse que no sea loable y gran cosa, ¿pero qué diríamos si se cuenta que un clérigo ha usado de admirable magnificencia hacia una persona que si la hubiese tenido por enemiga no habría sido reprochado por ello? Ciertamente no otra cosa sino que la del rey fuese virtud y la del clérigo milagro, como sea que éstos son todos mucho más avaros que las mujeres y de toda

liberalidad enemigos encarnizados; y por mucho que todo hombre apetezca venganza de las ofensas recibidas, los clérigos, como se ve, aunque paciencia prediquen y sumamente alaben el perdón de las ofensas, más fogosamente que los demás hombres recurren a ella. La cual cosa, es decir, cómo un clérigo fue magnífico, en la historia que sigue podréis saber claramente.

Ghino de Tacco, por su fiereza y por sus robos hombre muy famoso, siendo arrojado de Siena y enemigo de los condes de Santafiore, sublevó Radicófani contra la iglesia de Roma, y estando allí, a cualquiera que por los alrededores pasaba le hacía robar por sus mesnaderos. Ahora bien, estando el Papa Bonifacio VIII en Roma, vino a la corte el abad de Cluny, el cual se cree ser uno de los más ricos prelados del mundo; y estropeándosele allí el estómago, le aconsejaron los médicos que fuese a los baños de Siena y se curaría sin falta; por lo cual, concediéndoselo el Papa, sin preocuparse de la fama de Ghino, con gran pompa de equipaje y de carga y de caballos y de servidumbre se puso en camino. Ghino de Tacco, habiendo sabido su venida, tendió sus redes, y sin perder un solo mozo de mulas, al abad y a todos sus acompañantes y sus cosas cercó en un estrecho lugar; y esto hecho, lo

mandó al abad, al cual de su parte muy amablemente le dijo que hiciese el favor de ir a hospedarse con aquel Ghino al castillo. Lo que oyendo el abad, todo furioso respondió que no quería hacerlo, como quien no tenía nada que hacer con Ghino, sino que seguiría su camino y que querría ver quién se lo iba a vedar. Al cual el embajador, humildemente hablando, dijo:

—Señor, habéis venido a un lugar donde, excepto a la fuerza de Dios, nosotros nada tememos y donde las excomuniones y los interdictos están todos excomulgados; y por ello, sufrid por las buenas el complacer a Ghino en esto.

Estaba ya, mientras decían estas palabras, todo el lugar rodeado por bandoleros; por lo que el abad, viéndose apresado con los suyos, muy desdeñoso, con el embajador tomó el camino del castillo, y con él toda su compañía y todo su equipaje. Y habiendo echado pie a tierra, como Ghino quiso, completamente solo fue llevado a una alcobita de un edificio muy oscura e incómoda, y todos los demás hombres fueron, según su condición, muy bien acomodados en el castillo, y los caballos y los equipajes puestos a salvo sin tocar nada de ellos. Y hecho esto, se fue Ghino al abad y le dijo:

—Señor, Ghino, de quien sois huésped, os manda preguntar que os plazca decirle adónde ibais y por qué razón.

El abad, que como discreto había depuesto su altanería, le dijo dónde iba y por qué. Ghino, oído esto, se fue, y pensó curarlo sin baños; y haciendo que tuviese siempre encendido en la alcoba un gran fuego, y vigilarla bien, no volvió a verlo hasta la Mañana siguiente; y entonces, en un mantel blanquísimo le llevó dos rebanadas de pan tostado y un gran vaso de vino de Comiglia, del mismo del abad, y dijo así al abad:

—Señor, cuando Ghino era más joven estudió medicina, y dice que aprendió que ninguna cura es mejor para el mal de estómago que la que él os hará; de la cual estas cosas que os traigo son el principio, y por ello, tomadlas y confortaos con ellas.

El abad, que más hambre tenía que ganas de bromas, aunque lo hiciese malhumorado, se comió el pan y se bebió el vino, y luego muchas cosas altaneras dijo y preguntó sobre muchas, y aconsejó muchas, y especialmente pidió ver a Ghino. Ghino, oyéndolas, algunas las dejó pasar como vanas y a algunas contestó cortésmente, afirmando que, lo antes que pudiese, Ghino lo visitaría; y dicho esto, se

separó de él, y no volvió antes del día siguiente, con la misma cantidad de pan tostado y de vino; y así lo tuvo muchos días, hasta que se dio cuenta de que el abad había comido unas habas secas que él, a propósito y a escondidas, le había traído y dejado allí. Por la cual cosa, le preguntó de parte de Ghino que qué tal le parecía que estaba del estómago; a quien el abad respondió:

—Me parece que estaría bien si estuviese fuera de sus manos; y después de esto de nada tengo tanta gana como de comer, pues tan bien me han curado sus medicinas.

Ghino, pues, habiendo de su equipaje mismo y a sus criados hecho arreglar una hermosa alcoba, y hecho preparar un gran convite, al que con muchos hombres del castillo asistió toda la servidumbre del abad, se fue a verle la mañana siguiente y le dijo:

—Señor, puesto que os sentís bien, es tiempo de salir de la enfermería —y cogiéndolo de la mano a la cámara que le habían arreglado le llevó, y dejándolo en ella con su gente, fue a vigilar para que el convite fuese magnífico.

El abad, con los suyos un rato se entretuvo, y cómo había sido su vida les contó, mientras

ellos por el contrario le dijeron que habían sido maravillosamente honrados por Ghino; pero llegada la hora de comer, el abad y todos los demás fueron, ordenadamente, servidos con buenos manjares y buenos vinos, sin que Ghino se diese a conocer al abad todavía. Pero luego de que el abad unos cuantos días vivió de esta manera, habiendo hecho Ghino traer a una sala todo su equipaje, y a un patio que estaba debajo de ella todos sus caballos hasta el más miserable rocín, fue al abad y le preguntó que qué tal estaba y si se sentía lo bastante fuerte para cabalgar; a lo que el abad respondió que estaba muy fuerte y bien curado del estómago, y que estaría bien en cuanto se viese fuera de las manos de Ghino. Llevó entonces Ghino al abad a la sala donde estaban su equipaje y todos sus servidores, y haciéndole asomar a una ventana desde donde podía ver todos sus caballos, dijo:

—Señor abad, debéis saber que el ser noble y arrojado de su patria y pobre, y el tener muchos y poderosos enemigos, han conducido a Ghino de Tacco, que soy yo, a ser ladrón de caminos y enemigo de la Iglesia de Roma para poder defender mi vida y mi nobleza, y no la maldad de ánimo. Pero porque me parecéis valeroso señor, después de haberos curado el estómago no entiendo trataros como lo haría a

otros, que, cuando los tuviese en mis manos como os tengo a vos, me quedaría con la parte de sus cosas que me pareciese; sino me parece que vos, considerando mi necesidad, me entreguéis la parte de vuestras cosas que vos mismo queráis. Todas están aquí ante vos, y vuestros caballos podéis verlos en el patio desde esta ventana; y por ello, parte o todo, según os plazca, tomad, y desde ahora en adelante quede el iros o el quedaros a vuestro arbitrio.

Maravillóse el abad de que un ladrón de caminos pronunciase palabras tan magnánimas, y placiéndole mucho, súbitamente desaparecidos su ira y su malhumor, y transformados en benevolencia, convertido en amigo de Ghino en su corazón corrió a abrazarlo, diciendo:

—Juro ante Dios que por ganar la amistad de un hombre tal como ahora juzgo que eres, soportaría recibir mucho mayores ofensas que la que me parece que hasta ahora me has hecho. ¡Maldita sea la fortuna que a tan condenable oficio te obliga!



Y después de esto, habiendo hecho de sus muchas cosas coger algunas poquísimas y necesarias, y lo mismo de los caballos, y dejándole todas las otras, se volvió a Roma.

Había sabido el Papa la prisión del abad, y aunque mucho le había dolido, al verlo le preguntó que cómo le habían sentado los baños; al cual, sonriendo, repuso el abad:

—Santo Padre, antes de llegar a los baños encontré un valeroso médico que óptimamente me ha curado.

Y le contó el modo, de lo que se rió el Papa; al que el abad, continuando su conversación y movido por la grandeza de su ánimo, pidió una gracia. El Papa, creyendo que le pediría otra cosa, liberalmente ofreció hacer lo que pidiese. Entonces el abad dijo:

—Santo Padre, lo que entiendo pediros es que otorguéis vuestra gracia a Ghino de Tacco mi médico, porque entre los demás hombres valerosos y de pro que nunca he conocido, él es con certeza uno de los mejores, y el mal que hace juzgo que es mucho más culpa de la fortuna que suya; la cual, si vos, dándole algo con lo que pueda vivir según su condición, cambiáis, no dudo que en poco tiempo no os

parezca a vos lo que a mí me parece.

El Papa, al oír esto, como quien fue de gran ánimo y admirador de los hombres valerosos, dijo que lo haría de buena gana si tan de pro era como decía, y que lo hiciese venir sin temor. Vino, pues, Ghino, sobre fianza, como plugo al abad, a la corte; y no había estado mucho junto al Papa cuando le reputó por valeroso, y dándole su paz, le otorgó un gran priorazgo del Hospital, habiéndole hecho caballero de éste; el cual, mientras vivió, lo mantuvo como amigo y servidor de la Santa Iglesia y del abad de Cluny.

Novela tercera

Mitrídanes, envidioso de la cortesía de Natán, yendo a matarlo, sin conocerlo se encuentra con él, e, informado por él mismo sobre lo que debe hacer, lo encuentra en un bosquecillo como éste lo había dispuesto; el cual, al reconocerlo, se avergüenza y se hace amigo suyo[362].

COSA semejante a un milagro les parecía, en verdad, a todos haber escuchado; es decir, que un clérigo hubiese hecho algo magnífico; pero callando ya la conversación de las señoras, mandó el rey a Filostrato que continuase; el cual, prestamente, comenzó:

Nobles señoras, grande fue la magnificencia del rey de España y acaso mucho más inaudita la del abad de Cluny, ¡pero tal vez no menos maravilloso os parecerá oír que uno, por liberalidad, a otro que deseaba su sangre y también su espíritu, con circunspección se dispuso a entregársela!, y lo habría hecho si aquél hubiera querido tomarlo,

tal como en una novelita mía pretendo mostraros.

Certísimo es, si se puede dar fe a las palabras de algunos genoveses y de otros hombres que han estado en aquellas tierras, que en la parte de Cata, hubo un hombre de linaje noble y rico sin comparación, llamado por nombre Natán, el cual teniendo una finca cercana a un camino por el cual casi obligadamente pasaban todos los que desde Poniente a las partes de Levante o de Levante a Poniente querían venir, y teniendo el ánimo grande y liberal y deseoso de ser conocido por sus obras, teniendo allí muchos maestros, hizo allí en poco espacio de tiempo construir una de las mayores y más ricas mansiones que nunca fueran vistas, y con todas las cosas que eran necesarias para recibir y honrar a gente noble la hizo óptimamente proveer. Y teniendo numerosa y buena servidumbre, con agrado y con fiestas a quienquiera que iba o venía hacía recibir y honrar; y tanto perseveró en tal loable costumbre que ya no solamente en Levante, sino en Poniente se le conocía por su fama. Y estando ya cargado de años, pero no cansado de ejercitar la cortesía, sucedió que llegó su fama a los oídos de un joven llamado Mitrídanes, de una tierra no lejana de la suya, el cual, viéndose no menos rico que lo era

Natán, sintiéndose celoso de su fama y de su virtud, se propuso o anularla u ofuscarla con mayores liberalidades; y haciendo construir una mansión semejante a la de Natán, comenzó a hacer las más desmedidas cortesías que nunca nadie había hecho a quien iba o venía por allí, y sin duda en poco tiempo muy famoso se hizo. Ahora bien, sucedió un día que, estando el joven completamente solo en el patio de su mansión, una mujercita, que había entrado por una de las puertas de la mansión, le pidió limosna y la obtuvo; y volviendo a entrar por la segunda puerta hasta él, la recibió de nuevo, y así sucesivamente hasta la duodécima; y volviendo la decimotercera vez, dijo Mitrídanes:

—Buena mujer, eres muy insistente en tu pedir —y no dejó, sin embargo, de darle una limosna. La viejecita, oídas estas palabras, dijo:

—¡Oh liberalidad de Natán, qué maravillosa eres!, que por treinta y dos puertas que tiene su mansión, como ésta, entrando y pidiéndole limosna, nunca fui reconocida por él (o al menos no lo mostró) y siempre la obtuve; y aquí no he venido más que trece todavía y he sido reconocida y reprendida.

Y diciendo esto, sin más volver, se fue. Mitrídanes, al oír las palabras de la vieja, como quien lo que escuchaba de la fama de Natán lo

consideraba disminución de la suya, en rabiosa ira encendido comenzó a decir:

—¡Ay, triste de mí! ¿Cuándo alcanzaré la liberalidad de las grandes cosas de Natán, que no sólo no lo supero como busco, sino que en las cosas pequeñísimas no puedo acercármele? En verdad me canso en vano si no lo quito de la tierra; la cual cosa, ya que la vejez no se lo lleva, conviene que la haga con mis propias manos.

Y con este ímpetu se levantó, sin decir a ninguno su intención y, montando a caballo con pocos acompañantes, después de tres días llegó a donde vivía Natán; y habiendo a sus compañeros ordenado que fingiesen no conocerle y que se procurasen un albergue hasta que recibiesen de él otras órdenes, llegando allí al caer la tarde y estando solo, no muy lejos de la hermosa mansión encontró a Natán solo, el cual, sin ningún hábito pomposo, estaba dándose un paseo; a quien él, no conociéndole, preguntó si podía decirle dónde vivía Natán. Natán alegremente le repuso:

—Hijo mío, nadie en esta tierra puede mostrártelo mejor que yo, y por ello, cuando gustes te llevaré allí.

El joven dijo que le agradaría pero que, si

podía ser, no quería ser visto ni conocido de Natán; al cual Natán dijo:

—También esto haré, pues que te place.

Echando, pues, Mitrídanes pie a tierra, con Natán, que agradabilísima conversación muy pronto trabó con él, hasta su mansión se fue. Allí hizo Natán a uno de sus criados coger el caballo del joven, y al oído le ordenó que prestamente arreglase con todos los de la casa que ninguno le dijera al joven que él era Natán; y así se hizo. Pero cuando ya en la mansión estuvieron, llevó a Mitrídanes a una hermosísima cámara donde nadie le veía sino quienes él había señalado para su servicio; y, haciéndolo honrar sumamente, él mismo le hacía compañía. Estando con el cual Mitrídanes, aunque le tuviese la reverencia que a un padre, le preguntó que quién era; al cual respondió Natán:

—Soy un humilde servidor de Natán, que desde mi infancia he envejecido con él, y nunca me elevó a otro estado que al que me ves; por lo cual, aunque todos los demás le alaben tanto, poco puedo alabarle yo.

Estas palabras llevaron algunas esperanza a Mitrídanes de poder con mejor consejo y con mayor seguridad llevar a efecto su perverso

propósito; al cual, Natán, muy cortésmente le preguntó quién era y qué asunto le traía por allí, ofreciéndole su consejo y su ayuda en lo que pudiera. Mitrídanes tardó un tanto en responder y decidiéndose por fin a confiarse con él, con largo circunloquio, le pidió su palabra y luego el consejo y la ayuda; y quién era él y por qué había venido, y movido por qué sentimiento, enteramente le descubrió. Natán, oyendo el discurso y feroz propósito de Mitrídanes, mucho se enojó en su interior, pero sin tardar mucho, con fuerte ánimo e impasible gesto le respondió:

—Mitrídanes, noble fue tu padre y no quieres desmerecer de él, tan alta empresa habiendo acometido como lo has hecho, es decir, la de ser liberal con todos; y mucho la envidia que por la virtud de Natán sientes alabo porque, si de éstas hubiera muchas, el mundo, que es misérrimo, pronto se haría bueno. La intención que me has descubierto sin duda permanecerá oculta, para la cual antes un consejo útil que una gran ayuda puedo ofrecerte: el cual es éste. Puedes ver desde aquí un bosquecillo al que Natán casi todas las mañanas va él solo a pasearse durante un buen rato: allí fácil te será encontrarlo y hacerle lo que quieras; al cual, si matas, para que puedas sin impedimento a tu casa volver, no

por el camino por el que viniste, sino por el que ves a la izquierda irás para salir del bosque, porque aunque algo más salvaje sea, está más cerca de tu casa y por consiguiente, más seguro.

Mitrídanes, recibida la información y habiéndose despedido Natán de él, ocultamente a sus compañeros (que también estaban allí adentro) hizo saber dónde debían esperarlo al día siguiente. Pero luego de que hubo llegado el nuevo día, Natán, no habiendo cambiado de intención por el consejo dado a Mitrídanes, ni habiéndolo cambiado en nada, se fue solo al bosquecillo y se dispuso a morir. Mitrídanes, levantándose y cogiendo su arco y su espada, que otras armas no tenía, y montado a caballo, se fue al bosquecillo, y desde lejos vio a Natán solo ir paseándose por él; y queriendo, antes de atacarlo, verlo y oírlo hablar, corrió hacia él y, cogiéndolo por el turbante que llevaba en la cabeza, dijo:

—¡Viejo, muerto eres!

Al que nada respondió Natán sino:

—Entonces es que lo he merecido.

Mitrídanes, al oír su voz y mirándole a la cara, súbitamente reconoció que era aquel que le había benignamente recibido y fielmente

aconsejado; por lo que de repente desapareció su furor y su ira se convirtió en vergüenza. Con lo que, arrojando lejos la espada que para herirlo había desenvainado, bajándose del caballo, corrió llorando a arrojarse a los pies de Natán y dijo:

—Manifiestamente conozco, carísimo padre, vuestra liberalidad, viendo con cuánta prontitud habéis venido a entregarme vuestro espíritu, del que, sin ninguna razón, me mostré a vos mismo deseoso; pero Dios, más preocupado de mi deber que yo mismo, en el punto en que mayor ha sido la necesidad me ha abierto los Ojos de la inteligencia, que la mísera envidia me había cerrado; y por ello, cuanto más pronto habéis sido en complacerme, tanto más conozco que debo hacer penitencia por mi error: tomad, pues, de mí, la venganza que estimáis convenientemente para mi pecado.

Natán hizo levantar a Mitrídanes, y tiernamente lo abrazó y lo besó, y le dijo:

—Hijo mío, en tu empresa, quieras llamarla mala o de otra manera, no es necesario pedir ni otorgar perdón porque no la emprendiste por odio, sino por poder ser tenido por el mejor. Vive, pues, confiado en mí, y ten por cierto que no vive ningún otro hombre que te ame tanto

como yo, considerando la grandeza de tu ánimo que no a amasar dineros, como hacen los miserables, sino a gastar los amasados se ha entregado; y no te avergüences de haber querido matarme para hacerte famoso ni creas que yo me maraville de ello. Los sumos emperadores y los grandísimos reyes no han ampliado sus reinos, y por consiguiente su fama, sino con el arte de matar no sólo a un hombre como tú querías hacer, sino a infinitos, e incendiar países y abatir ciudades; por lo que si tú, por hacerte más famoso, sólo querías matarme a mí, no hacías nada maravilloso ni extraño, sino muy acostumbrado.

Mitrídanes, no excusando su perverso deseo sino alabando la honesta excusa que Natán le encontraba, razonando llegó a decirle que se maravillaba sobremanera de cómo Natán había podido disponerse a aquello y a darle la ocasión y el consejo; al cual dijo Natán:

—Mitrídanes, no quiero que ni de mi consejo ni de mi disposición te maravilles porque desde que soy dueño de mí mismo y dispuesto a hacer lo mismo que tú has emprendido, ninguno ha habido que llegase a mi casa que yo no lo contentase en lo que pudiera en lo que fuese por él pedido. Viniste tú deseoso de mi vida; por lo que, al oírtela solicitar, para que no fuese el único que sin

obtener lo que habías pedido se fuese de aquí, prestamente decidí dártela y para que la tuvieses aquel consejo te di que creí que era bueno para obtener la mía y no perder la tuya; y por ello todavía te digo y ruego que, si te place, la tomes y te satisfagas con ella; no sé cómo podría emplearla mejor. Ya la he usado ochenta años y la he gastado en mis deleites y en mis consuelos; y sé que, según el curso de la naturaleza, como sucede a los demás hombres y generalmente a todas las cosas, por poco tiempo ya podrá serme otorgada; por lo que juzgo que es mucho mejor darla, como siempre he dado y gastado mis tesoros, que quererla conservar tanto que contra mi voluntad me sea arrebatada por la naturaleza.



Pequeño don es dar cien años; ¿cuánto menor será dar seis u ocho que me queden por estar aquí? Tómala, pues, si te agrada, te ruego, porque mientras he vivido aquí todavía no he encontrado a nadie que la haya deseado y no sé cuándo pueda encontrar a alguno, si no la tomas tú que la deseas; y por ello, antes de que disminuya su valor tómala, te lo ruego.

Mitrídanes, avergonzándose profundamente, dijo:

—No quiera Dios que cosa tan preciosa como es vuestra vida vaya yo a tomarla, quitándola a vos, y ni siquiera que la desee, como antes hacía; a la cual no ya no disminuiría sus años, sino que le añadiría de los míos si pudiese.

A quien prestamente Natán dijo:

—Y si puedes, ¿querrías añadírselos? Y me harías hacer contigo lo que nunca con nadie he hecho, es decir, coger sus cosas, que nunca a nadie las cogí.

—Sí —dijo súbitamente Mitrídanes.

—Pues —dijo Natán— harás lo que voy a

decirte. Te quedarás, joven como eres, aquí en mi casa y te llamarás Natán, y yo me iré a la tuya y siempre me haré llamar Mitrídanes.

Entonces Mitrídanes repuso:

—Si yo supiese obrar tan bien como sabéis vos y habéis sabido, tomaría sin pensarlo demasiado lo que me ofrecéis; pero porque me parece ser muy cierto que mis obras disminuirían la fama de Natán y yo no entiendo estropear en otra persona lo que no sé lograr para mí, no lo tomaré.

Éstos y muchos otros amables razonamientos habidos entre Natán y Mitrídanes, cuando plugo a Natán juntos hacia la mansión volvieron, donde Natán, muchos días sumamente honró a Mitrídanes y con todo ingenio y sabiduría le confortó en su alto y grande propósito. Y queriendo Mitrídanes con su compañía volver a casa, habiéndole Natán muy bien hecho conocer que nunca en liberalidad podría vencerle, le dio su licencia.

Novela cuarta

Micer Gentile de los Carisendi[363], llegado de Módena, saca de la sepultura a una dama

amada por él, enterrada por muerta, la cual, confortada, pare un hijo varón, y micer Gentile a ella y a su hijo los restituye a Niccoluccio Caccianernici[364], su marido[365].

MARAVILLOSA cosa pareció a todos que alguien fuese liberal con su propia sangre: y afirmaron que verdaderamente Natán había sobrepasado la del rey de España y la del abad de Cluny. Pero después de que durante un rato unas cosas y otras se dijeron, el rey, mirando a Laureta, le demostró que deseaba que narrase ella; por la cual cosa, Laureta prestamente comenzó:

Jóvenes señoras, magníficas y bellas han sido las contadas, y no me parece que se nos haya dejado nada para decir a nosotros por donde novelando podamos discurrir (tan ocupado está todo por la excelencia de las magnificencias contadas) si de los asuntos de amor no echamos mano, los cuales a toda materia de narración ofrecen abundantísima copia. Y por ello, tanto por esto como porque a ello debe principalmente inducirnos nuestra edad, me place contaros un gesto de magnificencia hecho por un enamorado, el

cual, todo considerado, no os parecerá menor por ventura que alguno de los mostrados, si es verdad aquello de que los tesoros se dan, las enemistades se olvidan y se pone la propia vida, el honor y la fama, que es mucho más, en mil peligros por poder poseer la cosa amada.

Hubo, pues, en Bolonia, nobilísima ciudad de Lombardía, un caballero muy digno de consideración por su virtud y nobleza de sangre, que fue llamado micer Gentile de los Carisendi. El cual joven, de una noble señora llamada doña Catalina, mujer de un Niccoluccio Caccianernici, se enamoró; y porque mal era correspondido por el amor de la señora, como desesperado y siendo llamado por la ciudad de Módena para ser allí podestá, allí se fue. En este tiempo, no estando Niccoluccio en Bolonia, y habiéndose su mujer ido a una posesión suya a unas tres millas de la ciudad porque estaba grávida, sucedió que le sobrevino un fiero accidente, de tanta fuerza que apagó en ella toda señal de vida y por ello aun por algún médico fue juzgada muerta; y porque sus más próximos parientes decían que habían sabido por ella que no estaba todavía grávida de tanto tiempo como para que la criatura pudiese ser perfecta, sin tomarse otro cuidado, tal cual estaba, en una sepultura de una iglesia vecina, después de mucho llorar, la

sepultaron. La cual cosa, inmediatamente por un amigo suyo le fue hecha saber a micer Gentile, el cual de ello, aunque de su gracia hubiese sido indigentísimo, se dolió mucho, diciéndose finalmente:

«He aquí, doña Catalina, que estás muerta; yo, mientras viviste, nunca pude obtener de ti una sola mirada; por lo que, ahora que no podrás prohibírmelo, muerta como estás, te quitaré algún beso».

Y dicho esto, siendo ya de noche, organizando las cosas para que su ida fuese secreta, montando a caballo con un servidor suyo, sin detenerse un momento, llegó a donde sepultada estaba la dama; y abriendo la sepultura, en ella con cuidado y cautela entró, y echándose a su lado, su rostro acercó al de la señora y muchas veces derramando muchas lágrimas, la besó. Pero así como vemos que el apetito de los hombres no está nunca contento con ningún límite, sino que siempre desea más, y especialmente el de los amantes, habiendo éste decidido no quedarse allí, se dijo:

«¡Bah!, ¿por qué no le toco, ya que estoy aquí, un poco el pecho? No debo tocarla más y nunca la he tocado».

Vencido, pues, por este apetito, le puso la

mano en el seno y teniéndola allí durante algún espacio, le pareció sentir que en alguna parte le latía el corazón; y, después de que hubo alejado de sí todo temor, buscando con más atención, encontró que con seguridad no estaba muerta, aunque poca y débil juzgase su vida; por lo que, lo más suavemente que pudo, ayudado por su servidor, la sacó del monumento y poniéndola delante en el caballo, secretamente la llevó a su casa de Bolonia. Estaba allí su madre, valerosa y discreta señora, que después que de su hijo hubo extensamente todo oído, movida a compasión, ocultamente, con grandísimos fuegos y con algún baño, a aquélla le volvió la desmayada vida. Al volver en sí la cual, dio la señora un gran suspiro y dijo:

—¡Ay!, ¿pues dónde estoy?

A lo que la valerosa señora respondió:

—Tranquilízate, estás en buen lugar.

Ella, vuelta en sí y mirando alrededor, no conociendo dónde estaba y viendo delante a micer Gentile, llena de maravilla a la madre de éste rogó que le dijese de qué guisa había ella venido aquí, a la cual micer Gentile ordenadamente contó todas las cosas. De lo que doliéndose ella, después de un poco le dio

las gracias que pudo y luego le rogó, por el amor que le había tenido y por cortesía suya, en su casa no recibir nada que menoscabase su honor ni el de su marido, y al llegar el día, que la dejase volver a su casa propia; a quien micer Gentile repuso:

—Señora, cualquiera que mi deseo haya sido en tiempos pasados, no entiendo al presente ni nunca en adelante (puesto que Dios me ha concedido esta gracia que de la muerte a la vida os ha devuelto a mí, siendo el motivo el amor que en el pasado os he tenido) trataros ni aquí ni en ninguna otra parte sino como a una querida hermana. Pero el beneficio que os he hecho esta noche merece algún galardón; y por ello quiero que no me neguéis una gracia que voy a pediros.

Al cual la señora benignamente repuso que estaba dispuesta a ello si es que podía y era honesto. Micer Gentile dijo entonces:

—Señora, todos vuestros parientes y todos los boloñeses creen y tienen por cierto que estáis muerta, por lo que nadie hay que os espere en casa; y por ello quiero pediros como gracia que queráis quedaros aquí ocultamente con mi madre hasta que yo vuelva de Módena, que será pronto. Y la razón por la que os lo pido es porque deseo, en presencia de los

mejores ciudadanos de esta ciudad, hacer de vos un precioso y solemne don a vuestro marido.

La dama, sabiendo que estaba obligada al caballero y que la petición era honesta, aunque mucho desease alegrar con su vida a sus parientes, se dispuso a hacer aquello que micer Gentile pedía, y así lo prometió y dio su palabra. Y apenas habían terminado las palabras de su respuesta cuando sintió que el tiempo de dar a luz había llegado; por lo que, tiernamente por la madre de micer Gentile ayudada, no mucho después parió un hermoso varón, la cual cosa muy mucho redobló la alegría de micer Gentile y la suya. Micer Gentile ordenó que las cosas necesarias fuesen preparadas y que ella fuese atendida como si su propia mujer fuese, y a Módena secretamente se volvió. Terminado allí el tiempo de su oficio y teniendo que volver a Bolonia, hizo que, la mañana que debía entrar en Bolonia, se preparase un gran convite en su casa para muchos y nobles señores de Bolonia entre los cuales estaba Niccoluccio Caccianernici; y habiendo vuelto y echado pie a tierra y encontrándose con ellos, habiendo también encontrado a la señora más hermosa y más sana que nunca y que su hijo estaba bien, con alegría incomparable a sus invitados sentó

a la mesa y les hizo servir magníficamente muchos manjares. Y estando ya cerca de su fin la comida, habiendo él dicho primeramente a la señora lo que intentaba hacer y arreglado con ella la manera en que debía conducirse, así comenzó a hablar:

—Señores, me acuerdo de haber oído alguna vez que en Persia hay una costumbre honrada según mi juicio, la cual es que cuando alguien quiere honrar sumamente a su amigo lo invita a su casa y allí le muestra la cosa más preciada que tenga, sea su mujer, su amiga, o su hija, ¡afirmando que, si pudiese, tal como le muestra aquello, con mucho más agrado le mostraría su corazón!; la cual entiendo yo seguir en Bolonia. Vosotros, por vuestra merced, habéis honrado mi convite y yo quiero honraros a lo persa mostrándoos la cosa más preciada que tengo en el mundo y que siempre voy a tener. Pero antes de hacerlo os ruego que me digáis lo que opináis de una duda que voy a plantearos. Hay una persona que tiene en casa a un bueno y fiel servidor que enferma gravemente; este tal, sin esperar a ver el final del siervo enfermo lo hace llevar a mitad de la calle y no se preocupa más de él; viene un extraño y, movido a compasión por el enfermo, se lo lleva a su casa y con gran solicitud y con gastos lo devuelve a su salud primera; querría

yo saber ahora si, teniéndolo y usando de sus servicios, su señor puede en toda equidad dolerse o quejarse del segundo si, al pedírselo, no quisiera devolvérselo.

Los gentileshombres, después de varios razonamientos entre sí y concurriendo todos en la misma opinión, a Niccoluccio Caccianernici, porque era un conversador bueno y ornado, encargaron de la respuesta. Éste, alabando primeramente la costumbre persa, dijo que él con los demás estaba concorde en esta opinión: que el primer señor ningún derecho tenía ya sobre su servidor puesto que en semejante caso no solamente lo había abandonado sino arrojado de sí, y que por los beneficios recibidos del segundo justamente parecía haber pasado a ser su servidor; por lo que, teniéndolo, ningún daño, ninguna fuerza, ninguna injuria le hacía al primero. Los demás hombres que a la mesa estaban, que mucho hombre valeroso había, dijeron juntos que sostenían lo que había sido contestado por Niccoluccio. El caballero, contento con tal respuesta y con que Niccoluccio la hubiese dado, afirmó que él también era de aquella opinión y luego dijo:

—Tiempo es ahora de que según mi promesa yo os honre.

Y llamados dos de sus servidores, los envió a la señora, a quien había hecho vestir y adornar egregiamente, y le mandó pedir que viniese a alegrar a los hombres nobles con su presencia. La cual, tomando en brazos a su hermosísimo hijito, acompañada por dos servidores, vino a la sala y, como plugo al caballero, junto a uno de los valerosos hombres se sentó; y él dijo:

—Señores, ésta es la cosa más preciada que tengo y que entiendo tener más que ninguna otra; mirad si os parece que tengo razón.

Los gentileshombres, honrándola y loándola mucho, y afirmando al caballero que como preciosa debía tenerla, comenzaron a mirarla; y muchos había allí que le habrían dicho quién era si por muerta no la hubiesen tenido; pero sobre todo la miraba Niccoluccio. El cual, habiéndose alejado un poco el caballero, como quien ardía en deseos de saber quién era ella, no pudiendo contenerse le preguntó si boloñesa era o forastera. La señora, oyendo que su marido le preguntaba, con trabajo se contuvo en responderle, pero para seguir la orden que le habían dado, se calló. Algún otro le preguntó si era suyo aquel niñito, y alguno si era la mujer de micer Gentile o de alguna manera pariente suya; a los cuales

no dio ninguna respuesta. Pero llegando micer Gentile, dijo alguno de sus invitados:

—Señor, hermosa cosa es esta vuestra, pero parece muda; ¿lo es?

—Señores ——dijo micer Gentile—, el no haber ella hablado al presente es no pequeña prueba de su virtud.

—Decidnos, pues, vos —siguió el mismo— quién es.

Dijo el caballero:

—Lo haré de buen grado si me prometéis que por nada que diga nadie se moverá de su sitio hasta que esté terminada mi historia.

Habiéndolo prometido todos, y habiendo ya levantado las mesas, micer Gentile, sentándose junto a la señora, dijo:

—Señores, esta señora es aquel siervo leal y fiel sobre el cual os he hecho antes una pregunta; la cual, poco estimada por los suyos, y como vil y ya no útil arrojada en mitad de la calle, fue recogida por mí y con mi solicitud y obras arrancada de las manos de la muerte; y Dios, mirando mi puro afecto, de cuerpo espantable en tan hermosa la ha hecho volverse. Pero para que claramente entendáis cómo esto me ha sucedido, brevemente os lo

aclararé.

Y comenzando desde su enamoramiento de ella, lo que sucedido había hasta entonces distintamente narró, con gran maravilla de los oyentes, y luego añadió:

—Por las cuales cosas, si mudado no habéis la opinión de hace un momento ahora, y especialmente Niccoluccio, esta mujer merecidamente es mía, y nadie puede reclamármela a justo título.

A esto nadie repuso sino que esperaban todos lo que iba a decir después. Niccoluccio y los demás que allí estaban, y la señora lloraban de compasión; pero micer Gentile, poniéndose en pie y tomando en sus brazos al pequeñito y a la señora de la mano y yendo hacia Niccoluccio dijo:

—Vamos, compadre, no te devuelvo a tu mujer, a quien tus parientes y los tuyos echaron a la calle, sino que quiero darte a esta señora, mi comadre, con este hijito suyo, el cual estoy seguro de que fue engendrado por ti y a quien sostuve en el bautismo y le di por nombre Gentile: y te ruego que porque haya estado en mi casa cerca de tres meses no te sea menos cara; que te juro por el Dios que tal vez de ella enamorarme hizo para que mi amor fuera,

como ha sido, la ocasión de su salvación, que nunca ni con su padre ni con su madre ni contigo más honestamente ha vivido de lo que lo ha hecho junto a mi madre en mi casa.

Y dicho esto, se volvió a la señora y dijo:

—Señora, ahora ya de todas las promesas que me habéis hecho os libero y libre os dejo con Niccoluccio.

Y habiendo devuelto a la mujer y al niño a los brazos de Niccoluccio, volvió a sentarse. Niccoluccio deseosamente recibió a su mujer y a su hijo, tanto más alegre cuanto más lejos estaba de esperarlos; y lo mejor que pudo y supo dio las gracias al caballero; y los demás, que todos de compasión lloraban, de esto le alabaron mucho, y alabado fue de quien lo oyó. La señora, con maravillosa fiesta fue recibida en su casa y como resucitada fue mucho tiempo mirada con admiración por los boloñeses; y micer Gentile siempre amigo vivió de Niccoluccio y de sus parientes y de los de la señora.

¿Qué, pues, diréis, aquí, benignas señoras? ¿Estimaréis que haber dado un rey su cetro y su corona, y un abad sin que nada le costase haber reconciliado a un malhechor con el Papa, y un viejo poner la garganta al cuchillo

del enemigo, son dignos de igualar la acción de micer Gentile? El cual, joven y ardiente, y pareciéndole a justo título tener derecho a aquello que el descuido ajeno había desechado y él por su buena fortuna había recogido, no sólo templó honestamente su fuego, sino que liberalmente lo que solía con todos sus pensamientos tratar de robar, teniéndolo, lo restituyó. Por cierto que ninguna de las antes contadas me parece asemejarse a ésta.

Novela quinta

Doña Dianora pide a micer Ansaldo un jardín de enero bello como en mayo, micer Ansaldo, comprometiéndose con un nigromante, se lo da; el marido le concede que haga lo que guste micer Ansaldo el cual, oída la liberalidad del marido, la libra de la promesa y el nigromante, sin querer nada de lo suyo, libra de la suya a micer Ansaldo[366].

POR todos los de la alegre compañía había sido ya micer Gentile elevado al cielo con sumas alabanzas cuando el rey ordenó a

Emilia que siguiese; la cual, desenvueltamente, como deseosa de hablar, así comenzó:

Blandas señoras, nadie dirá con razón que micer Gentile no obró con magnificencia; pero decir que no se pueda con más tal vez no demuestre que se puede más: lo que pienso contaros con una novelita mía.

En el Friuli[367], lugar, aunque frío alegre con bellas montañas, muchos ríos y claras fuentes, hay una ciudad llamada Udine en la que vivió una hermosa y noble señora llamada doña Dianora y mujer de un gran hombre rico llamado Gilberto, muy amable y de buena índole; y mereció esta señora por su valor ser sumamente amada por un noble y gran barón que tenía por nombre micer Ansaldo Gradense, hombre de alta condición y en las armas y en la cortesía conocido en todas partes. El cual, ardientemente amándola y haciendo todas las cosas que podía para ser amado por ella, y a ello con frecuencia solicitándola con sus embajadas, en vano se cansaba. Y siendo a la señora penosas las solicitaciones del caballero y viendo que, aunque le negase todo lo que él pedía, no por ello dejaba él de amarla ni de solicitarla, con una extraña y a su juicio imposible petición pensó que podría quitárselo de encima; y a una mujer que a ella venía muchas veces de parte de él, dijo un día así:

—Buena mujer, tú me has afirmado muchas veces que micer Ansaldo me ama sobre todas las cosas y maravillosos dones me has ofrecido de su parte; los cuales quiero que se quede con ellos porque por ellos nunca a amarle y a complacerle me llevará. Y si pudiese estar segura de que me ama tanto como decís, sin falta me dejaría ir a amarle y a hacer lo que él quisiese; y por ello, si quisiera asegurarme de ello con algo que voy a pedirle, estaría dispuesta a lo que me ordenase.

Dijo la buena mujer:

—¿Qué es, señora, lo que deseáis que haga?

Repuso la señora:

—Lo que deseo es esto: quiero, en el próximo mes de enero, cerca de esta ciudad, un jardín lleno de verdes hierbas, de flores y de frondosos árboles, no de otra manera hecho que si fuese en mayo; lo cual, si no lo hace, ni a ti ni a nadie envíe más a mí porque, si más me solicitase, tal como yo hasta ahora lo he tenido oculto a mi marido y a mis parientes, así, quejándome a ellos me ingeniaría en quitármelo de encima.

El caballero, oída la petición, y la promesa de su señora, aunque muy difícil cosa y casi

imposible de hacer le pareciese, y conociendo que no por otra cosa le había pedido la dama aquello, sino para que abandonase toda esperanza, se propuso, sin embargo, intentar todo aquello que pudiese, y por muchas partes del mundo anduvo mirando si a alguien encontraba que ayuda o consejo le diese; y llegó a dar con uno que, si le pagaba bien, le prometía hacerlo con artes nigrománticas. Con el cual micer Ansaldo, concertándose por una grandísima cantidad de dinero, alegre esperó el tiempo que le habían ordenado; y venido el cual, siendo grandísimos los fríos y todas las cosas llenas de nieve y de hielo, el valeroso hombre en un hermosísimo prado cercano a la ciudad con sus artes hizo de tal manera, la noche a la cual seguía el primer día de enero, que por la mañana apareció, según los que lo veían testimoniaban, uno de los más hermosos jardines que nunca hubo visto nadie, con hierbas y con árboles y con frutos de todas clases. El cual, como micer Ansaldo, contentísimo, hubo visto, haciendo coger frutos de los más hermosos que había y flores de las más bellas, ocultamente los hizo llevar a su señora, e invitarla a ver el jardín por ella pedido para que por él pudiese conocer que la amaba y recordase la promesa que le había hecho y con juramento sellado, y como mujer leal procurase luego cumplirla. La señora, vistos las

flores y los frutos, y ya habiendo oído hablar a muchos del maravilloso jardín, comenzó a arrepentirse de su promesa; pero con todo su arrepentimiento, como deseosa de ver cosas extrañas, con muchas otras damas de la ciudad fue a ver el jardín, y no sin maravilla alabándolo mucho, más triste que mujer alguna volvió a casa, pensando en aquello a que estaba obligada por ello. Y fue tanto el dolor que, no pudiéndolo esconder bien dentro de sí, hizo que, apareciendo fuera, su marido se diese cuenta; y quiso de todas las maneras que ella le dijese la razón. La señora, por vergüenza, lo calló largo tiempo; por último, obligada, ordenadamente le manifestó todo. Gilberto, primeramente, oyendo aquello se enfureció mucho; luego, considerando la pura intención de la señora, arrojando fuera de sí la ira, con más discreción, dijo:

—Dianora, no es de prudente ni de honesta mujer escuchar ninguna embajada de las de tal clase, ni negociar bajo ninguna condición la castidad con nadie. Las palabras recibidas en el corazón por los oídos tienen mayor fuerza que muchos juzgan y casi todo les es posible a los amantes. Mal hiciste, pues, primero al escuchar y luego al hacer un trato; pero como conozco la pureza de tu intención, para liberarte de los lazos de la promesa hecha, te

concederé lo que tal vez ningún otro haría, induciéndome a ello también el miedo al nigromante, al cual tal vez micer Ansaldo, si le burlases, podría pedir nuestro daño. Quiero que vayas a él y, si de alguna manera puedes, te ingenies en hacer que, conservando tu honestidad, seas liberada de esta promesa; pero si de otro modo no pudiera ser, por esta vez, el cuerpo, pero no el ánimo, concédele.

La mujer, oyendo al marido, lloraba y negaba que tal gracia quisiese de él. A Gilberto, por mucho que su mujer se negase, plugo que fuese así, por lo que, venida la siguiente mañana, al salir la aurora, sin demasiado adornarse, con dos de sus servidores delante y con una camarera detrás, se fue la señora a casa de micer Ansaldo. El cual, al oír que su señora había venido a verle, se maravilló fuertemente, y levantándose y haciendo llamar al nigromante, le dijo:

—Quiero que veas qué gran bien me ha hecho conseguir tu arte.

Y saliendo a su encuentro, sin entregarse a ningún desordenado apetito con reverencia la recibió honestamente, y en una hermosa cámara con un gran fuego entraron todos; y haciéndola sentar, dijo:

—Señora, os ruego, si el largo amor que os he tenido merece algún galardón, que no os moleste decirme la verdadera razón que a tal hora os ha hecho venir y con tal compañía.

La señora, vergonzosa y casi con las lágrimas en los ojos, repuso:

—Señor, ni amor que os tenga ni palabra dada me traen aquí, sino la orden de mi marido, el cual, teniendo más respeto a los trabajos de vuestro amor que a su honra y la mía, me ha hecho venir aquí, y por orden suya estoy dispuesta por esta vez a hacer lo que os agrade.

Micer Ansaldo, si primero se maravilló, oyendo a la señora mucho más comenzó a maravillarse, y conmovido por la liberalidad de Gilberto, su ardor en compasión comenzó a cambiar y dijo:

—Señora, no plazca a Dios, puesto que así es como vos decís, que sea yo quien manche el honor de quien tiene compasión de mi amor; y por ello, el estar aquí vos, cuanto os plazca, no será sino como si fueseis mi hermana, y, cuando sea de vuestro agrado, libremente podéis iros, a condición de que a vuestro marido, por tanta cortesía como ha sido la suya, deis las gracias que creáis convenientes,

teniéndome a mí siempre en el porvenir por amigo y por servidor.

La señora, oyendo estas palabras, más contenta que nunca, dijo:

—Nada podía hacerme creer, teniendo en consideración vuestras costumbres, que otra cosa debiera seguirse de mi venida sino lo que veo que hacéis; por lo que os estaré siempre obligada.

Y despidiéndose, honrosamente acompañada volvió con Gilberto y le contó lo que sucedido le había; de lo que se siguió una estrechísima y leal amistad entre él y micer Ansaldo. El nigromante, a quien micer Ansaldo se aprestaba a dar la prometida recompensa, vista la liberalidad de Gilberto para con micer Ansaldo y la de micer Ansaldo con la señora, dijo:

—No quiera Dios que, después de haber visto a Gilberto ser liberal con su honra y a vos con vuestro amor, no sea yo también liberal con mi recompensa; y por ello, sabiendo que os corresponde a vos, entiendo que sea vuestra.

El caballero se avergonzó y se ingenió todo lo que pudo en hacérsela tomar toda o en parte; pero luego de cansarse en vano, habiendo el nigromante hecho desaparecer su

jardín después del tercer día y queriendo irse, le dejó irse con Dios; y apagado en el corazón el concupiscente amor, por la mujer quedó encendido en honesto afecto.

¿Qué diremos aquí, amorosas señoras? ¿Antepondremos la casi muerta señora y el amor entibiecido por la débil esperanza a esta liberal conducta de micer Ansaldo, que más ardientemente que nunca amaba y de más esperanza encendido que nunca estaba teniendo en sus manos la presa tan perseguida? Necia cosa me parecería creer que aquella liberalidad pudiera compararse a ésta.

Novela sexta

El rey Carlos[368], ya viejo, victorioso, enamorado de una jovencita, avergonzándose de su loco amor, a ésta y a una hermana suya casa honrosamente.

¿QUIÉN podría contar cabalmente los varios razonamientos que hubo entre las señoras sobre quién había usado de mayor liberalidad, Gilberto o micer Ansaldo o el nigromante, en torno a los casos de doña Dianora? Demasiado largo sería. Pero luego de que el rey hubo concedido que se disputasen un tanto, mirando a Fiameta, le mandó que novelando los sacase de su discusión; la cual, sin esperar un momento, comenzó:

Magníficas señoras, yo he sido siempre de la opinión de que, en las compañías como la nuestra, se debería hablar tan por extenso que la demasiada oscuridad en el sentido de las cosas dichas no fuese para los demás materia de discusión: lo que mucho más es propio de las escuelas, entre los estudiosos, que entre

nosotras, que sólo con la rueca y el huso trabajamos. Y por ello yo, que tal vez pensaba en alguna cosa dudosa, viendo que por las ya dichas estáis riñendo, dejaré aquélla y contaré una no de un hombre de poco pelo sino de un valeroso rey, contando lo que caballerosamente hizo sin en nada faltar a su honor.

Todas vosotras podéis haber oído recordar muchas veces al rey Carlos el Viejo, o bien el Primero, por cuya magnífica acción y luego por la gloriosa victoria lograda sobre el rey Manfredi[369], fueron de Florencia los gibelinos arrojados y volvieron allí los güelfos; por la cual cosa, un caballero llamado micer Neri de los Uberti[370], con toda su familia y con muchos dineros saliendo de allí, no quiso humillarse sino bajo la protección del rey Carlos. Y para estar en un lugar solitario y terminar allí en reposo su vida, a Castellammare de Stabia se fue; y allí, como a un tiro de ballesta alejado de las demás habitaciones de la ciudad, entre olivos y avellanos y castaños, en los que la comarca es abundante, compró una posesión; sobre la cual hizo una gran casa hermosa y espaciosa y junto a ella un deleitable jardín, en medio del cual, a la manera nuestra, teniendo abundancia de agua corriente, hizo un claro y buen vivero y lo llenó fácilmente con muchos

peces. Y de nada cuidando sino de hacer cada día más hermoso su jardín, sucedió que el rey Carlos, en época calurosa, fue algún tiempo a descansar a Castellammare, donde, oyendo la belleza del jardín de micer Neri, quiso verlo. Y habiendo oído de quién era, pensó que, porque a un partido contrario al suyo pertenecía el caballero, más familiarmente con él quería comportarse; y le mandó a decir que con cuatro acompañantes, privadamente, la noche siguiente quería cenar con él en su jardín. Lo que fue muy del agrado de micer Neri, y habiendo preparado magníficamente las mesas y habiendo arreglado con sus criados lo que debía hacerse, lo más alegremente que pudo y supo recibió al rey en su hermoso jardín; el cual, después de que todo el jardín y la casa de micer Neri hubo visto y alabado, estando las mesas puestas junto al vivero, a una de ellas, después de haberse lavado, se sentó, y al conde Guido de Monforte[371], que uno de sus acompañantes era, mandó que se sentase a un lado suyo y a micer Neri al otro, y a los otros tres que con él habían venido mandó que sirviesen la mesa según el orden establecido por micer Neri. Vinieron allí las bebidas delicadas y allí estuvieron los vinos óptimos y preciosos, y la manera de servir muy bella y digna de alabanza, sin ningún ruido ni ningún error, lo que el rey alabó mucho. Y estando

comiendo él alegremente y disfrutando del lugar solitario, en el jardín entraron dos jovencitas de edad de unos quince años cada una, rubias como las hebras del oro y con los cabellos todos ensortijados y sobre ellos, sueltos, una fina guirnalda de vincapervinca, y en los rostros antes parecían corderos que otra cosa, tan delicados y hermosos los tenían; y estaban vestidas con un vestido de lino sutilísimo y blanco como la nieve sobre sus carnes, el cual de la cintura para arriba era estrechísimo y de allí para abajo ancho, a guisa de un pabellón y largo hasta los pies. Y la que venía delante llevaba sobre los hombros un par de carriegos[371a] que mantenía con la siniestra mano, y en la diestra llevaba un bastón largo y bajo aquel mismo brazo una brazada de leña y en la mano unas trébedes[371b] y en la otra mano una orza de aceite y un fuego encendido; las cuales, al verlas el rey, se maravilló y, suspenso, esperó a ver qué quería decir esto. Las jovencitas, llegadas más adelante, honestamente y tímidas hicieron una reverencia al rey; y después, yendo a donde se entraba en el vivero, la que llevaba la sartén, dejándola en el suelo y las demás cosas junto a ella, cogió el bastón que la otra llevaba, y las dos en el vivero, cuya agua les llegaba al pecho, entraron.



Uno de los servidores de micer Neri, prestamente allí encendió el fuego, y puesta la sartén sobre las trébedes y echando en ella el aceite, comenzó a esperar a que las jóvenes le echasen los peces. De 1as cuales, una, buscando en los lugares donde sabía que se escondían los peces, y la otra preparando los carriegos, con grandísimo placer del rey que aquello atentamente miraba, en poco espacio

de tiempo cogieron un montón de peces; y arrojándoselos al criado, que casi vivos los echaba en la sartén, tal como se les había enseñado, comenzaron a coger los más hermosos y a echarlos encima de la mesa delante del rey, y del conde Guido y su padre. Estos peces se escurrían por la mesa, con lo que el rey recibía maravilloso placer; e igualmente cogiéndolos él, a las jóvenes cortésmente se los devolvía arrojándoselos, y así un rato estuvieron jugando, hasta que el criado hubo frito aquellos que le habían dado; los cuales, más como entremés que como comida muy preciosa o deleitable habiéndolo ordenado micer Neri, fueron puestos delante del rey. Las jóvenes, al ver los peces fritos y habiendo bastante pescado, habiéndoseles completamente el blanco vestido pegado a las carnes y no ocultando casi nada de sus delicados cuerpos, salieron del vivero; y habiendo cada una recogido las cosas que habían llevado, pasando vergonzosas delante del rey, a casa se volvieron. El rey y el conde y los demás que servían habían mucho observado a estas jovencitas, y mucho dentro de sí mismos las había estimado cada uno bellas y bien hechas, y además de ello, amables y corteses; pero sobre todos los demás habían agradado al rey; el cual, tan atentamente todas las partes de su cuerpo

había considerado cuando salían del agua que a quien entonces lo hubiese pinchado no lo hubiera sentido. Y mucho acordándose de ellas, sin saber quiénes eran ni cómo, sintió en el corazón despertarse un ardentísimo deseo de agradarles, por lo cual muy bien conoció que iba a enamorarse si no tenía cuidado; y no sabía él mismo cuál de las dos era la que más le agradaba, tan semejante en todas las cosas era una a la otra. Pero luego de que un tanto hubo dado vueltas a este pensamiento, volviéndose a micer Neri le preguntó quiénes eran las dos damiselas; a quien micer Neri repuso:

—Monseñor, son mis hijas y nacidas de un mismo parto, de las cuales una tiene por nombre Ginebra la bella y la otra Isotta la rubia.

El rey se las alabó mucho, exhortándole a casarlas; de lo que micer Neri, por no estar ya en posición de hacerlo, se excusó. Y en esto, no quedando sino las frutas por servir a la mesa, vinieron las dos jóvenes con dos corpiños de tafetán bellísimos, con dos grandísimas bandejas de plata en la mano llenas de frutos variados, según los daba la estación, y los llevaron ante el rey sobre la mesa. Y hecho esto, retirándose un poco, comenzaron a cantar una tonada cuya letra comenzaba:

Adónde he llegado, Amor,

contarse no podría largamente,

Con tanta dulzura y tan agradablemente que al rey, que con deleite miraba y escuchaba, le parecía que todas las jerarquías de los ángeles habían descendido allí a cantar; y terminado aquélla, arrodillándose, reverentemente pidieron licencia al rey, el cual, aunque su partida le doliese, aparentemente con alegría se la dio. Terminada, pues, la cena, y habiendo vuelto el rey a montar a caballo con sus compañeros y separándose de micer Neri, hablando de una cosa y de la otra, al real palacio volvieron. Allí, teniendo el rey su pasión escondida y no pudiendo olvidar la hermosura y el agrado de Ginebra la bella por muchas cosas que sucediesen, por cuyo amor también amaba a su hermana, tan semejante a ella, tanto se dejó prender en la amorosa trampa que casi no podía pensar en otra cosa; y fingiendo otros motivos, con micer Neri tenía una estrecha familiaridad y muy frecuentemente visitaba su hermoso jardín para ver a Ginebra. Y no pudiendo ya más soportarlo, y habiéndosele (no sabiendo ver otra manera) venido al

pensamiento no solamente una, sino las dos jovencitas quitarle a su padre, manifestó su intención y su amor al conde Guido. El cual, que era valeroso hombre, le dijo:

—Monseñor, me maravilla mucho lo que me decís, y tanto más de lo que se maravillaría otro cuanto me parece que desde vuestra infancia hasta estos días he conocido mejor que nadie vuestras costumbres; y no habiéndome parecido en vuestra juventud (en la cual Amor más fácilmente debía hincar sus garras) haberos conocido tal pasión, oyéndoos ahora, que ya estáis cercano a la vejez, me resulta tan raro y tan extraño que améis vos de amor que casi me parece un milagro. Y si a mí me correspondiese reprenderos, sé bien lo que os diría, considerando que estáis todavía en armas en el reino recientemente conquistado, entre gentes no conocidas y llenas de engaños y de traición, y todo ocupado con grandísimos cuidados y de alto gobierno, y aún no habéis podido sentaros cuando entre tantas cosas habéis hecho lugar al lisonjero amor. Esto no es propio de rey magnánimo, sino de un pusilánime jovencito. Y además de esto, lo que es mucho peor, decís que habéis deliberado quitarle las dos hijas al pobre caballero que en su casa os ha honrado más allá de lo que podía, y por honraros más os las ha mostrado

casi desnudas, testimoniando con ello cuánta sea la fe que tiene en vos, y que firmemente cree que vos sois un rey y no un lobo rapaz. Pues ¿se os ha ido tan pronto de la memoria que la violencia hecha a las mujeres por Manfredi os ha abierto las puertas de este reino? ¿Qué traición se ha cometido nunca más digna del eterno suplicio que sería ésta: que a aquel que os honra le quitéis su honor, su bien, su esperanza y su consuelo? ¿Qué se diría si lo hicieseis? Tal vez juzgáis que suficiente excusa sería decir: «Lo hice porque es gibelino». Pues ¿es esto propio de la justicia de un rey, que a quienes en sus brazos se echan de esta forma los trate de tal guisa, sean quienes fueren? Os recuerdo, rey, que grandísima gloria os ha sido vencer a Manfredi y derrotar a Curradino, pero mucho mayor es vencerse a sí mismo; y por ello vos, que debéis corregir a los otros, venceos a vos mismo y refrenad ese apetito, y no queráis con tal mancha destruir lo que gloriosamente habéis conquistado.

Estas palabras hirieron amargamente el ánimo del rey, y tanto más le afligieron cuanto más verdaderas las sabía; por lo que, después de algún cálido suspiro, dijo:

—Conde, por cierto que a cualquiera otro enemigo, por muy fuerte que sea, juzgo que le

sea al bien enseñado guerrero débil y fácil de vencer con relación a su mismo apetito; pero por muy grande que sea el deseo y necesite fuerzas inestimables, tanto me han espoleado vuestras palabras que conviene que, antes de que pasen demasiados días, os haga ver con obras que, como sé vencer a otros, sé someterme a mí mismo igualmente.

Y no muchos días después de que tuvieron lugar estas palabras, vuelve el rey a Nápoles, tanto por quitarse a sí mismo la ocasión de hacer alguna cosa vil como por premiar al caballero del honor recibido de él, por muy duro que le fuese hacer a otro poseedor de lo que sumamente deseaba para él mismo, no se dispuso menos a casar a las dos jóvenes, y no como a hijas de micer Neri, sino como a suyas. Y con placer de micer Neri, dotándolas magníficamente, a Ginebra la bella dio a micer Maffeo de Palizzi, y a Isotta la rubia a micer Guiglielmo de la Magna, nobles caballeros y grandes barones ambos; y asignándoselas a ellos, con dolor inestimable se fue a Apulia, y con fatigas continuas tanto maceró a su ciego apetito que, despedazadas y rotas las amorosas cadenas, por todo lo que vivir debía libre quedó de tal pasión.

Habrá tal vez quienes digan que pequeña cosa es para un rey haber casado a dos

jovencitas, y lo concederé; pero que muy grande y grandísima es diré, si decimos que un rey enamorado lo haya hecho, casando a aquélla a quien amaba sin haber tomado o cogido de su amor fronda, o flor, o fruto. Así pues, obró el magnífico rey premiando altamente al noble caballero, honrando loablemente a las amadas jovencitas y venciéndose a sí mismo duramente.

Novela séptima

El rey Pedro[372], oyendo el ardiente amor que le tiene la enferma Lisa, la consuela y luego la casa con un joven noble, y besándola en la frente dice que será siempre su caballero[373].

LLEGADO había Fiameta al fin de su novela y muy alabada había sido la viril magnificencia del rey Carlos, por más que alguna de las que allí estaban, que era gibelina, no quisiese alabarlo, cuando Pampínea, habiéndoselo ordenado el rey, comenzó: Nadie que sea discreto, conspicuas señoras, habría que no dijera lo que decís vosotras del buen rey Carlos, sino quien por otro motivo le quiera mal. Pero como por la memoria me está rondando una cosa tal vez no menos loable que fue hecha por un adversario suyo a una joven de nuestra Florencia, me place contárosla: En el tiempo en que los franceses fueron arrojados de Sicilia[374], había en Palermo un boticario florentino llamado Bernardo Puccini, hombre riquísimo que de su

mujer tenía solo una hijita hermosísima y ya en edad de casarse. Y habiendo llegado a ser señor de la isla el rey Pedro de Aragón, celebraba en Palermo una maravillosa fiesta con sus barones; en la cual fiesta, estando justando él a la catalana, sucedió que la hija de Bernardo, cuyo nombre era Lisa, desde una ventana donde estaba con otras damas lo vio mientras corría, y tan maravillosamente le agradó que mirándolo luego una vez y otra se enamoró de él ardientemente. Y terminada la fiesta y estando ella en casa de su padre, en ninguna otra cosa podía pensar sino en éste su magnífico y alto amor; y lo que en este asunto le dolía era el conocimiento de su ínfima condición que apenas le dejaba tener ninguna esperanza de un final feliz; pero no obstante no quería apartarse de amar al rey y por miedo de un mayor mal no se atrevía a manifestarlo. El rey de esto no se había dado cuenta ni se preocupaba, de lo que ella, más allá de lo que pudiera juzgarse, sentía intolerable dolor; por la cual cosa sucedió que, creciendo en ella continuamente amor, y sumándose una tristeza a la otra, la hermosa joven, no pudiendo más, enfermó y, evidentemente de día en día, como la nieve al sol se consumía. Su padre y su madre, doloridos de esta enfermedad, con consuelos continuos y con médicos y con medicinas en lo que era posible le ayudaban;

pero de nada servía porque ella, como desesperada de su amor, había elegido no seguir viviendo. Ahora bien, sucedió que, ofreciéndole su padre darle todo lo que quisiera, le vino al pensamiento que si convenientemente pudiese, querría hacer saber al rey su amor y su decisión antes de morir: y por ello, un día le rogó que hiciera venir a Minuccio de Arezzo[375]. Era en aquellos tiempos Minuccio tenido por un finísimo cantor y músico y con agrado era recibido por el rey Pedro, al cual avisó Bernardo de que Lisa querría oírle tocar y cantar un rato; por lo que, haciéndoselo decir, él, que era hombre amable, incontinenti vino a donde ella; y luego de que un tanto con tiernas palabras la hubo consolado, con una viola dulcemente tocó alguna estampida y cantó luego algunas canciones que para el amor de la joven eran fuego y llama, cuando él lo que creía era consolarla. Después de esto, dijo la joven que quería hablar con él solo unas palabras; por lo que, yéndose todos los demás, le dijo ella: —Minuccio, te he elegido a ti para fidelísimo guardián de un secreto mío, esperando primeramente que a nadie sino a quien yo te diga debas manifestarlo nunca, y luego, que en lo que puedas me ayudes: y esto te ruego. Debes, pues, saber, Minuccio mío, que el día que nuestro señor el rey Pedro celebró su gran

fiesta de subida al trono, me sucedió verlo, mientras estaba justando, en tan fuerte momento, que por su amor se me encendió en el alma un fuego tal que a la situación me ha traído en que me ves; y conociendo yo cuán mal conviene mi amor a un rey, y no pudiendo no ya arrojarlo de mí, sino disminuirlo, y siéndome sobremanera duro de soportar, he elegido como menor aflicción, morir; y así lo haré. Y es verdad que grandemente me iría consolada si lo supiera él primero; y no sabiendo por quién poderle hacer saber esta disposición mía más apropiadamente que por ti, quiero a ti encomendarla y te ruego que no te rehúses a hacerlo; y cuando lo hayas hecho, házmelo saber para que yo, muriendo consolada, me desenlace de estas penas.

Y dicho esto, llorando, calló. Maravillóse Minuccio de la grandeza del ánimo de ella y de su duro propósito, y mucho se compadeció de ella; y súbitamente le vino al ánimo cómo honestamente podría ayudarla, y le dijo: —Lisa, te doy mi palabra, por la que está segura de que nunca serás engañada; y además, alabándote por tan alto empeño como es haber puesto el ánimo en tan gran rey, te ofrezco mi ayuda, con la que espero que, si quieres consolarte, obraré de tal manera que antes de que pase el tercer día creo que podré traerte

noticias que sumamente queridas te serán; y para no perder tiempo, me voy a darle principio.

Lisa, por ello de nuevo rogándole mucho y prometiéndole animarse, le dijo que se fuese con Dios. Minuccio, yéndose, fue a buscar a un tal Mico de Siena, muy buen decidor en rima en aquellos tiempos, y con ruegos le obligó a hacer la cancioncita que sigue:

Muévete, Amor, y vete a mi señor

y cuéntale las penas que sostengo,

dile que a muerte vengo

por celar mi deseo por temor.

Piedad, Amor: de rodillas te llamo,

ve y busca a mi señor en donde mora,

dile que mucho le deseo y amo

pues dulcemente el alma me enamora,

y por el fuego ardiente en que me inflamo temo morir, y no veo la hora

en que me aleje de pena tan dura

como padezco su amor deseando,

temiendo y vacilando

¡Por Dios, haz que conozca mi dolor!

Desde que de él estoy enamorada,

no me has dejado, Amor, atrevimiento: siempre estoy asustada

sin poderle mostrar mi sentimiento

a quien me tiene tan apasionada

y, muriendo, morir es mi tormento;

tal vez no le daría descontento

conocer el dolor del alma mía

si tuviera osadía

para manifestarle este mi ardor.

Y pues que no te fue agradable, Amor, el concederme tanta confianza

que pudiese decir a mi señor

¡ay de mí!, por mensaje o en semblanza el sentimiento que me da calor,

vete ante él y ante su remembranza

trae aquel día en que a escudo y a lanza con otros caballeros vi justar

indúcelo a mirar

cómo perezco por su dulce amor.

Las cuales palabras, Minuccio entonó prestamente con un son suave y piadoso, como su materia requería, y el tercer día se fue a la corte, cuando estaba el rey Pedro todavía comiendo; por el cual le fue dicho que cantase algo con su viola. Con lo que él comenzó, tan dulcemente tocando, a cantar esta canción que cuantos en la real sala estaban parecían bajo un sortilegio, de tan callados y suspensos escuchando como estaban todos, y el rey casi más que los otros. Y habiendo Minuccio terminado su canto, el rey le preguntó de dónde procedía, que no le parecía haberlo oído nunca.

—Monseñor —repuso Minuccio—, no hace aún tres días que se compusieron las palabras y la música.

El cual, habiéndole el rey preguntado que por quién, repuso: —No me atrevo a descubrirlo sino a vos.

El rey, deseoso de oírlo, levantadas las mesas, le hizo entrar a él solo en su cámara, donde Minuccio ordenadamente le contó todo lo oído; lo que el rey celebró mucho y mucho alabó a la joven y dijo que de joven tan valerosa había que tener compasión, y por ello

que fuese de su parte a ella y la confortase, y le dijera que sin falta aquel día al atardecer vendría a visitarla. Minuccio, contentísimo de llevar tan placenteras nuevas a la joven, sin dilación con su viola se fue y, hablando con ella sola, todo lo que había pasado le contó, y luego cantó la canción con su viola. De esto se puso la joven tan alegre y tan contenta que claramente y sin tardanza aparecieron señales grandísimas de su mejoría; y con deseo, sin saber ni presumir ninguno de la casa qué fuese aquello, se puso a esperar el atardecer en que su señor debía venir. El rey, que liberal y benigno señor era, habiendo luego pensado muchas veces en las cosas oídas a Minuccio y conociendo óptimamente a la joven y su hermosura, se compadeció más de lo que estaba y al llegar la caída de la tarde montando a caballo, aparentando ir de paseo, llegó donde estaba la casa del boticario; y allí, haciendo pedir que le abriesen un bellísimo jardín que el boticario tenía, allí bajó de su caballo, y luego de un tanto preguntó a Bernardo que qué era de su hija, si la había casado ya. Repuso Bernardo: —Señor, no está casada sino que ha estado y aún está muy enferma; aunque es verdad que desde nona para acá se ha mejorado maravillosamente.

El rey comprendió prestamente lo que

aquélla mejoría quería decir y dijo: —A fe que desgracia sería que fuese quitada al mundo tan hermosa cosa; queremos ir a visitarla.

Y con dos de sus compañeros solamente y con Bernardo en la alcoba de ella poco después entró, y en cuanto estuvo dentro se acercó a la cama donde la joven, algo incorporada en ella, le esperaba deseosa, y le cogió una mano, diciéndole: —Señora, ¿qué quiere decir esto? Sois joven y debéis confortar a los otros, ¿y os dejáis enfermar? Queremos rogaros que os plazca por nuestro amor consolaros de manera que estéis pronto curada.

La joven, sintiéndose coger las manos por aquél a quien sobre todas las cosas amaba, aunque un tanto se avergonzase, sentía tan gran placer en el ánimo como si hubiera estado en el paraíso, y como pudo le respondió: —Señor mío, el querer poner mis pocas fuerzas sobre gravísimos pesos ha sido la razón de esta enfermedad, de la cual vos, por vuestra gracia, pronto libre me veréis.

Sólo el rey entendía el encubierto hablar de la joven y a cada momento la reputaba de más valor, y muchas veces maldijo en su interior a la fortuna que de tal hombre la había hecho hija; y luego de que un tanto hubo estado con

ella y confortándola más todavía, se fue. Este rasgo de humanidad del rey fue muy alabado y en gran honor tenido para el boticario y su hija; la cual, tan contenta se quedó como cualquiera otra mujer lo estuvo alguna vez de su amante; y por una mejor esperanza ayudada, curada en pocos días, más hermosa se puso de lo que lo había sido nunca. Pero luego de que estuvo curada, habiendo el rey con la reina discurrido qué recompensa a tal amor quería darle, montando un día a caballo, con muchos de sus barones se fue a casa del boticario, y entrando en el jardín hizo llamar al boticario y a su hija; y en esto llegando la reina con muchas damas, y recibiendo a la joven entre ellas, comenzaron una maravillosa fiesta. Y luego de algún tanto, el rey y la reina llamando a Lisa, le dijo al rey: —Valerosa joven, el gran amor que me habéis tenido os ha alcanzado de nos gran honor, del que queremos que por amor a nos estéis contenta; y el honor es éste: que, como sea que estáis en edad de casaros queremos que toméis por marido al que os vamos a dar, entendiendo siempre, no obstante esto, llamarme vuestro caballero, sin querer de tanto amor tomar de vos sino un solo beso.

La joven, que de vergüenza tenía la faz bermeja, haciendo suyo el gusto del rey, en voz baja respondió así: —Señor mío, estoy muy

cierta de que si se supiera que me he enamorado de vos, las más de las gentes me reputarían loca, creyendo tal vez que a mí misma me hubiese olvidado y que mi condición (y además de ella la vuestra) no conozco; pero como Dios sabe, que sólo el corazón de los mortales ve y conoce, en el momento que primero me gustasteis conocí que erais rey y yo la hija de Bernardo el boticario, y mal convenirme a mí a tan alto lugar dirigir el ardor de mi ánimo. Pero tal como vos mejor que yo conocéis, nadie se enamora por meditada elección sino según el apetito y el gusto; ley a la cual muchas veces se opusieron mis fuerzas; y no pudiendo más, os amé y os amo y os amaré siempre. Es verdad que, al sentirme prender por vuestro amor, me dispuse por completo a hacer siempre de vuestro deseo el mío y por ello no el hacer esto de tomar de buen grado marido y tener en estima a quien os plazca darme (que sea mi honor y estado), sino que si me dijeseis que me quedase en el fuego, si creía que os agradaba, me daría placer. Teneros a vos, rey, por caballero, sabéis que me conviene y por ello más a esto no respondo; y no os será concedido el beso que queréis de mi amor sin licencia de mi señora la reina. Y de tanta benignidad hacia mí cuanta es la vuestra y de mi señora la reina que está aquí, Dios os conceda por mí las gracias y el

premio que yo no puedo dar.

Y aquí calló. A la reina plugo mucho la respuesta de la joven y le pareció tan discreta como le había dicho el rey. El rey hizo llamar al padre de la joven y a la madre y, sintiéndose contentos de lo que hacer se proponía, hizo llamar a un joven, que era hombre noble aunque pobre, que tenía por nombre Perdicone, y poniéndole unos anillos en la mano, a él que no rehusaba hacerlo, hizo casarse con Lisa; a los cuales incontinenti el rey, además de muchas joyas preciosas que él y la reina a la joven dieron, les dio Cefalú y Caltabellotta, dos buenísimos feudos y de gran fruto, diciendo: —Éstas te las damos como dote de la dama; lo que queremos hacerte a ti lo verás en el tiempo por venir.

Y dicho esto, volviéndose a la joven, dijo: —Ahora queremos tomar aquel fruto que de vuestro amor debemos tener —y cogiéndole la cabeza con las dos manos, la besó en la frente. Perdicone y el padre y la madre de Lisa, y ella también, contentos hicieron grandísima fiesta y alegres bodas: y según lo que muchos afirman, muy bien cumplió el rey lo convenido con la joven, porque mientras vivió se llamó siempre caballero suyo y nunca fue a ningún hecho de armas llevando otra enseña sino la que por la joven le fuese mandada. Así pues, obrando se

conquistan las almas de los súbditos, se da a otros ejemplos de bien obrar y se conquistan las famas eternas; a la cual cosa hoy pocos o ninguno ha tendido el arco del intelecto, habiéndose convertido en tiranos y en crueles la mayoría de los señores.

Novela octava

Sofronia, creyendo ser la mujer de Gisippo, lo es de Tito Quinto Fulvio y con él se va a Roma; adonde Gisippo llega en pobre estado, y creyendo ser despreciado por Tito, afirma, para morir, que ha matado a un hombre, Tito, reconociéndolo, dice, para salvarlo, que lo ha matado él, lo cual, viéndolo quien lo había hecho, se culpa a sí mismo; por la cual cosa son todos puestos en libertad por Octavio, y Tito a Gisippo da a su hermana por mujer y reparte con él todos sus bienes[376].

FILOMENA, por mandato del rey, habiéndose callado Pampínea y habiendo ya todas ellas alabado al rey Pedro, y más gibelina que las otras, comenzó:

Magníficas señoras, ¿quién no sabe que los reyes pueden, cuando quieren, hacer las más altas cosas y que además a ellos les cumple especialísimamente ser magníficos? Quien, por consiguiente, hace lo que debe hacer, hace bien; pero no hay que maravillarse

tanto ni alzarlo tan alto con alabanzas sumas como convendría a otro que lo hiciese, de quien, por tener menos posibles menos se esperase. Y por ello, si con tantas palabras las obras del rey exaltáis y os parecen buenas, no dudo que mucho más deban agradaros y ser alabadas por vos las de nuestros iguales cuando son semejantes a las del rey o mejores; por lo que una admirable obra y magnífica hecha por dos ciudadanos amigos me he propuesto contaros en una historia.

Así pues, en el tiempo en que Octavio César, no todavía como Augusto, sino desde el puesto llamado triunvirato, regía el imperio de Roma, hubo en Roma un hombre noble llamado Publio Quinto Fulvio el cual, teniendo un hijo llamado Tito Quinto Fulvio, de maravilloso ingenio, lo mandó a Atenas a aprender filosofía, y cuanto más pudo lo recomendó a un hombre noble de la ciudad llamado Cremetes, el cual era muy viejo amigo suyo. Por el cual Tito, en su propia casa fue alojado en compañía de un hijo suyo llamado Gisippo; y bajo la enseñanza de un filósofo llamado Aristippo, tanto Tito como Gisippo fueron por igual puestos a estudiar por Cremetes. Y frecuentándose mucho los dos jóvenes, tanto llegaron a ser semejantes sus costumbres que una fraternidad y una amistad

tan grande nació entre ellos que nunca luego fue destruida sino por la muerte; y ninguno de ellos gozaba de bien ni de reposo sino cuando estaban juntos. Habían comenzado los estudios e igualmente los dos con altísimo ingenio dotados, subían a la gloriosa altura de la filosofía con iguales pasos y con maravillosa alabanza; y en tal vida (con grandísimo placer de Cremetes, que casi no consideraba más hijo suyo al uno que al otro) perseveraron al menos tres años. Al final de los cuales, como con todas las cosas sucede, sucedió que Cremetes, ya viejo, cerró los ojos a esta vida, de lo que un igual dolor, así como por común padre, sintieron, y ni los amigos ni los parientes de Cremetes discernían cuál de los dos habría de ser más consolado por el sucedido caso. Sucedió, después de unos cuantos meses, que los amigos de Gisippo y los parientes fueron a estar con él y junto con Tito le animaron a tomar mujer, y le encontraron una joven de maravillosa hermosura y de nobilísimos parientes descendiente y ciudadana de Atenas, cuyo nombre era Sofronia, de edad de unos quince años. Y acercándose el momento de las futuras bodas, Gisippo rogó a Tito un día que fuese con él a verla, que todavía no la había visto; y llegados a casa de ella, y estando ella entre ambos, Tito, como apreciador de la hermosura de la novia de su amigo comenzó a

mirarla atentísimamente, y todas sus partes desmedidamente agradándole, mientras las ponderaba sumamente para sí, tan profundamente, sin darlo a entender, se inflamó por ella, cuanto ningún amante de mujer se ha inflamado nunca. Pero luego que con ella hubieron estado, despidiéndose, a casa se volvieron.



Allí Tito, entrando solo en su alcoba, en la joven que le había placido comenzó a pensar,

tanto más inflamándose cuanto más se paraba en su pensamiento; de lo que, dándose cuenta, luego de muchos cálidos suspiros, comenzó a decirse:

—¡Ay! ¡Miserable vida tuya, Tito! ¿Dónde es dónde pones tu ánimo y tu amor y tu esperanza? ¿Pues no conoces, tanto por los honores recibidos de Cremetes y su familia como por la verdadera amistad que hay entre tú y Gisippo, de quién ésta es esposa, que a esta joven te conviene tener la reverencia que a una hermana? ¿Cómo la amas? ¿Dónde te dejas llevar por el engañoso amor?, ¿dónde por la lisonjera esperanza? Abre los ojos del intelecto y conócete, mísero, a ti mismo; deja paso a la razón, refrena el apetito concupiscente, templa los deseos no sanos y endereza a otra parte tus pensamientos; haz frente en este comienzo a tu lujuria, y véncete a ti mismo mientras es todavía tiempo. Lo que quieres no es conveniente, no es honesto; lo que a seguir te dispones, aun si fuese seguro que lo alcanzases, que no es, deberías huirlo si mirases aquello que la verdadera amistad te pide. ¿Qué harás, pues, Tito? Abandonarás el indebido amor, si quieres hacer lo que es debido.



Y luego, acordándose de Sofronia, volviendo atrás, todo lo dicho lo condenaba, diciendo:

—Las leyes de Amor son de mayor poder que ninguna otra; rompen no solamente las de la amistad sino las divinas. ¿Cuántas veces ha amado el padre a su hija, el hermano a la hermana, la madrina al ahijado? Cosas más monstruosas que un amigo ame a la mujer del otro han sucedido mil veces. Además de esto,

yo soy joven, y la juventud toda está sometida a las amorosas leyes; aquello, pues, que place a amor, a mí debe placerme. Las cosas son propias de los más viejos; yo no puedo querer sino lo que amor quiere. La hermosura de ella merece ser amada por todos; y si yo la amo, que soy joven, ¿quién podrá reprenderme con razón? No la amo porque sea de Gisippo, la amo tanto como la amaría fuera de quien fuese; peca aquí la fortuna que la ha concedido a mi amigo Gisippo en lugar de a otro. Y si debe ser amada por su hermosura (como debe) merecidamente, más contento debe estar Gisippo, al saberlo, de que la ame yo que otro.

Y desde este razonamiento, burlándose a sí mismo, volviendo al contrario, y de éste a aquél y de aquél a éste, no solamente aquel día y la noche siguiente consumió, sino muchos otros, hasta el punto de que, perdidos el alimento y el sueño, por debilidad tuvo que acostarse. Gisippo, que muchos días lo había visto sumido en sus pensamientos y ahora lo veía enfermo, mucho se dolía, y con todo arte y solicitud, sin separarse nunca de él, se esforzaba en consolarlo, con frecuencia y con muchas instancias preguntándole la razón de sus pensamientos y de la enfermedad. Pero habiéndole muchas veces Tito respondido con mentiras y habiéndose dado cuenta Gisippo,

sintiéndose, sin embargo, Tito obligado, con llantos y con suspiros le repuso de tal guisa:

—Gisippo, si a los dioses hubiera placido, a mí me sería mucho más grata la muerte que seguir viviendo, pensando que la fortuna me ha conducido a un lugar en que me ha convenido probar mi virtud, y con grandísima vergüenza mía la encuentro vencida; pero por cierto que espero pronto la recompensa que merezco, es decir, la muerte, que me es más cara que vivir con el recuerdo de mi vileza; la cual, puesto que a ti no puedo ni debo ocultarte nada, con gran rubor te manifestaré.

Y comenzando desde el principio, la razón de sus pensamientos y la batalla de éstos, y por último de quién era la victoria y que se moría por amor de Sofronia, le descubrió, afirmando que, conociendo cuánto le convenía a él aquello, como penitencia se había impuesto el morir, lo que pronto creía que conseguiría. Gisippo, al oír esto y ver su llanto, un tanto al principio reflexionó, como quien de la belleza de la joven sucediese que más tibiamente estuviera prendado; pero sin tardanza deliberó que la vida de su amigo debía serle más querida que Sofronia y así, por las lágrimas de él invitado a llorar, le contestó llorando:

—Tito, si no estuvieses tan necesitado de consuelo como lo estás, me quejaría a ti de ti mismo como de quien ha violado nuestra amistad teniéndome tan largamente escondida tu gravísima pasión. Y aunque no pareciese honesta, no hay por ello que celar al amigo las cosas deshonestas sino como las honestas, porque quien es amigo, así como en las honestas cosas se alegra con el amigo, así en las no honestas se esfuerza por apartar de ellas el ánimo del amigo. Pero absteniéndome al presente, vendré a lo que veo que más necesitas. Si ardientemente amas a Sofronia, conmigo desposada, no me maravillo, sino que me maravillaría si no fuese así, conociendo su hermosura y la nobleza de tu ánimo, tanto más apta a sostener la pasión cuanto más excelencia tenga la cosa que plazca. Y cuanto justamente amas a Sofronia, tanto te quejas injustamente de la fortuna, aunque así no lo expreses, que a mí me la ha concedido, pareciéndote que amarla tú sería honesto si hubiese sido de otro que no fuera yo. Pero si eres discreto como sueles, ¿a quién podía concederla la fortuna, de quién mayores gracias pudieras darle, si no me la hubiera concedido a mí? Cualquiera otro que la hubiese tenido por muy honesto que hubiera sido tu amor, la habría amado a ella más que a ti, lo que de mí, si por tan amigo me tienes como

soy, no debes esperar y la razón es ésta: que no me acuerdo, desde que somos amigos, de que yo tuviese nada que no fuese tan tuyo como mío; lo que, si tan lejos hubiera ido las cosas que no pudiese ser de otra manera, así haría con ésta como con las otras; pero todavía estamos en tales términos que puedo hacer que sea solamente tuya, y eso haré, porque no sé cómo mi amistad podría serte preciada si en una cosa que puede hacerse honestamente, no supiera de tu voluntad hacer la mía. Es verdad que Sofronia es mi esposa y que la amaba mucho y con gran alegría esperaba las bodas con ella; pero como tú, como de mayor entendimiento que yo, con más ardor deseas tan preciada cosa como es ella, vive seguro que no mi mujer, sino la tuya será en mi alcoba. Y por ello, deja el ensimismamiento, aleja la melancolía, llama a ti la salud perdida y el consuelo y la alegría, y de ahora en adelante espera contento el premio de tu amor, que mucho más merecido es que lo era al mío.

Tito, al oír hablar así a Gisippo, cuanto placer le daba la lisonjera esperanza de aquello, tanto le daba vergüenza la justa conciencia, mostrándole que cuanto mejor era la liberalidad de Gisippo, tanto mayor le parecía inconveniente aceptarla; por lo que, sin dejar de llorar, con trabajo así le respondió:

—Gisippo, tu liberal y verdadera amistad muy claro me muestra lo que a la mía conviene hacer. No quiera Dios que nunca aquella que te han dado como a más digno que a mí la reciba yo por mía. Si Él hubiera visto que me convenía, ni tú ni nadie debes creer que te la hubiera concedido a ti. Toma, pues, contento, lo que has elegido con el discreto consejo y con su don, y a mí déjame consumirme en las lágrimas que como a indigno de tanto bien me ha aparejado: las cuales, o venceré y te seré querido, o me vencerán y estaré libre de pena.

Al cual Gisippo dijo:

—Tito, si nuestra amistad puede concederme tanta licencia como para forzarte a seguir un gusto mío, y a ti puede inducirte a seguirlo, esto será en lo que sumamente entiendo usarla; y si tú no condesciendes placenteramente a mis ruegos, con la fuerza que debe hacerse en bien del amigo haré que Sofronia sea tuya. Sé cuánto pueden las fuerzas de Amor y que no una vez, sino muchas han conducido a una infeliz muerte a los amantes; y te veo tan cerca de ello que ni detener ni vencer a las lágrimas podrías sino que, continuando, vencido, desfallecerías; y yo, sin ninguna duda, pronto te seguiría. Así pues, aunque por otra cosa no te amase, me es, para vivir, preciosa tu vida. Será, pues, tuya Sofronia

porque fácilmente no encontrarías a otra que así te agradase, y yo con facilidad volviendo mi amor a otra, te habré contentado a ti y a mí. En la cual cosa tal vez no sería tan liberal si tan raramente y con la misma dificultad las mujeres se encontrasen como los amigos se encuentran; y por ello, pudiendo yo facilísimamente otra mujer encontrar pero no otro amigo, quiero por ello (no quiero decir perderla, que no la perderé dándotela a ti, sino que la trasladaré a otro yo mío) de bien a mejor transferirla, antes que perderte. Y por ello, si alguna cosa pueden en ti mis ruegos, te ruego que, saliendo de esta aflicción, en un punto te consueles a ti y a mí, y con esperanza del bien, viviendo te dispongas a coge esa alegría que tu cálido amor desea de la cosa amada.



Aunque Tito se avergonzase de consentir

en que Sofronia se convirtiese en su mujer, y por ello obstinado estuviese todavía, empujándolo por una parte amor y por la otra incitándole los ánimos que le daba Gisippo, dijo:

—Basta, Gisippo; no sé qué puedo decir mejor que haré, si mi placer o el tuyo haciendo lo que, rogándome, me dices que tanto te gusta; y puesto que tu liberalidad es tanta que vence mi merecida vergüenza, lo haré. Pero estate seguro de que lo hago no como quien no sabe que recibo de ti no solamente a la mujer amada, sino con ella mi vida. Hagan los dioses, si puede ser, que con honor y con bien tuyo pueda alguna vez mostrarte cuánto aprecio lo que por mí, más compasivo de mí que yo mismo, haces.

Después de estas palabras, dijo Gisippo:

—Tito, en esto, para que tenga efecto, me parece que debemos hacer lo siguiente: como sabes, después de largas negociaciones entre mis parientes y los de Sofronia, ella se ha convertido en mi esposa; y por ello, si yo fuese ahora diciendo que no la quería por mujer, grandísimo escándalo nacería de ello, y se enfurecerían mis parientes y los suyos; lo que nada me preocuparía si por ello viese que ella iba a ser tuya; pero temo, que si así la dejase,

que sus parientes la daríán pronto a otro, que tal vez no serías tú, y así habrías perdido lo que yo habría adquirido. Y por ello me parece, si estás de acuerdo, que con lo que he comenzado voy yo a seguir adelante y como mía la llevaré a casa y celebraré las bodas; y luego tú, ocultamente, como lo preparemos, con ella como mujer tuya te acuestes; luego, a su lugar y tiempo manifestaremos el asunto, que, si les agrada, bien estará; si no les agrada, de todas las maneras estará hecho y no pudiendo volverlo atrás, tendrán por fuerza que contentarse con ello.

Plugo a Tito el acuerdo; por la cual cosa, Gisippo, como suya en su casa la recibió, estando ya Tito curado y en buena salud; y haciendo una fiesta grande, al venir la noche, dejaron las mujeres a la nueva esposa en la cama de su marido y se fueron. Estaba la alcoba de Tito contigua con la de Gisippo y desde la una podía entrarse en la otra; por lo que, estando Gisippo en su alcoba y habiendo apagado todas las luces yendo calladamente a donde Tito, le dijo que con su mujer fuese a acostarse. Tito, al oír esto, muerto de vergüenza, quiso echarse atrás y rehusaba ir; pero Gisippo, que con entero ánimo, como en sus palabras, estaba dispuesto a su placer, luego de larga disputa, le hizo entrar allí, el

cual, al acercarse a la cama, cogiendo a la joven, como bromeando, en voz baja le preguntó que si quería ser su mujer. Ella, creyendo que era Gisippo, le contesto que sí, con lo que un bello y rico anillo le puso en el dedo, diciendo:

—Y yo quiero ser tu marido.

Y consumando así el matrimonio, largo y amoroso placer tomó de ella, sin que ni ella ni nadie se diesen cuenta nunca de que alguien que no fuese Gisippo se hubiese acostado con ella. Estando, pues, en estos términos el matrimonio de Sofronia y de Tito, Publio su padre cerró los ojos a esta vida, por la cual cosa le fue escrito a él que sin dilación volviera a Roma a velar por sus asuntos. Y por ello, habló con Gisippo de irse y llevarse a Sofronia, lo que sin hacer manifiesto cómo estaban las cosas no se podía ni debía apropiadamente; con lo que un día, llamándola a la alcoba, enteramente cómo estaba aquel asunto le explicaron, y de ello Tito, por muchos casos entre los dos acaecidos le dio pruebas. La cual, después que al uno y al otro un *tantico* enojada hubo mirado, comenzó a deshacerse en lágrimas, quejándose del engaño de Gisippo; y antes de que en casa de Gisippo ni una palabra se dijese de aquello; se fue a casa de su padre, y allí a él y a su madre les contó el engaño de

Gisippo de que ella y ellos habían sido víctima, afirmando que era la mujer de Tito y no de Gisippo como ellos creían. Esto fue durísimo para el padre de Sofronia y con sus parientes y con los de Gisippo hizo de ello largas y grandes lamentaciones, y fueron los comadreos y los enfados muchos y grandes. Gisippo despertó el odio de los suyos y de los de Sofronia y todos decían no sólo que era digno de reprobación, sino de áspero castigo. Pero él afirmaba que había hecho una cosa honesta y que los padres de Sofronia debían darle las gracias porque la había casado con alguien mejor que él mismo. Tito, por otra parte, de todo se enteraba y con gran trabajo lo soportaba; y conociendo que era costumbre de los griegos excitarse con los reproches y las amenazas hasta que encontraban quien les respondiese, y que entonces no solamente humildes, sino cobardísimos se volvían, pensó que sus discursos no podían ya soportar sin responderlos; y teniendo él ánimo romano y el pensamiento ateniense, de una manera muy oportuna reunió a los parientes de Gisippo y los de Sofronia en un templo, y entrando en él acompañado sólo por Gisippo, así habló a los que esperaban:

—Creen muchos filósofos que lo que les sucede a los mortales es disposición y

providencia de los dioses inmortales; y por esto creen algunos que es inevitable todo lo que nos sucede o nos sucederá alguna vez, aunque hay quienes esta inevitabilidad atribuyen sólo a lo que ya ha sucedido. Las cuales opiniones, si con perspicacia son miradas, se verá muy abiertamente que el reprender algo que no puede cambiarse, nada es sino querer demostrarse más sabio que los dioses, los cuales debemos creer que con eterna ley y sin ningún error gobiernan y disponen de nosotros y de las demás cosas; por lo que, cuán loca y bestial presunción sea corregir su obra, muy fácilmente lo podéis ver, y aun cuántas y cuáles cadenas merecen aquellos que se dejan ir a tal atrevimiento. Entre los cuales, según mi juicio, os encontráis todos, si es verdad lo que entiendo que debéis haber dicho y decís continuamente porque Sofronia sea mi mujer cuando se la habéis entregado a Gisippo, no mirando que *ab eterno* estaba dispuesto que fuese mujer no de Gisippo, sino mía, como por efecto se conoce al presente. Pero como el hablar de la secreta providencia e intención de los dioses parece a muchos duro y difícil de comprender, presuponiendo que ellos de ninguna de nuestras acciones se ocupen, me place descender a los razonamientos de los hombres, hablando de los cuales me convendrá hacer dos cosas muy contrarias a

mis costumbres: la una, algo alabarme a mí mismo y la otra hablar mal de otros o humillarlos; pero porque de la verdad ni en una cosa ni en otra entiendo apartarme, y la presente materia lo pide, lo haré. Vuestras quejas, más incitadas por la furia que por la razón, con continuas protestas, así como alborotos, ofenden, reprenden y condenan a Gisippo porque me ha dado por mujer, por su decisión, a quien vosotros a él por la vuestra habíais dado, en lo que yo estimo que debe ser muy de alabar; y las razones son éstas: la primera, porque ha hecho lo que debe hacer un amigo; la segunda porque ha obrado más sabiamente de lo que lo habíais hecho vosotros. Lo que las santas leyes de la amistad quieren que un amigo haga por el otro, no es mi intención explicaros al presente, contentándome sólo con haberos recordado de ellas que los lazos de la amistad mucho más unen que los de la sangre o el parentesco, como sea que tenemos los amigos que elegimos y los parientes que nos da la fortuna. Y por ello, si Gisippo amó más mi vida que vuestra benevolencia, siendo yo amigo suyo como me tengo, nadie debe maravillarse. Pero vengamos a la segunda razón (en la que con más insistencia nos conviene detenernos): el haber sido él más sabio que vosotros lo sois, como sea que de la providencia de los dioses

poco me parece que entendáis, y mucho menos que conozcáis los efectos de la amistad. Digo que vuestro inicio, vuestro consejo y vuestra deliberación habían dado Sofronia a Gisippo, joven y filósofo; el de Gisippo la dio a un joven y filósofo; vuestro consejo la dio a un ateniense, el de Gisippo a un romano; el vuestro a un joven noble, el de Gisippo a uno más noble; el vuestro a un joven rico, el de Gisippo a uno riquísimo; el vuestro a un joven que no solamente no la amaba, sino que apenas la conocía, el de Gisippo a un joven que por encima de su felicidad y más que a la propia vida la amaba. Y que lo que digo es verdad, y más de alabar que lo que habíais hecho vosotros, miradlo cosa por cosa. Que yo joven y filósofo soy como Gisippo, mi rostro y mis estudios, sin ningún discurso más largo decir, pueden explicarlo. Una misma edad es la suya y la mía, y con iguales pasos siempre avanzando hemos estudiado. Es verdad que él es ateniense y yo romano. Si de la gloria de la ciudad disputamos, diré que yo soy de ciudad libre y él de tributaria; diré que soy de ciudad señora de todo el mundo y él de ciudad obediente a la mía; diré que soy de ciudad floreciente en armas, imperio y estudios, mientras él no podrá a la suya sino alabar en los estudios. Además de esto, aunque escolar humilde me veáis aquí entre vosotros, no he

nacido de las heces del populacho de Roma; mis palacios y los lugares públicos de Roma están llenos de antiguas imágenes de mis mayores, y los anales romanos se encuentran llenos de muchos triunfos logrados por los Quinto sobre el Capitolio romano; y no está por la vejez marchita sino que hoy más que nunca florece la gloria de nuestro nombre. Callo, por vergüenza, mis riquezas, teniendo en la memoria que la pobreza honrada es el antiguo y copioso patrimonio de los nobles ciudadanos romanos; la cual, si por la opinión de los vulgares es condenada, y son alabados los tesoros, soy en ellos, no como avaricioso, sino como amado de la fortuna, abundante. Y muy bien conozco que era aquí, y debía ser y debe ser preciado, tener por pariente a Gisippo; pero yo no os debo ser, por razón alguna, menos preciado en Roma, considerando que allí tendréis en mí a un óptimo huésped; y un útil y solicito y poderoso protector tanto en las oportunidades públicas como en las necesidades privadas. ¿Quién, pues, dejando aparte la pasión, y mirando con justicia, alabará más vuestras decisiones que las de mi amigo Gisippo? Ciertamente, ninguno. Está, pues, Sofronia bien casada con Tito Quinto Fulvio, noble, antiguo y rico ciudadano de Roma y amigo de Gisippo; por lo que quien de ello se duele o se queja no hace lo que debe ni sabe lo

que hace. Habrá tal vez algunos que digan no dolerse de que Sofronia sea la mujer de Tito, sino dolerse del modo en que en su mujer se ha convertido: ocultamente, a hurtadillas, sin que ningún amigo ni pariente supiese nada. Y esto no es milagro ni cosa que suceda por primera vez. Dejo de buena gana a un lado a aquellas que contra la voluntad del padre han tomado marido y a aquellas que han huido con sus amantes y primero han sido amigas que esposas, y a aquellas que antes han descubierto con embarazos y partos sus matrimonios que con la lengua, y la necesidad ha hecho consentir en ellos, cosa que con Sofronia no ha sucedido; sino que ordenada, discreta y honestamente ha sido dada por Gisippo a Tito. Y dirán otros que la ha casado aquél a quien casarla no incumbía. ¡Necias lamentaciones son éstas y mujeriles, y procedentes de la poca consideración! No usa ahora la fortuna por primera vez distintos caminos e instrumentos nuevos para inducir las cosas a determinados efectos. ¿Qué puede importarme a mí que el zapatero en lugar del filósofo haya expresado su juicio sobre un hecho mío (en oculto o en público) si el fin es bueno? Debo cuidarme si el zapatero no es discreto, de no dejarle proseguir, y agradecerle lo hecho. Si Gisippo ha casado bien a Sofronia, andar quejándose del modo y de él es una

necedad superflua; si en su juicio no confiáis, cuidad de que no pueda casar a nadie más y agradecedle esto. No menos debéis saber que yo no busqué ni con astucia ni con fraude poner alguna mancha sobre la honestidad y la claridad de vuestra sangre en la persona de Sofronia; y aunque ocultamente la haya tomado por mujer no vine como un raptor a quitarle su virginidad ni como enemigo quise tenerla deshonestamente, rechazando emparentar con vosotros; sino que ardientemente prendado de su cautivadora hermosura y de su virtud, conocía que si con el orden que tal vez queréis decir que debía haberla procurado, siendo muy amada por vos, por temor a que a Roma me la llevase, no la habría obtenido. Utilicé, pues, la manera oculta que ahora puede hacérseos manifiesta e hice a Gisippo que consintiese en mi nombre en lo que él no estaba dispuesto; y luego, aunque yo ardientemente la amase, no como amante, sino como marido busqué el ayuntamiento con ella no aproximándome a ella (como puede ella misma con verdad testimoniar), sino después de las debidas palabras y el anillo de desposada, preguntándole si me quería por marido; a lo que repuso que sí. Si le parece haber sido engañada, no habéis de reprenderme a mí, sino a ella que no me preguntó quién era. Éste es, pues, el gran mal, el gran pecado, la gran

falta cometida por el Gisippo amigo y por mí amante; que Sofronia se haya ocultamente convertido en mujer de Tito Quinto; por ello, lo herís, lo amenazáis y lo insidiáis. ¿Y qué más haríais si la hubiese dado a un villano, a un vagabundo, a un siervo? ¿Qué cadenas, qué cárcel, qué cruces os bastarían? Pero dejemos ahora esto; ha llegado el tiempo que yo todavía no esperaba de que mi padre haya muerto y me sea obligado volver a Roma. Por lo que, queriendo llevar a Sofronia conmigo, os he descubierto lo que puede que aún seguiría ocultándoos; lo que, si fueseis sabios, alegremente lo soportaríais porque, si engañaros o ultrajaros hubiera querido, escarnecida podía dejárosla; pero no lo quiera Dios que en un espíritu romano pueda albergarse tanta vileza. Ella, pues, es decir, Sofronia, por consentimiento de los dioses y por vigor de las leyes humanas y por el loable juicio de mi amigo Gisippo y por mi amorosa astucia, es mía, la cual cosa vosotros (por ventura teniéndoos en más que los dioses y los demás hombres sabios) bestialmente, en dos maneras muy odiosas para mí, mostráis que os equivocáis: una es teniendo a Sofronia, sobre la cual (sino en cuanto me place) no tenéis ningún derecho; y la otra es tratar a Gisippo, a quien estáis obligados justamente, como a enemigo. Y cuán neciamente hacéis en ellas no

entiendo al presente explicaros más sino como amigo aconsejaros que dispongáis vuestros enojos, y los agravios tomados se dejen y que Sofronia me sea restituida para que yo alegremente me vaya como pariente vuestro y vuestro viva: seguros de esto, que, os plazca o no os plazca lo que está hecho, si entendéis obrar de otro modo, os quitaré a Gisippo y sin faltar, si llego a Roma, recuperaré a quien es merecidamente mía, por mucho que os disguste; y cuánto puede el enojo de los ánimos romanos, hostigándoos siempre, os haré conocer por experiencia.

Luego de que Tito hubo dicho esto, poniéndose en pie con el rostro todo airado, cogiendo a Gisippo de la mano, mostrando preocuparle poco cuantos en el templo había, de allí, moviendo la cabeza y amenazándoles, salió. Los que se quedaron dentro, en parte inducidos por las palabras de Tito a su parentesco y a su amistad, y en parte asustados por sus últimas palabras, de común acuerdo deliberaron que mejor era tener a Tito por pariente, puesto que Gisippo no había querido serlo, que haber perdido a Gisippo por pariente y a Tito adquirido por enemigo; por la cual cosa, saliendo, fueron a buscar a Tito y le dijeron que les placía que Sofronia fuese suya y tenerlo a él por pariente querido y a Gisippo

por buen amigo; y haciendo juntos una familiar y amistosa fiesta, se fueron y le mandaron a Sofronia, la cual, como discreta, haciendo de la necesidad virtud, el amor que tenía por Gisippo prestamente lo volvió a Tito y con él se fue a Roma, donde con gran honor fue recibido. Gisippo, quedándose en Atenas, por todos tenidos en poco, después de no mucho tiempo, por unas contiendas civiles, con todos los de su casa, pobre y mezquino fue arrojado de Atenas y condenado a perpetuo exilio. Estando en el cual Gisippo, y habiendo llegado a ser no sólo pobre sino mendigo, como pudo se vino a Roma a probar si Tito lo recordaba; y enterado de que estaba vivo y estimado por todos los romanos, y enterado de cuál era su casa, delante de ella se puso hasta que Tito llegó; al cual, por la miseria en que estaba no se atrevió a dirigir la palabra, sino que se ingenió en hacer que lo viese para que reconociéndolo lo mandase llamar. Por lo que, pasando Tito adelante y pareciéndole a Gisippo que lo había visto y esquivado, acordándose de lo que él había hecho por él, furioso y desesperado se fue; y siendo ya de noche y estando él en ayunas y sin dineros, sin saber adónde ir, más deseoso de morir que nadie, llegó a un lugar muy salvaje de la ciudad, donde, viendo una gran gruta, dentro entró para quedarse aquella noche, y sobre la tierra desnuda y mal vestido,

vencido por largo llanto, se durmió. A la cual gruta, dos que habían estado robando aquella noche, con el hurto hecho fueron al amanecer, y entrando en una disputa, el uno, que era más fuerte, mató al otro y se fue; la cual cosa, habiendo Gisippo oído y visto, le pareció haber encontrado el camino a la muerte que mucho deseaba, sin matarse a sí mismo; y por ello, sin irse, estuvo allí hasta que los esbirros del tribunal, que ya del suceso se habían enterado, allí vinieron y a Gisippo furiosamente se llevaron preso. Y él, interrogado, confesó que lo había matado y que no había podido irse de la gruta, por la cual cosa el pretor, que se llamaba Marco Varrón, mandó que fuese condenado a muerte en la cruz, tal como entonces era costumbre. Había Tito, por acaso, llegado al pretorio en aquel momento y, mirándole al rostro al mísero condenado y habiendo oído el porqué, súbitamente reconoció a Gisippo, y se maravilló de su miserable fortuna y de cómo habría llegado aquí, y ardentísimamente deseando ayudarlo y no viendo ninguna otra vía para su salvación, sino acusarse a sí mismo y excusarle a él, prestamente se adelantó y gritó:

—Marco Varrón, haz llamar al pobre hombre al que has condenado porque es inocente; bastante he ofendido yo a los dioses

con una culpa matando a aquél a quien tus esbirros hallaron esta mañana muerto sin que ahora les ofenda de nuevo con la muerte de otro inocente.

Varrón se maravilló y le dolió que todo el pretorio lo hubiese oído, y no pudiendo por su honor retraerse de hacer lo que le mandaban las leyes, hizo volverse atrás a Gisippo, y en presencia de Tito le dijo:

—¿Cómo has sido tan loco que, sin haber experimentado ningún dolor, confesaste lo que no has hecho jugándote la vida? Decías que eras quien había matado esta noche al hombre y éste viene ahora y dice que no tú sino él lo ha matado.

Gisippo miró y vio que aquél era Tito y muy bien conoció que hacía aquello para salvarle, como agradecido por el servicio que en otro tiempo le había hecho; por lo que, llorando de piedad, dijo:

—Varrón, verdaderamente lo he matado yo, y la piedad de Tito para salvarme llega ya demasiado tarde.

Tito, por otra parte, decía:

—Pretor, como ves, éste es extranjero y sin armas ha sido encontrado junto al muerto, y

bien ves que su miseria le da el motivo para querer estar muerto; y por ello, ponlo en libertad y a mí, que lo he merecido, castígame.

Se maravilló Varrón de la insistencia de aquellos dos y presumía ya que ninguno debía ser el culpable; y, pensando en el modo de absolverlos, he aquí que viene un joven llamado Publio Ambusto, de perdidas costumbres y conocidísimo ladrón entre todos los romanos, el cual verdaderamente había cometido el homicidio; y sabiendo que ninguno de los dos eran culpables de lo que los dos se acusaban, tanta fue la ternura que llenó su corazón por la inocencia de estos dos que, movido por grandísima compasión, vino ante Varrón y le dijo:

—Pretor, mis hechos me traen a resolver la dura discusión de estos dos, y no sé qué dios dentro de mí me espolea y me empuja a manifestarte mi pecado: y sabe por ello que ninguno de éstos es culpable de aquello de lo que a sí mismo se acusa. Yo soy verdaderamente quien mató a aquel hombre esta mañana al apuntar el día; y a este desdichado que está aquí lo vi allí que dormía mientras yo repartía las cosas robadas con aquél a quien maté. Tito no necesita que yo lo excuse; su fama es clara en todas partes y se sabe que no es hombre de tal condición; así

que libéralo y castígame a mí a la pena que las leyes me impongan.

Había ya Octavio oído estas cosas y, haciendo venir a los tres, quiso oír qué razón había movido a cada uno a querer ser el condenado, la cual cada uno le contó. Octavio, a los dos porque eran inocentes y al tercero por amor suyo los puso en libertad. Tito, tomando a Gisippo y reprendiéndolo mucho primero por su desapego y desconfianza, le hizo maravillosa fiesta y a su casa se lo llevó, donde Sofronia, con piadosas lágrimas le recibió como amigo; y confortándolo un tanto y vistiéndolo y volviéndole al ropaje debido a su virtud y nobleza, primeramente hizo con él comunes todos sus tesoros y posesiones, y después, a una hermana jovencita que tenía, llamada Fulvia, le dio por mujer; y luego le dijo:

—Gisippo, de ti depende ahora o quedarte aquí junto a mí o volverte a Atenas con todas las cosas que te he dado.

Gisippo, obligándole por una parte el destierro a que estaba condenado por su ciudad y por otra el amor que debidamente sentía por la merecida amistad de Tito, decidió hacerse romano; con lo que con su Fulvia, y Tito con su Sofronia, siempre en una gran casa mucho tiempo y alegremente vivieron, más

amigos haciéndose cada día, si es que podía ser.

Santísima cosa es, pues, la amistad, y no solamente digna de singular reverencia, sino de ser con loor perpetuo alabada como discretísima madre de la magnificencia y de la honestidad, hermana de la gratitud y de la caridad, y del odio y la avaricia enemiga; siempre, sin esperar ningún ruego, pronta a hacer por otros virtuosamente lo que querría que por ella misma se hiciese; cuyos sacratísimos efectos rarísimas veces se ven hoy en dos, por culpa y vergüenza de la mísera avidez de los mortales que, sólo a la propia utilidad mirando, los ha relegado a perpetuo exilio más allá de los extremos límites de la tierra. ¿Qué amor, qué riqueza, qué parentesco hubiera hecho sentir al corazón de Gisippo el ardor, las lágrimas y los suspiros de Tito, con tanta eficacia que por ellos a la hermosa esposa noble y amada por él hubiese hecho casar con Tito, sino ellos? ¿Qué leyes, qué amenazas, qué temor hubiese hecho a los juveniles brazos de Tito en los lugares solitarios, en los lugares oscuros, en la cama propia, abstenerse de los abrazos de la hermosa joven, que tal vez le invitaba a ellos, sino ellos? ¿Qué estados, qué méritos, qué ganancias habrían hecho a Gisippo no

preocuparse de perder a sus parientes y a los de Sofronia, no preocuparse de las deshonestas murmuraciones del populacho, no preocuparse de las burlas y de los escarnios por satisfacer a su amigo, sino ellos? Y, por otra parte, ¿quién habría a Tito, sin ninguna dilación y pudiendo convenientemente disimular que lo veía, hecho prontísimo en procurar la propia muerte para quitar a Gisippo de la cruz que él mismo se procuraba, sino ellos?, ¿quién habría hecho a Tito sin duda alguna liberalísimo en compartir su amplísimo patrimonio con Gisippo, a quien la fortuna le había privado del suyo, sino ellos? ¿Quién habría hecho a Tito sin ningún temor, deseosísimo de conceder la propia hermana por mujer a Gisippo, a quien veía pobrísimo y a extrema miseria llevado, sino ellos? Deseen, pues, los hombres multitud de consortes, turbas de hermanos y gran cantidad de hijos, y con sus dineros se acreciente el número de sus servidores; y no reparen en que cualquiera de éstos teme más un mínimo peligro propio que solicitud muestran en apartar los grandes del padre o del hermano o del señor, mientras todo lo contrario vemos que hace el amigo.

Novela novena

Saladino[377], disfrazado de mercader, es honrado por micer Torello; viene luego la cruzada[378]; micer Torello pone un plazo a su mujer para que pueda volver a casarse, es hecho prisionero y por amaestrar aves de presa llega a oídos del sultán, el cual, reconociéndole y dándole a conocer, sumamente le honra; micer Torello enferma y por arte de magia es llevado en una noche a Pavia, y en las bodas que se celebraban por el nuevo matrimonio de su mujer, reconocido por ella, con ella a su casa vuelve[379].

HABÍA ya a sus palabras Filomena puesto fin y la magnífica gratitud de Tito había sido alabada mucho por todos concordemente, cuando el rey, el postrer lugar reservando a Dioneo, así comenzó a hablar:

Atrayentes señoras, sin falta cuenta Filomena la verdad por lo que sobre la amistad dice, y con razón al final de sus palabras se lamenta que hoy sea ésta tan poco grata a los

mortales. Y si nosotros, aquí, para corregir los defectos mundanos o aunque sólo fuera para reprenderlos estuviésemos, continuaría yo con extenso discurso sus palabras; pero como otro es nuestro fin, me ha venido al ánimo el mostraros, tal vez con una historia muy larga, pero en todas sus partes agradable, una de las magníficas obras de Saladino, para que por las cosas que en mi novela oigáis, si plenamente la amistad de alguien no se puede conquistar por nuestros vicios, sepamos al menos deleitarnos en obra cortésmente, esperando que, cuando sea, de ello se siga una recompensa.

Digo, pues, que, según afirman algunos, en el tiempo del emperador Federico I[380], para reconquistar Tierra Santa tuvo lugar una cruzada general entre los cristianos; la cual cosa, Saladino, valentísimo señor y entonces sultán de Babilonia[381], habiendo oído algo de ello, se propuso ver personalmente los preparativos de los señores cristianos para aquella cruzada, para mejor poder prevenirse. Y arreglados sus asuntos en Egipto, haciendo semblante de ir en peregrinación, con dos de sus hombres más ilustres y más sabios y con tres servidores solamente, en disfraz de mercader se puso en camino; y habiendo andado por muchas provincias cristianas y cabalgando por Lombardía para pasar más allá

de los montes, sucedió que, yendo de Milán a Pavia y siendo ya el anochecer, se toparon con un gentilhombre cuyo nombre era micer Torello de Strata de Pavia[382], el cual con sus criados y con perros y con halcones se iba a estar a una hermosa posesión que sobre el río Tesino tenía. A los cuales, al verlos micer Torello se dio cuenta de que nobles y forasteros eran y deseó honrarlos; por lo que, preguntando Saladino a uno de sus servidores cuánto había todavía de allí a Pavia y si a tiempo de entrar en ella pudiese llegar allí, no dejó que respondiese el servidor sino que él mismo repuso:

—Señores, no podréis llegar a Pavia a una hora en que podáis entrar dentro.

—Pues —dijo Saladino— hacednos la merced de enseñarnos, porque extranjeros somos, dónde podremos albergarnos mejor.

Micer Torello dijo:

—Eso haré de buena gana. Ahora mismo estaba pensando en mandar a uno de estos míos junto a Pavia por cierta cosa: lo mandaré con vos y os conducirá a un lugar donde os albergaréis asaz convenientemente.

Y al más discreto de los suyos acercándose, le ordenó lo que tenía que hacer,

y le mandó con ellos; y yéndose él a su posesión, prestamente, lo mejor que pudo hizo preparar una buena cena y poner la mesa en un jardín; y hecho esto, junto a la puerta vino a esperarlos. El servidor, hablando con los hombres nobles sobre diversas cosas, por ciertos caminos los desvió y a la posesión de su señor, sin que se diesen cuenta, los condujo; a los cuales, cuando los vio micer Torello, saliendo a pie a su encuentro, dijo sonriendo:

—Señores, sed muy bien venidos.

Saladino, que era sagacísimo, se dio cuenta de que este caballero había temido que no habrían aceptado el convite si, cuando los encontró, les hubiese invitado, y por ello, para que no pudieran negarse a quedarse aquella noche con él, con una artimaña los había conducido a su casa; y contestado su saludo, dijo:

—Señor, si de los corteses hombres pudiese uno quejarse, nos quejaríamos de vos, el cual, aunque hayáis estorbado un tanto nuestro viaje, sin que hayamos merecido por nada vuestra benevolencia sino por un solo saludo, a aceptar tan alta cortesía como es la vuestra nos habéis obligado.

El caballero, sabio y elocuente, dijo:

—Señores, esta que recibís de mí, en vuestro aspecto, es pobre cortesía; pero en verdad fuera de Pavia no habríais podido estar en ningún lugar que fuese bueno, y por ello no os sea grave haber alargado un poco el camino para tener un poco menos de incomodidad.

Y así diciendo, viniendo su servidumbre alrededor de aquéllos, en cuanto desmontaron, acomodaron sus caballos, y micer Torello a los tres hombres nobles llevó a las cámaras preparadas para ellos, donde les hizo descalzarse y refrescarse un poco con fresquísimos vinos, y en amable conversación hasta la hora de cenar los entretuvo. Saladino y sus compañeros y servidores sabían todos latín, por lo que muy bien entendían y eran entendidos, y les parecía a todos ellos que este caballero era el hombre más amable y el más cortés y el que mejor hablaba de todos los otros que hubiesen visto hasta entonces. A micer Torello, por otra parte, le parecía que eran aquellos hombres ilustrísimos y de mucho más valor de lo que antes había estimado, por lo que se dolía para sí mismo de que con compañía y más solemne convite no podía honrarlos aquella noche; por lo que pensó en reparar aquello a la mañana siguiente, e informando a uno de sus servidores de lo que

quería hacer, a su mujer, que discretísima era y de grandísimo ánimo, se lo mandó a Pavia, que muy cerca estaba y cuyas puertas no se cerraban nunca. Y después de esto, llevando a los gentileshombres al jardín, cortésmente les preguntó quiénes eran y adónde iban. Al cual repuso Saladino:

—Somos mercaderes chipriotas y venimos de Chipre, y por nuestros negocios vamos a París.

Entonces dijo micer Torello:

—¡Pluguiese a Dios que esta tierra nuestra produjese tales nobles como veo que Chipre hace los mercaderes!

Y de este razonamiento en otros estando un tanto, se hizo hora de cenar: por lo que les invitó a sentarse a la mesa, y en ella, según era la cena improvisada, fueron muy bien y ordenadamente servidos; y poco después, levantadas las mesas, se pusieron en pie, que, dándose cuenta micer Torello de que estaban cansados, en hermosísimos lechos los llevó a descansar, y semejantemente él, poco después, se fue a dormir. El servidor enviado a Pavia dio la embajada a la señora, la cual, no con ánimo mujeril sino real, haciendo prestamente llamar a muchos amigos y

servidores de micer Torello, todas las cosas oportunas para un grandísimo convite hizo preparar, y a la luz de las antorchas hizo invitar al convite a muchos de los más nobles ciudadanos, e hizo sacar paños y sedas y pieles y completamente poner en orden lo que el marido le había mandado a decir. Venido el día, los gentileshombres se levantaron, con los cuales micer Torello, montando a caballo y haciendo venir sus halcones, a una charca vecina les llevó y les mostró cómo volaban; pero preguntando Saladino si alguien podía ir a Pavia y llevarlos al mejor albergue, dijo micer Torello:

—Ése seré yo, porque ir allí necesito.

Ellos, creyéndoselo, se alegraron y juntos con él se pusieron en camino; y siendo ya la hora de tercia y habiendo llegado a la ciudad, creyendo que eran enviados al mejor albergue, con micer Torello llegaron a su casa, donde ya al menos cincuenta de los más ilustres ciudadanos habían venido para recibir a los gentileshombres, alrededor de los cuales acudieron rápidamente a los frenos y espuelas. La cual cosa viendo Saladino y sus compañeros, demasiado bien comprendieron lo que era aquello y dijeron:

—Micer Torello, esto no es lo que os

habíamos pedido: bastante habéis hecho esta noche pasada y mucho más de lo que merecemos; por lo que sin inconveniente podíais dejarnos seguir nuestro camino.

A quienes micer Torello repuso:

—Señores, de lo que ayer noche se os hizo estoy yo más agradecido a la fortuna que a vosotros, que a tiempo os alcanzó en el camino para que necesitaseis venir a mi pequeña casa; de lo de esta mañana os quedaré yo obligado y junto conmigo todos estos gentileshombres que están en torno vuestro, a quienes si os parece cortés negaros a almorzar con ellos podéis hacerlo si queréis.

Saladino y sus compañeros, vencidos, desmontaron y recibidos por los gentileshombres alegremente fueron llevados a sus cámaras, las cuales riquísimamente les habían preparado; y dejando las ropas de camino y refrescándose un tanto, a la sala, que espléndidamente estaba aparejada, vinieron; y habiendo sido dada el agua a las manos y sentándose a la mesa con grandísimo orden y hermoso, con muchas viandas fueron magníficamente servidos; tanto que, si el emperador hubiese venido allí, no se habría sabido cómo hacerle más honor. Y aunque Saladino y sus compañeros fuesen grandes

señores y acostumbrados a ver grandísimas cosas, no menos se maravillaron mucho de ésta, y les parecía de las mayores, teniendo en cuenta la calidad del caballero, que sabían que era burgués y no noble. Terminada la comida y levantada la mesa, habiendo hablado un tanto de altas cosas, haciendo mucho calor, cuando plugo a micer Torello, los gentileshombres de Pavia se fueron a descansar, y quedándose él con los tres suyos, y entrando con ellos en una cámara, para que ninguna cosa querida para él quedara que visto no hubieran, allí hizo llamar a su valerosa mujer; la cual, siendo hermosísima y alta en su persona y adornada con ricas vestimentas, en medio de dos hijos suyos, que parecían dos angelotes, vino hacia ellos y placenteramente les saludó. Ellos, al verla, se levantaron y con reverencia la recibieron, y haciéndola sentarse entre ellos, gran fiesta hicieron con sus dos hermosos hijitos. Pero luego de que con ellos hubo entrado en agradable conversación, habiéndose ido un poco micer Torello, ella amablemente les preguntó de dónde eran y adónde iban; a quien los gentileshombres respondieron como habían hecho a micer Torello. Entonces la señora, con alegre gesto, dijo:

—Así pues, veo que mi previsión femenina

será útil, y por ello os ruego que por especial merced no rehuséis ni tengáis por vil el pequeño presente que voy a hacer traeros, sino considerando que las mujeres, de acuerdo con su pequeño ánimo pequeñas cosas dan, más considerando el buen deseo de quien da que la cantidad del presente, lo toméis.

Y haciendo traer para cada uno dos pares de sobrevestes, una forrada de seda y otra de marta, en nada de burgueses ni de mercaderes, sino de señor, y tres jubones de cendal y lino, dijo:

—Tomad esto: las ropas de mi señor son como las vuestras; las otras cosas, considerando que estáis lejos de vuestras mujeres, y lo largo del camino hecho y el que os queda por hacer, y que los mercaderes son hombres limpios y delicados, aunque poco valgan podrán seros preciadas.

Los gentileshombres se maravillaron y claramente conocieron que micer Torello ninguna clase de cortesía quería dejar de hacerles, y temieron, viendo la nobleza de las ropas, en nada propias de mercaderes, que hubiesen sido reconocidos por micer Torello; pero sin embargo, a la señora respondió uno de ellos:

—Éstas son, señora, grandísimas cosas y no deberíamos tomarlas fácilmente si vuestros ruegos a ello no nos obligasen, a los cuales no puede decirse que no.

Hecho esto y habiendo ya vuelto micer Torello, la señora, encomendándolos a Dios, se separó de ellos, y de cosas semejantes a aquéllas, tal como a ellos convenía, hizo proveer a los criados. Micer Torello con muchos ruegos les pidió que todo aquel día se quedasen con él; por lo que, después que hubieron dormido, poniéndose sus ropas, con micer Torello un rato cabalgaron por la ciudad, y venida la hora de la cena, con muchos honorables compañeros magníficamente cenaron. Y cuando fue el momento, yéndose a descansar, al venir el día se levantaron y encontraron en el lugar de sus rocines cansados, tres gordos palafrenes y buenos y semejantemente caballos nuevos y fuertes para todos sus criados. La cual cosa viendo Saladino, volviéndose a sus compañeros, dijo:

—Juro ante Dios que hombre más cumplido ni más cortés ni más precavido que éste no lo ha habido nunca; y si los reyes cristianos son tales reyes en su condición como éste es caballero, el sultán de Babilonia no podrá enfrentarse siquiera con uno, ¡no digamos con todos los que vemos que se preparan para

echársele encima!

Pero sabiendo que negarse a recibirlos no era oportuno, muy cortésmente agradeciéndolo, montaron a caballo. Micer Torello, con muchos compañeros, gran trecho en el camino les acompañaron fuera de la ciudad, y por mucho que a Saladino le doliese separarse de micer Torello, tanto se había prendado ya de él, le rogó que atrás se volviese, teniendo que irse; el cual, por muy duro que le fuese separarse de ellos, dijo:

—Señores, lo haré porque os place, pero os diré esto: yo no sé quiénes sois ni deseo saber más de lo que os plazca; pero seáis quienes seáis, que sois mercaderes no me dejaréis creyendo esta vez: y que Dios os guarde.

Saladino, habiendo ya de todos los compañeros de micer Torello tomado licencia, le repuso diciendo:

—Señor, podrá todavía suceder que os hagamos ver nuestra mercancía, con la cual vuestra creencia aseguraremos; e idos con Dios.

Se fueron, pues, Saladino y sus compañeros, con grandísimo ánimo de (si la vida les duraba y la guerra que esperaban no lo

impidiese) hacer aún no menor honor a micer Torello del que éste le había hecho; y mucho de él y de su mujer y de todas sus cosas y actos y hechos habló con sus compañeros, alabándolo todo. Pero luego que todo Poniente, no sin gran fatiga, hubo corrido, entrando en el mar, con sus compañeros se volvió a Alejandría, y plenamente informado, se dispuso a la defensa. Micer Torello se volvió a Pavia y mucho estuvo pensando que quiénes serían aquellos tres, pero nunca a la verdad llegó, ni se aproximó. Llegando el tiempo de la cruzada y haciéndose grandes preparativos por todas partes, micer Torello, no obstante los ruegos de su mujer y las lágrimas, se dispuso a irse de todas las maneras; y habiendo hecho todos los preparativos y estando a punto de montar a caballo, dijo a su mujer, a quien sumamente amaba:

—Mujer, como ves, me voy a esta cruzada tanto por el honor del cuerpo como por la salvación del alma; te encomiendo todas nuestras cosas y nuestro honor; y como estoy seguro de irme, y de volver, por mil accidentes que puedan sobrevenir, ninguna certeza tengo, quiero que me concedas una gracia: que suceda lo que suceda de mí, si no tienes noticia cierta de mi vida, que me esperes un año y un mes y un día sin volver a casarte,

comenzando con este día que de ti me separo.

La mujer, que mucho lloraba, repuso:

—Micer Torello, no sé cómo voy a soportar el dolor en el cual, al partiros, me dejáis: pero si mi vida es más fuerte que él y algo os acaeciese, vivid y morid seguro de que viviré y moriré como mujer de micer Torello y de su memoria.

A la cual micer Torello dijo:

—Mujer, certísimo estoy de que, en cuanto esté en ti sucederá esto que me prometes; pero eres mujer joven y hermosa y de gran linaje, y tu virtud es muy conocida por todos; por la cual cosa no dudo que muchos grandes y gentileshombres, si nada de mí se supiera, te pedirán por mujer a tus hermanos y parientes, de cuyos consejos, aunque lo quieras, no podrás defenderte y por fuerza tendrás que complacerlos; y éste es el motivo por el cual este plazo y no mayor te pido.

La mujer dijo:

—Yo haré lo que pueda de lo que os he dicho; y si otra cosa tuviera que hacer; os obedeceré en esto que me ordenáis, con certeza. Ruego a Dios que a tales plazos ni a vos ni a mí nos lleven estos tiempos.

Terminadas estas palabras, la señora, llorando, se abrazó a micer Torello, y quitándose del dedo un anillo se lo dio, diciendo:

—Si sucede que muera yo antes de que os vuelva a ver, acordaos de mí cuando lo veáis.

Y él, cogiéndolo, montó a caballo, y diciendo adiós a todo el mundo, se fue a su viaje; y llegado a Génova con su compañía, subiendo a la galera, se fue, y en poco tiempo llegó a Acre y con otro ejército de los cristianos se unió. En el cual casi inmediatamente comenzó una grandísima enfermedad y mortandad, durante la cual, fuese cual fuese el arte o la fortuna de Saladino, casi todo lo que quedó de los cristianos que se salvaron fueron por él apresados a mansalva, y por muchas ciudades repartidos y puestos en prisión; entre los cuales presos fue uno micer Torello, y a Alejandría llevado preso. Donde, no siendo conocido y temiendo darse a conocer, por la necesidad obligado se dedicó a domesticar halcones, en lo que era grandísimo maestro; y de esto llegó la noticia a Saladino, por lo que lo sacó de la prisión y se quedó con él como halconero. Micer Torello, que no era llamado por Saladino sino «el cristiano», a quien no reconocía, ni el sultán a él, solamente en Pavia tenía el ánimo, y muchas veces había intentado

escaparse, y no había podido hacerlo; por lo que, venidos ciertos genoveses como embajadores a Saladino para rescatar a algunos conciudadanos suyos, y teniendo que irse, pensó en escribirle a su mujer que estaba vivo y que volvería con ella lo antes que pudiese, y que lo esperase; y así lo hizo, y caramente[382a] rogó a uno de los embajadores, que conocía, que hiciese que aquellas noticias llegasen a manos del abad de San Pietro en Cieldoro, que era su tío. Y estando en estos términos micer Torello, sucedió un día que, hablando con él Saladino de sus aves, micer Torello comenzó a sonreír e hizo un gesto con la boca en que Saladino, estando en su casa de Pavia, se había fijado mucho, por el cual acto a Saladino le vino a la mente micer Torello; y comenzó a mirarlo fijamente y le pareció él; por lo que, dejando la primera conversación, dijo:

—Dime, cristiano, ¿de qué país de Poniente eres tú?

—Señor mío —dijo micer Torello—, soy lombardo, de una ciudad llamada Pavia, hombre pobre y de baja condición.

Al oír esto Saladino, casi seguro de lo que dudaba, se dijo alegre:

«¡Dios me ha dado la ocasión de mostrar a éste cuánto me agradó su cortesía!».

Y sin decir más, haciendo preparar en una alcoba todos sus vestidos, le condujo dentro y dijo:

—Mira, cristiano, si entre estas ropas hay alguna que alguna vez hayas visto.

Micer Torello comenzó a mirar y vio aquellas que su mujer le había dado a Saladino, pero no juzgó que podían ser aquéllas; pero respondió:

—Señor mío, ninguna conozco, aunque es verdad que aquellas dos se parecen a ropas con que yo, además de tres mercaderes que en mi casa estuvieron, anduve vestido.

Entonces Saladino, no pudiendo ya contenerse, lo abrazó tiernamente, diciendo:

—Vos sois micer Torello de Strá, y yo soy uno de los tres mercaderes a los cuales vuestra mujer dio estas ropas; y ahora ha llegado el tiempo de asegurar vuestra creencia en lo que era mi mercancía, como al separarme de vos os dije que podría suceder.

Micer Torello, al oír esto, comenzó a ponerse contentísimo y a avergonzarse; y a estar contento de haber tenido tal huésped, y a

avergonzarse de que pobremente le parecía haberlo recibido; al cual Saladino dijo:

—Micer Torello, puesto que Dios os ha enviado a mí, pensad que no yo de ahora en adelante sino que vos aquí sois el dueño.

Y haciéndose fiestas grandes por igual, con reales vestidos lo hizo vestir, y llevándole ante sus barones más ilustres y habiendo dicho muchas cosas en alabanza de su valor, ordenó que por cualquiera que su gracia apreciase tan honrado fuese como su persona; lo que de entonces en adelante todos hicieron, pero mucho más que los otros los dos señores que habían sido compañeros de Saladino en su casa. La altura de la súbita gloria en que se vio micer Torello, algo las cosas lombardas le hizo olvidar, y máximamente porque con seguridad esperaba que sus cartas hubieran llegado a su tío. Había, en el campo donde estaba el ejército de los cristianos, el día que fueron apresados por Saladino, muerto y sido sepultado un caballero provenzal de poca monta cuyo nombre era micer Torello de Dignes[383]; por la cual cosa, siendo micer Torello de Strá a causa de su nobleza conocido por el ejército, cualquiera que oyó decir «Ha muerto micer Torello», creyó que era micer Torello de Strá y no el de Dignes; y el accidente del apresamiento que sobrevino no dejó que los

engañados saliesen de su error. Por lo que muchos itálicos volvieron con esta noticia, entre los cuales los hubo tan presuntuosos que osaron decir que lo habían visto muerto y habían asistido a su sepultura; la cual cosa, sabida por la mujer y por sus parientes, fue ocasión de grandísimo e indecible pesar no solamente de ellos, sino de todos los que lo habían conocido. Largo sería de exponer cuál fue y cuánto el dolor y la tristeza y el llanto de su mujer; a la cual, después de algunos meses en que se había dolido con tribulación continua, y había empezado a dolerse menos, siendo solicitada por los más ilustres hombres de Lombardía, sus hermanos y todos sus demás parientes empezaron a pedirle que se casara, a lo que ella muchas veces y con grandísimo llanto habiéndose negado, obligada, al final tuvo que hacer lo que querían sus parientes, con esta condición: que habría de estar sin convivir con el marido tanto cuanto le había prometido a micer Torello. Mientras en Pavia estaban las cosas de la señora en estos términos, y ya unos ocho días antes del plazo en que debía ir a vivir con su marido, sucedió que micer Torello vio en Alejandría un día a uno que había visto subir con los embajadores genoveses a la galera que venía a Génova; por lo que, haciéndole llamar, le preguntó que qué viaje habían tenido y cuándo habían llegado a

Génova. Al cual dijo éste:

—Señor mío, mal viaje hizo la galera, tal como oí en Creta, donde me quedé; porque estando cerca de Sicilia, se levantó una peligrosa tramontana que contra los bajíos de Berbería la arrojó, y no se salvó un alma; y entre los demás perecieron dos hermanos míos.

Micer Torello, creyendo las palabras de aquél, que eran veracísimas, y acordándose de que el plazo que le había pedido a su mujer terminaba de allí a pocos días, y dándose cuenta que nada de él debía saberse en Pavia, tuvo por cierto que su mujer debía haber vuelto a casarse; con lo que cayó en tan gran dolor que, perdidas las ganas de comer y echándose en la cama, decidió morir. La cual cosa, cuando llegó a oídos de Saladino, que sumamente le amaba, vino a verle; y luego de muchos ruegos y grandes que le hizo, sabida la razón de su dolor y de su enfermedad, le reprochó mucho no habérsela dicho antes, y luego le rogó que se animase, asegurándole que, si lo hacia, él obraría de modo que estuviese en Pavia antes del plazo dado; y le dijo cómo. Micer Torello, dando fe a las palabras de Saladino, y habiendo muchas veces oído decir que aquello era posible y se había hecho muchas veces, comenzó a animarse, y a pedir a Saladino que

se apresurase en ello. Saladino, a un nigromante suyo cuyo arte ya había experimentado, le ordenó que arreglase la manera de que micer Torello, sobre una cama fuese transportado a Pavia en una noche; a quien el nigromante respondió que así sería hecho, pero que por bien suyo lo adormeciese. Arreglado esto, volvió Saladino a Micer Torello, y hallándolo completamente determinado a estar en Pavia antes del plazo dado, si pudiera ser, y si no pudiera a dejarse morir, le dijo así:

—Micer Torello, si tiernamente amáis a vuestra mujer y teméis que pueda ser de otro, sabe Dios que yo en nada puedo reprocharoslo porque de cuantas mujeres me parece haber visto ella es quien por sus costumbres, sus maneras y su porte (dejando la hermosura, que es flor caduca) más digna me parece de alabarse y tenerse en aprecio. Me habría complacido muchísimo que, puesto que la fortuna os había mandado aquí, el tiempo que vos y yo vivir debamos, en el gobierno del reino que yo tengo igualmente señores, hubiésemos vivido juntos; y si esto no me hubiera sido concedido por Dios, ya que habría de veniros al ánimo o querer la muerte o encontraros en Pavia al final del plazo impuesto, sumamente habría deseado saberlo a tiempo de poder mandaros a vuestra casa con el honor, la

grandeza, la compañía que vuestra virtud merece; lo que, puesto que no me ha sido concedido, y vos deseáis estar allí presente, tal como puedo y en la forma que os he dicho os mandaré.

A quien micer Torello dijo:

—Señor mío, sin vuestras palabras, vuestros actos me han demostrado bien vuestra benevolencia, que por mí nunca en tan supremo grado fue merecida, y de lo que decís, aunque no lo dijeseis, vivo y moriré certísimo; pero tal como he decidido, os ruego que lo que me habéis dicho que vais a hacer lo hagáis pronto, porque mañana es el último día en que deben esperarme.

Saladino dijo que aquello sin duda estaba arreglado; y el día siguiente, esperando mandarlo a la noche siguiente, hizo Saladino hacer en una gran sala un hermosísimo y rico lecho con todos los colchones, según su costumbre, de velludo y drapeados de oro, y poner por encima una colcha labrada con arabescos de perlas gordísimas y de riquísimas piedras preciosas, la cual fue después aquí tenida por un incalculable tesoro, y dos almohadones tales como semejante lecho requería; y hecho esto, mandó que a micer Torello, que ya estaba repuesto, le pusiesen un

traje a la guisa sarracena, que era la cosa más rica y más bella que nunca nadie había visto, y la cabeza, a su manera, hizo que se la envolvieran en uno de sus larguísimos turbantes. Y siendo ya tarde, Saladino entró, con muchos de sus barones, en la alcoba donde Micer Torello estaba, y sentándose a su lado, casi llorando, comenzó a decir:

—Micer Torello, el momento que va a separarme de vos está cerca, y como yo no puedo acompañaros ni haceros acompañar, por la condición del camino que tenéis que hacer, que no lo sufre, aquí en la alcoba tengo que despedirme de vos, a lo que he venido. Y por ello, antes de dejaros con Dios, os ruego que por el amor a la amistad que hay entre nosotros, que no os olvidéis de mí, y si es posible, antes de que nos llegue nuestra hora, que vos, habiendo puesto en orden vuestras cosas en Lombardía, una vez por lo menos vengáis a verme para que pueda yo entonces, habiéndome alegrado con veros, enmendar la falta que ahora por vuestra prisa tengo que cometer; y hasta que esto suceda, no os sea enojoso visitarme con cartas y pedirme las cosas que os gusten, que con más agrado por vos que por ningún hombre del mundo lo haré con seguridad.

Micer Torello no pudo retener las lágrimas,

y por ello, impedido por ellas, contestó con pocas palabras que era imposible que nunca sus beneficios y su valor se le fuesen de la memoria, y que sin falta lo que le pedía haría si es que el tiempo le era concedido. Por lo que Saladino, tiernamente abrazándolo y besándolo, con muchas lágrimas le dijo:

—Idos con Dios —y salió de la alcoba, y los demás barones después de él se despidieron y se fueron con Saladino a la sala donde había hecho preparar el lecho.

Pero siendo tarde ya y el nigromante estando en espera de hacer aquello y preparándolo, vino un médico con un brebaje para micer Torello y diciéndole que se lo daba para fortalecerle, se lo hizo beber: y no pasó mucho sin que se durmiese. Y así durmiendo fue llevado por mandato de Saladino al hermoso lecho sobre el cual puso él una grande y bella corona de gran valor, y la señaló de manera que claramente se vio después que Saladino se la mandaba a la mujer de micer Torello[384]. Después, le puso a micer Torello en el dedo un anillo en el que había engastado un carbunclo tan reluciente que una antorcha encendida parecía, cuyo valor era inestimable; luego le hizo ceñir una espada guarnecida de manera que su valor no podría apreciarse con facilidad, y además de esto un broche que le

hizo prender en el pecho en el que había perlas cuyas semejantes nunca habían sido vistas, con otras muchas piedras preciosas, y luego, a cada uno de sus costados, hizo poner dos grandísimos aguamaniles de oro llenos de doblones[385] y muchas redecillas de perlas, y anillos, y cinturones, y otras cosas que largo sería contarlas, hizo que le pusiesen en torno. Y hecho esto, otra vez besó a micer Torello y dijo al nigromante que se diese prisa; por lo que, incontinenti, en presencia de Saladino, el lecho llevando a micer Torello, desapareció de allí, y Saladino se quedó hablando de él con sus barones.

Y ya en la iglesia de San Pietro en Cieldoro de Pavia, tal como lo había pedido, llevaba un rato posando micer Torello con todas las antes dichas joyas y adornos, y todavía dormía, cuando habiendo tocado ya a maitines, el sacristán entró en la iglesia con una luz en la mano; y le sucedió que súbitamente vio el rico lecho y no tan sólo se maravilló sino que, sintiendo un miedo grandísimo, huyendo se volvió atrás: al cual viendo huir el abad y los monjes, se maravillaron y le preguntaron la razón. El monje la dijo.

—¡Oh! —dijo el abad—, pues no eres ya ningún niño ni eres tan nuevo en la iglesia para espantarte tan fácilmente; vamos nosotros,

pues, y veamos qué coco has visto.

Encendidas, pues, más luces, el abad con todos sus monjes entrando en la iglesia vieron este lecho tan maravilloso y rico, y sobre él el caballero que dormía; y mientras, temerosos y tímidos, sin acercarse nada al lecho las nobles joyas miraban, sucedió que, habiendo pasado la virtud del brebaje, micer Torello, despertándose, lanzó un suspiro. Los monjes al ver esto y el abad con ellos, espantados y gritando: «¡Señor, ayúdanos!», huyeron todos.

Micer Torello, abiertos los ojos y mirando alrededor, conoció claramente que estaba allí donde le había pedido a Saladino, de lo que se puso muy contento; por lo que, sentándose en el lecho y detalladamente mirando todo lo que tenía alrededor, por mucho que hubiera conocido ya la magnificencia de Saladino, le pareció ahora mayor y más la conoció. Sin embargo, sin moverse, viendo a los monjes huir y dándose cuenta de por qué, comenzó por su nombre a llamar al abad y a rogarle que no temiese, porque él era Torello su sobrino. El abad, al oír esto, sintió mayor miedo como quien por muerto lo tenía desde hacia meses; pero luego de un tanto, tranquilizado por verdaderas pruebas, sintiéndose llamar, haciendo la señal de la santa cruz, se acercó a él; al cual micer Torello dijo:

—Oh, padre mío, ¿qué teméis? Estoy vivo, gracias a Dios, y aquí he vuelto de ultramar.

El abad, a pesar de que tenía la barba larga y estaba en traje morisco, después de un tanto lo reconoció, y tranquilizándose por completo, le cogió de la mano, y dijo:

—Hijo mío, ¡seas bien venido!

Y siguió:

—No debes maravillarte de nuestro miedo porque en esta tierra no hay hombre que no crea firmemente que estás muerto, tanto que te diré sólo que doña Adalieta tu mujer, vencida por los ruegos y las amenazas de sus parientes y contra su voluntad, se ha vuelto a casar; y hoy por la mañana debe irse con su marido, y las bodas y todo lo que se necesita para la fiesta está preparado.

Micer Torello, levantándose del rico lecho y haciendo al abad y a los monjes maravillosas fiestas, pidió a todos que de su vuelta no hablasen con nadie hasta que no hubiese él resuelto un asunto suyo. Después de esto, haciendo poner a salvo las ricas joyas, lo que le había sucedido hasta aquel momento le contó al abad. El abad, contento de sus aventuras, con él dio gracias a Dios. Después de esto, preguntó micer Torello al abad que quién era el

nuevo marido de su mujer. El abad se lo dijo, a quien micer Torello dijo:

—Antes que se sepa que he vuelto quiero ver el comportamiento que tiene mi mujer en estas bodas; y por ello, aunque no sea costumbre que los religiosos vayan a tales convites, quiero que por mi amor lo arregléis de manera que los dos vayamos.

El abad contestó que de buena gana; y al hacerse de día mandó un recado al recién casado diciendo que con un compañero quería asistir a sus bodas; a quien el gentilhombre repuso que mucho le placía. Llegada, pues, la hora de la comida, micer Torello, con aquel traje que llevaba, se fue con el abad a casa del recién casado, mirado con asombro por quien le veía, pero no reconocido por ninguno; y el abad decía a todos que era un sarraceno enviado por el sultán al rey de Francia como embajador. Y, pues, micer Torello sentado a una mesa exactamente frente a su mujer, a quien con grandísimo placer miraba; y en el gesto le parecía molesta por estas bodas. Ella también alguna vez le miraba, no porque le reconociese en nada (que la larga barba y el extraño traje y la firme creencia de que estaba muerto no se lo permitían), sino por la rareza del traje. Pero cuando le pareció oportuno a micer Torello ver si se acordaba de él,

quitándose del dedo el anillo que su mujer le había dado se separó de ella, hizo llamar a un jovencito que delante de él estaba sirviendo, y le dijo:

—Di de mi parte a la recién casada que en mi país se acostumbra, cuando algún forastero como yo come en el banquete de una recién casada, como es ella, en señal de que gusta de que él haya venido a comer, que ella le manda la copa en la que bebe llena de vino; con lo cual luego de que el forastero ha bebido lo que guste, tapándola de nuevo, la novia bebe el resto.

El jovencito dio el recado a la señora, la cual, como cortés y discreta, pensando que aquél era un gran infanzón[385a], para mostrar que le agradaba su llegada, una gran copa dorada, que tenía delante, mandó que fuese lavada y colmada de vino y llevada al gentilhombre; y así se hizo. Micer Torello, que se había metido en la boca su anillo, hizo de manera que lo dejó caer en la copa sin que nadie se diese cuenta, y dejando un poco de vino, la tapó y se la envió a la señora. La cual, cogiéndola, para cumplir la costumbre, destapándola se la llevó a la boca y vio el anillo, y sin decir nada lo estuvo mirando un rato; y reconociéndolo como el que ella le había dado al irse a micer Torello, lo cogió, y mirando

fijamente al que creía forastero, y reconociéndolo, como si se hubiese vuelto loca, tirando al suelo la mesa que tenía delante, gritó:

—¡Es mi señor, es verdaderamente micer Torello!

Y corriendo a la mesa a la que él estaba sentado, sin importarle sus ropas ni nada de lo que hubiese sobre la mesa, echándose contra él cuando pudo, lo abrazó fuertemente y no se la pudo arrancar de su cuello, por dicho ni hecho de nadie que allí estuviera, hasta que micer Torello le dijo que se compusiese un poco porque tiempo para abrazarlo le sería aún concedido mucho. Entonces ella, enderezándose, estando ya las bodas todas turbadas y en parte más alegres que nunca por la recuperación de tal caballero, rogados por él, todos callaron; por lo que micer Torello desde el día de su partida hasta aquel momento, lo que le había sucedido a todos narró, concluyendo que al gentilhombre que, creyéndole muerto, había tomado por mujer a la suya, si estando vivo se la quitaba, no debía parecerle mal. El recién casado, aunque un tanto burlado se sintiese, generosamente y como amigo respondió que de sus cosas podía hacer lo que más le agradase. La señora, el anillo y la corona recibidas del nuevo marido

allí las dejó y se puso aquel que de la copa había cogido, e igualmente la corona que le había mandado el sultán; y saliendo de la casa en donde estaban, con toda la pompa de unas bodas hasta la casa de micer Torello fueron, y allí los desconsolados amigos y parientes y todos los ciudadanos, que le miraban como si fuese resucitado, con larga y alegre fiesta se consolaron. Micer Torello, dando de sus preciosas joyas una parte a quien había hecho el gasto de las bodas y al abad y a muchos otros, y por más de un mensajero haciendo saber su feliz repatriación a Saladino, declarándose su amigo y servidor, muchos años con su valerosa mujer vivió después, siendo más cortés que nunca.

Éste fue, pues, el fin de las desdichas de micer Torello y de las de su amada mujer, y el galardón de sus alegres y espontáneas cortesías. Las cuales, muchos se esfuerzan en hacer que, aunque tengan con qué, saben tan mal hacerlas que las hacen pagar más de lo que valen; por lo que, si de ellas no se sigue recompensa, no deben maravillarse, ni ellos ni otros.

Novela décima[386]

Saladino[377], disfrazado de mercader, es honrado por micer Torello; viene luego la cruzada[378]; micer Torello pone un plazo a su mujer para que pueda volver a casarse, es hecho prisionero y por amaestrar aves de presa llega a oídos del sultán, el cual, reconociéndole y dándole a conocer, sumamente le honra; micer Torello enferma y por arte de magia es llevado en una noche a Pavia, y en las bodas que se celebraban por el nuevo matrimonio de su mujer, reconocido por ella, con ella a su casa vuelve[379].

TERMINADA la larga novela del rey, que mucho había gustado a todos a lo que mostraban en sus gestos, Dioneo dijo riendo: —El buen hombre que esperaba a la noche siguiente hacer bajar la cola tiesa del espantajo no habría dado más de dos sueldos por todas las alabanzas que hacéis de micer Torello.

Y después, sabiendo que sólo faltaba él por narrar, comenzó: Benignas señoras mías, a lo

que me parece, este día de hoy ha estado dedicado a los reyes y a los sultanes y a gente semejante; y por ello, para no apartarme demasiado de vosotras, voy a contar de un marqués no una cosa magnífica, sino una solemne barbaridad, aunque terminase con buen fin; la cual no aconsejo a nadie que la imite porque una gran lástima fue que a aquél le saliese bien.

Hace ya mucho tiempo, fue el mayor de la casa de los marqueses de Saluzzo un joven llamado Gualtieri, el cual estando sin mujer y sin hijos, no pasaba en otra cosa el tiempo sino en la cetrería y en la caza, y ni de tomar mujer ni de tener hijos se ocupaban sus pensamientos; en lo que había que tenerlo por sabio. La cual cosa, no agradando a sus vasallos, muchas veces le rogaron que tomase mujer para que él sin herederos y ellos sin señor no se quedasen, ofreciéndole a encontrársela tal, y de tal padre y madre descendiente, que buena esperanza pudiesen tener, y alegrarse mucho con ello. A los que Gualtieri repuso: —Amigos míos, me obligáis a algo que estaba decidido a no hacer nunca, considerando qué dura cosa sea encontrar alguien que bien se adapte a las costumbres de uno, y cuán grande sea la abundancia de lo contrario, y cómo es una vida dura la de quien

da con una mujer que no le convenga bien. Y decir que creéis por las costumbres de los padres y de las madres conocer a las hijas, con lo que argumentáis que me la daréis tal que me plazca, es una necedad, como sea que no sepa yo cómo podéis saber quiénes son sus padres ni los secretos de sus madres; y aun conociéndolos, son muchas veces los hijos diferentes de los padres y las madres. Pero puesto que con estas cadenas os place anudarme, quiero daros gusto; y para que no tenga que quejarme de nadie sino de mí, si mal sucediesen las cosas, quiero ser yo mismo quien la encuentre, asegurándoos que, sea quien sea a quien elija, si no es como señora acatada por vosotros, experimentaréis para vuestro daño cuán penoso me es tomar mujer a ruegos vuestros y contra mi voluntad.

Los valerosos hombres respondieron que estaban de acuerdo con que él se decidiese a tomar mujer. Habían gustado a Gualtieri hacía mucho tiempo las maneras de una pobre jovencita que vivía en una villa cercana a su casa, y pareciéndole muy hermosa, juzgó que con ella podría llevar una vida asaz feliz; y por ello, sin más buscar, se propuso casarse con ella; y haciendo llamar a su padre, que era pobrísimo, convino con él tomarla por mujer. Hecho esto, hizo Gualtieri reunirse a todos sus

amigos de la comarca y les dijo: —Amigos míos, os ha placido y place que me decida a tomar mujer, y me he dispuesto a ello más por complaceros a vosotros que por deseo de mujer que tuviese. Sabéis lo que me prometisteis: es decir, que estaríais contentos y acataríais como señora a cualquiera que yo eligiese; y por ello, ha llegado el momento en que pueda yo cumpliros mi promesa y en que vos cumpláis la vuestra. He encontrado una joven de mi gusto muy cerca de aquí que entiendo tomar por mujer y traérmela a casa dentro de pocos días: y por ello, pensad en preparar una buena fiesta de bodas y en recibirla honradamente para que me pueda sentir satisfecho con el cumplimiento de vuestra promesa como vos podéis sentiros con el mío.

Los hombres buenos, todos contentos, respondieron que les placía y que, fuese quien fuese, la tendrían por señora y la acatarían en todas las cosas como a señora; y después de esto todos se pusieron a preparar una buena y alegre fiesta, y lo mismo hizo Gualtieri. Hizo preparar unas bodas grandísimas y hermosas, e invitar a muchos de sus amigos y parientes y a muchos gentileshombres y a otros de los alrededores; y además de esto hizo cortar y coser muchas ropas hermosas y ricas según

las medidas de una joven que en la figura le parecía como la jovencita con quien se había propuesto casarse, y además de esto dispuso cinturones y anillos y una rica y bella corona, y todo lo que se necesitaba para una recién casada. Y llegado el día que había fijado para las bodas, Gualtieri, a la hora de tercia, montó a caballo, y todos los demás que habían venido a honrarlo; y teniendo dispuestas todas las cosas necesarias, dijo: —Señores, es hora de ir a por la novia.

Y poniéndose en camino con toda su comitiva llegaron al villorrio; y llegados a casa del padre de la muchacha, y encontrándola a ella que volvía de la fuente con agua, con mucha prisa para ir después con otras mujeres a ver la novia de Gualtieri, cuando la vio Gualtieri la llamó por su nombre —es decir, Griselda— y le preguntó dónde estaba su padre; a quien ella repuso vergonzosamente: —Señor mío, está en casa.

Entonces Gualtieri, echando pie a tierra y mandando a todos que esperasen, solo entró en la pobre casa, donde encontró al padre de ella, que se llamaba Giannúculo, y le dijo: —He venido a casarme con Griselda, pero antes quiero que ella me diga una cosa en tu presencia.

Y le preguntó si siempre, si la tomaba por mujer, se ingeniaría en complacerle y en no enojarse por nada que él dijese o hiciese, y si sería obediente, y semejantemente otras muchas cosas, a las cuales, a todas contestó ella que sí. Entonces Gualtieri, cogiéndola de la mano, la llevó fuera, y en presencia de toda su comitiva y de todas las demás personas hizo que se desnudase; y haciendo venir los vestidos que le había mandado hacer, prestamente la hizo vestirse y calzarse, y sobre los cabellos, tan despeinados como estaban, hizo que le pusieran una corona, y después de esto, maravillándose todos de esto, dijo: —Señores, ésta es quien quiero que sea mi mujer, si ella me quiere por marido.

Y luego, volviéndose a ella, que avergonzada de sí misma y titubeante estaba, le dijo: —Griselda, ¿me quieres por marido?

A quien ella repuso:

—Señor mío, sí.

Y él dijo:

—Y yo te quiero por mujer.

Y en presencia de todos se casó con ella; y haciéndola montar en un palafrén, honrosamente acompañada se la llevó a su

casa. Hubo allí grandes y hermosas bodas, y una fiesta no diferente de que si hubiera tomado por mujer a la hija del rey de Francia. La joven esposa pareció que con los vestidos había cambiado el ánimo y el comportamiento. Era, como ya hemos dicho, hermosa de figura y de rostro, y todo lo hermosa que era pareció agradable, placentera y cortés, que no hija de Giannúculo y pastora de ovejas parecía haber sido sino de algún noble señor; de lo que hacía maravillarse a todo el mundo que antes la había conocido; y además de esto era tan obediente a su marido y tan servicial que él se tenía por el más feliz y el más pagado hombre del mundo; y de la misma manera, para con los súbditos de su marido era tan graciosa y tan benigna que no había ninguno de ellos que no la amase y que no la honrase de grado, rogando todos por su bien y por su prosperidad y por su exaltación, diciendo (los que solían decir que Gualtieri había obrado como poco discreto al haberla tomado por mujer) que era el más discreto y el más sagaz hombre del mundo, porque ninguno sino él habría podido conocer nunca la alta virtud de ésta escondida bajo los pobres paños y bajo el hábito de villana. Y en resumen, no solamente en su marquesado, sino en todas partes, antes de que mucho tiempo hubiera pasado, supo ella hacer de tal manera que hizo hablar de su valor

y de sus buenas obras, y volver en sus contrarias las cosas dichas contra su marido por causa suya (si algunas se habían dicho) al haberse casado con ella. No había vivido mucho tiempo con Gualtieri cuando se quedó embarazada, y en su momento parió una niña, de lo que Gualtieri hizo una gran fiesta. Pero poco después, viniéndosele al ánimo un extraño pensamiento, esto es, de querer con larga experiencia y con cosas intolerables probar su paciencia, primeramente la hirió con palabras, mostrándose airado y diciendo que sus vasallos muy descontentos estaban con ella por su baja condición, y especialmente desde que veían que tenía hijos, y de la hija que había nacido, tristísimos, no hacían sino murmurar. Cuyas palabras oyendo la señora, sin cambiar de gesto ni de buen talante en ninguna cosa, dijo: —Señor mío, haz de mí lo que creas que mejor sea para tu honor y felicidad, que yo estaré completamente contenta, como que conozco que soy menos que ellos y que no era digna de este honor al que tú por tu cortesía me trajiste.

Gualtieri amó mucho esta respuesta, viendo que no había entrado en ella ninguna soberbia por ningún honor de los que él u otros le habían hecho. Poco tiempo después, habiendo con palabras generales dicho a su

mujer que sus súbditos no podían sufrir a aquella niña nacida de ella, informando a un siervo suyo, se lo mandó, el cual con rostro muy doliente le dijo: —Señora, si no quiero morir tengo que hacer lo que mi señor me manda. Me ha mandado que coja a esta hija vuestra y que… —y no dijo más.

La señora, oyendo las palabras y viendo el rostro del siervo, y acordándose de las palabras dichas, comprendió que le había ordenado que la matase; por lo que prestamente, cogiéndola de la cuna y besándola y bendiciéndola, aunque con gran dolor en el corazón sintiese, sin cambiar de rostro, la puso en brazos del siervo y le dijo: —Toma, haz por entero lo que tu señor y el mío te ha ordenado; pero no dejes que los animales y los pájaros la devoren salvo si él lo mandase.

El siervo, cogiendo a la niña y contando a Gualtieri lo que dicho había la señora, maravillándose él de su paciencia, la mandó con ella a Bolonia a casa de una pariente, rogándole que sin nunca decir de quién era hija, diligentemente la criase y educase. Sucedió después que la señora se quedó embarazada, y al debido tiempo parió un hijo varón, lo que carísimo fue a Gualtieri; pero no bastándole lo que había hecho, con mayor golpe hirió a su mujer, y con rostro airado le

dijo un día: —Mujer, desde que tuviste este hijo varón de ninguna guisa puedo vivir con esta gente mía, pues tan duramente se lamentan que un nieto de Giannúculo deba ser su señor después de mí, por lo que dudo que, si no quiero que me echen, no tenga que hacer lo que hice otra vez, y al final dejarte y tomar otra mujer.

La mujer le oyó con paciente ánimo y no contestó sino: —Señor mío, piensa en contentarte a ti mismo y satisfacer tus gustos, y no pienses en mí, porque nada me es querido sino cuando veo que te agrada.

Luego de no muchos días, Gualtieri, de aquella misma manera que había mandado a por la hija, mandó a por el hijo, y semejantemente mostrando que lo había hecho matar, a criarse lo mandó a Bolonia, como había mandado a la niña; de la cual cosa, la mujer, ni otro rostro ni otras palabras dijo que había dicho cuando la niña, de lo que Gualtieri mucho se maravillaba, y afirmaba para sí mismo que ninguna otra mujer podía hacer lo que ella hacía: y si no fuera que afectuosísima con los hijos, mientras a él le placía, la había visto, habría creído que hacía aquello para no preocuparse más de ellos, mientras que sabía que lo hacía como discreta. Sus súbditos, creyendo que había hecho matar a sus hijos

mucho se lo reprochaban y lo reputaban como hombre cruel, y de su mujer tenían gran compasión; la cual, con las mujeres que con ella se dolían de los hijos muertos de tal manera nunca dijo otra cosa sino que aquello le placía a aquel que los había engendrado.

Pero habiendo pasado muchos años después del nacimiento de la niña, pareciéndole tiempo a Gualtieri de hacer la última prueba de la paciencia de ella, a muchos de los suyos dijo que de ninguna guisa podía sufrir más el tener por mujer a Griselda y que se daba cuenta de que mal y juvenilmente había obrado, y por ello en lo que pudiese quería pedirle al Papa que le diera dispensa para que pudiera tomar otra mujer y dejar a Griselda; de lo que le reprendieron muchos hombres buenos, a quienes ninguna otra cosa respondió sino que tenía que ser así. Su mujer, oyendo estas cosas y pareciéndole que tenía que esperar volverse a la casa de su padre, y tal vez a guardar ovejas como había hecho antes, y ver a otra mujer tener a aquél a quien ella quería todo lo que podía, mucho en su interior sufría; pero, tal como había sufrido otras injurias de la fortuna, así se dispuso con tranquilo semblante a soportar ésta. No mucho tiempo después, Gualtieri hizo venir sus cartas falsificadas de Roma, y mostró a sus súbditos

que el Papa, con ellas, le había dado dispensa para poder tomar otra mujer y dejar a Griselda; por lo que, haciéndola venir delante, en presencia de muchos le dijo: —Mujer, por concesión del Papa puedo elegir otra mujer y dejarte a ti; y porque mis antepasados han sido grandes gentileshombres y señores de este dominio, mientras los tuyos siempre han sido labradores, entiendo que no seas más mi mujer, sino que te vuelvas a tu casa con Giannúculo con la dote que me trajiste, y yo luego, otra que he encontrado apropiada para mí, tomaré.

La mujer, oyendo estas palabras, no sin grandísimo trabajo (superior a la naturaleza femenina) contuvo las lágrimas, y respondió: —Señor mío, yo siempre he conocido mi baja condición y que de ningún modo era apropiada a vuestra nobleza, y lo que he tenido con vos, de Dios y de vos sabía que era y nunca mío lo hice o lo tuve, sino que siempre lo tuve por prestado; os place que os lo devuelva y a mí debe placerme devolvéroslo: aquí está vuestro anillo, con el que os casasteis conmigo, tomadlo. Me ordenáis que la dote que os traje me lleve, para lo cual ni a vos pagadores ni a mí bolsa ni bestia de carga son necesarios, porque de la memoria no se me ha ido que desnuda me tomasteis; y si creéis honesto que

el cuerpo en el que he llevado hijos engendrados por vos sea visto por todos, desnuda me iré; pero os ruego, en recompensa de la virginidad que os traje y que no me llevo, que al menos una camisa sobre mi dote os plazca que pueda llevarme.

Gualtieri, que mayor gana tenía de llorar que de otra cosa, permaneciendo, sin embargo, con el rostro impasible, dijo: —Pues llévate una camisa.

Cuantos en torno estaban le rogaban que le diera un vestido, para que no fuese vista quien había sido su mujer durante trece años o más salir de su casa tan pobre y tan vilmente como era saliendo en camisa; pero fueron vanos los ruegos, por lo que la señora, en camisa y descalza y con la cabeza descubierta, encomendándoles a Dios, salió de casa y volvió con su padre, entre las lágrimas y el llanto de todos los que la vieron. Giannúculo, que nunca había podido creer que era cierto que Gualtieri tenía a su hija por mujer, y cada día esperaba que sucediese esto, había guardado las ropas que se había quitado la mañana en que Gualtieri se casó con ella; por lo que, trayéndoselas y vistiéndose ella con ellas, a los pequeños trabajos de la casa paterna se entregó como antes hacer solía, sufriendo con esforzado ánimo el duro asalto

de la enemiga fortuna. Cuando Gualtieri hubo hecho esto, hizo creer a sus súbditos que había elegido a una hija de los condes de Pánago[387]; y haciendo preparar grandes bodas, mandó a buscar a Griselda; a quien, cuando llegó, dijo: —Voy a traer a esta señora a quien acabo de prometerme y quiero honrarla en esta primera llegada suya; y sabes que no tengo en casa mujeres que sepan arreglarme las cámaras ni hacer muchas cosas necesarias para tal fiesta; y por ello tú, que mejor que nadie conoces estas cosas de casa, pon en orden lo que haya que hacer y haz que se inviten las damas que te parezcan y recíbelas como si fueses la señora de la casa; luego, celebradas las bodas, podrás volverte a tu casa.

Aunque estas palabras fuesen otras tantas puñaladas dadas en el corazón de Griselda, como quien no había podido arrojar de sí el amor que sentía por él como había hecho la buena fortuna, repuso: —Señor mío, estoy presta y dispuesta.

Y entrando, con sus vestidos de paño pardo y burdo en aquella casa de donde poco antes había salido en camisa, comenzó a barrer las cámaras y ordenarlas, y a hacer poner reposteros y tapices por las salas, a hacer preparar la cocina, y todas las cosas, como si una humilde criadita de la casa fuese,

hacer con sus propias manos; y no descansó hasta que tuvo todo preparado y ordenado como convenía. Y después de esto, haciendo de parte de Gualtieri invitar a todas las damas de la comarca, se puso a esperar la fiesta, y llegado el día de las bodas, aunque vestida de pobres ropas, con ánimo y porte señorial a todas las damas que vinieron, y con alegre gesto, las recibió. Gualtieri, que diligentemente había hecho criar en Bolonia a sus hijos por sus parientes (que por su matrimonio pertenecían a la familia de los condes de Pánago), teniendo ya la niña doce años y siendo la cosa más bella que se había visto nunca, y el niño que tenía seis, había mandado un mensaje a Bolonia a su pariente rogándole que le pluguiera venir a Saluzzo con su hija y su hijo y que trajese consigo una buena y honrosa comitiva, y que dijese a todos que la llevaba a ella como a su mujer, sin manifestar a nadie sobre quién era ella. El gentilhombre, haciendo lo que le rogaba el marqués, poniéndose en camino, después de algunos días con la jovencita y con su hermano y con una noble comitiva, a la hora del almuerzo llegó a Saluzzo, donde todos los campesinos y muchos otros vecinos de los alrededores encontró que esperaban a esta nueva mujer de Gualtieri. La cual, recibida por las damas y llegada a la sala donde estaban puestas las

mesas, Griselda, tal como estaba, saliéndole alegremente al encuentro, le dijo: —¡Bien venida sea mi señora!

Las damas, que mucho habían (aunque en vano) rogado a Gualtieri que hiciese de manera que Griselda se quedase en una cámara o que él le prestase alguno de los vestidos que fueron suyos, se sentaron a la mesa y se comenzó a servirles. La jovencita era mirada por todos y todos decían que Gualtieri había hecho buen cambio, y entre los demás Griselda la alababa mucho, a ella y a su hermano. Gualtieri, a quien parecía haber visto por completo todo cuanto deseaba de la paciencia de su mujer, viendo que en nada la cambiaba la extrañeza de aquellas cosas, y estando seguro de que no por necedad sucedía aquello porque muy bien sabía que era discreta, le pareció ya hora de sacarla de la amargura que juzgaba que bajo el impasible gesto tenía escondida; por lo que, haciéndola venir, en presencia de todos sonriéndole, le dijo: —¿Qué te parece nuestra esposa?

—Señor mío —repuso Griselda—, me parece muy bien; y si es tan discreta como hermosa, lo que creo, no dudo de que viváis con ella como el más feliz señor del mundo; pero cuanto está en mi poder os ruego que las heridas que a la que fue antes vuestra

causasteis, no se las causéis a ésta, que creo que apenas podría sufrirlas, tanto porque es más joven como porque está educada en la blandura mientras aquella otra estaba educada en fatigas continuas desde pequeñita.

Gualtieri, viendo que creía firmemente que aquélla iba a ser su mujer, y no por ello decía algo que no fuese bueno, la hizo sentarse a su lado y dijo: —Griselda, tiempo es ya de que recojas el fruto de tu larga paciencia y de que quienes me han juzgado cruel e inicuo y bestial sepan que lo que he hecho lo hacía con vistas a un fin, queriendo enseñarte a ser mujer, y a ellos saber elegirla y guardarla, y lograr yo perpetua paz mientras contigo tuviera que vivir; lo que, cuando tuve que tomar mujer, gran miedo tuve de no conseguirlo; y por ello, para probar si era cierto, de cuantas maneras sabes te herí y te golpeé. Y como nunca he visto que ni en palabras ni en acciones te hayas apartado de mis deseos, pareciéndome que tengo en ti la felicidad que deseaba, quiero devolverte en un instante lo que en muchos años te quité y con suma dulzura curar las heridas que te hice; y por ello, con alegre ánimo recibe a ésta que crees mi esposa, y a su hermano, como tus hijos y míos: son los mismos que tú y muchos otros durante mucho tiempo habéis creído que yo había hecho matar cruelmente, y yo soy tu

marido, que sobre todas las cosas te amo, creyendo poder jactarme de que no hay ningún otro que tanto como yo pueda estar contento de su mujer.

Y dicho esto, lo abrazó y lo besó, y junto con ella, que lloraba de alegría, poniéndose en pie fueron donde su hija, toda estupefacta, había estado sentada escuchando estas cosas; y abrazándola tiernamente, y también a su hermano, a ella y a muchos otros que allí estaban sacaron de su error. Las damas, contentísimas, levantándose de las mesas, con Griselda se fueron a su alcoba y con mejores augurios quitándole sus ropas, con un noble vestido de los suyos la volvieron a vestir, y como a señora, que ya lo parecía en sus harapos, la llevaron de nuevo a la sala. Y haciendo allí con sus hijos maravillosa fiesta, estando todos contentísimos con estas cosas, el solaz y el festejar multiplicaron y alargaron muchos días; y discretísimo juzgaron a Gualtieri, aunque demasiado acre e intolerable juzgaron el experimento que había hecho con su mujer, y discretísima sobre todos juzgaron a Griselda. El conde de Pánago se volvió a Bolonia luego de algunos días, y Gualtieri, retirando a Giannúculo de su trabajo, como a su suegro lo puso en un estado en que honradamente y con gran felicidad vivió y

terminó su vejez. Y él luego, casando altamente a su hija, con Griselda, honrándola siempre lo más que podía, largamente y feliz vivió.

¿Qué podría decirse aquí sino que también sobre las casas pobres llueven del cielo los espíritus divinos, y en las reales aquellos que serían más dignos de guardar puercos que de tener señorío sobre los hombres? ¿Quién más que Griselda habría podido, con el rostro no solamente seco, sino alegre sufrir las duras y nunca oídas pruebas a que la sometió Gualtieri? A quien tal vez le habría estado muy merecido haber dado con una que, cuando la hubiera echado de casa en camisa, se hubiese hecho sacudir el polvo de manera que se hubiese ganado un buen vestido.

Había terminado la historia de Dioneo y mucho habían hablado de ella las señoras, quien de un lado y quien del otro tirando, y quien reprochando una cosa y quien otra alabando en relación con ella, cuando el rey, levantando el rostro al cielo y viendo que el sol estaba ya más bajo de la hora de vísperas, sin levantarse comenzó a hablar así.

—Esplendorosas señoras, como creo que sabéis, el buen sentido de los mortales no consiste sólo en tener en la memoria las cosas

pretéritas o conocer las presentes, sino que por las unas y las otras saber prever las futuras es reputado como talento grandísimo por los hombres eminentes. Nosotros, como sabéis, mañana hará quince días, para tener algún entretenimiento con el que sujetar nuestra salud y vida, dejando la melancolía y los dolores y las angustias que por nuestra ciudad continuamente, desde que comenzó este pestilente tiempo, se ven, salimos de Florencia; lo que, según mi juicio, hemos hecho honestamente porque, si he sabido mirar bien, a pesar de que alegres historias y tal vez despertadoras de la concupiscencia se han contado, y del continuo buen comer y beber, y la música y los cánticos (cosas todas que inclinan a las cabezas débiles a cosas menos honestas) ningún acto, ninguna palabra, ninguna cosa ni por vuestra parte ni por la nuestra he visto que hubiera de ser reprochada; continua honestidad, continua concordia, continua fraterna familiaridad me ha parecido ver y oír, lo que sin duda, para honor y servicio vuestro y mío me es carísimo. Y por ello, para que por demasiada larga costumbre algo que pudiese convertirse en molesto no pueda, y para que nadie pueda reprochar nuestra demasiado larga estancia aquí y habiendo cada uno de nosotros disfrutado su jornada como parte del honor que ahora me

corresponde a mí, me parecería, si a vosotros os pluguiera, que sería conveniente volvernos ya al lugar de donde salimos. Sin contar con que, si os fijáis, nuestra compañía (que ya ha sido conocida por muchas otras) podría multiplicarse de manera que nos quitase toda nuestra felicidad; y por ello, si aprobáis mi opinión, conservaré la corona que me habéis dado hasta nuestra partida, que entiendo que sea mañana por la mañana; si juzgáis que debe ser de otro modo, tengo ya pensado quién para el día siguiente debe coronarse.



La discusión fue larga entre las señoras y entre los jóvenes, pero por último tomaron el consejo del rey como útil y honesto y

decidieron hacer tal como él había dicho; por la cual cosa éste, haciendo llamar al senescal, habló con él sobre el modo en que debía procederse a la mañana siguiente, y licenciada la compañía hasta la hora de la cena, se puso en pie.

Las señoras y los otros, levantándose, no de otra manera que de la que estaban acostumbrados, quien a un entretenimiento, quien a otro se entregó; y llegada la hora de la cena, con sumo placer fueron a ella, y después de ella comenzaron a cantar y a tañer instrumentos y a carolar; y dirigiendo Laureta una danza, mandó el rey a Fiameta que cantase una canción; la cual, muy placenteramente así comenzó a cantar:

Si Amor sin celos fuera,

no sería yo mujer,

aunque ello me alegrase, y a cualquiera.

Si alegre juventud

en bello amante a la mujer agrada, osadía o valor

o fama de virtud,

talento, cortesía, y habla honrada, o humor encantador,

yo soy, por su salud,

una que puede ver

en mi esperanza esta visión entera.

Pero porque bien veo

que otras damas mi misma ciencia tienen, me muero de pavor

creyendo que el deseo

en donde yo lo he puesto a poner vienen: en quien es robador

de mi alma, y de este modo en mi dolor y daño veo volver

quien era mi ventura verdadera.

Si viera lealtad

en mi señor tal como veo valor

celosa no estaría,

pero es tan gran verdad

que muchas van en busca de amador, que en todos ellos veo ya falsía.

Esto me desespera, y moriría;

y que voy a perder

su amor sospecho, que otra robaría.

Por Dios, a cada una

de vosotras le ruego que no intente hacerme en esto ultraje,

que, si lo hiciera alguna

con palabras, o señas, u otramente, le juro que sería mi coraje

capaz de triste hacerla, y con lenguaje decir no he de poder

cuánto por tal locura ella sufriera.

Cuando Fiameta hubo terminado su canción, Dioneo, que estaba a su lado, dijo riendo: —Señora, sería gran cortesía que dieseis a conocer a todas quién es, para que

por ignorancia no os fuese arrebatada vuestra posesión, ya que así os enojaríais.

Después de ésta, se cantaron muchas otras; y estando ya la noche casi mediada, cuando plugo al rey, todos se fueron a descansar. Y al aparecer el nuevo día, levantándose, habiendo ya el senescal mandado todas las cosas por delante, tras de la guía del discreto rey hacia Florencia tornaron; y los tres jóvenes, dejando a las siete señoras en Santa María la Nueva, de donde habían salido con ellas, despidiéndose de ellas, a sus otros solaces atendieron; y ellas, cuando les pareció, se volvieron a sus casas.

Conclusión del autor

NOBILÍSIMAS jóvenes por cuyo consuelo he pasado tan larga fatiga, creo que (habiéndome ayudado la divina gracia por vuestros piadosos ruegos, según juzgo, más que por mis méritos) he terminado cumplidamente lo que al comenzar la presente obra prometí que haría; por la cual cosa, a Dios primeramente y después a vosotras dando las gracias, es tiempo de conceder reposo a la pluma y a la fatigada mano.

Pero antes de concedérselo, brevemente alguna cosillas, que tal vez alguna de vosotras u otros pudiesen decir (como sea que me parece certísimo que éstas no tendrán privilegio mayor que ninguna de las otras cosas, como que no lo tienen me acuerdo haber mostrado al principio de la cuarta jornada), como movido por tácitas cuestiones, intento responder. Habrá por ventura algunas de vosotras que digan que al escribir estas novelas me he tomado demasiadas libertades, como la de hacer algunas veces decir a las señoras, y muy frecuentemente escuchar, cosas no muy apropiadas ni para que las digan ni para que las escuchen las damas honestas. La cual cosa yo niego porque ninguna hay tan deshonesta que, si con honestas palabras se dice, sea una mancha para nadie; lo que me parece haber hecho aquí bastante apropiadamente Pero supongamos que sea así, que no intento litigar con vosotras, que me venceríais; digo que para responderos por qué lo he hecho así, muchas razones se me ocurren prestísimo. Primeramente, si algo en alguna hay, la calidad de las novelas lo ha requerido, las cuales, si con ojos razonables fuesen miradas por personas entendidas, muy claramente sería conocido que sin haber traicionado su naturaleza no hubiese podido contarlas de otro modo

Y si tal vez en ellas hay alguna partecilla, alguna palabrita más libre de lo que tal vez tolera alguna santurrona (que más pesan las palabras que los hechos y más se ingenian en parecer buenas que en serio), digo que más no se me debe reprochar a mí haberlas escrito que generalmente se reprocha a los hombres y a las mujeres decir todos los días «agujero», «clavija» y «mortero» y «almirez», y «salchicha» y «mortadela», y una gran cantidad de cosas semejantes. Sin contar con que a mi pluma no debe concedérsele menor autoridad que al pincel del pintor, al que sin ningún reproche (o al menos justo), dejamos que pinte no ya a San Miguel herir a la serpiente con la espada o con la lanza y a San Jorge el dragón cuando le place, sino que hace a Cristo varón y a Eva hembra, y a Aquel mismo que quiso morir por la salvación del género humano sobre la cruz, unas veces con un clavo y otras con dos, lo clava en ella. Además, muy bien puede conocerse que estas cosas no en la iglesia, de cuyas cosas con ánimos y palabras honestísimas se debe hablar (aunque en sus historias muchas se encuentren de sucesos más allá de los escritos por mí), ni tampoco en las escuelas de los filósofos, donde la honestidad se requiere no menos que en otra parte, se cuentan; ni entre clérigos ni entre filósofos en ningún lugar, sino en los jardines, y

como entretenimiento, entre personas jóvenes aunque maduras y no influenciables por las novelas, en un tiempo durante el cual el ir con las bragas en la cabeza para salvar la vida no sentaba tan mal a las personas honestas. Las cuales, sean quienes sean, perjudicar y mejorar pueden tal como pueden todas las demás cosas, según sea el oyente.

¿Quién no sabe que el vino es óptima cosa para los vivientes, según Cincilione y Escolario[388] y muchos otros, y para quién tiene fiebre es nocivo? ¿Diremos, entonces, que porque perjudica a los que tienen fiebre es malo? ¿Quién no sabe que el fuego es utilísimo, y aun necesario a los mortales? ¿Diremos, porque quema las casas y los pueblos y la ciudad, que sea malo? Las armas, semejantemente, defienden la vida de quien pacíficamente vivir desea; y también matan a los hombres muchas veces, no por maldad suya, sino de quienes las usan. Ninguna mente corrupta entendió nunca rectamente una palabra; y así como las honestas nada les aprovechan, así las que no son tan honestas no pueden contaminar a la bien dispuesta, así como el lodo a los rayos solares o las inmundicias terrenas a las bellezas del cielo.

¿Qué libros, qué palabras, qué papeles son más santos, más dignos, más reverendos que

los de la divina Escritura? Y muchos ha habido que, entendiéndolos perversamente, a sí mismo y a otros han llevado a la perdición. Cada cosa en sí misma es buena para alguna cosa, y mal usada puede ser nociva para muchas; y así digo de mis novelas. Quien quiera sacar de ellas mal consejo o mala obra, a ninguno se lo vedarán si lo tienen en sí o si son retorcidas y estiradas hasta que lo tengan; y a quien utilidad y fruto quiera no se lo negarán, y nunca serán tenidas por otra cosa que por útiles y honestas si se leen o cuentan en las ocasiones y a las personas para los cuales y para quienes han sido contadas. Quien tenga que rezar padrenuestros o hacer tortas de castaña para su confesor, que las deje, que no correrán tras de nadie para hacerse leer, aunque las beatas las digan (y también las hagan) alguna que otra vez.

Habrá igualmente, quienes digan que hay algunas que hubiera sido mejor que no estuviesen. Lo concedo: pero yo no podía ni debía escribir sino las que eran contadas y por ello quienes las contaron debieron haberlas contado buenas, y yo las hubiera escrito buenas. Pero si quisiera presuponerse que yo hubiera sido de éstas el inventor y el escritor, que no lo fui, digo que no me avergonzaría de que no todas fuesen buenas, porque no hay

ningún maestro, de Dios para abajo, que haga todas las cosas bien y cumplidamente; y Carlo Magno, que fue el primero en crear paladines, no pudo crear tantos que por ellos mismos pudiesen formar un ejército. En la multitud de las cosas diversas conviene que las haya de toda calidad.

Ningún campo se cultivó nunca tanto que en él ortigas y abrojos o algún espino no se encontrase mezclado con las mejores hierbas. Sin contar con que, al tener que hablar a jovencitas simples, como sois la mayoría de vosotras, necedad hubiera sido el andar buscando y fatigándose en buscar cosas muy exquisitas y poner gran cuidado en hablar muy mesuradamente. Pero en resumen, quien va leyendo éstas de una en otra, deje las que le molesten y las que le deleiten lea: para no engañar a nadie, llevan en la frente escrito lo que en su interior escondido contienen. Y todavía creo que habrá quien diga que las hay demasiado largas; a los que repito que quien tiene otra cosa que hacer hace una locura leyéndolas, y también si fuesen breves. Y aunque ha pasado mucho tiempo desde que comencé a escribir hasta este momento en que llego al final de mi fatiga, no se me ha ido de la cabeza que he ofrecido este trabajo mío a los ociosos y no a los otros; y para quien lee por

pasar el tiempo nada puede ser largo si le sirve para lo que quiere. Las cosas breves convienen mucho mejor a los estudiosos (que no para pasar el tiempo sino para usarlo útilmente trabajan) que a vosotras, mujeres, a quienes todo el tiempo sobra que no gastáis en los amorosos placeres; y además de esto, como ni a Atenas ni a Bolonia ni a París vais estudiar ninguna, más largamente conviene hablaros que a quienes tienen el ingenio agudizado por los estudios. Y no dudo que haya quienes digan que las cosas contadas están demasiado llenas de chistes y de bromas, y que no es propio de un hombre grave y de peso haber así escrito. A éstas debo darles las gracias, y se las doy, porque, movidas por bondadoso celo, se preocupan tanto de mi fama. Pero a su objeción voy a responder así: confieso que hombre de peso soy y que muchas veces lo he sido en mi vida; y por ello, hablando a aquellas que no conocen mi peso, afirmo que no soy grave sino que soy tan leve que me sostengo en el agua; y considerando que los sermones echados por los frailes para que los hombres se corrijan de sus culpas, la mayoría llenos de frases ingeniosas y de bromas y de bufonadas se encuentran, juzgué que las mismas no estarían mal en mis novelas, escritas para apartar la melancolía de las mujeres. Empero, si demasiado se riesen con ello, el lamento de

Jeremías, la pasión del Salvador y los remordimientos de la Magdalena podrán fácilmente curarlas.

¿Y quién pensará que aún haya de aquellas que digan que tengo una lengua mala y venenosa porque en algún lugar escribo la verdad de los frailes? A quienes esto digan hay que perdonarlas porque no es de creer que otra cosa sino una justa razón las mueva, porque los frailes son buenas personas y huyen de la incomodidad por amor de Dios, y muelen cuando el caz está colmado y no lo cuentan; y si no fuese porque todos huelen un poco a cabruno, mucho más agradable sería su manjar. Confieso, sin embargo, que las cosas de este mundo no tienen estabilidad alguna, sino que siempre están cambiando, y así podría ocurrir con mi lengua; la cual, no confiando yo en mi propio juicio, del que desconfío cuanto puedo en mis asuntos, no hace mucho me dijo una vecina mía que era la mejor y la más dulce del mundo: y en verdad que cuando esto fue había pocas de las precedentes novelas que faltasen por escribir. Y porque con animosidad razonan aquellas tales, quiero que lo que se ha dicho baste a responderlas. Y dejando ya a cada una decir y creer como les parezca, es tiempo de poner fin a las palabras, dando las gracias humildemente

a Aquel que tras una tan larga fatiga con su ayuda me ha conducido al deseado fin; y vosotras, amables mujeres, quedaos en paz con su gracia, acordándoos de mí si tal vez a alguna algo le ayuda el haberlas leído.

AQUÍ TERMINA LA décima Y ÚLTIMA JORNADA DEL LIBRO LLAMADO DECAMERÓN, APELLIDADO PRÍNCIPE GALEOTO.

Notas

[1] Galeoto llama Francesca de Rímini al libro que leía junto con Paolo cuando ambos se dieron su primer beso (Dante, «Invierno», V, 137). Boccaccio llama así a su libro porque está escrito con la intención de ayudar a las mujeres enamoradas, como dice el Proemio. Con «Príncipe Galeoto» (…) parece intencionadamente corregir y precisar el título «Decamerón», saturado todavía de reminiscencias patrísticas (C. Getto)<<.

[2] El que Boccaccio sintió en su juventud por la célebre Fiameta, protagonista de su «Elegia di Madonna Fiammetta», a quien la tradición solía identificar con una hija ilegítima de Roberto de Anjou, rey de Nápoles, llamada María de Aquino. <<

[2a] Agradecer. (*N. del Ed.*) <<

[3] La peste que azotó a Florencia y a Italia en 1348. <<

[4] Los florentinos empezaban a contar el año a partir del día de la Encarnación, el 25 de

marzo. <<

[5] Por influjo de los astros, tal como se consigna en las crónicas de Marchione Stefani (escrita entre 1378 y 1385) y de Giovanni Villani (c. 1280-1348). <<

[6] En el original, «valorose». El uso de los adjetivos «valoroso» y «*valente*» en el italiano antiguo tenía, como en el moderno, un significado encomiástico directamente derivado del latín «*valere*» y «*valente*»: «que vale, que es de valor, excelente». El mismo significado tenían, en el español clásico, «valeroso» y «valiente», derivados luego, casi con exclusividad, a la referencia al valor físico o la presencia de ánimo ante algún peligro, aunque el verbo «valer» conserva el significado de «ser de naturaleza o tener alguna cualidad que merezca aprecio o estimación», y virtualmente posee todas las posibilidades expresivas de su origen latino. En esta traducción del «Decamerón» conservo los calificativos de «valeroso» y «valerosa» siempre que en el original indican la posesión por alguna persona de las cualidades estimadas como virtudes por Boccaccio y la sociedad a la que se dirige, como por ejemplo: la prudencia, la cortesía, la magnanimidad, la presencia de ánimo, la habilidad oratoria, *etc.* <<

[7] Pampínea se llama también un personaje femenino que aparece en otras dos obras de Boccaccio, la «Comedía delle Ninfe o Ninfale d’Ameto» (escrita entre 1341 y 1342) y el «Buccolicum carmen» (que empezó en 1351 y se cree que terminó en 1366). En los dos casos se trata, como en el «Decamerón», de un personaje seguro de sus acciones, de fuerte ánimo. Fiameta o «*Fiammetta*» es diminutivo de «*fiamma*» o «llama» y evoca el fuego de la pasión y los celos. Filomena («la amada») se llama la mujer a quien dedicó Boccaccio el «Filostrato». (¿1335?). Emilia era un nombre muy usado en la literatura florentina del siglo XIV, para designar a la mujer vanidosa de su belleza. Torraca y Billanovich sostienen la existencia de una dama florentina de este nombre de quien Boccaccio estuvo muy enamorado. Se llama Emilia la heroína de la «Teseida» (c. 1340-1341). Laureta, en homenaje a la amada de Petrarca. Neifile quiere decir en griego «nueva en amor». Elisa es el otro nombre de Dido, la heroína de Virgilio que se suicidó por amor al ser abandonada por Eneas. En el «Decamerón» suele aparecer melancólica y en la canción que entona en la Jornada VI se lamenta de su amor infeliz. <<

[8] Exactamente el mismo sentido de estas exhortaciones de Pampínea tenían los

consejos del médico de más autoridad entre los florentinos, Tomasso del Garbo: es decir, «huir de la tristeza», «buscar mesuradamente la alegría», «cantar canciones y contar historias placenteras» viviendo en el campo y con amigos alegres. (Vittore Branca). <<

[9] Este concepto de la naturaleza femenina expresado por Filomena aparece en distintas ocasiones en el «Decamerón» y en distintos contextos, unas veces solicitando la simpatía y la ternura masculinas y otras la autoridad e incluso la tiranía. Las lecturas de Ovidio y la tradición medieval en general, tanto cristiana como cortés, son uno de sus fundamentos. <<

[10] Pánfilo significa «todo amor», o bien «el que ama todo», según distintas opiniones de los comentaristas de Boccaccio. Filostrato, o «vencido por el amor», es el enamorado melancólico. Dioneo: su nombre se deriva de Dione, uno de los de Venus, y subraya su disposición a las fiestas y los placeres. <<

[11] Los nombres de los criados proceden de personajes de las comedías de Plauto y Terencio, obedeciendo así las normas retóricas tradicionales de adscribir al género cómico los personajes plebeyos. <<

[12] Hubo un Cepparello de Prato, ciudad

vecina a Florencia, que estuvo al servicio de Bonifacio VIII (reinó de 1294 a 1303) y Felipe el Hermoso de Francia (1268-1314). Biscio y Musciatto Franzesi fueron dos hermanos florentinos tenidos como el prototipo de negociantes deshonestos por sus conciudadanos. <<

[13] Musciatto Franzesi había ido a Florencia desde el campo y llegado a ser consejero de Felipe el Hermoso de Francia, a quien indujo a falsificar la moneda y a otra serie de negocios poco escrupulosos. <<

[14] Carlos de Valois, hermano de Felipe IV el Hermoso de Francia, que llegó a Florencia en 1301 para ayudar a Bonifacio VIII, se valió de la codicia de Musciatto Franzesi y arruinó al partido de los Blancos, provocando el exilio de Dante de Florencia. <<

[15] Civigní parece ser una italianización de Chauvigny o de Souvigny. <<

[15a] Joven mancebo, mozo; sodomita. (*N. del Editor*) <<

[16] Saladino, el sultán de Alejandría que tomó Jerusalén a los cristianos después de haberla conquistado éstos, vivió de 1138 a 1193 y fue un personaje muy famoso en Occidente, por su valor y magnificencia. Se

contaban de él numerosas historias y leyendas, entre ellas la LXXIII del Novellino Oibro florentino de relatos que se remonta a finales del siglo XIII). Boccaccio le hace personaje de dos de sus novelas, ésta y la novena de la Jornada X. También las historias de judíos sagaces y discretos eran muy gustadas en la Edad Medía. <<

[17] Babilonia era el nombre que solía darse a Alejandría. Boccaccio creía que Saladino era hombre de humilde nacimiento, lo que no es cierto puesto que fue hijo de un alto dignatario de la corte. <<

[18] El asunto de esta novela estaba muy difundido en la literatura medieval. El cuento LIV del Novellino cuenta cómo un párroco se libró del castigo de su obispo por haberle encontrado en la misma relación con una mujer que a él le reprochaba, pero el estilo sucinto y rústico de la narración no puede compararse con la sutileza y la amplitud con que Boccaccio trata el asunto. <<

[18a] gonfalonero (confaloniero): hombre que lleva el confalón (bandera, estandarte, pendón). (*N. del Editor*) <<

[19] Se trata de la Tercera Cruzada (1189-1192), en la que tomaron parte Felipe Augusto

y Ricardo Corazón de León. El marqués de Monferrato era entonces Conrado de los Aleramici, que llegó a ser proclamado rey de Jerusalén después de haber defendido valerosamente Constantinopla y Tiro. Vittore Branca opina, sin embargo, que este marqués de Monferrato no había dejado en Italia a su mujer puesto que, como viudo, se casó en Jerusalén con la hermana del emperador Alexis de Bizancio. <<

[20] Felipe Augusto (1165-1223), que era llamado el Tuerto, condujo con Ricardo Corazón de León y Federico Barbarroja la Tercera Cruzada. <<

[21] «Con espadas y bastones» [Mateo 26, 471], los judíos que fueron al huerto de los olivos a prender a Cristo. <<

[22] Hay aquí un juego de Palabras con la advocación de «Barba de Oro» que Boccaccio atribuye a San Juan, sin duda pensando en San Juan Crisóstomo (apellidado así, con la palabra griega que significa «boca de oro», a causa de su elocuencia), pero refiriéndose al santo patrono de Florencia, San Juan Bautista, con cuya efigie se acuñaban los florines de oro que originan el chiste. Barba de Oro es una variante que parece aludir al Bautista con barba de los florines. De todas las maneras, Sacchetti

da testimonio de que la referencia a la avaricia de los clérigos mediante el juego con el apellido de San Juan Crisóstomo era popular. <<

[23] Cinciglione: borracho célebre en tiempos de Boccaccio, que también se refiere a él en el Corbaccio. <<

[23a] epicúreo: sensual, voluptuoso, entregado a los placeres. (*N. del Editor*) <<

[24a] De donoso, que significa: Que tiene donaire y gracia. (*N. del Editor*) <<

[24] Cangrande della Scala, de Verona (1291-1329), cuya generosidad fue alabada por Dante en el canto XVII del Paraíso, y por otros muchos. <<

[25] Federico II (1194-1250), heredero de la corona imperial como nieto de Federico Barbarroja, estableció su corte en Sicilia y fue el creador de la gran cultura siciliana del siglo XIII. Cangrande della Scala era vasallo suyo como señor de Verona, que, como otros territorios del norte de Italia, pertenecía al Imperio. <<

[26] Este personaje pudo ser Nicola Bergamino, autor del tratado moral «Dialogus creaturarum». <<

[27] Probablemente la escena está

imaginada en el Palazzo que en los primeros años del Trescientos se había hecho construir Cangrande al fondo de la Piazza dei Signori [en Verona] (V. Branca). <<

[28] Se trata, seguramente, del poeta goliardo Hugo de Orleáns, que fue canónigo de Colonia y conocido como «Primate» por su excelencia. <<

[28a] incontinenti: en seguida, prontamente, al instante. (*N. del Editor*) <<

[29] La familia Grimaldi pertenece a la nobleza de Génova, pero no se sabe nada de este Herminio. <<

[30] Los genoveses tenían, en Italia, fama de tacaños. <<

[31] Se llamaban, en la Italia del siglo XIV, «uomini di corte» a quienes tenían la costumbre de acudir a las fiestas que celebraban los señores o las ciudades. Se trataba de gentes que acudían a las fiestas para darles mayor brillantez; podían ser juglares, gentileshombres u hombres doctos. <<

[32] Boccaccio alaba también a Guiglielmo Borsiere en la «*Esposizioni sopra la Comedía di Dante*». Dante habla del mismo personaje en

el canto XVI del «Infierno»: «dinos si cortesía y valor mora | allá en nuestra ciudad, como ha solido, | o si arrojado de ella vése ahora; | que a Guiglielmo Borsiere, que ha venido | hace poco a sufrir nuestros tormentos, | palabras de aflicción hemos oído» (Trad. de Ángel Crespo). <<

[33] El español «gentilhombre» es término que se ha especializado para designar al caballero que desempeña determinadas funciones en la casa del rey o de un noble principal, pero en nuestros clásicos tenía el significado más general de «hombre de aspecto noble», más concorde con el italiano «*gentiluomo*», que designa a quien «aun no siendo noble por nacimiento revela educación fina, índole caballeresca, modos señoriales y rectitud de costumbres». Es este significado el que tiene «*gentiluomo*» en los textos de Boccaccio y en el que uso el «gentilhombre» español, que por su etimología tiene unas connotaciones de galantería ciudadana y cortesana bastante diferentes de las del español «caballero» (palabra por la que suele traducirse el «*gentiluomo*» del «Decamerón»), que sugiere con mayor fuerza virtudes derivadas de la vida guerrera que de la ciudadana y que, por otra parte, nunca se aplicaría a un mercader en un contexto

medieval. <<

[34] Este rey de Chipre puede ser Guido de Lusignano, que lo fue de 1192 a 1194 y fue famoso por su debilidad como gobernante. <<

[35] Godofredo de Bouillón (o Boulogne) fue el conductor de la Primera Cruzada (1099) y tomó el título de Defensor del Santo Sepulcro. <<

[36a] variegado: de varios colores. (*N. del Editor*) <<

[36] Alberto Zancari, que fue médico famoso y profesor de la Universidad de Bolonia en la primera mitad del siglo XIV. El título de maestro, que en general correspondía a todos cuantos dominaban cualquier arte, liberal o servil, se adjudicaba especialmente a los médicos. <<

[37] En el «marco» las narradoras aparecen como protagonistas y sujetos casi constantes. No sólo, según la costumbre cortés, se dirigen las palabras a las muchachas sino que con frecuencia los adjetivos, los participios, etc., están, como aquí, en femenino aunque también se refieran a los jóvenes (V. Branca). <<

[38] Esta balada, que se inicia con una afirmación vanidosa muy apropiada en boca de

Emilia, se vuelve, enseguida, alegórica y de profana se hace sagrada. «El bien que satisface el intelecto» es, sin duda, Dios y, según Crescini, el significado de toda la canción es el siguiente: «La mujer, al reflejar su belleza, ve en ella a Dios. Y al mirarle cada vez más fijamente se siente más atraída por Él y se abandona a Él, gustando parte de la felicidad prometida y esperando felicidad mayor cuando esté más cerca de aquel bien en el cielo». La alegoría teológica no excluye la ironía de una situación que mezcla lo humano con lo divino con un aire inocente muy característico de Boccaccio. <<

[39] Existe un beato Arrigo de Baizano, muerto en Treviso en 1315, que fue mozo de cuerda y a cuya muerte dicen las crónicas que tocaron solas las campanas y ocurrieron milagros. <<

[40] Eran bufones. Stecchi y Martelhno son recordados por Sacchetti en «Trecentonovelle», CXLIV. <<

[41] Se trataba de una manera de tortura que consistía en pasar una cuerda bajo las axilas del condenado y levantarlo en el aire para luego dejarlo caer bruscamente. <<

[42] «Señor»: el que ostentaba el poder

soberano en la señoría. El libro del señor era el registro donde se anotaban los nombres de los forasteros que llegaban a la ciudad. <<

[43] Los Agolanti fueron una familia expulsada de Florencia y refugiada en parte en Treviso. Algunos personajes de esta familia aparecen en la Jornada II, 3. Un Bernardo Agolanti fue testigo de un milagro del beato Arrigo de Balzano, según ha identificado D. H. Manni. <<

[44] Sagradas o piadosas. <<

[45] San Julián el Hospitalario era un santo famoso en la Europa medieval como abogado de los caminantes y, en ocasiones, también de las aventuras amorosas que podían surgir a lo largo del camino y hacían grata la hospitalidad. Su leyenda aparece ya en el «Speculum historiale» de Vicente de Beauvais. Lo que se llamaba el padrenuestro de San Julián era, en realidad, una oración que se recitaba a modo de conjuro y cuyas variantes serían muy numerosas. Branca recoge la que considera más difundida, documentada en escritos del siglo XV, que puesta en castellano, sería: «El santo señor San Julián | venía del monte Calvario | con la cruz de oro en la mano. | Al bajar del monte al llano | se encontró con la serpiente | el oso y el león. | Destruiste su

fuerza y valentía | y por ello líbrame a mí y a mi compañía. | Quien lleve esto por amor de San Julián | de fiebre y desgracia libre estará. | Amén». <<

[46] Azzo de Éste, que murió en 1308. <<

[47] Cada sueldo era un veinteavo de florín y valía doce dineros. <<

[48] Eran tres oraciones muy populares en la Edad Medía: «*dirupisti*» es el principio, corrompido, del salmo 73: «*Quare, Deus, reppulisti in perpetuum*…?», la «*intemerata*» es la antífona «*Intemerata virgo; De Profundis*», el salmo 129: «*De profundis clamavit ad te domine*». <<

[49] Los Lamberti y los Agolanti eran dos célebres familias florentinas, ambas gibelinas. Los Agolanti eran fabricantes de agujas (it. «*aghi*») y de su oficio venía su apellido. <<

[50] Se alude a las guerras entre Enrique II de Inglaterra (1154-1189) y su hijo Enrique, que habían impresionado mucho a la opinión italiana. Dante («Infierno», XXVIII, 133 y ss.) representa al trovador provenzal Bertrand de Bom en el infierno, levantando en alto su propia cabeza cortada del tronco como condena por haber alentado la rebelión del hijo contra el padre: «Pues una unión tan intima he

deshecho, | ay, separado mi cerebro porto | de su origen, que sigue en este pecho. | ¡Así la pena del Talión soporto!» (Trad. de Ángel Crespo). <<

[51] Benedictino. <<

[51a] presumir: sospechar. (*N. del Editor*) <<

[52] El mar Egeo, poblado de islas, era el archipiélago por antonomasia para todos los navegantes italianos. <<

[53] «*Coca*»: del lat. medieval «*caudica*», era una nave de proa y popa altas que se usaba para transportar mercancías, pero que iba también armada para la guerra. Su uso perduró hasta el siglo XVIII. <<

[53a] güelfo: en la Edad Media, partidario de los papas contra los gibelinos, defensores de los emperadores de Alemania. (*N. del Editor*) <<

[54] Carlos II de Anjou fue rey de Nápoles de 1285 a 1309. <<

[55] Federico II de Aragón fue rey de Sicilia de 1296 a 1337. <<

[56] «Buena mujer» tiene frecuentemente en Boccaccio un sentido irónico y puede ser sinónimo de «alcahueta». <<

[57] Un siciliano llamado Francesco Buottafuoco aparece en documentos napolitanos de 1336. <<

[58] Murió este obispo en octubre de 1301. Fue dignatario del reino de Nápoles y después arzobispo. La «iglesia mayor» de que habla Boccaccio es la catedral o, como se ha llamado luego en Italia, el Duomo. <<

[59] Lo mismo que en la novela de Andreuccio, en la trama de ésta hay una gran influencia de las aventuras griegas y bizantinas, aunque su tipo de peripecia está muy fundida con referencias y observaciones realistas mientras aquí, los ambientes e incluso el fondo parecen ser bastante fantásticos, a pesar de que los personajes se corresponden con personajes históricos. <<

[60] Federico II de Suabia murió en 1250 y Manfredo, que era su hijo natural, asumió el gobierno de Sicilia y Nápoles. Inocencio IV lo excomulgó por su política progibelina y sus sucesores Alejandro IV y Urbano IV fueron sus enemigos. Este último animó al rey de Francia Luis IX a enviar un ejército contra él, mandado por Carlos de Anjou. En Roma, éste fue coronado rey de Nápoles y Sicilia por Clemente IV —que era también francés— y luego derrotó a Manfredo en la batalla de Benevento, en

1266, donde éste murió. <<

[61] Los Capece y los Caracciola eran nobles familias napolitanas, enemigas constantes de los Anjou. <<

[62] Se refiere a los espíritus de los sentidos que, según la doctrina médico-fisiológica medieval italiana (derivada de la árabe de Avicena y ésta, a su vez, de la galénica), eran la materia sutilísima y movilísima que, al desplazarse por el cuerpo, produce todas sus funciones activas. De los espíritus sensitivos, los animales eran los que, trasladándose del cerebro a los sentidos transmitían las sensaciones y, al retirarse de ellos por algún suceso o emoción violenta, provocaban el desvanecimiento o la muerte. <<

[63] Los Malaspina eran señores de Lunigiana y, según señala V. Branca, Boccaccio parece pensar en Curradoli, muerto en 1294, de quien habla Dante en «Purgatorio», VIII, 120 y ss., alabando su generosidad con los exiliados. <<

[64] El nombre de reino de Apulia se daba también al de Nápoles. Los principales lugares de peregrinación en este reino eran los sepulcros de San Nicolás de Bari y de San Mateo de Salerno. <<

[65] Los genoveses eran partidarios de Carlos de Anjou. <<

[66] Giovanni de Prócida, en 1282, abrió el camino de Sicilia a Pedro III de Aragón haciendo sublevar a la población contra Carlos de Anjou. <<

[66a] gibelino: Partidario de los emperadores de Alemania, en la Edad Media, contra los güelfos, defensores de los papas. (*N. del Editor*) <<

[67] El «aroma materno» parece aquí una expresión ligeramente irónica. Es de origen bíblico: San Pablo en la Epístola II a los Corintios, habla del olor o el aroma del conocimiento de Cristo («*… qui seinper triumphat nos in Christo Iesu, et odorem notitiae suae manifestat per nos*…»). <<

[68] «Saetía»: embarcación ligera de tres palos y una sola cubierta. <<

[69] Las «*Efesíacas*» de Xenofonte de Efeso es la novela griega más citada como antecedente de esta de Alatiel que, en muchos aspectos, aparece como una parodia de las antiguas narraciones de amor y de aventuras en que la ejemplar protagonista atravesaba infinitos peligros (siendo llevada de un lado a otro del Mediterráneo) para llegar, por fin, a

brazos de su amado sin haberle sido infiel. La ironía bocaciana con relación a los amores de Alatiel recuerda la de Cervantes con respecto a los libros de caballerías y sus doncellas que atravesaban solitarias montañas y valles «con su virginidad a cuestas». La sarcástica moraleja de la historia hace pensar en el «*Cándido*» de Voltaire. <<

[70] Alusión a Séneca, «*Tiestes, 453, Venenum in auro bibitir*». El oro es metonimia de «los vasos de oro». <<

[71] El Algarbe, que dependía del califato de Córdoba, estaba formado en el siglo XIV por territorios del sudoeste peninsular y del norte de África. <<

[72] Se daba el nombre de Romania, en general, a todo el Imperio Bizantino. Clarentza era un puerto del Peloponeso. <<

[73] En el original, «*santo-cresci-in-man*». San Cresci era un santo mártir florentino. <<

[74] Se llamaba Morea a la península del Peloponeso. Tanto los títulos de príncipe de Morea y duque de Atenas como los lugares del oriente del Mediterráneo que aparecen en esta novela eran familiares a Boccaccio por las estrechas relaciones que hubo entre la corte napolitana en la que vivió y ellos. El gran amigo

de Boccaccio Niccola Acciaiuoli había acompañado, precisamente a Morea, a Caterina de Valois Courtenay, que era emperatriz de Constantinopla como hija de Balduino II, y a sus hijos los príncipes de Tarento a tomar posesión del principado de Acaya, y Boccaccio habla de este acontecimiento en una de sus epístolas. <<

[75] Escocia era nombre que, en la época, se daba también a Irlanda. <<

[76] Se alude a la transmisión del Imperio de los francos a los sajones que se realizó en el año 962 por Otón I. <<

[77] Violante se llamaba una hija de Boccaccio muerta antes de los siete años, a la que él lloró mucho. <<

[78] Plutarco, en la «*Vida de Demetrio*», cuenta un episodio semejante a éste, y también Valerio Máximo (V, 7), a propósito del amor de Antíoco por Stratónica. El motivo, difundido bastante en la Edad Medía, no es puramente literario, pues respondía a la concepción del amor como una enfermedad cuyos síntomas y terapia eran estudiados en medicina. La escuela árabe de Alejandría había derivado esta lección de Galeno. <<

[79] El argumento de esta novela fue usado

por Shakespeare para su célebre «*Cymbe line*» y sus antecedentes son numerosos en la narrativa oriental y en la medieval europea. Como más próximos a la cultura de Boccaccio cita Branca el «*Roman de la Violette ou de Gérard de Neves*», el «*Coimte de Poitiers, Dou Roi Flore et de la Bielle Jehanne*», el «*Miracle de Notre Dame*» y el cantar de «*Madonna Elena*». <<

[79a] jubón: Vestidura que cubría desde los hombros hasta la cintura, ceñida y ajustada al cuerpo. (*N. del Editor*) <<

[80] «*Señer*» («*segner*» en el original bocaciano) es el calco fonético del catalán «*senyor*», que es el tratamiento que, en catalán, equivale a «don». <<

[81] San Juan de Acre, ciudad de Siria que habían conquistado los cristianos y les fue arrebatada por los musulmanes en 1291. <<

[82] «Doblas»: monedas de oro doble que eran españolas y moriscas. <<

[83] Los Gualandi eran una noble y rica familia pisana de quienes habla Dante en «Infierno», XXXIII, 32, al referirse a las luchas entre pisanos y luqueses. <<

[84] Las mujeres pisanas tenían, en

Florencia, fama de feas; la comparación con las «lagartijas gusaneras» dice Branca que existe aún en Nápoles y la testimonia con la frase siguiente de Basile: «se había puesto pequeño y raquítico, con color de español enfermo, de lagartija gusanera». <<

[85] Era fama que en Rávena había tantas iglesias como días tiene el año y cada iglesia tenía su santo. Los escolares esperaban que por cada santo hubiera un día de vacación. <<

[85a] témpora: tiempo de ayuno en el comienzo de cada una de las cuatro estaciones del año. (*N. del Editor*) <<

[86a] ayuntar: conjuntar. (*N. del Editor*) <<

[86] Metáfora obscena tomada del lenguaje del juego de dados, según la cual, si se echaban a la tercera tirada, no se perdía ni se ganaba. <<

[87] En el original hay un juego de palabras con la palabra «foro» que en el dialecto pisano quiere también decir «agujero». <<

[88] La balada, según el procedimiento usual en las obras menores de Boccaccio, toma y desarrolla las fórmulas de la tradición lírica en sentido profano y voluptuoso; y no parece consentir ninguna de las interpretaciones

alegóricas que algunos han querido adjudicarle (N. Sapegno). <<

[89] La tradición ha identificado el lugar de esta segunda villa donde transcurren las jornadas del «Decamerón» con la llamada Villa Schifanoia, que está sobre la colina Camerata, junto a Florencia. <<

[90] Juego que se jugaba entre dos personas, sobre un tablero a cuadros blancos y negros, con treinta fichas y dos dados. <<

[90a] Calzado interior de estambre u otra materia, para abrigo del pie, y que se coloca encima de la media o del calcetín. (*N. del Editor*) <<

[90b] Vestidura corta a manera de capotillo abierto, que sirve de capa y sayo. (*N. del Editor*) <<

[91] Teolinda fue la mujer de Auttari y de Aguilulfo, sucesor del primero como rey de los longobardos, a finales del siglo VI y principios del VII. Tanto los nombres de los personajes como el fondo histórico tiñen con color de antigüedad la fábula bocaciana, de la que hay antecedentes generales en los relatos orientales. <<

[92] Los caballeros principales solían usar

trajes de color verde oscuro. <<

[92a] Carda para limpiar y separar la lana. (*N. del Editor*) <<

[93] «*Hemano*» en esta novela quiere indicar la pertenencia de quien lleva este título a la Orden Tercera de San Francisco, que es una congregación seglar. La fábula de esta novela la toma Chaucer en «*The Millers Tale*». <<

[94] San Pancracio, iglesia de Florencia que estaba junto a la actual calle de la Spada. <<

[95] Terciario franciscano. Los seglares pertenecientes a la Orden Tercera estaban unidos por un deseo de perfeccionamiento moral que los inducía a asumir ciertas prácticas religiosas comunes. <<

[96] Manzanas rojas de Cásola, en Siena. <<

[97] El asno. <<

[98] Francesco Vergellesi fue embajador en París en 1313 y c. 1336 fue podestá en Lombardía. <<

[98a] podestá: el primer magistrado de las ciudades del centro y norte de Italia. (*N. del Editor*) <<

[99] «Frutos» y «flores» como metáfora de la

consumación del amor y de los galanteos que suelen precederla. Según la tradición lírica italiana, en las historias de amor había tres momentos: el «comienzo», en que se da la atracción y los esfuerzos por atraer a la amada, el «medio o flor», que describía los galanteos retribuídos con prendas de amor, y el «cumplimiento o fruto», que era la entrega mutua de los amantes. <<

[100] Los Minútolo eran una noble familia napolitana. Ricciardo Minútolo fue consejero del rey Roberto y de la reina Giovanna I. A la misma familia pertenecía el arzobispo en cuya tumba entra Andreuccio en II, 5. <<

[101] Catella es el nombre de una de las protagonistas de la «*Caccia di Díana*», la primera obra compuesta por Boccaccio. <<

[102] Filippello Sighinolfo fue un noble napolitano que vivió en la corte de la reina Juana de Nápoles. Pertenecía a una familia conocida por Boccaccio. <<

[103] Los Elisei eran una de las familias más antiguas y nobles de Florencia. También lo eran los Palermini. <<

[104] Palabras sin sentido pero apoyadas en los fonemas del italiano «*cacare*». Todo el episodio es un remedo burlesco de los

encuentros de Dante con sus interlocutores en el Infierno. <<

[105] Las calendas eran el primer día de cada mes y, por sinécdoque, el mes entero. <<

[106] «*Ragnollo Braghiello*» dice Boccaccio, deformando burlescamente el nombre del «*Agnolo Gabilello*» o Arcángel Gabriel, imitando las deformaciones que de los nombres sagrados hacían las personas ignorantes, como este Ferondo. <<

[107] El tema de esta novela fue, después, hecho muy famoso por la comedía de Shakespeare «*All's Well that Ends Well*». <<

[107a] Monte muy alto. (*N. del Editor*) <<

[108] Micer Guglielmo y la Dama del Vergel son 105 protagonistas de un cantar italiano basado en el romance francés del siglo XIII «*La Chastelaine de Vergi*». <<

[109] Dios. De modo semejante se refiere Dante a Dios en el verso 145 de «*Paraíso*», XXXIII: «mas a mi voluntad seguir sus huellas, | como a otra esfera, hizo el amor ardiente | que mueve al sol y a las demás estrellas» (Trad. de A. Crespo). <<

[110] «El mortal poder», que es deficiente e insuficiente. <<

[111] Por quitarse el hábito de luto que, como viuda, llevaba. <<

[112] Se dice en Italia que los milaneses tienen gran sentido práctico. <<

[113] Varias de las novelas que componen el «*Decamerón*» se habían divulgado antes de que su autor completase la obra y habían suscitado las críticas de que aquí se defiende. El estilo «bajo» al que alude se clasifica así por el uso de la lengua vulgar (en oposición al latín, que seguía siendo en el siglo XIV la lengua de cultura y del estilo elevado), por la intención satírica de muchas de las novelas y por la elección de personajes y ambientes plebeyos para otras. <<

[114] Son los tres maestros del Stil Novo más admirados por Boccaccio. <<

[115] Esta novela ha sido una de las más difundidas del «*Decamerón*». Probablemente se inspiró Boccaccio para ella en un pasaje de la «*Historia Longobardorum*» de Paolo Diácono, en que se cuenta cómo Rosmunda fue obligada a beber de una copa semejante a la de Chismunda. Y también tendría presente la «*Vida*» del trovador Guilhem de Cabestanh, que le inspiró más directamente la novela novena de esta misma Jornada IV. <<

[116] Se trata, como los demás personajes y los lugares de esta historia, de nombres ficticios que sugieren la época normanda y prestan lejanía a su materia trágica y elevada. <<

[117] Son casi las mismas palabras de Ovidio al describir el hallazgo por Píramo y Tisbe, de la grieta que había en la pared común de sus casas. <<

[118] «Arneses»: los objetos que tenía a mano entre los suyos de uso personal: hebillas, punzones, *etc.* <<

[119] El entierro solemne de los amantes desgraciados en una misma sepultura, que se origina con el de Tristán e Isolda, es una tradición medieval que se basa probablemente en Ovidio (cfr. la historia de Piramo y Tisbe en el libro IV de las «*Metamorfosis*»). <<

[120] La fama de corrupción de que gozó Venecia en el siglo XVI y XVII parece que existía ya en el XIV. Boccaccio manifiesta en varias ocasiones su animadversión por esta República, que fue rival de Florencia en el comercio y aliada con Génova, a su vez enemiga de Pisa y de Florencia. <<

[121] Los Quirini eran antiguos nobles venecianos y en su familia se dieron varias

Isabeles o Elisabettas. <<

[122] Escasa de sal. Sal es metáfora de «inteligencia» en el italiano coloquial, como calabaza lo es de «cabeza». <<

[123] Moneda veneciana de plata, de doce dineros, que fue acuñada por primera vez por el dogo Enrico Dándolo c. 1202. <<

[124] Estas cacerías eran juegos festivos que se celebraban, en la Edad Media, en la plaza de San Marcos el jueves de carnestolendas. Se lanzaban a ella jabalíes y, en presencia del dogo y los patricios que las contemplaban desde las ventanas del palacio ducal, los cazadores perseguían (llevando perros) a los jabalíes, los mataban a cuchilladas y les cortaban la cabeza. La carne la distribuían al pueblo que participaba, entusiasmado, en la cacería y llenaba la plaza. <<

[125] Pertenece esta historia a la serie de trama bizantina, pero se desconocen antecedentes directos. <<

[126] En es, en provenzal, partícula de tratamiento equivalente al castellano «señor». <<

[127] El enamoramiento por fama es un tema muy difundido en la lírica y en la narrativa

cortés medievales de Francia e Italia. Aparece en los romances artúricos, en los *laís* y en los cantares, y es tratado por Andrea Capellanus en «*De amore*». En el «*Decamerón*» aparece también en I, 5; II, 7 y, por otra parte, Boccaccio ya lo había tratado en la «*Teseida*» (compuesto c. 1340-1341). <<

[128] Aunque el personaje de Guillermo II de Sicilia es histórico (1166-1189), no lo es lo relativo a sus hijos y Gerbino. <<

[129] Entregar el guante a alguien era, según la costumbre germánica, adquirir públicamente un compromiso irreversible. <<

[130] Imagen de raigambre homérica, que Branca señala como imitada de Virgilio: «*Impastus ceu plena leo per ovilia turbans, | Saudet enim vesana fames, manditque trahitque | Molle pecus mutumque metu, fremit ore cruento*». («*Eneida*», IX, 339 y ss.). <<

[131] «*Salernitana*»: de Salerno. O tal vez (como indica V. Branca), corrupción de *selemontana*. La expresión *bassílico-selemontano* aparece en la balada que recoge Carducci en su libro «*Cantilene e ballate dei secoli XIII e XIV*», que es la inspiración de esta novela. <<

[132] La canción a que pertenecen estos

versos es, efectivamente, una canción popular napolitana y se conocen de ella varias versiones, de las cuales ninguna hace referencia al trágico amor que es tema de la novela y que se considera que fue imaginado por Boccaccio partiendo de la canción, que habla del olor de la albahaca. <<

[133] El palacio del podestá, sede de la justicia ciudadana. <<

[134] Fiesta del perdón (o concesión de indulgencias) que se celebraba en Florencia todos los primeros domingos de mes, en la iglesia de San Galo. <<

[135] El apodado Hocico Puerco se une a los tres personajes anteriores compañeros de Pasquino, menestrales y villanos como él. Este coro de amigos «viles» que se encarga de sepultar los cuerpos desfigurados de los dos amantes cierra con una nota bufonesca la historia de este amor trágico pero plebeyo que Boccaccio no llega a sublimar por completo, a pesar del exordio de Emilia y de sus exclamaciones finales. <<

[136] Se creía que la influencia de los astros, en asuntos de amor, bajaba del cielo de Venus. No es raro en Boccaccio el uso del lenguaje astrológico, como propio de una ciencia que

formaba parte integrante del aprendizaje medieval y que él había estudiado en Nápoles bajo la dirección del célebre *Andalò di Negro*, de quien siempre conservó un tratado en su biblioteca. <<

[137] Los Sighieri fueron una familia de ricos mercaderes florentinos. <<

[138] Que construía tiendas de campaña o pabellones, que en la Edad Media eran muy utilizados tanto en el comercio como en la guerra. <<

[139] Los espíritus vitales, que animan las distintas partes del cuerpo y les dan vida. <<

[140] Probablemente, para hacer fuerza al retraer a los espíritus con un acto de voluntad. <<

[141] Estos funerales públicos en que se unen dos amantes que fueron separados en vida por el destino, repiten el final de la primera novela de esta IV jornada, pero invirtiendo las clases sociales de donde proceden cada uno de los amantes, pues si en IV, 1, la amante es noble y el amante es plebeyo, aquí la mujer es una menestrala y el amante un riquísimo mercader. Por la referencia a los amores de la niñez contrariados, así como por los funerales públicos de los dos amantes, es la novela de

esta jornada que más recuerda la fábula ovidiana de Píramo y Tisbe. <<

[142] La leyenda del corazón comido, de la que hay versiones tanto en la literatura oriental como en la céltica y en la románica medieval, ejerció una fascinación evidente en Boccaccio. En este caso, la fuente más directa es la literatura provenzal. Véase la siguiente nota. <<

[143] La historia a que Boccaccio se refiere se encuentra recogida en las diversas versiones que existen de la «*Vida*» del trovador Guilhem de Cabestanh, según las cuales, la pareja de trágicos amantes fueron el propio trovador y Saurimonda (o Margarida), esposa en segundas nupcias de Raimon de Castell Rosillon, de quien Cabestanh era vasallo. Ambos caballeros eran, a su vez, vasallos del rey de Aragón, que fue quien castigó el asesinato de Cabestanh. La atribución de la leyenda del corazón comido a Cabestanh es, según Martín de Riquer, totalmente fantástica, puesto que Saurimonda sobrevivó a Castell Rosillon y se casó en terceras nupcias con Ademar de Mosset en 1210. <<

[144] Según la «*Vida*» de Gudhem de Cabestanh, quien castigó a su asesino fue el rey de Aragón. Véase nota anterior. <<

[145] Siempre según la «*Vida*», el rey de Aragón (probablemente Alfonso II), después de hacer apresar a Castell Rosillon, «hizo recoger a Guilhem de Cabestanh y a la dama, y los hizo llevar a Perpiñán y poner en un monumento delante de la puerta de la iglesia; e hizo grabar sobre el monumento cómo habían sido muertos; y ordenó que por todo el condado de Rosellón todos los caballeros y las damas celebrasen su aniversario todos los años». <<

[146] Se trata de Matteo Selvático que, en 1317, dedicó al rey Roberto de Anjou una enciclopedia médica titulada «*Liber cibalis et medicinalis pandectarum*». <<

[147] Refrán italiano que significa dormir profundamente. <<

[148] Monedas de oro del valor de un florín que se usaban en el reino de Nápoles. <<

[149] Ojos muy negros. La descripción de Fiameta es la única que hace Boccaccio de las narradoras del «*Decamerón*» y responde a los retratos convencionales de las damas en la literatura de la época, pero indica, sin duda, el interés en destacar a quien (respondiese o no a una realidad biográfica) es en su obra el símbolo de su más ardiente pasión amorosa. <<

[150] «*Estampida*»: palabra de origen provenzal que designa una canción bailable con estribillo. <<

[150a] *pro tribunali*: con tono autoritario y decisivo. (*N. del Ed.*) <<

[151] Dice Plutarco, en sus biografías de los sabios de Grecia, que Cimone, en su juventud, se parecía a un abuelo suyo llamado del mismo modo que, por su estupidez, era llamado Coalemo (estúpido). De esta noticia de Plutarco parece tomar Boccaccio la idea para el nombre del protagonista de esta historia, tal vez imaginando que el nombre griego Cimone se derivaba de *χίμων* y de la misma raíz que *χιμαρος*; (cabrito). <<

[152] El motivo de los enamorados desdichados haciéndose a la mar en una barca sin remos parece proceder de las novelas artúricas. <<

[153] En este caso, italiano. Ladino era, en la Edad Media, sinónimo de romance o dialecto del latín. <<

[154] El buen augurio está tal vez en el posible sentido del nombre: «cara presa», buena adquisición (Vittore Branca). <<

[155] Probable corrupción gráfica por

Muliabdela. Muli es el árabe Mawlay o Muley (es decir, «señor» mío), título corriente de los sultanes. *Abdela* es Abd Aflah, nombre que en aquella época llevaron dos soberanos de la dinastía hafsida de Túnez: Abu Abd Allah Mohammed I (1249-1277) y II (1295-1309) (Vittore Branca). <<

[156] Era la época del destierro del papado en Aviñón y el sentimiento de la decadencia de Roma, sin duda alimentado por Petrarca, era fuerte en Boccaccio. <<

[157] Los Boccamazza eran, en efecto, una noble familia romana partidaria de los Orsini. <<

[158] Los Orsini fueron una de las más célebres familias romanas, muy poderosa desde el siglo XIV y güelfa desde finales del mismo. En la época del papado de Aviñón continuaron su oposición al Imperio y fueron ellos quienes impidieron la entrada en Roma de Enrique VII. Enemigos acérrimos de los Colonna, ambas familias capitanearon facciones rivales que vivían en continua guerra. <<

[159] Los Campodiflore eran una rama de la familia de los Orsini. Branca identifica a este Liello con uno que fue hijo de Buccio y vivió a

fines del s. XIII y principios del XIV. Su mujer fue Banna de Tolomeo, de los Leoni de Montanea. El castillo de que aquí se habla era de Niccolo Orsini, amigo y admirador de Boccaccio, y Boccaccio fue invitado allí varias veces. <<

[160] Lizio de Valbona es un personaje histórico cuya magnanimidad fue muy alabada por la tradición oral y escrita. En «*Purgatorio*, XIV, 97-98», dice Dante: «*Pier Travesaro y Arrigo Marardo | Guido Carpiña y Licio el virtuoso, | di dónde están, oh romañés bastardo*» (Trad. de Ángel Crespo). <<

[161] A los Manardi de Brettinoro pertenecía el Arrigo de quien habla Dante junto con Lizio, pero el nombre de Ricciardo parece ser un invento de Boccaccio. <<

[162] Se refiere a la época, a principios del siglo XIII, en que Faenza estuvo bajo el dominio papal, que fue muy próspera y pacífica para la ciudad. <<

[163] Federico II tuvo sitiada a Faenza de 1240 a 1241, en que la tomó. <<

[164] «Medicina» era apellido no infrecuente en la Italia de la época. <<

[165] Giovanni de Prócida, el noble siciliano

que, según «*De casibus viris illustribus*», exaltó los ánimos de sus compatriotas contra el rey Carlos de Anjou para vengar la fuerza que le habían hecho a su mujer sus cortesanos, es un personaje admirado por Boccaccio, que ya ha usado su nombre. <<

[166] Federico II de Aragón, que fue rey de Sicilia de 1296 a 1337. <<

[167] Este Ruggier de Loria es Roger de Lauria, el caballero catalán que había vencido a la flota napolitana y capturado al rey Carlos de Anjou en 1284. Boccaccio habla de Roger de Lauria en la «*Amorosa Visione*» (XII, 31-32) y en «*De casibus*» (IX, 19). Fue almirante de Federico II de Sicilia de 1296 a 1297. <<

[168] Restituta era nombre muy habitual en Ischia, donde se tenía gran devoción a la santa así llamada. Marino Bulgaro fue un amigo de Boccaccio, caballero de la corte del rey Roberto, que todavía vivía en 1341. <<

[169] Se llama La Cuba el famoso edificio del siglo XII, de estilo árabe-normando, que todavía existe en Palermo y es utilizado como cuartel. <<

[170] Minerva es un cabo de uno de los extremos del golfo de Nápoles; el Scalea está en el golfo de Policastro. <<

[171] Guillermo II, rey normando de Sicilia de 1166 a 1189, murió este último año sin dejar herederos. <<

[172] Los Abbate fueron una noble familia de Trápani en la que recayó la dignidad de capitán de la ciudad durante muchos años. Con Guillermo el Bueno, el capitán de Trápani se llamaba Stazio Abbate, quien colaboró en la preparación de la Tercera Cruzada. <<

[173] Los genoveses fueron traficantes de esclavos no sólo entre distintos puntos de Oriente, sino también entre Oriente y Occidente. No eran los únicos comerciantes italianos que se dedicaban a esto, como se deduce de la lectura de otras varias novelas del «*Decamerón*». <<

[174] Se refiere a los preparativos de la Tercera Cruzada, en que se aliaron Guillermo el Bueno, el Papa y Federico Barbarroja, y en la que se hicieron acuerdos con los reyes de Armenia. <<

[175] Esta novela es probablemente la más fabulosa entre las corteses del «*Decamerón*» y se han buscado muchas más fuentes. En el «*Specchio della vera penitenza*» de Jacobo Passavanti, publicado en 1354, se cuenta la historia (que Boccaccio pudo haber oído

algunos años antes, en los sermones que Passavanti predicó en Santa María la Nueva) de un carbonero de Nevers que, mientras velaba un foso de carbón encendido, oyó horribles gritos, salió y vio a una mujer, desmelenada y desnuda, huyendo de un caballero en caballo negro que la perseguía con un cuchillo en la mano y echaba llamas por la boca. Esta historia se llama «*La novela del carbonero*» y en ella la mujer y su amante están en el purgatorio por haber matado al marido. (Véase Luigi Russo, «*Letture del Decamerión*».) Branca señala un posible antecedente en un cuento de la «*Disciplina Clericalis*», «*La perrilla que lloraba*», de Pedro Alfonso, que fue imitado por muchos autores medievales europeos, entre ellos Vicente de Beauvais, en que un enamorado se vale de una estratagema semejante a la de Nastagio para conseguir sus fines. Señala también la probable influencia de la historia de Ifis y Anaxárate de las «*Metamorfosis*» ovidianas, tan familiares a Boccaccio. Por otra parte, la modalidad del castigo infligido a la mujer que fue cruel con Guido de los Nastagi y todo el episodio entre los dos está, sin duda, influido por los castigos dantescos del «*Infierno*» y dentro de la tradición de las persecuciones infernales, muy difundida en Europa durante la Edad Media. <<

[176] Los Onesti eran una noble familia de Rávena entre quienes no se encuentra ningún Nastagio en el s. XIII. <<

[177] Coppo es diminutivo de Giacoppo. Éste de los Borghese Domenichi fue contemporáneo de Boccaccio y perteneció a una notable familia florentina del barrio de Santa Croce. Fue varias veces Prior de la ciudad y Gonfaloniero. <<

[178] Los Alberighi fueron una de las familias florentinas más antiguas, que vivían junto a la iglesia de Santa María de los Alberighi. Dante habla de ellos como ilustres ciudadanos por boca de Cacciaguida en «*Paraíso*», XVI, 89 y ss. <<

[179] Su «desdichado vicio» (en el original bocaciano, tristezza), se refiere a su homosexualidad. Esta novela tiene, como clara fuente, una de las historias de «*El asno de oro*» de Apuleyo (la IX, 14-28), donde, sin embargo, el marido engañado no deja de vengarse del amante y de la mujer después de haber disfrutado de los favores del primero. <<

[180] Hay noticias de dos Pietro de Vinciolo de Perusa, que vivieron a finales del siglo XIII y principios del XIV; por consiguiente, contemporáneos de Boccaccio. Los dos fueron importantes personajes en su ciudad y tuvieron

excelente fama. Se ha hablado de que Boccaccio, al utilizar su nombre en este caso, podría estar buscando una venganza personal, ya que los Vinciolo tenían frecuente trato con los Anjou napolitanos a través de los Bardi y Boccaccio probablemente se relacionó con ellos. <<

[181] Santa ermitaña muy popular en la Italia medieval, de la que se contaba que había domesticado y dado de mamar a dos serpientes que habían entrado en su celda para tentarla. <<

[182] La traducción literal sería: «que no encontraría quien me encendiese un trapo», refiriéndose a una costumbre del campo florentino de dar lumbre a quien vivía en una casa lejana encendiéndole un trapo. <<

[183] Los amores contrariados de Troilo, príncipe troyano, con la cautiva Criseida, hija del augur Calcas (materia que procede del «*Roman de Troie*» de Bennoit de Saint Maure), fueron cantados por el propio Boccaccio en el Filostrato (compuesto probablemente en 1335, en Nápoles). <<

[184] «Consistorio» se llama al lugar donde se reúne la gente (Da Buti). <<

[185] Quiere decir que es una criatura. <<

[186] En la introducción a la novela décima de la Primera jornada. <<

[187] El nombre Oretta es diminutivo de Laura y Laureta, y hubo varias con este nombre entre los Malaspina. Esta Oretta, mujer de Geri Malaspina, aparece en varios documentos como viuda suya ya en 1332. Tenía fama de ingeniosa. <<

[188] Los estudiosos de Boccaccio identifican tradicionalmente a Cisti con un «panadero Cisti» que aparece en el registro de la hermandad de los tenderos de la iglesia de Santa María Ughi en el 1300; la iglesia es la misma que se señala como existente junto a la tahona de Cisti. <<

[189] Precisarnente para tratar de poner paz entre Blancos y Negros, en 1300, durante el priorato de Dante (V. Branca). Los priores eran, en Florencia, los representantes en el Consejo de la ciudad de las diferentes Artes o asociaciones por oficios en que se agrupaba la sociedad florentina. Llegó a haber diez priores: del arte de Calimala, del cambio, de la lana, de la seda, de las pieles, de los médicos, boticarios, pintores, poetas, etc., y de los notarios. El priorato llegó a ser una institución más poderosa a finales del siglo XIV. <<

[190] Esta iglesia estuvo entre el Palazzo Strozzi y la actual Vía Portarossa. <<

[191] Se pierde, en la traducción, el juego de palabras basado en el uso del verbo «morder» que, en italiano, significa también «reprender» cuando se usa en sentido figurado. La traducción literal sería: «que del modo que muerde la oveja deben morder al oyente». <<

[192] Antonio de los Orsi de Biliotto de los Orsi fue obispo de Florencia de 1309 a 1322. Las noticias sobre él lo presentan alternativamente como hombre noble y de baja condición, pero siempre ávido de dinero. <<

[193] Fue un noble barcelonés que entró al servicio del rey Roberto de Anjou cuando fue a Nápoles con el séquito de doña Violante de Aragón, primera mujer del rey Roberto. <<

[194] Eran monedas muy parecidas a los florines, que valían cada una dos sueldos. <<

[195] «Correr el palio» se llama en Italia a las carreras de caballos en que competían los distintos barrios de la ciudad medieval y que tenía por premio un estandarte. Actualmente, estas fiestas siguen celebrándose en Siena y en algunos otros lugares. <<

[196] Vivió entre finales del siglo XIII y la

primera mitad del XIV, y perteneció a una gran familia florentina con quien Boccaccio estuvo muy relacionado. Micer Catello di Rosso Gianfigliazzi practicó la usura en Francia e Italia y se cree que es él uno de los personajes que aparecen en el «Infierno» dantesco (canto XVII, verso 58 y ss.), entre los condenados por usureros, llevando al cuello una bolsa con el escudo de los Gianfigliazzi. <<

[197] El origen del nombre italiano «Ghichibio» parece ser (según Lovarini) la palabra *véneta «cicibio»*, onomatopéyica del it. «*fringuello*», es decir pinzón. <<

[198] Se refiere probablemente al tonillo especial que tienen los venecianos al hablar. <<

[199] Esta historia la cuentan, de los mismos personajes, Benvenuto de Imola (principios del siglo XIV) y Vasari (1511-1574), entre otros. <<

[200] Fue un famoso jurista que vivió en la primera mitad del siglo XIV y fue profesor en Pisa de 1338 a 1339. <<

[201] Los Baronci fueron una familia florentina célebre por su fealdad como se ve en VI, 6. <<

[202] Este criterio de valor sobre la

perfección de la pintura es ya plenamente renacentista porque se basa en el logro de la verosimilitud. Durante la época napolitana de Boccaccio, Giotto había estado en la corte, pintando los frescos de la Sala Reggia, y otros en Castel Nuovo para los Bardi. <<

[203] Montughi es una colina, en la proximidad de Florencia, en donde habían construido villas de recreo las familias florentinas más destacadas. <<

[204] Los Baronci eran una familia notable de la burguesía florentina. De su fealdad habla también Sacchetti. <<

[205] Los Pugliesi y los Guazzagliotri eran dos poderosas familias, enemigas entre sí, de Prato, en los siglos XIII y XIV. De los Guazzagliotri queda, en Prato, un famoso palacio. <<

[206] Celático es un lugar del valle del Arno florentino donde tenían posesiones varias familias principales. Manni identifica a los protagonistas de la historia como a un Francesco de Lamberto Frescobaldi y la hija de su hermano Guido, llamada Francesca. Ambos vivieron entre la segunda mitad del siglo XIII y los primeros años del XIV. <<

[207] Guido Cavalcanti (nacido c. 1280) fue

uno de los grandes poetas del «*Dolce stil novo*». La anécdota que aquí se le atribuye fue adjudicada por Petrarca a Dino de Firenze, y algo parecido cuenta Salimbene de la incredulidad de Federico II. A Cavalcanti lo sitúa Dante en el Infierno entre los epicúreos (canto IV, 15). <<

[208] A Brunetto Brunelleschi dedica Dante su soneto XCIX. De familia gibelina, él llegó a ser uno de los jefes de los güelfos Negros. Murió en 1311 a manos de los jóvenes de la familia Donati, como venganza por haber contribuido a la muerte de Corso Donati. <<

[209] El Orsarimichele es uno de los edificios más célebres del centro histórico de Florencia. Fue primero un granero y luego una iglesia llamada San Michele in Orto (o San Miguel del Huerto). El Corso Adimari es la actual Vía Calzaiuoli; San Giovanni es el Baptisterio que está frente al actual Duomo de Florencia, en la misma plaza. El Duomo no existía aún en el tiempo a que se refiere Boccaccio. Santa Reparata era la iglesia que había en el lugar donde después se levantó el Duomo, que no llegó a estar terminado hasta mediados del siglo XV. Del Baptisterio, el «*bel S. Giovanni*» como lo llamó Dante. <<

[209a] pórfido: roca eruptiva, compacta y

dura, formada por una pasta vítrea oscura y granulada en la que se incrustan grandes cristales de feldespato y cuarzo. (*N. del Ed.*) <<

[210] Estos frailes eran, en la Edad Media, condenados como impostores. Contra ellos habla Gregorio LX a los obispos de Lion, y Beatriz dice en Paraíso, XXIX, 124-126: «De San Antonio el puerco así se ceba | y a otros que son puercos y glotones | cuya moneda el buen cuño no lleva» (Trad. de A. Crespo). <<

[211] De Tierra Santa. <<

[212] Los Bragoniera y los Pizzini eran familias certaldeneses conocidas por Boccaccio. Biagio Pizzini fue amigo del padre de Boccaccio. <<

[213] «Castillo» se llamaba a la parte alta del burgo, donde estaba el ayuntamiento o la alcaldía, la iglesia mayor, la plaza y a veces una fortificación amurallada. <<

[214] Los apodos de Guccio quieren decir, respectivamente: ballena, emporcado y puerco. Pero este Guccio parece ser un fray Porcellana o Porcelloni que era portero del Hospital de San Filippo y vivía en el mismo barrio que Boccaccio. <<

[215] Lippo Topo era un pintor mediocre,

conocido en la época de Boccaccio. <<

[216] Altopascio era una abadía de la provincia de Lucca donde se ofrecía a los pobres una gran calderada de sopa dos veces por semana. <<

[217] Châtillon era un rico feudo francés. <<

[218] Porcellana es un hospital florentino; los privilegios, los feudos y las investiduras que dependían de dicho hospital de San Filippo. <<

[219] En este relato de un viaje fantástico que fray Cebolla improvisa, los lugares a que se refiere son, en su mayoría, comunes, o florentinos, o imaginarios. La frase «aquella parte por donde aparece el sol» sugiere que se trata de Oriente, pero podría ser sencillamente el este del condado florentino; Vinegia, Borgo del Greci, Baldacca, Parión y Sardegna, son nombres de calles o barrios florentinos que tienen un sonido semejante a lugares lejanos o exóticos: Venecia, Grecia, Bagdad, etc.; el «estrecho de San Giorgio» es un lugar florentino que lleva el mismo nombre que el Bósforo. Estafia y Befia (en el original, *Truffia* derivado de truffa, que significa «estafa» y *beffia*, que significa «burla») son países imaginarios cuyos nombres evocan los de las ciudades de Oriente. Al «país de las estafas» y

«al de las burlas» sigue, en la enumeración de los lugares recorridos por fray Cebolla en su peregrinación fabulosa, la «Tierra de la mentira». <<

[220] Es decir, embutiendo la carne de los cerdos en sus mismas tripas. El sermón de fray Cebolla continúa acumulando frases oscuras y disparatadas de efecto cómico, o afirmaciones perogrullescas que presentan como algo insólito cosas que no lo son. <<

[221] Pastinaca o chirivía es una fruta semejante al apio, de raíces dulces, con la que sin duda Boccaccio quiere evocar (cómicamente, al usar un nombre familiar) el exotismo de las especias de la India. <<

[222] Maso del Saggio era conocido en Florencia por sus burlas, como se ve en VIII, 3 y VIII, 5. <<

[223] En el original hay un juego de palabras con los dos significados que tiene en italiano la palabra caldo: «caliente» y «caldo», que se pierden en la traducción. <<

[224] «*Non-mi-blasmete-se-voi-piace*» es un francés macarrónico que se traduciría por «no-me-culpéis-por-favor», y que recuerda las personificaciones alegóricas del Roman de la Rose. <<

[225] En el original: «*Verbum-caro-fatti-alle-fmestre*». Es una deformación del latín: «*Verbum caro factum est*», frase usada en la plegaria cotidiana del ángelus, deformada por la gente inculta para aproximarla fónicamente a palabras y frases vulgares que les eran conocidas. <<

[226] Toda esta burlesca enumeración de las reliquias (objetos de la religiosidad popular que exasperaban a Boccaccio) se apoya en enumeraciones serias comunes en la Edad Media. <<

[227] Franciscano florentino famoso por su vida santa. <<

[228] Conocido comerciante florentino. <<

[229] Se refiere a la criada de Filomena, que ha aparecido en la introducción a esta Jornada disputando con Tíndaro. <<

[230] Los tiempos de la peste, con la corrupción de costumbres acarreada por ésta. <<

[231] A pesar del aspecto alegórico de esta descripción, parece que el Valle de las Damas era un lugar real y estaba situado junto a Villa Schifanoia, rodeado por cinco cerros sobre cada uno de los cuales había un edificio:

Claustro della Doccia, Villa Minerbetti-Orlandini, Villa Rassinesi, Villa Micheli Gilles y Casa Nera delle Monache di Sant’Anna. <<

[232] La Osa Mayor. <<

[233] Mercurio. <<

[234] El amor. <<

[235] Puede referirse a los lirios y a las rosas nupciales. <<

[236] Traduzco por «espantajo» el *fantasima* del original porque el significado de esta palabra, en la Toscana del siglo XIV, no se correspondía con el moderno del italiano fantasima o «fantasma», en su referencia a una presencia misteriosa de forma indefinida. El fantasima de que habla Emilia era un animal imaginario, entre sátiro y gato montés, cuya aparición espantaba y en el que estaba muy divulgada la creencia. «Espantajo» me parece convenirle y conservar la vis cómica que no posee «fantasma». <<

[237] Era presidente de los inscritos en la cofradía de la parroquia de Santa María la Nueva, famosa y antiquísima iglesia florentina. A los «laudenses» se les llamaba así porque tenían que reunirse por las tardes para cantar los laúdes de la Virgen. <<

[238] El padrenuestro traducido en lengua vulgar, regalo precioso para quienes no sabían latín. Con las «canciones», alude Boccaccio a la literatura popular religiosa de su tiempo, prolífica en vidas de santos y leyendas piadosas. <<

[239] Un Neri Pegolotti aparece, en un documento de la época, como marido de una Tessa que, a su vez, era hija de un Minuccio, con lo que los tres nombres de estos personajes pertenecerían a personas relacionadas entre sí, si bien con una relación diferente a la que establece entre ellas Boccaccio. <<

[240] Era una costumbre de origen etrusco, en la Toscana, tener en los campos calaveras de asno porque se les atribuía la fertilidad de los lugares en donde estaban. <<

[241] El himno «*Te lucis ante*» y la antífona «*Intemerata virgo*». <<

[242] En los conjuros era considerado muy eficaz escupir. <<

[242a] Excrementos. (*N. del Ed.*) <<

[243] Giovanni de Nello fue un boticario florentino, muy devoto y amigo de los frailes, muerto el 16 de noviembre de 1347 y enterrado

en Santa María la Nueva. Su mujer se llamaba Emiliana, y G. Billanovich señala la posible intención de Boccaccio de hacer burla de él por quien puede representar a su propia mujer: la noveladora Emilia quien, según hipótesis del mismo Billanovich, pudo ser amada por Boccaccio. <<

[244] Los Scrignario eran una noble familia napolitana. Un Giovanni Scrignario aparece consignado como viviendo junto a la calle del Avorio, donde Boccaccio sitúa la casa de Peronella. <<

[245] El «punto» es la posición determinada de un astro en el firmamento, con relación a los demás. La frase de Peronella significa: ¡bajo qué mala estrella nací! <<

[246] Los «liriados» (*gigliati* en italiano) eran monedas de plata que se llamaban así porque estaban acuñados con una cruz adornada con lirios en recuerdo de los reyes de Francia. Habían sido acuñados por primera vez por Carlos de Anjou en Nápoles. <<

[246a] raedera: herramienta para raer o raspar. (*N. del Ed.*) <<

[247] Los caballos de Partia eran tenidos por especialmente fogosos. <<

[248] Esta novela tiene como fuente, muy directamente imitada, las «*Metamorfosis*» o «*El asno de oro*» de Apuleyo (IX, 5-7), que fue uno de los libros más apreciados y leídos por Boccaccio. <<

[248a] redoma: vasija de vidrio ancha en su fondo que va estrechándose hacia la boca. (*N. del Ed.*) <<

[249] En la época de Boccaccio la relación amorosa entre el compadre y la comadre era considerada incestuosa. <<

[250] Con «el aposento de las palomas» quiere designarse el desván. <<

[251] No de San Ambrosio de Milán sino de un San Ambrosio sienés que fue dominico y beatificado a finales del siglo XIII. <<

[252] El antecedente directo de esta novela parece ser el *exemplum* XIV de la «*Disciplina clericalis*» del judío converso aragonés Pedro Alfonso, libro muy utilizado por Boccaccio. <<

[253] En Arezzo, frente a la llamada «casa de Petrarca», en Vía del Orto, hay un pozo al que tradicionalmente se llama «pozo de Tofano». Branca, que da esta noticia, piensa que la denominación tenga origen literario y se deba al orgullo de la ciudad por haber sido elegida

por Boccaccio para situar esta novela. <<

[254] En el original, «*generali e cattive*». Es decir, ninguna causa que tuviese fundamento. <<

[255] Se pregonaría el crimen y el castigo de Tofano reclamándolo como culpable de homicidio y, por ello, quedaría desterrado. <<

[256] Se refiere al vino que quiere hacer creer que Tofano ha bebido. En la Edad Media el vino, que se sacaba directamente de barril, solía mezclarse con especias, miel, agua marina o agua corriente. <<

[257] El motivo de la grieta en la pared de dos casas contiguas como ocasión para la relación entre dos amantes es frecuente en la literatura y muy antiguo. Por una grieta de la pared de sus respectivos dormitorios es por donde se conocen y se enamoran Píramo y Tisbe en las «*Metamorfosis*» de Ovidio y sus descendientes en las literaturas románicas. <<

[258] La capucha grande que llevaban los curas y que les cubría las mejillas se diferenciaba de la de los seglares, que era pequeña. <<

[259] Era el modo en que se confesaban las mujeres. Lo mismo se sienta a los pies del

confesor la protagonista. <<

[260] El «*confiteor*». <<

[260a] Modo supersticioso de curar con oraciones y aplicación empírica de varias medicinas. (*N. del Ed.*) <<

[261] Lionetto es igual que Leonetto: se trata de variantes del mismo nombre como es frecuente en Boccaccio. El tema de esta historia ha pasado a la literatura universal de la oriental, probablemente a través del «*Enxemplo del señor, e del home, e de la mujer, e el marido de la mujer como se ayuntaron todas*», del «*Sendebar*» o «*Libro de los Engannos*». <<

[262] De la segunda parte de esta historia hay numerosos antecedentes en la literatura satírica medieval, sobre todo en los «*fabliaux*». El enamoramiento por fama de la primera parte es un motivo del amor cortés que en esta ocasión es sometido a un violento contraste con lo burlesco de la segunda parte del relato. <<

[263] La partida de ajedrez entre damas y caballeros es una ocasión galante en la literatura medieval cortesana. El dejarse ganar en el juego como medio de suscitar amor es «reflejo de un precepto del admiradísimo Ovidio» (Branca). <<

[264] La mujer que engaña al marido y le hace creer que ha soñado cuando le infligía malos tratos (que hace recibir a otra en lugar suyo) es un motivo muy difundido en la narrativa oriental —«*Panchatantra, Calila e Dimma, Mil y una noches*»— y en la medieval europea, en cada una con características diferentes. Boccaccio lo reelabora aquí muy originalmente inventando todos los motivos del engaño. <<

[265] Los Berfinghieri eran una rica familia de mercaderes florentinos. <<

[266] Uno de los significados del it. original «*troiata*» es el de «pocilga»; otro, el de la canalla que seguía a los mercaderes cuando desde el «contado» se dirigían a auxiliar a su señor. <<

[267] «Pardillo» es el paño burdo y sin teñir usado por los campesinos. <<

[268] Los mercaderes solían llevar en el bolso trasero de las calzas un tintero y una pluma guardados en un estuche. <<

[269] Sueldo: el sueldo era una moneda de oro llamada también ducado. <<

[270] Escudo de armas como señal de nobleza. <<

[271] La frase señala Branca que debía de ser proverbial porque también la pone Dante en boca de la madre de Nella Donati («Rime», LXXIII, 13-14): «*Lassa, che per fichi secchi / mesa l'avren casa del conde Guido*» («… Desdichada, que por higos secos / la habría colocado en casa del conde Guido»). Estos condes Guido, florentinos, eran parientes del poeta Guido Cavalcanti. <<

[272] La primera parte de esta historia (los engaños de una mujer a su marido para asegurar al amante de su amor) tiene antecedentes en relatos medievales como los de los «*fabliaux*», el «*Speculam*» de Vicente de Beauvais, los «*Exempla*» de Jacques de Vitry y el «*Libro de los siete sabios*». El engaño final hecho al marido que desde la copa del árbol ve el encuentro de los dos amantes, aparece igualmente en los «*fabliaux*», en relatos orientales como «*Las mil y una noches*» y en romances caballerescos franceses como el de «*Béroul de Tristan*», donde se habla del rey Marc oculto en lo alto de un pino sorprendiendo los amores de su sobrino y de Iseo, y aceptando después la explicación de su mujer. Existe, además, una fuente inmediata y segura de esta novela: la «*Comedia Lydiae*», atribuída a Mateo de Vendomé, que está transcrita de mano de Boccaccio en el códice Laurenziano

XXXIII 31, c. c. 71 y ss. <<

[273] Las historias de gente amiga que se hacían promesa de volver del otro mundo el primero que muriese para contar al otro los misterios de ultratumba eran frecuentes en la Edad Media. Boccaccio no era un incrédulo con relación a estas apariciones y las utiliza varias veces en el «*Decamerón*» (Cf. v, 5; v, 8). <<

[274] Mini y Tura fueron apellidos de familias populares de Siena. <<

[275] Se refiere a la corona de laurel y aquí es evidente la alusión a la identificación entre el «laurel y Laura» que solía hacer Petrarca en las rimas inspiradas por su famosa amada. <<

[276] Son los héroes creados por el propio Boccaccio en la «*Teseida*». Jornada Octava. <<

[277] Las iglesias campesinas suelen tener a uno de los lados un gran olmo: allí debajo, en el verano, se reúnen los campesinos a su sombra y, mientras esperan a los demás que llegan, el cura los entretiene» (Sansovino). <<

[278] Este nombre, que se diría alusivo al aspecto de la señora, figura documentado como de una doña Belcolor de Varlungo que hizo testamento, en 1363, ante don Michele di

Salvestro Contadmi. <<

[279] Como en otras ocasiones, Boccaccio imita burlescamente la manera equivocada de hablar de los hombres de pueblo. Según Fanfani: Este discurso de Bentivegna está hecho de manera tan desatinada que «*vicenda*» está por «*faccenda*», «*parentorio*» por «*perentorio*», «*pericolator*» por «*procurador*», juez del «*dificio*» por juez del «*maleficio*». He tratado de conservar en castellano este tipo de juego. <<

[279a] *parentorio* y *pericolator* no tienen significado alguno. Se supone que están deformadas por el campesino que habla. Puede tratarse de *perentòrio*: ultimo plazo que se concede en cualquier asunto, imposible de prórroga o aplazamiento y de *procurator*: juez de oficio. (*N. del Ed.*) <<

[280a] demontre: demonio. (*N. del Ed.*) <<

[280b] Independientemente que en Doagio (ciudad de Flandes), en la antigüedad se fabricaba una tela muy apreciada, aquí se juega con la palabra *duagio* (que representa el número dos), como cosa fina, continuando con *treagio* y *quattragio* para ir designando mayor calidad. (*N. del Editor*) <<

[280] El Mugnone (o Muñone) es un torrente

que desemboca en el Arno, junto a Florencia. <<

[281] El heliotropo es, además de una flor, una piedra de color verde con manchas rojizas a la que en la Edad Media se le atribuían propiedades mágicas. <<

[282] Ningún antecedente existe para esta novela, que tiene todas las características de las anécdotas municipales florentinas (Branca). <<

[283] Calandrino era el apodo del pintor Giovanozzo de Perino, que vivió en Florencia en el siglo XIV y que fue famoso en la ciudad por su simpleza hasta el punto de que ha quedado el proverbio «*far Calandrino*» como «burlarse de alguien». <<

[284] Bruno di Giovanni d'Olivieri fue, según Vasari, un compañero de Bonamico Buffalmacco, pintor de quien se conservan frescos en iglesias de Florencia y Arezzo. <<

[285] Era un mediador y agente de ventas del que hablan varios escritores florentinos como de un famoso bromista. Aparece otras dos veces en el *Decamerión*: en VI, lo, citado por fray Cebolla, y en VIII. <<

[286] El que comercia con piedras preciosas,

o el que las labra. También se llaman así los libros medievales donde se consignaban los nombres de las piedras preciosas y sus propiedades mágicas. <<

[287] Es un nombre inventado, con el que empieza la fantástica historia que Maso del Saggio cuenta a Calandrino. <<

[288] La tierra de los vascos como la «*última Thuie*», el lugar remoto y maravilloso. <<

[289] El «dinero» era la doceava parte del sueldo. El sueldo era una moneda de oro equivalente al «ducado». <<

[290] Vino blanco seco muy apreciado. <<

[291] Con la rima, el burlón busca entontecer a Calandrino. <<

[292] Continúa la serie de negaciones que pretenden pasar por afirmaciones. <<

[293] Con estas monjas, que tenían el convento a las afueras de Puerta Faenza, trabajó efectivamente Calandrino, como cuenta Vasari en la «*Vida de Buffalmacco*». <<

[294] La moda de Hainaut, en Bélgica, era de sayos estrechos y cortos. <<

[295] Un antecedente muy directo de esta

historia es el «*fabliau Du preste et d'Alison*», de Guillermo Normando. <<

[296] Las monedas eran acuñadas golpeando la plata con el martillo, y también con martillazos se probaba la plata de las monedas. <<

[297] Región donde era frecuente la malaria. <<

[298] Cuita es diminutivo de Ricevuta; Ciutazza se Parece mucho fonéticamente al italiano «*ciucciata*», que significa «chupada», «exprimida». <<

[299] Los juicios, en la Florencia medieval, se dividían en civiles y criminales. <<

[300] Sacchetti identifica a Ribi como un célebre bufón florentino. Mateuzzo debe de ser seguramente otro bufón de la misma época. <<

[301] Carlo Salinare, que toma la información de Rua, aclara lo que era esta prueba: «Se hacían para ella algunos bocadillos con queso de oveja y pan de centeno sobre el que se imprimían ciertos signos; después se invitaba a los presuntos ladrones a jurar "*quod furtum nom fecerit*", luego se procedía a la bendición del pan y del queso y se recitaban oraciones especiales a fin de que el ladrón, al que se

daban a comer aquellos bollos, no pudiera deglutirlos». <<

[301a] domine: maestro. (*N. del Ed.*) <<

[302] El zumo de áloe, que se usa en farmacia, es extraordinariamente amargo. <<

[303] «Caracterísmos» es una desfiguración irónica de «caracteres», refiriéndose a los signos o caracteres mágicos. <<

[304] El barrio es el de la Puerta Cainollia en Siena. Estos dos personajes pertenecían a familias sienesas muy conocidas que, según Branca, no podían llamarse plebeyas. Probablemente Boccaccio califica a uno y otro de «*popolani*» a causa de la historia burlesca que va a contar de ellos y de la falta de nobleza de las reacciones de ambos. <<

[305] Baile antiguo y poco honesto que se usaba hace tiempo en Treviso» (Manni). <<

[306] Eran los modos de vestir propios de las gentes de estudios, de los universitarios, que llevaban togas y birretes. La universidad de Florencia se fundó en 1349 y antes de esta fecha los florentinos iban a estudiar a Bolonia. <<

[307] «*Cocomero*» quiere decir «melón» o «pepino». La calle que llevaba este nombre era

un trozo de la que es hoy Vía Ricasoli, junto al Mercado Viejo florentino. La elección de este lugar como domicilio del maestro Simón es intencionadamente satírica, pues el it. «*cocomero*» tiene, si se aplica a una persona, el mismo significado metafórico de «cabeza vacía» que tiene el español «melón». <<

[308] San Gallo era un hospital en cuya fachada había pintado un demonio terrible con muchas bocas que aterrorizaba a los niños, según dice Sansovino. <<

[309] Legnaia es un pueblo cercano a Florencia famoso por sus melones. «Molonez» tiene, claro está, el significado de «estupidez». <<

[310] Miguel Scotto fue un mago escocés que vivió en la primera mitad del siglo XIII y que estuvo en la corte de Federico II. De él dice Dante: «Este otro cuyo flanco es tan estrecho | Miguel Scotto fue, quien ciertamente | mágicos fraudes cuando vivo ha hecho» («Infierno», XX, 115-117; trad. de Ángel Crespo). <<

[311] *Barbáricos, charlánfora, seminstante, astuciertra, chinchimurria*, son inventos burlescos de Bruno que, para dejar estupefacto al necio del maestro Simón, sigue la misma técnica de fray Cebolla con sus feligreses (VI,

10) y Maso del Saggio con Calandrino (VIII, 3). A estos inventos se mezclan nombres de lugares y personajes fabulosos para los florentinos de la época: como la tierra de los vascos, el sultán Osbech, *etc.* <<

[312] El preste Juan es un legendario personaje, rey y sacerdote a la vez, a quien en la Edad Media se creía soberano de un vasto territorio situado en Asia o África. Su nombre aparece por primera vez en la crónica del obispo e historiador germano Otto de Freising (c. 1114-1158). <<

[313] Distinguir la casa del médico de las demás. El examen de la orina era uno de los medios de diagnóstico más usado. <<

[314] Otra invención burlesca; ¿tal vez el nombre está forjado sobre alguna sugerencia de «*scuccumedra*» (yegua de mala clase, jamelgo: Sacchetti, LXIV)? «*Altarisi*» podría haberse acuñado fantásticamente sobre una contaminación entre «*altara*» y «*Altai*», la región mongola descrita por Marco Polo (LXIX-LXXI) al hablar de Gengis Kahn y de sus descendientes (V. Branca). <<

[315] Parece que era un barrio florentino de mala fama» (N. Sapegno). <<

[316] Los boloñeses eran monedas de plata

que valían unos seis cuartos. <<

[317] La saína es un tipo de retama cuyas espigas se usan como escobas. <<

[318] Palabras inventadas para el caso, a fin de que suenen magníficamente y tengan un significado peyorativo. «*Ortogóticamente*» tiene que ver con «gótico», que en la época del humanismo se consideraba sinónimo de bárbaro. «*Recancanillar*» significa: modo de recalcar o aumentar la expresión de las palabras. <<

[319] «*Lire di bagattini*» se llamaba a las monedas pequeñas venecianas, o en general a las de Italia del norte. <<

[320] Secretario en su significado etimológico de «confidente». En Bolonia hubo un profesor de medicina llamado Guglielmo de Saliceto, en los años finales del siglo XIII y primeros del XIV. <<

[321] En la fachada de la iglesia de Pasignano había pintada una imagen enorme de Dios Padre. <<

[322] Otra referencia a la insulsez del maestro, porque el domingo no se vendía sal. Éste, sin embargo, puede tomarlo como un cumplido porque el domingo es el mejor día de

la semana. Del mismo modo, el trueque del melón por la manzana: para enseñar a leer se aconsejaba escribir las letras sobre una manzana, y darle la fruta al niño cuando reconocía lo escrito sobre ella. <<

[323] «*Faramalla*»: charla artificiosa encaminada a engañar. He usado un adverbio derivado de este vocablo para traducir el «*frastagliatamente*» de Boccaccio que los comentaristas del «*Decamerón*» consideran palabra probablemente sin sentido y de las usadas para engañar al maestro Simón que, como forastero, no las entendería y se dejaría llevar por su apariencia altisonante. <<

[324] Civillari es un callejón así llamado en Florencia, sobre el monasterio de San Jacobo de Rípoli, en el cual lugar se caga sin respeto; habiéndose hecho ciertos agujeros o fosos para echar allí los excrementos y a su debido tiempo usarlos después los labradores como estiércol para abonar los campos» (Alumno). <<

[325] Se repite la injuria habitual, con una alusión que Sapegno y Branca señalan como obscena y equívoca. <<

[326] El atabal es un tambor pequeño y la relación entre el ruido de estos instrumentos y

la «condesa de Civillari» es fácilmente inferible. <<

[327] Laterina es un lugar cercano a Arezzo, en el Valdarno, pero aquí está usado el nombre por su semejanza con «letrina». <<

[328] Estos instrumentos de limpieza pueden también ser signos de autoridad. <<

[329] Éste y los siguientes nombres quieren significar varias formas de excrementos (N. Sapegno). <<

[330] Santa María la Nueva es la misma iglesia donde se reunieron los narradores. Estos sepulcros, hechos pocos años antes de que estas páginas fuesen escritas por Boccaccio, son semejantes a los que aparecen en VI, 9, a propósito de Guido Cavalcanti. <<

[331] Se llamaban caballeros bañados a los que eran sumergidos en un baño durante la ceremonia en que eran armados caballeros, según cuenta Sacchetti en Nov. CLIII. Aquí, el baño va a ser de otra clase. <<

[332] Debe de ser una de las máscaras usadas en el llamado Juego del Viejo, mascarada prohibida por lo menos desde 1325 (Petronio). <<

[333] Las monjas de San Jacobo de Rípoli

donde, según cuenta Vasari, Bruno y Buffalmacco habían pintado frescos. <<

[334] Entre los numerosos antecedentes orientales que suelen señalarse a esta novela y la popularidad que debían tener relatos como éste en la Italia mercantil de la Edad Media, V. Branca señala como posibles influencias más directas una versión rimada del «*Libro de los siete sabios y la Disciplina clericalis*» de Pedro Alfonso. <<

[334a] Semitraducido del árabe «*má annáfḥ*», agua de aroma; agua de azahar. (*N. del Ed.*) <<

[335] Pietro de Canigiano era florentino, de la misma edad de Boccaccio y pertenecía al círculo de los Acciaiuoli. Tuvo puestos importantes en la corte de Nápoles y en Florencia antes de caer en desgracia en esta ciudad, de donde fue expulsado; murió en 1381, desterrado. Boccaccio le nombra, en su testamento, tutor de sus herederos. Lo mismo que Salabaetto, estaba vivo y era muy conocido cuando Boccaccio escribió esta historia. <<

[335a] De carola: Danza antigua acompañada generalmente de canto. (*N. del Ed.*) <<

[336] Los Palermini eran una familia gibelina,

exiliada, en efecto, de Florencia. <<

[337] Gibelinos también y exiliados de Florencia. <<

[338] Notable familia güelfa de Pistoya. No se sabe nada de una doña Francesca. <<

[339] La iglesia de San Francisco, que es importante en Pistoya. Estos sepulcros, situados fuera de la iglesia, eran del tipo de los que aparecen en VI, 9 y VIII, 9, que estaban fuera de Santa María la Nueva en Florencia. <<

[340] El motivo de los «calzones del cura» es frecuente en la literatura satírica medieval. Antes de Boccaccio se contaban en Francia los «*fabliaux Dit de la nonnete y Der braies du cordelier*»; después de Boccaccio esta historia se hizo muy popular en Italia. <<

[340a] estulticia significa necedad, tontería. (*N. del Ed.*) <<

[341] El tema del hombre preñado se encuentra en los folklores primitivos y, en la Edad Media europea, aparece en algunas fábulas francesas y en libros de «*exempla*». <<

[342] Cecco Angiulieri fue un curioso poeta sienés que vivió en la segunda mitad del siglo XIII. <<

[343] Cecco de Fortarrigo Piccolomini, que fue condenado por homicidio (aunque no se cumplió la sentencia) en 1293. <<

[344] Corsignano se ha llamado también Pienza, porque allí nació Pío II. <<

[345] Vittore Branca señala que la familia florentina de los Cornacchini —mercaderes muy conocidos en los siglos XIII y XIV— vivían en la Vía del Cocomero, cerca de donde Boccaccio sitúa la morada de maestro Simón y de los pintores que, una vez más, son aquí personajes de este suceso que, según la introducción de Fiameta, se asegura que es cierto. <<

[346a] fustán: Tela gruesa de algodón, con pelo por una de sus caras. (*N. del Ed.*) <<

[346] Es una de las colinas que rodean Florencia, ya aparecida otras veces en el paisaje del «*Decamerón*» (cf VIII, 3). <<

[347] El argumento de esta novela procede del de algunos «*fabliaux*», como «*Gombert et les deux clers*» de Jean Boves y «*Le meunier et les deux clercs*». <<

[348] Es la llanura del arroyo cercano a Florencia adonde Calandrino fue a buscar sus piedras negras. Cf VIII, 3. <<

[349] Talano es diminutivo de Catalano, nombre propio que era usado con frecuencia en la Italia de la época. Los Imolensi, o Molensi, o «de Imola», eran una familia florentina de entonces. <<

[350] Es el único personaje sobre el que no hay noticias documentadas de los que aparecen en esta historia contada por Laureta. Zingarelli piensa que es el apodo de un juglar, rubio y pequeño como este personaje, puesto que «*Biondello*» significa «rubiecito». <<

[351] Este Ciacco parece que es el mismo personaje de quien habla Dante en el canto VI del «*Infierno*», condenado por su gula a estar revolcándose en el fango bajo una lluvia fría y tenaz. El mismo Boccaccio, en la «*Esposizioni*» de Dante, explica quién era Ciacco de modo parecido al que lo hace en esta novela. El nombre, en italiano, significa «cerdo» y resulta, por consiguiente, muy apropiado para un condenado por gula que se revuelca en el fango, pero su etimología parece que se deriva de Ciacomo (o Santiago). Hay un poeta llamado Ciacco dell'Anguiliala que podría ser el mismo personaje. <<

[352] Vieri de los Cerchi fue jefe de los güelfos Blancos de Florencia —ciudad a donde había llegado su familia del Val de Sieve en el

siglo XIII— y murió en el exilio después de la victoria de los Negros. Dante se refiere a su familia en «*Paraíso*», XVI, 65. Boccaccio habla de él en la «*Esposizioni*» (VI, 34) como de hombre generoso y magnánimo pero no habituado suficientemente a la cortesía ciudadana. <<

[353] Corso Donati, hermano de Forese Donati, el poeta florentino amigo de Dante, fue jefe de los güelfos negros y rival de Vieri de los Cerchi a quien, según Boccaccio en la «*Esposizioni*», envidiaba sus riquezas. Fue asesinado en 1308 por sus adversarios. <<

[354] Dante lo presenta, en Infierno, VIII, 61-65, entre los condenados por iracundos. Boccaccio, en la «*Esposizioni*», dice: «fue… de los Cavicciuli, caballero riquísimo, tanto que alguna vez hizo al caballo herrar con plata, y de eso le vino el sobrenombre. Fue hombre grande de persona y nervudo de maravillosa fuerza, y más que ningún otro iracundo, y por cualquier razón insignificante». <<

[355] Ésta es una de las novelas del «*Decamerón*» más directamente entroncadas con la tradición oriental, tanto por el tema de la peregrinación en busca del consejo de un sabio como por el del castigo de la mujer «brava», y muy difundido en las colecciones medievales

de relatos. <<

[356a] Natural de la Pulla. Perteneciente o relativo a esta región de Italia. (*N. del Ed.*) <<

[356] Cuentos de este género los repetían los escritores religiosos con diversos fines: precisamente la metamorfosis de una muchacha en yegua la narran diversamente, por ejemplo, la «*Vitae patrum*» («*Patrología lat*». XXI, 451 y ss.; LXXIV, 1110 y ss.; LXXIV, 354 y ss.), Vicente de Beauvais («*Speculum historiale*», xvm, 70), Jacques de Vitry («Exempla», n. 262), Etienne de Bourdon (IV, 1) y también Passavanti («Specchio», pp. 370 y ss.). Éste podría ser otro caso de ironización novelística licenciosa de un relato devoto (Vittore Branca). <<

[357] El motivo de la elección entre dos objetos de la misma apariencia, uno de los cuales guarda un tesoro, es muy popular en la literatura narrativa oriental y en la medieval. Y la elección entre los cofres cerrados aparece, en la Edad Media europea, en «*Barlaam y Josafat, los Exempla*» de Jacques de Vitry, el «*Speculum historiale*» de Vicente de Beauvais y la «*Leyenda áurea*» de Jacopo de Varazza. Después de Boccaccio ha seguido extendiéndose en la literatura occidental. <<

[358] Familia noble de Florencia que tenía posesiones en Certaldo a las que solía ir un Carlo de los Figiovanni que, en la vejez de Boccaccio, le visitaba y ha dejado testimonio de haber aprendido muchas cosas de él y haber recibido ayuda suya para una vulgarización de las «*Epístolas*» de Ovidio. <<

[359] Suele identificarse este Alfonso con Alfonso VIII de Castilla (1155-1214), que fue muy alabado por poetas e historiadores como magnífico. Esta fama la tuvo en Florencia y en toda la cristiandad. Branca piensa que, si no se tratase de Alfonso VIII podría ser Alfonso X el Sabio, a quien Brunetto Latini —que había sido embajador de Florencia en su corte en 1260— exaltó mucho en el «*Tesoretto*». <<

[360] Ghino de Tacco perteneció a una noble familia sienesa y tuvo, en el siglo XIII, gran fama como bandido generoso y como hombre de armas. Fue enemigo de Bonifacio VIII y, según las crónicas de la época, luego se reconcilió con él, tal como cuenta aquí Boccaccio, aunque no consta que le ocurriese con el abad de Cluny la aventura de esta historia. Dante habla de él en «*Purgatorio*», VI, 12-13, al referirse a Benincasa de Laterino, un juez de Siena que había condenado a muerte a dos familiares de Ghino: «Tuve delante al que la muerte hagara | de Ghin de Tacco por la

mano impía» (trad. de Á. Crespo). Era fama que Benincasa había sido llamado a Roma por Bonifacio VIII y que allí Ghino le cortó la cabeza en un banquete en donde entró disfrazado de mendigo. <<

[361] Es el monasterio benedictino de Cluny, en Borgoña, rico y famoso. También de un abad de Cluny se habla en I, 7. <<

[362] La historia parece haberle llegado a Boccaccio por vía oral, si atendemos a las palabras introductorias de Filostrato, pero recoge el mismo asunto narrado por Valerio Máximo en V, 9,4 de sus «Dichos y hechos», donde cuenta que un «padre desconocido» se enteró de que su hijo quería hacerlo matar y, conduciéndole a un bosque desierto, le dio una espada y le ofreció su garganta. El hijo, iluminado súbitamente por la razón, arrojó la espada al suelo, deseándole mayor longevidad que la propia. Por otra parte Natalino Sapegno señala que todos sus elementos se encuentran en un poemita del persa Saadi, muerto en 1291, y el episodio de la mendiga inoportuna está en la Vida de San Juan el Limosnero, de las «*Vitae patrum*». Vittore Branca indica, además, la existencia de elementos de esta historia en otros textos orientales y en la «*Leyenda áurea*». <<

[363] La noble familia de los Carisendi fue muy conocida en Bolonia y dio su nombre a una de las famosas torres inclinadas de la ciudad. <<

[364] De los Caccianernici boloñeses, que eran güelfos, habla Dante en «*Infierno*», XVIII, acusando a Venedico de haber inducido a una hermana suya a tener amores con el marqués Obizzo de Este. <<

[365] Esta novela, como la de doña Dianora (X, 5) se narra también en el Fylocolo y tiene antecedentes orientales, entre los que no pueden descartarse los relatos de tradición cabalística que afluyeron a Occidente con motivo de las Cruzadas, con cuyo simbolismo puede asociarse la extraordinaria resurrección de doña Catalina y el comportamiento de micer Gentile. Tanto esta historia como la de doña Dianora y el nigromante son enigmas propuestos a los neófitos en «*Las bodas químicas de Christian Rosenkreutz*», publicado en 1616, pero que se cree compuesto a finales del siglo XIV o antes. <<

[366] Esta novela, como la anterior, la narra también Boccaccio en el Filocolo. <<

[367] Friuli está al norte del Véneto. Boccaccio estuvo cerca, en el Tirol, como

embajador de la República de Florencia, en 1351, ante Luis de Baviera; pero noticias sobre la región pudo tenerlas también en Florencia, a través de amigos suyos mercaderes. Los personajes de esta historia no son personas conocidas. <<

[368] Carlos I de Anjou se había apoderado de los reinos de Nápoles y Sicilia después de derrotar a Manfredi y a Corradino. El mismo rey, así como Manfredi, aparecen como referencias históricas de la novela de Madama Beritola (II, 6). <<

[369] Esta victoria fue la batalla de Benevento (1265), en que Manfredi fue derrotado y muerto. Manfredi fue heredero del emperador Federico II, a quien también había sucedido como cabeza de los gibelinos. <<

[370] Perteneció a una famosa familia gibelina que, según Compagni, estuvieron más de cuarenta años desterrados de Florencia, y entre los que se contó el famoso Farinata de los Uberti, que es uno de los personajes con más fuerza y admiración retratados. <<

[371] Fue el vicario de Carlos de Anjou en Toscana. Dante lo condena como a tirano, a estar sumergido en un río de sangre hasta el entrecejo («*Infierno*», X, 118-120). <<

[371a] Carriego: Cesta grande para echar en colada las madejas de lino cuando se cura y blanquea. (*N. del Ed.*) <<

[371b] trébede: aro o triángulo de hierro con tres pies, que sirve para poner al fuego sartenes, peroles, *etc.* <<

[372] El rey Pedro III de Aragón, que entró en Sicilia en 1282. <<

[373] Esta novela puede haberse originado en un episodio real que cuentan algunas crónicas del siglo XIII, según las cuales la siciliana Macalda de Scaletta se había enamorado ardientemente de Pedro de Aragón al verlo entrar, victorioso, en su tierra. <<

[374] El tiempo de las Visperas sicilianas: 31 de marzo de 1282. <<

[375] El rey Pedro era trovador y le gustaba reunirse con trovadores y músicos, entre los cuales se encontraría este Minuccio de Arezzo, cuya existencia no está documentada. <<

[376] Esta historia, cuyo antecedente directo está en la «*Disciplina clericalis*» de Pedro Alfonso, es, según Battaglia, decididamente árabe en el espíritu y con ella «Boccaccio quiere probar su maestría en tejer una trama psicológica que esté en el límite de la

verosimilitud». Por otra parte, el tema de la superioridad de la amistad sobre el parentesco y los sacrificios que deben hacerse por conservarla no sólo es frecuente en la literatura árabe sino que también es tratado por los filósofos grecolatinos y, entre ellos, por Cicerón en «*De officiis*», donde cuenta la historia de Damón y Picias: dos amigos cuyo amor era tan perfecto que, habiendo sido uno de ellos condenado a muerte, el otro se quedó en su lugar mientras arreglaba los asuntos de su testamento y se comprometió a morir por él si no volvía. Cuando volvió, Dionisio el Tirano (que lo había condenado) le perdonó y pidió a los dos que le recibiesen a él en su amistad. La misma historia la cuenta Valerio Máximo. Más semejante a ésta de Boccaccio y derivada como ella de la fuente oriental es la del «medio amigo» de Don Juan Manuel en el «*Conde Lucanor*». El mundo grecolatino que sirve de fondo aquí es muy raro en el «*Decamerón*», donde sólo hay otra novela que lo utiliza (VII, 9), y el modo de tratarlo responde a una óptica muy medieval, como sobre todo puede observarse en el discurso de Tito a los parientes de Gisippo y Sofronia. <<

[377] El sultán Saladino (1138-1193), señor de Egipto y de Siria, que reconquistó Jerusalén en 1187, adquirió fama legendaria no sólo entre

los musulmanes sino también entre los cristianos. En las muchas historias que corrían sobre su vida y sus hazañas se alababa su valor, generosidad, riqueza y prudencia. En el «*Decamerón*» es también personaje de I, 3 y en el «*Conde Lucanor*» es personaje del «Enxiemplo L». Se decía de él que había recorrido, disfrazado, la mayoría de los países cristianos. <<

[378] Se trata de la Cruzada de 1189, durante la cual murió el emperador Federico Barbarroja, de fama tan legendaria como la de Saladino. <<

[379] De los varios motivos que se mezclan en esta novela, el del marido que se separa de la mujer y vuelve ocultamente a tiempo para impedir las nuevas bodas de ésta es muy popular en la Edad Media, y en nuestra cultura sus orígenes pueden remontarse hasta la «*Odisea*». En España, es un tema de romancero. Lo referente a Saladino y sus viajes de incógnito entre los cristianos es una materia que aparece en relatos del «*Novellino*» (XXIII), en el «*Aventuroso Ciciliano*» y en «*El conde Lucanor*». Con estos dos motivos occidentales se mezclan los elementos orientales de la magia y el lujo exótico de las «*Mil y una noches*». <<

[380] Federico I Barbarroja, abuelo de Federico II, era hijo de Federico de Suabia y de Judith de Baviera. Después de treinta años de guerras por conquistar Italia y someterla al Imperio, casó a su hijo Enrique con la heredera del reino de Sicilia y Apulia, en 1184. <<

[381] No se trata de la Babilonia mesopotámica sino de El Cairo. <<

[382] «*Un Torellus de Strata de Papia*», recordado también por Salimbene de Parma, fue en los primeros decenios del siglo XIII podestá de Federico II en varias ciudades: en Parma (1221 y 1227), en Florencia (1233), en Pisa (1234), en Aviñón (1237); y tal vez fue también rimador en lengua provezal (Branca). <<

[382a] Encarecidamente. (*N. del Ed.*) <<

[383] Este Dignes (o Digne), en Francia, perteneció como feudo a los Anjou que reinaron en Nápoles. <<

[384] Porque las señoras acostumbraban adornarse la cabeza con coronas. Dice Da Buti: «es decir, adorno de la cabeza que llevan las señoras, como el rey y la reina, hecho con hojas de plata dorada, con piedras preciosas y con perlas». <<

[385] Estas monedas de oro, españolas o moriscas, circulaban por el Mediterráneo. <<

[385a] infanzón: hidalgo que en sus heredamientos tenía potestad y señorío limitados. (*N. del Ed.*) <<

[386] Esta historia pertenece más al mundo alegórico que al real y con ella cierra Boccaccio su «*Decamerón*» ofreciendo un modelo de virtud sublime paralelo y opuesto al de maldad extrema que ofrece micer Ciappelletto en la primera novela de la Jornada Primera. Tan inverosímil como la actuación del marqués de Saluzzo es la reacción de Griselda y las de todos los demás personajes, pero todo ha de entenderse por una parte como una manifestación del arquetipo de comportamiento ciegamente obediente que deseaban de la esposa los moralistas de la época (que «siempre se ingeniaría en complacer al marido y en no enojarse por nada que él hiciese o dijese»), y, por otra parte, como una alegoría que Petrarca —que tradujo esta novela al latín y la difundió entre los humanistas de los siglos XIV y XV— interpreta tomando a Griselda como figura de Cristo, paciente y obediente hasta la muerte. Vittore Branca considera a Griselda figura de María, siempre obediente y sumisa después de ser elegida como esposa divina hasta aceptar la muerte de su Hijo sin oponer

ninguna reserva a la voluntad del Padre. También, de modo más general, podría considerarse a Griselda como alegoría del alma que es probada por Dios de manera aparentemente arbitraria hasta que la juzga digna de poseer su paraíso. Branca no encuentra ningún antecedente concreto de esta historia en la narrativa medieval, aunque indica que «el tema de la mujer perseguida injustamente y siempre paciente hasta el reconocimiento de su heróica inocencia [es] un tema de carácter verdaderamente antropológico (…) difundidísimo en la literatura medieval a partir de pasajes de las novelas griegas». <<

[387] Pánago o Pánico era feudo de una rama de los condes de Alberti. <<

[388] Cincilión (o Cincilione) parece haber sido el nombre de un borracho famoso al que alude Boccaccio en la Jornada I, 6 (véase nota 3) y que burlescamente, por su semejanza con el nombre de Cicerón, es usado como referencia de autoridad. Igual intención burlesca tiene el nombre de Escolario, que refiere fónicamente a Esculapio. <<